



ELIZABETH GASKELL

Los amores de Sylvia

Traducción de DAMIÁN ALOU

Lectulandia

Dos hombres de carácter antagónico se enamoran de Sylvia Robson, una joven de provincias: el comerciante Philip Hepburn y el arponero Charley Kinraid. Cierta secreto forjará el destino de los tres protagonistas, cuyas vidas conocerán demasiado tarde el arrepentimiento y la redención. Los amores de Sylvia transcurre en un pueblo portuario inglés durante el período épico y miserable de las guerras napoleónicas. En ella se ofrece un retrato extraordinario de las costumbres y los comportamientos de toda una comunidad rural, donde el orden, el individualismo, el amor y la mentira son capaces de exaltar y destruir las relaciones humanas.

Este gran clásico de la literatura inglesa, definido por la propia autora como la obra más triste que jamás escribió, ha sido vertido al castellano por la virtuosa mano de Damià Alou. Incluye, además, una introducción escrita por el propio traductor.

Lectulandia

Elizabeth Gaskell

Los amores de Sylvia

Penguin Clásicos - 0

ePub r1.0

Titivillus 08.04.2019

Elizabeth Gaskell, 1863
Traducción: Damián Alou

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

más libros en lectulandia.com

INTRODUCCIÓN

Cuando, a primeros de noviembre de 1859, Elizabeth Gaskell visitó la población de Whitby en compañía de dos de sus hijas, Meta y Julia, llevaba ya más de una década dándole vueltas a la idea de escribir una novela ambientada en el Yorkshire de finales del siglo XVIII, y en su prólogo a la primera edición de *Mary Burton* (1848) insinúa que ya había iniciado un primer esbozo. Pero el viaje que allí emprende en compañía de sus hijas no tiene por objeto hacer ningún «trabajo de campo», sino que es consecuencia de la mala salud de Julia, y Whitby, una pequeña ciudad marítima conocida, en la época de Gaskell, por sus balnearios, parece el lugar adecuado donde recuperarse. Y aunque se hospedan allí dos semanas, sabemos, por una carta que Gaskell le remite a James Dixon, que el clima no invitaba a realizar muchas investigaciones topográficas: «Solo permanecemos allí quince días... y fue un noviembre tan nublado que era incapaz de orientarme si no miraba el mapa». Lo que no puede negarse, y el breve epílogo a la historia de *Los amantes de Sylvia* es una prueba de ello, es que sí recogió abundantes relatos orales de cómo era la vida en aquella población sesenta años antes, en la época en que la principal industria y riqueza del lugar procedía de la pesca de la ballena —y no era una población muy distinta del New Bedford que describe Herman Melville en *Moby Dick*—, pues toda la novela está salpicada de narraciones de la pesca ballenera, desde un punto de vista, eso sí, más realista y menos épico que el que adopta Melville.

Cuando, finalmente, se publicó *Los amantes de Sylvia*, en 1863, Elizabeth Gaskell era ya una autora de cierto prestigio entre la sociedad literaria, y había gozado de la amistad y la admiración de personajes como Charles Dickens, William Wordsworth, George Eliot o Charlotte Brontë, cuya biografía escribiría posteriormente.

Nacida en Chelsea, Londres, el 29 de septiembre de 1810, su nombre de soltera fue Elizabeth Cleghorn Stevenson. Su padre, William Stevenson, era ministro de la iglesia unitariana, una de las sectas más tolerantes del siglo XIX, y especialmente progresista en su actitud hacia las mujeres, lo que permitió

que Elizabeth tuviera una buena educación, algo —como ella misma se encarga de recalcar en sus novelas— poco frecuente entre las mujeres de la época. Políticamente, además, el unitarismo era una doctrina de tendencias casi libertarias, lo que se reflejará en *Los amantes de Sylvia*, donde uno de los temas principales es el conflicto entre la legalidad y la justicia, o lo que es lo mismo, entre el orden y el individualismo.

El 30 de agosto de 1832 se casó en Manchester con el reverendo William Gaskell, también de la iglesia unitariana. Tuvieron cinco hijas —de las que sobrevivieron cuatro— y un hijo, William, que murió de la escarlatina cuando contaba pocos años de edad. Sabemos que se integró perfectamente en la sociedad de Manchester, y que siempre fue provinciana de corazón, alegrándose enormemente cuando su marido rechazó la oferta de una parroquia en Londres. Su correspondencia la revela como una mujer inquieta, afectuosa, devota, aunque su reserva respecto a cuestiones más personales ha llevado a algunos críticos a sugerir que su matrimonio no fue del todo feliz.

En Manchester, precisamente, ambientó su primera novela, *Mary Burton* (1848), donde describe el conflicto entre los trabajadores de una fábrica y los propietarios, y que le valió la acusación, por parte de algunos críticos, de fomentar el enfrentamiento de clases, aunque no encontremos en la novela ningún mensaje revolucionario ni antiburgués.

Tampoco pudo escapar a la polémica con su segunda novela, *Ruth* (1853), donde aborda el tema de las madres solteras, un tema que en la época se consideraba muy poco «adecuado», y que le valió que dos de los miembros de la congregación de su marido quemaran el libro, y que este fuera retirado de una biblioteca pública de Londres.

En 1853 llegaría también la que ha sido desde entonces su obra más popular, *Cranford*, una curiosa utopía en la que el gobierno y la propiedad están en manos de las mujeres, y en las que los hombres resultan casi superfluos (y es curioso que, en *Los amores de Sylvia*, la familia en torno a la cual se vertebra el relato acabe formada exclusivamente por mujeres).

Norte y sur (1855) se considera una de sus obras más ambiciosas y logradas, y plantea el conflicto entre el Norte: la Inglaterra de las fábricas, la suciedad y la pobreza urbanas, de la competitividad, la franqueza y el conocimiento utilitario; y el Sur: la Inglaterra rural y supersticiosa, donde predomina la educación clásica y la ortodoxia religiosa, y donde las clases sociales son algo rígido y estancado.

En 1855 muere Charlotte Brontë, y su padre, el señor Branwell Brontë, le encarga a Gaskell que escriba una biografía para contrarrestar algunas

necrológicas llenas de maledicencias y chismorreos. Durante dos años la escritora lleva a cabo una exhaustiva investigación, lee toda la correspondencia existente y entrevista a cuantos conocieron a la Brontë. Pero cuando, en 1857, se publicó el libro, solo le trajo problemas, pues en él se atacaba a una mujer con la que, se decía, el padre de Charlotte había tenido una breve pero intensa relación amorosa. Cuando un año más tarde apareció una edición expurgada, Gaskell comentó: «En cuanto a la edición mutilada que va a aparecer, me da mucha pena. Difamatoria o no, todo cuanto se decía en la primera edición era cierto».

En 1863 aparece la última novela larga que Gaskell publicaría en vida, *Los amores de Sylvia*, a la que siguen varias novelas cortas —*My Lady Ludlow*, *La prima Filis* y *La bruja Lois*—, hasta llegar a la que sería su obra más importante, *Hijas y esposas*, que no apareció como libro más que póstumamente, en 1866. Se trata de una novela extensa y ambiciosa, en la que Gaskell despliega todo su saber humano y literario para dibujar un alegato a favor de la razón y la inteligencia en oposición a la pasión y los sentimientos, y donde disfraza de novela romántica una narración de ideas y de iniciación, en la que el crecimiento espiritual y físico de Molly Gibson crea uno de los grandes personajes de la era victoriana. De ella Henry James afirmaría: «Pocas veces encontramos una historia de construcción tan delicada, tan elaborada, tan artística, tan veraz y rigurosa».

Reivindicada en los últimos años como una de las autoras más infravaloradas de su tiempo, Elizabeth Gaskell no es tan solo, como han dicho algunos críticos, el eslabón entre Jane Austen y George Eliot, sino que ocupa un lugar propio y destacado por la veracidad de su invención y su meticulosidad a la hora de construir la trama, y la modestia de su carácter y la sutileza de su intelecto se reflejan en una prosa que sabe narrar, observar y analizar en detalle las reacciones y sentimientos.

Elizabeth Gaskell murió de un fallo cardíaco el 12 de noviembre de 1865 en The Lawns (Hampshire), la casa que había comprado con los ingresos devengados por la publicación en forma de folletín de *Hijas y esposas*.

Sylvia Robson, la protagonista de *Los amores de Sylvia*, podría considerarse una suerte de anverso de la Molly Gibson de *Hijas y esposas*, y lo que convierte en antagonistas a esas dos jóvenes, cuyo crecimiento intelectual y físico traza la autora en ambas novelas, es su actitud hacia el aprendizaje. Quien haya leído la novela póstuma de Gaskell no podrá olvidar la actitud

receptiva de Molly respecto a los saberes científicos, y cómo ese desarrollo de su parte racional sirve de contrapeso a su parte emocional a la hora de proporcionarle la felicidad (y al lector a través del final feliz). Muy distinta es la suerte de Sylvia Robson, y no es ajena a ello su desprecio de la instrucción y la cultura, que con paciencia e insistencia quiere imbuirle su primo Philip Hepburn, tan enamorado de ella que acaba convirtiéndola en un ídolo pagano. Si Molly hallará la dicha gracias a su espíritu abierto y curioso, Sylvia solo se labrará su propia desgracia por culpa de su obstinación, su cerrazón, y por dejarse guiar exclusivamente por los sentimientos.

Pero tampoco hemos de olvidar que, como todos los escritores realistas, Gaskell creía que el entorno forjaba el carácter, y el antagonismo entre esas dos muchachas acaba siendo el reflejo de dos épocas cuyo contraste ella misma se encarga de recalcar a lo largo de la novela. No son infrecuentes las intromisiones del narrador en *Los amores de Sylvia*, y casi siempre para recordarnos que estamos leyendo un texto ambientado en una época anterior —aunque apenas sesenta y pocos años—, como en el siguiente párrafo:

Resulta asombroso volver la vista atrás y ver lo distinta que era la mentalidad de la gente que vivía hace cincuenta o sesenta años; sentían, comprendían, sin pasar por ningún proceso analítico o razonamiento, y si ese era el caso entre la gente cultivada, más se acentuaba en la clase a la que Sylvia pertenecía.

Es decir, y como si preparara ya su monumento a la razón y la educación que es *Hijas y esposas*, Gaskell nos lleva a un entorno tosco, donde la gente no pasa «por ningún proceso analítico», y donde el mundo se habita por los impulsos de la emoción y los sentimientos (hecho que resulta aún más pronunciado en una pequeña ciudad de provincias como es ese Monkshaven que Gaskell inventa a partir de lo visto y oído en Whitby). En este registro se sitúan la propia Sylvia, Daniel (su padre), Charley Kinraid (uno de los «amores» de Sylvia), y William Coulson (el socio de Philip). Y al otro lado, en la orilla de la sensatez, el comedimiento, el pensar antes de obrar, encontramos a Bell (la madre de Sylvia), a Alice y Hester Rose, y, sobre todo, a Philip Hepburn, probablemente uno de los personajes masculinos de la novela victoriana que más a flor de piel llevan su parte femenina. Pues en ese entorno de violencias extremas que son las guerras napoleónicas; en medio de ese patrioterismo chovinista cuya máxima expresión intelectual es discutir cuántos franceses han de luchar contra un solo inglés para que la pelea sea justa; entre hombres duros como Charley Kinraid, curtidos en la durísima

pesca de la ballena en los mares de Groenlandia; soportando las injusticias del reclutamiento forzoso por parte de crueles patrullas de leva, surge la figura de Philip Hepburn, un individuo sereno, constante, que sabe lo que quiere, que jamás se deja arrastrar por la pasión y cuyo único error en la vida es dejarse deslumbrar por el becerro de oro, es decir, por Sylvia, la hermosísima Sylvia que se convierte en objeto de deseo de todo Monkshaven al hacerse una mujer, y que llevará a Philip, como a los israelitas, a abjurar de su propio Dios.

Philip Hepburn es también el gozne que comunica en la novela el mundo de los hombres y el de las mujeres. Mientras que los primeros salen al mundo a luchar, a cazar ballenas, a contrabandear, o simplemente a correr aventuras, él permanece con las mujeres, en contacto estrecho con ellas a través de su empleo en la tienda de paños y comestibles del lugar, manteniendo, por así decir, la llama de la civilización en medio de la diáspora masculina. Y por ello es atacado muchas veces: Daniel, el padre de Sylvia, le acusará de legalista; la propia Sylvia le soltará que tiene leche y agua en las venas, y Charley Kinraid, el «otro» pretendiente de Sylvia, lo tratará con condescendencia. Y no solo eso, el propio Philip se ve como la antítesis del gallardo modelo masculino: encorvado, pálido, solo sus ojos —ese espejo del alma— destacan en su semblante, mostrando su espíritu para quien quiera verlo. Pero, paradójicamente, cuando el destino le reúna en el ejército con Charley Kinraid, el hombre viril y apuesto por excelencia, será Philip el verdadero rebelde: él, que entra en el ejército voluntariamente para morir, no pasará de infante de marina, mientras que Kinraid, apresado por la patrulla de leva, contra la que lucha denodadamente cuando lo apresan, acabará conformándose con su destino, y no solo eso, sino que, contrariamente al padre de Sylvia, que se cortó dos dedos para huir del ejército, acabará haciendo una brillante carrera.

Resulta sintomático que, en uno de los episodios de la novela, cuando Sylvia, tras mucho tiempo de no saber de Philip, tiene noticias suyas, cree imposible que se trate de él y que haya cometido un acto de valor, y opina que ha de ser su espíritu; pues en verdad el Philip que habita este mundo al separarse de Sylvia es un muerto en vida, alguien que busca una muerte real que no llega nunca, y que solo podrá alcanzar cuando comprenda el enorme y único pecado de su vida: la idolatría, haber amado más a su ídolo terreno —Sylvia— que a su Dios. Entonces Philip muere en paz, y Sylvia comprende por fin que solo él la había amado de verdad, y también que ese amor había sido un error, el error de unos seres que vivieron en una época a la que aún no

había llegado la Ilustración, que Gaskell ve con una esperanza que ahora se nos antoja cándida, pues las mujeres siguen pareciéndose más a Sylvia Robson que a Molly Gibson, los hombres más a Charley Kinraid que a Philip Hepburn, y el mundo tiene más la forma de la crueldad que de la razón.

DAMIÀ ALOU

LOS AMORES DE SYLVIA

*Este libro está dedicado a
mi querido esposo,
de parte de quien mejor conoce su valía*

1

MONKSHAVEN

En la costa del noroeste de Inglaterra existe una pequeña ciudad llamada Monkshaven, que cuenta en la actualidad con quince mil habitantes. No obstante, eran menos de la mitad a finales del siglo pasado, y fue en ese período cuando ocurrieron los sucesos relatados en estas páginas.

Monkshaven no era un nombre desconocido en la historia de Inglaterra, y corría por la población la tradición de que había sido el lugar de desembarco de una reina sin trono^[1]. En aquella época había un castillo fortificado en las colinas que se elevan sobre la ciudad, y ahora el lugar lo ocupa una casa solariega abandonada; y en época aún anterior a la llegada de la reina, y coetáneo con los restos más antiguos del castillo, un importante monasterio se erigió sobre esos acantilados, encarado a un vasto océano que en la lejanía se confundía con el cielo. La ciudad estaba construida a orillas del río Dee, justo en su desembocadura, en el mar del Norte. La calle principal corría paralela a la corriente, y otras más pequeñas partían de ella, y entre estas y el río quedaban recogidas las casas. Había un puente que cruzaba el Dee y, como es de suponer, una calle del Puente, que quedaba perpendicular a la calle Mayor. En la parte sur del río había unas cuantas casas con más pretensiones, rodeadas de jardines y campos. Era en esa parte de la ciudad donde vivía la aristocracia local. ¿Y quiénes eran las personas importantes de esta pequeña ciudad? No las ramas más jóvenes de las buenas familias que habían heredado una casa solariega sobre los páramos salvajes y desolados, que circundaban Monkshaven por tierra con la misma eficacia con que lo hacían las aguas por mar. No; esas familias se mantenían por encima del desagradable e intrépido comercio que había traído la riqueza a algunas familias de Monkshaven generación tras generación.

Los magnates de Monkshaven eran los que tenían un mayor número de barcos dedicados a la industria ballenera. Para un joven perteneciente a esa clase social, el curso que iba a tomar su vida era más o menos como sigue: entraba como aprendiz de marino en una de las grandes navieras —en la de su

padre, probablemente—, junto con otros veinte muchachos, o incluso más. Durante los meses de verano, él y los demás aprendices viajaban a los mares de Groenlandia, y regresaban con sus cargamentos a principios de otoño; y los meses de invierno se empleaban en observar la preparación del aceite obtenido del esperma en los cobertizos de fundición, y aprendiendo navegación con algún profesor pintoresco pero experimentado, mitad maestro, mitad marino, que sazónaba sus enseñanzas con narraciones de las alocadas aventuras de su juventud. La casa del naviero para el que hacía de aprendiz era su hogar, y también el de sus demás compañeros, durante los meses que iban de octubre a marzo, cuando había poco trabajo. El lugar que ocupaban en la casa estos chavales difería según lo que habían pagado para su instrucción; algunos tenían la misma categoría que los hijos de la familia, mientras que otros eran considerados poco más que criados. Sin embargo, una vez a bordo prevalecía la igualdad, y si alguien podía reclamarse superior era solo en razón de su valor e inteligencia. Tras un cierto número de viajes, el mozo ascendía poco a poco al rango de capitán, y como tal tenía su parte en las ganancias; todos estos beneficios, junto con sus ahorros, se destinarían a construir un ballenero propio, si no tenía la suerte de ser hijo de algún armador. En la época en que sucede esta historia, había poca división del trabajo en la pesca de la ballena en Monkshaven. La misma persona que poseía seis o siete barcos estaba preparada, por educación y experiencia, para comandar cualquiera de ellos; también para encargarse de instruir a una docena de aprendices, cada uno de los cuales le pagaba una importante tarifa; y para ser el propietario de las destilerías, donde los cargamentos de esperma y barbas eran elaborados para su venta al público. No era de extrañar que esos armadores amasaran grandes fortunas, ni que sus casas, ubicadas en la parte sur del río Dee, fueran imponentes mansiones, llenas de sólidos y espléndidos muebles. Tampoco era de extrañar que la ciudad, en su conjunto, poseyera un aspecto anfibio, hasta un grado muy poco habitual en un puerto de mar. Todos dependían de la industria ballenera, y casi todos los habitantes habían sido o esperaban ser marineros. En algunas épocas del año, río abajo el olor era casi intolerable para cualquiera que no fuera habitante de Monkshaven; pero en esos muelles repugnantes los ancianos y los niños haraganeaban durante horas, como si se deleitaran con los olores del aceite de grasa de ballena.

Creo que ya hemos descrito bastante la ciudad. He dicho que, por la parte de tierra, a la linde de la ciudad le seguían millas y millas de páramo; por encima del nivel del mar se enseñoreaban los riscos púrpura, cuyas cumbres se veían coronadas de praderas que descendían las laderas de los acantilados

en vetas verduzcas. De vez en cuando un riachuelo bajaba desde las alturas hacia el mar, convirtiendo su cauce en un valle más o menos ancho durante un prolongado período de tiempo. En las hondonadas de los páramos, igual que en esos valles, crecían y florecían árboles y arbustos; de modo que, mientras en las peladas extensiones de las tierras altas uno se estremecía ante la yerma desolación del paisaje, al llegar a una de esas depresiones boscosas se veía seducido por el acogedor refugio que proporcionaban. Pero por encima y alrededor de estos escasos y fértiles valles, había muchísimas millas de páramo, que exhibían su desolación en esa piedra caliza de color rojo que asoma sobre las escasas hierbas; luego, posiblemente, venía un trecho marrón de tremedal, un terreno poco firme para el caminante que quisiera tomar un atajo hacia su destino; luego, en las tierras arenosas más elevadas, aparecía el brezo púrpura, u otras especies más comunes que crecían hermosas y exuberantes. Ocasionalmente se encontraban matas de hierba fina y elástica, donde pacían unas ovejas de cara negra; pero ya fuera la escasa comida, o su agilidad caprina, se mantenían en una delgadez muy poco halagüeña para el carnicero, y tampoco era su lana de una calidad lo bastante buena como para que los propietarios sacaran gran beneficio. Hoy día estas partes están poco pobladas; mucho menos lo estaban en el siglo pasado, antes de que la agricultura se estudiara científicamente y tuviera la oportunidad de enfrentarse a los inconvenientes naturales que presentaban los páramos, y tampoco existían ferrocarriles que trajeran cazadores desde muchas millas de distancia para disfrutar de la temporada de caza, con su demanda anual de alojamiento.

Había viejas casas solariegas de piedra en esos valles; granjas que se veían desde lejos, con pequeños almiars de heno tosco y pobre, y, en el corral, pilas de turba casi más grandes para calentarse en invierno. El ganado de estos granjeros parecía medio muerto de hambre; pero también había una expresión singular e inteligente en sus caras, que rara vez se observa en los semblantes plácidamente estúpidos de los animales bien alimentados. Todas las cercas eran taludes de turba, sobre los que se apilaban algunas piedras sueltas.

Los escasos valles conocían una relativa fertilidad y exuberancia. Los estrechos prados que se extendían junto al río parecían capaces de satisfacer, con su hierba alta y abundante, el apetito de las vacas; mientras que en las tierras más altas la escasa hierba existente casi ni invitaba a molestarse en ir a buscarla. Incluso en esas depresiones, los sibilantes vientos del mar, siguiendo la corriente del río, atrofiaban y cercenaban los árboles a poca altura; pero

seguía habiendo abundantes y densos arbustos, enmarañados con zarzas, rosales silvestres y madreselvas; y si el granjero de esos valles relativamente felices hubiera tenido una esposa o una hija que se cuidara del jardín, muchas flores habrían crecido en el lado occidental y meridional de la tosca casa de piedra. Pero en aquella época la jardinería no era un arte popular en Inglaterra; y en el norte sigue sin serlo. Puede que los nobles y los caballeros cuenten con hermosos jardines; pero al norte del Trent, que es lo que yo conozco, los granjeros y los jornaleros les tienen muy poca afición. Unos cuantos arbustos de «bayas», un par de árboles de grosellas negras (las hojas se utilizan para reforzar el sabor del té, y el fruto como medicina para los resfriados y dolores de garganta), un patatar (y no era tan común a finales del siglo pasado como ahora), un lecho de coles, matas de salvia, melisa, tomillo y mejorana, posiblemente un rosal, y abrótno en el medio; una parcelita de cebollas pequeñas, toscas y olorosas, y quizá un poco de caléndula, cuyos pétalos aromatizaban el caldo de vaca en salmuera; dichas plantas eran las que componían un jardín bien provisto en la época y lugar en que se inicia mi historia. Pero durante más de veinte millas tierra adentro uno tampoco se olvidaba del mar ni de su industria; restos de marisco, de algas, los despojos de las destilerías, eran el principal estiércol de la zona; enormes y terribles mandíbulas de ballena, peladas y blancas, formaban los arcos que había sobre los portones de muchos campos o extensiones de páramo. En todas las familias que tenían con varios hijos, por muy dedicados a la agricultura que estuvieran, había alguno que se había ido a la mar, y hacia allí la madre miraba con añoranza cada vez que cambiaban los sibilantes vientos de los páramos. En vacaciones se iba de excursión a la costa; a nadie le interesaba ir tierra adentro, pues lo único que había que ver era la gran feria equina anual, que se celebraba allí donde aquella tierra sombría se transformaba en aldeas y campos de cultivo.

Quien se adentraba en esas tierras no podía dejar de pensar en el mar; mientras que en otras partes de la isla, a cinco millas del océano uno ya se ha olvidado de la existencia del agua salada. El importante comercio con Groenlandia de las poblaciones costeras era, sin duda, la causa primordial de dicha circunstancia. Pero, en la época que relato, el mar vecino era, para todos los habitantes, una fuente de temor y de cólera.

Desde el final de la guerra con las colonias norteamericanas, la armada no había tenido excesivas necesidades de tripulantes; y los fondos que el gobierno destinaba a ese propósito disminuían con cada año de paz. En 1792, esos fondos llegaron a su mínimo en muchos años. En 1793, los sucesos

ocurridos en Francia habían puesto a Europa en pie de guerra, y los ingleses vivían un frenético sentimiento antifrancés, que la Corona y sus ministros procuraban, por todos los medios, convertir en algo más eficaz que palabras. Teníamos barcos, pero ¿dónde estaban nuestros hombres? El Almirantazgo, no obstante, tenía un fácil remedio a su disposición, cuyo uso contaba con abundantes precedentes, y una ley consuetudinaria (si no escrita) que sancionaba su aplicación. Publicaban «órdenes de reclutamiento», en las que apelaban a los poderes civiles de todo el país para que apoyaran a sus oficiales en el cumplimiento de su deber. La costa se dividía en distritos, cada uno bajo la responsabilidad de un capitán de navío, que a su vez delegaba subdistritos a sus tenientes; y de este modo, se vigilaba y aguardaba la llegada de todos los barcos que regresaban a casa, y todos los puertos estaban sometidos a inspección; y en un día, si hacía falta, una enorme cantidad de hombres pasaba a formar parte de las fuerzas navales de Su Majestad. Pero si el Almirantazgo apremiaba en sus exigencias, también estaban dispuestos a dejar de lado todo escrúpulo. Los hombres de tierra, si el físico les acompaña, no tardan en convertirse en buenos marineros con el adiestramiento adecuado; y una vez en la bodega de la gabarra, que siempre aguardaba el éxito de las operaciones de las patrulla de leva, a esos prisioneros les resultaba difícil demostrar cuál había sido su ocupación anterior, sobre todo cuando nadie tenía tiempo para escuchar sus razones, ni estaba dispuesto a creerlas si las escuchaba, ni haría nada para liberar al cautivo en caso de que las escuchara y las creyera. Los hombres eran secuestrados, literalmente desaparecían, y jamás se volvía a saber de ellos. Las calles de una concurrida ciudad no estaban a salvo de la actuación de esas patrullas, como podría haber relatado lord Thurlow, después de un paseo que dio en esas fechas por Tower Hill, cuando él, el fiscal general de Inglaterra, sufrió en sus propias carnes la peculiar manera que tenía el Almirantazgo de librarse de todas esas fastidiosas personas que siempre hacían ruegos y peticiones. Tampoco los habitantes de tierra adentro vivían más seguros; muchos habitantes de los pueblos se iban a la contrata de peones y jamás volvían a casa a contar cómo les había ido; muchos campesinos robustos y jóvenes desaparecían del hogar paterno, y ni madre ni enamorada volvían a saber de ellos; tan grande era la necesidad de hombres que sirvieran en la armada durante los primeros años de la guerra con Francia, y después de cada gran victoria naval en esa guerra.

Los funcionarios del Almirantazgo iban al acecho de buques mercantes; hay muchos ejemplos de navíos que volvían a casa tras una larga ausencia, con una rica carga, y que fueron abordados a un día de distancia de tierra, y se

llevaron a tantos hombres que el barco, con su cargamento, quedó ingobernable a causa de la pérdida de la tripulación, y fue a la deriva por el ancho y bravío océano, o quedó al mando incompetente de dos marineros enfermos e ignorantes; otras veces dichas naves simplemente desaparecían para siempre. Los hombres así reclutados eran arrancados de la proximidad de sus parientes o esposas, y a menudo privados de las arduas ganancias de años, que quedaban en poder de los capitanes de los buques mercantes en los que habían servido, al azar de la honestidad o la deshonestidad, la vida o la muerte. Ahora bien, toda esta tiranía (pues no puedo usar otra palabra) nos resulta inconcebible; no podemos imaginar cómo es posible que una nación se sometiera a ella durante tanto tiempo, ni siquiera bajo el entusiasmo bélico, o el pánico de una invasión, o cualquier leal sumisión a los poderes regentes. Cuando leemos que los militares solicitaban ayuda a los poderes civiles para que respaldaran a las patrullas de leva, que había pelotones de soldados vigilando las calles, y centinelas con bayonetas caladas en todas las puertas mientras las patrullas de leva entraban y registraban todos los agujeros y rincones de una casa; cuando nos cuentan que las tropas a veces rodeaban las iglesias durante el servicio, mientras las patrullas se quedaban en la puerta para apresar a los hombres cuando salían del templo, y los tomamos como ejemplos de lo que ocurría constantemente bajo distintas formas, no hemos de extrañarnos de que los alcaldes, y otras autoridades cívicas de las grandes ciudades, se quejaron de que había que poner fin a todo ello a causa del peligro que corrían los comerciantes y sus criados cada vez que se adentraban en las calles, infestadas de patrullas de leva.

Si fue el vivir en estrecha proximidad con la metrópoli —el centro de la política y las noticias— lo que inspiró a los habitantes del sur de Inglaterra ese fuerte patriotismo que consiste en odiar a todas las demás naciones; o si fue que las posibilidades de captura eran mucho más grandes en los puertos del sur, hasta el punto de que los marinos mercantes se habituaron al peligro; o si fue que el hecho de servir a la armada, para aquellos que conocen las ciudades de Portsmouth o Plymouth, poseía un atractivo para los hombres en virtud del arrojo y esplendor de un trabajo aventurero, lo cierto es que los habitantes de la costa meridional se tomaron la opresión de las patrullas de leva de una manera más sumisa que las indomables gentes del norte. Pues entre ellos, las posibilidades de obtener ganancias que fueran más allá de un salario en la industria ballenera o en el comercio con Groenlandia alcanzaban hasta al marinero más humilde. Este, con audacia y ahorro, podía llegar a ser propietario de un barco. A su alrededor había oficiales que lo habían

conseguido; y ese mismo hecho iba borrando cada vez más las distinciones de clase; y las empresas comunes y los peligros, el perseguir todos juntos el mismo interés, unía a los habitantes de esa línea costera con un fuerte vínculo, de modo que si este se partía por alguna fuerza externa y violenta, se despertaban violentas cóleras y sed de venganza. Un habitante de Yorkshire me dijo una vez: «Mis paisanos son todos iguales. Su primer pensamiento es cómo oponer resistencia. Bueno, yo mismo, si oigo a alguien decir que hace un bonito día, me encuentro intentando descubrir que no es cierto. Y así ocurre con el pensamiento, con las palabras y con los hechos».

Por lo que podéis imaginar que el trabajo de las patrullas de leva no fue precisamente fácil en la costa de Yorkshire. En otros lugares inspiraban miedo, allí, solo rabia y odio. Una carta anónima le advirtió al alcalde de York, el 20 de enero de 1777, que «si esos hombres no eran expulsados de la ciudad el martes siguiente, o antes, la vivienda de su excelencia, y también su casa solariega, arderían hasta quedar reducidas a cenizas».

Quizá parte del resentimiento que imperaba en este asunto se debía a un hecho que he observado en otros lugares de ubicación parecida. Allí donde las haciendas de nobles de antiguas familias —pero de ingresos limitados— rodean un centro donde existe una industria o un comercio prósperos, se da una especie de animadversión latente por parte de los propietarios hacia los industriales, comerciantes, negociantes o armadores, en cuyas manos se halla la capacidad de hacer dinero, un poder que ningún orgullo hereditario, ni esa afición aristocrática a la indolencia, puede impedirles utilizar. Esta animadversión, sin duda, es mayormente de talante negativo; su manifestación más corriente es una ausencia de palabras y actos; con una actitud letárgica y refinada se hace caso omiso de todos los desagradables vecinos; pero lo cierto es que la industria de la ballena de Monkshaven se había vuelto tan próspera, en un grado impertinente y conspicuo, en los años anteriores a la época en que ocurre esta historia, que los navieros de Monkshaven se estaban haciendo ricos e importantes a un punto que los terratenientes que vivían tranquilamente en sus casas —antiguas mansiones de piedra desperdigadas por los páramos que rodeaban la ciudad— opinaron que el freno que las patrullas de leva iban a imponer sobre el comercio de Monkshaven era sabiamente ordenado por poderes superiores (a qué altura exacta colocaban esos poderes es algo que no me atrevo a decir) para impedir que se hicieran ricos de manera en exceso precipitada, que era un defecto que ya señalaban las Sagradas Escrituras. También, posiblemente, creyeron estar cumpliendo con su deber cuando prestaron apoyo a las órdenes del

Almirantazgo con todo el poder civil de que disponían, allí donde se les solicitaba, y siempre que podían hacerlo sin tomarse demasiadas molestias en asuntos que, después de todo, tampoco les concernían.

Había también otros motivos en las mentes de algunos padres que, previsoramente, pensaban en sus hijas. Los capitanes y tenientes que llevaban a cabo ese desempeño eran en su mayoría unos solteros muy agradables, educados para ejercer una profesión distinguida, o al menos eran unos visitantes muy obsequiosos cuando tenían un día libre. ¿Quién sabía lo que podía resultar de todo aquello?

De hecho, esos valientes oficiales no eran impopulares en Monkshaven, excepto cuando entraban en conflicto con la población. Poseían esa actitud franca de su profesión; sabían que habían participado en combates cuya sola narración enardecería el corazón del cuáquero más pacifista, y ellos mismos no se hacían notar en el sucio trabajo que, sin embargo, sancionaban y permitían. De manera que, mientras que pocas eran las personas que pasaban por delante de la humilde taberna sobre la que ondeaba la bandera azul de la armada, como señal de que allí se encontraba la patrulla de leva, sin escupirle en signo de aborrecimiento, no obstante es probable que esa misma persona saludara con respeto al teniente Atkinson en caso de encontrárselo en la calle Mayor. Tocarse el sombrero era un gesto desconocido por esos pagos, pero movían la cabeza de una manera curiosa, sin agitarla ni tampoco asentir, pero dando a entender de todos modos una actitud amistosa. También los armadores invitaban de vez en cuando al oficial a almorzar o a cenar, sin perder de vista que en cualquier momento podía convertirse en un activo enemigo, y de ningún modo sentían la tentación de darle «las llaves de la casa», por muchas hijas solteras que pudieran adornar su mesa. Sin embargo, siempre que el oficial se diera maña en contar una historia interesante, fuera buen bebedor, y casi nunca estuviera demasiado ocupado para acudir cuando se le solicitara, se llevaba mejor de lo que cualquiera podría esperar con la gente de Monkshaven. Y casi todo el rechazo que despertaba la cuestión de la leva recaía sobre sus subordinados, que eran vistos como poco más que secuestradores y espías, «indeseables», como los consideraba la gente normal, y como tales estaban dispuestos a perseguirlos y acosarlos a la menor provocación, cosa que las patrullas de leva hacían sin ningún escrúpulo. A pesar de todo, eran gentes valientes y arrojadas. La ley les respaldaba, y por tanto lo que hacían era legal. Servían a su país y a su rey. Utilizaban todas sus facultades, y eso siempre era agradecido. Había muchas posibilidades de lograr gloria y triunfo utilizando el ingenio; sus vidas estaban llenas de

aventura. Era un trabajo legal y leal, que exigía sensatez, agilidad mental, valor, y además participaba de esa extraña afición a la caza inherente a todos los hombres. A catorce o quince millas de la costa se encontraba el *Aurora*, un buen buque de guerra; y allí eran transportados esos cargamentos humanos de varias gabarras, que se apostaban en los lugares más convenientes de la costa. Una de ellas, el *Dama Alegre*, podía verse desde los acantilados que había sobre Monkshaven, no muy lejos, pero oculta por el ángulo de las tierras altas a la visión constante de la gente; y estaba siempre la taberna del Encuentro (como se llamaba por los alrededores a la que se veía rematada por la bandera azul de la armada) para que la tripulación del *Dama Alegre* holgazaneara e invitara a beber a los incautos que pasaban por allí. Hasta el momento, eso era todo lo que había hecho la patrulla en Monkshaven.

REGRESO DE GROENLANDIA

Un cálido día de octubre del año 1796, dos muchachas salieron de su casa rumbo a Monkshaven para vender mantequilla y huevos, pues las dos eran hijas de granjeros, aunque sus circunstancias fueran bastante distintas; Molly Corney tenía muchos hermanos, por lo que estaba acostumbrada a las incomodidades; Sylvia Robinson era hija única, por lo que mucha gente la tenía en más estima que los padres de la Virgen María a esta. Las dos tenían que hacer algunas compras una vez efectuada la venta. En aquella época, las mujeres que llevaban mantequilla y huevos al mercado las vendían sentándose hasta cierta hora de la tarde en los peldaños de una vieja cruz grande y mutilada; pasada dicha hora, si no se habían librado de sus bienes, los llevaban a regañadientes a las tiendas, donde los vendían a un precio menor. Las buenas amas de casa no le hacían ascos a acercarse hasta la Cruz de la Mantequilla, y, tras oler y despreciar los artículos que deseaban, mantenían una permanente esgrima de palabras con la intención, a menudo vana, de conseguir una rebaja en el precio. Un ama de casa del siglo pasado se habría considerado una incompetente en su trabajo de no haber seguido este proceso preliminar; y las esposas e hijas de los granjeros lo consideraban algo rutinario, y contestaban a la clienta con un humor bastante desenfadado. La clienta, de este modo, una vez descubierto dónde se vendían la mejor mantequilla y los huevos más frescos, acudía una y otra vez a despreciar los artículos que finalmente acababa adquiriendo. En aquellos días la gente disponía de mucho tiempo para entregarse a dichos menesteres.

Molly había atado un nudo en su pañuelo de lunares de color rosa para cada una de las importantes compras que tenía que hacer; en su casa se necesitaban algunos artículos importantes pero aburridos; y si se olvidaba de alguno, podía contar con que su madre le daría una buena regañina. Tantos eran los encargos que su pañuelo de bolsillo parecía un gato de nueve colas; pero ni una sola cosa era para ella, ni, por supuesto, para ninguno de los miembros de su numerosa familia a título individual. La familia Corney no

disponía de demasiado dinero que gastar en otra cosa que no fueran las necesidades colectivas de la familia.

El caso de Sylvia era distinto. Se disponía a elegir su primera capa y, al contrario que muchas otras chicas, no tendría que utilizar una vieja de su madre que había pasado por las hermanas mayores y había sido teñida cuatro veces (Molly se habría conformado incluso con eso), sino que compraría una flamante capa de buena lana de Duffel solo para ella, sin ni siquiera una autoridad de más edad que la controlara a la hora de gastar; solo tendría a Molly a su lado, aconsejándola llena de admiración, y con tanta simpatía como pudiera convivir con la paciente envidia que sentía por las circunstancias más dichosas de Sylvia. De vez en cuando se desviaban del gran tema que ocupaba sus pensamientos, pero Sylvia, con inconsciente destreza, pronto hacía regresar la conversación a la cuestión de los respectivos méritos del gris y el escarlata. Las chicas caminaron descalzas y llevaron los zapatos y las medias en la mano durante la primera parte del camino, pero en cuanto avistaron Monkshaven se detuvieron y se desviaron por un sendero que conducía a las riberas del Dee. Por allí había grandes piedras redondas dentro del río; las aguas las rodeaban, se arremolinaban y formaban profundas charcas. Molly se sentó en la ribera cubierta de hierba para lavarse los pies, pero Sylvia, más activa (o quizá más alegre con la perspectiva de la capa), colocó su cesto sobre una parte de la orilla cubierta de gravilla, y, dando un buen salto, se sentó sobre una piedra casi en mitad de la corriente. A continuación remojó sus deditos rosáceos en la fría superficie del agua, agitándolos con alegría infantil.

—Estate quieta, Sylvia. Me estás salpicando por todas partes, y mi padre no me va a comprar una capa nueva.

Sylvia se quedó quieta, por no decir arrepentida, al momento. Levantó el pie del agua y, como para huir de la tentación, lo apartó de Molly y lo dirigió hacia el lado de su asiento de piedra en el que la corriente era menos profunda, interrumpida por guijarros. Pero, al verse interrumpida en su juego, sus pensamientos volvieron al gran tema de la capa. Estaba ahora igual de quieta que llena de ganas de retozar un momento antes. Se había reclinado sobre la piedra, como si fuera un cojín y ella una pequeña sultana.

Molly se lavaba lentamente los pies para ponerse las medias cuando oyó un repentino suspiro, y su compañera volvió la cara para mirarla. Dijo:

—Ojalá mamá no se hubiera inclinado por la gris.

—Vamos, Sylvia, ya me estabas diciendo lo mismo cuando llegamos a lo alto de la colina, y lo único que hizo fue pedirte que te lo pensaras dos veces

antes de decidirte por la escarlata.

—¡Ya! Mamá habla poco, pero lo que dice, dicho queda. Papá es más como yo, hablamos mucho para no decir nada; pero las palabras de mamá son como piedra labrada. Están llenas de significado. Y después —dijo Sylvia, como si la ofendiera tal sugerencia— me pidió que le preguntara su opinión a mi primo Philip. Odio a los hombres que tienen opinión en tales cuestiones.

—Bueno, pues si seguimos sentadas aquí no llegaremos a Monkshaven ni para vender los huevos y la mantequilla ni para comprar la capa. El sol ya está bajando, así que vamos, chica, pongámonos en marcha.

—Pero si me pongo las medias y los zapatos aquí, y pego un salto hasta la gravilla húmeda, me pondré perdida —dijo Sylvia en un patético tono de perplejidad, divertidamente infantil.

Se puso en pie, sus pies desnudos se curvaron sobre la superficie de la piedra, y su delicada figura se balanceó como si estuviera a punto de saltar.

—Lo único que tienes que hacer es saltar descalza, y volver a lavarte los pies sin armar tanto jaleo. Para empezar, lo que deberías haber hecho es lo que he hecho yo y lo que hacen las personas sensatas. Pero no tienes sentido común.

La mano de Sylvia detuvo la boca de Molly. Ya estaba en la ribera, al lado de su amiga.

—No me des lecciones; no me gusta que me sermoneen por cada cosa que digo. Voy a comprarme una capa nueva, chica, y no te puedo prestar atención si me vas dando sermones. Tú tendrás mucho sentido común, pero yo tendré mi capa.

Podríamos dudar si a Molly ese reparto le pareció equitativo.

Las dos muchachas llevaban unas medias ajustadas, tejidas por sus propias manos, de estambre azul muy corriente en el condado; se habían puesto unos zapatos de cuero negro y tacón alto, que les cubrían totalmente el empeine, ajustados y adornados con relucientes hebillas de acero. Ahora no caminaban con paso tan vivo y libre como cuando iban descalzas, pero seguía habiendo en ellas esa ligereza característica de la flor de la juventud; pues ninguna de las dos había cumplido aún los veinte años; de hecho, Sylvia no tenía más de diecisiete en aquella época.

Ascendieron el empinado sendero cubierto de hierba, y las zarzas arañaron sus faldas escocesas; atravesaron el bosquecillo y llegaron al camino de herradura, y entonces «se arreglaron», como solían llamarlo; es decir, se quitaron sus sombreros de fieltro negro y volvieron a recogerse el pelo, se sacudieron todas las motas de polvo del camino; se alisaron los pequeños

chales (o pañuelos grandes, llamadlos como queráis) que se desparramaban sobre sus hombros, sujetos bajo el cuello, y ceñidos a la cintura con las cintas del delantal, y luego se pusieron otra vez el sombrero, recogieron los cestos y quedaron a punto para caminar de manera decorosa hasta la ciudad de Monkshaven.

Tras la siguiente curva del camino de herradura aparecieron los tejados rojos y puntiagudos de las casas que, muy apretadas, quedaban justo debajo de la colina en la que se encontraban. El sol de otoño avivaba el color rojizo de las tejas y hacía más profundas las sombras de las estrechas calles. La angosta bahía que se abría en la desembocadura del río estaba abarrotada de pequeñas embarcaciones de todo tipo, que formaban un intrincado bosque de mástiles. Más allá aparecía el mar, una lisa extensión de zafiro, y apenas alguna onda alteraba su reluciente superficie, que se extendía a lo largo de leguas y leguas hasta confundirse con el atenuado zarco del cielo. Sobre esa tersa agua azul flotaban docenas de botes de pesca con velas blancas, aparentemente inmóviles, a no ser que midieras su avance tomando algún punto de referencia terrestre; pero aunque parecían quietos, silenciosos y distantes, el saber que había hombres a bordo, todos ellos rumbo a alta mar, aumentaba hasta lo indecible el interés que se experimentaba al observarlos. Cerca de la barra del río Dee había un navío más grande. Sylvia, que vivía en la zona desde hacía poco, lo miró con el mismo callado interés con que miraba a los demás; pero Molly, en cuanto distinguió qué tipo de barco era, exclamó:

—¡Es un ballenero! ¡Es un ballenero que vuelve de Groenlandia! ¡El primero que llega en esta estación! ¡Dios lo bendiga!

Y tal era su excitación que se volvió y estrechó las dos manos de Sylvia. A esta se le subió el color, y sus ojos centellearon de simpatía.

—¿Estás segura? —preguntó, ahora también sin aliento; pues aunque no distinguía por su apariencia a qué se dedicaba cada uno de los barcos allí fondeados, estaba muy al corriente del enorme interés que despertaban los balleneros.

—¡Son las tres! ¡Y no hay pleamar hasta las cinco! —dijo Molly—. Si nos damos prisa, podemos vender nuestros huevos y estar en el muelle antes de que toque puerto. ¡Rápido, chica!

Y bajaron la larga y empinada colina a un paso que era casi una carrera. No se atrevían a correr; de hecho, la velocidad a la que caminaban habría destrozado unos huevos menos meticulosamente empaquetados. Cuando terminó la cuesta, apareció ante ellas una calle larga y estrecha, que giraba y

se desviaba de la línea recta como si siguiera el curso del río. Las dos chicas tenían la impresión de que nunca llegarían al mercado, que estaba situado en el cruce de la calle del Puente y la Mayor. Allí los monjes habían erigido una cruz de piedra hacía mucho tiempo; ahora estaba erosionada y mutilada, nadie la consideraba ya un símbolo sagrado, sino solo la Cruz de la Mantequilla, donde las mujeres del mercado se congregaban los miércoles, y donde el pregonero proclamaba la lista de inmuebles en venta, de cosas perdidas o encontradas, comenzando con su «¡Se hace saber!» y acabando con «Dios bendiga al rey y al señor de este feudo» y un muy breve «Amén», antes de marcharse y quitarse la librea, cuyos colores le delataban como criado de los Burnaby, la familia que poseía los derechos señoriales sobre Monkshaven.

Como es de suponer, el concurrido espacio que rodeaba la Cruz de la Mantequilla era el preferido para instalar una tienda; y en un bonito día de mercado como ese, y teniendo en cuenta la época del año, justo cuando las amas de casa comenzaban a echarle un vistazo a su provisión de mantas y su ropa interior de franela, y descubrían con tiempo cuáles eran sus necesidades, esas tiendas deberían estar llenas de clientes. Pero estaban vacías, más de lo que solían estarlo incluso en un día laborable cualquiera. Los taburetes de tres patas que se alquilaban a un penique la hora a las mujeres que acudían al mercado demasiado tarde para encontrar sitio en los peldaños estaban desocupados; algunos se veían derribados en el suelo, como si la gente hubiese pasado a toda prisa.

A Molly le bastó una mirada para captarlo todo e interpretar los signos, aunque no tuvo tiempo para explicarle a Sylvia su significado y la consiguiente acción que llevó a cabo, que consistió en irse corriendo a la tienda de la esquina.

—¡Los balleneros vuelven a casa! ¡Hay uno delante de la barra!

Fue expresado como un aserto, aunque su entonación fue la de una pregunta cargada de expectación.

—¡Sí! —dijo un cojo que remendaba redes detrás de un tosco mostrador de madera—. Ha vuelto ligera, y ha traído buenas noticias de las demás, como he oído decir. Hubo una época en que yo también iba embarcado con los mejores; pero ahora es voluntad del Señor que me quede en casa arreglando los aparejos de los demás. Fíjate, moza, en cuántos me han dejado sus cestos de todo tipo mientras ellos se iban al muelle. Deja aquí tus huevos y vete con ellos, pues a lo mejor algún día sufrirás también parálisis, y entonces te preocuparás por la leche derramada y por no haber aprovechado todas tus oportunidades cuando eras joven. ¡Sí! Todos están hartos de oír mis

moralejas; más me vale encontrar a otro tullido como yo a quien endilgarle mis sermones, pues no todo el mundo tiene la suerte de los curas, que pueden largar lo que sea le guste a la gente o no.

El cojo colocó los dos cestos en el suelo con cuidado y con tanta palabrería como la anterior dirigida a sí mismo. A continuación suspiró un par de veces y reemprendió su trabajo y se puso a cantar.

Molly y Sylvia estaban ya casi cerca de los muelles cuando el cojo llegó a ese momento de júbilo. Siguieron corriendo, sin hacer caso del flato que les punzaba los costados, hasta llegar a la ribera del río donde la gente se había reunido. No había mucha distancia entre la Cruz de la Mantequilla y el muelle; en cinco minutos las dos chicas, sin aliento, habían conseguido un lugar desde el que observar, fuera de la multitud; pero al poco los recién llegados las empujaban y las hundían en el centro mismo del gentío. Todas las miradas estaban fijadas en el barco, anclado justo delante de la barra, a menos de un cuarto de milla de distancia. El funcionario de aduanas acababa de subir a bordo para recibir el informe de carga por parte del capitán y examinar su contenido debidamente. Los hombres que le habían llevado en la lancha regresaban a la orilla, y portaban algunas noticias cuando desembarcaron a poca distancia de la multitud, que se movió como un solo hombre para oírlos. Sylvia agarró con fuerza la mano de Molly, de más edad y mayor experiencia, y escuchó boquiabierta las respuestas que esta obtenía de un rudo marinero que se hallaba a su lado.

—¿Qué barco es?

—¡El *Resolución* de Monkshaven! —dijo el marinero, indignado, como si cualquier ganso hubiera de saberlo.

—Ya lo creo que es el *Resolución*, y un barco bienaventurado es para mí —exclamó una anciana situada cerca de Molly—. Ha traído a casa a mi muchacho. Pues este le gritó a aquel barquero que por favor me dijera que se encontraba bien. «Dile a Peggy Christison», dice mi hijo (me llamo Margaret Christison), «dile a Peggy Christison que su hijo Hezekiah ha vuelto sano y salvo». ¡Alabado sea Dios! ¡Y yo, que soy viuda, ya creía que no volvería a ver a mi muchacho!

Parecía que, en aquella hora de enorme dicha, todos contaban con las simpatías de los demás.

—Perdóneme, pero si me hace un poquito de sitio podré levantar a mi pequeño para que pueda ver el barco de su papá, y para que su papá también pueda verle a él. El pasado martes cumplió cuatro meses, y su padre todavía

no sabe cómo es, ¡y ya tiene un diente, y otro que le está saliendo, bendito sea!

Dos habitantes de la Monkshaven más próspera estaban un poco por delante de Molly y Sylvia; mientras estas se movían conforme a la petición de la joven madre, oyeron parte de la información que estos armadores habían recibido de los barqueros.

—Haynes dice que enviarán el manifiesto de la carga a tierra dentro de unos veinte minutos, en cuanto Fishburn les haya echado un vistazo a los toneles. Solo ocho ballenas, según lo que cuenta.

—Nadie puede saberlo —dijo el otro— hasta no tener el manifiesto en mano.

—Me temo que dice la verdad. Pero trae estupendas noticias del *Buena Suerte*. Está en el cabo de Saint Abb, y lleva unas quince ballenas.

—Veremos cuánta verdad hay en eso cuando llegue.

—Pues será pasado mañana.

—Ese es el barco de mi primo —le dijo Molly a Sylvia—. Es primer arponero en el *Buena Suerte*.

Un anciano la tocó mientras hablaba:

—Le pido disculpas, señorita, pero estoy completamente ciego; mi chico va a bordo del barco que está fondeado delante de la barra, y mi mujer está postrada en la cama. ¿Tardarán mucho en atracar? Porque si la cosa va para largo, daré media vuelta e iré a decirle algo a mi señora, que debe de estar hirviendo de preocupación ahora que sabe que su hijo está tan cerca. ¿Puedo atreverme a preguntarle si el agua ya ha llegado a la altura del Negro Encorvado?

Molly se puso de puntillas para intentar ver la piedra negra así denominada, pero Sylvia, encorvándose y escrutando entre los brazos de la gente que se movía, lo vio primero, y le dijo al ciego que el agua aún no había llegado a esa altura.

—Pues entonces —dijo el anciano—, iré a ver a mi mujer para apagarle el hervor. Aún hace falta mucha agua para cubrir esa piedra. Tengo tiempo de ir a casa y decirle a mi mujer que no se preocupe, pues lo estará, por mucho que yo le pida que esté tranquila, que no pierda la alegría.

—Será mejor que nos vayamos —dijo Molly cuando se abrió un claro entre la multitud para dejar pasar al anciano—. Aún hemos de vender los huevos y la mantequilla, y hay que comprar la capa.

—¡Bueno, supongo que tienes razón! —dijo Sylvia, con pesar; pues aunque durante todo el camino hasta Monkshaven no había tenido otra cosa

en la cabeza que la compra de su capa, poseía esa naturaleza impresionable que se contagia de los sentimientos de quienes la rodean; y aunque no conocía a nadie a bordo del *Resolución*, estaba tan impaciente por verlo atracar en el puerto como todos los allí presentes que tenían a un ser querido a bordo.

De manera que se dio media vuelta a regañadientes para seguir a la más prudente Molly rumbo a la Cruz de la Mantequilla.

Era una escena hermosa, aunque demasiado habitual para los que la veían en aquel momento como para que pudieran distinguir su belleza. El sol estaba lo bastante bajo por el oeste como para teñir de dorado la neblina que llenaba el lejano valle del río. Por encima de este, a lo largo de las dos riberas del Dee, se extendían las alturas de los páramos, alzándose una tras otra; las más cercanas tenían un tono pardo rojizo, del matiz de un helecho que se marchita, y las más lejanas eran grises y pálidas en contraste con el vivo color del cielo otoñal. Las tejas rojas y acanaladas de las casas se alzaban en apiñada irregularidad a un lado del río, mientras que los barrios de más reciente construcción se disponían de manera más ordenada y menos pintoresca en el acantilado opuesto. El río mismo se hinchaba con la llegada de la inminente marea, y sus aguas agitadas se derramaban hasta los mismísimos pies de la multitud que se congregaba en los muelles, a medida que las grandes olas del mar los iban invadiendo cada vez más. La parte del embarcadero estaba desagradablemente adornada de relucientes escamas, pues las redadas de pescado se limpiaban al aire libre, y no existía ninguna instalación higiénica que se llevara los restos de la operación.

La fresca y salada brisa hacía subir la marea, que azotaba y batía la costa desde el mar azul que había más allá de la barra. Detrás de las dos chicas, cabeceaba el barco de velas blancas, como si poseyera vida propia y estuviera impaciente por llevar anclas.

Qué ansiosa estaba aquella multitud de corazones que latían con fuerza; qué poco podían soportar el suspense aquellos que estaban en tierra, cosa que no era de extrañar si pensamos que durante seis largos meses había sido como si aquellos marineros estuvieran muertos, pues sus seres queridos no habían tenido noticia alguna de ellos; confinados en los terribles y temibles mares árticos, lejos de la ávida mirada de amadas y amigos, esposas y madres. Nadie sabía lo que podía haber ocurrido. El gentío que estaba en la orilla permanecía ahora callado y solemne ante el temor de las posibles noticias de muerte que la subida de la marea podía llevar a sus corazones. Los barcos balleneros se dirigían a los mares de Groenlandia llenos de hombres fuertes y optimistas; pero las embarcaciones nunca retornaban con toda su tripulación. En tierra, a

lo largo de medio año mueren entre doscientos y trescientos hombres. ¿De quién eran los huesos que habían dejado ennegrecerse sobre los grises y terribles icebergs? ¿Quiénes yacían difuntos hasta que el mar entregara a sus muertos? ¿Quiénes eran los que jamás regresarían a Monkshaven?

En muchos corazones rebosaba un intenso y callado temor cuando el primer barco ballenero anclaba delante de la barra en su viaje de regreso.

Molly y Sylvia habían dejado la multitud sumida en un silencioso suspense. Pero a unos cincuenta metros del embarcadero pasaron junto a una media docena de muchachas de mejillas coloradas y descuidado atavío subidas a una pila de maderos, colocados allí para que se secaran y para utilizarlos luego en la construcción de algún barco, desde los cuales, como si se tratara de los peldaños de una escalera, podían dominar el puerto. Sus gestos era desenvueltos y descomedidos; se daban la mano y, balanceándose de un lado a otro y llevando el ritmo con el pie, cantaban:

*A toda avanza la quilla, a toda avanza el mascarón,
¡y dentro va mi mozo, el muy bribón!*

—¿Por qué os vais ahora? —les dijeron a Molly y a Sylvia—. ¡Atracarán dentro de quince minutos!

Y, sin esperar una respuesta que nunca llegó, retomaron su canción.

Había grupos de viejos marineros, demasiado orgullosos para demostrar interés por unas aventuras que ya no podían compartir, pero del todo incapaces de ponerse a charlar de otra cosa.

La ciudad estaba callada y desierta cuando Molly y Sylvia entraron en la oscura e irregular calle del Puente, y el mercado seguía tan abandonado como antes. Pero habían quitado todos los cestos y los taburetes de tres patas.

—El mercado se ha acabado por hoy —dijo Molly Corney, con sorpresa y decepción—. Lo mejor será que vendamos a los tenderos, ellos sí que sabrán regatear. No creo que madre se enfade.

Ella y Sylvia se fueron a la tienda de la esquina a reclamar sus cestos. El hombre les gastó una broma por su retraso.

—¡Vaya, vaya! ¡A las chicas que esperan a sus enamorados tanto les da el precio que obtengan por sus huevos y su mantequilla! ¡Creo que en ese barco va alguno que daría hasta un chelín por una libra de esta mantequilla si supiera quién la preparó! —Esto se lo dijo a Sylvia mientras le devolvía su propiedad.

Sylvia, que no albergaba ninguna fantasía, se sonrojó, puso un puchero, echó la cabeza hacia atrás y al despedirse del cojo apenas se dignó dirigirle una palabra de agradecimiento o cortesía; estaba en esa edad en que uno se ofende por cualquier chanza sobre el tema. Molly la aceptó sin negar nada y sin ofenderse. Más bien le gustaba la infundada idea de tener un enamorado, y le sorprendía bastante considerar lo infundado que era ese pensamiento. Si pudiera comprarse una capa nueva como la que iba a tener pronto Sylvia, entonces tendría alguna oportunidad. Pero hasta que le sobreviniera esa buena suerte, se rió y se sonrojó como si la conjetura de tener un enamorado no estuviera muy lejos de la verdad, y así le replicó al cojo algo del mismo talante que su broma acerca de la mantequilla.

—¡Y le hará falta, y aún más, para engrasarse la lengua, si es que pretende conseguir que sea su esposa!

Cuando hubieron salido de la tienda, Sylvia dijo, en tono engatusador:

—Molly, ¿de quién hablas? ¿De quién es esa lengua que hay que engrasar? ¡Puedes decírmelo, no se lo contaré a nadie!

Lo decía tan en serio que Molly se quedó de una pieza. No le apetecía decir que no se estaba refiriendo a nadie en particular, solo a algún posible pretendiente, de modo que se puso a pensar qué joven le había hablado con más cortesía; la lista no era muy larga, pues su padre no era lo bastante rico como para que alguien la quisiera por su dinero, y su cara era más bien del montón. Pero de pronto se acordó de su primo, el primer arponero, que antes de irse embarcado la última vez le regaló dos conchas grandes y recibió un beso de los labios —un tanto reticentes— de ella. De modo que esbozó una sonrisa y dijo:

—¡No sé! No es bueno hablar de estas cosas antes de haberse decidido. Si veo que Charley Kinraid sabe comportarse, a lo mejor me digno escucharle.

—¡Charley Kinraid! ¿Quién es?

—Ese primo mío que es primer arponero, te lo he mencionado antes.

—¿Y cree que estás interesada en él? —preguntó Sylvia en voz baja, como si abordara un gran misterio.

Molly solo le respondió:

—No digas nada.

Y Sylvia no pudo averiguar si había cortado la conversación en seco porque estaba ofendida o porque habían llegado a la tienda donde llevaban a vender los huevos.

—Y ahora, Sylvia, si me dejas el cesto, conseguiré el mejor precio que pueda; y tú te puedes ir a elegir tu estupenda capa nueva antes de que

oscurezca. ¿A qué tienda piensas dirigirte?

—Madre dijo que mejor que fuera a Foster's —respondió Sylvia con una sombra de irritación en la cara—. Papá dijo que le daba igual.

—Foster's es el mejor sitio, luego siempre puedes ir a cualquier otra. Estaré en Foster's dentro de cinco minutos, pues me temo que deberíamos apresurarnos un poco. Deben de ser cerca de las cinco.

Sylvia inclinó la cabeza y se la vio muy recatada mientras ponía rumbo a la tienda de los Foster, situada en la plaza del mercado.

3

LA COMPRA DE UNA CAPA NUEVA

La tienda de Foster era la tienda por antonomasia de Monkshaven. La llevaban dos hermanos cuáqueros, ahora ya ancianos, y su padre la había llevado antes que ellos. La gente la recordaba como una vivienda anticuada, que tenía adosada una especie de tienda con dos ventanas sin cristales que sobresalían del piso inferior. Hacía ya tiempo que se habían instalado en ellas los correspondientes cristales, que en la actualidad se considerarían muy pequeños, pero que hace setenta años fueron muy admirados por su tamaño. La mejor manera de haceros comprender el aspecto del lugar es pidiéndoos que penséis en esos huecos alargados que hay en las carnicerías, y en vuestra imaginación les coloquéis unos cristales de veinte por quince centímetros dentro de un macizo marco de madera. Había una de estas ventanas a cada lado de la puerta, que durante el día se mantenía parcialmente cerrada mediante una puerta metálica de más o menos un metro de altura. La mitad de la tienda se dedicaba a comestibles, la otra mitad, a pañería y un poco de mercería. Los dos hermanos les daban a todos sus clientes habituales una cálida bienvenida; a muchos les estrechaban la mano, y les preguntaban por todas sus circunstancias familiares y domésticas antes de entrar en materia comercial. Por nada del mundo colgaban el cartel de cerrado en Navidad, y escrupulosamente mantenían la tienda abierta en esa sagrada fecha, dispuestos a atender ellos mismos antes de poner a prueba la conciencia de sus dependientes, solo que nadie iba nunca. Pero el día de Año Nuevo había una gran pastel, y vino, en el salón que había detrás de la tienda, y todo el que entraba a comprar algo era invitado a compartirlos. Sin embargo, aunque escrupulosos en casi todo, no iba en contra de la conciencia de estos hermanos comprar artículos de contrabando. Había un camino que subía desde el río por la parte de atrás y llegaba a una entrada cubierta que daba acceso al patio de los Foster, y si se oía una llamada convenida, siempre aparecían en la puerta John o Jeremiah, y si no ellos, el encargado, Philip Hepburn; y el mismo pastel y el mismo vino que a lo mejor había estado probando la mujer del recaudador de impuestos se sacaba al salón de la parte

de atrás para tratar con el contrabandista. Se cerraba la puerta con llave y se corría una cortina de seda verde que se suponía que aislaba de la tienda, pero en realidad todo eso se hacía para guardar las formas. Todos los habitantes de Monkshaven contrabandeaban con lo que podían, y todos llevaban artículos de contrabando, y se depositaba una gran confianza en la buena voluntad del recaudador de impuestos.

Se decía que John y Jeremiah Foster eran tan ricos que podían comprar toda la parte nueva de la ciudad, situada al otro lado del puente. Desde luego, era cierto que habían fundado una especie de banco primitivo relacionado con la tienda, que aceptaban y cuidaban el dinero que la gente no deseaba tener en casa por miedo a que se lo robaran. Nadie les pedía intereses por el dinero así depositado, ni ellos lo pagaban; pero, por otro lado, si alguno de sus clientes, cuyo carácter le hacía merecedor de confianza, deseaba un pequeño anticipo, los hermanos, tras informarse debidamente, se mostraban dispuestos a prestar una pequeña suma sin cargar ni un penique por la utilización de su dinero. Todos los artículos que vendían eran de calidad, pues sabían elegir, y por ellos querían y obtenían dinero contante y sonante. Se decía también que la tienda solo la tenían para distraerse. Otros aseguraban que por las mentes de los hermanos corrían planes de boda, un matrimonio entre William Coulson, el sobrino de la esposa del señor Jeremiah (el señor Jeremiah era viudo) y Hester Rose, cuya madre era una especie de pariente lejano, y que atendía en la tienda junto con William Coulson y Philip Hepburn. No obstante, esto lo rechazaban quienes aseguraban que Coulson no tenía el menor parentesco con ellos, y que si los Foster hubieran ido en serio con Hester, no habrían permitido que ella y su madre pasaran estrecheces, obligadas a tener a Coulson y a Hepburn de huéspedes para llegar a fin de mes. No; John y Jeremiah dejarían todo su dinero a algún hospital o a alguna institución benéfica. Pero también había quien replicaba a estos argumentos, pues ¿acaso no se le pueden dar muchas vueltas a una discusión cuando se refiere a una posibilidad no respaldada por ningún hecho comprobado? Y esta era parte de la réplica: los ancianos caballeros probablemente tenían algún meditado plan al permitir que su prima tuviera a Coulson y a Hepburn de huéspedes, siendo el uno una especie de sobrino, y el otro, aunque joven, el encargado de la tienda; en caso de que a cualquiera de los dos le gustara Hester, ¡qué buen término podría tener aquel asunto!

Todo este tiempo, Hester espera con paciencia para atender a Sylvia, que está ante ella, un poco tímida, un poco aturdida y confusa por la contemplación de tantas cosas bellas.

Hester era una joven alta, cenceña aunque ya formada casi del todo, de aspecto grave, lo que la hacía parecer mayor de lo que era. Tenía el pelo castaño y tupido, y llevaba la amplia frente despejada y el pelo recogido bajo un gorro de lino; la cara era un poco cuadrada, la tez pálida, aunque la piel tenía una hermosa textura. Tenía unos ojos grises muy agradables, pues te miraban de una manera honesta y amable; la boca era un poco apretada, como ocurre con esas personas que poseen el hábito de reprimir sus sentimientos; pero cuando te hablaba no te dabas cuenta de ello, y su sonrisa —poco frecuente— surgía lentamente y mostraba unos dientes blancos y bien alineados, y cuando iba acompañada, como ocurría a menudo, por un repentino alzarse de sus ojos claros, le daba a su semblante un aspecto encantador. Solía vestir colores sobrios, tanto por gusto propio como en conformidad con los hábitos religiosos de los Foster; pero Hester no era cuáquera.

Sylvia, situada ahora delante de ella, sin mirar a Hester, sino concentrada en las cintas del escaparate, como si apenas se diera cuenta de que alguien aguardaba la expresión de sus deseos, resultaba un gran contraste con Hester; siempre dispuesta a sonreír o a hacer un puchero, o a mostrar sus sentimientos de una u otra manera, con un carácter tan poco desarrollado como el de un niño, afectuosa, terca, traviesa, latosa, encantadora, dejaba que su temperamento fuera como una veleta que sigue los cambios del viento. Hester consideró a aquella clienta la criatura más hermosa que había visto, en los momentos que tuvo para admirarla antes de que Sylvia se diera media vuelta y, recuperándose de su aturdimiento, comenzara a decir:

—Oh, le ruego me perdone, señorita; me estaba preguntando cuánto debe de costar esa cinta carmesí.

Hester no dijo nada, pero se fue a examinar la etiqueta.

—¡Oh! No es que quiera comprarla, solo quiero un poco de tela para hacerme una capa. Gracias, señorita, lo siento mucho... un poco de lana gruesa de Duffel, por favor.

En silencio, Hester volvió a colocar la cinta en su lugar y fue a buscar la lana de Duffel. Cuando hubo desaparecido, Sylvia se vio abordada por la persona que más deseaba evitar, y cuya ausencia le había alegrado enormemente al entrar en la tienda, la de su primo Philip Hepburn.

Era un joven de aspecto serio, y aunque era alto iba un tanto encorvado a causa de su ocupación. Tenía un cabello tupido que le sobresalía de la frente de una manera peculiar pero no desagradable; una cara alargada, con una

nariz levemente aquilina, ojos oscuros y un alargado labio superior, que estropeaba una cara que por lo demás podría haber sido bien parecida.

—Buenos días, Sylvie —dijo—, ¿deseas algo? ¿Cómo va todo por casa? ¡Deja que te ayude!

Sylvia frunció sus labios rojos, y no le miró al contestarle.

—Estoy bien, lo mismo que madre; padre tiene un poco de reuma, y ya le he pedido lo que quiero a una joven.

Se apartó un poco de él cuando hubo acabado la frase, como si en ella se concentrara todo lo que tenía que decirle. Pero él exclamó:

—Creo que no sabrás elegir.

Y, sentándose sobre el mostrador, giró en redondo sobre las ancas a la manera de los dependientes.

Sylvia no le prestó atención, y fingió estar contando su dinero.

—¿Qué quieres, Sylvie? —le preguntó, ya enojado ante su silencio.

—No me gusta que me llamen «Sylvie»; me llamo Sylvia, y quiero lana de Duffel para una capa, si tanto te interesa.

Hester regresó; un chico que trabajaba en la tienda la ayudaba a transportar los grandes rollos de tela gris y escarlata.

—Esa no —dijo Philip, dándole un golpe con el pie a la de color rojo y dirigiéndose al chaval—. La que quieres es la gris, ¿verdad, Sylvie?

Utilizó de nuevo el nombre con que, por derecho de parentesco, la había llamado desde que eran niños, sin recordar lo que ella le había dicho sobre la cuestión hacía un momento; pero ella sí se acordó, y se sintió molesta.

—Por favor, señorita, es la lana escarlata la que quiero; no deje que se la lleve.

Hester levantó la vista y observó a Sylvia y a Philip, preguntándose cuál era su posición respecto a ambos; así que esta era la hermosa primita que Philip le había mencionado a su madre, tan malcriada y tan vergonzosamente ignorante; tan burra como encantadora, y cosas parecidas. Hester se había imaginado a Sylvia Robinson de otra manera: más joven, más estúpida, muchísimo menos alegre y encantadora (pues aunque ahora se la veía enfadada, con un puchero en la boca, era evidente que no era ese su estado de ánimo habitual). Sylvia estaba concentrada en la tela roja, haciendo caso omiso de la gris.

A Philip Hepburn le molestó que su consejo se hubiera visto desdeñado, sin embargo volvió a la carga.

—Este es un artículo de apariencia discreta y respetable que pega con cualquier color; no serás tan tonta de llevarte un color en el que queda

marcada cada gota de lluvia.

—Lamento que vendas telas de tan mala calidad —replicó Sylvia, consciente de su ventaja, y relajando un poco (lo menos que pudo) su actitud severa.

Hester intervino de nuevo.

—Quiere decir que esta tela perderá la viveza que tiene ahora cuando llueva o haga humedad, pero siempre será una buena tela, y el color resistirá mucho tiempo. De otro modo, el señor Foster no la tendría en la tienda.

A Philip no le gustó que Hester, ni siquiera con la sensata intención de poner paz, se interpusiera entre ella y Sylvia, de modo que se replegó en un indignado silencio.

Hester añadió:

—Desde luego, el gris es más tupido, y durará más.

—Me da igual —dijo Sylvia, que seguía rechazando el triste gris—. Prefiero este. Por favor, señorita, póngame ocho metros.

—Para hacer una capa se necesitan al menos nueve —dijo Philip, tajante.

—Madre me ha dicho ocho —dijo Sylvia, sin olvidar en su fuero interno que su madre habría preferido el color más sobrio, y diciéndose que, ya que no le había hecho caso en esa cuestión, más le valía seguir las instrucciones que le había dado respecto de la cantidad.

De todos modos, no le habría hecho caso a Philip en nada de lo que él pudiera aconsejarle.

Se oyeron pisadas de niños corriendo calle arriba procedentes del río, junto con gritos de excitación. Al oír ese ruido, Sylvia se olvidó de la capa y de su leve irritación y corrió hacia la media puerta de la tienda. Philip la siguió. Hester miró con un interés pasivo y amable en cuanto acabó de medir los ocho metros. Una de las chicas a las que Sylvia había visto cuando ella y Molly abandonaron la multitud subía la calle a paso vivo. Su cara, de facciones bastante hermosas, se veía emblanquecida con un exceso de emoción, llevaba el vestido desarreglado, le volaba, y sus movimientos eran torpes y desenvueltos. Perteneecía a la clase más baja de los habitantes del puerto de mar. Mientras se acercaba, Sylvia vio cómo las lágrimas le caían por las mejillas, sin pensar en las apariencias. Reconoció la cara de Sylvia, que ahora la miraba con enorme interés, y detuvo su pesada carrera para hablar con aquella hermosa y comprensiva criatura.

—¡Ya atraca! ¡Ya atraca! ¡Voy a decírselo a madre!

Cogió la mano de Sylvia y la estrechó, y prosiguió su camino sin aliento y jadeando.

—Sylvia, ¿cómo es que conoces a esta chica? —preguntó Philip con severidad—. No es alguien a quien deberías estrechar la mano. Por los muelles se la conoce como «Bess la de Newcastle».

—No he podido evitarlo —dijo Sylvia, casi con ganas de llorar no por las palabras de Philip, sino por la manera en que las había pronunciado—. Cuando la gente está alegre, no puedo evitar estar yo también alegre, y yo simplemente he alargado la mano, y ella la suya. ¡Pensar que el barco atraca por fin! Y si hubieras visto a toda la gente que hay allí abajo con los ojos como platos, como si temieran morirse antes de que el barco toque tierra y les devuelva a sus seres amados, tú también le hubieras estrechado la mano y no hubiera pasado nada. Jamás la había visto hasta hace media hora en los muelles, y es probable que jamás vuelva a verla.

Hester seguía detrás del mostrador, pero se había acercado a la ventana; de modo que oyó lo que decían, e intervino de nuevo:

—No puede ser tan mala, pues pensaba ir a decírselo primero a su madre, según lo que ha dicho.

Sylvia le lanzó a Hester una rápida mirada de agradecimiento. Pero Hester no la vio, pues volvía a tener la vista puesta en la ventana.

Molly Corney irrumpió en la tienda y se unió a los presentes.

—¡Buf! —exclamó—. ¡Escuchad! Cómo grita y chilla todo el mundo en el muelle. Es como si hubiera llegado el día del juicio final. ¡Escuchad!

Nadie habló, nadie respiró, casi he estado a punto de decir que los corazones dejaron de latir. No duró mucho; al momento se oyó el grito agudo y simultáneo de mucha gente furiosa y desesperada. Confuso en la distancia, se trataba, no obstante, de una imprecación inteligible, y aquel rumor irregular se iba acercando más y más.

—Se los están llevando a la posada de la patrulla —dijo Molly—. ¡Bueno! Ojalá tuviera al rey Jorge aquí delante para decirle lo que pienso.

La muchacha cerró los puños y apretó los dientes.

—¡Es terrible! —dijo Hester—. Hay madres y esposas esperándolos, como si fueran estrellas caídas del cielo.

—Pero ¿qué podemos hacer por ellos? —gritó Sylvia—. Vamos allí en medio a ver si podemos ayudar; ¡no soporto quedarme mirando sin hacer nada!

Medio llorando, se puso a empujar la puerta, pero Philip la retuvo.

—¡Sylvie! No lo hagas. No seas estúpida; es la ley, y nadie puede hacer nada contra ella, y mucho menos las mujeres y las muchachas.

En aquel momento, la vanguardia del gentío subía por la calle del Puente y pasaba junto a las ventanas de la tienda de Foster. La formaban unos niños furiosos y anfibios que se movían lentamente hacia atrás, como si les obligara a ello la presión de la multitud que avanzaba, pero que no dejaban de desafiar y molestar a la patrulla con insultos y maldiciones medio ahogados de indignada vehemencia, mientras apretaban los puños en la mismísima cara de los miembros de la patrulla, que caminaban con movimientos calculados, armados hasta los dientes, el semblante blanco de reprimida y resuelta energía contra las caras bronceadas de la media docena de marineros, el número máximo que habían considerado prudente sacar de la tripulación del barco ballenero, siendo esta la primera vez en muchos años que en Monkshaven se hacía cumplir una orden del Almirantazgo; de hecho, desde el final de la guerra con las colonias americanas. Uno de los hombres se dirigía a sus conciudadanos, en una voz aguda, una exhortación que pocos podían oír, pues, rodeando este núcleo de cruel injusticia, había mujeres que gritaban a voz en cuello, que levantaban los brazos en imprecación, que derramaban improperios con tanto vigor y velocidad como si fuesen un coro griego. Sus ojos desaforados y famélicos se posaban en aquellas caras que no podían besar, en sus mejillas asomaba el púrpura de la cólera o la lividez de un impotente anhelo de venganza. Algunas apenas parecían humanas y, sin embargo, una hora atrás aquellos labios, ahora tensamente separados para mostrar los dientes en el gesto inconsciente de un animal salvaje y enrabiado, se veían amables y tranquilos con una sonrisa de esperanza; ojos que ahora eran fieros e inyectados de sangre habían exhibido una mirada llena de vida y cariñosa; corazones que jamás se recuperarían de esa muestra de injusticia y crueldad se habían mostrado confiados y jubilosos hacía tan solo una hora.

También había hombres entre la turba, hoscos y silenciosos, que ya meditaban una venganza que pusiera remedio a aquello; pero no eran muchos, pues casi todos se hallaban ausentes de la ciudad, embarcados en los balleneros.

La violenta multitud se derramó en la plaza del mercado y formó allí una masa sólida, mientras la patrulla de leva se abría paso lentamente hacia la calle Mayor para dirigirse desde allí a su posada. Un gruñido grave y apagado surgió de aquel denso gentío, mientras algunos esperaban a que se les hiciera un poco de sitio para seguir a los demás, y de vez en cuando, al igual que se hace más sonoro el rugido del tigre, aquel gruñido se transformaba en un chillido de rabia.

Una mujer se abrió paso desde el puente. Vivía un poco alejada de la ciudad, y había sido de las últimas en enterarse de la llegada del barco ballenero después de seis meses de ausencia, y mientras bajaba a paso vivo hacia los muelles, una veintena de voces solícitas y comprensivas le habían dicho que su marido había sido secuestrado para servir al gobierno.

Había tenido que detenerse en el mercado, cuya salida estaba totalmente abarrotada. En ese momento dejó escapar por primera vez un terrible chillido, en el que pronunció unas palabras que apenas resultaron comprensibles:

—¡Jamie! ¡Jamie! ¿No te dejan venir conmigo?

Esas fueron las últimas palabras que Sylvia oyó antes de que ella misma prorrumiera en un llanto histérico que llamó la atención de todo el mundo.

Aquella mañana había estado muy atareada con sus quehaceres domésticos, y todo lo que había visto y oído desde su llegada a Monkshaven la había afectado mucho, y ese era el resultado.

Molly y Hester la llevaron al salón que había detrás de la tienda: el salón de John Foster, pues Jeremiah, el hermano mayor, tenía una casa propia al otro lado del río. Era una sala acogedora, de techo bajo y recorrido por grandes vigas, y estampado con el mismo papel que las paredes, una estancia lujosa y elegante que fascinó a Molly. El salón daba a un oscuro patio en el que crecían dos o tres álamos que ascendían penosamente hacia la luz, y a través de una puerta abierta entre la parte posterior de dos casas se atisbaba el incesante movimiento de las aguas del río, donde había unas cuantas barcas de pesca amarradas más allá del puente.

Colocaron a Sylvia en un ancho y anticuado sofá, le dieron agua y procuraron calmar sus sollozos y ahogos. Le aflojaron el sombrero y le salpicaron copiosamente la cara y su pelo color castaño, hasta que al final volvió en sí; recuperada, pero chorreando agua. Se incorporó y se los quedó mirando, apartándose los enmarañados rizos de la frente, como para aclararse los ojos y la mente.

—¿Dónde estoy? ¡Oh, ya lo sé! Gracias. Ha sido una estupidez, ¡pero es que me ha parecido tan triste...!

Y estaba a punto de volver a salir cuando Hester dijo:

—Sí, ha sido triste, chica, si puedo llamarte así, ya que no sé cuál es tu nombre, pero es mejor no pensar en ello, pues no podemos hacer nada, y podrías volver a desmayarte. ¿Eres la prima de Philip Hepburn, verdad, la que vive en Haytersbank Farm?

—Sí, es Sylvia Robinson —intervino Molly sin darse cuenta de que la intención de Hester era hacer hablar a Sylvia para que no pensara más en el

asunto que la había puesto histérica—. Hemos venido para llevar unas cosas al mercado —añadió Molly— y comprarle una capa nueva que su padre quiere regalarle. Y claro, cuando vimos llegar el primer barco ballenero pensé que habíamos tenido suerte, y jamás se me ocurrió pensar que intervendría la patrulla.

Entonces también ella se puso a llorar, pero su leve lloriqueo fue interrumpido por el sonido de una puerta que se abrió detrás de ella. Era Philip, que con un gesto silencioso le preguntaba a Hester si podía entrar.

Sylvia apartó la cara de la luz y cerró los ojos. Su primo se le acercó de puntillas, y pareció preocuparle lo que vio en la cara de Sylvia; a continuación le pasó la mano por el pelo tan suavemente que casi no pudo decirse que lo hubiera tocado, y murmuró:

—¡Pobrecilla! Es una lástima que haya venido hoy. Hace mucho calor para una caminata tan larga.

Pero Sylvia se puso en pie y casi le empujó. Sus sentidos, de nuevo aguzados, oyeron antes que todos los demás unos pasos que se aproximaban a través del patio. Un momento después, la puerta de cristal que había en un rincón de la sala se abrió desde fuera y apareció el señor John, que se quedó un tanto sorprendido al ver a aquel grupo reunido en su salón, habitualmente vacío.

—Es mi prima —dijo Philip, sonrojándose ligeramente—. Ha venido con una amiga al mercado y a hacer unas compras, y ha perdido el conocimiento al ver cómo la patrulla se llevaba a la posada a algunos tripulantes del ballenero.

—Vaya, vaya —dijo el señor John, entrando rápidamente en la tienda de puntillas, como si temiera ser un intruso en su propia casa, y haciéndole señas a Philip de que le siguiera—. La violencia solo engendra violencia. Ya me imaginaba que algo así estaba pasando por lo que he oído en el puente mientras volvía de casa de mi hermano Jeremiah. —En ese punto cerró lentamente la puerta que comunicaba la tienda y el salón—. Ha afectado mucho a las mujeres y los niños que estaban esperando; no es de extrañar que ellos, al no haber sido convertidos, se agiten juntos (¡pobres criaturas!) como los paganos^[2]. Philip —dijo acercándose a su «joven encargado»—, procura que Nicholas y Henry sigan trabajando en el almacén del piso de arriba hasta que acabe este alboroto, pues me entristecería que se vieran envueltos en violencias.

Philip vaciló.

—¡Di lo que piensas, hombre! Siempre hay que aliviar a un corazón desasosegado, y nunca hay que guardarse nada.

—Había pensado enviar a mi prima y a la otra muchacha a casa, pues en la ciudad las cosas se pueden poner feas, y está oscureciendo.

—Y eso es lo que harás —dijo el amable anciano—, y yo mismo intentaré reprimir las naturales inclinaciones de Nicholas y Henry.

Pero cuando fueron a buscar a los dos empleados con una sensata homilía en los labios, los destinatarios de esta se hallaban ausentes. A consecuencia del alboroto que había en las calles, todas las demás tiendas del mercado habían cerrado, y Nicholas y Henry, en ausencia de sus superiores, habían seguido el ejemplo de los vecinos y, como ya no había nada que hacer, ni siquiera habían acabado de colocar los artículos en su sitio, sino que se habían dirigido a toda prisa a ayudar a sus conciudadanos en cualquier trifulca que pudiera surgir.

Ya no había remedio, pero el señor John parecía bastante perplejo. El ver los mostradores cubiertos de artículos en desorden era algo que habría irritado a un hombre igual de ordenado pero de peor carácter. Todo lo que dijo sobre el tema fue:

—¡No tienen remedio! ¡No tienen remedio!

Y negó con la cabeza mucho después de haber acabado de hablar.

—¿Dónde está William Coulson? —preguntó a continuación—. ¡Ah, ya me acuerdo! No volverá de York hasta la noche.

Philip y su jefe ordenaron la tienda hasta dejarla como a este último le gustaba. A continuación, el señor John recordó el deseo de su subordinado, se volvió y le dijo:

—Y ahora vete con tu prima y su amiga. Hester está aquí, y la vieja Hannah. Yo mismo llevaré a Hester a casa, si hace falta. Pero por el momento es mejor que se quede aquí, pues no está lejos la casa de su madre, y podríamos necesitar ayuda si alguna de esas pobres criaturas sufre algún tipo de violencia.

Tras decir todo esto, el señor John llamó a la puerta de su salón y esperó a que le dieran permiso para entrar. Tan anticuada cortesía era su manera de decirles a las dos desconocidas lo contento que se sentía de que esa estancia pudiera haberles sido de utilidad; y que, si hubiese sabido que estaba ocupada, jamás se habría atrevido a pasar sin llamar. Una vez dentro, se dirigió a un armario que había en un rincón y, tras sacar una llave, extrajo una provisión de vino, pastel y licores que guardaba en la parte superior del mueble, e

insistió en que todos comieran y bebieran mientras esperaban a Philip, que se estaba encargando de que la tienda quedara segura durante la noche.

Sylvia lo rechazó todo con menos cortesía de la que debería haber mostrado ante los ofrecimientos de aquel hombre tan hospitalario. Molly aceptó un poco de vino y pastel, dejando poco más de la mitad de lo que le habían servido, según la etiqueta de esa parte del país; y también porque Sylvia no paraba de meterle prisas. Pues a esta le desagradaba la idea de que su primo considerara necesario acompañarla a casa, y quería huir de él poniéndose en camino antes de que Philip regresara. Pero sus planes quedaron desbaratados cuando su primo apareció en el salón, lleno de una circunspecta satisfacción que se le derramaba por los ojos, llevando bajo el brazo el paquete de lana roja que Sylvia había elegido de manera tan censurable. Saboreaba ya el placer de acompañarla en el paseo, y casi le sorprendía la seriedad con que sus acompañantes afrontaban la marcha. Sylvia estaba también arrepentida por haber rechazado la hospitalidad del señor John, y ahora se daba cuenta de que ese rechazo no había servido de nada, e intentó añadir cierta recatada dulzura a la despedida, con lo que se ganó el corazón del dueño de la tienda, que la elogió ante Hester de una manera a la que esta, que no se había perdido detalle de lo ocurrido, no supo muy bien cómo responder. ¿Por qué esa hermosa criatura había tenido que rehusar la bienintencionada hospitalidad del señor John de manera tan destemplada?, se preguntaba Hester. ¿Y por qué era tan desagradecida como para intentar frustrar el considerado deseo de Philip de acompañarla por las calles de una ciudad sumida en la violencia y el desorden? ¿A qué obedecía aquello?

PHILIP HEPBURN

La costa de Inglaterra donde ocurre esta historia es una sucesión de rocas y acantilados. El interior que queda adyacente a la costa es un terreno llano e inhóspito, y el forastero solo se da cuenta de que se halla en una gran elevación cuando la larga extensión de campos circundados de terraplenes acaba abruptamente en un empinado declive, y puede ver el océano a mayor altura que las arenas que tiene muy por debajo. Aquí y allá, como he dicho, aparece una grieta en el terreno horizontal (que desemboca en el mar en empinados promontorios): lo que en la isla de Wight llaman *chine*; pero en lugar de un suave viento del sur subiendo furtivo la quebrada boscosa, en los abismos del norte donde ocurre esta historia sopla un viento procedente del este que suena agudo y claro, y que deja a los árboles que se atreven a crecer en sus laderas a la mera altura de un arbusto achaparrado. La caída hacia la costa a lo largo de estas «hoces» es muy abrupto en casi todos los casos, demasiado para un camino de carros o incluso para un camino de herradura, pero la gente puede subir y bajar sin dificultad con la ayuda de unos toscos peldaños que se han tallado aquí y allá en la roca.

Hace unos sesenta o setenta años (por no hablar de épocas muy posteriores), los granjeros que poseían o arrendaban la tierra que quedaba justo en la cumbre de esos acantilados eran contrabandistas en la medida en que podían, y solo les frenaban, sin excesivo éxito, los guardacostas, distribuidos a intervalos bastante regulares de ocho millas a lo largo de la costa noreste. Las algas eran un buen estiércol, y no había ninguna ley que prohibiera transportarlas en grandes cestos de mimbre para abonar los cultivos, y muchas cosas secretas se alojaban en las grietas de las rocas hasta que el granjero enviaba a gente de su confianza a la costa para que trajera una buena provisión de algas y arena para sus tierras.

Una de las granjas de los acantilados había sido alquilada por el padre de Sylvia. Era un hombre que había corrido mucho mundo: había sido marinero, contrabandista, tratante de caballos y granjero; era un individuo poseído por un espíritu aventurero y por el amor al cambio, una manera de ser que le

había perjudicado, y también a su familia, más que otra cosa. Era el tipo de persona a quien todos sus vecinos criticaban al tiempo que lo encontraban simpático. Ya a una edad avanzada (pues a pesar de ser un hombre imprudente, era de esos que generalmente se casan, confiando en que el azar y la suerte les dé una familia), el granjero Robinson se casó con una mujer cuya única falta de sentido práctico consistió en aceptarlo como marido. Era la tía de Philip Hepburn, y se encargó de criarlo hasta que ella se casó, pues su hermano era viudo. Este fue quien le hizo saber a su hermana que Haytersbank estaba en alquiler, y el precio le pareció razonable para que su tío se instalara allí tras una carrera poco próspera como tratante de caballos. La granja se hallaba protegida por una hondonada no demasiado verde y poco profunda, rodeada de pastos; la hierba, corta y reseca, llegaba hasta la misma puerta y ventanas de la casa; no se había intentado sembrar ningún jardín ni huerto, y no había más cercado próximo a los edificios que el terraplén de piedra que formaban las propias lindes de la parcela. Los edificios eran bajos y alargados, a fin de evitar la áspera violencia de los vientos que barrían aquel lugar agreste y desolado tanto en invierno como en verano. Era una suerte para los habitantes de la casa que el carbón fuera enormemente barato; de otro modo, cualquier habitante del sur habría pensado que jamás podrían sobrevivir a los gélidos y cortantes vientos que soplaban y parecían buscar la menor grieta para colarse en la casa.

Pero el interior era bastante cálido, una vez habías subido el largo y desolado camino, lleno de unas piedras tan ásperas y redondeadas que dejarían cojo a cualquier caballo poco acostumbrado a esas veredas, y cruzado el campo que había junto al sendero seco y duro que llevaba a la casa siguiendo un rumbo sinuoso para evitar enfrentarse de cara al viento imperante. La señora Robson era una mujer de Cumberland, y como tal era un ama de casa más limpia que la mayoría de esposas de granjeros de la costa noreste, y a menudo la escandalizaba la manera de ser de estas, y eso lo delataba más con la mirada que con palabras, pues no era muy locuaz. Su quisquillosidad en esas cuestiones hacía que su casa fuera muy cómoda, pero no la volvía muy popular entre sus vecinas. De hecho, por lo general Bell Robson se vanagloriaba de lo bien que tenía su hogar, y, una vez dentro de la casa de piedra gris y sin adornos, se podían disfrutar de muchas comodidades, aparte de la limpieza y el calor. Colgaba de una pared un gran estante de galletas de avena, y el que prefiriera ese tipo de galleta a la de levadura —un tanto amarga— que se consumía en Yorkshire era otra de las cosas que la hacían impopular. Abundaban piezas de bacon y «manos» (es decir, espaldas

de cerdo curado, una vez vendidas las patas o jamones, que alcanzaban un mejor precio), y el visitante que decidiera aceptar su hospitalidad no echaría en falta ni crema ni fina harina de trigo convertidas en todo tipo de pasteles de pasas, con los que las amas de casas del norte se complacen en obsequiar al visitante que honra su casa, junto con un té bastante caro, endulzado con delicioso azúcar.

Aquella noche el granjero Robson entraba y salía inquieto de su casa, ascendía la pequeña eminencia de la parcela, y bajaba decepcionado en un estado de desasosegada impaciencia. Su mujer, callada y taciturna, también estaba un poco nerviosa por el hecho de que Sylvia aún no hubiera vuelto; pero ella mostraba su desazón siendo aún más lacónica de lo normal en sus respuestas a los repetidos interrogantes que planteaba su marido acerca de qué podía haber detenido a su hija, y haciendo punto con más diligencia.

—Creo que lo mejor es que vaya a Monkshaven yo mismo a buscar a la niña. Ya son las siete.

—No, Dannel —dijo su esposa—, mejor que no lo hagas. Toda la semana te ha dolido la pierna, y no estás para esa caminata. Despertaré a Kester y le enviaré a él, si lo ves necesario.

—No despiertes a Kester. ¿Quién irá entonces al campo a primera hora a cuidar a las ovejas, si no puede volver? No encontrará a Sylvia, pero seguro que descubrirá alguna taberna —dijo Daniel, quejumbroso.

—No es Kester quien me preocupa —replicó Bell—. Es capaz de reconocer a cualquiera en la oscuridad. Tú eres quien me hace sufrir. Me pondré la capa y la capucha e iré al final del camino, si te encargas de la leche y vigilas que no hierva y se derrame, pues la niña no la tolera por poco que se queme.

Pero antes de que la señora Robson dejara a un lado su labor se oyeron voces en el camino, a buena distancia, aunque sin dejar de acercarse ni un momento, y una vez más Daniel subió hasta lo alto de la cuesta para echar un vistazo y escuchar.

—¡Todo va bien! —dijo, bajando a paso veloz y renqueante—. No hace falta que te vistas para ir a buscarla. Me apuesto a que esa es la voz de Philip Hepburn que la trae a casa, tal como te he dicho que haría hace una hora.

Bell no respondió, como podía haber hecho, que la probabilidad de que Philip trajera a casa a Sylvia se le había ocurrido a ella, y que su marido la había considerado enormemente improbable. Pasó otro minuto y los semblantes de los dos padres, de manera imperceptible e inconsciente, se relajaron en un gesto de alegría cuando Sylvia apareció.

Tenía las mejillas coloreadas por el paseo y el aire de octubre, que comenzaba a ser gélido por las noches; al principio había un matiz sombrío en su expresión, pero se dispersó rápidamente en cuanto divisó los acogedores ojos del hogar. Philip, que la seguía, tenía una expresión acalorada, pero no muy alegre. Recibió una calurosa bienvenida por parte de Daniel, y una más reservada por parte de su tía.

—Quita el cazo de leche y pon el hervidor. La leche está bien para las mozas, pero lo que Philip y yo necesitamos es un poco de buena ginebra holandesa con agua para una noche tan fría. Estoy helado hasta el tuétano de tanto esperar a ver si venías, chica, pues tu madre se moría de preocupación porque no habías vuelto antes de que se hiciera de noche, y me he tenido que estar aquí fuera a ver si venías.

Eso era totalmente falso, y Bell lo sabía; pero su marido no. Ahora se había convencido, como hacía a menudo, de que algo que en realidad hacía porque le gustaba lo había hecho para contentar a otra persona.

—La ciudad está que arde, pues ha habido un enfrentamiento entre la gente de los balleneros y la patrulla de leva; pensé que lo mejor era traer a Sylvia a casa.

—Sí, sí, muchacho; siempre es bienvenida cualquier excusa para echar un trago. ¿Has dicho los balleneros? Pero ¿es que ha vuelto alguno de sus barcos? Ayer, cuando bajamos a la costa, no se avistaba ninguno. Y es un poco pronto para que vuelvan. ¡Y ya tenemos otra vez aquí esa condenada patrulla, haciendo su diabólico trabajo!

Su cara cambió nada más decir esas palabras, y delató los rescoldos de un antiguo odio.

—Mujer, soy incapaz de controlarme cuando hablo de esa condenada patrulla. Pero tampoco me avergüenzan las palabras que pueda decir. Son ciertas y estoy dispuesto a probarlas. ¿Dónde está mi dedo índice? Y también me falta la falangeta del pulgar. Ojalá los hubiera guardado en alcohol, como hacen los farmacéuticos, solo para mostrarle a mi hija que me tuve de deshacer de dos dedos para librarme. Me los corté con un hacha cuando vi que me habían metido en un buque de guerra que avanzaba veloz mar adentro. Era la época de la guerra con las colonias, y no podía soportar la idea de que me mataran en mi propio idioma. De modo que levanto un hacha y le digo a Bill Watson, le digo: «Y ahora, amigo mío, hazme un favor, y yo te lo devolveré, no te preocupes, y ya verás como tienen la amabilidad de rechazarnos y enviarnos de nuevo a Inglaterra. Abate el hacha con fuerza». Y ahora, mujer, ¿por qué no te sientas tranquilamente y me escuchas, en lugar

de enredar con sartenes y no sé qué más? —le dijo en tono molesto a su mujer, que había oído la historia docenas de veces, y, hay que confesarlo, estaba haciendo bastante ruido mientras preparaba pan y leche para que Sylvia cenara.

Bell no dijo ni una palabra, pero Sylvia le dio a su padre unos golpecitos en el hombro con un leve aire de autoridad.

—Es para mí, padre. Tengo mucha hambre. En cuanto haya empezado a comer, y Philip tenga su vaso de grog, tendrá más público del que ha tenido en su vida, y mamá le dedicará también toda su atención.

—¡Bueno! Hay que ver qué moza tan obstinada —dijo el orgulloso padre, dándole un buen manotazo en la espalda a su hija—. ¡Venga! Ponte a comer, y no digas nada, pues quiero acabar de contarle mi historia a Philip. Aunque ahora que lo pienso, ¿no te la habré contado ya? —dijo, dirigiéndole la pregunta a Hepburn.

Hepburn no podía decir que no la había oído antes, pues se vanagloriaba de su sinceridad. Y en lugar de confesarle que así era de una manera franca y directa, intentó enredarse con circunloquios que mitigaran la vanidad herida de Daniel; lo que, naturalmente, tuvo el efecto contrario. A Daniel le ofendió que lo trataran como a un niño, y le dio la espalda a Philip de manera deliberada. A Sylvia tanto le daba su primo, pero detestaba que hicieran enfadar a su padre, de modo que se puso a relatar su propia aventura, y les contó a su padre y su madre todo lo ocurrido aquella tarde. Al principio Daniel fingió no escuchar, e hizo ostentosos ruidos con la cuchara y el vaso; pero poco a poco se entusiasmó con lo ocurrido con la patrulla, y reprendió a Philip y a Sylvia por no haber averiguado más detalles de cómo había acabado el enfrentamiento.

—Yo también he estado en un ballenero —dijo—, y he oído hablar de lo que hacen los balleneros con sus cuchillos, y yo le habría dado a probar a la patrulla una ración del mío si me llega a coger nada más poner pie a tierra.

—No sé —dijo Philip—. Estamos en guerra con Francia, y no nos gustaría perderla; y eso es lo que ocurrirá si nuestras tropas son inferiores en número.

—¡De ninguna manera, maldita sea! —dijo Daniel Robson dejando caer el puño sobre la mesa redonda con tal violencia que temblaron los vasos y la vajilla—. ¡No se pega a mujeres y a niños, claro que no! Y, sin embargo, así será si no les damos a los franceses algunas ventajas, si les atacamos con tropas iguales en número. No es juego limpio, y ahí está el meollo del asunto. No es juego limpio ni para unos ni para otros. No es juego limpio atrapar a

hombres que no han pedido ir a luchar a petición de otro hombre, aunque no pongan ninguna objeción en luchar un poco por cuenta propia, y que acaban de desembarcar, que se mueren de ganas de comer pan en lugar de galleta, y carne en lugar de basura, y de dormir en camas en lugar de hamacas. (Y no lo digo por motivos sentimentales, pues yo nunca he sentido inclinación por lo carnal ni por la poesía). No es justo cogerlos y meterlos en un asfixiante agujero, forrado de metal por temor a que abran un agujero con sus cuchillos y se escapen, y tenerlos embarcados durante años y años. Y tampoco es jugar limpio con los franceses. Pues solo se necesita a un inglés para derrotar a cuatro franceses; y si luchamos cuatro contra cuatro, es como si yo le diera una paliza a Sylvia, o al pequeño Billy Croxton, que aún va en pantalón corto. Y esa es mi opinión. Señora, ¿dónde está la pipa?

Philip no fumaba, por lo que ahora le tocaba a él hablar, una oportunidad que casi nunca tenía con Daniel, a no ser que este tuviera la pipa entre los labios. Así, en cuanto Daniel la hubo llenado, y utilizado el dedo meñique de Sylvia como atacador —un hábito al que ella estaba ya tan acostumbrada que dejaba la mano sobre la mesa, junto a su padre, de una manera tan natural como cuando ella le acercaba la escupidera cada vez que comenzaba a fumar —, Philip ordenó sus argumentos y comenzó a decir:

—Estoy tan a favor del juego limpio con los franceses como cualquier otro hombre, siempre y cuando tenga la certeza de que vamos a derrotarles; pero, como he dicho, he de tener la certeza, y a partir de ahí ya les daremos ventajas. Y pienso que el gobierno no lo tiene del todo claro, pues se dice en los periódicos que la mitad de los barcos que hay en el Canal carecen de dotación completa; todo lo que yo digo es que dejemos que el gobierno juzgue por nosotros, y si dice que nuestros barcos no pueden navegar por falta de hombres, debemos solucionarlo de alguna manera. John y Jeremiah Foster aportan dinero en forma de impuestos, y los milicianos aportan sus propias personas; si los marineros no pueden pagar impuestos, y tampoco quieren aportar sus personas, ¿por qué han de pagar los otros? Para eso, creo yo, está la patrulla de leva. Por mi parte, cuando leo lo que hacen esos franceses, doy gracias por que me gobierne el rey Jorge y la Constitución británica.

Daniel se sacó la pipa de la boca al oír esas palabras.

—¿Y cuándo he dicho yo una palabra en contra del rey Jorge y de la Constitución? Solo pido que me gobiernen como yo juzgo mejor, y eso es lo que yo llamo representación. Cuando le di mi voto al señor Cholmley para que fuera al parlamento, también le dije: «Vaya allá, señor, y dígales lo que yo, Dannel Robson, creo correcto, y lo que yo, Dannel Robinson, deseo que

se haga». De lo contrario, que me aspen si le doy mi voto al señor Cholmley o a cualquier otro. ¿Y crees que me hace gracia que Seth Robson (que es hijo de mi hermano y oficial de cubierta de un carbonero) sea secuestrado por una patrulla y quede sin cobrar todo su salario? ¿Crees que voté al señor Cholmley para que dejara que eso ocurriera? Desde luego que no.

Volvió a coger la pipa, sacudió las cenizas, chupó hasta que salió una chispa y cerró los ojos, preparándose para escuchar.

—Pero, si me disculpas, le diré que la ley está hecha para el bien de la nación, no para el suyo o el mío.

Esa fue la gota que desbordó el vaso. Daniel se quitó la pipa de la boca, abrió los ojos y miró fijamente a Philip antes de hablar, a fin de dar más fuerza a sus palabras:

—¡Que si la nación por aquí, que si la nación por allá! Yo soy un hombre, y tú también lo eres, pero eso de la nación yo no sé dónde está. Si el señor Cholmley me hubiera hablado de ese modo, no hubiera contado con mi voto. Si me hablas del rey Jorge o del señor Pitt^[3], de acuerdo, te entiendo, y también de ti y de mí, ¡pero la nación! ¡La nación se puede ir a la porra!

Philip, que a veces prolongaba las discusiones más de lo que le convenía, sobre todo cuando le parecía que estaba ganándolas, no se dio cuenta de que Daniel Robson estaba pasando de la frialdad ecuánime a ese estado de cólera que surge cuando una cuestión se vuelve personal de manera tácita. Robson había discutido ese tema un par de veces anteriormente, y el recuerdo de esas polémicas anteriores aumentaba su presente vehemencia. De modo que bueno fue para la armonía de la casa que Bell y Sylvia regresaran de la cocina y se sentaran con ellos en el salón. Habían estado fregando las sartenes y los cuencos utilizados en la cena; Sylvia le había enseñado a su madre la capa nueva, lo que provocó que esta negara con la cabeza al ver el color y le diera un beso cariñoso, al final del cual su madre le arregló el gorro con un «¡Hay que ver! Siempre te sales con la tuya», pero no tuvo ánimo para mostrar más censura; y volvieron a sus ocupaciones habituales hasta que el visitante decidiera marcharse; a continuación echarían ceniza sobre el fuego y se irían a la cama; pues no valía la pena encender una vela para que Sylvia siguiera hilando y su madre tejiendo, ya que las horas de la mañana son muy preciadas en una vaquería.

Se dice que el tocar el arpa proporciona una buena figura; casi lo mismo podría decirse de hilar. La mujer se coloca en la rueca, un brazo extendido, el otro sosteniendo el hilo, la cabeza hacia atrás durante toda la operación; y si se trata de esa rueca más pequeña para el lino —y esa era la que ocupaba a

Sylvia aquella noche—, el hermoso zumbido y ronroneo del movimiento, la actitud de la hilandera, el pie y la mano entregados a la operación, el carrete de hilo de alegre color que ata el copo de hilo a la rocada: todo ello conforma una pintoresca actividad doméstica que puede rivalizar perfectamente con el tocar el arpa por la dulzura y gracia que precisa.

Sylvia, después de haber estado en el aire helado, tenía las mejillas coloreadas por el calor que hacía en la sala. La cinta azul con la que había creído necesario sujetarse el pelo hacia atrás antes de ponerse el sombrero para ir al mercado se había aflojado, y algunos rizos se le habían desmandado de una manera que la habría irritado sobremanera de haber estado en el piso de arriba y poder mirarse al espejo; pero aunque no se disponían en la manera que Sylvia hubiera considerado correcta, sí se veían muy hermosos y exuberantes. Su pequeño pie, colocado sobre el pedal, aún estaba enfundado en su elegante zapato con hebilla, cosa que la incomodaba bastante, pues no estaba acostumbrada a llevar zapatos cuando daba largas caminatas; pero como Philip las había acompañado a casa, ni ella ni Molly se habían atrevido a ir descalzas. Su brazo pecos y redondeado y su mano sonrosada y ahusada extraían el lino con movimientos diestros y ágiles, siguiendo el ritmo del movimiento de la rueda. Todo esto podía verlo Philip, aunque gran parte de la cara de Sylvia le quedaba oculta, pues la tenía medio vuelta, sintiendo una tímida aversión hacia la manera en que, como sabía por experiencias anteriores, la miraba siempre su primo Philip. Y aunque no miraba a Philip podía oír, con callada irascibilidad, el desagradable chirrido de la silla de su primo mientras este la arrastraba pesadamente sobre el suelo de piedra, todo el rato sentado, y tenía la impresión de que él se movía en semicírculo para poder mirarla desde un ángulo mejor, sin tener que darle la espalda ni a su padre ni a su madre. No esperaba más que una oportunidad para contradecir u oponerse a su primo.

—Bueno, chica. ¿Te has comprado la capa nueva?

—Sí, padre, la de color escarlata.

—¡Vaya, vaya! ¿Y qué dice tu madre?

—Oh, madre está contenta —dijo Sylvia, aunque sin tenerlo del todo claro, pero decidida a desafiar a Philip fuera cual fuera el riesgo.

—Madre se aguantará siempre y cuando no se la manche, creo —dijo Bell sin levantar la voz.

—Yo quería que Sylvia se comprara la gris —dijo Philip.

—Y yo elegí la roja; es mucho más alegre, y la gente me ve desde lejos. A padre le gusta verme enseguida cuando me espera en el sendero, ¿no es

verdad, padre? Y nunca me pongo la ropa nueva cuando va a llover, por lo que nunca se me manchará, mami.

—Pensaba que era para llevar cuando hacía frío —dijo Bell—. Al menos ese fue el pretexto que utilizaste para convencer a tu padre.

Lo dijo en tono amable, aunque fueron más las palabras de una madre prudente que cariñosa. Pero, al parecer, Sylvia la entendía mejor que Daniel.

—No digas eso, mujer. Sylvia no me puso ningún pretexto.

No sabía muy bien lo que era un «pretexto»: Bell era un poco más culta que su marido, pero él no se permitía reconocerlo, y siempre la contradecía cuando ella utilizaba una palabra que escapaba a su comprensión.

—A veces es una buena chica, y si le apeteciera tener una capa amarilla, yo no tendría nada que oponer. Aquí tenemos a Philip, firme partidario de las leyes y de las patrullas de leva: le reto a que me diga qué ley prohíbe complacer a nuestra hija, la única que tenemos. ¡No has pensado en eso, mujer!

Bell pensaba en ello a menudo; más a menudo que su marido, quizá, pues recordaba todos los días, y muchas veces al día, a esa criatura que le nació y murió mientras su marido estaba lejos, en alguno de sus viajes. Pero a ella no le gustaba replicar.

Sylvia, que conocía el corazón de su madre mejor que Daniel, cambió de tema.

—¡Ah! Y en cuanto a Philip, todo el camino hasta casa nos ha estado cantando las alabanzas de las leyes. Yo no he dicho nada, y he dejado que Molly se defendiera sola; pero podía haber contado algunas historias de sedas, encajes y cosas por el estilo.

Philip se sonrojó. No por la referencia al contrabando, pues era algo que todo el mundo practicaba, aunque se consideraba cortesía no mencionarlo; sino por lo rápidamente que su prima había descubierto lo lejos que estaban sus hechos de sus dichos, y también le irritaba ver lo mucho que se alegraba Sylvia de sacar ese tema. También se decía que a lo mejor su tío utilizaría sus prácticas clandestinas como argumento en contra de la prédica que les había soltado un rato antes; pero Daniel había bebido demasiada ginebra con agua como para poder hacer otra cosa que emitir sus opiniones, cosa que hizo en tono vacilante, esforzándose por hablar con claridad, en las siguientes palabras:

—Esto es lo que yo creo. Las leyes están hechas para que las personas no se perjudiquen entre ellas. Las patrullas de leva y los guardacostas perjudican mi negocio, y me impiden conseguir lo que quiero. Por tanto, lo que pienso es

esto: el señor Cholmley debería suprimir a las patrullas y a los guardacostas. Y si esa no es una buena razón, te pido que me lo digas. Y si el señor Cholmley no hace lo que le pido, ya se puede ir a buscar el voto de otro.

En este punto se entrometió Bell Robson; en absoluto porque estuviera molesta o irritada, ni porque temiera lo que su marido pudiera hacer o decir estando bebido, sino por una pura cuestión de salud. Tampoco Sylvia estaba ni mucho menos enfadada; su padre, al igual que todos los hombres que conocía, a excepción de su primo Philip, bebía hasta que se le confundían las ideas. De modo que Sylvia dejó la rueca a un lado, como paso preliminar a ir a acostarse, cuando su madre dijo, en un tono más decidido que el que hubiera utilizado en cualquier otra ocasión que no fuera esta o similares:

—Bueno, señor, ya basta por hoy.

—Déjame, déjame —exclamó él, agarrando la botella, aunque quizá de bastante mejor humor que antes por lo que había bebido.

Vertió un poco más en su vaso antes de que su mujer se la llevara y la encerrara en el armarito, metiéndose la llave en el bolsillo. A continuación Daniel le guiñó el ojo a Philip y dijo:

—¡Eh, muchacho! ¡Nunca dejes que una mujer lleve la voz cantante! ¡Ya ves en qué acaba la cosa; pero yo seguiré votando a Cholmley, y al diablo la patrulla!

Esto último tuvo que decirlo a grito pelado, pues Philip, que se desvivía por complacer a su tía, y puesto que por naturaleza tenía aversión a la bebida, ya estaba en la puerta, a punto para volver a casa, y pensando, hay que confesarlo, mucho más en cómo debía tomarse el apretón de mano de Sylvia que en las palabras de despedida de su tío o su tía.

HISTORIA DE LA PATRULLA DE LEVA

Pocos días después de la velada mencionada en el capítulo anterior, la mañana amaneció fea. No caían chaparrones rápidos y repentinos, sino que había una constante llovizna que borraba todo el color del paisaje y llenaba el aire de una sutil neblina gris, hasta el punto de que la gente respiraba más agua que aire. En tales ocasiones, la conciencia de la proximidad del mar inmenso e invisible servía solo para abatir los ánimos; pero además de actuar sobre los nervios de los más excitables, ese tiempo afectaba a los sensibles o enfermos de una manera física. El ataque de reumatismo de Daniel Robson le incapacitaba para salir de casa, y a un hombre acostumbrado a una vida activa y a una mente poco activa se le hacía muy difícil de soportar. No era un hombre de mal talante, pero su estado de reclusión le hacía estar de peor humor de lo que había estado en su vida. Estaba sentado en el rincón de la chimenea, insultando al tiempo y poniendo en duda la sensatez o la conveniencia de todo lo que hacía su mujer en su habitual rutina doméstica. El «rincón de la chimenea» consistía en realidad en dos paredes que sobresalían más o menos un metro y medio a cada lado del hogar, y en un recio banco de madera apoyado en una de ellas, mientras delante se hallaba la «butaca del señor», de respaldo circular, cuyo asiento lo componía una pieza cuadrada de madera atinadamente ahuecada, que formaba un ángulo de cuarenta y cinco grados con respeto al hogar. Ahí, presenciando las operaciones que tenían lugar sobre el fuego, había permanecido Daniel Robson a lo largo de cuatro interminables días, aconsejando y dándole órdenes a su mujer acerca de cómo hervir las patatas o preparar las gachas, labores de las que ella estaba muy orgullosa, y acerca de las cuales no habría escuchado ni siquiera el consejo del ama de casa más experta de todo Yorkshire. Pero, sin saber muy bien cómo, había conseguido refrenar su lengua y no decirle a su marido, tal como habría hecho cualquier mujer, y cualquier hombre, que se ocupara de sus propios asuntos o le pondría el trapo de fregar por sombrero. Incluso frenó a Sylvia cuando esta propuso, más bien

como burla, que siguieran las ignorantes indicaciones de su padre, y que él mismo viera y oliera las consecuencias.

—¡De ninguna manera! —dijo Bell—. Un padre es un padre y hay que respetarlo. Pero es un fastidio tener a un hombre en la casa junto al fuego, y que encima haga este tiempo, y que ni un alma venga a visitarnos, y ni siquiera poder reñir con tu padre, pues hemos de hacer caso a la Biblia, querida; y no te creas que no iría muy bien una buena riña; al menos le removería la sangre. Ojalá apareciese Philip.

Bell suspiró, pues en esos días había experimentado en parte la dificultad con que se topó *madame* de Maintenon^[4] (y disponiendo de menos recursos) de intentar divertir a un hombre que estaba de un humor de perros. Pues Bell, aunque buena y sensata, no era una mujer de recursos. El plan de Sylvia, aunque irrespetuoso a ojos de su madre, le habría hecho más bien a Daniel, aun cuando le hubiera puesto furioso, que la monótona rutina de su callada y meticulosa mujer, que, aunque conducente a la comodidad de su marido cuando este estaba ausente, en aquellos momentos no le divertía.

Sylvia se burló de la idea de que Philip acudiera a su casa para divertir o entretener a su padre, hasta que casi hizo enfadar a su madre con su manera de ridiculizar a aquel joven formal, a quien Bell consideraba un modelo de lo que debía ser un joven de su edad. Pero en cuanto Sylvia vio que había enojado a su madre, se puso a hacerle bromas y la besó, y le dijo que ella se encargaría de todo a las mil maravillas, y se fue corriendo a la trascocina, en la que madre e hija habían estado fregando la mantequera y todos los utensilios de preparar mantequilla. Bell observó la hermosa figura de su hija, cuando, al pasar corriendo con el delantal por encima de la cabeza, oscureció la ventana tras la cual trabajaba su madre. Esta se detuvo por un momento, y a continuación dijo, casi sin darse cuenta, «Bendita seas, niña», antes de seguir restregando algo que ya estaba blanco como la nieve.

Sylvia atravesó corriendo el corral de la granja bajo la llovizna hasta llegar al lugar donde esperaba encontrar a Kester, pero este no estaba, por lo que tuvo que volver sobre sus pasos hasta el establo, y, tras subir por una tosca escalera de madera colocada recta contra la pared, sorprendió a Kester sentado en el altillo donde guardaban la lana, inspeccionando los vellones destinados al hilado. Sylvia asomó su cara alegre, rodeada por un delantal de lana azul, a través de la trampilla, y se dirigió, con la cabeza solo visible en parte, al criado, que era casi como de la familia.

—Kester, papá está de lo más pesado, pues como no tiene nada que hacer, se está junto al fuego mano sobre mano, aburrido y malhumorado. Y ni a

mamá ni a mí se nos ocurre qué podemos hacer para animarlo un poco y hacerlo reír, u otra cosa más alegre que reprendernos. Venga, Kester, vete enseguida, busca a Harry Donkin, el sastre, y tráelo; se acercan las fiestas de San Martín, y el sastre ya debe de haber empezado su ronda, por lo que tanto da que venga ahora como después, y la ropa de padre necesita un buen remiendo, y Harry siempre tiene noticias frescas, y en todo caso, si padre tiene que reprender a alguien que sea a él, y como hace días que no vemos a nadie, nos irá bien a todos. Venga, sé el buen Kester de siempre y vete.

Kester la miró con leal y cariñosa admiración. En ausencia de su patrón, estaba haciendo las labores del día, y tenía muchísimas ganas de acabarlas, pero como ni se le ocurriría llevarle la contraria a Sylvia, le expuso la situación.

—La lana tiene mucha porquería, y he pensado en limpiarla un poco; pero supongo que es mejor que haga lo que me pides.

—Eres el buen Kester de siempre —dijo ella, sonriendo y asintiendo con la cabeza. A continuación bajó la escalerilla y desapareció de la vista de Kester, pero enseguida volvió a asomarse (él aún no había retirado sus ojos redondos y poco despiertos del lugar por el que Sylvia había desaparecido) para decir—: Kester, sé listo. No debes decirle a Harry Donkin que te enviamos a buscarlo, solo que se deje caer por aquí lo antes posible si ya ha empezado su ronda, y yo respondo de que se le dispense una estupenda bienvenida. Y ahora, sé astuto, ¡ojo!

—Todo lo astuto que puede ser alguien tan simple como yo; pero ¿y si Donkin es tan astuto como yo? ¿Qué pasará entonces?

—¡Vete de una vez! Si Donkin es Salomón, tú eres la reina de Saba, y siempre he oído decir que al final ella fue más lista que él.

A Kester le hizo tanta gracia la idea de ser la reina de Saba que Sylvia ya había vuelto al lado de su madre y él aún se estaba carcajeando.

Aquella noche, justo cuando Sylvia se preparaba para irse a la cama en su pequeño dormitorio, oyó unos golpecitos en la ventana. Abrió un poco y vio a Kester debajo. Reanudó su parlamento allí donde lo había dejado, con una carcajada:

—¡Ja, ja, ja! ¡Como si fuera la reina de Saba! Me he encontrado a Donkin en la calle, y vendrá mañana, se lo he soltado como si tal cosa, le he pedido que viniera a hacer un trabajo, como si fuera un favor; al principio se ha mostrado un poco reacio, pues estaba trabajando en casa del granjero Crosskey, al otro lado de la ciudad, donde ponen una medida más de malta al

fabricar la cerveza que en el resto de las casas, y me ha sido difícil convencerle, ¡pero no te preocupes que vendrá!

El honesto Kester no mencionó el chelín que había pagado de su propio bolsillo para que se cumplieran los deseos de Sylvia y para convencer al sastre de que renunciara a aquella cerveza tan buena. Lo que ahora le preocupaba era saber si le habían echado de menos y por la mañana se llevaría una buena regañina.

—¿El patrón no se ha enfadado porque no he aparecido a cenar?

—Ha preguntado dónde estabas, pero madre no lo sabía, y yo he callado. Madre te ha dejado la cena en el altillo.

—Pues voy a dar cuenta de ella, pues soy como un fuelle sin aire, solo dos superficies planas sin nada en medio.

A la mañana siguiente, la cara de Sylvia se sonrojó más de lo habitual cuando las piernas arqueadas de Harry Donkin aparecieron por el sendero que llevaba a la puerta de la casa.

—¡Harry Donkin, será posible! —exclamó Bell nada más verle, un momento después de que lo divisara su hija—. ¡Bueno, a esto le llamo yo suerte! Así te hará compañía mientras Sylvia y yo le damos la vuelta a los quesos.

En opinión de Daniel, ese era un comentario bastante original para una esposa, en aquella mañana concreta en que su reumatismo le estaba dando más guerra de lo habitual, por lo que replicó con severidad:

—Eso es lo único que entienden las mujeres. Para ellas todo se reduce a «hacer compañía», pues no se les ocurre que uno preferiría estar solo. Pues más vale que sepas que en mi mollera hay muchos pensamientos, y que no estoy dispuesto a contárselos a cualquiera. Desde que me casé no he tenido ni un momento para meditar; al menos desde que dejé el mar. Cuando estás a bordo, sin mujeres en leguas a la redonda, y encima del tope, sobre todo, ahí sí se puede pensar.

—Entonces será mejor que le diga a Donkin que no tenemos trabajo para él —dijo Sylvia, que, en lugar de contradecir a su padre o razonar con él, decidió darle la razón como mejor método para manejarlo.

—¡Vuelve aquí! —dijo volviendo la cabeza, por temor a que Sylvia obedeciera esa amenaza mansamente pronunciada—. ¡Ay, ay! —dijo, pues le dolía la pierna—. Entra, Harry, entra, y cuéntame algo sensato, pues llevo cuatro días encerrado con mujeres y ya estoy como idiotizado. Estoy seguro de que algo te encargarán, aunque solo sea para salvar sus propios dedos.

Así que Harry se quitó el abrigo y se sentó, adoptando un aire profesional, en el vestidor rápidamente despejado, a fin de que pudiera disponer de toda la luz que entraba por la ventana alta, que comenzaba a poca altura del suelo. A continuación sopló en su dedal, se chupó el dedo, para que se pegaran con facilidad, y miró alrededor buscando un tema de conversación, mientras podía oírse a Sylvia y a su madre abriendo y cerrando cajones en busca de prendas que necesitaran un arreglo, o que precisaran remendarse la una a la otra.

—Las mujeres tienen sus cosas buenas —dijo Daniel en un tono filosófico—, pero un hombre puede acabar cansándose de ellas. Aquí me tienes a mí, que llevo cuatro días sin poder moverme, y deja que te diga que en estos días de lluvia no he hecho sino empeorar, pues creo que no hay nada que me canse más que las mujeres: dicen tantas tonterías que se te acaban metiendo en los huesos. Y ahora ya sabes que no he sido yo quien te ha mandado llamar, sino que debes darles las gracias a las mujeres. ¡Y ya ves, nada más llegar ellas, que te han mandado llamar, querían despacharte, de necias que son! ¡Bueno, señoras! ¿Y quién va a pagar los arreglos de esta ropa?

Pues Bell acababa de aparecer con una brazada de prendas. Iba a responderle a su marido de manera dócil y literal, tal como acostumbraba, pero Sylvia, que ya detectaba en el tono de su padre que había mejorado su humor, exclamó desde detrás de su madre:

—Yo, padre. Voy a vender la capa nueva que me compré el jueves para que puedas arreglarte tus chaquetas y chalecos viejos.

—Ya la oyes —dijo Daniel, riendo entre dientes—. Está hecha toda una mocita. Hace tres días que no deja de hablar de su nueva capa y ahora quiere venderla.

—Sí, Harry. Si padre no te paga por dejarle todas estas ropas como nuevas, venderé mi capa roja antes que permitir que te quedes sin cobrar.

—Pues es un buen negocio —dijo Harry, lanzando una mirada penetrante y profesional al montón de ropa que tenía delante, y escogiendo el mejor artículo en cuanto a textura para examinarlo y comentarlo.

—Todos llevan otra vez estos botones de metal —dijo—. Los sederos han elevado una petición al gobierno para que promulgue una ley a favor de los botones de seda^[5], y he oído que hay informantes que espían buscando botones de metal, y que te podrán llevar ante el juez por llevarlos.

—Yo me casé con esos botones, y los llevaré hasta el día de mi muerte o no llevaré ninguno. Hoy día no paran de hacer leyes, y la próxima se entrometerá con mi manera de dormir, y me harán pagar un impuesto por cada ronquido. Primero pusieron un impuesto sobre las ventanas, luego sobre

los víveres, más tarde fue la sal; todo es muchísimo más caro que cuando yo era un chaval. Toda esta caterva de picapleitos son unos entrometidos, y nunca he creído que el rey Jorge tuviera nada que ver en todo esto. Pero escucha lo que te digo: me casé con botones de latón, y botones de latón llevaré hasta mi muerte, ¡y si me dan la tabarra con eso, los llevaré hasta dentro del ataúd!

Por entonces, Harry había acordado con la señora Robson llevar a cabo las consultas y ponerse de acuerdo mediante signos. Su hilo volaba con rapidez, y madre e hija se sentían más a sus anchas para realizar sus tareas que en días anteriores; pues era una buena señal que Daniel hubiera sacado su pipa del hueco cuadrado que había en la pared del hogar, donde la guardaba habitualmente, y se estaba preparando para diversificar sus comentarios con algunas satisfactorias pausas en las que daría algunas bocanadas a su pipa.

—Pues fíjate, este tabaco se ha podido librar. Llegó a bordo cosido meticulosamente en el interior de un corsé de mujer, dentro de un bote de pesca anclado en la bahía de ahí abajo. Entonces apareció la mujer del pescador, una mujer delgada como pocas has visto cuando subió a bordo a buscar a su marido; pero cuando salió estaba mucho más rolliza, y llevaba muchas cosas encima, aquí y allí, además de tabaco. Y eso ocurrió delante de los guardacostas y de todas las embarcaciones. Pero ella fingió estar un poco achispada, de modo que lo único que hicieron fue insultarla, y dejarla pasar.

—Hablando de embarcaciones, menuda se ha armado en Monkshaven por culpa de la patrulla de leva —dijo Harry.

—¡Sí, sí! Mi chica me lo contó el otro día; pero, Dios te bendiga, no hay manera de sacar nada en claro cuando una mujer te cuenta una historia, aunque si he de decir algo de nuestra Sylvie, es que es de las más inteligentes que he visto.

Lo cierto era que Daniel, cuando Sylvia regresó y comenzó a contar todo lo que había visto en Monkshaven, había querido mantener la dignidad y no manifestar la menor curiosidad acerca del asunto. Al día siguiente había trazado el plan de buscarse alguna excusa para bajar a la ciudad, donde podría enterarse de todo sin tener que adular a sus mujeres haciéndoles preguntas, fingiendo que nada de lo que ellas pudieran contar le interesaba. Tenía en la mollera la idea de que era una especie de Júpiter^[6] doméstico.

—En Monkshaven están muy afectados. Nadie había hecho caso del barco del gobierno, pues estaba muy tranquilo, y el teniente pagaba un buen precio por todo lo que quería para el barco. Pero el jueves llegó el *Resolución*, el primer ballenero que vuelve esta temporada, y la patrulla mostró los dientes, y

se llevaron a cuatro de los marineros más capaces que han vestido mis pantalones; y aquello era como un nido de avispas si te metías en medio. La gente estaba tan furiosa que se habrían peleado con las losas del pavimento.

—¡Ojalá yo hubiera estado allí! ¡Ya lo creo! ¡Tengo una cuenta pendiente con la patrulla!

Y el anciano levantó la mano derecha —la mano cuyo índice y pulgar estaban mutilados e inútiles— en parte como denuncia, y en parte como testigo de lo que había tenido que sufrir para huir del servicio, que aborrecía por haber sido forzoso. Le cambió la cara completamente, y apareció en ella una expresión de firme e inflexible indignación, provocada por sus palabras.

—Venga, hombre, cuenta —dijo Daniel, impaciente ante la pequeña demora de Donkin ocasionada por la necesidad de organizar su trabajo.

—¡Bueno, bueno! Todo a su debido tiempo, pues lo que te he de contar es muy largo, y necesito a alguien que me planche las costuras y me busque un poco de tela, porque no he traído la que necesitaba.

—¡Al diablo la tela! ¡Sylvie, ven aquí! ¡Sylvie! Ven y échale una mano al sastre, a ver si acaba pronto el trabajo, pues lo que me interesa es la historia.

Sylvia siguió las indicaciones del sastre: colocó los hierros en el fuego, y subió corriendo al piso de arriba a buscar las telas que su madre había apartado para ocasiones como la presente. Eran de diversos colores, recortadas de viejas chaquetas y chalecos y prendas similares que ya estaban demasiado viejas para poder llevarse, aunque algunas partes estaban en bastante buen estado como para ser conservadas por un ama de casa ahorradora. Daniel se enfadó antes de que Donkin hubiera escogido sus patrones y puesto a la labor con aire muy concentrado.

—Bueno —dijo por fin—, ni que fuera un jovenzuelo que aún tiene que ir a cortejar, tanta concentración pones en arreglar mis viejas ropas. Tanto me da si están remendadas de escarlata; así que a ver si le das a la lengua al mismo tiempo que le das a la aguja.

—Bueno, pues como te iba diciendo, todo Monkshaven era un nido de avispas, que volaban de aquí para allá y emitían tal zumbido como nunca se ha oído; y todas iban con el aguijón preparado, dispuestas a repartir su veneno de rabia y venganza. Y las mujeres gritaban y sollozaban en las calles... cuando, ¡Dios nos asista!, el sábado ocurrió lo peor de todo, pues a lo largo de todo el viernes se había creado mucha expectación y consternación en torno del *Buena Suerte*, pues los marineros habían dicho que el jueves, cuando llegó el *Resolución*, se hallaba doblando el cabo de Saint Abb; y había esposas y muchachas que tenían a sus maridos y novios a bordo del *Buena Suerte*, y

miraban hasta el punto de que los ojos casi se les salían de las órbitas, pues en dirección el mar no se veía nada a causa de la lluvia y la neblina; y cuando por la tarde subió la marea, la gente no sabía si se mantenía lejos de la costa por miedo a la gabarra de la patrulla (que tampoco podía verse) o qué. Y las pobres mujeres, empapadas, volvieron a subir a la ciudad, algunas llorando en silencio, pues estaban con el corazón encogido, y otras simplemente iban con la cabeza gacha contra el viento, y se fueron directamente a sus casas, sin mirarse ni hablar entre sí; y atrancaron las puertas y se dispusieron a resistir una larga noche de espera. El sábado por la mañana (te acordarás de que el sábado por la mañana llovía y hacía viento, un tiempo espantoso), todas aquellas mujeres volvieron a reunirse en el puerto en cuanto amaneció, preocupadas y con la vista fija en el mar, y entonces apareció el *Buena Suerte* en la barra. Pero el recaudador de impuestos ya había traído noticias del ballenero. Portaba mucho aceite e ingentes cantidades de esperma. Pero a pesar de todo la bandera ondeaba a medio mástil, en señal de duelo y pesar, pues había un muerto a bordo: un hombre que estaba vivo y fuerte el día anterior. Y otro se debatía entre la vida y la muerte, y había otros siete que deberían haber estado a bordo y no lo estaban, pues la patrulla se los había llevado. La fragata, tal como nos contaron luego, mientras estaba delante de Hartlepool, tuvo noticias de que la gabarra de la patrulla había capturado marineros el jueves, y el *Aurora*, que es como lo llamaban, puso rumbo hacia el norte, y a nueve leguas del cabo de Saint Abb, los del *Resolución* vieron la fragata, pues por su tamaño supieron que era un buque de guerra, y supusieron que su misión era secuestrar marineros. Vi al herido con mis propios ojos, ¡y vivirá, vivirá! Nunca he visto morir a nadie con tales ansias de venganza en la mirada. Apenas podía hablar, pues había recibido un disparo, y de tanto en tanto se quedaba pálido, mientras el capitán y el primer oficial y algunos otros me contaban que el *Aurora* les había disparado, y que el inocente ballenero izó sus colores, pero cuando la bandera estaba a la mitad, otro disparo pasó cerca de los obenques, y entonces el barco que venía de Groenlandia puso rumbo a barlovento, pero la fragata se le echó encima; pero como sabían que aquella embarcación traía malas intenciones, Kinraid (que es la persona que se debate entre la vida y la muerte, solo que no morirá, estoy seguro), el primer arponero, pidió a los hombres que bajaran a las entrecubiertas y cerraran bien las escotillas, y él se puso de guardia, él y el capitán y el primero oficial, se quedaron en cubierta para dar una bienvenida superficial a los tripulantes de la lancha que venía del *Aurora*, pues lo veían venir hacia ellos sobre las aguas, con los soldados remando...

—¡Malditos sean! —masculló Daniel en voz baja.

Sylvia estaba junto a ellos, colocando los hierros y escuchando con atención, temiendo darle el hierro caliente a Donkin por miedo a interrumpir su relato, y reacia a devolverlo al fuego, pues esa acción podría recordarle que estaba trabajando, cosa que el sastre ahora había olvidado, tan entusiasmado estaba con su narración.

—Bueno, pues cruzaron el trecho de mar con la lancha dando grandes brincos y subieron por el casco del ballenero como langostas, todos ellos armados, y el capitán dice que vio como Kinraid escondía su cuchillo de ballenero bajo una lona, y sabía que traía malas intenciones, y que de nada serviría decirle nada para impedirselo, igual que tampoco servía cuando estaba cazando una ballena. Y cuando los hombres del *Aurora* estuvieron a bordo, uno de ellos fue corriendo al timón, y al verlo dice el capitán que sintió como si hubiesen besado a su esposa delante de él; pero dice: «Me acordé de los hombres que estaban encerrados, y también de la gente de Monkshaven que nos estaba esperando, y me dije: Haré todo lo que pueda para no perder los nervios, más teniendo en cuenta el cuchillo de ballenero, que podía ver refulgiendo bajo la lona negra». Y así les habló con mucha cortesía, aunque pudo darse cuenta de que se estaban acercando al *Aurora*, y de que el *Aurora* se les estaba acercando a ellos. A continuación el capitán de la armada gritó a través del megáfono, con un gran estruendo: «Ordene a sus hombres que suban a cubierta». Y dice el capitán que sus hombres comenzaron a gritar, desde debajo de las escotillas, que nunca se entregarían sin derramamiento de sangre, y dice que Kinraid saca su pistola, que está bien cebada, y dice: «Somos hombres de Groenlandia bajo protección, y no tiene ningún derecho a hacernos nada». Pero el capitán de la armada vuelve a gritar: «Ordene a sus hombres que suban a cubierta. Si no le obedecen, y ha perdido usted el mando de la embarcación, me haré la idea de que se han amotinado, y entonces subiré usted a bordo del *Aurora* con quienes deseen seguirle, y dispararé contra el resto». Ya ves lo que pretendía ese hombre: quería fingir que el capitán no podía gobernar su propio barco, y hacer como si le estuviera ayudando. Pero nuestro capitán ballenero no era tan pobre de espíritu, y les contesta: «Nuestro barco está lleno de aceite, y le advierto cuáles serán las consecuencias si le dispara. En todo caso, pirata o no pirata (pues la palabra pirata le resultaba muy desagradable), soy un honesto hombre de Monkshaven, y vengo de unos mares donde hay grandes icebergs y muchos peligros mortales, pero nunca nos hemos encontrado una patrulla de leva, gracias a Dios, que es lo que son ustedes, imagino». Estas son las palabras

que según él les contestó, aunque no sé si con tanto atrevimiento en aquellas circunstancias; las tenía en mente, solo que quizá al final le pudo la prudencia, pues decía que dentro de su corazón rezaba por llevar su cargamento sano y salvo a sus propietarios, ocurriera lo que ocurriera. Bueno, los hombres del *Aurora* que había a bordo del *Buena Suerte* gritaron si «no podrían volar las escotillas y hacer salir a los hombres», y entonces el primero arponero habla, y dice que él se encarga de vigilar las escotillas, y que tiene dos buenas pistolas, y que además no le importa que lo maten, pues es soltero, pero que todos los hombres que hay abajo tienen mujer, y que acabará con la vida de los dos primeros que se acerquen a las escotillas. Y dicen que liquidó a dos que se acercaron a las escotillas, y que cuando se agachó para coger su cuchillo, que era tan grande como una hoz...

—Para que aprendan los que nunca han visto un cuchillo de ballenero — exclamó Daniel—. Yo fui un hombre de Groenlandia en mis buenos tiempos.

—Le dispararon en un costado, se mareó, le soltaron una patada y le dieron por muerto; e hicieron volar las escotillas, y mataron a un hombre y dejaron heridos a otros dos, y el resto pidió clemencia, pues siempre es mejor vivir, aunque sea a bordo de un barco del rey; y el *Aurora* se los llevó, a los heridos y a los que estaban en buen estado: dejaron a Kinraid por muerto, pero no lo estaba, y también a Darley, que sí lo estaba, y al capitán y al primer oficial porque eran demasiado viejos para trabajar. Y el capitán, que quiere a Kinraid como a un hermano, le puso un poco de ron en la boca y le vendó, y ha mandado llamar al mejor doctor de Monkshaven para que le saque las balas, pues dicen que nunca hubo arponero igual en los mares de Groenlandia. Y puedo afirmar, pues lo vi con mis propios ojos, que es un magnífico muchacho, pálido y demacrado por haber perdido tanta sangre. Pero lo que es Darley, ya no va a comer otra cosa que barro; y le van a hacer un entierro como nunca se ha visto en Monkshaven, el próximo domingo. Y ahora dame el hierro, chica, y no perdamos más tiempo charlando.

—No estamos perdiendo el tiempo —dijo Daniel, moviéndose pesadamente en su silla, y dándose cuenta una vez más de que apenas podía andar—. Si fuera joven como lo fui antaño, y ahora no padeciera este doloroso reumatismo, te aseguro que los de la patrulla se enterarían de que no pueden obrar impunemente. Dios te bendiga, amigo mío, pues las cosas están peor ahora que durante la guerra con las colonias americanas, y te aseguro que entonces ya estaban bastante mal.

—¿Y Kinraid? —dijo Sylvia conteniendo el aliento, tras el esfuerzo de comprender todo lo relatado; se le habían ruborizado las mejillas, y los ojos le

habían refulgido durante toda la narración.

—¡Oh, saldrá de esta! No morirá. Todavía le queda vida dentro.

—Creo que es el primo de Molly —dijo Sylvia, acordándose, con cierto sonrojo, de que Molly había dado a entender que para ella era algo más que un primo, y deseando de inmediato salir a ver a Molly, y oír esos pequeños detalles que las mujeres no consideran indigno dar a las mujeres.

Desde ese instante, en el corazón de Sylvia se instaló ese propósito. Pero no era algo que ella se confesara ni a sí misma. Tan solo quería ver a Molly, y casi se hizo creer que era tan solo para consultarle qué tipo de capa iba a hacerse, y sería Donkin el que la cortaría, y ella quien la cosería siguiendo las indicaciones del sastre; en cualquier caso, esa fue la razón que le dio a su madre cuando hubo acabado las tareas del día, y hacia el atardecer un hermoso resplandor apareció en el pálido y acuoso cielo.

6

EL FUNERAL DEL MARINERO

Moss Brow, la casa de los Corney, era un lugar muy desordenado e incómodo. Había que cruzar un sucio corral, lleno de charcos y estiércol, y subir unos peldaños para llegar a la puerta del cuarto de estar. En ese enorme aposento solía haber siempre ropa tendida junto al fuego, fuera cual fuese el día de la semana; pues algún miembro de esa familia tan poco corriente había hecho lo que en la zona se conocía como una «enjabonada», un lavado de unas cuantas prendas sin acordarse del día de colada. Y a veces esas mismas prendas podían encontrarse sucias y desparramadas por la cocina desordenada, que por un lado daba a una habitación que era medio sala y medio dormitorio, y por otro a una vaquería, que era el único sitio limpio de la casa. Nada más entrar uno se daba de bruces con la entrada a la trascocina, donde se llevaban a cabo la mayoría de las actividades. Sin embargo, a pesar de todo ese desorden, el lugar tenía un aspecto próspero; los Corney eran ricos a su manera, en rebaños y en niños, y para ellos ni la suciedad ni el perpetuo ajeteo provocado por el trabajo hecho sin la menor planificación les robaba comodidad. Era una familia de trato fácil y agradable; la señora Corney y sus hijas recibían con los brazos abiertos a todo el mundo fuera cual fuese la hora del día, y tanto les daba sentarse a chismorrear a la diez de la mañana como a las cinco de la tarde, aunque a la primera hora mencionada la sala estaba llena de trabajos de diversa índole que había que quitarse de en medio, mientras que a las cinco concluía ya el día, y las esposas e hijas de los granjeros estaban por lo general... «aseadas», se decía entonces, mientras que la palabra en boga ahora es «vestidas». Naturalmente, en esa casa Sylvia tenía todas las opciones de ser bien recibida. Era joven y hermosa, e inteligente, y traía siempre con ella una brisa fresca y agradable. Y además, Bell Robson la hacía ir con la cabeza tan alta que una visita de Sylvia se consideraba como un favor, pues su madre tampoco la permitía ir a cualquier parte.

—¡Siéntate, siéntate! —le gritó la señora Corney, quitando el polvo de una silla con el delantal—. Creo que Molly no tardará en aparecer. Ha ido un momento al huerto, a ver si encuentra alguna fruta que se haya caído para

hacer un pastel para los chicos. Ahora les gusta comer pastel de manzana endulzado con melaza para cenar, con una buena crostra bien dura, de esas que hay que masticar, y todavía no hemos recogido nuestras manzanas.

—Si Molly está en el huerto, iré a buscarla —dijo Sylvia.

—¡Bueno! Ya sé que vosotras dos tenéis vuestras conversaciones privadas; secretitos acerca de vuestros enamorados y cosas así —dijo la señora Corney con una mirada de complicidad que hizo que por un momento Sylvia la odiara—. No me he olvidado de cuando era joven. Ten cuidado, hay un charco lleno de barro justo al salir por la puerta de atrás.

Pero Sylvia ya estaba a más de medio camino del corral trasero —que estaba, si es posible, en peor estado que el de delante—, y ya había cruzado la puertecilla del huerto, que estaba lleno de viejos árboles retorcidos, cuyas cortezas se veían cubiertas de líquen gris, en el que el habilidoso pinzón construía su nido en primavera. Nadie había podado las ramas cancrosas, que seguían en el árbol y se añadían a la profusión de ramas que se entrelazaban en lo alto, aunque no a su productividad; la hierba crecía en largas matas, y estaba húmeda y enredada. Había una pasable cosecha de manzanas sonrosadas que aún colgaban de los árboles viejos y grises, y aquí y allá mostraban su color rojizo entre las protuberancias verdes de hierba sin recortar.

Por qué no recogían los frutos, que estaban evidentemente maduros, era algo que habría desconcertado a alguien que no conociera a la familia Corney; pero ellos siempre ponían en práctica una máxima, casi un precepto, «No hagas hoy lo que puedas hacer mañana», y en consecuencia las manzanas caían de los árboles a la menor racha de viento, y se quedaban pudriéndose en el suelo hasta que los «chicos» querían que les hicieran pastel de manzana para cenar.

Molly vio a Sylvia, y rápidamente cruzó el huerto hacia ella, y sus pies se enredaron en nudos de hierbas mientras se apresuraba.

—¡Vaya, chica! —dijo Molly—. ¿Quién iba a decir que te vería con el día que ha hecho hoy?

—Pero ahora ya ha escampado, y el día está bonito —dijo Sylvia, levantando los ojos hacia el agradable cielo vespertino, que se veía a través de las ramas de manzano. Era de un gris suave y delicado, con el leve calor de ese ocaso que promete teñir la atmósfera de rosa—. Se acabó la lluvia, y quería saber cómo he de hacerme la capa, pues Donkin está trabajando en nuestra casa, y quería saberlo todo... todo lo que ha ocurrido últimamente, ya me entiendes.

—¿A qué te refieres? —preguntó Molly, pues había oído hablar de lo sucedido entre el *Buena Suerte* y el *Aurora* unos días antes; y, a decir verdad, era algo que en aquel momento ya se le había ido de la cabeza.

—¿No te has enterado de lo que pasó entre la patrulla y el ballenero, y la gran pelea en la que participó Kinraid, tu primo, que se portó de manera tan valerosa y que ahora está en el lecho de muerte?

—¡Oh! —dijo Molly, comprendiendo entonces a qué «noticias» se refería Sylvia, y un tanto sorprendida por la vehemencia con que hablaba esa criatura —: Sí, me enteré hace un par de días. Pero Charley ya no está en el lecho de muerte, de hecho se encuentra mucho mejor, y madre dice que la semana que viene vamos a trasladarlo aquí para poder cuidarlo y para que respire un aire más sano que en la ciudad.

—¡Oh, no sabes cómo me alegro! —dijo Sylvia de todo corazón—. Creí que moriría y no llegaría a conocerlo.

—Pues te prometo que le conocerás; es decir, si todo va bien, pues su herida es muy fea. Madre dice que tiene cuatro señales azules en el costado que no se le irán de por vida, y los médicos temen que sangre por dentro, con lo que podría morir en cualquier momento si nadie le cuida.

—Pero acabas de decir que está mejor —dijo Sylvia, palideciendo un poco ante ese relato.

—Y está mejor, pero la vida es incierta, sobre todo si tienes heridas de bala.

—Se portó muy bien —dijo Sylvia, reflexiva.

—Siempre he sabido que lo haría. Muchas veces le he oído decir «por mi honor», y ahora ha demostrado que lo tiene.

Molly no hablaba de manera sentimental, sino como si en cierto modo compartiera la propiedad del honor de Kinraid, lo que confirmaba la idea de Sylvia de que algo había entre Molly y su primo. Teniendo esto en mente, le sorprendieron un poco las siguientes palabras de Molly.

—Y en lo referente a tu capa, ¿la quieres con o sin capucha? Supongo que eso es lo que quieres preguntarme.

—¡Oh, me da igual! Háblame más de Kinraid. ¿De verdad crees que se pondrá mejor?

—¡Hay que ver cómo las chicas hablan de él! Tendré que contarle lo mucho que te interesas por él.

A partir de ese momento Sylvia no volvió a mencionar al primo de Molly. En un tono un tanto cortante y alterado, dijo, tras unos instantes de silencio:

—Había pensado con capucha. ¿Qué te parece?

—Bueno, en mi opinión las capuchas están un poco pasadas de moda. Si fuera para mí, me haría hacer tres cortes, uno para atar sobre cada hombro y otro que me cayera elegantemente por detrás. Pero lo que podemos hacer es ir el domingo a misa a Monkshaven, y fijarnos en cómo la llevan las hijas del señor Fishburn, ya que ellas las encargan en York. No hace falta que entremos en la iglesia, basta con que las miremos desde el otro lado del camposanto, y no haremos mal a nadie. Además, al hombre al que disparó la patrulla le van a hacer un entierro espléndido, y así mataremos dos pájaros de un tiro.

—Me gustaría ir —dijo Sylvia—. Me dan mucha lástima esos pobres marineros a los que mataron y secuestraron cuando volvían a casa, como esos que vimos el jueves pasado. Le pediré a madre si me deja ir.

—Pregúntaselo. Yo sé que mi madre me deja, y a lo mejor va también ella; pues será algo digno de verse y comentar durante un año largo, por lo que he oído. Y seguro que las señoritas Fishburn estarán allí, de modo que dile a Donkin que te vaya cortando lo que es propiamente la capa, y que el domingo ya le dirás si la quieres con capucha o suelta por detrás.

—¿Me acompañas un tramo hasta casa? —dijo Sylvia al ver la luz del ocaso cada vez más carmesí a través de los árboles que se iban oscureciendo.

—No puedo. Me gustaría, pero me queda mucho trabajo por hacer, pues las horas se te escurren entre los dedos y no sabes cómo. Nos vemos el domingo, pues. Estaré en los escalones de la cerca a la una en punto, y caminaremos despacio hasta la ciudad y nos fijaremos en cómo viste la gente, e iremos a la iglesia, diremos nuestras oraciones y luego echaremos un vistazo al funeral.

Y con este programa quedaron para el domingo siguiente, y esas dos chicas a quienes la vecindad y el tener una edad similar había obligado en cierta medida a ser amigas se separaron.

Sylvia se fue a casa a paso vivo, pues le parecía que había estado mucho rato fuera; su madre estaba esperándola en la pequeña loma que había a un lado de la casa, y con la mano se protegía la cara de los rayos de sol casi horizontales: pero en cuanto vio a su hija a lo lejos regresó a sus labores, fueran las que fuesen. No era una mujer de muchas palabras ni muy efusiva; pocos se hubieran imaginado, viéndola, lo mucho que quería a su hija; pero Sylvia no precisaba razonar ni observar para saber de manera instintiva que ocupaba el lugar de honor en el corazón de su madre.

Su padre y Donkin seguían igual que antes de que se marchara; hablando y discutiendo, el uno obligado a estar ocioso, y el otro cosiendo tan rápido como hablaba. Al parecer, no habían echado de menos a Sylvia; y tampoco a

su madre, que debía de estar ocupada en las labores que por la tarde había que hacer en la vaquería. Pero Sylvia había visto cómo aquella esperaba su regreso unos minutos antes, y muchas veces, en su vida posterior, cuando a nadie le importaran demasiado sus idas y venidas, la figura erguida de su madre, de cara al sol poniente, escrutando a través de sus rayos cegadores la figura de su niña, surgirían como una imagen vista de repente, cuyo recuerdo afligiría a Sylvia hasta lo más hondo con la sensación de una bienaventuranza perdida que no había valorado debidamente mientras la poseía.

—Bueno, padre, ¿cómo se encuentra? —preguntó Sylvia, acercándose a su silla y poniéndole una mano en el hombro.

—¡Vaya! ¿Qué te parece esta hija mía? Se cree que porque siempre está alborotando tengo que echarla de menos y lamentarme. Bueno, moza, Donkin y yo hemos tenido la conversación más sensata que he mantenido en muchos días. Le he enseñado muchas cosas, y él me ha hecho mucho bien. Y mañana, si Dios quiere y el tiempo mejora, podré dar un paseo.

—¡Sí! —dijo Donkin, con un deje de sarcasmo en la voz—. Tu padre y yo hemos resuelto muchos problemas. Lástima que el gobierno no haya estado presente para aprovechar nuestra sapiencia. Nos hemos librado de los impuestos y las patrullas de leva, y de muchas epidemias, y derrotado a los franceses... en nuestra imaginación, claro.

—Es increíble que esos tipos de Londres no se den cuenta de las cosas —replicó Daniel, de buena fe.

Sylvia no entendía mucho de política ni de impuestos —y hay que reconocer que la política y los impuestos eran lo mismo en su mente—, pero se dio cuenta de que su inocente plan de hacer venir a Donkin para que su padre tuviera a otra persona con quien hablar había funcionado; y con el corazón lleno de alegría salió corriendo de la casa para ir a buscar a Kester a fin de que este compartiera su alegría por el éxito obtenido, algo que no se atrevía a pedirle a su madre.

—¡Kester, Kester! —dijo, en un sonoro susurro; pero Kester estaba alimentando a los caballos, y a causa de las pisadas de estos en el suelo del establo al principio no la oyó. Sylvia se adentró un poco más en el establo—. ¡Kester! Papá está mucho mejor, mañana ya saldrá. Y todo gracias a Donkin. Estoy en deuda contigo por haber ido a buscarlo, así que intentaré sacarte unas pecheras de chaleco de la tela de mi nueva capa. ¿Te parece bien, Kester?

Kester asimiló lentamente la idea y la sopesó.

—No, chica —dijo lentamente tras pensárselo—. No soportaría verte llevar una capa que te va corta. Me gusta ver a una moza hermosa y elegante, y estar orgulloso de ella, y para mí sería un sufrimiento verte con una capa escasa, como si le hubieran cortado la cola a la vieja Moll. No, muchacha, yo ni siquiera tengo espejo para mirarme, así que ¿para qué quiero un chaleco? Guárdate la tela para ti, eres una buena chica; pero me alegro mucho por el patrón. La casa no es la misma cuando lo tenemos encerrado y malhumorado.

Kester tomó un manojito de paja y comenzó a frotar a la vieja yegua, y se puso a hablar entre dientes mientras trabajaba, como dando la conversación por terminada. Y Sylvia, que se había dejado llevar por el momentáneo fervor de su gratitud a la hora de hacer aquella generosa oferta, no lamentó verla rechazada, aunque tampoco dejó de pensar en cómo podría demostrarle su gratitud a Kester sin que eso implicara un gran sacrificio por su parte. Pues sacar tela de su capa para unas pecheras de chaleco para Kester la privaría de la agradable sensación de poder elegir un elegante modelo de capa al domingo siguiente en la iglesia de Monkshaven.

Aquel día tan esperado parecía no llegar nunca, tal como ocurre con los días muy esperados. El padre de Sylvia mejoraba lentamente, y su madre quedó muy contenta del trabajo del sastre, mostrando aquellos remiendos perfectos con el mismo orgullo con que muchas matronas exhiben hoy día su ropa nueva. Y el tiempo mejoró hasta ser casi estupendo para otoño, prácticamente un veranillo de San Martín en cuanto a los espléndidos colores que sacaba, y solo en la costa, a primera hora, las nieblas y brumas deslucían el esplendor del follaje. Y los grises plateados y pardos del paisaje de tierra adentro contribuían a esos días apacibles... unos días apacibles que, como veremos, solo presagiaban el brutal y tormentoso invierno que se avecinaba. Parece el momento adecuado para congregarse las fuerzas humanas y hacer frente a la inminente inclemencia, así como para almacenar la cosecha para el invierno. Los ancianos salen y toman el sol en ese tranquilo veranillo, sin temer al «calor del sol ni a las inminentes furias invernales^[7]», y podemos leer en sus ojos soñadores y pensativos que cada vez se van alejando más de la tierra, y que probablemente muchos jamás volverán a verla vestida con el esplendor del verano.

El domingo por la tarde que Sylvia había estado esperando con tanta ilusión, muchas personas de edad habían salido temprano para subir los largos tramos de escalones de piedra —desgastados por los pies de muchas

generaciones— que conducían a la iglesia parroquial, colocada sobre un otero, dominando la ciudad, en una enorme zona verde en la cumbre de la colina, que era el lugar donde se encontraban el río y el mar, por lo que desde allí podía verse tanto la ajetreada multitud de la pequeña ciudad, el puerto y los barcos, como el mar ancho e ilimitable del otro lado: dos tipos de vida y eternidad. La iglesia estaba muy bien ubicada, pues la torre de Saint Nicholas era lo primero que veían los marineros que volvían a casa. Y los que se dirigían hacia mares lejanos podían llevarse con ellos solemnes pensamientos que habían oído allí; quizá no pensamientos conscientes, sino esa convicción clara y vaga a la vez de que comprar y vender, comer y casarse, incluso la vida y la muerte, no eran la únicas realidades de la existencia. Y las palabras que acudían a su mente tampoco eran las de los sermones allí pronunciados, por impresionantes que fueran. Los marineros casi siempre dormían durante los sermones; a no ser que se narraran incidentes de los que ellos denominaban «discursos de funeral». Los marineros no reconocían sus defectos o tentaciones diarias bajo los rimbombantes nombres con que salían de la boca del pastor. Pero conocían las viejas y reiteradas plegarias para librarse de los familiares peligros del rayo y la tempestad; de la batalla, el asesinato y la muerte repentina^[8]; y todo el que partía era consciente de que dejaba atrás a alguien que seguiría rezando por él, en su viaje por tierra o por mar, y que no le olvidaría, y el que Dios les escuchara les señalaba como sus protegidos.

Ahí también yacían los difuntos de generaciones anteriores; pues Saint Nicholas había sido la iglesia parroquial desde que Monkshaven se convirtiera en población, y en el inmenso camposanto abundaban los muertos. Propietarios, marineros, armadores, navegantes: resultaba curiosa la ausencia de otros oficios en aquella llanura llena de tumbas verticales. Aquí y allá se veían piedras conmemorativas colocadas por algún miembro aún vivo de una familia numerosa, de la que casi todos los miembros habían perecido en el mar: «Supuestamente fallecido en los mares de Groenlandia», «Naufragio en el Báltico», «Ahogado en las costas de Islandia». Reinaba una extraña sensación, como si los fríos vientos del mar hubieran de traer con ellos los borrosos fantasmas de aquellos marineros perdidos, fallecidos lejos de sus hogares, y del terreno excavado donde yacían sus padres.

Cada uno de los tramos de escaleras que subían hasta la iglesia acababan en un pequeño espacio llano, sobre el que había un banco de madera. Aquel domingo todos esos bancos estaban ocupados de personas mayores, sin resuello después de la subida. La escalera de la iglesia podía verse desde casi

todos los puntos de la ciudad, y también las figuras de las numerosas personas que subían, menguadas en la distancia, hasta el punto de que parecía un concurrido hormiguero desde mucho antes de que la campana comenzara a sonar llamando para el servicio de la tarde. Todo aquel que había podido se había puesto alguna prenda negra en señal de duelo. A veces era muy poco; una vieja cinta, un viejo brazalete negro; pero todos mostraban alguna señal de duelo, hasta los niños que iban en brazos de sus madres, que de manera inocente agarraban la ramilla de romero que iba a ser arrojada a la tumba como recuerdo. Darley, el marinero tiroteado por la patrulla a nueve leguas de Saint Abb, iba a ser enterrado hoy, a la hora a que acostumbraban a ser los funerales de las clases más pobres, justo después del servicio de la tarde, y solo los enfermos y quienes les atendían no habían acudido a presentar sus respetos al hombre que todos consideraban una víctima de asesinato. Los barcos que había anclados en el puerto llevaban todos la bandera a medio mástil, y la muchedumbre se encaminaba hacia la calle Mayor. Los habitantes de Monkshaven, indignados porque sus barcos se hubieran visto asaltados de ese modo, experimentaban una profunda simpatía por la familia que había perdido un hijo y hermano cuando ya estaba a punto de llegar a casa, y acudieron en número extraordinario: no le faltaban modelos a Sylvia, pero sus pensamientos estaban lejos de la moda, centrados en cosas más pertinentes. La insólita seriedad y solemnidad visible en todas las caras que conocía la afectaba y llenaba de respeto. No respondía a los comentarios de Molly cuando esta le señalaba algún vestido o el aspecto de las mujeres que más le gustaba. Esos comentarios la crispaban y casi la llenaban de irritación, pues Molly había venido hasta la iglesia de Monkshaven para serle útil a Sylvia, y merecía por tanto tolerancia. Las dos subieron los escalones junto con muchas otras personas; se oían pocas palabras, incluso en las mesetas donde la gente se detenía a recobrar el aliento, tan a menudo un centro de chismorreos. Ni una vela se veía mar adentro, parecía sin vida, como en seria concordancia con lo que ocurría en el interior.

La iglesia era un ejemplo de antigua arquitectura normanda; de poca altura y maciza por fuera, el vasto espacio interior solo se llenaba en una cuarta parte los domingos normales. Las paredes estaban desfiguradas por lápidas de mármol blanco y negro entremezcladas, y por la ornamentación habitual de ese tipo de placas conmemorativas típica del siglo pasado, con sauces llorones, urnas, y figuras lánguidas, y de vez en cuando aparecía un barco con el velamen desplegado, o un ánora, donde la idea del mar, imperante en toda la iglesia, se había permitido una pequeña originalidad. No

había tallas en madera; la iglesia había sido despojada de todas las que contenía, cosa que probablemente ocurrió cuando el vecino monasterio fue destruido. Había unos reservados con grandes asientos cuadrados, forrados de paño verde, con los nombres de las familias de los armadores más prósperos pintadas de blanco sobre las puertas, y otros, no tan grandes, y sin forro, para los granjeros y tenderos de la parroquia, y numerosos bancos de roble macizo que podían acercarse lo bastante al púlpito para oír el servicio si varios hombres unían sus fuerzas para arrastrarlos. Cuando Molly y Sylvia entraron los estaban transportando a ese fin, y estas, tras susurrarse un par de frases, tomaron asiento en uno de ellos.

El vicario de Monkshaven era un hombre afable, pacífico, que por encima de todas las cosas detestaba los conflictos y las aguas turbulentas. En teoría era un vehemente conservador, lo más conveniente en aquella época. Sus principales enemigos eran los franceses y los disidentes protestantes. Era difícil decidir de cuál de los dos tenía peor opinión y a cuál temía más. Quizá se llevaban la palma los disidentes, pues estaban más en contacto con él que los franceses; además, los franceses tenían la excusa de que eran papistas, mientras que los disidentes podrían haber pertenecido a la Iglesia de Inglaterra de no haber caído en la absoluta depravación. Sin embargo, en la práctica el doctor Wilson no ponía ninguna objeción a cenar con el señor Fishburn, que era amigo personal y seguidor de Wesley^[9], pero, como solía decir el doctor: «Wesley fue a Oxford, y eso le convierte en un caballero; y fue ordenado ministro de la Iglesia de Inglaterra, por lo que la gracia nunca puede abandonarle del todo». Pero no sé qué excusa habría alegado para enviarle caldo y verduras al viejo Ralph Thompson, un virulento miembro de la secta de los Independientes, que lanzaba improperios contra la Iglesia y el vicario desde un púlpito disidente, siempre y cuando tuviera fuerzas para subir las escaleras. Sin embargo, la incoherencia entre la práctica y la teoría del doctor Wilson no era generalmente conocida en Monkshaven, por lo que no vamos a entrar en ese asunto.

Durante toda la semana, el doctor Wilson había tenido ante sí una difícil papeleta, y también que escribir un sermón que le había hecho sudar. El Darley que habían matado era hijo del jardinero del vicario, y las simpatías del doctor Wilson, como hombre, habían estado de parte del desconsolado padre. Pero al mismo tiempo, en su condición de juez de paz más antiguo de la zona, había recibido una carta del capitán del *Aurora* en la que este le explicaba lo ocurrido y se exculpaba. Darley se había resistido a las órdenes de un oficial al servicio de Su Majestad. ¿Qué sería de la debida

subordinación y lealtad, y de los deberes militares, y de nuestras opciones de derrotar a esos condenados franceses, si se alentaban comportamientos como los de Darley? (¡Pobre Darley, tanto le daban ahora las dañinas consecuencias de los comportamientos humanos!)

De modo que el vicario farfulló rápidamente un sermón basado en el texto «En mitad de la vida estamos en la muerte», que tanto podía haber servido para un bebé fallecido a causa de una convulsión como para un hombre robusto tiroteado con la sangre hirviendo en su interior por unos hombres igualmente acalorados. Pero en cuanto la mirada del doctor se posó en los ojos levantados y escrutadores del padre de Darley, que con toda su alma se esforzaba por encontrar un poco de consuelo en medio de aquellas palabras que no querían decir nada, la conciencia le remordió. ¿Nada tenía que decir para calmar la cólera y la sed de venganza con su poder espiritual? ¿Ningún consuelo que convirtiera aquella aflicción en resignación? Pero de nuevo se le presentó la desavenencia entre las leyes del hombre y las leyes de Cristo, y renunció a cualquier intento de hacer más de lo que hacía, como si estuviera fuera de su alcance. Aunque los que escucharon el sermón se fueron de la iglesia tan furiosos como habían entrado, y alguno experimentó una cierta decepción con lo que le ofrecieron, no obstante ninguno sintió otra cosa que afecto hacia el anciano vicario. La vida sencilla y feliz que había llevado entre ellos durante cuarenta años, siempre abierta a todos los hombres en su diario discurrir; su temperamento cordial y amable; su sentido práctico, le habían granjeado el aprecio de todo el mundo, y su talento como pastor no era lo que más preocupaba ni a él ni a sus feligreses. Todo lo que le importaba al pastor era el respeto hacia su oficio; y eso era algo que obtenía por tradición y herencia. Cuando miramos en retrospectiva el siglo pasado, parece curioso comprobar la poca capacidad que tenía nuestros ancestros de ver el mundo en perspectiva, y darse cuenta de si sus elementos estaban o no en concordancia. ¿Es porque estamos ya lejos de esos tiempos y, en consecuencias, tenemos unas miras más amplias? Y nuestros descendientes, ¿también se asombrarán de nuestra inconsistencia, igual que nos ocurre con nuestros antepasados, o se sorprenderán ante nuestra ceguera, que nosotros no percibimos, y que hace que, teniendo determinadas opiniones, obremos de un modo divergente, o que la consecuencia lógica de ciertas opiniones sean convicciones que en el presente consideramos aborrecibles? Parece desconcertante volver la mirada hacia hombres como nuestro vicario, que prácticamente era de la doctrina de que el rey no podía equivocarse, y que, no obstante, siempre estaba dispuesto a hablar de la gloriosa Revolución^[10], y llenar de improperios a los Estuardo

por ser de la misma opinión e intentar llevarla a la práctica. Pero estas discrepancias no eran ajenas a las vidas de los hombres de aquellos días. Suerte tenemos nosotros de vivir en la época presente, en la que todo es lógico y coherente. Esta breve discusión debería haber tenido lugar en el sermón del doctor Wilson, del cual, media hora después de haber sido pronunciado, nadie recordaba nada más que el texto. Ni siquiera el mismísimo doctor recordaba lo que había dicho cuando, tras haberse quitado la sotana y puesto el sobrepelliz, salió de la penumbra de su sacristía y se dirigió a la puerta de la iglesia, desde donde podía ver la luz que se derramaba sobre la llanura del camposanto, por encima de los acantilados; pues el sol aún no se había puesto, y la pálida luna ascendía lentamente a través de la bruma plateada que oscurecía los lejanos páramos. Había una densa multitud, inmóvil y callada, que apartaba la mirada de la iglesia y el vicario, quien esperaba que trajeran al muerto. El gentío contemplaba la lenta hilera negra que serpenteaba por aquella larga escalinata, parándose de vez en cuando para descansar de su carga, permaneciendo entre silenciosos grupos de gente en cada rellano; de vez en cuando quedaba invisible, tapada por un trecho de terreno que sobresalía, y de pronto volvían a emerger, cada vez más cerca; y por encima de sus cabezas la gran campana de la iglesia, con su inscripción medieval, familiar al vicario, si no a nadie más que la oyera: «A la tumba yo llamo a todos», seguía con su monótono repicar, y ningún otro sonido se interponía, ni procedente de tierra ni del mar, ni lejano, ni distante, a excepción del voznavar de los gansos en alguna lejana granja de los páramos, al volver al corral para pasar la noche; y ese único ruido, procedente de tan lejos, parecía agudizar aún más el silencio. Hubo un leve movimiento en la multitud; empujaron de lado a lado para dejar paso al cadáver y a quienes lo portaban, y todos aportaron su poquito de sitio.

Con la cabeza gacha, sin fuerzas, los que portaban el ataúd avanzaron; tras ellos ascendía el pobre jardinero, ya anciano, con una capa negro pardusca sobre su vestimenta habitual en señal de luto, y llevando del brazo a su mujer; los dos andaban con paso vacilante. Aquella tarde había ido a la iglesia con la promesa de que volvería para acompañarla al funeral de su primogénito; pues él, confuso y afligido como se encontraba, lleno de indignación y de muda cólera, creía que debía acudir a la iglesia y oír algo que exorcizara ese inusual anhelo de venganza que se inmiscuía en su dolor, y que le hacía comprender esa enorme falta de consuelo que origina la falta de fe. Pues en aquel momento él no tenía fe. ¿Cómo podía permitir Dios que los hombres cometieran esa cruel injusticia? Si lo permitía, no podía ser bueno. ¿Qué era

entonces la vida, y qué era la muerte, sino congoja y desesperación? Las hermosas y solemnes palabras del ritual le habían hecho bien, y había recuperado gran parte de su fe. Aunque seguía sin comprender por qué le había acontecido a él esa desgracia, había revivido en él parte de su fe infantil; y no dejaba de repetirse, como en un susurro, mientras subía las agotadoras escaleras, «Es la voluntad de Dios», y la repetición le aliviaba enormemente. Seguían a la pareja sus hijos, hombres y mujeres ya adultos, que habían venido desde las casas o granjas lejanas donde servían; los criados de la vicaría, y muchos vecinos, deseosos de expresar sus condolencias, y casi todos los marineros que tripulaban los barcos del puerto, se unieron a la procesión y acompañaron al difunto a la iglesia.

Había demasiada gente al otro lado de la puerta como para que Sylvia y Molly pudieran entrar de nuevo, por lo que se trasladaron al lugar donde esperaba la profunda fosa, ancha y ávida de recibir al cadáver. Allí, apoyados contra las lápidas, había mucha gente, con la mirada puesta en el mar ancho y plácido, la cara vuelta hacia el viento tenue y salobre que soplaba sobre sus ojos irritados y su cara rígida; pues ninguno decía palabra. Pensaban en la muerte violenta de aquel hombre, por quien ahora se estaban pronunciando solemnes palabras en la iglesia vieja y gris, que casi podían oír, y solo lo impedía el rítmico chapaleo de la marea, bajo los acantilados.

De pronto todos volvieron la cabeza hacia el sendero que llegaba de las escaleras de la iglesia. Dos marineros llevaban a una espectral figura que, con débiles movimientos, se acercaba a la tumba abierta.

—¡Es el arponero que intentó salvarle! ¡Es el que dieron por muerto! —murmuraba la gente.

—¡Es Charley Kinraid, como que yo soy una pecadora! —dijo Molly, avanzando para saludar a su primo.

Pero cuando llegó su primo, vio que la mera acción de caminar le consumía todas sus fuerzas. Los marineros, fuertemente solidarios, habían cedido a sus encendidas súplicas y le habían subido las escaleras casi en volandas a fin de que pudiera dar el último adiós a su compañero de navegación. Le colocaron cerca de una tumba, apoyado contra una losa; llegó poco antes que el vicario y aquella inmensa multitud salieran de la iglesia, siguiendo al cadáver hasta la fosa.

Sylvia estaba tan impresionada por la solemnidad de la ocasión que en un primer momento no se fijó en la figura pálida y demacrada que tenía delante; y mucho menos se dio cuenta de la presencia de su primo Philip, que ahora la

distinguía por vez primera entre la multitud, y se abría paso hasta ella con la intención de ofrecerle compañía y protección.

Mientras proseguía la ceremonia, las dos chicas dejaban escapar unos sollozos mal reprimidos, que fueron casi los primeros entre el gentío, hasta que poco a poco el llanto y los lamentos se generalizaron. A Sylvia las lágrimas le caían por la cara, y su aflicción era tan evidente que llamaba la atención de muchos de los más allegados del difunto. Entre las demás personas que la observaron se hallaba el primer arponero, que no podía apartar sus ojos hundidos de aquella cara inocente, infantil y lozana que tenía delante, y se preguntó si sería pariente; no obstante, al ver que ella no llevaba ninguna señal de duelo, concluyó que debía de tratarse de la enamorada del difunto.

Y enseguida todo acabó: sonó la lluvia de tierra sobre el ataúd; la última larga e interminable mirada de los amigos y seres queridos; los que habían tenido la suerte de traer ramillas de romero las arrojaban en la fosa —¡y cómo deseó Sylvia haberse acordado de ese último gesto de respeto!—, y, lentamente, el borde exterior de la multitud comenzó a hacerse menos numeroso y desaparecer.

Ahora Philip le decía a Sylvia:

—Jamás habría pensado que te encontraría aquí. Creía que mi tía siempre iba a Kirk Moorside.

—He venido con Molly Corney —dijo Sylvia—. Madre se ha quedado en casa con padre.

—¿Cómo va su reuma? —preguntó Philip.

Pero en aquel momento Molly le cogió la mano a Sylvia y le dijo:

—Quiero ir un momento a hablar con Charley. Mamá se alegrará de saber que ya ha salido a la calle, aunque desde luego da la impresión de que estaría mejor en la cama. Vamos, Sylvia.

Y Philip, que deseaba estar con Sylvia, tuvo que seguir a las dos chicas hasta llegar junto al arponero, que se preparaba para su lenta y penosa caminata de regreso a sus aposentos. Se detuvo al ver a su prima.

—Vaya, Molly —dijo en un hilo de voz, alargando la mano, pero sus ojos se posaron en Sylvia, que iba detrás de su amiga, cuya cara manchada de lágrimas rebosaba tímida admiración por estar tan cerca del primer héroe que veía en su vida.

—Bueno, Charley, nada me ha impresionado tanto como cuando te he visto ahí, como un fantasma, apoyado contra una lápida. ¡Se te ve muy pálido!

—¡Ya lo creo que estoy pálido! —dijo él casi sin fuerzas.

—Espero que se mejore, señor —dijo Sylvia en voz baja, con ganas de hablarle, aunque asombrándose de su propia temeridad.

—Gracias, muchacha. Ya ha pasado lo peor.

Soltó un fuerte suspiro.

A continuación habló Philip.

—No le hacemos ningún bien teniéndolo aquí de pie mientras cae la noche, estando tan cansado.

E hizo ademán de dar media vuelta. Los dos marineros amigos de Kinraid suscribieron las palabras de Philip de manera tan imperiosa que, en cierto modo, Sylvia se dijo que la culpaban a ella por haberle hablado, lo que hizo que se sonrojase profundamente.

—Vendrás a Moss Brow para que te cuidemos, Charley —dijo Molly.

Sylvia hizo una femenina reverencia, dijo «Adiós» y se alejó, preguntándose cómo Molly era capaz de hablarle con tanta desenvoltura a un héroe; pero enseguida se dijo que era su primo, y probablemente su enamorado, y eso, claro, era otro cantar.

Mientras tanto, su primo no se alejaba de su lado.

A SOLAS. EL TESTAMENTO

—Y ahora cuéntame cómo están todos en tu casa —dijo Philip, que tenía la evidente intención de acompañar a las chicas en su regreso.

Normalmente iba a Haytersbank todos los domingos por la tarde, de manera que Sylvia sabía que tarde o temprano tendría que tenerle de acompañante en el camposanto.

—Mi padre se ha pasado toda la semana con reuma, pero ahora ya está mucho mejor, te agradezco enormemente tu interés. —A continuación, dirigiéndose a Molly, preguntó—: ¿Tu primo tiene algún médico que le atienda?

—¡Desde luego! —replicó Molly de inmediato; pues aunque no tenía ni la menor idea, estaba resuelta a suponer que su primo disponía de todo lo que le corresponde a un herido y a un héroe—. Es un hombre con posibles, y puede permitirse todo lo que necesita —añadió—. Su padre, que era granjero en Northumberland, le dejó algún dinero, y se le considera el mejor arponero que ha existido, por lo que puede pedir el salario que quiera además de un porcentaje por cada ballena que arponea.

—Pues imagino que tendrá que desaparecer del mapa por una buena temporada —dijo Philip.

—¿Y eso por qué? —preguntó Molly, que jamás había sentido la menor simpatía por Philip, y que ahora solo esperaba a que dijera algo desdeñoso de su primo para plantarle cara.

—Bueno, se cuenta que cuando disparó mató a algunos miembros de la tripulación de la fragata de guerra, por lo que, naturalmente, tendrá que ir a juicio si le cogen.

—¡Hay que ver qué mentiras cuenta la gente! —exclamó Molly—. Jamás ha matado otra cosa que ballenas, estoy segura; y si lo hizo, bien hecho está, pues querían llevárselo a él y a otros marineros, y mataron al pobre Darley, a quien acabamos de ver enterrar. Y supongo que, ya que eres un cuáquero, si alguien apareciera del otro lado del dique con la intención de matar a Sylvia o a mí, te quedarías de brazos cruzados.

—Pero la patrulla tenía a la ley de su parte, y autorización para actuar como lo hizo.

—La gabarra de la patrulla ha desaparecido, como si estuvieran avergonzados de lo que han hecho —dijo Sylvia—, y han arriado la bandera de la posada. Me parece que tardará un tiempo en volver.

—Padre dice que no —añadió Molly—, que han exaltado demasiado los ánimos para poder quedarse, y han querido imponerse demasiado por la fuerza llevándose a los pobres marineros que vuelven de los mares de Groenlandia. La gente está tan furiosa que les plantaría cara en las calles, y también los mataría si, como hicieron los hombres del *Aurora*, utilizaran armas de fuego.

—A las mujeres les encanta el derramamiento de sangre —dijo Philip—, pues nadie que te oyera hablar diría que vienes de llorar junto a la tumba de un hombre que ha muerto en un acto violento. Deberías darte cuenta de que los enfrentamientos solo traen dolor. Bueno, los soldados del *Aurora* a los que dicen que Kinraid mató tenían padres y madres, y probablemente estos también esperaban que sus hijos volvieran a casa.

—No creo que Kinraid haya matado a nadie —dijo Sylvia—, parecía muy buena persona.

Pero a Molly no le gustaba esa manera tan tibia de ver el caso.

—Pues yo creo que sí que los mató; no es de los que hacen las cosas a medias. Y creo que hizo bien, si quieres saber mi opinión.

—¿No es esa Hester, la que trabaja en la tienda de Foster? —preguntó Sylvia en voz baja al ver a una joven que subía los peldaños del murete de piedra que había junto al camino, y que de pronto aparecía ante ellas.

—Sí —dijo Philip—. Bueno, Hester, ¿dónde has estado? —preguntó cuando llegó junto a ellos.

Hester se sonrojó un poco, y a continuación replicó, de manera lenta y tranquila:

—He estado haciéndole compañía a Betsy Darley, que está postrada en la cama. Se sentía muy sola porque todos los demás estaban en el entierro.

E hizo ademán de seguir adelante; pero Sylvia, que ahora sentía una gran solidaridad hacia todos los parientes del difunto, quería hacerle más preguntas, y puso una mano en el brazo de Hester para detenerla un momento. Hester, de pronto, retrocedió, se sonrojó aún más y a continuación contestó con detalle y calma a todo lo que Sylvia le preguntó.

En las zonas agrícolas, y entre la clase social a la que pertenecían esas personas, se analizan poco las razones que les mueven a actuar, y se

comparan poco los caracteres y las acciones, incluso en la época actual de la Ilustración. Y menos aún ocurría hace sesenta o setenta años. No quiero decir que entre las personas serias y reflexivas no se leyeran en abundancia libros como el *Conocimiento de uno mismo* de Mason y la *Llamada* de Law^[11], ni que eso no ocurriera entre los wesleyanos, cuyas experiencias se relataban en sus reuniones para edificación de los oyentes. Pero, por regla general, hay que decir que pocas personas sabían qué clase de hombres eran, en comparación con el gran número de personas que hoy día son conscientes de sus virtudes, cualidades, defectos y debilidades, y que van por ahí comparándose con los demás, y no con un espíritu fariseo ni arrogante, sino con una viva conciencia de sí mismos que, más que otra cosa, priva a su naturaleza de frescura y originalidad.

Pero volvamos a las cuatro personas que hemos dejado en el sendero que discurre paralelo al camino de herradura que lleva a Haytersbank. En el corazón de Sylvia aún quedaba un rinconcillo de compasión para pensar «¡Qué buena es Hester al haberse quedado a hacerle compañía a la hermana de Darley, postrada en la cama!», sin reprocharle nada a su propia conducta al compararla con la de esa mujer que tanto apreciaba. Sylvia había ido a la iglesia con un objetivo puramente vanidoso, y se había quedado al funeral por curiosidad y por el placer que le proporcionaba toda aquella excitación. De esta manera, una joven de hoy día se habría censurado, y por tanto perdido la satisfacción sencilla y purificadora de admirar a otra.

Hester continuó su camino, descendiendo la colina que conducía a la ciudad. Los otros tres prosiguieron lentamente. Permanecieron unos minutos en silencio, hasta que Sylvia exclamó:

—¡Qué buena es!

Y Philip replicó, con pronto afecto:

—Sí que lo es; nadie sabe lo buena que es excepto nosotros, que vivimos en la misma casa que ella.

—Su madre es una cuáquera de toda la vida, ¿verdad? —preguntó Molly.

—Ya lo puedes decir —dijo Philip.

—¡Bueno, bueno! Algunas personas son especiales. ¿O acaso William Coulson te parece también un cuáquero de toda la vida?

—Sí; son todos muy buenas personas.

—¡Dios mío! Es asombroso que sea capaz de hablarnos a Sylvia y a mí después de frecuentar la compañía de gente tan bondadosa —exclamó Molly, que aún no había perdonado a Philip que pusiera en duda la capacidad de Kinraid de matar a cualquier hombre—. ¿No es verdad, Sylvia?

Pero Sylvia estaba demasiado alterada para bromear. Y aunque la idea principal que la había impulsado a ir a la iglesia había sido la de su futura capa, al final había acabado bajando las escaleras y sintiendo en su mente la presencia real de la vida y la muerte, mientras aquellas perdurables colinas, el eterno mar, dibujaban un fuerte contraste con aquel hombre que ya no existía. Había experimentado un solemne respeto hacia el lugar de descanso de las almas de los muertos, y un temor infantil a que el número de elegidos se completara antes de que ella pudiera ser incluida. Incapaz de imaginarse que nadie pudiera ser feliz después de haber asistido a un funeral, respondió con gravedad, un poco sin venir a cuento:

—Me pregunto si sería mejor persona de hacerme cuáquera.

—Pues cuando te hagas cuáquera me regalas tu capa escarlata, pues no te la dejarán llevar.

—A mí me parece que ya eres bastante buena —dijo Philip cariñosamente, al menos todo lo cariñosamente que se atrevió, pues sabía por experiencia que no convenía alarmar su timidez juvenil.

Una de las dos frases hizo callar a Sylvia; y ninguna de ellas se adaptaba a su estado de ánimo de aquel momento, por lo que quizá fueron las dos las que la hicieron callar.

—La gente dice que a William Coulson se le van los ojos detrás de Hester Rose —dijo Molly, siempre al tanto de los chismorreos de Monkshaven.

La frase fue una afirmación, pero la pronunció en tono de pregunta, y como tal la contestó Philip.

—Sí, creo que a William le gusta mucho; pero como nunca habla, no hay manera de estar seguro. Creo que John y Jeremiah verían con buenos ojos esa unión.

Entonces llegaron a los peldaños de la tapia que Philip llevaba observando ya unos minutos, aunque ni Sylvia ni Molly se habían dado cuenta de que estuvieran tan cerca; esos escalones conducían a Moss Brown y se apartaban del camino que se adentraba en los campos que descendían hasta Haytersbank. Ahí dejaron a Molly, y comenzaron ese delicioso paseo a solas que Philip siempre procuraba que durara lo más posible. Aquel día estaba ansioso por mostrarle lo mucho que la comprendía, siempre y cuando consiguiera saber lo que le pasaba por la cabeza; aunque ¿cómo iba a intuir la multitud de pensamientos confusos que se encerraban en aquel receptáculo invisible? La decisión de ser buena, si podía, y pensar siempre en la muerte, de manera que lo que ahora parecía simplemente imposible, pudiera llegar a ser cierto: que llegara a «temer la tumba tan poco como la cama^[12]»; un deseo

que, en la mente de Philip, no acababa de casar con ella; el interrogante de si el arponero había matado realmente a un hombre, una idea que la hacía estremecerse; pero a causa de la terrible fascinación que eso le provocaba, su imaginación no podía apartarse de esa figura alta y descarnada, y constantemente recordaba su pálido semblante; odio y deseo de venganza contra la patrulla de leva, tan vehemente que se enfrentaba a su intención de querer ser buena; todas estas ideas, interrogantes y fantasías giraban como un torbellino en la mente de Sylvia, y alguna de ellas le hizo preguntar:

—¿A cuántas millas están los mares de Groenlandia? Me refiero a cuánto tardan en llegar.

—No lo sé; diez, quince días. Puede que más. Lo preguntaré.

—Oh, padre me lo dirá con exactitud. Ha estado allí muchas veces.

—Escucha, Sylvia. Me ha dicho mi tía que este invierno tengo que darte clases de escribir y sumar. Podemos empezar enseguida, digamos dos tardes por semana. Cuando pasa noviembre la tienda cierra un poco antes.

A Sylvia no le gustaba aprender, y no quería a su primo de profesor; de modo que le respondió en un tono un tanto seco:

—Gastaríamos muchas velas; a madre no le gustará. Soy incapaz de aprender las letras si no tengo una vela al lado.

—No te preocupes por las velas. Yo traeré una, pues si no estoy en tu casa estaré consumiendo una en casa de Alice Rose.

De nada le servía a Sylvia esa excusa. Se devanó los sesos buscando otra.

—Si escribo me dan calambres en la mano, y al día siguiente no puedo coser, y padre necesita sus camisas urgentemente.

—Pero Sylvia, puedo enseñarte geografía; siempre se aprenden cosas muy interesantes de los países, y a entender los mapas.

—¿Salen en los mapas los mares árticos? —preguntó Sylvia en un tono más interesado.

—¡Claro! Los mares árticos, y los trópicos, y el ecuador, y la línea equinoccial; les haremos dar vueltas y vueltas; una noche haremos escritura y sumas, y otra geografía.

A Philip le encantaba la perspectiva, pero Sylvia volvió a mostrarse indiferente.

—Yo no soy aplicada; enseñarme es perder el tiempo, pues con los libros soy una cateta. Pero ahí tienes a Betsy Corney, la tercera chica de la familia. Es más joven que Molly. Con ella no perderás el tiempo. Nunca ha habido una muchacha a la que le interesen más los libros.

De haber estado de mejor humor, Philip habría fingido prestar atención a la propuesta de un cambio de alumno, y posiblemente luego Sylvia se habría arrepentido de haberla hecho. Pero aquellas palabras le habían mortificado demasiado para mostrarse diplomático.

—Mi tía me pidió que te diera clases a ti, no a la hija de tu vecina.

—¡Bueno! Pues si tengo que aprender, aprenderé; pero preferiría que me dieran una azotaina y haberlo pasado —fue la poco cortés réplica de Sylvia.

Un momento después, Sylvia se arrepintió de haberse mostrado tan desabrida, y se dijo que no le gustaría morir esa noche sin haberse reconciliado con su primo. La muerte repentina estaba muy presente en sus pensamientos desde el funeral. De modo que, de manera instintiva, eligió el mejor método para reconciliarse con él, y deslizó su mano dentro de la de su primo, quien caminaba enfurruñado a su lado. Sin embargo, como él la sujetara con fuerza, Sylvia temió no poder sacarla sin armar lo que su mente calificaba de «lío». Y así fue como, de la mano, los dos llegaron en silencio, lentamente, hasta la puerta de Haytersbank Farm; Bell Robson los vio; estaba sentada junto a la ventana con la Biblia abierta sobre las rodillas. Había leído un capítulo en voz alta, y ahora, aunque hubiera querido seguir leyendo, ya no había luz suficiente; pero contemplaba la atmósfera casi oscura, y cuando vio aparecer a los dos primos un tenue gesto de satisfacción se esbozó en su cara, como si la iluminara la luna.

«Es por lo que rezo día y noche», se dijo.

Pero, como de costumbre, no había alegría en su cara, mientras encendía la vela para darles una más cálida bienvenida.

—¿Dónde está padre? —dijo Sylvia, mirando alrededor en busca de Daniel.

—Ha ido a la iglesia de Kirk Moorside, a ver un poco de mundo, como dice él. Y luego a atender el ganado, pues Kester ha ido a divertirse un rato, ahora que tu padre está mejor.

—He estado hablando con Sylvia —dijo Philip, que no pensaba en otra cosa que su agradable plan; aún sentía un cosquilleo en la mano, después de haber tocado la de Sylvia— de hacerle de maestro. Podría venir un par de noches por semana a enseñarle a escribir y a sumar.

—Y geografía —intervino Sylvia.

«Pues —se dijo—, si voy a aprender cosas que me importan un pimiento, al menos aprenderé algo que me importe, como lo lejos que están los mares de Groenlandia y cómo son».

Esa misma noche, un trío parecido en muchas circunstancias exteriores estaba sentado en una pequeña y pulcra habitación de una casa que daba a un patio cerrado, situada sobre el lado más elevado de la calle Mayor de Monkshaven. Eran una madre, su única hija y el joven que en silencio amaba a esa hija y gozaba del favor de Alice Rose, pero no de Hester.

Cuando la joven regresó después de haber estado ausente toda la tarde, permaneció unos momentos en el breve tramo de empinados escalones, emblanquecidos hasta el color de la nieve; toda la casa compartía ese aspecto de irreprochable limpieza. La vivienda se hallaba empotrada en un espacio que precisaba de todo tipo de anómalas proyecciones e irregularidades a fin de obtener suficiente luz del exterior, y si había alguna casa cuyo enclave en un rincón sombrío y cerrado sirviera de disculpa a una eventual suciedad, esa era la de Alice Rose. Sin embargo, las pequeñas ventanas de cristales en forma de diamante estaban tan resplandecientes y limpias que un geranio de hojas dulces y perfumadas crecía y florecía, aunque no diera muchas flores. Las hojas parecieron llenar el aire de fragancia en cuanto Hester reunió energía suficiente para abrir la puerta. Quizá eso fue porque el joven cuáquero, William Coulson, aplastaba una entre el índice y el pulgar mientras esperaba para anotar las siguientes palabras de Alice. Pues la anciana, que daba la impresión de que aún le quedaban muchos años de vida, le dictaba solemnemente su última voluntad y testamento.

Alice llevaba muchos meses dándole vueltas a la idea, pues, aparte de los muebles de la casa, tenía bienes que legar. Algo —unas cuantas libras— estaba en manos de sus primos, John y Jeremiah Foster; y fueron estos quienes le sugirieron que llevara a cabo la tarea en que ahora estaba inmersa. Le había pedido a William Coulson que anotara sus última voluntades, y este había consentido, aunque con algo de temor e inquietud; pues le parecía estar invadiendo las prerrogativas de un abogado, y eso, por lo que sabía, podía hacerle incurrir en el delito de hacer testamentos sin licencia, al igual que se podía castigar a un hombre por vender vino y alcohol sin haber llenado los formularios legales preliminares que permiten esa venta. Pero cuando él le sugirió a Alice que llamara a un abogado, ella replicó:

—Eso me costaría cinco libras esterlinas; y tú puedes hacerlo igual de bien, solo tienes que escuchar mis palabras.

De modo que William, el sábado anterior, y siguiendo los deseos de su patrona, había comprado hojas de papel fino con ribete negro, y un par de buenas plumas; y mientras esperaba a que ella iniciara su dictado, muy serio,

y casi de manera inconsciente, había puesto la imponente rúbrica que había aprendido en la escuela, y que allí se llamaba alas de águila.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Alice, atenta de pronto a lo que él hacía.

Sin decir palabra, él le enseñó su obra.

—Eso es vanidad —dijo ella—, y podría invalidar el testamento. La gente podría pensar que no estaba en mi sano juicio si ven esas patas de mosca y telarañas en la parte de arriba. Escribe: «Esto lo he hecho yo, William Coulson, y nada tiene que ver con Alice Rose, que está en su sano juicio».

—No creo que haga falta —dijo William.

Sin embargo, anotó esas palabras.

—¿Has puesto que estoy en mi sano juicio y conservo mis siete sentidos? Luego pones el signo de la Santísima Trinidad y escribes: «En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo».

—¿Es esta la manera correcta de empezar un testamento? —dijo Coulson, un tanto perplejo.

—Mi padre, y el padre de mi padre, y mi marido, lo pusieron al comienzo del suyo, y no voy yo a dejar de imitarles, pues fueron hombres piadosos, aunque mi marido fuera de la fe episcopaliana.

—Ya está —dijo William.

—¿Has puesto la fecha? —preguntó Alice.

—No.

—Entonces pon que es el día tres del mes nueve. Bueno, ¿estás listo? Coulson asintió.

—Yo, Alice Rose, dejo mis muebles (es decir, mi cama y mi cómoda, pues tu cama y tus cosas son tuyas, y no mías), y mi banco con arcón, y mis cacharros, y mi tocador, y mi mesa, mi hervidor y todas las demás cosas, a mi leal y única hija Hester. Creo que lo mejor para ella es que se lo quede todo, ¿no te parece, William?

—Eso creo —dijo él sin dejar de escribir.

—Y a ti te dejo el rodillo y el cartón de hacer pasteles y pudines, pues ya sé que te gustan mucho. Le servirán a tu mujer cuando yo no esté, y confío en que sepa cuánto tiempo tiene que hervir el pudín, pues eso es un secreto mío, y tú no serás fácil de contentar.

—No estoy pensando en casarme —dijo William.

—Te casarás —dijo Alice—. Te gusta llegar a casa y encontrar el plato en la mesa, y quien mejor te sabrá complacer en eso será tu propia esposa.

—Sé quién podría complacerme —suspiró William—, pero yo no la complazco a ella.

Alice le lanzó una penetrante mirada por encima de sus lentes, que se había puesto para pensar mejor a quién legar sus pertenencias.

—Estás pensando en Hester —dijo ella, sin rodeos.

William dio un leve respingo, pero levantó los ojos y la miró fijamente.

—A Hester no le intereso lo más mínimo —dijo lleno de desánimo.

—Ten paciencia, muchacho —dijo Alice en tono amable—. Las jóvenes no siempre saben lo que quieren. Me llenaría de alegría que ella y tú os casarais; y hasta ahora el Señor ha sido muy bueno conmigo, por lo que creo que hará que se cumplan mis deseos. Pero no dejes que se te note tanto que te gusta. A veces pienso que se harta de tus miradas y de tus atenciones. Muéstrale tu corazón de hombre, y haz como si tuvieras muchas cosas en que pensar y poco tiempo para irle detrás, verás como entonces piensa más en ti. Y ahora afeita la pluma, que empezamos otra vez. Lego... ¿Has puesto «lego» al principio?

—No —dijo William mirando lo escrito—. ¡Usted no me dijo que pusiera «lego»!

—Entonces no será legal, y mis muebles serán llevados a Londres y subastados, y Hester se quedará sin nada.

—Puedo escribirlo encima —dijo William.

—Bueno, pues entonces escríbelo bien claro, y pon una raya debajo para que se vea que son mis palabras. ¿Ya lo has hecho? Entonces volvamos a empezar. Lego mi libro de sermones, encuadernado en buena piel de ternero, y que se halla en el tercer estante del armario de la esquina, a la derecha del hogar, a Philip Hepburn; pues creo que le gusta tanto leer sermones como a ti la pasta ligera y bien hervida, y me gustaría que ambos tuvierais algo que os guste para que os acordéis de mí. ¿Ya está? Vamos; y ahora para mis primos John y Jeremiah. Tienen todo lo que se puede desear en el mundo, pero les gustará lo que voy a dejarles, siempre y cuando se me ocurra qué podría gustarles. ¡Escucha! ¿No son esos los pasos de Hester? ¡Escóndelo todo, rápido! No quiero contarle lo que he estado haciendo, pues sé que la afligiría. Volveremos con ello el Primer Día^[13], nos llevará algunos sabats, y quizá se me acabe ocurriendo algo que pueda gustarles a mis primos John y Jeremiah.

Hester, como ya se ha mencionado, dejó pasar unos momentos antes de levantar el pasador de la puerta. Cuando entró no había ni rastro de recado de escribir; lo único que vio fue a William Coulson muy rojo, y aplastando y oliendo una hoja de geranio.

Hester entró con paso brioso, con la forzada alegría que había conseguido reunir mientras estaba ante la puerta. Pero se desvaneció tan rápidamente como el tenue rubor de sus mejillas; y la perspicaz mirada de su madre enseguida observó su taciturna expresión de desasosiego.

—Te había guardado un poco de té, pero no creo que esté muy bueno, pues ya ha pasado una hora desde que lo he preparado. Pobrecilla, tienes aspecto de necesitar una buena taza de té. ¿Tenías que ir precisamente tú a hacerle compañía a Betsy Darley? ¿Se encuentra mejor?

—Se lo ha tomado muy a pecho —dijo Hester, quitándose el sombrero, y plegando y alisando su capa antes de colocarla en el interior del arcón de roble en el que habitaba de domingo a domingo.

Mientras abría la tapa, surgió un dulce perfume de hojas secas de lavanda y rosa. William dio un paso adelante para sujetarle la tapa. Ella levantó la cabeza, le miró con unos ojos serenos, y le agradeció su cortesía. A continuación tomó un taburete bajo y se sentó junto al fuego, de espaldas a la ventana.

El hogar estaba tan immaculado como los escalones de entrada; todo el negror de la parrilla había sido lustrado hasta límites extremos; todas las partes de latón, como el asa del horno, relucían de bruñidas. Su madre colocó la pequeña tetera negra de barro, en la que el té se había estado haciendo, sobre la mesa, donde había tacitas y platillos ya puestos para cuatro personas, y un gran plato de pan en rebanadas y mantequilla. Se sentaron alrededor de la mesa, inclinaron la cabeza y se mantuvieron unos minutos en silencio.

Tras bendecir la mesa, y cuando ya estaban a punto de empezar a comer, Alice dijo, como sin premeditación, pero en realidad con un encogimiento de corazón producto de lo mucho que comprendía a su hija:

—Philip estaría sentado ahora con nosotros si te hubiera acompañado.

William levantó la mirada repentinamente hacia Hester; su madre procuró mirar hacia otro lado. Pero Hester replicó sin inmutarse:

—Ha ido a casa de su tía, la que vive en Haytersbank. Me lo he encontrado en lo alto del Brow, con su prima y Molly Corney.

—Va mucho por allí —dijo William.

—Sí —dijo Hester—. Es normal: él y su tía son de Carlisleway, y en estas tierras extrañas no tienen a nadie más.

—Lo he visto en el entierro de Darley —dijo William.

—No cabía la gente dentro de la iglesia —dijo Alice—. Era casi como cuando hay elecciones; yo acababa de venir de nuestra reunión cuando he visto a toda esa gente subiendo las escaleras. He visto al marinero que, según

dicen, utilizó la violencia y mató a alguien; parecía un fantasma, aunque no sé si por las heridas de su cuerpo o por la idea de haber pecado agitándose en su interior. Y cuando he vuelto me he puesto a leer la Biblia, y la gente volvía a sus casas, y los he oído pasar por delante de mi puerta durante más de un cuarto de hora.

—Dicen que Kinraid tiene postas y perdigones en el costado —dijo Hester.

—¿No será el mismo Charley Kinraid que conocí en Newcastle? —dijo William Coulson, cuya curiosidad se había despertado de pronto.

—No lo sé —replicó Hester—, le llaman simplemente Kinraid; y Betsy Darley dice que es el arponero más osado de todos los que surcan los mares de Groenlandia. Pero sí que ha estado en Newcastle, pues recuerdo que Betsy me dijo que su pobre hermano lo conoció allí.

—¿Y cómo le conociste? —preguntó Alice.

—Si es Charley no quiero verlo ni en pintura —dijo William—. Estuvo saliendo con mi pobre hermana, que no lleva muerta ni dos años, y de pronto la dejó y se fue con otra, y eso le partió el corazón.

—Pues ahora no creo que pueda seguir rompiendo corazones —dijo Alice—. Ha recibido un aviso del Señor. Si este lo ha llamado ya, nadie puede decirlo. Pero a mis ojos es como si hubiera sido llamado, y tuviera que acudir.

—Entonces allí se encontrará con mi hermana —dijo William de manera solemne—, y espero que el Señor le deje bien claro que fue él quien la mató, tan cierto como que él mató a un par de marineros; y si en ese otro lugar el asesinato provoca crujir de dientes, espero que él reciba su parte. Es una mala persona.

—Betsy dijo que era el mejor amigo de su hermano, y él ha prometido ir a verla, que será lo primero que haga en cuanto pueda salir a la calle.

Pero William simplemente negó con la cabeza y repitió sus últimas palabras:

—Es una mala persona, ya lo creo.

Cuando Philip volvió a casa aquel domingo por la noche, solo Alice estaba levantada para recibirle. En aquella casa la hora habitual de acostarse eran la nueve, y pasaban ya diez minutos de la hora; pero Alice se mostró contrariada y severa.

—Llegas tarde, muchacho —dijo cortante.

—Lo siento; hay un largo camino desde casa de mi tío, y creo que su reloj y el de aquí no marcan la misma hora —dijo, sacando su reloj para compararlo con la redonda cara de la luna que daba la hora en casa de Alice.

—No sé qué hora marca el reloj de tu tío, pero llegas tarde. Coge tu vela y vete.

Si Alice contestó a las «Buenas noches» de Philip, este no la oyó.

ATRACCIÓN Y REPULSIÓN

Pasaron dos semanas, y el invierno avanzaba con rápidas zancadas. En las granjas del desolado norte de Inglaterra había mucho que hacer antes de que noviembre dejara los caminos de herradura casi impracticables para esos caballos mal alimentados que tenían que arrastrar carros por ellos. Había que recoger la turba en los lejanos páramos, dejarla a secar, y luego llevarla a casa y amontonarla; había que almacenar el helecho pardusco para preparar el lecho de invierno para el ganado, pues la paja era escasa y cara en aquellas partes; incluso para los tejados se utilizaba el brezo. Había que salar la carne mientras se pudiera; pues, a falta de nabos y remolacha forrajera, se sacrificaban muchas vacas estériles en cuanto se acababa el forraje de verano; y las amas de casa eficientes ponían sus piernas de vaca en salazón antes de San Martín, el 11 de noviembre. Había que moler el maíz mientras aún pudiera llevarse al lejano molino; había que llenar de galletas de avena los estantes que colgaban en lo alto de la cocina. Y por último había que matar el cerdo después de la segunda helada. Pues en el norte tienen la idea de que el hielo que se guarda después de la primera helada se derretirá, y que la carne curada se pudrirá; la primera helada no sirve para nada, sino para tirarla, así es como lo expresan.

Después de esa fecha la gente podía tomarse un respiro. La casa había experimentado la última limpieza del otoño, y estaba resplandeciente de techo a suelo, de una punta a la otra. Ya se había traído la turba; el carbón se había subido de Monkshaven; la leña estaba almacenada; el maíz, molido; el cerdo, muerto, y los jamones y la cabeza y las manos estaban en salazón. El carnicero se había alegrado de poder llevarse las mejores partes de un cerdo cuidadosamente alimentado por la señora Robson; pero había una inusual abundancia en la despensa de Haytersbank; y mientras Bell la contemplaba una mañana, le dijo a su marido:

—Me pregunto si a ese pobre enfermo que tienen recuperándose en Moss Brow le apetecerían unas salchichas. Debo decir que estoy orgullosa de ellas,

pues están hechas a partir de una antigua receta de Cumberland que todavía no se conoce en Yorkshire.

—¡Siempre estás con lo bien que lo hacen todo en Cumberland! —dijo su marido, a quien no le desagradaba la idea, sin embargo—. Pero cuando uno está enfermo tiene sus caprichos, y a lo mejor a Kinraid le alegrará catar tus salchichas. He oído contar de algunos enfermos que les apetecía comer caracoles.

Quizá todo esto no fuera un halago. Pero Daniel añadió que no le importaría llevar las salchichas él mismo, pues ya era tarde para cualquier otra cosa. Sylvia deseaba acompañar a su padre, pero, sin saber muy bien por qué, no quería proponérselo. Hacia el crepúsculo se acercó a su madre para pedirle la llave del buró, que era el mueble más elegante de la casa, aunque se utilizara solo para guardar las mejores ropas de la familias, y también la ropa de cama que luego se utilizaría en el piso de arriba.

—¿Para qué quieres las llaves? —preguntó Bell.

—Solo quiero una de las servilletas de damasco.

—¿Las mejores servilletas, las que tejió mi madre?

—¡Sí! —dijo Sylvia, y se le subieron los colores—. Estaba pensando en con qué envolver las salchichas.

—Un trapo limpio de cocina les irá mejor —dijo Bell, preguntándose por qué a su hija le había dado por pensar en cómo envolver unas salchichas que eran para comer, y no para mirar, como si fueran un libro ilustrado. Y aún le hubiera extrañado más ver a Sylvia rondar los pequeños arriates de flores que había convencido a Kester de que le plantara en el lado soleado de la casa, y recoger unas margaritas, y el capullo de rosa de China que, por crecer junto a la chimenea de la cocina, había escapado a la helada; y luego, cuando su madre no miraba, abrió la tela que había dentro del cesto, y que contenía las salchichas, e introdujo dos huevos frescos, y colocó sus flores de otoño entre los pliegues de la tela.

Después de que Daniel, totalmente curado ya de su reumatismo, hubiera tomado su colación de la tarde (el té era un gusto que solo se daban los domingos), se preparó para ponerse en marcha hasta Moss Brow; pero mientras cogía su bastón vio la cara de Sylvia, e inconscientemente interpretó su mudo deseo.

—Señora —le dijo a su esposa—, la muchacha ya ha acabado sus tareas por hoy, ¿verdad? Creo que podría ponerse la capa y venir conmigo a ver a Molly; así me hará compañía.

Bell se lo pensó.

—Aún hay que hilar un poco de lana para tus medias; pero puede ir: puedo hacer un poco yo misma, y no hay más tareas por hoy.

—Pues vístete en un periquete y vámonos —dijo Daniel.

No hubo que decirle nada más a Sylvia. Bajó en un santiamén, se puso su capa nueva, roja y con capucha, y su cara asomó entre los pliegues de la prenda, resplandeciente y sonrojada.

—No deberías ponerte la capa nueva para ir de noche hasta Moss Brow —dijo Bell, negando con la cabeza.

—¿Me la quito y me pongo el chal? —preguntó Sylvia, un tanto compungida.

—¡No, vamos! No voy a esperar a que las mujeres se cambien de ropa y de opinión. ¡Venga, vamos, Lassie! —Esto último se lo dijo a su perro.

De modo que Sylvia partió con paso y corazón danzarines, aunque tuvo que reprimirlos para seguir el andar más sobrio que llevaba su padre. El cielo era claro y brillante gracias a la luz de miles de estrellas, la hierba crujía bajo sus pies a causa de la escarcha; y cuando llegaron a terreno más elevado, pudieron ver el mar oscuro extendiéndose a sus pies. La noche era silenciosa, aunque de vez en cuando se oía algún chasquido a lo lejos, que en aquella quietud sonaba cercano. Sylvia llevaba el cestillo, y semejaba Caperucita Roja. Su padre no tenía nada que decir, y no se esforzaba por dar conversación; pero Sylvia disfrutaba de sus propios pensamientos, y tener que hablar la habría molestado. El prolongado y monótono murmullo de las olas lejanas, a medida que la marea las acercaba; la acometida final de las aguas, y a continuación el ruido de su retirada, como si cayeran por un desagüe y solo quedara al final un hilillo, mientras las aguas frustradas caían de nuevo sobre los guijarros y bordeaban las arenas y las separaban de los acantilados; el paso rítmico de su padre, y sus movimientos lentos, regulares; el correteo de Lassie: todo ello arrullaba a Sylvia hasta sumirla en un ensueño, del que no le quedó ningún recuerdo claro. Pero al final llegaron a Moss Brow, y con un repentino suspiro Sylvia abandonó sus ensoñaciones y siguió a su padre hasta la gran casa. De noche tenía un aspecto más acogedor que de día. Siempre había un fuego que lindaba con el derroche, y las llamas bailarinas y la luz de las velas dejaban en sombras gran parte de lo que más valía ignorar de aquella desordenada familia. Pero siempre recibían a los amigos con los brazos abiertos, aunque su bienvenida nunca fuera muy fina; y tras haberse saludado, las siguientes palabras surgieron de manera igualmente natural en la mente de la señora Corney.

—Bueno, ¿qué me cuentas? Mi marido se enfadará cuando se entere de que has venido mientras él estaba fuera. Ha ido a Horncastle a vender algunos potros, y no volverá hasta mañana por la noche. Pero tenemos aquí a Charley Kinraid, al que estamos cuidando un poco, y los chicos volverán de Monkshaven en un abrir y cerrar de ojos.

Todo esto se lo estaba diciendo a Daniel, de quien sabía que solo le interesaba la compañía masculina. Entre gentes sin estudios —cuyo ámbito de intereses no va más allá de las peripecias cotidianas— es natural que cuando se apagan los primeros rubores e ímpetus de la juventud no se halle satisfacción en conversar con el otro sexo. Los hombres tienen mucho de que hablar con los hombres, cosas que en su opinión (obtenida de la tradición y la experiencia) las mujeres no pueden comprender; y los granjeros de una época muy posterior a la que estoy relatando aquí habrían considerado como un pérdida de tiempo hablar con las mujeres; de hecho, solían mostrarse más comunicativos con el perro pastor que les acompañaba durante las tareas diarias, que solía convertirse en una especie de mudo confidente. Lassie, la perra del granjero Robson, ahora estaba a los pies de su amo, con el hocico entre las patas, y observaba con ojos atentos los preparativos de un refrigerio; preparativos que, para decepción de su corazón canino, consistían exclusivamente en vasos y azúcar.

—¿Dónde está mi niña? —dijo Robson tras haberle estrechado la mano a Kinraid e intercambiado unas cuantas palabras con él y la señora Corney—. Trae una cesta con salchichas. Las ha hecho mi esposa, que se da muy buena mano con las salchichas. En toda la comarca nadie las hace como ella, no me cabe duda.

Pues Daniel era capaz de alabar las virtudes de su esposa cuando esta estaba ausente, aunque nunca hablara de manera igualmente elogiosa cuando ella podía oírle. Pero la viva perspicacia de Sylvia comprendió que la señora Corney podría malinterpretar aquella exaltación de las virtudes domésticas de su madre, y saliendo de entre las sombras, dijo:

—Madre ha pensado que como ustedes aún no han matado el cerdo, y las salchichas siempre le apetecen a un hombre que no se encuentra bien, y...

Podía haber continuado, pero se dio cuenta de que los ojos de Kinraid la miraban con afectuosa admiración. Dejó de hablar, y la señora Corney tomó la palabra:

—En cuanto a las salchichas, este año no he podido hacer, de lo contrario podría compararlas con las de cualquiera. Los jamones de Yorkshire tienen fama, y no permitiré que ninguna otra mujer del condado diga que puede

hacer mejores salchichas que yo. Pero, como estaba diciendo, este año no he podido; pues nuestro cerdo, del que estaba tan orgullosa, que yo misma había cebado, y que ahora pesaría doscientos cuarenta kilos, onza más onza menos, pues lo conocía perfectamente, pues era un cerdo, puedo decir, que yo idolatraba, tuvo un síncope a finales de septiembre y murió, como para fastidiarme; y el otro que tengo no está listo para la matanza, ni lo estará hasta dentro de seis semanas. De modo que le estoy muy agradecida a su señora, y también Charley, estoy segura, aunque la verdad es que se encuentra muchísimo mejor desde que se vino aquí a que lo cuidáramos.

—Ya lo creo que he mejorado —dijo Kinraid—, y estoy listo para ir a dar caza a la patrulla.

—La gente comenta que se han ido de estas costas por una buena temporada —dijo Daniel.

—Se han marchado en dirección a Hull, me han dicho —contestó Kinraid—. Pero no abandonarán tan pronto. Volverán por aquí antes de que nos demos cuenta, uno de estos días.

—¡Fíjate en esto! —dijo Daniel, exhibiendo su mano mutilada—. De poco les serví en la guerra contra las colonias.

Y comenzó a contar la historia que Sylvia conocía perfectamente; pues su padre nunca hacía una nueva amistad sin relatarle lo de cuando se mutiló para huir de la leva. Y aquella mutilación, como él mismo habría confesado, le había fastidiado a él tanto como a los reclutadores, pues le había obligado a abandonar su vida en el mar. Y cualquier vida en la tierra, en comparación, era un absoluto aburrimiento. Pues en la jerarquía de a bordo, Robson jamás alcanzó un rango que le evitara tener que subir a las jarcias, o lanzar el arpón, o disparar un cañón; de modo que tuvo que dar gracias de que una oportuna herencia le permitiera convertirse en granjero, que en su opinión era una inmensa degradación. Pero los marineros, le dijo a Kinraid, siempre contaban con sus simpatías, e instó al arponero a ir a visitarle a Haytersbank siempre que le apeteciera durante el tiempo que se viera obligado a permanecer varado en tierra.

Sylvia, que aparentaba escuchar las confidencias de Molly, en realidad escuchaba la conversación entre su padre y el arponero, y prestó especial atención a la invitación que Daniel acababa de pronunciar:

Kinraid replicó:

—Le estoy muy agradecido, señor; es posible que pueda venir a pasar alguna velada con usted; pero en cuanto esté en condiciones de viajar, tendré

que ir a visitar a mi familia, que vive en Cullercoats, cerca de Newcastle-upon-Tyne.

—¡Bueno, bueno! —dijo Daniel, levantándose para marcharse, con inusual prudencia en cuanto a la cantidad de licor ingerida—. ¡Usted mismo! Yo estaré encantado de verle, si viene. No tengo ningún chaval con quien hablar, solo esta muchachita. ¡Sylvia, ven aquí, que te vea este joven!

Sylvia dio un par de pasos adelante, encarnada como una rosa, y en ese momento Kinraid la reconoció como la hermosa muchacha que lloraba tan amargamente sobre la tumba de Darley. El marinero se levantó en un gesto de cortesía, mientras Sylvia se acercaba tímidamente y se quedaba al lado de su padre, casi sin atreverse a levantar sus ojos grandes y amables para verle claramente la cara. Kinraid tuvo que sustentarse apoyando una mano en la mesa de la cocina, pero Sylvia se dio cuenta de que se encontraba mucho mejor —más joven, menos demacrado— de lo que le había parecido en un primer momento. Tenía la cara pequeña y expresiva; su tez había sido curtida y bronceada, aunque ahora se le viera tan pálido; tenía el pelo y los ojos oscuros: estos eran vivos, profundamente engastados y penetrantes; y los cabellos eran rizados, casi en tirabuzones. Al sonreírle, refulgieron sus dientes blancos, y fue una amistosa y agradable sonrisa de reconocimiento; pero ella simplemente se sonrojó aún más y agachó la cabeza.

—Vendré, señor, y le doy las gracias. Creo que me hará bien dar un paseo, si no llueve y se mantienen las heladas.

—Muy bien, muchacho —dijo Robson, estrechándole la mano.

A continuación Kinraid le tendió la mano a Sylvia, y esta no pudo evitar el mismo gesto amistoso.

Molly Corney la siguió hasta la puerta, y cuando se había alejado bastante de ella, retuvo un momento a Sylvia y le dijo:

—¿No es un hombre estupendo? Me alegra mucho que le hayas visto, pues la semana que viene se marcha rumbo a Newcastle.

—Pero ha dicho que vendría a vernos una noche de estas —exclamó Sylvia, casi asustada.

—Y lo hará, no temas. Me gustaría que le conocieras un poco. No es muy hablador. Le recordaré que vaya a verte.

De alguna manera, Sylvia se dijo que ese reiterado ofrecimiento de recordarle a Kinraid su promesa de ir a ver a su padre la privaba de parte de la satisfacción que había esperado obtener de su visita. No obstante, ¿podía haber algo más natural que Molly Corney deseara que su amiga trabara

conocimiento con el hombre que Sylvia seguía creyendo que era su prometido?

Con todos estos pensamientos en mente, la vuelta fue tan silenciosa como la ida. Lo único que cambiaba es que ahora andaban de cara a la brillante aurora boreal que centelleaba en el cielo, y que esa aparición, o alguna de las narraciones de la pesca de la ballena de Kinraid, hizo que Daniel Robson recordara una cancioncilla marinera que no dejó de cantar en un susurro, con una voz baja y poco musical, cuyo estribillo era: «¡Pues me gusta discutir!». Bell los recibió en la puerta.

—¡Bueno, ya estáis aquí! Ha venido Philip, Sylvie, para darte tu clase de sumas y restas; y se ha quedado un rato, pensando que volverías.

—Lo siento mucho —dijo Sylvia, más obedeciendo al tono enojado de su madre que porque le importara gran cosa la clase o la decepción de su primo.

—Ha dicho que volverá mañana por la noche. Pero debes estar más atenta, y acordarte de qué días va a venir, pues es un camino muy largo para recorrerlo por nada.

Sylvia bien podría haber repetido «Lo siento mucho» al enterarse de las intenciones de Philip; pero se contuvo, esperando con fervor en su fuero interno que Molly no instara al arponero a visitarles la noche siguiente, pues el que Philip estuviera en su casa lo estropearía todo; y además, si ella se sentaba en la mesa de la cocina para la clase, y Kinraid en la mesa con su padre, el arponero oiría la lección y averiguaría que era una cateta.

Pero no debía haberse preocupado. A la noche siguiente apareció Philip, pero no Kinraid. Tras cambiar unas breves palabras con la señora Robson, Philip sacó las velas prometidas, algunos libros y un par de plumas.

—¿Para qué has traído las velas? —preguntó Bell, medio ofendida.

Hepburn sonrió.

—Sylvia pensaba que gastaríamos muchas velas, y quería convertirlo en una excusa para no aprender. Igual usaría las velas si me quedara en casa, de modo que me las he traído.

—Pues ya te las puedes volver a llevar —dijo Bell en tono cortante, y apagando de un soplo la que Philip había encendido y colocando una de las suyas sobre la mesa de cocina.

Sylvia comprendió que su madre estaba disgustada, y eso la hizo mostrarse dócil toda la velada, aunque le guardó rencor a su primo por verse obligada a comportarse.

—Y ahora, Sylvia, aquí tienes este cuaderno de caligrafía con la Torre de Londres sobre la cubierta, y lo llenaremos de letras tan bien hechas como no

se han visto en la comarca.

Sylvia se quedó inmóvil, poco animada ante esa perspectiva.

—Y aquí tienes una pluma que casi escribe sola —añadió Philip para sacarla de su enfurruñamiento.

Luego la colocó en una posición correcta para escribir.

—No apoyes la cabeza sobre el brazo izquierdo, o nunca conseguirás escribir recto.

Sylvia cambió de postura, pero no dijo nada. Philip comenzó a enfadarse ante tan impenetrable mutismo.

—¿Estás cansada? —le preguntó él con una extraña mezcla de enfado y ternura.

—Sí, mucho —contestó ella.

—Pues no deberías estarlo —dijo Bell, que todavía no había superado aquella ofensa a su hospitalidad; que, además, apreciaba a su sobrino, y que, por añadidura, sentía un gran respeto por el saber que ella nunca había adquirido.

—¡Madre! —estalló Sylvia—. ¿De qué sirve llenar una página escribiendo «Abednego^[14]», «Abednego», «Abednego»? Si le viera alguna utilidad, le habría dicho a papá que me enviara a la escuela; pero no tengo ganas de aprender.

—Pero aprender es una buena cosa. Mi madre y mi abuela sabían leer y escribir: pero la familia fue a menos, y la madre de Philip y yo no pudimos aprender; pero estoy decidida a que tú te cultives un poco, niña.

—Tengo los dedos agarrotados —suplicó Sylvia, levantando un poco la mano y sacudiéndola.

—Hagamos un poco de ortografía, entonces —dijo Philip.

—¿Y para qué sirve? —preguntó Sylvia, capciosa.

—Bueno, le ayuda a uno a leer y a escribir.

—¿Y de qué le sirve a una saber leer y escribir?

Su madre le lanzó otra de esas severas miradas que, aunque era una mujer de pocas palabras, a veces dedicaba a la obstinada Sylvia, y esta tomó su cuaderno y observó la columna que Philip le señalaba; pero, como ella consideraba con razón, un hombre podía señalarle la tarea, pero veinte no podían hacerla aprender, si ella se oponía a ello; y se reclinó hacia atrás, apoyada en el borde de la mesa de la cocina, y miró indolente el fuego. Pero su madre apareció a su lado porque necesitaba algo de uno de los cajones de la mesa, y al pasar junto a su hija le dijo en voz baja:

—Sylvia, pórtate bien. Tengo mucho interés en que aprendas, y padre nunca te enviará a la escuela, pues me lo ha dejado bien claro.

Si Philip, que estaba sentado de espaldas a ellas, oyó estas palabras, fue lo bastante discreto como para no dejar entreverlo. Y esta fue su recompensa; durante un rato (bastante breve) Sylvia se puso en pie y permaneció a su lado con el libro en la mano, dispuesta a enfrentarse a la ortografía. Y él, de manera instintiva, también se puso en pie, y la escuchó decir lentamente las letras; y la ayudaba cada vez que ella se lo quedaba mirando con una perplejidad dulce e infantil en la cara: pues, en lo referente al saber de los libros, Sylvia seguía y probablemente iba a seguir en la ignorancia; y, a pesar del papel de maestro que ahora asumía, Philip Hepburn podría haberse hecho eco de las palabras de la amante de Jess MacFarlane:

*Le envié una carta a mi amor,
pero, ah, no sabe leer,
y aún la amo más por eso^[15].*

Sin embargo, sabía lo ilusionada que estaba su tía con que Sylvia aprendiera, y era delicioso mantener aquella relación de profesor y alumna con una muchacha tan querida y hermosa, aunque tan obstinada.

Quizá no era muy halagador observar la enorme alegría de Sylvia cuando se acababan las clases, tristemente abreviadas por el deseo de Philip de no mostrarse demasiado duro con ella. Sylvia bailaba alrededor de su madre, le echaba la cabeza hacia atrás y la besaba en la cara, y le decía a Philip en tono desafiante:

—Si alguna vez escribo una carta lo único que pondré en ella será «¡Abednego! ¡Abednego! ¡Abednego!»

Pero en aquel momento entró su padre, procedente de una lejana expedición a los páramos con Kester para atender a las ovejas que tenía paciando por allí, antes de que llegaran los rigores del invierno. Estaba cansado, y también Lassie, y también Kester, el cual, levantando sus pesadas piernas una tras otra, y alisándose el pelo, siguió a Daniel hasta la sala y se sentó en un banco situado al otro extremo de la mesa de la cocina, esperando pacientemente la cena de gachas y leche que compartía con su patrón. Sylvia, mientras tanto, convenció a Lassie —que tenía las patas doloridas— de que se le acercara, y le dio algo de comer, pero la criatura estaba tan cansada que casi no pudo probar bocado. Philip hizo ademán de marcharse, pero Daniel le hizo señas de que no se moviera.

—Siéntate, muchacho. En cuanto haya acabado de comer, quiero que me cuentes las últimas novedades.

Sylvia cogió su costura y se sentó a la mesa redonda junto a su madre, compartiendo la luz de una vela de sebo. Nadie habló. Todos estaban concentrados en lo que hacían. Y lo que hacía Philip era mirar a Sylvia: aprenderse su cara de memoria.

Cuando ya no quedó ni miga de gachas en el enorme cuenco, Kester bostezó, dio las buenas noches y se retiró al altillo situado sobre el establo. A continuación Philip sacó el periódico semanal de York y comenzó a leer las últimas crónicas de la guerra en la que combatía Inglaterra. Esto era uno de los mayores placeres de Daniel; pues aunque él sabía leer bastante bien, el doble esfuerzo de leer y entender lo que leía resultaba excesivo para él. Podía leer o entender lo que le leían en voz alta; leer no le proporcionaba ningún placer; escuchar, sí.

Además, tenía un interés muy patriotero en la guerra, aunque no supiera muy bien por qué combatían los ingleses. En aquellos días, sin embargo, siempre que se enfrentaran a los franceses por cualquier causa, o sin causa ninguna, todo auténtico patriota quedaba satisfecho. A Sylvia y a su madre tanto les daba la contienda; les interesaban más las noticias de York y el robo de unas manzanas de un jardín conocido de Scarborough que todas las batallas de Nelson.

Philip leía en un tono agudo y poco natural, que privaba a las palabras de realidad; pues incluso las expresiones familiares pueden volverse ajenas y no transmitir ninguna idea si se pronuncian de manera forzada o afectada. Philip era un tanto pedante; sin embargo, en su pedantería había una sencillez que no siempre se encuentra en los que son autodidactas, y que podría haber interesado a cualquier que sintiera curiosidad por la manera ardua y dificultosa con que había adquirido el saber que tanto valoraba; leía citas en latín con la misma facilidad que si estuvieran en inglés, y disfrutaba de pronunciar polisílabos, hasta que de pronto miró de soslayo a Sylvia, vio que tenía la cabeza echada hacia atrás, sus labios —tan hermosos y sonrosados— abiertos, los ojos completamente cerrados; en pocas palabras, estaba dormida.

—Vaya —dijo el granjero Robson—, casi me he quedado dormido oyéndote leer. Madre se enfadaría si te dijera que tienes derecho a un beso; pero cuando yo era joven besaba a toda chica guapa que veía durmiendo, antes de que pudieras decir Jesús.

Philip tembló al oír esas palabras, y miró a su tía. Esta no dejó entrever ninguna señal de aliento, y permaneció de pie, fingiendo no haber oído las

palabras de su marido. A continuación le tendió la mano y le dio las buenas noches. Con el ruido de las sillas arrastradas sobre las losas, Sylvia dio un respingo, perpleja y enojada ante las carcajadas de su padre.

—Vaya, chica, menudo momento para quedarse dormida cuando hay un joven que te ronda. Aquí tienes a Philip, a quien seguramente acabarás acompañando al altar.

Sylvia echó chispas por los ojos, se volvió hacia su madre para leer su rostro.

—Es solo una broma de papá, niña —dijo—. Philip sabe muy bien cómo comportarse.

—Más le vale —dijo Sylvia, lanzándole sus chispas—. Si me hubiera tocado, jamás habría vuelto a dirigirle la palabra. —Y puso una cara como si estuviese muy lejos de perdonarle.

—¡Bueno, chica! Hay que ver lo remilgadas que son hoy día las mozas. En mi época nadie se alteraba tanto por un beso.

—Buenas noches, Philip —dijo Bell Robson, a quien aquella conversación le parecía indecorosa.

—Buenas noches, tía. Buenas noches, Sylvia.

Pero Sylvia le dio la espalda, y apenas pudo decirle «Buenas noches» a Daniel, que había puesto tan desagradable final a una velada que antes de su aparición había ido estupendamente.

EL ARPONERO

Pocos días después, el granjero Robson dejó Haytersbank temprano para emprender un viaje de un día con la intención de comprar un caballo. Sylvia y su madre tenían cientos de tareas domésticas, y la oscuridad de principios de invierno caía sobre ellas antes de que se dieran cuenta. Las consecuencias de esa pronta noche en la zona eran que la familia se reunía en una habitación y se dedicaba a tareas sedentarias; y mucho más en la época en que transcurre mi historia, cuando las velas eran mucho más caras que ahora y se procuraba que una resultara bastante para toda una familia numerosa.

Cuando por fin se sentaron madre e hija, casi ni hablaron. El alegre chasquido de las agujas de hacer punto componían una agradable melodía hogareña; y cada vez que su madre echaba una cabezada, Sylvia oía el bramido de las olas bajo las rocas, pues el barranco de Haytersbank permitía que aquel rugido se oyera muchas millas tierra adentro. Debían de ser las ocho —aunque a causa del monótono transcurrir de la velada parecía mucho más tarde— cuando Sylvia oyó las poderosas pisadas de su padre por el sendero de guijarros. Pero lo más raro era que le oyó hablar con alguien.

Sintiendo curiosidad por saber quién era, y con un vivo e instintivo interés por cualquier suceso que rompiera aquella monotonía que comenzaba a encontrar aburrida, fue de un salto a abrir la puerta. Pero nada más echar un vistazo a la penumbra gris le entró un ataque de timidez, y se retiró tras la puerta mientras la abría para dejar paso a su padre y a Kinraid.

Daniel Robson entró alegre y bullanguero. Estaba satisfecho con su compra, y había tomado algunas copas para celebrarlo. Había cabalgado sobre su nueva yegua hasta Monkshaven, y la había dejado en la herrería hasta la mañana siguiente, para que le echaran un vistazo a las patas y la herraran. Mientras volvía de la ciudad se había encontrado con Kinraid, que daba vueltas en busca de Haytersbank Farm, y se lo había traído con él. Y ahí estaban los dos, dispuestos a tomar una colación de pan y queso y todo lo que la señora de la casa les pusiera delante.

Para Sylvia, la alegría y el jolgorio provocados súbitamente por la entrada de su padre y el arponero fueron como cuando, en una noche de invierno, entras en una sala donde un gran montón de carbón dormita caliente sobre el fuego; basta partirlo con un atinado golpe de atizador y la sala, antes oscura, triste y solitaria, se llena de vida, luz y calor.

Sylvia se movía por la estancia con una hermosa viveza doméstica, atendiendo a todos los deseos de su padre. Kinraid no la perdía de vista en sus idas y venidas, mientras entraba y salía de la despensa, de la trascocina, mientras se sumía en la penumbra o salía a la amplia luz del hogar donde podía verla y fijarse en su aspecto. Aquel día llevaba un gorro de hilo de copa alta, que remataba su hermosa profusión de cabellos castaño dorados, más que ocultarlos, y lo llevaba firmemente ajustado a la cabeza mediante una ancha cinta azul. Un largo rizo le colgaba a cada lado del cuello, o mejor dicho, de la garganta, pues llevaba el cuello cubierto por un pañuelo de topos cuidadosamente prendido con alfileres sobre la cintura de su bata de paño marrón.

Qué suerte, pensó la joven, haberse quitado la chaquetilla y las enaguas de lana basta que se ponía para trabajar, y haberse puesto esa bata de paño cuando se sentó a coser con su madre.

Cuando pudo volver a sentarse, su padre y Kinraid habían llenado sus vasos, y hablaban de los méritos de diversos tipos de alcohol; eso les llevó a relatar historias de contrabandistas, y las diversas estratagemas con que ellos o sus amigos habían eludido a los guardacostas; los relevos nocturnos de los hombres para llevar los bienes tierra adentro; los barriles de *brandy* encontrados por algunos granjeros cuyos caballos habían recorrido tantas millas por la noche que al día siguiente no podían trabajar; la astuta manera con la que ciertas mujeres conseguían traer bienes prohibidos; de hecho, cuando a una mujer le daba por dedicarse al contrabando, tenía más recursos, trucos, descaro y energía que cualquier hombre. Nadie se planteaba si era algo moral o inmoral; uno de los signos más distintivos del auténtico progreso logrado desde aquellos tiempos parece ser el que nuestras preocupaciones cotidianas de comprar y vender, comer y beber, todo lo que hacemos, se rigen más por los principios prácticos de nuestra religión que en la época de nuestros abuelos. Ni Sylvia ni su madre se adelantaban a su época. Las dos escuchaban con admiración las ingeniosas tretas, las mentiras dichas y hechas, que se mencionaban como algo excelso e ingenioso. No obstante, de haber intentado Sylvia el más mínimo engaño en su vida cotidiana, su madre habría sufrido un terrible disgusto. Pero en una época en la que el impuesto

sobre la sal se aplicaba de una manera tan estricta y cruel, y convertía en delito recoger sucios y toscos terrones que contenían pequeñas cantidades que a lo mejor eran arrojadas junto con las cenizas de las explotaciones de sal en los caminos de herradura; cuando el precio de este bien tan necesario aumentaba tanto por culpa de un impuesto que lo convertía en un lujo caro y casi inalcanzable para el trabajador, el gobierno hacía más para corromper la idea que tenía la gente de lo que era justo y recto que cualquier sermón. Y lo mismo, aunque en menor medida, era la consecuencia de otros muchos impuestos. Puede parecer curioso relacionar la noción popular de verdad con el sistema tributario; pero la idea no me parece tan descabellada.

No fue difícil pasar del contrabando a las historias de la vida de Robson, de su juventud como marinero en los mares de Groenlandia, y de Kinraid, ahora uno de los mejores arponeros de los balleneros que zarpaban de la costa.

—Tres cosas hay que temer sobre todo —dijo Robson en un tono de autoridad—. Una es el hielo, que es malo; otra es el mal tiempo, que es peor; y por último las propias ballenas, que son lo peor de todo; o al menos así era en mi época; es posible que esas malditas bestias hayan aprendido modales desde entonces. Cuando yo era joven, no había manera de que se dejaran arponear sin agitar y jugar con sus colas y aletas, hasta que el mar se transformaba en espuma, y las lanchas y sus tripulantes estaban totalmente salpicados, que en aquellas latitudes era una especie de ducha que nadie necesitaba.

—Las ballenas no han enmendado sus modales, como dice usted —dijo Kinraid—, pero el hielo es algo que tampoco hay que tomarse a la ligera. En una ocasión iba embarcado en el *John* de Hull, y estábamos en unas aguas tranquilas, persiguiendo decididos unas ballenas, y no hicimos caso de un iceberg gris e inmenso que había en la proa, a sotavento, a una milla de distancia; parecía que estuviera allí desde la época de Adán, y probablemente estaría cuando los hombres hubieran desaparecido de la faz de la tierra, y no se haría ni más grande ni más pequeña en miles y miles de años. Bueno, los balleneros se pusieron a perseguir un pez, y yo iba de arponero en uno; y tan ensimismados estábamos en coger la ballena que ninguno de nosotros se dio cuenta de que nos íbamos directos a la profunda sombra del iceberg. Pero ya estábamos encima de la ballena, y yo le lancé el arpón; y en cuanto estuvo muerta amarramos las aletas, y atamos la cola a nuestra lancha; a continuación respiramos y miramos alrededor, y a poca distancia estaban las demás lanchas, donde se agitaban otras dos ballenas, y tanto podía ser que se

soltaran como que no, pues puedo decir que yo era el mejor arponero a bordo del *John*, sin querer echarme flores. De modo que digo: «Muchachos, que uno de vosotros se quede en la lancha junto a ese animal» (cuyas aletas, como ya he dicho, había amarrado con una cuerda, y que estaba tan muerta como el abuelo de Noé), «mientras los demás nos vamos a ayudar a los de la otra lancha con su pez». Pues teníamos otra lancha al lado para barrer la ballena. Supongo que también barrían la ballena en su época, ¿verdad, señor?

—¡Ya lo creo! —dijo Robson—. Una lancha se queda al final de la estacha y la otra rodea al pez.

—¡Exacto! Pues fue una suerte para nosotros que tuviéramos la segunda lancha, pues todos nos metimos en ella. Nunca ninguno de nosotros se quedó en la otra. Y yo digo: «¿Quién quiere quedarse junto a la ballena muerta?». Y nadie respondió, pues todos tenían las mismas ganas que yo de ayudar a sus compañeros; y pensamos que podríamos regresar junto con nuestro pez muerto, pues la lancha nos servía de boya, una vez hubiéramos ayudado a nuestro compañero. De modo que nos pusimos a remar, sin faltar ni uno solo, y salimos de la sombra del iceberg, que estaba tan quieto como la estrella polar. ¡Bueno! No nos habíamos alejado ni doce brazas de la lancha cuando, ¡crac!, oímos una especie de rugido, y luego como si las aguas se tragaran algo, y luego surge un chorro de agua que nos ciega; y cuando nos hubimos limpiado los ojos, y el corazón nos hubo bajado de la garganta, ya no había lancha ni tampoco el reluciente vientre de la ballena que lo acompañaba; solo el iceberg estaba allí, quieto y lúgubre, como si una masa de cien toneladas o más hubiera caído sobre la lancha y lo hubiera aplastado, y también al pez, en el interior de las aguas profundas, como suele ocurrir en esas latitudes. Ya pueden venir los mineros de Newcastle a cavar en busca de nuestra lancha, pues no creo que ningún otro hombre la encuentre, ni a la ballena. Y le dejé clavado un cuchillo tan bueno como pocos se han visto.

—Pero gracias a Dios que nadie se había quedado en la lancha —dijo Bell.

—Bueno, señora, digo que todos hemos de morir de una manera u otra; y prefiero hundirme en alta mar que no que me sepulsen con tierra.

—Pero debe de estar muy frío —dijo Sylvia con un estremecimiento, y atizando un poco el fuego para avivar su fantasía.

—¡Frío! —exclamó su padre—. ¿Qué sabéis del frío los que os quedáis en casa? Si hubierais estado donde estuve yo una vez, a ochenta y un grados de latitud norte, y hacía tal frío que no recuerdo cosa igual, y ni siquiera estábamos en invierno, sino que era junio, y avistamos la ballena, y la

perseguimos en una lancha: una mala bestia, que en cuanto la hubimos arponeado comenzó a agitar la cola y le dio a la lancha por popa y me lanzó al agua. ¡Y estaba fría, ya lo creo! Primero me escoció todo el cuerpo, como si me arrancaran la piel: y luego me empezaron a doler todos los huesos, y sentí un gran estruendo en los oídos, y todo comenzó a darme vueltas ante los ojos; y los tripulantes de la lancha me lanzaban sus remos, y yo me agarraba a ellos, pero no sabía ni dónde estaba, el frío me impedía ver, y pensé que me había llegado ya «la hora de nuestra muerte, amén», e intenté recordar el Padrenuestro, como haría cualquier cristiano. Pero todo lo que me venía a la cabeza era «¿Quién es Dios?», y cuando ya me abandonaban las palabras y la vida, me subieron a bordo. Pero, que el Señor les bendiga, solo tenían un remo, pues habían arrojado los demás para que yo los cogiera; de modo que tardamos un rato antes de llegar a nuestro barco; y os digo que fue una hermosura verlo, pues mis ropas estaban tan congeladas como yo, y los cabellos se me habían vuelto un bloque de hielo, como el iceberg del que nos ha estado hablando; me frotaron igual que mi señora frotaba ayer los jamones, y me dieron *brandy*; y no me habría quitado el frío de los huesos de no ser por lo que me frotaron, y por el mucho *brandy* que he tomado desde entonces. ¡Y me habláis del frío! ¡Qué sabéis las mujeres del frío!

—¡Pero también hay lugares en los que hace mucho calor! —dijo Kinraid—. Una vez estuve en un barco que iba a América. Se dirigía hacia el sur, donde al final nos volvimos a encontrar con el frío. Se quedaron por allí tres años, y en invierno recalaban en alguna de las islas del Pacífico. Bueno, pues estábamos en los mares del sur, buscando alguna zona de ballenas; y, cerca del bao de babor, aparece una gran pared de hielo de quince metros de altura. Y dice nuestro capitán, que era un hombre de lo más temerario: «Habría alguna abertura en esa oscura pared gris, y por esa abertura nos meteremos, aunque tenga que rodearlo hasta el día del juicio». Pero, por mucho que lo rodeamos, no encontramos ninguna abertura. Las aguas se mecían debajo de nosotros, y el cielo estaba tranquilo; y el hielo se alzó de las aguas, y pareció llegar hasta el cielo. Seguimos navegando y navegando, no sé durante cuántos días. Nuestro capitán era un hombre extraño e insensato, pero recuerdo que en una ocasión subió a cubierta después de haber descansado y estaba un poco pálido, y entonces vio el hielo gris verdoso dirigiéndose directamente hacia nuestro bao. Muchos pensamos que el barco estaba embrujado a causa de las palabras del capitán; y nos pusimos a hablar bajito, y por las noches rezábamos, y un extraño silencio se apoderó del aire; nuestras voces ya no parecían las nuestras. Y seguimos navegando y navegando. De pronto, el

hombre que estaba de vigía lanzó un grito: vio una grieta en el hielo, cuando ya comenzábamos a pensar que aquello duraría para siempre; y todos nos reunimos en la proa, y el capitán le gritó al timonel que mantuviera el rumbo, y agachó la cabeza, y comenzó a caminar por el alcázar más animado. Y de pronto llegamos a una enorme brecha en aquella inacabable roca de hielo; y las paredes de aquella grieta no estaban quebradas, sino que eran perfectamente rectas. Pero no le echamos sino un vistazo a lo que había dentro, pues nuestro capitán, invocando a Dios con un grito, le dijo al timonel que pusieran rumbo norte, lejos de la boca del infierno. Todos lo vimos con nuestros propios ojos, dentro de aquella temible pared de hielo —de setenta millas de alto, puedo jurarlo—, del interior de ese hielo frío y gris, salían llamas, rojas y amarillas, y un calor que no era de este mundo salía de las mismísimas aguas del mar; y su fuego escarlata nos cegaba, y subía hasta gran altura, mucho más arriba que la pared de hielo, pero solo una pequeñísima parte de este se derretía. Decían que alguien, aparte de nuestro capitán, había visto a unos diablos negros yendo frenéticos de un lado a otro, más veloces que las propias llamas; fuera como fuese, *él* los vio. Y supo que era su propia temeridad la que nos había llevado a vislumbrar aquellos terrores que se prohíben a los hombres antes de que llegue su hora, y simplemente comenzó a languidecer, y tan solo habíamos pescado una ballena cuando nuestro capitán murió y el primer oficial tomó el mando. Fue un próspero viaje; pero, a pesar de todo, jamás volví a surcar aquellos mares, ni jamás me volví a embarcar rumbo a América.

—¡Bueno! Es impresionante pensar que estoy sentada con un hombre que ha visto la puerta del infierno —dijo Bell, aterrada.

Sylvia había dejado su labor sobre el regazo y miraba a Kinraid con fascinado asombro.

A Daniel le irritaba un poco la admiración que su esposa y su hija dedicaban a las maravillosas historias del arponero, así que dijo:

—Bueno, bueno. Si a mí me gustara hablar, le habría contado muchísimas más cosas. He visto unas cosas, y he hecho unas cosas.

—¡Cuéntanos, padre! —dijo Sylvia, ávida y sin aliento.

—Algunas no se pueden ni relatar —replicó—, y otras hay que rezar para que nunca te ocurran, pues son de las que te ponen en un aprieto. Pero, como ya he dicho, si se me pasara por la cabeza contar todo lo que me ha ocurrido, se os pondrían los pelos de punta dentro del gorro. Bueno, os contaré una pequeña parte, al menos. Tu madre, chica, ha oído contar algunas. ¿Te acuerdas de cuando una vez cabalgué a lomos de una ballena, Bell? Este

joven probablemente comprenderá lo peligroso que es. ¿Me lo has oído contar, verdad?

—Sí —dijo Bell—, pero de eso hace mucho tiempo, cuando cortejábamos.

—Ah, eso fue antes de que naciera nuestra hija, que ahora ya es casi una mujer. Pero desde entonces he estado demasiado ocupado para poder contarle historias a mi mujer, e imagino que ya las ha olvidado; y como Sylvia tampoco la ha oído, llene su copa, Kinraid, y se la contaré.

»Yo también era arponero, aunque posteriormente dirigí mis talentos hacia la rama contrabandista de mi profesión; pero una vez fui arponero del *Ainwell* de Whitby. En una ocasión estábamos anclados delante de las costas de Groenlandia, y llevábamos un cargamento de siete ballenas; pero nuestro capitán tenía muy buen ojo, y siempre estaba dispuesto a hacer lo que fuera, y en una ocasión ve una ballena y se sube a una lancha, y me hace señas a mí y a otro arponero, que estábamos en otra por diversión, para que le sigamos de cerca. Bueno, pues antes de habernos acercado a la ballena, el capitán ya la había arponeado, y va y dice: “¡Venga, Robson, prepárate! ¡Clávale tu arpón en cuanto vuelva a salir!”. Y yo me quedo de pie, la pierna derecha adelantada, el arpón a punto, y de pronto veo la ballena, pero ninguna aleta. Y no era de extrañar, pues la teníamos justo debajo de la lancha; y cuando quiso levantarse, qué hace esa maldita bestia sino lanzar su cabeza, que es como de hierro forjado, contra el fondo de nuestra lancha. Me lanzó al aire como si fuera una pluma, a mí, a mi estacha y mi arpón. Hacia arriba nos fuimos, y también la madera, y los demás compañeros; pero yo tenía que preocuparme de mí, y mientras estaba en el aire, antes de poder decir Jesús, pensaba que no me pasaría nada porque caería dentro del agua; pero lo que ocurrió fue que caí sobre la espalda de la ballena. ¡Ya puede abrir los ojos, ya, señor! Pero ahí estaba yo, y bien resbaladiza que era. Así que me cogí bien al arpón hasta que pude estabilizarme. Y miro a mi alrededor, sobre las vastas olas, y me mareo, y me pongo a rezar para que no se sumerja, y recé con todas mis fuerzas para que se cumpliera mi deseo igual que lo haría el pastor de Monkshaven. Bueno, supongo que mi oración fue escuchada, a pesar de que nos encontrábamos en las latitudes septentrionales, pues la ballena se quedó quieta, y yo también hacía lo que podía para no moverme; y ya lo creo que me estaba quieto, pues casi no podía moverme a causa de la estacha, que me tenía atado y no dejaba que me moviese. El capitán me grita que la corte, pero eso era muy fácil de decir, pero más difícil era conseguir sacar el cuchillo del bolsillo de los pantalones, ya que con la otra mano tenía que sujetarme

fuertemente a la espalda de la ballena, que nadaba a una velocidad de catorce nudos. Finalmente pienso que no me podré soltar, pues la estacha está sujeta al arpón, y el arpón a la ballena, y la ballena puede sumergirse a un montón de brazas si le da por ahí al animal; y el agua está fría; y no tengo ganas de ahogarme; pero no puedo desembarazarme del cable, y no puedo sacar el cuchillo de mis pantalones aunque el capitán me llamara amotinado por desobedecer sus órdenes, y el cable está sujeto al arpón... vemos si el arpón no se puede arrancar de la ballena. De modo que tiré y forcejeé, y la ballena no creyó que le hacía cosquillas, no, y levanta la cola y empieza a salpicarme de agua que sentía en la carne como hielo cuando me tocaba; pero yo tiro del arpón, y lo único que temía era que se sumergiera estando yo allí arriba; pero al final el arpón se rompió, y justo a tiempo, pues me parece que el animal ya estaba harto de tenerme encima y se sumergió; y mucho me costó nadar hacia las lanchas, aunque estaban muy cerca; pues entre lo resbaladiza que estaba la ballena, y lo fría que estaba el agua, y yo enredado con la estacha y el trozo de arpón, es una suerte, mujer, que dejaras de estar soltera.

—¡Hay que ver! —dijo Bell—. Cómo me acuerdo de cuando me contaste esa historia. En octubre hará veinticuatro años. ¡Me dije que nunca podría respetar a un hombre que había montado sobre la espalda de una ballena!

—Más vale que aprenda cómo ganarse a las mujeres —dijo Daniel, guiñándole un ojo al arponero.

Y Kinraid de inmediato miró a Sylvia. No fue una acción premeditada; resultó tan natural como despertarse por la mañana al acabar el sueño; pero Sylvia se puso roja como una rosa ante esa mirada repentina, de un rojo tan intenso que él apartó la mirada hasta que creyó que ella había recobrado la compostura, y entonces volvió a mirarla. Pero no por mucho tiempo, pues Bell se puso en pie y prácticamente lo echó de casa. Dijo que era tarde y que su marido estaba cansado, y que al día siguiente les esperaba un trabajo muy duro; y que seguramente Ellen Corney le estaba esperando levantada; y que ya habían bebido bastante, más de lo que les convenía, pues los dos habían estado tomándole el pelo con sus historias y ella había sido lo bastante tonta para creérselas. Ninguno de los presentes entendió el verdadero motivo de aquellas prisas tan poco hospitalarias a la hora de despedir a su invitado: era su temor a que él y Sylvia «se gustaran». Kinraid, al poco de llegar, había dicho que el motivo de su visita era agradecerle su amabilidad al enviarle las salchichas, pues dentro de un día o dos volvía a su casa, cerca de Newcastle. Pero ahora decía, en respuesta a Daniel Robson, que no tardaría en dejarse caer por allí otra noche para oír las historias del anciano.

Daniel había bebido lo suficiente como para estar de un magnífico humor, pues de lo contrario su mujer no se habría atrevido a actuar como lo hizo; y la sentimental amabilidad de Daniel se expresó instando a Kinraid, de manera hospitalaria, a que se presentara en Haytersbank siempre que le apeteciera; que se sintiera allí como en casa; que se quedara a vivir allí, etcétera, hasta que Bell cerró la puerta y echó el cerrojo antes de que el arponero hubiera salido de la sombra de su tejado.

Sylvia soñó toda la noche con volcanes ardientes que surgían de helados mares del sur. Pero, como en la historia del arponero las llamas estaban pobladas de demonios, no había interés humano para ella en la portentosa escena en la que no era actriz, sino espectadora. Con la luz de la mañana vino el despertar y los pequeños portentos domésticos de todos los días. ¿Había querido decir Kinraid que se marchaba definitivamente? ¿Era o no el enamorado de Molly Corney? Cuando se había convencido de una cosa, de pronto se iba al otro lado y se convencía de lo contrario. Al final decidió que no podía estar segura de nada hasta que no volviera a ver a Molly; de modo que, mediante un tremendo esfuerzo, tomó la determinación de no pensar más en él, solo en las maravillas que había contado. Podía pensar un rato en ellas cuando se sentara en el salón por la noche, hilando en silencio junto al fuego, o cuando saliera al ocaso para llamar al ganado a fin de ordeñarlo, y caminará tras aquellas pacientes y lentas criaturas; y quizá también en los futuros días de verano, cuando, al igual que en el pasado, sacara su labor para que le diera el frescor de la suave brisa del mar, y, descendiendo de cornisa en cornisa por las rocas que daban al océano azul, se colocara en un peligroso rincón que había sido su refugio predilecto desde que sus padres se mudaran a Haytersbank Farm. Desde ahí a menudo había visto pasar los lejanos barcos, con una especie de indolente placer al contemplar la veloz serenidad de su movimiento, pero no pensaba en adónde se dirigían, ni en qué extraños lugares se adentrarían antes de dar media vuelta y volver a casa.

UNA ALUMNA REFRACTARIA

Sylvia seguía obsesionada con las historias del arponero cuando Hepburn apareció unos días después para la siguiente clase. Pero la perspectiva de ganarse unos sensatos elogios por escribir toda una página de floridos «Abednegos» había perdido el poco atractivo que pudiera haber tenido alguna vez. Sylvia se sentía más inclinada a conseguir que alguien compartiera su interés en los peligros y aventuras de los mares del norte que en concentrar y controlar su mente hacia la correcta formación de las letras. De manera poco prudente, intentó repetir uno de los relatos que le había oído a Kinraid; y cuando comprobó que a Hepburn (si, de hecho, no lo hubiera considerado una ridícula invención) le parecía que solo estaba interrumpiendo aquella seria labor que tenían entre manos, en la que Philip procuraba concentrarse con toda la paciencia de que era capaz, con la esperanza de que Sylvia se aplicara diligentemente a su cuaderno de caligrafía cuando se le hubiera despejado la cabeza, Sylvia apretó sus hermosos labios, como para reprimir cualquier otro intento de atraerle hacia aquellas historias, y se dispuso a hacer su clase de caligrafía con un estado de ánimo muy rebelde, que no se expresó en forma de motín solo porque estaba su madre presente.

—Después de todo —dijo Sylvia, arrojando su pluma y abriendo y cerrando su mano cansada y agarrotada—, no veo de qué me sirve agotarme aprendiendo a escribir cartas cuando no he recibido ninguna en mi vida. ¿Por qué he de aprender a escribir respuestas, si nadie me escribe? Y si recibiera alguna, no sabría leerla; si no entiendo ni los libros impresos, donde seguro que hay palabras modernas. Ojalá desterraran a todos los hombres que se estrujan el cerebro inventando palabras nuevas. ¿Por qué la gente no puede utilizar las de siempre?

—¡Vaya! Tú utilizarás unas doscientas o trescientas palabras cada día de tu vida, Sylvie; y en la tienda yo debo utilizar muchas más que ni siquiera conoces; y la gente que trabaja en los campos tiene las suyas, por no hablar del sofisticado inglés que hablan los abogados y los párrocos.

—Bueno, pues leer y escribir es un fastidio. ¿No puedes enseñarme otra cosa, si hemos de dar clases?

—Están las sumas... y la geografía —dijo Hepburn, lenta y gravemente.

—¡La geografía! —dijo Sylvia, animándose y pronunciando quizá la palabra de manera incorrecta—. Me gustaría que me enseñaras geografía. Hay muchos lugares que quiero conocer.

—Bueno, la próxima vez traeré un libro y un mapa. Pero puedo adelantarte algo. El globo terráqueo se divide en cuatro cuartos.

—¿Qué globo es ese?

—El globo de la tierra; el lugar donde vivimos.

—Sigue. ¿Y qué cuarto es Groenlandia?

—Groenlandia no es ningún cuarto. Es solo una parte.

—Quizá sea medio cuarto.

—No, no tanto.

—¿Un cuarto de cuarto?

—No —replicó él con una sonrisa.

Sylvia se dijo que Philip estaba rebajando el tamaño de Groenlandia para hacerla enfadar, así que puso un puchero y dijo:

—Groenlandia es toda la geografía que quiero conocer. Bueno, quizá también York. Me gustaría saber de York a causa de las carreras, y de Londres, porque el rey Jorge vive allí.

—Pero si aprendes geografía, debes aprender dónde están todos los lugares: dónde hace frío y dónde calor, cuántos habitantes tiene cada sitio, qué ríos hay y cuáles son las ciudades principales.

—No me cabe duda, Sylvia, de que si Philip consigue enseñarte todo eso, serás un pozo de saber como no lo ha sido ninguno de los Preston desde que mi bisabuelo perdió sus propiedades. Y yo estaré muy orgullosa de ti; parecerá que volvemos a ser los Preston de Slaideburn.

—Haré lo que sea para complacerte, mami; pero nada quiero saber de riquezas y tierras si la gente que las posee tiene que escribir «Abednegos» una y otra vez, y meterse en la mollera palabras difíciles, hasta que se les hincha como si les hubieran puesto levadura y acaba partiéndoseles el cráneo.

Esa pareció ser la última protesta de Sylvia por aquella noche en contra del aprendizaje, pues después de eso estuvo dócil y se esforzó todo lo que pudo en comprender lo que Philip le enseñaba mediante un mapa tosco, pero bastante completo, que él le dibujó con la ayuda de una madera carbonizada sobre la mesa de la cocina de su tía. Philip le había pedido permiso a su tía antes de empezar lo que Sylvia denominó su «trabajo sucio»; pero poco a

poco incluso ella fue perdiendo interés en comenzar desde una gran mancha negra llamada Monkshaven, y en la forma de la tierra y el mar que rodeaba ese centro. Sylvia apoyaba la barbilla en las palmas de las manos, y tenía los codos clavados en la mesa; observaba cómo aquel tosco dibujo se iba completando, pero también, de vez en cuando, miraba a su primo con repentina curiosidad. Él no estaba tan absorto en sus enseñanzas como para no darse cuenta de la dulce proximidad de ella. Ahora Sylvia mostraba mejor disposición hacia él; no manifestaba ni rebeldía ni insolencia; y él depositaba todas sus fuerzas en mantener su interés, hablando mejor de lo que lo había hecho nunca (¡tal es la clarividencia que provoca el amor!), comprendiendo lo que a ella le interesaba oír y saber; cuando, mientras intentaba explicarle la causa de los largos días polares, fenómeno del que Sylvia había oído hablar cuando era pequeña, Philip se dio cuenta de que ya no le prestaba atención; una discordancia había surgido entre sus mentes, y la de ella ya no estaba en poder de la suya. La certeza de esa intuición duró solo un instante; no tuvo tiempo de preguntarse o especular qué la había afectado de ese modo, pues al momento se abrió la puerta y entró Kinraid. Entonces Hepburn supo que ella debía de haber oído sus pisadas al llegar y las había reconocido.

Colérico, se puso rígido y adoptó una actitud fría. Casi para su sorpresa, el saludo que Sylvia le dedicó al recién llegado fue también frío. Esta se quedó detrás de él; por lo que quizá no vio cómo la mano de Kinraid se alargaba hacia ella, pues no colocó su pequeña palma en ella, como había hecho hacía una hora cuando Philip le tendió la suya. Y apenas dijo nada, sino que se enfrascó en observar el tosco mapa negro, como víctima de una fuerte curiosidad geográfica, o como si estuviera decidida a grabarse la lección de Philip en la memoria.

Pero Philip quedó consternado al ver con qué calidez acogía a Kinraid el dueño de la casa, que salió de las habitaciones traseras al mismo tiempo que el arponero entraba por la puerta principal. Hepburn también se sintió molesto al comprobar que Kinraid se sentaba junto al fuego, como si estuviera al corriente de las costumbres de la casa. Kinraid y el granjero Robson sacaron sus pipas. A Philip no le gustaba fumar. Posiblemente tampoco a Kinraid, pero este de todos modos cogió una pipa y la encendió, aunque apenas le dio alguna chupada mientras hablaba con el granjero Robson de los asuntos del mar. Prácticamente solo habló Kinraid. Philip se quedó sentado con una expresión lúgubre, Sylvia y su madre permanecieron en silencio, y el viejo Robson fumó su larga pipa de arcilla, sacándosela de la boca de vez en cuando para escupir en el reluciente escupidor de cobre y sacudir las cenizas

blancas de la cazoleta. Antes de volver a llenarla, soltó una carcajada que delataba lo mucho que disfrutaba con la historia de Kinraid, y de vez en cuando intercalaba algún comentario. Sylvia se inclinó de lado sobre un extremo de la mesa y fingió coser; pero Philip se dio cuenta de que a menudo se interrumpía para escuchar.

Poco a poco su tía le fue dando conversación, y mantuvieron una charla paralela, más que nada porque Bell Robson tenía la impresión de que su sobrino, que era de su propia sangre, estaba un poco molesto, pues ninguno de los dos sentía un interés especial en la conversación que mantenían. Es posible, además, que a ninguno de los dos les desagradara dar a entender que no se acababan de creer las historias que contaba Kinraid. La señora Robson, en cualquier caso, sabía tan poco que no le daba miedo creer demasiado.

Philip estaba sentado en el lado del hogar que quedaba más cerca de la ventana y de Sylvia, delante del arponero. Al final se volvió hacia su prima y le dijo en voz baja:

—¿Supongo que no podemos seguir con la ortografía y la geografía hasta que este individuo se haya ido?

Las palabras «este individuo» hicieron subir el color a las mejillas de Sylvia, aunque replicó con aire displicente:

—Bueno, soy de los que piensan que es de sabios no abusar, y esta noche ya he tenido bastante geografía; gracias de todos modos.

Philip se refugió en un silencio ofendido. Sintió una péfida alegría cuando su tía hizo tanto ruido preparando la cena que impidió que las palabras del marinero llegaran hasta los oídos de Sylvia. ¡Esta vio que Philip se alegraba de ver cómo se frustraban los esfuerzos de ella por discernir el resto de la historia! Y ello la irritó, y decidida a que Philip no se saliera con su malicioso triunfo, y aún más a impedir cualquier intento de su primo de iniciar una conversación entre ellos, comenzó a cantar para sí misma mientras seguía con su labor; hasta que de pronto se apoderó de ella un deseo de ayudar a su madre, y ágilmente abandonó su asiento, pasó por delante de Hepburn, y enseguida estuvo de rodillas tostando unos pequeños panes de avena delante del fuego, justo al lado de su padre y de Kinraid. Y ahora el ruido que tanto había alegrado a Hepburn beneficiaba a su enemigo. No podía oír las alegres palabras que flotaban en la sala mientras el arponero intentaba quitarle a Sylvia el tenedor de tostar.

—¿Cómo es que está aquí este tipo? —le preguntó Hepburn a su tía—. No me parece una compañía muy recomendable para Sylvia.

—La verdad es que no sé cómo ha sido —dijo ella—. Los Corney nos lo presentaron, y a mi marido le encanta su compañía.

—¿Y a usted le cae bien, tía? —preguntó Hepburn, casi melancólico; había seguido a la señora Robson a la vaquería con la excusa de ayudarla.

—No le tengo ningún aprecio; creo que nos cuenta fantasías, para ver cuánto tragamos. Pero a Sylvia y a su padre les parece un hombre sin igual.

—Podría mostrarle a veinte exactamente idénticos en el muelle.

—Bueno, muchacho, no pierdas la calma. Hay gente que nos cae bien y otra que no. Pero sabes que siempre que yo esté en casa las puertas estarán abiertas para ti.

Pues la buena mujer pensaba que Hepburn estaba dolido por el mucho caso que su marido y su hija le hacían a su nuevo amigo, y no deseaba que su sobrino se sintiera incómodo. Sin embargo, no consiguió su propósito, y toda la velada Philip estuvo mohíno, molesto, alicaído, y sin embargo no se iba. Estaba decidido a dejar bien claro que él era un amigo más íntimo de la familia quedándose más rato que Kinraid. Al final este se levantó para marcharse; pero antes se acercó a Sylvia y se inclinó hacia ella para musitarle algo en voz tan baja que Philip no pudo oírlo; y ella, entregada a un repentino arrebató de diligencia, no levantó la mirada de su labor, y simplemente asintió con la cabeza como réplica. Al final el arponero se marchó, después de muchas demoras y de dar media vuelta cuando ya estaba en la puerta, que al suspicaz Philip solo le parecieron excusas para lanzarle furtivas miradas a Sylvia. En cuanto se hubo marchado ya definitivamente, Sylvia recogió su labor y declaró que estaba muy cansada y que se iba a la cama. Su madre, que llevaba dormitando media hora, se alegró muchísimo al comprobar que podría seguir durmiendo en el lugar natural del sueño.

—Toma otra copa, Philip —dijo el granjero Robson.

Pero Hepburn rechazó la oferta de manera bastante brusca, y lo que hizo fue acercarse a Sylvia. Quería que ella le hablara, y comprendió que ella deseaba evitarlo. Se aferró al primer pretexto que se le ocurrió. No fue muy acertado, pues le privó de la oportunidad de conseguir que ella le dedicara en exclusiva toda su atención.

—Me parece que la geografía no te interesa mucho, Sylvia.

—Esta noche, no demasiado —dijo ella, fingiendo bostezar, aunque levantando tímidamente la mirada hacia el semblante contrariado de Hepburn.

—Ni esta noche ni nunca —dijo él, enfadándose—, ni aprender geografía ni ninguna otra cosa. La última vez que vine te traje algunos libros con la

intención de enseñarte muchas cosas, pero ahora solo te pido que me des los libros; los puse en aquella estantería, junto a la Biblia.

La intención de Hepburn era que ella se los trajera, y quizá disfrutar del placer de recibirlos de sus manos.

Sylvia no replicó; pero fue a buscar los libros con un aire lánguido e indiferente.

—Así, ya no aprenderás más geografía —dijo Hepburn.

Hubo algo en su tono que la sorprendió, y levantó la mirada para ver su cara. Hepburn mostraba señales inequívocas de estar muy ofendido, pero también había en ese rostro un aire de melancólico pesar y tristeza que la conmovió.

—¿No estarás enfadado, conmigo, Philip? Antes de ofenderte, prefiero intentar aprender. Es solo que soy demasiado estúpida, y solo te causaré problemas.

Hepburn se habría agarrado de buen grado a esa medio propuesta de que prosiguieran las clases, pero era demasiado terco y orgulloso para decir nada. Le dio la espalda a la cara dulce y suplicante de Sylvia sin decir una palabra y envolvió sus libros con un trozo de papel. Sabía que ella estaba a su lado, inmóvil, aunque él hizo como si no se diera cuenta. Cuando hubo acabado, les deseó bruscamente a todos buenas noches y se marchó.

Había lágrimas en los ojos de Sylvia, aunque su corazón sentía alivio. Le había hecho una oferta amable, que había sido recibida con silencioso desprecio. Pocos días después, su padre volvió del mercado de Monkshaven y dejó caer, entre otras noticias, que se había encontrado con Kinraid, y que este volvía a su casa, en Cullercoats. Kinraid le había dado recuerdos para la señora Robson y para su hija; y pedido a Robson que les dijera que le habría gustado pasarse por Haytersbank para despedirse personalmente, pero como iba un poco justo de tiempo, esperaba que le excusaran. Pero a Robson no le pareció necesario transmitir todo ese mensaje de pura cortesía. De hecho, como no era ningún asunto comercial, y solo se dirigía a las mujeres, Robson lo olvidó casi por completo nada más haber sido pronunciado. Y así fue como Sylvia pasó un par de días inquieta ante la aparente indiferencia de su héroe hacia unas personas que le habían tratado más como a un amigo que como a alguien a quien conocían de apenas unas semanas; y luego, su cólera fue enfriando su incipiente estima, y siguió con sus tareas diarias como si ese hombre nunca hubiese existido. El arponero había desaparecido de su vista perdiéndose en la espesa niebla de esa vida invisible de la que había emergido; se había ido sin decir una palabra, y era probable que jamás

volviera a verlo. Aunque a lo mejor podría volver a verlo cuando viniera para casarse con Molly Corney. ¡Y quizá ella fuera dama de honor, y que bien se lo pasarían el día de la boda! Los Corney eran muy amables, y en su familia no parecían existir los frenos y constricciones con que su madre la acotaba. Y luego se reprochó haber pensado así de su madre y la asaltó un arrebató de amor; una humillación ante su menor deseo, como penitencia como esa momentánea traición solo de pensamiento. La conclusión fue que Sylvia le solicitó a su primo Philip que reanudara sus lecciones de una manera tan dócil que él, lenta, cortésmente, accedió a una petición que siempre anhelaba cumplir.

Prosiguió el invierno, y en las semanas siguientes todo sucedió con monótona regularidad en Haytersbank Farm. Hepburn iba y venía, y consideraba que Sylvia se mostraba cada vez más mansa y formal, y quizá también notaba una mejoría en su apariencia física. Pues Sylvia se encontraba en esa edad en que una muchacha cambia rápidamente, y generalmente a mejor. Sylvia creció y se convirtió en una joven espigada; sus ojos se hicieron de un color más intenso, su cara adquirió expresión, y, como si fuera consciente de su inusual belleza, adquirió una leve actitud de tímida coquetería con los pocos desconocidos que veía. Philip acogía su interés por la geografía como otro signo de mejoría. Había traído a la granja sus viejos mapas, y allí pasó sentado muchas veladas, enseñándole a su prima, que tenía extrañas fantasías con respecto a los lugares acerca de los que deseaba aprender, y mostraba una fría indiferencia hacia la existencia de otras ciudades, países y mares más famosos en la historia. A veces se ponía terca, y a veces muy despectiva hacia el superior saber de su instructor; pero, a pesar de todo, Philip acudía regularmente en las noches señaladas a Haytersbank, soplara el terrible viento del este, cayera nieve, o estuvieran los campos enfangados; pues le encantaba estarse un rato sentado al lado de ella, con el brazo sobre el respaldo de la silla de su prima; ella encorvada sobre los mapas extendidos con los ojos fijos —si él hubiera podido verlos— en un lugar; no en Northumberland, donde Kinraid pasaba el invierno, sino en aquellos inhóspitos mares del norte donde ocurrían los prodigios que él le había relatado.

Un día, cercana ya la primavera, vio a Molly Corney dirigirse hacia la granja. Las dos muchachas no se habían visto en muchas semanas, pues Molly había estado en el norte visitando a unos parientes. Sylvia abrió la puerta y se quedó sonriendo y temblando en el umbral, contenta de ver otra vez a su amiga. Molly la llamó cuando solo las separaban unos cuantos pasos:

—¡Bueno, Sylvia, eres tú! ¡Hay que ver cómo has crecido! Te has convertido en una hermosa moza.

—No le digas tonterías a mi niña —dijo Bell Robson, abandonando hospitalariamente su plancha y acercándose a la puerta.

Pero aunque la madre procuraba aparentar que todo eso le parecían tonterías, apenas podía ocultar la satisfacción que brillaba en sus ojos mientras le ponía la mano en el hombro a Sylvia, orgullosa de ser la propietaria de esa muchacha objeto de elogio.

—¡Pero si está guapísima! —insistió Molly—. Desde la última vez que la vi se ha convertido en una belleza. Y si no se lo digo yo, se lo dirán los hombres.

—Cállate —dijo Sylvia, más que medio ofendida, y volviendo la cara enfurruñada a esa abierta admiración.

—Pero es que lo harán —perseveró Molly—. No podrá ocultarla mucho tiempo, señora Robson. Y como dice madre, peor sería que las hijas se te quedaran en casa.

—Tu madre tiene muchas hijas, pero yo solo tengo esta —dijo la señora Robson con gran tristeza, pues no le gustaba lo que estaba diciendo ahora Molly, aunque el único propósito de esta era llevar la conversación hacia sus propios asuntos, que eran casi lo único que tenía en la cabeza.

—¡Sí! Es lo que yo le digo a madre, que con tantas hijas debería estar agradecida de que una se vaya lo antes posible.

—¿Quién es? ¿De qué se trata? —preguntó Sylvia impaciente, viendo que detrás de todas esas insinuaciones se ocultaban noticias de boda.

—¡Vaya! ¡Pues de quién va a tratarse, sino de mí! —dijo Molly con unas sonoras carcajadas y sonrojándose un poco—. No me he ido de casa por nada; he conocido a un caballero en mis viajes, al menos uno que lo es de verdad.

—Charley Kinraid —dijo Sylvia sonriendo, pues pensó que ahora podía revelar el secreto de Molly, que hasta entonces había guardado como algo sagrado.

—¡Al cuerno Charley Kinraid! —dijo Molly, echando la cabeza hacia atrás—. ¿De qué te sirve un marido que se pasa medio año en el mar? Ja, ja, mi caballero es un sensato tendero de Newcastle, que tiene negocio y casa en la calle principal de la ciudad. Creo que me ha ido bastante bien, y te deseo a ti también buena suerte, Sylvia. Pues ya ve —añadió dirigiéndose a Bell Robson, que probablemente apreciaría más que Sylvia las sustanciales ventajas de ese compromiso—, aunque el señor Brunton tiene casi cuarenta años, gana unas doscientas libras anuales; y es un hombre apuesto para su

edad, y un individuo amable y de buen trato. Ya estuvo casado, pero todos sus hijos han muerto, menos uno; y tampoco me desagradan los niños; los tendré bien alimentados y los pondré a dormir temprano.

La señora Robson le deseó lo mejor, pero Sylvia se quedó callada. Estaba decepcionada; aquello era demasiado prosaico en comparación con vivir un romance con aquel arponero que era su héroe. Molly dejó escapar una risa forzada, comprendiendo los pensamientos de Sylvia mucho mejor de lo que esta imaginaba.

—Me parece que Sylvia no está muy contenta. Bueno, chica, mejor para ti. Ahora tienes a Charley disponible, cosa que no ocurriría si se casara conmigo; y él ha oído decir muchas veces que te has convertido en una chica muy guapa.

La prosperidad de Molly le permitía hablar con una independencia y una audacia que nadie le había oído hasta entonces, y mucho menos la señora Robson. A Sylvia le molestó el tono y la actitud de Molly, demasiado estridente, risueña y jactanciosa, pero a su madre le parecieron ambas cosas decididamente repugnantes. Dijo en tono serio y cortante:

—Sylvia no tiene prisa por casarse: está contenta quedándose conmigo y con su padre. Cambiemos de tema y charlemos un rato.

La euforia de Molly se apagó un poco, pero siguió eliminando todos los demás temas de conversación que surgieron ante la perspectiva de una boda tan buena; y cuando se marchó, la señora Robson se manifestó en un inusual tono de menosprecio:

—Esto es lo que pasa con algunas muchachas. Cuando han pescado a un tonto para que se case con ellas, son como una gallina en una montaña de estiércol. Todo es quiquiriquí, he conseguido un marido, quiquiriquí. Estas chicas me sacan de quicio; te suplico, Sylvia, que no te hagas mucho con Molly. Me parece muy incorrecto armar tanta bulla por los hombres, como si fueran terneros de dos cabezas a los que hay que perseguir con la boca abierta de admiración.

—Pero Molly tiene muy buen corazón, madre. Es solo que pensaba que estaba prometida en matrimonio con Charley Kinraid —dijo Sylvia, meditativa.

—Esa moza se prometerá en matrimonio con el primero que quiera casarse con ella y la haga nadar en la abundancia —replicó Bell, desdeñosa.

VISIONES DEL FUTURO

Antes de que acabara mayo, Molly Corney estaba casada y se había mudado a Newcastle. Aunque Charley Kinraid no fue el novio, Sylvia recordó la ilusión que le hacía ser dama de honor. Pero la amistad entre las dos muchachas, acaecida por las circunstancias de ser vecinas y tener la misma edad, se había debilitado muchísimo en el tiempo transcurrido entre el compromiso de Molly y su boda. En primer lugar, porque los preparativos le ocupaban todo el tiempo, y luego por la euforia que sentía ante la fortuna de casarse, y casarse, además, antes que su hermana mayor: la consecuencia de ello fue que sus defectos emergieron en toda su intensidad. Sylvia la encontraba egoísta; la señora Robson la hallaba poco recatada. Un año antes, Sylvia habría lamentado su ausencia y la habría echado de menos; ahora le resultaba casi un alivio verse libre de alguien que siempre exigía que le demostraran simpatía, que nunca se hartaba de que la felicitaran, y que no poseía ningún pensamiento ni sentimiento que dedicar a los demás; al menos no en esas semanas de «cacareo», como la señora Bell insistía en llamarlas. Rara era la vez que Bell insistía en una idea humorística, pero como ella era la autora de aquella broma solitaria, siempre la traía a colación... y a continuación proseguía con su símil aviario.

Cada vez que, a lo largo de ese verano, Philip veía a su prima, la encontraba más guapa que nunca; un nuevo toque de color, un nuevo y dulce encanto, parecían haberse añadido, al igual que cada nuevo día de verano añade belleza a las flores. Y no es que fuera fruto de la fantasía de Philip. Hester Rose no tenía otro remedio que reconocer, las pocas veces en que veía a Sylvia, que no era de extrañar que fuera una muchacha tan querida y admirada.

Un día Hester la había visto sentada con su madre en el mercado; había una cesta a su lado, y sobre el paño limpio que cubría las libras de mantequilla, había colocado las rosas silvestres y madreselvas que había recogido de camino a Monkshaven; tenía el sombrero de paja sobre la rodilla, y en aquel momento estaba colocando algunas flores en la cinta que rodeaba

el sombrero. A continuación lo levantó con una mano y le dio vueltas y vueltas, ladeando la cabeza, para ver cómo quedaban; y durante todo ese tiempo, Hester, que la miraba a través de los pliegues de las prendas que se exhibían en el escaparate de Foster's, la contempló con unos ojos melancólicos y llenos de admiración; y se preguntó si Philip, en el otro mostrador, sabía que su prima estaba allí, tan cerca de él. A continuación Sylvia se puso el sombrero, y, levantando la mirada hacia el escaparate de la pañería, vio la cara de interés de Hester, y sonrió y se sonrojó ante el hecho de que alguien la hubiera visto entregada a aquellas nimias vanidades, y Hester le devolvió la sonrisa, pero esta fue triste. En ese momento entró una clienta y Hester tuvo que atenderla, pues en los días de mercado solía haber mucho trabajo. Mientras despachaba a la clienta, vio que Philip salía apresuradamente de la tienda con la cabeza descubierta, impaciente y feliz por algo que había visto fuera. Colgaba un pequeño espejo de la pared que había junto a Hester, colocado en aquel rincón retirado, a fin de que las mujeres que entraban a comprarse un sombrero pudieran ver el efecto antes de quedárselo. Durante la pausa habitual, Hester, medio avergonzada, se retiró hacia ese rincón y se miró en el espejo. ¿Y qué vio? Una cara sin color, un pelo suave, oscuro y sin brillo, unos ojos melancólicos que no sonreían, una boca apretada en un gesto de insatisfacción. Eso era lo que había que comparar con la cara hermosa y resplandeciente de Sylvia a la luz del sol de la plaza. Tragó saliva para reprimir el suspiro que le subía por la garganta, y se dispuso, con más paciencia aún que antes de tener esa visión descorazonada, a satisfacer todos los caprichos y fantasías de los compradores.

La propia Sylvia se había molestado bastante por la manera en que Philip se le había acercado. «Me hace parecer tonta —pensó—. Y para qué ha de llamar tanto la atención, apareciendo entre la gente del mercado de esta manera». Y cuando él se puso a admirar el sombrero que ella había adornado, ella se enfurruñó, arrancó las flores, las tiró y las pisoteó.

—¿Por qué haces eso, Sylvia? —dijo su madre—. Esas flores estaban muy bien, aunque a lo mejor te han manchado el sombrero.

—No me gusta que Philip me hable así —dijo Sylvia haciendo pucheros.

—¿Cómo? —preguntó su madre.

Pero Sylvia fue incapaz de repetir sus palabras. Incluyó la cabeza y quedó roja y ensimismada, todo menos alegre. Philip le había dirigido su primera expresión de admiración personal en un mal momento.

Y para apreciar de qué modo tan distinto ven los hombres y las mujeres a sus semejantes, diré que Hester consideraba a Philip el mejor y más agradable

de los hombres que había conocido. Nunca hablaba de sí mismo si no le preguntaban, por lo que sus parientes de Haytersbank, que solo hacía un par de años que vivían en la región, nada sabían de los apuros que había tenido que superar ni de las arduas responsabilidades a que había tenido que enfrentarse. Su tía, de hecho, tenía una fe ciega en él, en parte porque conocía un poco su carácter y también por ser de su parentela; pero nada sabía de su vida anterior. Sylvia le respetaba en cuanto que amigo de su madre, y le trataba pasablemente bien siempre y cuando supiera comportarse —algo habitual en su primo—, pero casi nunca pensaba en él cuando estaba ausente.

Pero Hester, que le había visto diariamente desde que, años atrás, entrara en la tienda de Foster como chico de los recados —ella siempre observadora, con sus ojos serenos, recatados pero vigilantes—, había comprobado cómo se entregaba a los intereses de sus jefes, y había sido testigo de cómo se ocupaba, atento y puntual, de que a su madre ausente no le faltara de nada, viviendo él de manera frugal y sacrificada.

La metódica utilización que hacía Philip de sus horas libres no carecía de atractivo para la igualmente metódica Hester: aquel le reproducía todo conocimiento que hubiera adquirido recientemente —conocimientos que tan latosos le eran a Sylvia—, cosa que ella encontraba deliciosamente instructivo, aunque, como era una persona reservada, se habría necesitado un observador más interesado que Philip para descubrir los sentimientos de ella. Qué poco veía él ese leve rubor en sus mejillas y el resplandor que iluminaba sus ojos medio velados siempre que él hablaba. A Hester no se le había ocurrido que hubiera amor por ninguna de las dos partes. El amor era una vanidad, una cosa mundana de la que no había que hablar, y en la que tampoco había que pensar. Antes de que los Robson se mudaran a la región, en un par de ocasiones le pasó por la cabeza que la manera tranquila y habitual en que los dos vivían juntos acabaría desembocando en matrimonio en un futuro lejano; y no podía soportar las apocadas insinuaciones que a veces le hacía Coulson, el compañero de alojamiento de Philip, y que solo servían para disgustarla.

Pero en cuanto los Robson se hubieron instalado en Haytersbank, Philip pasaba tantas veladas con ellos que cualquier inconsciente esperanza que Hester pudiera haber albergado acabó desvaneciéndose. Al principio, cuando oyó hablar de Sylvia, la primita que lentamente se iba haciendo mujer, sintió una punzada de algo parecido a los celos. Incluso una vez —al poco de mudarse los Robson— se atrevió a preguntarle a Philip cómo era Sylvia. Philip, sin traslucir ningún entusiasmo, le había presentado un austero

catálogo de sus rasgos, pelo y estatura, pero Hester, casi para sorpresa de él, perseveró, y le lanzó una última pregunta:

—¿Es guapa?

El color cetrino de las mejillas de Philip se hizo más intenso, pero respondió en un tono de indiferencia:

—Creo que hay quien la encuentra guapa.

—¿Y tú? —insistió Hester, a pesar de darse cuenta de que a él no le gustaba esa pregunta.

—No hay necesidad de hablar de estas cosas —replicó con brusco desagrado.

Hester acalló su curiosidad a partir de ese momento. Pero su corazón no encontró sosiego, y siguió preguntándose si Philip encontraba guapa a su prima hasta el día en que los vio juntos, en la ocasión que hemos mencionado, cuando Sylvia fue a la tienda a comprarse la capa nueva; y después de eso ya no volvió a preguntárselo, pues conocía perfectamente la respuesta. Bell Robson estaba preocupada por el atractivo cada vez mayor de su hija. Percibía los peligros inherentes a ciertos hechos mediante un proceso mental que más tenía que ver con la intuición que la razón. Se sentía incómoda, a pesar de que su vanidad de madre se veía halagada, ante la admiración que Sylvia recibía del otro sexo. Esta admiración le era evidente a su madre de muchas maneras. Cuando Sylvia estaba con ella en el mercado, se habría dicho que los médicos habían recetado una dieta de huevos y mantequilla a todos hombres de Monkshaven de menos de cuarenta años. Al principio, la señora Robson lo consideró un tributo natural al superior mérito de los productos de su granja, pero poco a poco se dio cuenta de que si Sylvia se quedaba en casa, no vendía más que las que tenían un puesto junto a ella. Había más clientes que antes para comprar la lana guardada en el almacén; apuestos y jóvenes carniceros venían a por el ternero casi antes de haber decidido venderlo; en suma, que jamás les faltaban excusas a aquellos que deseaban ver la belleza de Haytersbank Farm. Todo esto incomodaba a Bell, aunque lo cierto es que no sabía muy bien qué le daba miedo. A la propia Sylvia todo aquello parecía afectarle bien poco por lo que se refería a las relaciones con sus padres. Siempre había sido un poco irreflexiva, y seguía siéndolo; pero como decía a menudo su madre: «No se puede meter sensatez de abuelo en cabeza de jovenzuelo», y si sus padres a veces la acusaban de despreocupación, Sylvia se mostraba todo lo arrepentida que podía, aunque no por mucho tiempo. Solo para su padre y su madre seguía siendo la misma muchacha desgarrada de cuando tenía trece años. Fuera de su casa, se oían acerca de ella las opiniones

más contradictorias, sobre todo si había que escuchar las voces de las mujeres. Según estas, Sylvia era «una cosa demasiado desarrollada y poco agraciada», o «tan hermosa como la primera rosa de junio, y de naturaleza tan dulce como la madre selva que reptaba en torno a ella», o era «una víbora de lengua tan afilada como para hacerte sangrar el corazón»; o «un rayo de sol que brillaba allí donde iba»; era malhumorada, llena de vida, ingeniosa, callada, afectuosa o desdeñosa, según la persona que hablaba de ella. De hecho, esa parecía ser su peculiaridad: que todo el mundo que la conocía hablaba de ella para elogiarla o para censurarla; en la iglesia o en el mercado, llamaba la atención de manera inconsciente; no podían olvidar su presencia, aunque olvidaran la de otras chicas quizá con más atractivo personal. Pero todo esto era motivo de inquietud para su madre, que comenzaba a pensar que ojalá su hija pasara más inadvertida y no llamara tanto la atención. Y es que Bell opinaba que lo más encomiable para una mujer era cruzar la vida en una discreta sombra, y que su nombre jamás fuera pronunciado a no ser en relación con lo bien que llevaba la casa, su marido o sus hijos. Si se hablaba demasiado de una muchacha, aunque fuera bien, empeoraba la opinión que la señora Robson tenía de ella; y cuando los vecinos le mencionaban lo mucho que su hija era admirada, ella replicaba con frialdad «No está mal» y cambiaba de tema de conversación. Pero muy distinta era la actitud de su marido. De carácter menos estricto y comedido, encontraba muy agradable oír, y más aún ver, las atenciones que recibía la belleza de su hija. Y le parecía que todo eso, de alguna manera, también le afectaba a él. Nunca se había preocupado de si era popular o no, y menos aún de si le respetaban. Era bienvenido allí donde iba, pues era un hombre jovial y amable que había corrido aventuras y hecho cosas ilegales en su juventud, lo que en cierta medida le daba derecho a expresar sus opiniones sobre la vida en general con ese tono de autoridad que solía utilizar; pero prefería confraternizar con los jóvenes a mostrar una seria actitud de respetabilidad relacionándose con los mayores del lugar; e intuía, aunque sin razonar el motivo, que los espíritus osados y alegres sentían más deseos de su compañía cuando Sylvia estaba a su lado que en cualquier otro momento. Los domingos por la tarde, siempre había alguien que le acompañaba paseando hasta Haytersban y deambulaba por los campos del viejo granjero en compañía de este. Bell había suprimido esa siesta que había sido su solaz semanal durante años a fin de poder vigilar a Sylvia, y en tales ocasiones se mostraba fría y hosca con esas visitas, en la medida que su sentido de la hospitalidad y el respeto a su marido se lo permitían. Pero si estos no llegaban a entrar en la casa, el viejo Robson

siempre tenía a Sylvia a su lado mientras recorría sus tierras. Bell les veía desde la ventana del piso superior: los jóvenes en actitud de escuchar mientras Daniel peroraba sobre cualquier cosa, reforzando sus palabras mediante una pantomima con la ayuda de su grueso cayado; y Sylvia, medio apartando la cabeza de una mirada quizá demasiado admirativa, posiblemente recogía flores del borde del seto. Durante todo aquel verano, aquellos paseos del domingo por la tarde fueron un azote en la vida de Bell. Y se necesitaba más artificio del que había en la naturaleza de una sencilla mujer como ella para evitar que Daniel insistiera en que Sylvia le acompañara cada vez que bajaba a Monkshaven. Y aquí, de nuevo, surgía una vacilación, el reconocer algo que, analizado fríamente, habría sido un acto de deslealtad, según la conciencia de Bell. Si Sylvia acompañaba a su padre, este nunca bebía en exceso; lo que desde cualquier punto de vista era bueno para su salud (beber apenas se consideraba un pecado contra la moral, en aquella época y en ese lugar); de manera que, esporádicamente, Bell permitía que Sylvia acompañara a su padre a Monkshaven para poner freno a su insensatez; pues estaba demasiado encariñado y orgulloso de su hija como para cometer algún exceso y avergonzarla. Pero una tarde de domingo de primeros de noviembre, Philip apareció a la hora a la que normalmente iba de visita. Tenía un aspecto serio y pálido, y su tía comenzó a decir:

—¡Pero muchacho! ¿Qué te ha ocurrido? Se te ve tan pálido y demacrado como un predicador metodista tras una de sus comidas compartidas con los feligreses, cuando ha hablado hasta no poder más. No tomas leche suficiente, eso es lo que te pasa. ¡No sé yo qué sucedáneo os dan en Monkshaven!

—No, tía; me encuentro perfectamente. Solo un poco molesto y enfadado por lo que he oído de Sylvie.

La cara de su tía se transformó de inmediato.

—¿Y qué dice la gente ahora?

—Oh —dijo Philip, sorprendido por cómo había cambiado de un momento a otro la expresión y actitud de su tía, y más contenido al comprobar que la había alarmado—. Fue solo que mi tío... no debería llevar a una muchacha a la taberna. Sylvie estaba con él en el Admiral's Head el Día de Todos los Santos... eso es todo. Había mucha otra gente: era la feria de la contrata de los mozos. Pero alguien como Sylvie no debería rebajarse con los demás.

—Y fue él quien la llevó allí, ¿verdad? —dijo Bell en seria meditación—. No tengo una buena opinión de las mozas que se presentan en la feria para que las contraten; no son muy recomendables, pues son incapaces de

encontrar un lugar por sí mismas, y tienen que estarse allí para que la gente las mire, y sonriendo con los labradores cuando nadie mira; cuando una señora se lleva a una de esas mozas, que no espere nada bueno. Pero ¿crees que eso significa que se rebajó a bailar y a coquetear con toda esa gente de la feria en el Admiral's Head?

—No, no, Sylvie no bailó. Simplemente puso los pies en el local. Y fue su propio orgullo lo que la salvó, mi tío no le hubiera impedido hacer nada, pues se había encontrado con Hayley de Seaburn y un par más y estaban tomando unas copas en la barra, y la señora Lawson, la patrona, sabía que muchos de entre los aprendices de la zona entrarían a bailar, si hacía falta, solo para echarle una mirada a Sylvie. De modo que la incita a entrar, diciéndole que la sala estaba muy bonita adornada con banderitas; y hubo gente que estaba en la taberna que me dijo que se asustaron muchísimo al ver la cara de Sylvie escrutando entre las doncellas y los hombres achispados, toscos y rojos a causa del tiempo y la bebida; y Jem Macbean me dijo que era como una flor de manzano entre peonías; y algunos hombres, no supo quiénes eran, se pusieron en pie y se dirigieron a Sylvie; y por ese motivo, o a causa de algunas palabras que oyó (pues ya habían tenido tiempo de decirle muchas cosas), se quedó blanca y se puso muy furiosa, como si le saliera fuego de los ojos, y a continuación enrojeció y dejó la taberna, a pesar de que la patrona intentó quitarle importancia e impedir que se marchara.

—No pasará ni un día antes de que baje a Monkshaven y le diga a Margaret Lawson lo que pienso, y te aseguro que le costará olvidarlo.

Bell hizo ademán de ponerse la capa y la capucha en ese mismo instante.

—Bueno, no hay ninguna razón por la que una mujer que posee una taberna no intente hacer de su local un lugar agradable —dijo Philip.

—No a costa de mi hija —dijo Bell en tono decidido.

La información de Philip causó más impresión en su tía de la que él había pretendido. Él mismo se había sentido más molesto por la idea de que la gente comentara que Sylvia había asistido a una tosca diversión rústica —una fiesta anual para los criados inferiores de Yorkshire, que se celebraba al aire libre y en las tabernas— que por el hecho en sí, pues su informador le había expresado que la aparición de la joven había sido un visto y no visto. Philip se quedó mirando la expresión atribulada de su tía, y casi deseó no habérselo contado. Al final ella dejó escapar un hondo suspiro, y, agitando la lumbre, como si intentara recobrar la serenidad mediante esa nimia ocupación doméstica, dijo:

—Es una lástima que las mozas no sean chicos, o gente casada. Me habría gustado (pero esa fue la voluntad del Señor) que Sylvia tuviera un hermano. Mi marido está tan enfrascado en sus cosas, ya ves, que no le queda tiempo para pensar en ella, pues le preocupa más la avena, y las ovejas, y ese joven potro, y su inversión en el *Lucky Mary*.

Bell creía de verdad que su marido poseía serias e importantes ocupaciones que, desde pequeña, le habían enseñado que solo podían ser realizadas por el intelecto superior del género masculino; se habría censurado severamente si, aun de pensamiento, hubiera culpado a su marido, y Philip respetaba demasiado los sentimientos de su tía para decirle que el padre de Sylvia debería vigilarla con más atención si se hacía acompañar constantemente de una criatura tan hermosa. Sin embargo, esas palabras quedaron contenidas dentro de los labios sellados de Philip. Fue su tía quien volvió a hablar:

—Antes me decía que quizá ella y tú llegarías a gustaros, pero eres demasiado chapado a la antigua para ella; no le convendrías; y es por eso por lo que ahora te pido que, por favor, la vigiles un poco.

El semblante de Philip se ensombreció. Tuvo que engullir algunos sentimientos antes de poder responder con discreción:

—¿Cómo puedo vigilarla, si cada vez paso más horas en la tienda?

—Podía enviarla a Foster's con algún recado, y entonces podrías echarle un vistazo mientras esté en la ciudad; y caminar un poco con ella mientras esté en la calle, y ahuyentar así a los demás jóvenes. Sobre todo a Ned Simpson, el carnicero, pues la gente dice que nunca trae buenas intenciones con las muchachas con las que va... y yo le pediré a su padre que la deje un poco más conmigo. Mira, están bajando la colina, y Ned Simpson va con ellos. Y ahora, Philip, te pido que le hagas de hermano y me espantes a todos los que no sean dignos de ella.

Se abrió la puerta y se oyó la tosca y retumbante voz de Simpson. Era un hombre recio, de rasgos y figura hermosos, aunque su cara tenía ese color que presagia inminentes hábitos de borrachín. Llevaba en la mano el sombrero de domingo, y alisaba su largo pelo, mientras decía, con una mezcla de timidez y familiaridad:

—Para servirla, señora. Su marido ha sido tan amable de invitarme a tomar una copa. Espero no molestarla.

Sylvia cruzó rápidamente el salón y subió las escaleras sin dirigirle la palabra a su primo Philip ni a nadie. Philip no se levantó, pues le desagradaba el carnicero, y casi sintió aversión hacia su hospitalario tío por haber llevado a

Simpson a su casa, solidarizándose con su tía, que apenas respondía con monosílabos a las preguntas del invitado, y en los intervalos que le permitían todos esos sentimientos se preguntaba en qué se basaba su tía para hablar como si hubiese abandonado toda esperanza de que Sylvia y él llegaran a casarse algún día, y por qué había dicho que era un hombre «chapado a la antigua».

Robson habría intentado convencer a Philip de que bebiera con él y con Simpson, pero Philip no estaba muy sociable, y se mantenía un poco apartado, observando la escalera por la que tarde o temprano tendría que bajar Sylvia; pues, como quizá ya se ha dicho, las escaleras partían directamente de la cocina. Al final su anhelosa vigilancia fue recompensada; primero aparecieron los pequeños dedos puntiagudos, luego el esbelto tobillo enfundado en la ajustada media azul, cuya lana había sido hilada y luego tejida por las cuidadosas manos de su madre; y luego la falda marrón de paño, sujetada en la parte de atrás con la mano en decentes pliegues de manera que no molestaran a los pies en descenso; el fino cuello y los hombros, ocultos bajo el cuadrado doblado de fresca muselina blanca; todo ello rematado por la belleza de esa cara suave e inocente de radiante color, y con los rizos castaño claros agrupados en torno. Se dirigió rápidamente junto a Philip; ¡y cómo latió el corazón de él cuando ella se acercó! Y más aún cuando ella, en voz baja, comenzó a hablar a solas con él.

—¿Aún no se ha ido? —dijo—. No puedo soportarlo. Habría sido capaz de pellizcar a padre cuando lo invitó a venir.

—A lo mejor no se queda mucho rato —dijo Philip, que apenas comprendía el significado de lo que decía, tan dulce era tenerla a su lado haciéndole confidencias.

Pero Simpson no iba a dejarla en paz aunque ella se quedara en el rincón en penumbra que había entre la puerta y la ventana. Comenzó a hacerle cumplidos bastos, de pueblo: demasiado poco sutiles en su halago directo incluso para el gusto de su padre, sobre todo cuando vio los labios apretados y el ceño de su esposa, señal de lo mucho que desaprobaba la conversación de aquella visita.

—Vamos, caballero, deje en paz a la muchacha; ya es bastante presumida, y creo que su madre no es ajena a eso. Usted y yo somos hombres lo bastante sensatos para hablar de nuestras cosas. Y, como le estaba diciendo, cómo lomeaba aquel caballo, era algo que se le notaba desde una milla de distancia.

Y de este modo el viejo granjero y el campechano carnicero siguieron charlando de caballos, mientras Philip y Sylvia permanecían juntos, él

dándole vueltas a sus esperanzas y proyectos para el futuro, a pesar de la opinión de su tía de que era demasiado «chapado a la antigua» para su delicada y radiante hija. También es posible que la señora Robson descubriera alguna razón para cambiar de opinión mientras observaba a Sylvia aquella noche, pues acompañó a Philip hasta la puerta cuando llegó el momento de que volviera a casa y le deseó «buenas noches» con un desacostumbrado fervor, y añadió:

—Me has sido de gran consuelo, muchacho, casi como si fueras mi propio hijo, y muchas veces pienso que lo eres. En cualquier caso, te confío que vigiles a mi niña, pues no tiene ningún hermano que la guíe entre los hombres, y a las mujeres les es muy difícil lidiar con el sexo opuesto; pero si sé que estás al tanto de con quién se ve, estaré mucho más tranquila.

A Philip se le aceleró el corazón, pero su voz fue serena como siempre al contestar:

—Procuraré mantenerla apartada de la gente de Monkshaven; una muchacha siempre es mejor considerada si se muestra circunspecta; por lo demás, vigilaré con qué tipo de personas anda, y si veo que no le convienen, se lo advertiré, pues no es de las que ven con buenos ojos a tipos como este Simpson; ella se da cuenta de qué cosas se le pueden decir a una muchacha y cuáles no.

Philip emprendió el camino de dos millas hasta casa con un torbellino de felicidad en su corazón. No se dejaba llevar a menudo por las ilusiones que crea la fantasía; pero aquella noche tenía buenas razones para creer que, si sabía dominarse, podría ganar el amor de Sylvia. Un año atrás casi se había ganado su aversión dedicándole miradas y palabras que delataban su apasionado amor. Alarmó su juvenil timidez, y llegó a hartarla de tanto como deseaba que ella le correspondiera de algún modo. Pero, con inusual sabiduría, había comprendido su error; muchos meses habían pasado desde que él dejara traslucir, con miradas y palabras, que ella era para él algo más que una primita a la que había que cuidar y proteger cuando hiciera falta. La consecuencia fue que ella quedó domada, igual que se doma un animal salvaje; y él había permanecido tranquilo e impasible, casi como si no hubiera percibido las tímidas insinuaciones de ella para que fueran amigos. Y esas insinuaciones las hacía Sylvia en cuanto acababan sus clases. Ella temía que él estuviera molesto por su comportamiento al haber rechazado sus enseñanzas, y no quedó tranquila hasta que no hubo hecho las paces con él; y ahora, a lo que parecía, los dos eran buenos amigos, pero nada más. En ausencia de Philip, Sylvia no permitía que sus jóvenes compañeros se rieran

de la grave sobriedad del carácter de aquel ni de su actitud un tanto mojigata; incluso contradecía ella su propia conciencia, y negaba haber percibido esas peculiaridades. Cuando así lo deseaba, Sylvia buscaba su consejo en pequeños detalles que surgían en su vida cotidiana; y procuraba no dejar entrever signos de cansancio cuando él utilizaba más palabras —y más difíciles— de las necesarias para transmitir sus ideas. Pero su marido ideal era distinto de Philip en todos los aspectos, y aquellas dos imágenes jamás se confundían en una sola. Para Philip, ella era la única mujer que había en el mundo; era el único tema en el que no se atrevía a pensar, por miedo a que conciencia y discernimiento dictaminaran en su contra, y llegara a convencerse, en oposición a su voluntad, de que él no era el compañero que le convenía a su prima, que ella nunca sería de él, y que era una pérdida de tiempo mantenerla en el santuario máspreciado de su ser hasta el punto de excluir todos los objetivos serios y religiosos que, en cualquier otro caso, habrían sido los que prevalecieran en su vida. Pues Philip había sido educado entre cuáqueros, y compartía su desconfianza hacia los espíritus egoístas; no obstante, ¿acaso no era egoísta su fervorosa oración de «Dame a Sylvia o de lo contrario moriré»? Ninguna otra visión había cruzado su fantasía masculina; el suyo era un amor singular y constante que merecía un destino mejor. En aquel momento tenía bastantes esperanzas, como ya he dicho, no solo con respecto a que Sylvia llegara a sentir algo por él, sino en cuanto a la posibilidad de hallarse en una situación económica que le permitiera ofrecerle a Sylvia, como esposa suya, unas comodidades de las que nunca había disfrutado.

Pues los hermanos Foster estaban pensando en retirarse del negocio, e iban a cederles la tienda a sus dos dependientes, Philip Hepburn y William Coulson. Y no había más que evocar los últimos meses, y observar expresiones fortuitas y pequeñas indicaciones, para descubrir sus intenciones. Pero todos los pasos que daban se encaminaban a ello, y Philip conocía demasiado bien su habitual parsimonia como para experimentar la menor impaciencia para un avance más presuroso hacia un final que veía acercarse de manera inexorable. En aquellas fechas, el ambiente que reinaba entre los cuáqueros compartía ese carácter de templanza, y lo mismo ocurría con Coulson y Hepburn. Coulson también estaba al corriente de la perspectiva que se abría ante él y Hepburn; pero jamás hablaban entre ellos del asunto, aunque el hecho de que los dos lo sabían quedaba implícito de manera esporádica cuando se referían al futuro. Mientras tanto, los Foster ponían a sus dos sucesores al corriente de las interioridades del negocio. Por el momento, al

menos, los hermanos pensaban conservar parte de la tienda, incluso después de haber dejado la dirección en manos de los dependientes; y a veces pensaban en instalarse como banqueros en negocio aparte. La separación de los negocios —presentaban a sus dependientes a los lejanos fabricantes que les proveían de materia prima (en aquellos días el sistema de «viajantes» no estaba tan ampliamente organizado como en la actualidad)—, y todos los pasos se hacían de manera gradual; y ya Philip se veía en la digna posición de ser uno de los patrones de la principal tienda de Monkshaven, con Sylvia al lado como su esposa, vestida sin duda de seda, y con una calesa a su disposición. En cualquier visión que tuviera Philip de su futura prosperidad, era Sylvia la que más iba a disfrutar de ella, pues su vida seguiría transcurriendo, como hasta ahora, entre las cuatro paredes de la tienda.

LA FIESTA DE NOCHEVIEJA

El tener que ocuparse de cada vez más aspectos de la tienda tuvo muy atareado a Philip durante los meses posteriores al período al que nos hemos referido en el capítulo anterior. De haber recordado la última conversación con su tía, se habría sentido incómodo ante su incapacidad para llevar a cabo su promesa de vigilar a su hermosa prima, pero a mediados de noviembre, Bell Robson cayó víctima de una fiebre reumática, y su hija dedicó casi todo su tiempo a cuidarla. En la mente de Sylvia no hubo pensamientos de compañía ni diversión mientras duró la enfermedad de su madre. Vehemente en todos sus sentimientos, descubrió, en el temor a perder a su madre, el apasionado afecto que le profesaba. Hasta aquel momento había supuesto, como es habitual en los niños, que sus padres vivirían para siempre; y ahora que era cuestión de días, y que a lo mejor la semana siguiente su madre estaba enterrada y ya no volvía a verla nunca más, le servía en todo lo que podía, le demostraba su afecto a la menor oportunidad, como si esperara condensar el amor y cuidados de años en los pocos días que podían quedarle. Pero la señora Robson sobrevivió, comenzó a recuperarse lentamente, y antes de Navidad ya estaba sentada junto al fuego de la sala, pálida y debilitada, envuelta en chales y mantas, pero de nuevo en su sitio, donde Sylvia no había esperado volver a verla. Philip apareció una noche y encontró a Sylvia eufórica. Pensaba que estaba ya todo hecho, ahora que su madre volvía a estar en la sala; reía con alegría; besaba a su madre; le estrechaba la mano a Philip, y casi le daba pie a que él le hablara con más ternura de la que era habitual en él; pero, mientras él le hablaba, había que arreglar los cojines de su madre, y Sylvia ya no prestaba más atención a sus palabras que si se las dirigiera a la gata que, sobre las rodillas de la enferma, ronroneaba dando la bienvenida a aquella débil mano que suavemente le acariciaba el lomo. Robson no tardó en llegar, y parecía más viejo y menos locuaz que la última vez que Philip le viera. Instó a su mujer a que tomara un poco de aguardiente con agua; pero cuando ella se negó, casi como si detestara la simple idea de olerlo, él se contentó con compartir el té de su esposa, aunque no dejó de acusar a ese

brebaje de «aguar el corazón de los hombres» y de atribuirle la degeneración del mundo, que aumentaba muchísimo a su alrededor ahora que era anciano. Al mismo tiempo, ese pequeño sacrificio le puso de un inusual buen humor, y, mezclado con una verdadera alegría al comprobar que su mujer se estaba recuperando, le hizo recuperar algo de la ternura que, combinada con su habitual desenfado, había ganado el corazón de la sobria Isabella Preston muchos años atrás. Se sentó junto a Bell, le cogió la mano y habló de los viejos tiempos a la joven pareja que tenía delante; de sus aventuras y huidas, de cómo había conquistado a su esposa. Ella, sonriendo débilmente ante el recuerdo de aquella época, aunque medio avergonzada de que se revelaran algunos detalles de su noviazgo, decía de vez en cuando:

—Debería darte vergüenza, Dannel... yo nunca hice eso.

Y rechazos de este tipo.

—No te la creas, Sylvie. Era una mujer, y no existe ninguna mujer a la que no le guste tener un enamorado, y sabe perfectamente cuándo un mozo le pone ojos de cordero; y ay, antes de que él se entere, ya lo han pescado. Mi mujer era muy guapa, y así la consideraba todo el mundo, aunque ella iba con la cabeza bien alta, pues al ser una Preston procedía de una familia que en otra época había gozado de posición y dinero. Aquí tienes a Philip, quien me apuesto que se siente orgulloso de ser un Preston por parte de madre, pues eso se lleva en la sangre, muchacha. Me doy cuenta de cuándo un descendiente de los Preston está orgulloso de su parentela por la forma de la nariz. Philip y mi señora tienen una manera especial de poner la nariz, como si husmearan al resto de los mortales para saber si son lo bastante buenos para relacionarse con ellos. ¡Tú y yo somos Robson, muchacha, gente de galleta de avena, mientras ellos son de pastel fino! ¡Señor! Cómo me hablaba Bell. Era tan cortante que parecía que yo no fuera un cristiano, y en la época en que ya me amaba mucho, y yo lo sabía perfectamente, aunque fingía no saberlo. Philip, cuando te decidas a cortejar, ven a verme, y te diré algunos trucos. Y he demostrado lo bien que sé elegir esposa mediante signos e indicios, ¿no es verdad, señora? Acude a mí, muchacho, y enséñame a la moza, y yo le echaré un vistazo y te diré si vale la pena o no; y si lo merece, te diré cómo conquistarla.

—Dicen que va a casarse otra de las hijas de los Corney —manifestó la señora Robson, que hablaba con lentitud, en un hilo de voz.

—Caramba, es una suerte que lo menciones, pues se me había olvidado del todo. Anoche me encontré con Nanny Corney en Monkshaven, y me preguntó si nuestra Sylvia podía ir a la fiesta de Nochevieja, y así vería a

Molly y conocería a su marido, pues, como la boda fue en Newcastle, estarán en casa de su padre por Año Nuevo, y que habrá mucha diversión.

A Sylvia le subieron los colores, y sus ojos se avivaron, pues le habría gustado ir; pero entonces se acordó de su madre, y se le ensombreció el gesto. Su madre captó la expresión y el cambio de esta; y sabía qué significaban ambas cosas tan bien como si Sylvia hubiera expresado su deseo.

—Eso será el jueves por la noche —dijo—. Por entonces ya estaré fuerte y recuperada, y Sylvia podrá ir a la fiesta; lleva demasiado tiempo cuidándome.

—Todavía está débil —dijo Philip enseguida; no era su intención pronunciar aquellas palabras, pero le salieron sin querer.

—Creo que nuestra hija debería ir, si Dios quiere, si no se queda hasta muy tarde y si tú ya estás con fuerzas, mujer. Y ya te cuidaré yo esa noche, sobre todo si puedes soportar el buen y honesto olor a *whisky*. De manera que, muchacha, saca tus mejores telas y hazte un hermoso vestido, como corresponde a un Preston. A lo mejor vendré yo a buscarte, o a lo mejor te escoltará Philip, pues Nanny Corney también lo ha invitado a la fiesta. Dijo que su marido te vendría a ver antes por lo de la lana.

—No creo que yo pueda ir —dijo Philip, complacido en secreto de tener esa oportunidad a su disposición—. Estoy medio comprometido con Hester Rose y su madre para el oficio de año nuevo.

—¿Hester es metodista? —preguntó Sylvia, sorprendida.

—¡No! No es metodista, ni cuáquera, ni una persona que frecuente la iglesia; pero se interesa por las cosas serias, vengan de donde vengan.

—Bueno, pues —dijo el afable granjero Robson, viendo solo la superficie de las cosas—, ya iré yo a buscar a Sylvie cuando se acabe la parranda, y tú y tu joven amiga podéis ir a rezar; sobre gustos no hay nada escrito, es lo que yo digo.

Pero a pesar de haberse medio comprometido, y en contra de su inclinación natural, ir a casa de los Corney tentaba a Philip, pues allí estaría Sylvia, podría verla y disfrutar de su belleza y su porte, que sin duda serían superiores al de todas las demás chicas de la fiesta. Además (le dijo a su conciencia) le había prometido a su tía vigilar a Sylvia como si fuera un hermano. De modo que, durante los días que faltaban para la Nochevieja, disfrutó como cualquier otro joven con la perspectiva de aquel inminente jolgorio.

Ahora que todos los actores han interpretado sus papeles y se han retirado a descansar, surge algo conmovedor al dejar constancia de los fútiles

esfuerzos de Philip por obtener de Sylvia el amor que anhelaba. Pero, en aquella época, cualquiera que le hubiera observado habría esbozado una sonrisa al ver a ese joven serio, patoso y austero estudiar los patrones y colores para un chaleco nuevo, con la cabeza ladeada, con ese aire meditativo común a quienes están escogiendo una prenda nueva. Y la sonrisa se le habría ensanchado de poder leer en su imaginación los frecuentes ensayos de esa futura velada, en la que él y ella aparecerían ataviados con sus mejores galas para pasar unas cuantas horas en un ambiente alegre y festivo, entre personas cuya compañía les obligaría a comportarse el uno con el otro de manera distinta, menos familiar que en su trato diario, pero ofreciéndoles una oportunidad para expresar su rústica galantería. Pocas veces había asistido Philip a convites de ese tipo, e incluso aunque Sylvia no hubiera asistido, habría sentido esa especie de tímida excitación ante la perspectiva de algo tan poco habitual. Pero también es cierto que de no ser por la asistencia de Sylvia, la rígida conciencia de Philip habría planteado la pregunta de si tales festejos no eran algo demasiado mundano para que él participara en ellos.

Pero en realidad los hechos se le planteaban de una manera más simple. Él iba y ella iba. Y el día antes, había ido andando a paso vivo a Haytersbank Farm con un paquetito de papel en el bolsillo: una cinta decorada con el dibujo de una rosa silvestre, para Sylvia. Era la primera cosa que se atrevía a regalarle: la primera cosa de ese tipo, sería más exacto decir; pues cuando comenzó a darle clases le regaló el *Libro de ortografía* de Mavor, pero eso era algo que podría haber regalado, en su afán por difundir el conocimiento, a cualquier niñita ceporra que conociera. La cinta era un tipo de regalo distinto; él la tocaba suavemente, como acariciándola, cuando pensaba que ella la llevaría, la rosa silvestre (dulzura y espinas) parecía ser la flor adecuada para ella; el fondo verde y suave sobre el que se disponía el dibujo rosa y pardo era exactamente el color adecuado para resaltar su tez. Y en cierto modo ella le pertenecería: era su primo, su mentor, su acompañante, ¡su enamorado! Mientras que otros solo la admirarían, él podía albergar la esperanza de apropiársela; pues últimamente eran muy buenos amigos. La madre de Sylvia lo aprobaba, y al padre también le caía en gracia. Unos meses, quizá solo unas semanas más conteniendo sus emociones, y podría manifestar abiertamente sus deseos y lo que tenía que ofrecer. Pues había decidido, con la callada fuerza de su carácter, esperar hasta que todo quedara acordado entre él y los Foster antes de declararse a Sylvia o a sus padres. Y ese intervalo transcurrió en pacientes y silenciosos esfuerzos para que ella le encontrara aceptable.

Tuvo que entregarle la cinta a su tía para que esta se la diera a Sylvia, lo cual decepcionó sus fantasías, aunque intentó razonarse que era mejor así. No tenía tiempo para esperar a que Sylvia volviera del recado al que había ido, pues él estaba cada día más ocupado con los asuntos de la tienda.

Sylvia le hizo muchas promesas a su madre, y más aún a ella, de que no se quedaría hasta tarde en la fiesta, y de que volvería a la hora en que ella le indicara, y antes de que la luz de diciembre se desvaneciera, Sylvia se presentó en casa de los Corney. Tuvo que ir temprano para ayudar a colocar la cena, que se dispuso en el viejo y espacioso cuarto de estar adornado con banderitas, utilizado a veces como dormitorio principal, y que se abría al *hall* y era la habitación sacrosanta de la casa, tal como suele ocurrir con ese tipo de aposentos en las retiradas granjas del norte de Inglaterra. En ocasiones como la que nos ocupa se utilizan para dar hospitalidad; pero como dormitorio, al ocupar una extensión tan grande de la planta, es donde tienen lugar los nacimientos y fallecimientos de la casa. En casa de los Corney, los esfuerzos combinados de alguna generación anterior de la familia habían dado lugar a unas cortinas y cobertores de retazos; y la tela de retazos era realmente de retazos en aquella época, antes de que los primeros Yates y Peels hubieran averiguado el secreto de estampar hojas de perejil. Retazos de costosos chintz de la India se entremezclaban con calicós rojos y negros más corrientes en diminutos hexágonos; y la variedad de estampados tenía el útil propósito de promover la conversación y el más obvio de exhibir el gusto de la labor de las mujeres. Sylvia, por ejemplo, comenzó a charlar enseguida con su vieja amiga Molly Brunton, que la había acompañado a esa habitación para que se quitara el sombrero y la capa, con un comentario acerca de los chintz. Incliniéndose sobre el cubrecama, con una cara que se sonrojaba bajo cualquier circunstancia, le dijo a Molly:

—¡Querida! Nunca había visto algo así... a pesar de que a todo el mundo le gustan los ojos de la cola del pavo real.

—Pues claro que lo has visto muchas veces, chica. Pero ¿no te ha sorprendido ver a Charley? Nos lo encontramos en Shields, casi por sorpresa; y cuando Brunton y yo le dijimos que veníamos aquí, nada pudo impedirle que nos acompañara para celebrar aquí el año nuevo. Es una lástima que tu madre se haya puesto enferma justo ahora y tengas que volver tan pronto.

Sylvia ya se había quitado el sombrero y la capa, y comenzó a ayudar a Molly y a una de sus hermanas, más joven y soltera, a colocar los platos más sustanciosos de la cena.

—Mira —añadió la señora Brunton—, pon un poco de acebo en la boca de aquel cerdo, así es como lo hacemos en Newcastle; pero en Monkshaven la gente está tan atrasada. Es bonito vivir en una gran ciudad, Sylvia; y si buscas marido, te aconsejo que elijas uno que viva en la ciudad. Cuando vuelvo aquí me siento como enterrada viva, totalmente fuera de lugar después de haber estado en Newcastle, donde pasan tantos coches y carruajes durante el día. Estoy pensando en llevaros conmigo cuando vuelva a casa para que veáis un poco de mundo; es posible que lo haga.

A su hermana Bessie le gustó mucho el plan, pero Sylvia se sintió más ofendida que otra cosa ante el tono condescendiente de Molly, y replicó:

—No me gusta tanto ajetreo; con tantos coches y carruajes no oiría lo que me cuentas. Prefiero quedarme en casa; por no hablar de que madre no puede pasarse sin mí.

Fue, quizá, una manera poco amable de responder a las palabras de Molly Brunton, y así lo consideró ella, aunque había expresado su invitación con palabras de lo más corteses. E irritó aún más a Sylvia al repetir sus últimas palabras:

—«Madre no puede pasarse sin mí». Bueno, pues alguna vez tendrá que hacerlo, cuando te llegue la hora de casarte.

—No voy a casarme —dijo Sylvia—, y si lo hago, nunca me alejaré de mi madre.

—¡Vaya! No sabía que fueras tan mimada. Lo mucho que se reirá Brunton cuando se lo cuente; a Brunton le gusta mucho reírse. Me encanta tener un marido tan alegre. ¡Bueno...! Siempre tiene una broma preparada para todo lo que entra en la tienda, y seguro que tendrá algo gracioso que decir a todo lo que ocurra esta noche.

Bessy vio que Sylvia estaba enojada, y con más delicadeza que su hermana intentó cambiar de tema.

—Llevas una cinta muy bonita en el pelo, Sylvia; me gustaría tener una con ese dibujo. A padre le gusta que pongamos nueces alrededor de la ternera, Molly.

—Sé lo que hago —replicó la señora Brunton, sacudiendo su cabeza de mujer casada.

Bessy siguió preguntando por la cinta.

—¿Quedan más cintas de esas en la tienda donde la compraste, Sylvia?

—No lo sé —dijo Sylvia—. Es de Foster. Puedes ir a preguntar.

—¿Cuánto cuesta? —dijo Bessy, palpando un extremo para comprobar su calidad.

—No puedo decírtelo —replicó Sylvia—. Es un regalo.

—No te preocupes por el precio —dijo Molly—. Te compraré la suficiente para que puedas sujetarte el pelo, igual que Sylvia. Solo que tú no tienes tantos rizos como ella; tienes el pelo más liso, y no te quedará tan bien. ¿Quién puede habértela regalado, Sylvia?

—Mi primo Philip, que es dependiente de Foster's —dijo Sylvia con total inocencia.

Pero fue una oportunidad demasiado buena para que Molly pudiera utilizar su agudeza con ella, y no la dejó pasar.

—¡Vaya, vaya! ¿Así que nuestro primo Philip, eh? Y él seguro que no se irá a vivir lejos de tu madre. No hace falta ser ninguna adivina para atar cabos. ¿Viene él esta noche, Bessie?

—Me gustaría que no hablaras así, Molly —dijo Sylvia—. Philip y yo somos buenos amigos, pero jamás pensamos el uno en el otro de ese modo. Al menos, yo no...

—¡Hay que ver, Sylvia! Eres tan chapada a la antigua como mi madre. Como si hoy día todos tuviésemos que comer mantequilla dulce porque su madre la comía. «De ese modo», añadió Molly, repitiendo las palabras de Sylvia para reírse de ella, cosa que la estaba molestando mucho. «De ese modo». Pero ¿qué manera de hablar es esa? No he dicho nada de matrimonio, ¿verdad? No hace falta que te pongas tan roja ni te avergüences tanto por mencionar a tu primo Philip. Pero, como dice Brunton, si el sombrero es de tu talla, pónitelo. Me alegro de que también haya venido, pues como ya no tengo que coquetear ni cortejar, lo que más me gusta es mirar a los demás. Y tu cara me ha revelado tu secreto, Sylvia, aunque ya me lo olía antes de casarme.

Sylvia decidió en secreto no hablarle a Philip para no dar pábulo a las imaginaciones de Molly, y se preguntó cómo alguna vez le había tenido aprecio a esa chica, y cómo era posible que fueran tan amigas. La mesa ya estaba puesta, y lo único que faltaba era criticar un poco cómo había quedado.

Bessy estaba llena de admiración.

—¡Vaya, Molly! —dijo—. Apuesto a que en Newcastle no has visto tanta comida junta. Debe de haber cincuenta kilos de carne, además de todo tipo de pasteles. Llevo dos días sin cenar pensando en esta comilona; ha sido una carga muy pesada para mi imaginación, pero ahora que veo el aspecto que tiene me la he quitado de encima. Le dije a madre que no se acercara hasta que no lo hubiésemos colocado todo. Ahora voy a buscarla.

Bessy se fue corriendo al *hall*.

—No está mal, al estilo campestre —dijo Moll y con más condescendencia que aprobación—. Aunque, si lo hubiese pensado, habría traído algún ave hecha en bizcocho, con pasas en los ojos, para darle a la mesa un aire más distinguido.

Se abrió la puerta y Bessy entró sonriendo y sonrojada de orgullosa satisfacción. Su madre la seguía de puntillas, alisándose el delantal, y su voz no era más que un susurro:

—¡Ay, mi niña, qué bonito! Pero no le deis demasiada importancia, que piensen que siempre lo hacemos así. Si alguien menciona lo buena que está la comida, no os alteréis, y decid que tenemos cosas mejores en la casa: eso hará que coman con más apetito y se acuerden más de nosotros. Sylvie, te estoy muy agradecida por haber venido antes y haber ayudado a las chicas, pero ahora has de venir al vestíbulo, pues ya está llegando todo el mundo y tu primo ha estado preguntando por ti.

Molly le dio un leve codazo, lo que provocó que la cara de Sylvia se encendiera de bochorno y cólera. Se daba cuenta de que esa vigilancia que Molly había amenazado con dedicarle comenzaba de inmediato; pues Molly se dirigió a su marido y le susurró algo que le hizo soltar unas cuantas risotadas, y toda la noche Sylvia vio aquellos dos ojos que la seguían con esa expresión de quien está en el ajo. Sylvia apenas habló con Philip, y fingió no ver su mano tendida. Se dirigió al rincón de la chimenea e intentó ocultarse tras la amplia espalda del granjero Corney, que no tenía la menor intención de cederle su lugar habitual a ninguno de los jóvenes que habían ido a su casa... ni a nadie de más edad, si a eso vamos. Ese era el trono de su hogar, y allí se sentaba, y pensaba tan poco en abdicar de su rincón como el rey Jorge en abandonar el palacio de Saint James. Pero le alegraba ver a sus amigos; y tan solo por ellos se había afeitado en día laborable y puesto su chaqueta de los domingos. Pero los esfuerzos combinados de su esposa e hijos no habían bastado para convencerle de que cambiara ninguna otra prenda de su atavío; en respuesta a los argumentos de aquellos, negaba con la cabeza y decía:

—Si a alguien no le gusta verme con mi chaleco y mis pantalones de diario puede irse por donde ha venido.

Fue la frase más larga que pronunció ese día, pero la repitió varias veces. Le alegraba ver a los jóvenes, pero eran «de otra pasta», tal como solía expresarlo, y no se sentía en el deber de darles conversación. Eso se lo dejaba a su ajetreteada esposa, toda amabilidad y sonrisas, y a sus hijas y yerno. El único esfuerzo que hacía para mostrarse hospitalario consistía en quedarse sentado, fumando su pipa; cuando alguien se le acercaba, se la sacaba de la

boca por un instante y asentía de manera alegre y amistosa, sin decir palabra; y a continuación seguía fumando con mayor fruición tras ese momento de interrupción. Y se decía: «Estos jóvenes de hoy día piensan más en las chicas que en fumar. Con el tiempo ya se darán cuenta de su error. Dadles tiempo, dadles tiempo».

Y antes de que dieran las ocho, con todo el sigilo posible en un hombre de ochenta kilos de peso, se retiró a su dormitorio, tras haber acordado con su mujer que esta le subiría dos libras de ternera especiada y un buen vaso de grog bien cargado. Pero al principio de la velada constituía una buena pantalla para Sylvia, a quien el anciano le tenía mucha simpatía, pues se dirigió a ella en dos ocasiones:

—¿Tu padre fuma?

—Sí —dijo Sylvia.

—Alcánzame la bolsa de tabaco, chica.

Y eso fue todo lo que se dijeron durante el primero cuarto de hora que ella estuvo en su compañía.

Pues, a pesar de aquella pantalla, Sylvia sentía un par de ojos clavados en ella con un refulgir de admiración que incrementaba su honesto brillo. De algún modo, mirara en la dirección que mirara, siempre captaba la mirada de esos ojos antes de divisar otra cosa. Y lo que hacía era jugar con las cintas de su delantal. Había otro par de ojos —no tan bellos ni tan centelleantes—, profundamente engastados, serios, tristes, incluso lúgubres, que vigilaban todos sus movimientos; pero estos Sylvia no los advertía. Philip no se había recuperado del desaire sufrido cuando ella le rechazó la mano, y estaba de pie, inmóvil, inmerso en un airado silencio, cuando la señora Corney le llamó la atención acerca de una joven que acababa de llegar.

—Vamos, señor Hepburn, ahí tenemos a Nancy Pratt sin nadie que le dirija la palabra y usted aquí como un pasmarote. Dice Nancy que le conoce de vista, de haberle visto en Foster's estos últimos seis años. Veamos si ustedes son capaces de encontrar un tema de conversación, pues yo tengo que ir a servir el té. Han venido los Dixon, los Walker, los Elliott y los Smith —dijo, contando a las familias con los dedos y mirando a su alrededor—. Y solo faltan por llegar Will Lathman y sus dos hermanas, y Roger Harbottle, y Taylor, y todos aparecerán antes de que se acabe de servir el té.

Se acercó a una mesa para cumplir con su deber. Esta, colocada en paralelo al aparador, era el único mueble que quedaba en medio de la sala: los asientos se habían dispuesto todo lo pegados a las paredes que se había podido. Las velas de aquella época daban poca luz en comparación con la luz

del inmenso fuego, y era signo de hospitalidad mantenerlo todo lo rugiente y llameante que se pudiera; las muchachas ocupaban los asientos, exceptuando dos o tres de más edad, las cuales, ansiosas de mostrar su competencia, insistían en ayudar a la señora Corney en sus obligaciones, en gran parte para enojo de esta, pues había ciertos artilugios para economizar la crema y para que cada taza de té estuviera más o menos fuerte según la posición que ocupara en el mundo la persona que fuera a ingerirlo, que no quería que todo el mundo descubriera. Los jóvenes —a quienes el té no envalentona, y que todavía no han probado los licores fuertes— se congregaban con rústica timidez alrededor de la puerta, hablando entre ellos solo muy de tarde en tarde, cuando uno, al parecer el bromista de la fiesta, hacía algún comentario susurrado, que provocaba las risas de todos; pero al cabo de un minuto todos volvían a estar callados, y se pasaban el dorso de la mano por la boca para borrar tan incorrecta expresión, y a continuación algunos procuraban clavar la mirada en las vigas del techo, de una manera que resultaba decorosa, aunque bastante apartada del asunto que les había traído a ese salón. Casi todos eran jóvenes granjeros con quienes Philip nada tenía en común, y cuya compañía, con tímida reserva, había rehuido al llegar. Pero ahora prefería estar con ellos a tener que hablar con Nancy Pratt, a quien nada tenía que decirle. Sin embargo, difícilmente hubiese encontrado una muchacha que más casara con su carácter, pues era una joven decente, de una edad sensata, menos inclinada a las risitas que muchas otras mozas. Pero durante todo el rato que Philip le estuvo haciendo comentarios de lo más manido no dejó de preguntarse si no habría ofendido a Sylvia, por qué no le había estrechado la mano, y tal obsesión le convirtió en una compañía muy poco grata. Nancy Pratt, que durante algunos años había estado prometida con el tripulante de un barco ballenero, intuyó lo que le ocurría, y no se ofendió; al contrario, intentó complacerle compartiendo su admiración por Sylvia.

—A menudo me habían hablado de ella —dijo—, pero no me imaginaba que fuera tan guapa, ni tan formal y discreta. Normalmente, las chicas que son tan guapas como ella siempre ponen unos ojos como platos para atraer las miradas de los demás y saber que están pendientes de ellas; pero ella parece apenas una niña, un poco aturullada por estar rodeada de tanta gente; creo que por eso se ha quedado en ese rincón, procurando pasar desapercibida.

Justo en ese momento Sylvia levantó sus largas y oscuras pestañas, y al captar la mirada con que tantas veces se había topado aquella noche —Charley Kinraid estaba de pie y charlaba con Brunton al otro lado de la chimenea—, retrocedió hacia las sombras con un respingo, como si no

esperara ya verle, y al hacerlo se derramó el té sobre el vestido. Estuvo a punto de gritar; se sentía torpe, como si todo le saliera mal; se dijo que todo el mundo pensaría que no sabía comportarse en público, y no supo qué hacer; y mientras así estaba, aturullada y de un encarnado subido, vio, entre lágrimas, a Kinraid de rodillas ante ella, limpiándole el vestido con su pañuelo de seda, y le oyó hablar a través del zumbido de las voces que la compadecían.

—El tirador del aparador sobresale mucho. Esta misma tarde yo me he dado un golpe en el codo.

O sea, que quizá no era solo su torpeza, como todos sabían ahora, pues él, con mucha habilidad, le había echado la culpa al objeto; y después de todo resultó que el accidente había sido una excusa para que él se le acercara, lo cual resultaba mucho más agradable que tenerlo delante, mirándola; pues en ese momento Kinraid comenzó a hablarle, lo que resultó muy agradable, aunque al principio ella estuviera un poco azorada ante ese *tête-à-tête*.

—No la he reconocido al verla —dijo él, en un tono que daba a entender mucho más de lo que expresaban las palabras.

—Yo le he conocido enseguida —replicó ella, en voz baja, y a continuación se ruborizó y jugó con las cintas de su delantal, y se preguntó si debería haberle confesado lo bien que se acordaba de él.

—Se ha convertido en... bueno, quizá no sea muy correcto decir en qué se ha convertido... Sea como sea, no la volveré a olvidar.

Sylvia siguió jugando con las cintas del delantal, y con la cabeza aún más gacha, aunque en las comisuras de la boca se le comenzó a formar una tímida sonrisa de satisfacción. Philip lo contemplaba todo con la misma avidez que si aquello le proporcionara algún placer.

—Su padre, ¿está tan bien y tan campechano como siempre? —preguntó Charley.

—Sí —replicó Sylvia, y a continuación deseó que se le ocurriera algún comentario; él pensaría que era una estúpida si se limitaba a responder con monosílabos, y si la consideraba estúpida, probablemente volvería al lugar que ocupaba hasta ahora.

Pero Kinraid estaba demasiado impresionado por su belleza y por su actitud recatada y encantadora como para pensar si hablaba o no, siempre y cuando ella aparentara estar tan complacida con su compañía.

—Debo ir a ver un día a su padre, y también a su madre —añadió más lentamente, pues recordó que sus visitas del año anterior no habían sido tan bien recibidas por Bell Robson como por su marido; quizá se debió a la cantidad de alcohol que habían ingerido él y Daniel durante la velada.

Decidió que ese año iría con más cuidado para agradar a la madre de Sylvia.

Cuando se acabó el té hubo un gran ajetreo y casi todo el mundo cambió de sitio, mientras la señora Corney y sus hijas se llevaban las bandejas llenas de tazas usadas y las enormes fuentes de pan con mantequilla que habían sobrado a la trascocina, donde las lavarían en cuanto los invitados se hubieran marchado. Dándose perfecta cuenta de que no deseaba moverse e interrumpir la pequeña conversación que mantenía con Kinraid, Sylvia se obligó a mostrarse activa en el traslado de fuentes y bandejas, como correspondía a una amiga de la casa; y era demasiado hija de su madre como para sentirse cómoda dejando las cosas en ese desorden que para las hijas de los Corney era su segunda naturaleza.

—Me parece que hay que devolver esta leche a la vaquería —dijo Sylvia, cargando con la leche y la crema.

—No te molestes —dijo Nelly Corney—. Solo es Navidad una vez al año, y no pasa nada si se agria. Mamá dijo que en cuanto se acabara el té haría que los chicos y chicas jugaran a las prendas a ver si se mezclaban y se les soltaba un poco la lengua, así que vamos.

Pero Sylvia puso rumbo a la helada vaquería, y no quedó satisfecha hasta no haber dejado todas las provisiones que no se habían utilizado en un ambiente más fresco que aquel donde habían estado todo el día encendidos los fuegos y los hornos, cocinando pasteles dulces y salados y carne asada.

Cuando regresó, un corro de «mozos» de caras enrojecidas, que es como se denomina en Lancashire y Yorkshire a los hombres de treinta y cinco años que aún no se han casado, y también de chicas, cuya edad no comentaremos, practicaban una especie de juego campestre, en el que las mujeres parecían más interesadas que los hombres, a los que se veía un tanto ruborosos, como si tuvieran vergüenza ajena. La señora Corney, sin embargo, sabía cómo remediarlo, y a una señal suya trajeron una gran jarra de cerveza. Esa jarra era el orgullo de su corazón, y tenía la forma de un hombre grueso con calzones blancos y sombrero de tres picos; con un brazo sujetaba la pipa dentro de su boca ancha y sonriente, mientras que el otro, en jarras, componía el asa. Había también una gran ponchera de porcelana llena de un grog elaborado según una vieja receta marinera muy conocida en aquellos parajes, aunque no demasiado fuerte, pues si los invitados bebían demasiado al inicio de la velada «se estropearía la diversión», como había observado Nelly Corney. Su padre, sin embargo, siguiendo las ideas de hospitalidad imperantes en aquella época en los círculos superiores, había estipulado que todos los hombres

debían tomar «el suficiente» antes de volver a casa; y eso, en la jerga de Monkshaven, significa que se les daba la libertad de emborracharse, si les parecía conveniente.

No pasó mucho rato antes de que uno de los «mozos» sintiera un arrebató de admiración por Toby —el nombre del anciano caballero en cuyo interior se depositaba el licor— y se dirigiera a la bandeja para inspeccionarlo más de cerca. Rápidamente le siguieron otros mozos interesados en las vasijas de barro de formas curiosas; y al poco el señor Brunton (que había recibido de su suegra una justa ración de licor, de su suegro el encargo de que todos bebieran hasta hartarse, de su esposa y hermanas que nadie bebiera demasiado, en cualquier caso no al principio de la velada) consideró que había llegado el momento de rellenar a Toby; y un más vivo espíritu de alegría y jolgorio comenzó a reinar en la sala.

Kinraid estaba demasiado curtido como para preocuparse de la cantidad de licor que bebía; Philip tenía poco aguante, y le desagradaba el alcohol porque la inmediata consecuencia de ingerirlo era que le sobrevénia un intenso estado de irritabilidad, y al día siguiente un espantoso dolor de cabeza; de modo que mantuvo la misma actitud que al principio de la velada.

Todos reconocieron que Sylvia era la belleza de la fiesta, y como tal la trataron. Cuando jugaban a la gallinita ciega, allí donde iba siempre la pillaban; cada vez que jugaban a algo, se la invitaba repetidamente a hacer lo que indicara el juego, como si a todos complaciera ver su grácil figura y sus sutiles movimientos. Todo esto también alegró a Sylvia, que superó su timidez con todos excepto con Charley. Cuando los demás le prodigaban sus rústicos cumplidos, ella echaba la cabeza hacia atrás y procuraba quitarle importancia; pero cuando Charley le decía en voz baja algo lisonjero, le resultaba demasiado dulce a su corazón como para desdeñarlo de igual modo. Y, sin saber muy bien por qué, cuanto más cedía a esa fascinación, más evitaba a Philip. Este no le iba con halagos —nunca hacía cumplidos—, y la miraba con gesto quejoso, ojos anhelantes, y a cada momento que pasaba sentía aumentar sus deseos, al recordar con cuánta ilusión había esperado esa velada, de gritar para sus adentros *vanitas vanitatum*^[16].

Y ahora llegaban las prendas. Molly Brunton se arrodilló, la cara enterrada en el regazo de su madre; esta sacó las prendas una por una, y las sostuvo en alto, repitiendo la fórmula de rigor:

—Una cosa bonita y muy bonita, qué debe hacer el dueño de esta prenda.

A uno o dos se les dijo que se arrodillaran ante la más bonita, que le hicieran una reverencia a la más ingeniosa, y besaran a la que más les gustara;

otros tuvieron que darle un bocado al atizador^[17], o juegos de palabras similares. Y entonces sacó la hermosa cinta nueva de Sylvia que Philip le había regalado (estuvo a punto de arrancársela a la señora Corney de un manotazo y quemarla delante de todos, tan enfadado estaba).

—Una cosa bonita y muy bonita, una cosa especialmente bonita. ¿Qué debe hacer la dueña de esta prenda?

—Debe apagar una vela de un soplo y besar la palmatoria.

Al momento Kinraid ya había traído la única vela que había a mano, pues todas las demás se habían colocado en estantes altos e inaccesibles y otros lugares. Sylvia sopló la vela, y antes de que la repentina oscuridad parcial se acabara, Charley había cogido el candelabro, y, según el significado tradicional de las palabras, estaba en el lugar del candelabro, y como tal debía ser besado. Todos se rieron de la cara que puso la inocente Sylvia cuando se dio cuenta de cuál era el significado de esa penitencia, todos menos Philip, que casi se ahoga.

—Yo soy la palmatoria —dijo Kinraid, con una voz menos triunfal que la que habría tenido de haber besado a cualquier otra chica de la sala.

—Debes besar la palmatoria —gritaron los Corneys—, o nunca recuperarás tu cinta.

—Y Sylvia aprecia muchísimo esa cinta —dijo Molly Brunton con malicia.

—No besaré la palmatoria, ni tampoco a él —dijo Sylvia, en voz baja y resuelta, dando media vuelta, llena de confusión.

—Pues no recuperarás la cinta —gritaron todos a un tiempo.

—Me importa bien poco esta cinta —dijo Sylvia, lanzándoles una mirada colérica a quienes la atormentaban, con la espalda vuelta hacia Kinraid—. Y no pienso jugar más a esa clase de juegos —añadió, con una nueva indignación gestándose en su corazón mientras se dirigía al lugar que había ocupado antes en un rincón de la sala, lejos de los demás.

Philip se animó, y sintió el deseo de acercarse a Sylvia y revelarles cuándo aprobaba su conducta. ¡Pero ah, Philip! Sylvia, aunque era tan recatada como la que más, tampoco era una mojigata, y había sido criada en un ambiente rural sencillo y directo; y con cualquier otro joven, exceptuando quizá a Philip, no se lo habría pensado a la hora de fingir un fugaz beso en las manos o en las mejillas de la momentánea «palmatoria», igual que no se lo pensaban nuestros ancestros de mayor rango social en similares ocasiones. Kinraid, aunque mortificado por ese rechazo público, era más consciente de ello que el inexperto Philip; así que decidió no dejarse derrotar, y esperó su oportunidad.

Por el momento siguió jugando como si la conducta de Sylvia no le hubiera afectado en lo más mínimo, como si apenas se diera cuenta de que ella había abandonado el juego. Mientras Sylvia veía cómo otros, de manera muy natural, se sometían a penitencias similares, comenzó a irritarse consigo misma por habérselo pensado dos veces, y casi la irritó el que su conciencia le hubiera impedido hacer lo que le pedían. Tenía los ojos llenos de lágrimas al verse tan aislada de aquel alegre juego, y no dejaba de pensar en el ridículo que había hecho; pero creía que nadie la veía llorar; y, avergonzada de ser descubierta cuando hubiera una pausa en la diversión, se dirigió de manera furtiva hacia el gran cuarto de estar en el que había ayudado a poner la mesa con la intención de remojarse los ojos y beber un poco de agua. Durante un instante se echó de menos a Charley Kinraid en el círculo del que era el alma, y cuando regresó llevaba una sonrisa de satisfacción en la cara, que los que habían seguido el juego pudieron comprender; pero no la vio Philip, quien, en medio del ruido y movimiento incesante que había en torno a él, no se dio cuenta de que Sylvia había abandonado la sala hasta que esta no regresó al cabo de un cuarto de hora, más encantadora que nunca, la tez resplandeciente, los ojos bajos, el pelo recién arreglado, atado con una cinta marrón en lugar de la que supuestamente había perdido. Daba la impresión de que no deseaba que nadie se apercibiera de su regreso, deslizándose suavemente tras los alegres mozos y mozas con movimientos silenciosos, y con un contraste tan marcado con ellos, con su aspecto fresco, limpio y recatado, que tanto a Philip como a Kinraid les resultaba muy difícil apartar los ojos de ella. Pero este último poseía en su corazón un secreto triunfo que le permitía proseguir con su diversión como si le absorbiera, mientras que Philip se alejó del grupo de jóvenes y se acercó hasta donde se encontraba Sylvia, de pie y en silencio, junto a la señora Corney, quien, con los brazos en jarras, se reía de la juerga y la diversión que imperaba en la sala. Sylvia dio un leve respingo cuando Philip se dirigió a ella, y, tras haberle vuelto la mirada, desvió los ojos; le respondió de manera lacónica, pero con desacostumbrada gentileza. Él solo le había preguntado que cuándo quería que la llevara a casa; y ella, un poco sorprendida ante la idea de volver cuando la velada, para ella, parecía estar comenzando, le respondió:

—¿Volver a casa? ¡No lo sé! ¡Es Nochevieja!

—¡Sí, pero tu madre se estará despierta hasta que llegues, Sylvia!

Pero la señora Corney, que había oído la pregunta, intervino reprochándole a Philip su actitud.

—¡Volver a casa! ¡Y no ver comenzar el Año Nuevo! ¡Vaya, y para qué van a querer estar en casa ahora! ¿No había una luna tan clara como el día? ¿Y hay a menudo una diversión como esta? ¿Y van a tener que acabar la fiesta antes de que llegue Año Nuevo? ¿Y no ha habido una buena cena, con ternera especiada que llevaba casi dos meses en adobo, y jamón, y pasteles de carne, y no sé qué más? Y les ha molestado que mi marido se fuera a la cama, o porque se haya retirado temprano piensan que no recibe con los brazos abiertos a sus amigos, e ignoran que no se acostaría más tarde de las ocho ni por el rey Jorge en su trono, como él les diría enseguida, solo con que subieran y le preguntaran. Bueno, Bell ya sabía que tendría que pasarse sin su hija, así que no creo que diga nada.

Y esa idea se apoderó de la mente de la señora Corney, y no permitiría que ninguno de sus invitados se marchara antes de haber hecho justicia a sus preparativos; y, callando en seco, dejó a Sylvia y Philip juntos de manera precipitada.

A Philip se le aceleró el corazón; su sentimientos hacia ella no habían sido tan fuertes ni tan claros desde que ella se negara a besar «la palmatoria». Estaba a punto de hablar, de decir algo explícitamente cariñoso, cuando el tajo de madera que el grupo de jóvenes utilizaba en su juego pasó entre ellos y puso fin a ese breve momento de intimidad. Todos se movían de silla en silla, y cuando acabó todo aquel trajín, Sylvia estaba sentada a cierta distancia de su primo, y él estaba de pie fuera del círculo, como si no jugara. De hecho, Sylvia había ocupado inconscientemente su lugar como actor en el juego mientras él seguía de espectador, y, como resultó, de oyente de una conversación que no estaba destinada a sus oídos. Philip estaba de pie, apretado contra la pared, cerca del gran reloj de pared, al que no había que dar cuerda más que cada ocho días, y la cara redonda y sonriente de este, en forma de luna, componía un absurdo contraste con la cara larga, cetrina, grave de Philip, que se hallaban casi a la misma altura. Ante él se sentaban Molly Brunton y una de sus hermanas, con las cabezas muy juntas y demasiado inmersas en su conversación como para atender al juego. Sus palabras llamaron la atención de Philip:

—Me apuesto lo que quieras a que él la besó cuando se fue corriendo al cuarto de estar.

—Ella es tan recatada que no se lo permitiría —replicó Bessy Corney.

—No ha podido evitarlo, y aunque ahora se las dé de tímida y mojigata — y en ese momento las dos se volvieron hacia donde estaba Sylvia—, estoy

segura de que Charley no es de los que dejan pasar su prenda; y ya ves que él no ha vuelto a mencionar el asunto, y ella ya no le tiene miedo.

Había algo en la expresión de Sylvia, y, ay, en la de Charley Kinraid, que acabó de convencer a Philip. No dejó de observarlos durante el intervalo que precedió a la cena; había cierta intimidad entre ellos, y sin embargo se mostraban tímidos el uno con el otro, de una manera que enfurecía al tiempo que desconcertaba a Philip. ¿Qué le susurraba Charley cuando se cruzaban? ¿Por qué se quedaban tanto rato juntos? ¿Por qué Sylvia tenía esa expresión soñadora y feliz, y por qué daba ese respingo cada vez que la llamaban a jugar, como si la arrancaran de algún pensamiento agradable? ¿Por qué los ojos de Kinraid siempre parecían buscarla, mientras que los de ella se mantenían apartados, o bajos, y sus mejillas encendidas? El sombrío ceño de Philip se fue haciendo más sombrío mientras los miraba. Él también dio un respingo cuando la señora Corney, que estaba a su lado, le rogó que entrara a cenar junto con algunos de los invitados de más edad, que no jugaban; pues el cuarto de estar no era lo bastante grande para todos, ni aunque se apretaran y comprimieran y se sentaran juntos en las sillas, algo que en Monkshaven no dejaba de formar parte de la etiqueta. Philip también era demasiado reservado para expresar su decepción y enfado por haberse visto arrastrado a tener que vigilar de ese modo a Sylvia; no le apetecía ninguna de las viandas que le ponían delante, y le costó una enormidad poner una sonrisa forzada cuando Josiah Pratt le pidió que aplaudiera algún chiste campestre. Cuando terminó la cena, hubo una pequeña discusión entre la señora Corney y su yerno referente a si había que pedir a los invitados que relataran alguna historia o cantaran una canción, como era costumbre en tales reuniones. Brunton había estado ayudando a su suegra a instar a la gente a que comiera, atiborrando sus platos de cosas exquisitas e inesperadas, llenando los vasos en el extremo de la mesa más alejado de la entrada, y las jarras que suplían la deficiencia de vasos en la más cercana. Y ahora que todo el mundo ya estaba saciado, por no decir repleto, las dos personas que habían atendido a sus necesidades estaban inmóviles, acaloradas y exhaustas.

—Ya están casi llenos —dijo la señora Corney, con una sonrisa de satisfacción—. Lo correcto es preguntar si alguien sabe cantar.

—Será lo correcto para los que ya están repletos, pero no para los que están en ayunas —replicó Brunton—. Pues los que están en la habitación de al lado aún no han probado bocado, y el que tiene la tripa vacía no está para cantos.

—Pero los que ya han comido se lo tomarán a mal si no se lo pedimos. No hace ni un momento he oído cómo Josiah Pratt se aclaraba la garganta, y tiene en tanta estima su voz como un gallo su cacareo.

—Si alguno se pone a cantar, creo que todos querrán dar el do de pecho.

Pero fue Bessy Corney quien resolvió el dilema. Abrió la puerta para ver si los que estaban fuera no querían entrar a por su parte del banquete; y ya lo creo que entraron, a toda prisa, alegres y alborotadores, y apenas le dieron tiempo al primer grupo a levantarse de sus asientos y ya los ocupaban ellos. Algunos jóvenes, desembarazados ya de su previa timidez, ayudaron a la señora Corney y a sus hijas a llevarse los platos vacíos. No había tiempo para cambiar los platos ni para lavarlos; pero entonces observó la señora Corney con una carcajada:

—Estamos entre amigos, y en algún caso entre algo más que amigos, así que no hace falta ser tan quisquillosos con los platos. El que consiga uno limpio, afortunado él; y el que no tolere utilizar un plato ya usado, pues que se las arregle sin.

Parecía que, aquella noche, el destino de Philip consistía en no poder moverse del sitio; pues de nuevo el espacio que había entre los bancos y la pared quedó lleno con la avalancha de personas que entró antes de que tuviera tiempo de salir; lo único que pudo hacer fue seguir sentado donde estaba. Pero entre las ajetreadas cabezas y los brazos que se extendían en toda su longitud distinguió a Charley y a Sylvia, sentados juntos, hablando y escuchando más que comiendo. Se hallaba ella en un nuevo estado de felicidad que no podía razonarse ni explicarse, pues era una sensación más exquisita que todo lo que había experimentado antes; pero de pronto levantó los ojos y divisó la cara de extremo disgusto de Philip.

—Oh —dijo Sylvia—, debo irme. Ahí está Philip, y me mira de una manera...

—¡Philip! —dijo Kinraid, ceñudo de pronto.

—Mi primo —replicó ella, comprendiendo de manera instintiva lo que acababa de cruzar la mente de Kinraid, y ansiosa por borrar cualquier sospecha de que pudiera tener ya un enamorado—. Madre le dijo que me acompañara a casa, y no le gusta acostarse tarde.

—Pero no tienes por qué marcharte. Yo te acompañaré a casa.

—Pero madre está enferma —dijo Sylvia, a quien la conciencia le remordía un poco por haberse olvidado completamente de todo lo que no fuera el disfrute del presente—, y le dije que no llegaría tarde.

—¿Y siempre mantienes tu palabra? —preguntó él, con un dejo cariñoso en el tono.

—Siempre. Al menos, eso creo —replicó ella, sonrojándose.

—Entonces si te pido que no me olvides, y me das tu palabra, puedo estar seguro de que la mantendrás.

—No pensaba olvidarte —dijo Sylvia, con un hilo de voz tan fino que él no la oyó.

Kinraid intentó que Sylvia repitiera lo que había dicho, pero ella se negó, y lo único que pudo conjeturar es que había sido muy revelador, y que por eso no quería repetirlo, lo que le resultó ya de lo más encantador.

—Te acompañaré a casa —dijo Kinraid mientras Sylvia se levantaba para marcharse, tras haber vislumbrado una vez más la expresión furiosa de Philip.

—¡No! —dijo ella de inmediato—. No puedo ir contigo.

Le parecía que debía apaciguar a Philip, y sabía en lo más profundo de su ser que si una tercera persona se sumaba a su *tête-à-tête* acabaría molestándose aún más.

—¿Por qué no? —dijo Charley, bruscamente.

—¡Oh! No lo sé, pero por favor, no lo hagas.

Cuando pronunció esas palabras ya se había puesto la capa y la capucha, y se encaminaba lentamente hacia la puerta sin separarse de la pared, seguida por Charley e interrumpida a menudo por indignadas protestas en contra de su marcha y por privar al grupo de su compañía. Philip permanecía en pie, sombrero en mano, en la puerta que había entre la cocina y el cuarto de estar, mirándola con una fijeza que entraba de lleno en la mala educación, y atrayendo muchas pullas y chanzas por contemplar de ese modo a su hermosa prima.

Cuando Sylvia llegó junto a él, dijo:

—Estás lista para irte, ¿verdad?

—Sí —respondió ella, en tono suplicante—. ¿No hace mucho que esperas, verdad? Ahora mismo he acabado de cenar.

—No has parado de hablar, por eso has tardado tanto en cenar. ¿Ese tipo no vendrá con nosotros, verdad? —dijo cortante al ver que Kinraid hurgaba entre el montón de ropa de hombre, arrojadas en la trascocina, buscando su gorra.

—No —dijo Sylvia, asustada por la feroz expresión de Philip y por su tono vehemente—. Le he dicho que no viniera.

Pero en ese momento se abrió la puerta y apareció Daniel Robson en persona: lleno de vida, corpulento y sonrosado, una alegre personificación del

invierno. Su holgado abrigo de boyero estaba cubierto de copos de nieve, y a través del marco negro de la puerta podía verse un mundo blanco y desolado de páramos y campos, en el que la nevada había llenado la oscura atmósfera. Robson pateó el suelo con sus pies cubiertos de nieve y zarandeó el cuerpo, aún de pie sobre la estera, y en la cocina, grande y cálida, penetró una gélida corriente de aire. Se rió de todos los presentes antes de hablar.

—Como habéis visto es un nuevo año bien frío, aunque aún no hayan dado las doce. Y llegaréis a casa bien cubiertos de nieve, como me llamo Dannel, si os quedáis hasta las doce. Más vale que os apresuréis y volváis a casa. ¡Charley, amigo mío! ¿Cómo estás? ¿Quién me hubiera dicho que iba a volver a verte por aquí? No, señora, el año nuevo tendrá que pasarse sin mí, pues le he prometido a mi señora que llevaría a Sylvie a casa lo antes posible, pues está aún despierta y preocupada por la nevasca y no sé qué más. Muy amable, señora, pero no quiero comer nada; solo una gota de algo caliente para quitarme el frío de encima, y desearle felicidades. Philip, muchacho, no lamentarás que te libre de la caminata hasta Haytersbank en una noche como esta. Mi señora estaba tan inquieta por Sylvie que ha pensado que mejor que viniera yo, y os echara un vistazo y le contara algo del jolgorio. Más vale que encerréis a vuestras ovejas, señor Pratt, pues me parece que no verán una brizna de hierba en dos meses; y he estado lo bastante en el mar, y también en la tierra, para conocer las señales y los prodigios. Muy bueno este grog, de todos modos, y ha valido la pena venir para probarlo —dijo tras haber engullido un vaso lleno de mitad licor, mitad agua—. Kinraid, si no viene a verme antes de que pasen un par de días, usted y yo tendremos unas palabras. Vamos, Sylvie, ¿qué pretendes, reteniéndome aquí tanto rato? Vaya, ya está la señora Corney sirviéndome otro vaso de esa maravilla. Bueno, esta vez brindaré para que los casados sean felices y los solteros se casen y coman perdices.

Todo ese rato, Sylvia permaneció junto a su padre, lista para salir, y no poco aliviada porque hubiera aparecido para escoltarla a casa.

—¡Estoy dispuesto a ir a Haytersbank esta misma noche, señor! —dijo Kinraid con total desenvoltura, una desenvoltura que Philip envidió, pero que fue incapaz de imitar al intentar ejercer la autoridad que su tía le había delegado para amonestar a Sylvia si el comportamiento de esta era frívolo o irresponsable, y de advertirla en caso de que desaprobara alguna de las personas con que se relacionaba. Se sentía, además, hondamente decepcionado al haber perdido la oportunidad de regresar con ella.

En cuanto los Robson se hubieron marchado, Charley y Philip se quedaron sin saber qué hacer. A los pocos minutos, sin embargo, el primero, acostumbrado a tomar decisiones rápidas, decidió que Sylvia y no otra sería su esposa. Habitado a ser popular entre las mujeres, y versado en leer los signos que delataban cuándo estas se sentían atraídas por él, no preveía ninguna dificultad en conquistarla. Satisfecho con el pasado, y con agradables perspectivas para el futuro, poco le costó desviar su atención hacia la chica más guapa después de Sylvia, y alegrar la reunión con su buen humor y su espíritu optimista.

La señora Corney consideró su deber insistirle a Philip para que se quedara, ahora que, tal como ella lo expresó, no tenía que acompañar a nadie a su casa y faltaba tan poco para el año nuevo. A cualquier otro de los presentes habría añadido el contundente argumento de que «Me tomaré a mal que se marche», pero se veía incapaz de decirle eso a Philip, pues ciertamente su gesto delataba que no haría más que aguarle la fiesta. De modo que, tras despedirse con toda la cortesía que ambos pudieron reunir, Philip se marchó. Cerró las puertas de la casa y se adentró en esa terrible noche, caminando solo hacia Monkshaven. El aguanieve casi le cegaba, pues el viento procedente del mar se la echaba directamente a la cara; tan fuerte era que casi no le dejaba avanzar. La brisa traía el rugido del mar; llegaba más luz del suelo emblanquecido que del cielo oscuro. Los caminos entre los campos le habrían confundido de no conocer los huecos que habían entre las cercas, que dejaban ver la tierra blanca que había más allá, entre las paredes de piedra oscura. No obstante, él siguió su camino sin vacilar, dejándose guiar de manera inconsciente por el instinto animal que coexiste con el alma humana, y que a veces toma el mando del cuerpo, cuando las facultades más nobles del individuo se ven sometidas a un intenso sufrimiento. Por fin llegó al camino principal, subiendo penosamente la colina, desde la cual, durante el día, se veía Monkshaven. Ahora todos los accidentes del paisaje quedaban ocultos por la oscuridad de la noche, contra la cual los copos de nieve se veían cada vez más cercanos, gruesos y veloces. De pronto las campanas de Monkshaven comenzaron a sonar para darle la bienvenida al año nuevo de 1796. Traían la dirección del viento, y parecía que el sonido fuera arrojado con tremenda fuerza a la cara de Philip. Bajó la colina al ritmo del alegre sonido: pero si su sonido era alegre, su corazón estaba triste. Al enfilear la calle Mayor de Monkshaven vio cómo se iban apagando las luces encendidas hasta ahora en los cuartos de estar, dormitorios y cocinas. El nuevo año había llegado, y la expectación había terminado. Comenzaba la realidad.

Dobló a la derecha, entró en el patio donde estaba la entrada de su casa. Aún se veía una luz, y se oían voces de jolgorio. Abrió la puerta; Alice, su hija y Coulson estaban de pie, como si le esperaran. La capa húmeda de Hester colgaba de una silla delante del fuego; ella tenía la capucha puesta, pues ella y Coulson habían asistido a la vigilia de Año Nuevo.

La solemne agitación de las vigiliass había dejado su huella en el semblante y el ánimo de ella. Había una luz espiritual en sus ojos normalmente sombríos, y un leve rubor en sus pálidas mejillas. Algunos sentimientos meramente personales y egoístas se mezclaban con los mejores deseos para todos sus semejantes. Bajo la influencia de tan inmenso amor al prójimo, Hester olvidó su reserva habitual, y cuando Philip entró se acercó para felicitarle el Año Nuevo, felicitación que anteriormente ya había intercambiado con los otros dos.

—¡Feliz año nuevo, Philip, y que Dios te proteja en todos sus días!

Él le tomó la mano, y se la estrechó cálidamente en respuesta. Al retirarla, el rubor de las mejillas de ella se hizo más intenso. Alice Rose mencionó en tono cortante lo tarde que era y que estaba muy cansada; y a continuación ella y su hija subieron las escaleras hacia su dormitorio, en la parte de delante, y Philip y Coulson se retiraron al que compartían en la parte de atrás.

13

DESCONCIERTOS

Coulson y Philip eran amigos, pero no íntimos. Jamás habían reñido, pero tampoco se tenían mucha confianza; lo cierto es que los dos eran personas reservadas y silenciosas, y probablemente se profesaban un respeto mutuo por su discreción.

En el corazón de Coulson había un sentimiento oculto que, en un individuo menos afable, habría engendrado aversión hacia Philip. Pero eso era algo de lo que este no se daba cuenta: no solían intercambiar muchas palabras en el dormitorio que los dos compartían.

Coulson le preguntó a Philip si lo había pasado bien en casa de los Corney, y este replicó:

—No mucho; esas fiestas no son de mi agrado.

—Y sin embargo no has asistido a la vigilia para ir allí.

No hubo respuesta; de modo que Coulson siguió hablando, como si fuera un deber impuesto, con la idea de no desaprovechar la ocasión: la primera que se le presentaba desde que el buen ministro metodista había advertido a su congregación de manera solemne que estuvieran atentos a las oportunidades que iba a brindarles el año que ahora comenzaba.

—Jonas Barclay nos ha dicho que los placeres del mundo son como las manzanas de Sodoma^[18], hermosas a la vista, pero harinosas al gusto.

Coulson, sabiamente, calló para que Philip se aplicara aquellas palabras. Pero lo único que hizo este fue echarse en la cama con un hondo suspiro.

—¿No vas a desvestirte? —dijo Coulson mientras se metía en la cama y se tapaba.

El silencio se prolongó. Philip no dijo nada, y Coulson pensó que se había dormido. Pero le sacaron de su primer sueño los sigilosos movimientos de Hepburn. Philip se lo había pensado mejor, y un tanto arrepentido por haberse mostrado tan hosco con Coulson, intentaba no hacer ruido mientras se desnudaba.

Pero no pudo dormir. Se reiteraban en su imaginación la cocina de los Corney y las escenas que habían ocurrido en ella, que pasaban ante sus ojos cerrados como una obra de teatro. De pronto, furioso ante esa tediosa y recurrente visión, los abrió, e intentó discernir los perfiles de la habitación y los muebles en la oscuridad. El techo blanco se inclinaba para encontrarse con las paredes encaladas, y contra estas destacaban las cuatro sillas de asiento de junco, el espejo que colgaba a un lado, el viejo cofre de roble labrado (era de su propiedad, tenía grabadas las iniciales de olvidados ancestros) que contenía su ropa; las cajas que pertenecían a Coulson, que dormía a pierna suelta en su cama, en el rincón opuesto de la estancia; la ventana de bisagras del techo, a través de la cual se veía perfectamente la nieve que cubría la empinada colina; y cuando llegó a ese punto en el catálogo de la habitación, cayó en un inquieto sueño febril, que duró dos o tres horas; y entonces se despertó sobresaltado, y con cierta desazón, aunque al principio no pudo recordar a qué obedecía.

Cuando evocó todo lo ocurrido la noche anterior, le impresionó más favorablemente que en el momento. La mañana, si no alegría, sí traía esperanza; y en cualquier caso, ya era hora de levantarse y ponerse en marcha, pues la luz de finales del invierno se deslizaba ya colina abajo, y sabía, aunque Coulson siguiera durmiendo, que era mucho más tarde de la hora a la que solían levantarse. Sin embargo, como era Año Nuevo, época de cierta licencia, Philip se apiadó de su compañero y no le despertó hasta que no estuvo ya listo para salir.

Con los zapatos en la mano, bajó silenciosamente las escaleras, pues desde el tramo superior pudo comprobar que ni Alice ni su hija habían bajado aún, pues los postigos de la cocina estaban cerrados. La señora Rose tenía la costumbre de levantarse temprano, y tenerlo todo limpio y resplandeciente para cuando bajaran sus inquilinos; pero también era cierto que, por lo general, se acostaba antes de las nueve, mientras que la noche anterior eran ya más de las doce cuando se retiró. Philip se puso a abrir los postigos, y a continuación intentó partir el carbón que estaba junto al fuego haciendo el menor ruido posible, pues le daban pena los que dormían, agotados. El hervidor estaba vacío, probablemente porque la señora Rose no había sido capaz de enfrentarse a la tormenta de la noche anterior y llevarlo hasta la bomba que había a la entrada del patio. Cuando Philip volvió de llenarlo, se encontró a Alice y a Hester en la cocina, donde se apresuraban en sus tareas para recuperar el tiempo perdido. A Hester se la veía atareada, y llamaba la atención con su vestido sujeto atrás con alfileres, y el pelo recogido bajo un

gorro limpio de lino; pero Alice estaba furiosa consigo misma por haber dormido hasta tan tarde, y por esa y otras causas le habló desabridamente a Philip cuando este entró con los pies cubiertos de nieve y el hervidor lleno.

—¡Míralo! Mojando las losas que limpié ayer por la noche y entrometiéndose en las labores de las mujeres.

Philip se quedó sorprendido y enfadado. Había hallado alivio a sus pensamientos en aquella ocupación que pensaba que podía ser de ayuda. Dejó el hervidor en aquellas manos que se lo arrancaron de un tirón y se sentó detrás de la puerta malhumorado. Pero el hervidor estaba más lleno de lo que la anciana esperaba, y pesaba más, y fue incapaz de subirlo hasta el gancho del que normalmente colgaba. Buscó con la mirada a Hester, pero esta se había ido a la trascocina. Al momento Philip estaba a su lado, y lo había colocado en su sitio. Ella le miró fijamente a la cara durante un instante, y casi ni se dignó darle las gracias; al menos, el sonido de las palabras no pasó de los labios que las formaron. Tras verse así rechazado, Philip volvió a su silla, y mecánicamente observó cómo preparaba el desayuno; pero sus pensamientos regresaron a la noche anterior, y el relativo alivio de su corazón desapareció. La actividad de un nuevo día le había hecho sentir que no tenía causa suficiente para la irritación y abatimiento de la noche anterior; pero ahora, condenado a sentarse en silencio, repasaba miradas y palabras, y veía que su desazón tenía una justa razón. Tras meditarlo, decidió ir a Haytersbank aquella misma noche y tener una conversación con Sylvia o con su madre, aunque no decidió cuál sería el propósito exacto de esa charla; casi todo dependía de la actitud y disposición de Sylvia, y del estado de salud de su tía; pero en cualquier caso, algo averiguaría.

Durante el desayuno ya averiguó algo, aunque no todo lo que hubiera descubierto un hombre más perspicaz y engreído que Philip. Solo se enteró de que la señora Rose estaba enfadada con él por no haber asistido a la vigilia con Hester, tal como habían acordado semanas antes. Pero él alivió su conciencia recordando que no había hecho ninguna promesa; simplemente había expresado su deseo de estar presente en el servicio que Hester estaba mencionando; y aunque en aquel momento, y hasta poco antes de la víspera de Año Nuevo, fue su intención asistir, también estaba William Coulson para acompañarla, por lo que su ausencia probablemente ni se había notado. Sin embargo, le incomodaba el cambio de actitud de la señora Rose; en un par de ocasiones se dijo que qué poco sabía ella de lo desdichado que se había sentido durante la «alegre velada» de la noche anterior, como ella insistía en llamarla, pues de lo contrario no le hablaría con ese insistente encono. Antes

de salir para dirigirse a la tienda, mencionó su intención de ir a ver cómo estaba su tía y hacerle la visita de Año Nuevo.

Hepburn y Coulson se turnaban una semana uno y otra semana el otro a la hora de ser el primero en ir a comer, pues el que llegaba primero comía con la señora Rose y su hija, mientras que el otro encontraba su ración en el horno para que no se enfriara. Aquel día le tocaba a Hepburn ser el último. Toda la mañana la tienda estuvo llena de clientes, aunque acudieron más para felicitar el Año Nuevo que para comprar, y con la mente puesta en el pastel y el vino que los dos hospitalarios hermanos Foster insistían en ofrecer a todos los que iban a transmitirles sus mejores deseos. Fue un día de mucho ajeteo para todos: para Hester, que se encargaba en exclusiva de los gorros, cintas y prendas femeninas, y para los dependientes y mozos del departamento de mercería y comestibles. Philip atendía a sus obligaciones con la mente en otra parte; y la consecuencia era que su actitud no le hacía muy recomendable a los clientes, algunos de los cuales tenían una imagen muy distinta de él: cortés y atento, aunque serio y tranquilo. La mujer de un granjero, bastante pechugona, le comentó que le veía cambiado. Llevaba a su hijita con ella, una niña de unos cinco años, que había sentado sobre el mostrador, y que observaba a Philip con una mirada de preocupación; de vez en cuando susurraba al oído de su madre y luego ocultaba la cara contra la capa.

—Tenía muchas ganas de verle, y no creo que usted se acuerde de ella. Hija mía, se ha olvidado completamente de lo que te dijo hoy hace justo un año, que te daría una barrita de caramelo si le decorabas un pañuelo con una cenefa.

Al oír estas palabras, la cara de la niña quedó enterrada en el confortable ancho del paño, mientras su manita extendida le entregaba un cuadradito de tosco hilo.

—Ya ve, ella no se ha olvidado, y ha hecho cinco puntadas cada día, bendita sea; ya me parecía que no se acordaría de ella. Es Phoebe Moorsom, y yo soy Hannah, y he venido a menudo a esta tienda estos últimos quince años.

—Lo siento mucho —dijo Philip—. Anoche estuve levantado hasta tarde, y hoy estoy un poco aturdido. ¡Vaya! Esto es muy bonito, Phoebe. No te quepa duda que te lo agradezco mucho. Y aquí tienes cinco barras de caramelo, una por cada puntada, y también muchísimas gracias a usted, señora Moorsom.

Philip cogió el pañuelo con la esperanza de haber enmendado lo suficiente el no haberla reconocido. Pero la niñita se negó a que la bajarán, y le susurró de nuevo algo a la madre, quien sonrió y le rogó que se callara. Philip, no

obstante, comprendió que había algún deseo no satisfecho por parte de la muchachita que él debía indagar, y así lo hizo.

—Es un poco tontuela. Dice que usted le prometió darle un beso y hacerla su esposa.

La niña sepultó aún más la cara en el cuello de su madre, y rechazó el beso que Philip le ofrecía de buena gana. Todo lo que consiguió Philip fue tocar la nuca blanca y rolliza de la niña con los labios. La madre se la llevó, solo satisfecha a medias, y Philip se dijo que debía intentar despejarse y procurar estar más despierto.

Hacia la hora de comer la clientela disminuyó; Hester comenzó a rellenar las botellas y licoreras, y sacó un nuevo pastel antes de irse a casa a comer; y Coulson y Philip le echaron un vistazo al regalo conjunto que le hacían siempre ese día. Era un pañuelo de seda con los colores más hermosos que pudieron encontrar en la tienda, para que lo llevara en el cuello. El uno intentaba convencer al otro para que se lo entregara, pues los dos eran demasiado tímidos para ello. Coulson, sin embargo, era el más decidido; y cuando Hester regresó del cuarto de estar, el paquetito estaba en las manos de Philip.

—Toma, Hester —dijo Philip, rodeando el mostrador y llegando hasta ella, que estaba a punto de salir de la tienda—. De parte de Coulson y mía; un pañuelo para que lo lleves al cuello. Y te deseamos un feliz Año Nuevo y que celebres muchos más, y lo mejor para ti.

Él le tomó la mano al decir todo esto. Hester se puso un poco más pálida, y le brillaron los ojos como si fueran a llenarse de lágrimas cuando dieron con los de él; por mucho que hubiera querido, no hubiera podido evitarlo. Pero solo dijo «Muchas gracias», se acercó a Coulson, repitió las mismas palabras y los mismos gestos y los dos se fueron juntos a comer.

Durante la hora siguiente hubo un período de calma. John y Jeremiah comían como el resto del mundo. Incluso el chico de los recados había desaparecido. Philip ordenó las mercancías que había por en medio, y a continuación se sentó en el mostrador que había junto a la ventana; era el lugar habitual para el que se quedaba en la tienda; pues, exceptuando los días de mercado, había pocos o ningún cliente a mediodía. Anteriormente tenía la costumbre de mover las colgaduras que decoraban el escaparate y observar a los transeúntes con mirada atenta. Pero ahora, aunque aparentaba mirar al exterior, solo veía el vacío. Toda la mañana, desde que se había levantado, había intentado abrirse paso entre sus obligaciones apoyándose en una esperanza: una esperanza que primero se había doblado, para acabar

rompiéndose en cuanto intentó poner a prueba su resistencia. No había la menor señal de que le gustara a Sylvia a partir de una meticulosa evocación de lo ocurrido en la noche anterior. De nada servía pensar lo contrario. Lo mejor era renunciar a ella del todo y enseguida. Pero ¿y si no podía? ¿Y si resultaba que ella formaba parte de su vida hasta el punto que arrancarla, por su propia voluntad, acarrearía extraer también las raíces de su corazón?

No; decidió no renunciar. Mientras hubiera vida habría esperanza. Mientras Sylvia fuera libre, había una oportunidad para él. Tendría una actitud diferente con ella. No podía ser jovial y desenfadado como los demás jóvenes; su carácter no había sido forjado así; y los precoces pesares que le convirtieron en un solitario huérfano puede que hicieran madurar su carácter, pero no le dieron alegría. Pensó con cierta amargura en la capacidad de entablar conversación acerca de nimiedades que habían exhibido algunos de los que había encontrado en casa de los Corney. Pero experimentaba en su interior el agitarse de una fuerza de amor perdurable que encontraba inusual, y que, en su opinión, haría que todas las cosas, al final, se ajustaran a sus deseos. Más o menos un año atrás había tenido en gran consideración su propia inteligencia y su saber adquirido con gran esfuerzo, y había imaginado que esas cualidades habían de ganarle a Sylvia. Pero ahora, ya fuera porque las había utilizado y no había conseguido ganarse ni su admiración, o porque algún certero instinto le dictaba que el amor de una mujer podía ganarse con métodos mucho más eficaces que el mero saber, estaba enfadado consigo mismo por su anterior necedad al convertirse en su maestro de escuela... y encima, exigente. Aquella misma noche, sin embargo, probaría una nueva táctica. No la reconvendría por su comportamiento de la noche anterior; ya había mostrado su malestar cuando era el momento; ahora Sylvia comprobaría lo cariñoso e indulgente que podía ser. En lugar de encontrarle defectos, la cautivaría. De lo primero ya había abusado.

Cuando Coulson volvió, Philip se fue a comer solo. Por lo general no tenía compañía, pero aquel día Alice Rose se estuvo con él. Le observó con una mirada fría y severa durante un rato, hasta que él hubo apaciguado su escaso apetito. A continuación Alice emprendió la reprimenda que le tenía guardada, cuyos motivos no había revelado del todo ni a sí misma.

—No te veo comer con el entusiasmo de siempre —comenzó a decirle—. La comida sencilla no resulta tan apetitosa después de un festín.

Philip sintió cómo se sonrojaba; no estaba de humor para soportar con paciencia el ataque que veía inminente, y sin embargo sentía respeto por la mujer y por la edad. Deseaba que le dejara en paz, pero lo único que dijo fue:

—Lo único que tomé para cenar fue una loncha fría de ternera, si le quiere llamar a eso festín.

—Tampoco es muy piadoso entregarse a saborear los placeres del mundo —añadió, haciendo caso omiso de las palabras de Philip—. Antes solías buscar la casa del Señor, y yo te tenía en gran estima; pero últimamente has cambiado, has perdido la fe, y debo decirte lo que pienso de ti.

—Madre —dijo Philip impaciente (tanto él como Coulson a veces llamaban «madre» a Alice)—, no tengo la sensación de haber perdido la fe, y la verdad es que no puedo quedarme más rato. Es Año Nuevo y la tienda está llena de gente.

Pero Alice levantó la mano. Tenía el discurso preparado, y debía pronunciarlo.

—La tienda por aquí, la tienda por allá... El demonio y la carne se están apoderando de ti, y ahora más que nunca necesitas buscar el camino de la gracia. Llega el Año Nuevo y dice «Vela y reza», pero, en cambio, tú dices: «No, solo me interesan los festines y el comercio, que vengan las horas y las estaciones sin preocuparme de a qué compañía me abocan». Ayer, Philip, no era momento de pasarlo bien, sino de asistir a la vigilia, y de estar en compañía de los devotos.

—Ya le he dicho que no lo pasé bien —dijo Philip, cortante, mientras salía de la casa.

Alice se dejó caer sobre la silla más próxima, y apoyó la cabeza sobre su mano arrugada.

—Ha caído en la trampa y no puede salir —dijo—. Creía en el fondo de mi corazón que él era el elegido. Pero ya no quiero nada de él. ¡Oh, Señor, solo tengo una hija! ¡Oh, Señor, no permitas que sufra! Pero por encima de todo quiero rezar por el alma de este muchacho, para que no caiga en manos de Satán, pues vino a mí cuando no era más que un crío.

En aquel momento, Philip, con remordimientos de conciencia por haberle hablado así a Alice, regresó; pero esta ni le vio ni le oyó hasta que él no estuvo a su lado, e incluso entonces tuvo que tocarla para que ella se diera cuenta de su presencia.

—Madre —dijo—, estaba equivocado. Tengo muchas preocupaciones. No debería haberle hablado así. He hecho mal.

—¡Oh, querido muchacho! —dijo ella, levantando la vista y echándole su flaco brazo por los hombros cuando él se agachó—. Satán va detrás de ti, te quiere pasar por el tamiz como si fueras grano. Quédate en casa, quédate en

casa, y no busques la compañía de los que no tienen fe. ¿O es que no puedes dejar de ir a Haytersbank esta noche?

Philip enrojeció. No podía ni pensaba ceder, y sin embargo era difícil resistirse a la súplica de aquella mujer habitualmente severa.

—No —dijo Philip, apartándose ligeramente de su abrazo—. Mi tía está enferma. Ellos son mi familia, y unas buenísimas personas, aunque puede que no compartan nuestra... vuestra manera de pensar en algunas cosas.

—Vuestra manera de pensar, dice, como si ya no fuera la suya. Y dice que son unas buenísimas personas —repitió, con reiterada severidad—. Estas son palabras de Satán aunque tú las pronuncies, Philip. Yo no puedo hacer nada contra Satán, pero puedo replicar a sus palabras; y veremos quién tira más fuerte, pues más te valdría verte partido en dos pedazos que ir en cuerpo y alma al infierno.

—No piense, madre —dijo Philip, y fueron sus últimas palabras de conciliación, pues el reloj acababa de advertir que iban a dar las dos—, que voy a ir al infierno solo por el hecho de visitar a mi familia, la única que me queda.

Y una vez más, tras posar su mano sobre la de ella con todo el cariño que había en su naturaleza, salió de la casa.

Es probable que Alice hubiera considerado las primeras palabras que saludaron a Philip al entrar en la tienda como una respuesta a sus oraciones, pues pusieron punto final a su plan de ir a ver a Sylvia aquella noche; y si Alice hubiera expresado sus incipientes pensamientos en palabras, Sylvia habría aparecido como la persona más próxima en la tierra al espíritu de tentación que tanto temía para Philip.

Mientras ocupaba su lugar detrás del mostrador, Coulson le dijo en voz baja:

—Jeremiah Foster ha venido a invitarnos a cenar esta noche. Dice que él y John tienen un asunto que tratar con nosotros.

Le lanzó una mirada a Philip que indicaba que, según Coulson, ese asunto tenía algo que ver con el hacerlos socios de la empresa, algo que los dos dependientes habían asumido en silencio en los últimos tiempos.

—¿Y qué le has dicho? —preguntó Philip, en su terquedad aún poco dispuesto a abandonar su intención de visitar a Sylvia.

—¡Que qué le he dicho! Bueno, ¿qué podía decirle, si no que iríamos? Algo quiere decirnos, y algo que le parece que va a hacernos felices. Solo tuve que mirarle a la cara para saberlo.

—No creo que pueda ir —dijo Philip, que en aquel momento consideraba que convertirse en socio de la empresa, aquello que tanto tiempo había esperado, no era nada en comparación con su plan.

Siempre le resultaba desagradable tener que abandonar un proyecto, o que las cosas no le salieran como había planeado, tal era su naturaleza; pero aquel día le resultaba enormemente doloroso dar prioridad a su propósito.

—Pero ¿por qué, hombre de Dios? —dijo Coulson, asombrado ante su reticencia.

—No he dicho que no vaya a ir —remató Philip, sopesando las consecuencias hasta que le llamaron para que atendiera a los clientes.

En el curso de la tarde, sin embargo, se sintió más tranquilo posponiendo su visita a Haytersbank hasta la noche siguiente. Charley Kinraid entró en la tienda, acompañado de Molly Brunton y sus hermanas; y aunque todos se concentraron en el lado de la tienda donde despachaba Hester, y Philip y Coulson tenían mucha gente a la que atender, el aguzado oído de Hepburn captó casi todo lo que decían aquellas jovencitas. De sus palabras concluyó que Kinraid les había prometido un regalo de Año Nuevo a todas ellas, y era para comprarlo que habían venido; y tras escuchar un poco más se enteró de que Kinraid regresaba a Shields al día siguiente, pues solo había venido a pasar unas vacaciones con sus parientes, y luego tenía un compromiso para embarcarse. Todos hablaban de manera alegre y despreocupada, como si el que se fuera o se quedara les resultara totalmente indiferente a él y a sus primas. Lo que más les importaba a las muchachas era conseguir los artículos que anhelaban, y Charley Kinraid (eso pensaba Philip) tenía un especial interés en que las más jóvenes y guapas quedaran complacidas. Hepburn observaba con una permanente envidia su comportamiento desenvuelto y cortés, la galanura natural del marinero. Solo con que supiera que Kinraid significaba tan poco para Sylvia como, según indicaba todo, ella para él, Philip incluso sería capaz de elogiar la apostura viril del arponero, y ese temperamento afable que hacía sonreír de manera tan agradable a todos los desconocidos, incluidos los bebés.

Cuando el grupo se daba media vuelta para salir de la tienda, descubrieron a Philip, y se acercaron a estrecharle la mano por encima del mostrador; también Kinraid le ofreció la suya. La noche anterior Philip habría considerado imposible que tal demostración de camaradería ocurriera entre ellos; y quizá hubo algo de vacilación por su parte, pues alguna idea o recuerdo que cruzó la mente de Kinraid provocó una mirada escrutadora en aquellos ojos que por un momento estaban clavados en la cara de Philip. A

pesar de sí mismo, y durante la mismísima acción de estrecharse la mano, Philip sintió cómo se le ensombrecía el gesto, no porque se alteraran o movieran sus rasgos, sino porque la luz y la paz desaparecían de su semblante.

Molly Brunton comenzó a decir algo, y Philip con mucho gusto se volvió para mirarla. Le preguntó por qué se había ido tan temprano la noche anterior, pues la jarana había seguido hasta cuatro horas después de que se marchara, y al final, añadió (volviéndose hacia Kinraid), su primo Charley había bailado una danza de marineros entre las fuentes colocadas en el suelo.

Philip casi no supo qué contestar, aunque la mención de ese *pas seul* le quitó un peso a su corazón. Ahora era capaz de sonreír, con su estilo serio, y le habría vuelto a estrechar la mano a Kinraid de haber sido necesario; pues pensaba que nadie a quien Sylvia le importara tal como le importaba a él podría haber soportado permanecer cuatro horas mortales en un lugar donde ella había estado, y ya no estaba; y mucho menos ponerse a bailar entre las fuentes, ya fuera por auténtica alegría o para agradar. Para él, la añoranza de la ausente era como un lastre para sus piernas y para su espíritu, e imaginaba que todos los hombres eran como él.

14

SOCIOS

Cuando llegó el ocaso, y la tienda se fue vaciando, Philip decidió que acompañaría a Coulson. Se sentía más tranquilo con respecto a Sylvia, y su visita podía posponerse; y, después de todo, tenía la impresión de que había que atender los deseos de sus jefes, y no había que desairar el honor de haber sido invitado a la residencia privada de Jeremiah por otra cosa que no fuera un firme compromiso anterior. Además, dentro de Philip habitaba un ambicioso hombre de negocios. No había que desatender ningún paso encaminado a conseguir el segundo gran objeto terrenal de su vida, del que, además, dependía el primero.

De modo que, tras cerrar la tienda, los dos se encaminaron hacia la calle del Puente para cruzar el río rumbo a la casa de Jeremiah Foster. Permanecieron un momento inmóviles sobre el puente para respirar el cortante y fresco aire del mar tras un día tan ajetreado. Bajaban las aguas oscuras, crecidas y veloces, procedentes de las fuentes nevadas del páramo que había en lo alto. Las apiñadas casas de la parte antigua semejaban un grupo de techos blancos irregularmente amontonadas contra el blanco más uniforme de la ladera de la colina. Parpadeaban luces en la ciudad, y colgaban también de la proa y la popa de los barcos del puerto. No soplabla brisa, y pronto helaría; tan serena era la noche que todos los ruidos lejanos parecían próximos: el ruido sordo de un carro que regresaba por la calle Mayor, las voces a bordo de los barcos, el cerrarse de los postigos y el atrancarse de las puertas en la parte nueva de la ciudad, hacia la que se dirigían. Pero el aire parecía lleno de partículas salinas en estado de congelación; afilados cristalitos de sal marina que quemaban los labios y las mejillas de tan fríos y cortantes. No resultaba muy acogedor permanecer en el mismísimo centro del valle por el que pasaba una corriente que venía directamente de la impetuosa marea procedente de los gélidos mares del norte. Además, les esperaba el inusitado honor de cenar con Jeremiah Foster. Antes de ahora siempre los había invitado a cenar por separado; nunca habían ido juntos, y los dos creían que algo serio les deparaba esa coyuntura.

Comenzaron a subir las empinadas cuestas que conducían hacia las hileras de casas, todas iguales, de la parte nueva de Monkshaven, sintiéndose como si ascendieran hacia aristocráticas regiones donde ninguna tienda profanaba las calles. La casa de Jeremiah Foster era una más de aquellas seis que no se distinguían una de otra ni en tamaño, forma o color; aunque, durante el día, todos los que pasaban no podían dejar de observar la immaculada limpieza del dintel y el umbral, la ventana y el marco de la ventana. Los mismísimos ladrillos parecían haber sido frotados durante el día con el mismo ímpetu que abrillantaba aldaba y pomo, e incluso el limpiabarros de la entrada.

Los dos jóvenes sentían la misma timidez ante aquella entrevista con su jefe, en aquella inhabitual relación de huésped y anfitrión, que la que sentiría una chica en su primera fiesta. Ninguno se atrevía a dar el resuelto paso de llamar a la puerta; pero rechazando con una sacudida su propia necesidad, fue Philip el que se decidió a llamar con un solo golpe. Como si los estuviesen esperando, se abrió la puerta, y tras ella apareció una sirvienta de mediana edad, tan immaculada y pulcra como la casa misma; y ofreció una sonrisa de bienvenida a aquellas dos caras que tan bien conocía.

—Deje que le despolvoree un poco, William —dijo la mujer, adecuando sus actos a esas palabras—. Se habrá apoyado en alguna pared encalada, estoy segura. Philip —añadió, volviéndose hacia él con una familiaridad maternal—, no quiero obligarle, pero, por favor, límpiense los zapatos en aquella otra esterilla. Esta es para quitar los trozos más gordos de barro. El señor siempre se los limpia en aquella.

En la sala de estar, cuadrada, se observaba el mismo orden preciso. Sobre los muebles no había ni mota de suciedad o polvo; y todos estaban colocados en paralelo o en exactos ángulos agudos. Incluso John y Jeremiah se sentaban de manera simétrica en lados opuestos de la chimenea; incluso las sonrisas de sus caras honestas parecían trazadas con meticulosa identidad.

Dicha formalidad, aunque admirable, no estaba calculada para que se sintieran cómodos: no fue hasta después de la cena —hasta haber engullido una buena cantidad de pastel de carne de Yorkshire, regado con el mejor y más generoso vino de la bodega de Jeremiah— cuando pareció romperse el hielo entre ellos, a pesar de la amistosa amabilidad del anfitrión y su hermano. Llegó a su fin el largo silencio, durante el cual se dieron mudas gracias por la comida, Jeremiah pidió las pipas, y tres de los comensales comenzaron a fumar.

En aquellos días la política era un tema peliagudo para la sobremesa, incluso en la mayor intimidad. La nación se hallaba en un estado de terror

contra Francia, y contra cualquiera que, en el propio país, simpatizara, ni que fuera supuestamente, con las atrocidades que se habían estado cometiendo en ese país. El año anterior se había aprobado una ley contra las reuniones sediciosas, y la población no sabía a ciencia cierta con qué severidad se aplicaría. Incluso las autoridades legales olvidaron ser imparciales, y ya fuera a causa de sus inquietudes o sus intereses, lo cierto es que se convirtieron en vehementes banderizos en lugar de ser árbitros serenos, destruyendo así la confianza del pueblo en lo que debería considerarse el tribunal supremo de la justicia. Pero a pesar de todo esto, había quien se atrevía a hablar de la reforma del Parlamento como paso preliminar a una justa representación del pueblo, y a una reducción del fuerte impuesto de guerra cuya entrada en vigor era inminente, si no ya una realidad. Pero esos pioneros de 1830^[19] eran generalmente detestables. La gran mayoría de la gente se vanagloriaba de ser conservadora y enemiga de los franceses, con los cuales siempre estaban dispuestos a luchar, ignorantes casi de la reputación en alza del joven guerrero corso^[20], cuyo nombre sería utilizado antes de que pasaran una docena de años para silenciar a los bebés ingleses, con el mismo terror que la mención Marlborough^[21] había infundido antaño a los franceses.

En un lugar como Monkshaven, todas esas opiniones eran excesivas. Puede que hubiera uno o dos que, por el simple placer de discutir, estuvieran dispuestos a polemizar acerca de ciertos aspectos de la historia o el gobierno; pero procuraban saber muy bien quién les escuchaba antes de atreverse a tocar ningún aspecto de la actualidad; pues no era infrecuente que el deber público de enjuiciar las opiniones que no eran las tuyas se antepusiera al deber privado de respetar las confidencias. Casi todos los políticos de Monkshaven, por tanto, se limitaban a preguntas generales del tipo: «¿Puede un inglés con más de cuatro franceses a la vez?», «¿Cuál era el castigo más adecuado para los miembros de la Sociedad Corresponsal^[22] (que mantenía correspondencia con el directorio francés), la horca, el descuartizamiento, o la hoguera?», «El próximo hijo del príncipe de Gales, ¿será niño o niña? Y si es niña, ¿será más leal llamarla Carlota o Isabel?».

Aquella velada, los Foster tenían plena confianza en sus invitados, y podían hablar libremente de política si ese era su deseo. Y comenzaron con los ultrajes cometidos con el rey al hacerle cruzar el parque de Saint James para abrir la Cámara de los Lores; pero pronto, tan acostumbradas estaban sus mentes a la cautela y la reserva, dieron en hablar del elevado precio de las provisiones. El pan estaba a un chelín y tres peniques la pieza de cuarto, según un testigo que había estado en Londres. Y en el norte, donde la gente se

cocía el pan en casa, el trigo estaba a veintitrés chelines la fanega; y entonces la conversación cayó en un ominoso silencio. John miró a Jeremiah, como pidiéndole que empezara. Jeremiah era el anfitrión, y había estado casado. Jeremiah le devolvió una mirada en la que expresaba lo mismo que su hermano. John, aunque soltero, era el hermano mayor. La gran campana de la iglesia, traída del monasterio de Monkshaven siglos atrás, colocada ahora en lo alto de la ladera opuesta de la colina, comenzó a dar las nueve; se estaba haciendo tarde. Jeremiah comenzó:

—Parece un mal momento para que uno emprenda un negocio, tal como están los precios, los impuestos y el pan; pero John y yo ya nos estamos haciendo mayores, y no tenemos hijos: sin embargo queremos deshacernos de algunos de nuestros asuntos mundanos. Nos gustaría dejar la tienda, y dedicarnos exclusivamente al banco, que parece una actividad mucho más tranquila. Pero primero hemos de saber qué hacer con las existencias y la clientela.

Terrible silencio. Ese inicio no parecía muy favorable para las esperanzas de aquellos dos jóvenes sin un penique, que pensaban que sucederían a los antiguos dueños mediante el proceso más gradual de convertirse en sus socios. Pero ese discurso solo lo habían acordado los dos hermanos a fin de que Hepburn y Coulson se dieran cuenta de la enorme y extraordinaria responsabilidad que los Foster les invitaban a asumir. En algunos aspectos, en aquellos días la manera de hablar de la gente era menos simple y directa que ahora. La buena sociedad de Londres solía preparar la conversación de antemano cuando salía a cenar fuera, a fin de producir un determinado efecto, cosa que tenía su reflejo en otras esferas más humildes, donde se llevaba a cabo por motivos distintos a la mera exhibición. Los hermanos Foster habían ensayado casi todo lo que iban a decir aquella noche. Eran conscientes de la juventud de las personas a quienes iban a hacer aquella favorable propuesta, y temían que si se hacía a la ligera fuera también considerada a la ligera, y no se tuvieran debidamente en cuenta los deberes que implicaba. De modo que el papel de un hermano era sugerir, y el del otro reprimir. También los jóvenes tenían sus reservas. Preveían, y habían previsto mucho tiempo atrás, lo que iba a ocurrir esa noche. Estaban impacientes por oírlo con palabras claras; y no obstante tenían que esperar, como si nada supieran, durante todo ese largo preámbulo. ¿Acaso ahora la juventud y la vejez nunca interpretan los mismos papeles? Pero, volviendo a la conversación, John Foster le replicó a su hermano:

—¡Las existencias y la clientela! Eso es muchísimo dinero. Y luego hay que considerar las instalaciones. Philip, ¿puedes decirme el importe exacto de las existencias que hay ahora en la tienda?

Philip ya lo había calculado; lo tenía en la punta de la lengua.

—Mil novecientos cuarenta y una libras, trece chelines y dos peniques.

Coulson lo miró con cierta consternación, y no pudo reprimir un suspiro. Las cifras, puestas en palabras y pronunciadas en voz alta, parecían indicar una cantidad de dinero mucho mayor que cuando se anotaban rápidamente en numerales. Pero Philip leyó los semblantes, o mejor dicho, mediante algún proceso del que no fue consciente, leyó las mentes de los hermanos, y no sintió la menor consternación ante lo que vio.

—¿Y las instalaciones? —preguntó John Foster.

—Cuando padre murió, el tasador las valoró en cuatrocientas treinta y cinco libras y seis peniques. Desde entonces algo hemos añadido, pero dejémoslas en ese valor. ¿Cuánto hace eso sumado al valor de las existencias?

—Dos mil ciento setenta y seis libras, dieciséis chelines y ocho peniques —dijo Philip.

Coulson había hecho el cálculo más deprisa, pero la cantidad le había desanimado tanto que no podía hablar.

—¿Y la clientela? —preguntó el despiadado John—. ¿En cuánto la valoras?

—Creo, hermano, que eso dependería de quién se presentara con el dinero para comprar las existencias y las instalaciones. Si fuera alguien conocido, o a quien le deseáramos que le fueran bien las cosas, podríamos hacerle un precio módico. Si Philip y William, por ejemplo, dijeran que les gustaría quedarse con el negocio, supongo que no les pediríamos tanto como a Miller.

Miller's era una tienda rival, abierta hacía poco, situada al final del puente, en la parte nueva.

—Me gustaría que Philip y William nos sucedieran —dijo John—. Pero eso es imposible —añadió, sabiendo que, lejos de ser imposible, era algo más que posible, y que debía tomar forma esa misma noche.

Nadie habló. Prosiguió Jeremiah:

—Porque es imposible, ¿no?

Miró a los dos jóvenes. Coulson negó con la cabeza. Philip, más audaz, dijo:

—Tengo cincuenta y tres libras y cuatro peniques que usted me guarda, señor John, eso es todo lo que tengo en el mundo.

—Una lástima —dijo John, y hubo otro silencio. Dieron las nueve y media. Comenzaba a ser hora de llegar a un desenlace—. Puede, hermano, que tengan algunos amigos que puedan adelantarles algo de dinero. Podríamos ponerles las cosas fáciles, por lo bien que nos han servido.

Philip replicó:

—No hay nadie que pueda avanzarme un penique. Tengo poca parentela, y estos apenas cubren sus necesidades.

Coulson dijo:

—Mi padre y mi madre tienen nueve hijos más.

—¡Basta, basta! —dijo John, ablandándose enseguida; pues ya estaba harto de hacer el papel de hombre frío, serio y prudente—. Hermano, creo que tenemos suficientes posesiones terrenales como para hacer lo que se nos antoje con ellas.

Jeremiah se escandalizó un poco ante lo rápido que su hermano abandonaba el papel que debía interpretar, y dio una buena bocanada a su pipa antes de replicar:

—Más de dos mil libras es una suma de dinero muy grande para depositarla en el bienestar y la prosperidad de dos muchachos, el mayor de los cuales tiene veintitrés años. Me temo que debemos seguir buscando.

—Vamos, Jeremiah —replicó John—, pero si ayer mismo dijiste que preferías a William y a Philip que a cualquiera de los hombres de cincuenta años que conocías. Y ahora esgrimes su juventud en su contra.

—¡Bueno, bueno! La mitad del negocio es tuya, y ya harás lo que quieras. Pero yo creo que debo encontrar seguridad para mi parte, pues es un riesgo... un gran riesgo. ¿Tenéis alguna garantía que ofrecer? ¿Alguna perspectiva de conseguir dinero? ¿Alguna herencia, algún vitalicio a vuestro nombre?

No, ninguno de los dos tenía nada de eso. Jeremiah tomó la palabra:

—Entonces supongo que debo hacer como tú, John, y aceptar la garantía de su carácter. Y es esa una gran garantía, muchachos, la mejor de todas, para mí imprescindible; no, tanto da que no me paguéis cinco mil libras por la clientela, las existencias y las instalaciones. Pues la tienda de John Foster e Hijo lleva abierta en Monkshaven más de cincuenta años; y no creo que haya un solo hombre en la ciudad, ni vivo ni muerto, que pueda decir que los Foster le han estafado un penique o han engañado en el peso a un niño o a una prima Betty.

Los cuatro se estrecharon la mano con la misma cordialidad que si se tratara de una ceremonia legal necesaria para formar la sociedad. Las caras de

los hermanos Foster mostraban una radiante sonrisa; los ojos de los jóvenes centelleaban de esperanzas.

—Aunque, después de todo —dijo Jeremiah—, no hemos hablado de los detalles. Nos estáis dando las gracias sin saber qué os damos: pero nosotros lo hemos previsto, y lo hemos anotado todo en un papel.

Sacó un trozo doblado de papel de la repisa de la chimenea, se puso sus gafas de concha y comenzó a leer en voz alta, observando de vez en cuando por encima de sus gafas para ver el efecto que producían sus palabras sobre los semblantes de los dos jóvenes. Lo único que solía leer en voz alta era un capítulo de la Biblia diario a su ama de llaves; y, como muchas otras personas, reservaba un tono peculiar para tan solemne ocupación, un tono que inconscientemente utilizaba ahora en su enumeración de libras, chelines y peniques.

—Rendimiento medio de los tres últimos años, ciento veintisiete libras, tres chelines y siete peniques y un sexto a la semana. El beneficio, por tanto, es del treinta y cuatro por ciento... lo he calculado todo lo aproximado que he podido. Los beneficios netos, tras deducir todos los gastos excepto la renta (pues la casa es nuestra) son de mil doscientas dos libras al año.

Eso era más de lo que Hepburn y Coulson habían imaginado; y una expresión de sorpresa, casi de consternación, asomó a su cara, a pesar de que intentaban permanecer simplemente inmóviles y atentos.

—Es mucho dinero, muchachos, y el Señor os conceda la gracia de poder manejarlo —dijo Jeremiah, bajando el documento por unos instantes.

—Amén —dijo John, sacudiendo la cabeza para recalcar sus palabras.

—Lo que os proponemos es lo siguiente —prosiguió Jeremiah, y de nuevo se refirió al documento que tenía entre manos—. Fijaremos el valor de las existencias y las instalaciones en dos mil ciento cincuenta libras. Si queréis, podemos hacer que John Holden, el tasador y subastador, fije el precio; o podéis echarles un vistazo a los libros y las facturas; o mejor aún, haced ambas cosas y comparad el resultado; pero, a fin de tener una base firme sobre la que negociar, fijo la suma mencionada; y la considero un capital que dejamos en vuestras manos, por cuyo uso nos pagaréis un cinco por ciento... trimestral. Es decir, ciento siete libras con diez por año, al menos durante el primero. Posteriormente se reducirá a medida que nos reembolséis gradualmente el principal, un veinte por ciento cada año, con lo que nos lo habréis devuelto en cinco años. Y la renta, incluyendo todos los patios traseros, el derecho de amarre, los almacenes y los locales, la hemos calculado a sesenta y cinco libras al año. De manera que tendréis que

pagarnos, a John y Jeremiah Foster, hermanos, seiscientas doce libras con diez de los beneficios del primer año, lo que os deja, al nivel actual de beneficios, unas quinientas ochenta y nueve libras con diez, que deberéis dividir entre los dos.

Los dos hermanos lo habían planeado todo meticulosamente. Les daba miedo que Hepburn y Coulson quedaran deslumbrados por los beneficios, y habían dispuesto la escala móvil del pago para reducir las ganancias del primer año a lo que los dos ancianos consideraban una suma muy modesta, pero que para los dos jóvenes era una inmensa riqueza que los dos, que nunca habían tenido más de cincuenta libras, consideraban inagotable. Desde luego, era un extraordinario ejemplo de prosperidad y merecimiento que ambos alcanzaban a una edad muy temprana.

Por un momento, al no oír palabra alguna de los dos jóvenes, los hermanos quedaron muy decepcionados. En esto se levantó Philip, pues le pareció que lo que dijera sentado no sería suficiente expresión de gratitud, y al momento William siguió su ejemplo. Hepburn comenzó a hablar de una manera formal, con palabras leídas en los periódicos de York, y que pronunciaban las personas honorables cuando daban las gracias por algún brindis en su honor.

—Casi no puedo expresar mis sentimientos —Coulson le dio un codazo—, sus sentimientos, también... de gratitud. ¡Oh, señor John! Señor Jeremiah, era algo que esperaba que ocurriría con el tiempo, pensaba que no tardaría en ocurrir, pero jamás pensé que sería tanto ni nos lo pondrían tan fácil. Tenemos buenos amigos, ¿verdad, William?, y lo haremos lo mejor que podamos, y espero que estemos a la altura de lo que esperan de nosotros.

A Philip la voz le tembló un poco, pues un recuerdo le cruzó la mente; en ese extraño momento de expansión, ahí estaba.

—Ojalá madre hubiera vivido para verlo.

—Verá algo mejor, muchacho, cuando tu nombre y el de William estén pintados encima de la puerta de la tienda, y el de J. y J. Foster hayan sido borrados.

—No, señor —dijo William—, eso no debe ocurrir nunca. Antes preferiría no participar en el negocio. En cualquier caso, serían «los difuntos J. y J. Foster», y no estoy seguro de que pudiera soportarlo.

—Bueno, bueno, William —dijo John Foster, enormemente agradecido—, ya habrá tiempo para hablar de eso. Hay otra cosa, ¿verdad, hermano? No deseamos que se hable de esto en Monkshaven hasta poco antes de que entréis en el negocio. Debemos arreglar nuestros asuntos bancarios, y los abogados

tendrán que hacer su trabajo en cuando hayáis examinado los libros y echado un vistazo juntos a las existencias; es posible que las hayamos sobrevalorado, o que las instalaciones no sean tan valiosas como hemos dicho. En todo caso, debéis darnos vuestra palabra de que no le mencionaréis esta conversación a nadie. Mientras tanto, Jeremiah y yo tendremos que saldar algunas cuentas y despedirnos de los comerciantes y fabricantes con los que los Foster han tratado en estos setenta u ochenta años; y cuando y donde nos parezca más conveniente, os presentaremos como nuestros sucesores y amigos. Pero eso aún ha de llegar. Y debéis darnos vuestra palabra de no decir nada de lo que ha ocurrido aquí esta noche hasta que hayamos vuelto a hablar del asunto.

Coulson lo prometió de inmediato. Philip tardó unos instantes más. Pensaba en Sylvia, casi tanto como en su difunta madre, cuyas últimas palabras habían sido para confiar a su hijo al Padre de los desamparados; y ahora que una breve demora se interponía entre la visión de la copa y del disfrute de su contenido, había una impaciente excitación en la mente del sereno y comedido Philip; pero enseguida un arrepentimiento veloz como el rayo borró ese sentimiento, y prometió mantener el secreto que se le imponía. Siguiéron unos detalles más referentes a cómo habían de proceder —verificar los cálculos de los Foster, algo que a los dos jóvenes les parecía perfectamente innecesario—, de probables viajes y presentaciones, y a continuación se despidieron, y Hepburn y Coulson estaban en el pasillo poniéndose sus abrigos, y, para su indignación, eran ayudados por Martha, que estaba acostumbrada a hacerlo con su señor. De pronto se les llamó para que volvieran a la sala de estar.

John Foster manoseaba los documentos un tanto nervioso. Jeremiah fue quien habló:

—No nos ha parecido necesario elogiar la labor de Hester Rose; si hubiese sido un hombre, se habría convertido en el tercer socio. Pero al tratarse de una mujer, no nos ha parecido buena idea cargarle con esa responsabilidad; mejor que tenga un salario fijo hasta que se case.

Miró con una expresión de curiosidad y complicidad las caras de los dos jóvenes. A William Coulson se le vio avergonzado e incómodo, pero no dijo nada, y dejó que otra vez Philip hiciera de portavoz:

—Si no hubiera salido ya de nosotros cuidar del bienestar de Hester, lo hubiésemos hecho por su recomendación. Fijen usted y el señor John lo que debemos pagarle; y creo que puedo atreverme a decir que, como nuestra renta aumentará, la suya también... ¿eh, Coulson? —Hubo un sonido de asentimiento bastante claro—. Pues los dos la consideramos como una

hermana, y a Alice como una madre, como he tenido oportunidad de decirle hoy mismo.

UNA CUESTIÓN DIFÍCIL

Philip se fue a la cama llevando en el corazón esa especie de gratitud humilde y penitente que a veces sentimos tras haber pasado del desaliento a la esperanza. La noche antes parecía que todo se aliara para frustrar sus deseos más queridos; ahora le parecía que su descontento y aflicción de menos de veinticuatro horas antes habían sido casi impíos, tanto habían mejorado ahora las circunstancias. Ahora todo parecía apuntar a que se realizarían sus anhelos. Casi estaba convencido de que Kinraid no sentía otra cosa por Sylvia que la admiración de un marinero por una chica guapa; en cualquier caso, el arponero se iba mañana, y con toda probabilidad tardaría otro año en volver (pues los barcos que iban a Groenlandia zarpaban hacia los mares del norte a la menor oportunidad de poder abrirse paso entre el hielo), y antes de que eso ocurriera él le habría hablado abiertamente a Sylvia, comunicándoles a sus padres su afortunado futuro, y a ella su amor profundo y apasionado.

De modo que, aquella noche, sus oraciones fueron algo más que la mera formalidad de la noche anterior; se convirtieron en una vehemente expresión de gratitud a Dios por haber, por así decir, interferido en su favor, para que le otorgara el deseo de sus ojos y el anhelo de su corazón. Era como muchos de nosotros; no ponía su vida futura en las manos de Dios, y solo pedía la gracia para hacer Su voluntad en cualquier circunstancia que pudiera surgir; pero ahora anhelaba algo de esa manera tan terrible que, cuando se otorga en esas circunstancias, a menudo suele resultar equivalente a una maldición. Y ese estado de ánimo lleva aparejada la idea de que todos los sucesos que favorecen nuestros deseos son respuestas a una plegaria; y lo son en un sentido, pero precisan que se rece en un espíritu más profundo y elevado para no dejarnos caer en la tentación del mal que tales sucesos conllevan de manera inevitable.

Nada sabía Philip de cómo había pasado Sylvia ese día. Y si lo hubiese sabido, aquella noche se habría acostado aún más apenado que la noche anterior.

Charley Kinraid acompañó a sus primas hasta el lugar donde el camino se bifurcaba en dirección a Haytersbank Farm. Entonces detuvo su alegre charla y anunció su intención de ir a visitar al granjero Robson. Bessy Corney pareció decepcionada y un poco mohína; pero su hermana Molly Brunton se rió y dijo:

—¡Di la verdad, mozo! Nunca habrías ido a ver a Dannel Robson si no tuviera una hija tan guapa.

—Es cierto, pero la tiene —replicó Charley, bastante molesto—. Y cuando digo una cosa, la hago. Y ayer por la noche prometí que iría a verle; además, me cae bien el viejo.

—¡Bueno! ¿A qué hora le digo a madre que llegarás?

—A eso de las ocho. Puede que antes.

—¡Pero si apenas son las cinco! Bendito sea, pues no se cree que va a pasar allí la velada, con lo tarde que se acostaron ayer, y con la señora Robson enferma. A madre eso no le parecerá nada bien, ¿no crees, Bessy?

—No lo sé. Charley puede hacer lo que quiera; creo que nadie le echará de menos si se queda hasta las ocho.

—¡Bueno, bueno! No puedo decir que yo vaya a echarle de menos; pero más vale que te apresures, pues se está haciendo tarde, y por el aspecto de las estrellas va a haber una buena helada esta noche.

Haytesrbank no estaba más cerrado de noche que a cualquier otra hora; no había postigos en las ventanas, ni tampoco se molestaban en correr las cortinas, pues casi nadie pasaba por allí. La puerta de la casa estaba cerrada; pero la puerta del establo, que se hallaba un poco más allá, en el mismo edificio, bajo y alargado, permanecía abierta, y una tenue luz proyectaba una forma oblonga sobre el suelo nevado del exterior. Mientras Kinraid se acercaba, oyó voces que hablaban, y una de ellas era de mujer; lanzó una mirada fugaz por la ventana en dirección a la sala de estar iluminada por el hogar, y al ver a la señora Robson dormida junto al fuego, siguió adelante.

Se oía, de manera intermitente, el agudo silbido de la leche dentro del cubo, y Kester, sentado en una banqueta de tres patas, engatusaba a una vaca caprichosa para que derramara su fragante carga. Sylvia estaba de pie cerca del alféizar que quedaba más lejos, sobre la que había una lámpara de asta, y fingía tejer una media gris de estambre, pero en realidad se reía de los vanos intentos de Kester, y bastante tenía con esquivar las sacudidas de la cola o las esporádicas coces del animal. El aire helado estaba endulzado por el cálido y aromático aliento del ganado, un aliento que se materializaba en nubes ligeras y neblinosas. Solo había una débil luz; de hecho, no estaba claramente

definida contra las oscuras y espesas sombras que rodeaban las vigas viejas y negras, los pesebres y las divisiones.

Cuando Charley se acercó a la puerta, Kester estaba diciendo:

—¡Tranquila, muchacha! Mira qué guapa está cuando no se mueve. Solo con que supiera comportarse, no habría otra vaca igual en la comarca. Eres muy hermosa, vaca. ¡Suelta ya tu leche!

—Venga, Kester —se reía Sylvia—, le hablas tan bien a la vaca que parece que estés cortejando a tu futura esposa.

—Ay, chica —dijo Kester, volviéndose un poco hacia ella, y cerrando un ojo para guiñarle mejor el otro; una operación que dibujaba en su cara ya arrugada miles de nuevas líneas y pliegues—. ¿Y qué sabes tú de cómo un hombre corteja a una mujer, que hablas como si estuvieras muy enterada? Eso es muy revelador. Alguien lo ha probado contigo.

—No ha habido nadie tan descarado —dijo Sylvia, sonrojándose y echando la cabeza un poco hacia atrás—. ¡Que lo intenten!

—¡Bueno, bueno! —dijo Kester, malinterpretando deliberadamente lo que Sylvia quería decir—. Debes tener paciencia, moza; si eres una buena chica, a lo mejor te llega el turno y alguien lo prueba contigo.

—Ojalá hablaras con un poco de conocimiento, Kester, en lugar de decir tantas tonterías —replicó Sylvia.

—Entonces no hablaré más de mujeres, pues no hay quien las entienda, y dejaron tonto al rey Salomón^[23].

En ese momento entró Charley. Sylvia dio un respingo y dejó caer su ovillo de estambre. Kester hizo como si estuviera muy concentrado en su labor de engatusar a Black Nell; pero tenía los ojos y los oídos atentos.

—Iba a entrar en casa, pero he visto a tu madre dormida y no he querido despertarla, de modo que me he acercado hasta aquí. ¿Está tu padre en casa?

—No —dijo Sylvia, agachando un poco la cabeza, preguntándose si habría oído lo que habían estado hablando ella y Kester, y pensando con rabia contra sí misma en las bromas que acababa de hacer—. Padre se ha ido a Winthrop a vender unos cerdos. No volverá hasta eso de las siete.

No eran más que las cinco y media, y Sylvia, en la irritación del momento, creía desear que Kinraid se fuera. Pero se habría sentido muy decepcionada si lo hubiese hecho. Solo que el propio Kinraid no pensaba hacerlo. Su mirada perspicaz, acostumbrada a las mujeres, le indicó que su inesperada aparición había puesto nerviosa a Sylvia, y deseoso de que ella se sintiera cómoda con él, y también de ganarse la amistad de Kester, le dirigió a él sus siguientes palabras, con el mismo aire de interés en las actividades del anciano que pone

un joven de clase diferente cuando habla con la carabina de una chica guapa en una sala de baile.

—Hermoso animal el que está ordeñando, señor.

—Sí, pero hermoso es aquel que obra con hermosura. Ayer mismo me dio una patada al cubo cuando ya le había sacado la última leche, que es la mejor. Y ella lo sabía perfectamente, y cuanto más mal causa, más disfruta; y si no hubiera sido yo demasiado rápido para ella, me habría tirado sobre la paja. No hay vaca mejor a largo plazo, pues es de las que nunca te fallan, y cuando te da su chorro de leche es pura música que se oye incluso desde el compartimento vecino al de Black Nell.

Sylvia se había puesto a tejer vigorosamente, pensando todo el rato en que era una lástima que no se hubiera puesto un vestido mejor, o incluso un gorro con una cinta más alegre y sin darse cuenta de lo guapa que estaba en aquella penumbra, con la cabeza un poco ladeada; su pelo tenía reflejos dorados, y se derramaba de su gorro de hilo; su chaquetilla, ceñida por la cinta del delantal, le daba un desenvuelto garbo a su figura; su falda, de tosco hilo oscuro, le quedaba un poco por encima de los finos tobillos, y parecía mucho más adecuada al lugar donde se encontraba que el vestido largo de la noche anterior. Kinraid deseaba hablar con ella, y hacerla hablar, pero no sabía muy bien cómo empezar. Mientras tanto, Kester siguió con el tema de antes.

—Black Nell está esperando su cuarto ternero, por lo que debería dejarse de tonterías y sentar la cabeza. Pero ya sabe, hay vacas que son asustadizas hasta que están para el matarife. No es que me queje por tener que ordeñarla, siempre hay que vigilar una u otra cosa, y me entra cierto orgullo cuando por fin consigo dominarla. A la joven señorita de aquí le encanta venir a ver a Black Nell y sus rabetas. Ni se me acercaría si no hubiera vacas como esta.

—¿Vienes mucho a ver cómo ordeñan las vacas? —preguntó Kinraid.

—Bastante —dijo Sylvia, esbozando una sonrisa—. Cuando hay mucho trabajo, ayudo a Kester; pero ahora solo Black Nell y Daisy dan leche. Kester sabe que puedo ordeñar a Black Nell sin ningún problema —añadió, un tanto ofendida porque Kester no lo hubiera mencionado.

—¡Claro! Cuando está de buen humor, como a veces le pasa. El problema es ordeñarla cada día.

—Ojalá hubiera venido antes. Me habría gustado verte ordeñar a Black Nell —dijo dirigiéndose a Sylvia.

—Entonces venga mañana, y verá qué mano se da con ella —dijo Kester.

—Mañana noche estaré lejos, de camino a Shields.

—¡Mañana! —dijo Sylvia, levantando la vista hacia él, y luego bajándola de nuevo, pues descubrió que él estaba atento al efecto que producían en ella esas palabras.

—Debo volver al barco ballenero que me contrató —prosiguió Kinraid—. Lo están aparejando con un equipo nuevo, y he de estar allí para echarle un vistazo. A lo mejor me paso por aquí antes de zarpar, en marzo. Cuenta con que lo intentaré.

Estas últimas palabras dieron mucho que entender. El tono en que fueron dichas les dio una cariñosa intensidad que no pasó por alto a ninguno de los que las oyeron. Kester guiñó el ojo una vez, pero procurando no llamar la atención, y ponderó el aspecto y maneras del marinero. Recordó que había venido a la casa el invierno anterior, y que el amo parecía haberle cogido aprecio; pero en aquella época Sylvia le parecía a Kester una niña, y no podía tener arte ni parte en las visitas de Kinraid; ahora, sin embargo, el caso era otro. Kester, en su esfera —entre su círculo de conocidos, por reducido que fuera— había oído con mucho orgullo cómo Sylvia siempre se llevaba la palma de la belleza en la iglesia o en el mercado, o allí donde se reunieran mozas de su edad. Él era un campesino del norte, por lo que no dejó entrever sus sentimientos más de lo que lo había hecho su ama y madre de Sylvia en ocasiones parecidas.

—No está mal la chica —dijo entonces, y sonrió para sí, y miró alrededor y escuchó lo que todos los mozos decían, preguntándose cuál era lo bastante apuesto, valiente y bueno para Sylvia.

Últimamente le había quedado bastante claro a aquel astuto mozo de campo que Philip Hepburn «le iba detrás»; y Kester tenía una instintiva objeción que ponerle a Philip, esa especie de antipatía natural que ha existido siempre entre los moradores de la ciudad y los del campo, entre la agricultura y el comercio. De manera que mientras Kinraid y Sylvia mantenían aquella conversación medio cariñosa medio burlona, la pertinaz y lenta mente de Kester decidía si aquel joven allí presente resultaba deseable como marido para Sylvia, tanto por ser distinto de Philip en todos los aspectos como atendiendo a las buenas cualidades individuales que poseía. La primera oportunidad que tuvo Kester de favorecer la causa de Kinraid consistió en concentrarse lo más posible en el ordeño; y jamás hubo vacas que necesitaran tanto que les sacaran hasta la última gota como Black Nell y Daisy aquella noche. Pero todas las cosas llegan a su fin, y finalmente Kester tuvo que levantarse de su banqueta de tres patas al ver que los otros no lo hacían, que la vela del farol se estaba acabando, y que en dos o tres minutos el establo

estaría a oscuras, y sus cubos en peligro. Al cabo de un momento Sylvia había abandonado la deliciosa tierra de los sueños, había levantado sus ojos caídos y recobrado su poder de observación; había liberado sus brazos rojizos del delantal que los rodeaba, para no coger frío, y se había colocado la aguadera de madera sobre los hombros, dispuesta a transportar los cubos rebosantes de leche a la vaquería.

—¡Mírela! —le dijo Kester a Charley, mientras colocaba los aromáticos cubos en la aguadera—. Se cree que ya es toda una mujer, y ahora siempre lleva los cubos, desde que me dio el reuma en las lumbares; y cuando ella dice una cosa, yo le puedo llevar yo la contraria.

Y siguiendo la pared, doblando una esquina, sobre las piedras redondas y resbaladizas del patio lleno de recovecos, caminó airosa Sylvia, segura y sobrada de aplomo, y eso que el suelo estaba cubierto de una capa de nieve, y en muchos lugares resbalaba tanto que Kinraid no se separaba de Kester, que era quien llevaba el farol. Kester no desperdició su oportunidad, aunque el frío y húmedo aire de la noche le causaba una tos asmática cada vez que respiraba, y a menudo interrumpía sus palabras.

—Es una moza estupenda, una moza como hay pocas, y tiene un buen pedigrí, lo cual siempre es importante, en las mujeres o en las vacas. La conozco desde que era un bebé; y es una muchacha buena y honesta.

Llegaron a la puerta de la cocina justo en el momento en que Sylvia acababa de dejar su carga y estaba encendiendo una luz con yesca y pedernal. La casa estaba cálida y acogedora después del viento cortante del exterior, aunque en la cocina donde entraron solo había un fuego de brasas sobre el que una inmensa cacerola con patatas, colgada de un gancho, hervía con la cena de los cerdos. Kester se dirigió inmediatamente hacia esa cacerola, balanceándola con facilidad gracias a la admirable simplicidad de su anticuada maquinaria. Kinraid se quedó entre Kester y la puerta que daba a la lechería, por la que Sylvia había desaparecido con la leche. Por una parte deseaba ayudar a Kester para ganarse su amistad, pero una fuerza que parecía anular su voluntad le impelía a seguir a Sylvia allí donde esta iba. Kester leyó su pensamiento.

—Déjelo, déjelo —dijo—, dar de comer a los cerdos no requiere tanta habilidad como transportar la leche. Yo casi nunca derramo una gota, pero ella no está para servir a los cerdos, ni usted, señor; mejor ayúdela a verter la leche.

De modo que Kinraid siguió la luz —su luz— hacia el frío gélido de la lechería, donde el lustre de los relucientes depósitos de hojalata se fue

apagando rápidamente a medida que se llenaba con aquella leche tibia y de olor dulzón que Sylvia derramaba en el interior de los depósitos marrones. En su prisa por ayudarla, Charley tomó uno de los cubos.

—¡Cuidado! Ese hay que colarlo. Tiene dentro pelos de vaca. Y mamá es muy quisquillosa con los pelos de vaca.

De modo que Sylvia se acercó a su torpe ayudante, y antes de que ella —pero no él— fuera consciente de la dulce proximidad, estaba adaptando los felices y desmañados brazos de Kinraid a la nueva labor de colocar un colador de leche sobre el cuenco y derramar a través de él el líquido blanco.

—¡Mira! —dijo ella, levantando un momento la mirada y medio sonrojándose—. Ahora sabrás hacerlo la próxima vez.

—Ojalá la próxima vez fuera ahora —dijo Kinraid; pero ella había vuelto con su cubo, y parecía no oírle. La siguió al otro lado de la vaquería—. Tengo mala memoria. ¿Podrías enseñarme otra vez a sujetar el colador?

—No —dijo ella, casi riendo, pero sosteniendo el colador con fuerza a pesar de los insinuantes esfuerzos de él por soltarle los dedos—. Pero no hace falta que me digas que tienes poca memoria.

—¿Por qué? ¿Qué he hecho? ¿Cómo lo sabes?

—Ayer por la noche —comenzó a decir ella, pero calló al momento, y volvió la cabeza, fingiendo estar ocupada en sus labores de enjuagar, etcétera.

—¡Vaya! —dijo él, medio conjeturando lo que ella quería decir, y halagado por ello, si su conjetura era cierta—. La noche pasada, ¿qué?

—¡Oh, ya lo sabes! —dijo ella, impacientándose porque él le iba detrás y en el sentido literal y metafórico. Al final, Kinraid la arrinconó.

—No, dímelo —insistió él.

—Bien —dijo ella—, pues si quieres saberlo, creo que mostraste poca memoria al no reconocerme, después de haber estado cuatro o cinco veces en esta casa el invierno pasado, y no ha transcurrido tanto tiempo desde entonces. Pero supongo que ves muchas cosas en tus viajes por tierra y por mar, y es natural que te olvides de las cosas.

Deseaba seguir hablando, pero no se le ocurría nada más que decir; pues, en mitad de la frase, comprendió que él podía tomarse como una lisonja sus palabras, y el hecho de que ella supiera exactamente el número de veces que había estado en Haytersbank; entonces quiso llevar la conversación a un terreno menos personal. Pero no era eso lo que él deseaba. En un tono que la hizo estremecerse incluso a pesar suyo, Kinraid dijo:

—¿Crees que eso podría volver a ocurrir, Sylvia?

Ella quedó en silencio; casi temblaba. Él repitió la pregunta para obligarla a responder. Al verse acorralada, Sylvia salió con una evasiva.

—Que vuelva a ocurrir, ¿el qué? Déjame, no sé de qué estás hablando, y estoy casi aterida de frío.

Pues el aire helado penetraba implacable por la celosía abierta, y el hielo se iba depositando sobre la leche. Kinraid habría encontrado una rápida manera de dar calor a sus primas, o a cualquier otra joven; pero no se atrevió a echar el brazo en torno a Sylvia; había algo tan tímido y vehemente en su aspecto y actitud; y el hecho de que ella ignorara adónde podía llevar aquellas mismas palabras, pronunciadas por otra muchacha, le inspiró respeto y le hizo contenerse. De manera que se contentó con decir:

—Te dejaré ir al calor de la cocina cuando me digas si crees que podría volver a olvidarte.

Ella levantó la mirada desafiante, y mantuvo los labios pegados. A él le encantaba esa determinación de no responder a la pregunta; demostraba que comprendía su importancia. Los ojos puros de Sylvia lo miraban fijamente; pues la expresión que había en los de él ni la amilanaba ni la asustaba. Eran como dos niños desafiándose; los dos decididos a conquistar. Al final ella abrió los labios, y asintiendo con la cabeza como en un gesto de triunfo, dijo, cruzando los brazos dentro de su delantal a cuadros:

—Alguna vez tendrás que volver a casa.

—Aún me faltan un par de horas —dijo él—, y antes de que me vaya te habrás helado; de modo que más vale que me digas si podría volver a olvidarte sin armar tanto alboroto.

Quizá fue porque sus voces irrumpieron en el silencio, quizá su tono era menos modulado que antes, pero la cuestión es que de pronto se oyó la voz de Bell Robson llamando a Sylvia a través de la segunda puerta, que comunicaba la vaquería con el cuarto de estar, donde su madre había estado durmiendo hasta entonces. Sylvia salió disparada en obediencia a la llamada, alegre de separarse de Kinraid, cosa que este, resentido, comprendió. A través de la puerta abierta escuchó la conversación que mantenían madre e hija, casi sin entender su significado, tan difícil le resultaba arrancar sus pensamientos de las ideas que había estado concibiendo mientras tenía la hermosa y resplandeciente cara de Sylvia bajo los ojos.

—¡Sylvia! —dijo su madre—. ¿Quién hay ahí? —Bell estaba incorporada, en la actitud de alguien que acaba de salir del sueño y escucha atentamente; tenía las manos posadas en los brazos de la butaca, como si fuera a levantarse—. Hay un desconocido en la casa. ¡He oído su voz!

—No es más que... Charley Kinraid. Estaba hablando conmigo en la vaquería.

—¡En la vaquería, niña! ¿Y cómo es que estaba en la vaquería?

—Ha venido a ver a padre. Padre se lo pidió ayer por la noche —dijo Sylvia, consciente de que él oía todo lo que decían, y sospechando que no le caía muy en gracia a su madre.

—Tu padre está fuera. ¿Cómo ha entrado en la vaquería? —insistió Bell.

—Al pasar miró por la ventana y te vio dormida, y no quiso despertarte; de modo que fue al establo, y cuando yo entraba la leche...

Pero en aquel momento entró Kinraid, dándose cuenta de lo violento de la situación, aunque con una expresión tan complacida y varonil en su cara franca, y en su actitud exculpatoria, que Sylvia se perdió sus primeras palabras en un extraño orgullo de poseerle, aunque no sabía razonar —ni le importaba— en qué se basaba. Pero su madre se levantó de la butaca de una manera un tanto formal, como si no tuviera intención de volver a sentarse mientras él estuviese presente, aunque también se sintiera demasiado débil como para permanecer demasiado rato de pie.

—Me temo, señor, que Sylvia no le ha dicho que mi marido está fuera y no es probable que vuelva hasta tarde. Lamentaré muchísimo no haberle visto.

Después de esas palabras, a Kinraid solo le quedaba marcharse. Su único consuelo estaba en la cara sonrosada de Sylvia, donde podía leer señales inconfundibles de pesar y consternación. Su vida de marinero, al plantarle de repente delante de sucesos inesperados, le había otorgado esa sangre fría que consideramos el atributo de un caballero; y con una aparente serenidad que casi decepcionó a Sylvia, que la interpretó como que tanto le daba irse o quedarse, le deseó buenas noches a Bell, y solo dijo, teniendo la mano de Sylvia entre las suyas un momento más de lo que era absolutamente necesario:

—Volveré pues antes de zarpar; y entonces quizá me respondas a la pregunta.

Habló en voz baja, y Bell estaba volviéndose a acomodar en la silla, de no haber sido así Sylvia habría tenido que repetirle esas palabras. De hecho, con la cabeza llena de ideas tiernas y excitantes, cogió su rueca y se sentó a hilar junto al fuego; esperando a que su madre hablara primero, se entregó a sus ensueños.

Bell Robson se daba cuenta en parte de cómo estaban las cosas, al menos por lo que aparentaban. Pero ignoraba lo profundamente que ciertos sentimientos habían penetrado en el corazón de su hija, sentada al otro lado de

la chimenea, con un aire un tanto triste difundiéndose en su cara y figura. Bell aún veía a Sylvia como a una niña, a la que había que alejar de las cosas prohibidas con amenazas de peligro. Pero Sylvia ya había probado lo prohibido, y el posible peligro, ya conocido en su plenitud, solo servía para hacerlo más dulce ypreciado.

Bell estaba sentada en su butaca, erguida, mirando el fuego. Su cofia de hilo blanca como la leche le bordeaba y suavizaba la cara, de la que su rojo manzana habitual había desaparecido a causa de la enfermedad, y sus rasgos, por la misma causa, eran más prominentes y serenos. Llevaba un pañuelo amarillento al cuello, remetido dentro de la pechera de su vestido de domingo azul oscuro, de lana; de haber estado vestida para trabajar habría llevado una chaquetilla como la de Sylvia. Llevaba las mangas sujetas con alfileres a la altura de los codos, y sus brazos morenos y sus manos curtidas por el trabajo yacían cruzados en insólita indolencia sobre su delantal a cuadros. Tenía la labor a un lado; y si hubiera estado ocupada con alguno de sus habituales cálculos o meditaciones la habría tenido tintineando entre los dedos. Pero ahora tenía algo muy poco corriente en lo que pensar, y, quizá, de lo que hablar; y por el momento no se sentía con ganas de ganchillo.

—Sylvia —dijo por fin—, ¿te he hablado de Nancy Hartley, a la que conocí cuando era niña? Esta noche pienso mucho en ella, quizá porque he estado soñando con los viejos tiempos. Era una moza bellísima como pocas, eso decían todos; pero eso fue antes de que yo la conociera. Cuando yo la conocí estaba loca, pobre moza; con el pelo negro cayéndole por la espalda, y unos ojos casi tan negros, que siempre daban lástima, aunque jamás decía una palabra que no fuera: «Él estuvo aquí una vez». Lo repetía sin parar, hiciera frío o calor, estuviera llena o hambrienta. «Él estuvo aquí una vez», era todo lo que decía. Había estado de criada en casa del hermano de mi madre, James Hepburn, tu tío abuelo; era una moza pobre, sin amigos, una huérfana mantenida por la parroquia, pero honesta y espabilada, hasta que un joven, al que nadie conocía, llegó a las colinas de Whitehaven para el esquileo; tenía algo que ver con el mar, aunque no era exactamente un marinero; le hacía mucho caso a Nancy Hartley, solo para matar el tiempo; y él se marchó y jamás volvió a pensar en ella. Así son los hombres, y no hay manera de retenerlos cuando son gente a quien nadie conoce, ni de dónde vienen, ni lo que ha sido de sus vidas, hasta que se cruzan en el camino de una pobre muchacha como Nancy Hartley. Después de todo era una moza bastante simple: pues a partir de entonces descuidó su trabajo. Le he oído contar a mi tía que descubrió que algo le pasaba a Nancy en cuanto vio que la leche se

agriaba, pues nunca había habido una muchacha tan limpia y cuidadosa con los depósitos de leche como ella; y todo fue de mal en peor, pues se quedaba sentada sin hacer otra cosa que jugar con los dedos de la noche a la mañana, y si le preguntaban qué le pasaba, solo decía: «Él estuvo aquí una vez», y si le pedían que siguiera con su trabajo, lo mismo. Y cuando la regañaban, y con bastante severidad, ella se levantaba, se apartaba el pelo de los ojos y miraba alrededor igual que un orate buscando su cordura y no encontrándola, pues lo único que le venía a la cabeza era: «Él estuvo aquí una vez». Eso me hizo ser precavida y no pensar que un hombre habla en serio cuando lo hace con una joven.

—¿Y qué fue de la pobre Nancy? —preguntó Sylvia.

—¿Cómo crees que acaba una pobre muchacha que piensa constantemente en un hombre que jamás volvió a acordarse de ella? —replicó su madre, un tanto severamente—. Pues se volvió loca, y mi tía no pudo seguir teniéndola en casa. La dejó quedarse durante muchísimo tiempo, pensando que a lo mejor recuperaría el juicio, y además, la joven no tenía madre. Pero al final tuvo que volver al lugar de donde había venido, al asilo de pobres de Keswick: y lo último que oí contar de ella es que la tenían atada a la gran mesa de la cocina; que la apalearon hasta que aprendió a estarse callada y quietecita durante el día, pero que de noche, cuando la dejaban sola, comenzaban a gritar otra vez, y que eso les partía el corazón, por lo que bajaban y, para tener un poco de paz, la golpeaban de nuevo hasta que se callaba. Eso me sirvió de advertencia, como ya te he dicho antes, a la hora de ponerme a pensar en ningún hombre a quien yo le importara bien poco.

—¡Pobre Nancy, loca! —suspiró Sylvia.

Su madre se preguntó si había entendido la moraleja de la historia, o simplemente sentía lástima de aquella pobre demente, muerta mucho tiempo atrás.

EL COMPROMISO

—Cuanto más se alarga el día, más frío hace.

Así era aquel año: las fuertes heladas habían comenzado en Nochevieja, habían durado hasta finales de febrero, gélidas y terribles, pero los granjeros les daban la bienvenida, pues impedían que el trigo que habían sembrado en otoño creciera demasiado pronto, y les daba la oportunidad de transportar estiércol. Pero aquel clima no les sentaba tan bien a los enfermos, como Bell Robson, que, aunque no empeoraba, tampoco experimentaba ninguna mejoría. Eso tenía a Sylvia muy ocupada, aunque contaba con la ayuda de una pobre viuda de la región los días que había que hacer limpieza, lavar la ropa o hacer mantequilla. Y aunque trabajaba duro, la vida de Sylvia era tranquila y monótona; y mientras sus manos hacían de manera mecánica sus labores de siempre, los pensamientos que surgían en su cabeza siempre estaban centrados en Charley Kinraid, en sus gestos, sus palabras, su aspecto, en si realmente habían significado lo que ella quería creer que significaban, y si, aunque habían delatado amor en aquel momento, era probable que el sentimiento perdurara. La historia de Nancy la había afectado profundamente; pero no como «advertencia», sino más bien como un caso paralelo al suyo. Al igual que Nancy, y tomando prestadas las palabras de la pobre muchacha, se decía en voz baja «Él estuvo aquí una vez»; pero en el fondo de su corazón creía que él volvería con ella, aunque la conmovía de manera curiosa imaginar los sufrimientos de un amor abandonado.

Philip poco sabía de todo eso. Estaba demasiado ocupado con hechos y cifras, abriéndose paso con terquedad entre las interioridades del negocio, y solo muy de vez en cuando se permitía la deliciosa relajación de pasar una velada en Haytersbank para interesarse por la salud de su tía y ver a Sylvia; pues los dos hermanos Foster estaban impacientes porque sus dependientes comprobaran la información que les habían dado; insistían en que examinaran las existencias, como si Hepburn y Coulson fueran ajenos a la tienda; hicieron que el tasador de Monkshaven valorara las instalaciones y los muebles que les eran necesarios; repasaron los libros de la tienda de los últimos veinte años

con sus sucesores, una ocupación que les ocupaba una velada tras otra; y no era infrecuente que se llevaran a alguno de los dos jóvenes en largos viajes comerciales que hacían tediosamente en una calesa. Poco a poco Hepburn y Coulson fueron conociendo a los fabricantes y tratantes al por mayor que vivían lejos de la ciudad. Y aunque los dos jóvenes estaban dispuestos a aceptar la palabra de los Foster en todo lo que les habían dicho el día de Año Nuevo, era evidente que eso no satisfacía a sus jefes, quienes insistían escrupulosamente en que, si alguna de las partes había de tener alguna ventaja, recayera esta siempre del lado de los dos muchachos.

Cuando Philip veía a Sylvia, esta siempre se mostraba amable y callada; quizá más callada de lo que era hacía un año, y casi no estaba pendiente de cuanto ocurría alrededor. Estaba bastante más delgada y pálida; pero a ojos de Philip, cualquier cambio que se diera en ella era una mejora, siempre y cuando le hablara con amabilidad. Pensaba él que Sylvia seguía preocupada por su madre, o que trabajaba demasiado; y cualquier causa era suficiente para que la tratara con una seria consideración y deferencia, tras la que se ocultaba un cariño reprimido, del que ella, por lo demás ocupada, poco sabía. Ella también apreciaba más a Philip que un año o dos antes, porque ya no le prodigaba esa obsesiva atención que entonces la molestaba, aunque no comprendiera del todo su significado.

Así estaban las cosas cuando acabaron las heladas y el tiempo mejoró. Era una época esperada con impaciencia por la enferma y sus amigos, pues favorecía la recomendación del doctor de cambiar de aires. Su marido iba a llevarla a pasar dos semanas a una región con una amable vecina, que vivía cerca de la granja que habían ocupado antes de mudarse a Haytersbank, a unas cuarenta millas hacia el interior. La viuda vendría para instalarse en casa de ellos y hacerle compañía a Sylvia en ausencia de su madre. Daniel, de hecho, regresaría a su casa tras haber dejado a Bell en su destino; pero había tantas labores que hacer en la tierra en esa época del año que Sylvia se habría pasado el día sola de no ser por el arreglo que hemos mencionado.

Había un activo movimiento en el puerto de Monkshaven, y también en la costa. Los barcos balleneros estaban acabando de equiparse para zarpar hacia los mares de Groenlandia. Era una estación «cerrada», es decir, que sería difícil pasar la barrera de hielo que había entre los barcos y la zona de ballenas; y sin embargo había que llegar allí antes de junio, o el año de viaje serviría de muy poco. En todas las herrerías se oía el rítmico golpear de los martillos, que convertían hierros viejos, como herraduras, clavos o baladíes, en grandes arpones; los muelles estaban abarrotados de marineros ajetreados,

que iban de aquí para allá dándose aires, conscientes de la demanda de que gozaban en esa época del año. También era época de guerra. Muchos capitanes, incapaces de completar su tripulación en Monkshaven, tendrían que hacerlo en las Shetlands. El mismo movimiento había en las tiendas de la ciudad; los capitanes de los barcos balleneros tenían que comprar provisiones, así como todo tipo de prendas calientes. Estas eran las compras más al por mayor; pero había muchos hombres, y también mujeres, que sacaban los ahorros que tenían escondidos para procurarse lujos extras, o preciados recuerdos para algún ser amado. Era esa época de populoso tráfico que ocurría cada medio año; los negocios conocían otro impulso cuando los balleneros regresaban en otoño, y los hombres venían con dinero, y también con alegría al ver de nuevo sus casas y a sus amigos.

Había mucho que hacer en la tienda de Foster, y todos se quedaban hasta más tarde de lo habitual. Algo preocupaba a John y Jeremiah Foster; sus mentes no estaban tan despiertas como de costumbre, y algo importante les rondaba por la cabeza, algo de lo que no le habían hablado a nadie, pues se les veía más ajenos que nunca a cuanto ocurría en la tienda, y Coulson había tenido que ir él solo a alguna de esas nuevas expediciones relacionadas con la futura condición de socios de él y Philip. Una noche, después de cerrar la tienda, mientras examinaban las mercancías y comparaban las ventas con las entradas en el libro diario, Coulson preguntó de repente:

—Por cierto, Hester, ¿sabes dónde está el paquete de pañuelos de colores? Quedaban cuatro, estoy seguro, cuando me fui a Sandsen; y hoy ha venido Mark Alderson, y ha querido llevarse uno, pero no los he encontrado por ninguna parte.

—Vendí el último ayer, a aquel marinero, aquel arponero que se enfrentó a la patrulla de leva cuando mataron al pobre Darley. Lo compró él, junto con tres metros de cinta rosa adornada con cruces blancas y amarillas, esa que Philip no podía soportar. Philip lo tiene en el libro, solo tiene que buscarlo.

—¿Está aquí otra vez? —dijo Philip—. No lo he visto. ¿Qué le trae de nuevo por aquí, donde no es bienvenido?

—La tienda estaba llena de gente —dijo Hester—, y él ya sabía lo que quería comprar, por lo que no se ha quedado mucho. Justo cuando se marchaba ha visto la cinta por casualidad, y ha vuelto para comprar un poco. Esto ha pasado cuando estabas atendiendo a Mary Darby y había un montón de personas a tu alrededor.

—Ojalá le hubiera visto —dijo Coulson—. Le hubiera lanzado una mirada y le hubiera dicho cuatro cosas que habría tardado en olvidar.

—¿Por qué? ¿Qué te ha hecho? —dijo Philip, sorprendido ante el insólito tono utilizado por William, y, al mismo tiempo, complacido de encontrar un reflejo de sus propios sentimientos hacia Kinraid.

La cara de Coulson estaba pálida de rabia, pero por unos momentos pareció no decidirse a contestar.

—¡Que qué me ha hecho! —dijo por fin—. Le fue detrás a mi hermana durante más de dos años; y no ha habido muchacha mejor que ella ni más guapa, al menos a mis ojos. Pero entonces el señor Kinraid vio a otra que le gustaba más. —William casi se ahogó en su intento de contener su violenta cólera, y añadió—: Y se puso a jugar al mismo juego con ella, según he oído contar.

—¿Y cómo se lo tomó tu hermana? —preguntó Philip, impaciente.

—Murió a los seis meses —dijo William—. Ella le perdonó, pero yo no puedo. Pensé que era él cuando oí lo que le había pasado a Darley; Kinraid, de Newcastle, donde Annie estaba de aprendiz. Pregunté, y era el mismo hombre. Pero nada más diré de él, pues me hincha una vena violenta más de lo que me gusta, o es conveniente.

Por respeto, Philip no hizo más preguntas, aunque había muchas cosas que le habría gustado saber. Tanto Coulson como él permanecieron callados y ceñudos el resto de la jornada. Independientemente del interés personal que ambos tuvieran o pudieran tener en que Kinraid fuera inconstante en el amor, era un defecto que ninguno de aquellos dos jóvenes serios y tranquilos podía comprender. Sus corazones era fieles y constantes, fueran cuales fueran sus otros defectos; y no es nada nuevo condenar los defectos que nosotros no tenemos. Philip deseó que no fuera tan tarde, o esa misma noche habría ido a vigilar a Sylvia en ausencia de su madre, o, mejor aún, a advertirla. Pero eso habría sido como cerrar el establo cuando ya te han robado el caballo, pues Kinraid, en cuanto hubo completado sus compras, dirigió sus pasos hacia Haytersbank Farm. Solo había ido a pasar una tarde a Monkshaven con el único propósito de ver a Sylvia una vez más antes de embarcarse como primer arponero en el *Urania*, un barco ballenero que tenía que zarpar de North Shields el jueves por la mañana, y era lunes.

Sylvia se hallaba sentada en el cuarto de estar, de espaldas a la ventana alargada y baja, a fin de que la luz de la tarde le iluminara su labor. Un cesto lleno con las medias por remendar de su padre estaba sobre la mesita redonda que había a su lado, y una de ellas en su mano izquierda, donde se suponía que tenía que hacer el zurcido; pero de vez en cuando hacía unas prolongadas pausas, y se quedaba mirando el fuego; y sin embargo, el movimiento de la

luz o de la llama era escaso y no evocaba ninguna visión. Estaba «dispuesto» para la tarde; cubierto con una masa negra de carbón, sobre la cual colgaba del gancho un hervidor igualmente negro. En la trascocina, Dolly Reid, la ayudante de Sylvia en ausencia de su madre, canturreaba una cancioncilla lúgubre, como correspondía a su condición de viuda, mientras limpiaba botes, depósitos y cubos para el ordeño. Quizá fueron esos sonidos los que impidieron que Sylvia oyera los pasos enérgicos que bajaban por la colina y se acercaban a la casa; en cualquier caso, dio un respingo y se puso en pie cuando alguien entró por la puerta abierta. Y fue extraño que diera ese respingo, pues la persona que entró por la puerta era la que había ocupado sus pensamientos durante esas largas pausas. Charley Kinraid y la historia de la loca Nancy habían sido el objeto de sus sueños durante muchos días y muchas noches. Y ahora ahí estaba él, apuesto y encantador, con una timidez en la cara, una desazón por cómo sería recibido, que añadían un atractivo más a su presencia, caso de que Sylvia lo hubiera percibido. Pero ella tenía miedo de sí misma, no quería revelar lo que sentía, ni lo mucho que había pensado en él durante su ausencia, y por ello le dispensó una recepción fría, sin efusiones. No se le acercó para recibirlo; se puso encarnada hasta las raíces del pelo; pero, en aquella luz menguante, él no pudo verla; y ella temblaba tanto que parecía incapaz de estar de pie; pero eso él tampoco podía verlo. Sylvia se preguntó si él recordaba el beso que se habían dado en Nochevieja, las palabras que se habían dicho en la vaquería al día siguiente; los tonos, las miradas que habían acompañado esas palabras. Pero lo único que ella dijo fue:

—Pensaba que ya no te vería, que habías zarpado.

—Te dije que volvería, ¿no? —dijo él, aún inmóvil, con el sombrero en la mano, esperando a que ella le invitara a sentarse; y ella, de tan vergonzosa, se olvidaba de invitarlo, y fingía concentrar su atención en la media que estaba zurciendo.

Ninguno de los dos podía mantenerse callado e inmóvil por mucho tiempo. Sylvia sentía la mirada de él, cómo estaba atento a cualquier movimiento, y cada vez se sentía más perpleja en su expresión y comportamiento. Kinraid estaba un poco sorprendido por aquel recibimiento, y al principio no supo muy bien si tomar aquel cambio en su actitud, tan distinta de la que exhibiera en su último encuentro, como un síntoma favorable o desfavorable. Al poco, por suerte para él, Sylvia giró el brazo para coger las tijeras, dio en el borde de su cesto y lo hizo caer. Se inclinó para recoger las medias desperdigadas y el ovillo de estambre, y él también; y

cuando los dos se levantaron, él la había agarrado de la mano, y ella le apartaba la mirada, casi a punto de gritar.

—¿Qué te ocurre? —dijo él, suplicante—. Me has olvidado, y yo que pensaba que habíamos acordado no olvidarnos el uno del otro. —No hubo respuesta. Prosiguió—: No he dejado de pensar en ti, Sylvia Robson; y he venido a Monkshaven con el único propósito de verte una vez más antes de poner rumbo a los mares del norte. No han pasado ni dos horas desde que he desembarcado en Monkshaven, y todavía no he visto a ningún familiar ni amigo; y ahora que estoy aquí no quieres hablarme.

—No sé qué decir —susurró ella en un tono casi inaudible. Pero a continuación se armó de valor y decidió hablarle como si no hubiera entendido lo que él solo había expresado a medias; levantó la cabeza, y casi mirándole (mientras liberaba su mano) dijo—: Madre ha ido a Middleham a pasar unos días, y padre está en el campo con Kester; pero no tardará en volver.

Charley estuvo unos momentos sin decir nada. Por fin habló:

—No eres tan obtusa como para creer que he hecho todo este camino para ver a tu padre o a tu madre. Siento un gran respeto por ambos, pero no es por ellos por quienes he caminado todo este trecho, y debo estar en Shields el miércoles por la noche, aunque tenga que volver andando. ¿Es que no entiendes lo que quiero decirte, Sylvia? ¿No lo entiendes o no quieres entenderlo? —No hizo ningún esfuerzo por volver a cogerle la mano. Ella estaba callada, pero en contra de su voluntad respiraba profundamente—. Puedo volver por donde he venido —añadió—. Mi idea era embarcarme con una bienaventurada esperanza que me animara, y sabiendo que dejaba en tierra firme a alguien que me amaba, alguien que me amara la mitad de lo que yo la amo; pues mi amor hacia ella es tan grande y poderoso que me contento con que ella me profese la mitad, hasta que yo le haya enseñado a amarme más. Pero si ella es fría de corazón, y nada siente por un honesto marinero, bueno, pues entonces es mejor que dé media vuelta.

Hizo ademán de dirigirse a la puerta. Alguna señal habría leído en ella que le permitía actuar con esa seguridad, pues de lo contrario no lo habría fiado todo al orgullo femenino de Sylvia, ni permitido que fuera ella quien tuviera que dar el paso siguiente. No había dado ni dos pasos hacia la puerta cuando ella se volvió rápidamente hacia él y dijo algo; y a él le llegó, más que las palabras, su eco.

—No sé si sientes algo por mí; nunca me lo has dicho.

Al momento, él volvía a estar a su lado, la rodeaba con el brazo a pesar de la breve resistencia de Sylvia, y su voz anhelosa y apasionada decía:

—¿Es que no te has dado cuenta de que te amo, Sylvia? Dímelo otra vez y mírame a la cara al decírmelo, si puedes. El invierno pasado me parecías la mujer más hermosa que habían visto mis ojos, y este año, desde que te vi en el rincón de la cocina, acucillada detrás de mi tío, juré que te haría mi esposa o que jamás me casaría. Y no pasó mucho tiempo antes de que lo supieras, a pesar de lo tímida que eres, y ahora tienes la cara... no, no tienes la cara... Vamos, querida, ¿qué te ocurre?

Pues ahora Sylvia lloraba; y cuando Kinraid le volvió la cara húmeda y sonrojada hacia él para verla mejor, ella de pronto se la apretó contra el pecho. Él la arrulló y la consoló, como si fuera una niña y él una madre; y luego se sentaron juntos en el banco de madera, y cuando ella se hubo serenado, comenzaron a charlar. Él le preguntó por su madre, aunque en el fondo no lamentara la ausencia de Bell Robson. Su intención había sido, de haberse visto en la necesidad, reconocer sus deseos y pretensiones en relación a Sylvia ante sus padres; pero por diversas razones se alegraba de que las circunstancias le hubiera brindado la oportunidad de verla a solas y conseguir que le prometiera que se casarían sin tener que decírselo a los padres de ella por el momento.

—He gastado mi dinero con bastante liberalidad —dijo—, y ahora no tengo un penique, por lo que es posible que tus padres busquen a un pretendiente mejor que yo, querida: pero cuando vuelva de este viaje se me presentará la oportunidad de tener participación en el *Urania*, y a lo mejor seré oficial de cubierta además de arponero, y podré sacarme entre setenta y noventa libras cada viaje, por no hablar de las guineas que me dan por cada ballena que arponeo, y seis chelines por galón de aceite; y si me quedo con Forbes y Compañía, con el tiempo me harán capitán, pues he recibido una buena educación, y puedo llevar un barco tan bien como cualquiera; y tú te quedarás con tus padres, o podemos coger una casita cerca de la suya; pero antes me gustaría tener algo de dinero, y lo tendré, si Dios quiere, cuando vuelva en otoño. Ahora me haré a la mar feliz, pensando en que tengo tu palabra. Y tú no eres de las que se desdicen, estoy seguro, pues es muy duro dejar sola durante tanto tiempo a una chica tan guapa como tú sin poder enviarte ninguna carta en la que te diga lo mucho que te amo y te pida que no olvides a tu auténtico amor.

—Eso no será necesario —murmuró Sylvia.

Tanto la mareaba la felicidad que apenas había atendido a los detalles de las perspectivas mundanas de Kinraid, y solo había oído el sonido de sus tiernas palabras de amor, que su ávido corazón suspiraba por escuchar.

—No sé —dijo él, con el deseo de arrancarle una más completa confesión de sus sentimientos—. Tendrás muchos pretendientes; y no soy el favorito de tu madre; y luego está ese tipo alto, tu primo, que me mira con odio, pues si no me equivoco también desea declararte su amor.

—Él no —dijo Sylvia, con cierto desdén en su tono—. Solo le preocupan los negocios y la tienda, y ganar dinero y hacerse rico.

—Ya, ya. A lo mejor cuando sea rico vendrá a pedirle a mi Sylvia que sea su mujer, ¿y qué contestará ella entonces?

—Nunca cometerá la necedad de preguntarme eso —dijo Sylvia un tanto impaciente—. Sabe cuál sería la respuesta.

Kinraid dijo, casi para sí:

—Pero tu madre le prefiere a él.

Pero Sylvia, harta de un tema que nada le importaba, y ansiosa por identificarse con los intereses de él, le preguntó por sus planes casi al mismo tiempo que él decía sus últimas palabras; y prosiguieron a la manera de los enamorados, entrelazando muchas expresiones de cariño y conversando muy poco en relación a hechos concretos.

Dolly Reid entró y salió sin hacer ruido, y ellos ni la advirtieron. Pero el oído atento de Sylvia captó la voz de su padre, pues él y Kester regresaban a casa después de haber estado trabajando todo el día en el campo; y ella se apartó repentinamente de él y subió corriendo las escaleras en un ataque de timidez y pavor, dejando que Charley le explicara a su padre su presencia a solas en la cocina.

El granjero Robson entró, y al principio no vio a nadie; pues ni a Kinraid ni a Sylvia se les había ocurrido encender una vela. Kinraid dio un paso al frente y le iluminó el fuego del hogar; su propósito de ocultar lo que le había dicho a Sylvia se disipó ante la cordial bienvenida que le brindó el granjero Robson en cuanto le reconoció.

—¡Dios te bendiga, muchacho! ¿Quién iba a decir que te vería? Bueno, cada vez que pensaba en ti te imaginaba en el estrecho de Davis^[24]. Pero claro, el invierno ha sido largo, y seguramente este año salís más tarde de lo normal. Lo más tarde que salí yo fue un nueve de marzo, y aquel año volvimos con trece ballenas.

—Tengo algo que decirle —dijo Charley en tono vacilante, muy distinto del más campechano que solía utilizar.

Daniel le lanzó una penetrante mirada de atención antes de que empezara a hablar. Y posiblemente al anciano no le pilló desprevenido lo que oyó a continuación. En cualquier caso, no le desagradó. Apreciaba a Kinraid, y no solo sentía una fuerte simpatía hacia el carácter del joven marinero, sino hacia la vida que llevaba y su profesión. Robson escuchó todo lo que él dijo asintiendo con la cabeza y haciendo algunos guiños, hasta que Charley le hubo dicho todo lo que tenía en el buche; y entonces el granjero Robson giró la palma de la mano, ancha y callosa, y la golpeó con la de Kinraid, como si concluyeran una transacción, al tiempo que expresaba en palabras entusiastas su consentimiento. Lo remató con una risita al pensar que ese asunto tan importante, el de entregar a su única hija, lo había llevado a término en ausencia de su esposa.

—No estoy muy seguro de que a mi mujer le agrade la idea —dijo—, aunque solo el diablo sabe lo que tendrá que decir en contra. Pero ella no es muy entusiasta del matrimonio, aunque no haya hombre en toda la comarca que pueda decir que ha tratado a su mujer mejor que yo a ella. En cualquier caso, yo soy el hombre, y ella lo sabe. Pero quizá, para que haya paz y tranquilidad, aunque nunca ha sido una mujer de regañinas, y lo he decir en su favor, mantendremos este asunto entre nosotros hasta que vuelvas a puerto. A esa muchacha que tenemos arriba nada le gustará más que aovillarse en torno a un secreto y ronronear sobre él, igual que hace un gato con su cría ciega. Pero estoy seguro de que quieres ver a la chica. Un viejo como yo no es tan buena compañía como una joven moza. —Premiando con una risotada su propio ingenio, Daniel se fue al pie de las escaleras y llamó—: ¡Sylvia, Sylvia! ¡Baja, muchacha! ¡Baja enseguida!

Por unos momentos no hubo respuesta. Luego se oyó descorrerse el pasador y Sylvia dijo:

—No puedo volver a bajar. Esta noche no puedo volver a bajar.

Daniel soltó otra carcajada al oírlo, sobre todo al ver el gesto de decepción de Charley.

—¿Has oído cómo ha cerrado la puerta? Esta noche no le veremos el pelo. Es un poco terca. Como ha sido hija única, la hemos tenido un poco consentida. Pero fumaremos una pipa y tomaremos una copa; y eso, en mi opinión, es tan buena compañía como cualquier mujer de Yorkshire.

ADVERTENCIAS DESESTIMADAS

El correo llegaba a Monkshaven tres veces por semana; a veces no había ni una docena de cartas en la saca, traída por un hombre en un carro ligero, que tardaba casi todo un día en llegar desde York, donde dejaba sacas privadas aquí y allá en los páramos, en la residencia de algún terrateniente o alguna posada junto al camino. De las cartas que llegaban a Monkshaven, la mayor parte eran para los Foster, tenderos y banqueros.

La mañana después de que Sylvia se prometiera con Kinraid, los Foster parecían esperar sus cartas con inhabitual impaciencia. Varias veces Jeremiah salió del cuarto de estar en el que su hermano John estaba sentado en expectante silencio, y, tras cruzar la tienda, recorrió la plaza del mercado en busca de la mujer tullida a la que, por caridad, se le pagaba por entregar las cartas, y que aquella mañana debía de estar más tullida que nunca, a juzgar por lo que tardaba en llegar. Aunque solo los Foster conocían la causa de su impaciencia, existía una tácita simpatía entre ellos y sus empleados, por lo que tanto Hepburn como Coulson y Hester se quedaron enormemente aliviados cuando la anciana apareció por fin con su cesto de cartas.

Una de ellas parecía de especial importancia para los hermanos. Los dos miraron por separado la dirección, y luego el uno al otro; y sin decir palabra regresaron a la sala de estar sin haber leído la carta; cerraron la puerta y corrieron la cortina de seda verde para leerla en mayor intimidad.

Tanto Coulson como Philip intuyeron que algo extraño ocurría, y es probable que su mente se dividiera por igual entre el posible contenido de aquella carta procedente de Londres y la atención a los clientes presentes en la tienda. Pero por suerte había poco trabajo. Philip, de hecho, estaba bastante desocupado cuando John Foster abrió la puerta del cuarto de estar, y, un tanto dubitativo, le llamó. Cuando la puerta se cerró tras él, Coulson se sintió un tanto ultrajado. Un minuto atrás, Philip sabía tan poco como él del asunto, pero al parecer ahora iba a estar completamente al corriente. Pero no tardó en aceptar la situación, actitud que estaba en parte en su naturaleza y en parte obedecía a su educación cuáquera.

Al parecer, era por deseo de John Foster por lo que habían llamado a Philip. Jeremiah, el hermano menos enérgico y decidido, aún estaba discutiendo la conveniencia de dar ese paso cuando Philip entró.

—No hay prisa, John; mejor no llamar al joven hasta que no hayamos discutido un poco más el asunto.

Pero el joven estaba ya en su presencia; y la voluntad de John había imperado.

Por lo que le contaron a Philip (explicación que John, adelantándose a su hermano, más lento de decisiones, consideraba un paso necesario), los Foster llevaban algún tiempo recibiendo cartas anónimas en las que les advertían, de manera palmaria, aunque en términos ambiguos, en contra de un fabricante de seda de Spitafields, con quien habían tenido una buena relación comercial durante muchos años, pero al que últimamente le habían avanzado dinero. Las cartas insinuaban que el fabricante era por completo insolvente. Los hermanos habían instado a su corresponsal a que les revelara su nombre de manera confidencial, y esta mañana había llegado la respuesta; pero aquel nombre les era por completo desconocido, aunque no había razón alguna para dudar de que el nombre o la dirección no fuesen auténticos, pues esta última se la remitían en la carta. Se mencionaban ciertas circunstancias de las transacciones entre los Foster y el fabricante que solo podían conocer quienes gozaran de la confianza de los unos o del otro; y para los Foster aquel hombre, como ya se ha dicho, era un perfecto desconocido. Probablemente no se habrían arriesgado como lo habían hecho por el fabricante Dickinson de no haber pertenecido este a la misma iglesia que ellos y no haberse distinguido públicamente por su excelente y filantrópico carácter; pero ahora esas cartas les llenaban de inquietud, sobre todo desde que el correo de aquella mañana trajera el nombre del informante y diversos detalles que demostraban que conocía perfectamente los asuntos de Dickinson.

Tras mucho consultarlo sin saber qué hacer, a John se le había ocurrido el plan de enviar a Hepburn a Londres para que, en secreto, hiciera algunas averiguaciones acerca del auténtico carácter y situación comercial del hombre cuyos acreedores, no hacía ni un mes, consideraban honorable.

Incluso ahora Jeremiah se avergonzaba por desconfiar de alguien tan bueno; creía que la información que habían recibido acabaría siendo falsa e infundada, quizá la pura invención de algún enemigo; y solo a regañadientes había consentido en enviar a Hepburn, y una vez que su hermano le prometió que la verdadera naturaleza del viaje de Hepburn solo sería conocido por ellos tres.

Mientras le contaban todo esto, Philip se mostró impertérrito y simplemente atento. De hecho, se había concentrado para comprender todas las posibilidades del caso, dejando sus sentimientos al margen hasta que su intelecto hubiera acabado su labor. Dijo poco; pero lo que dijo fue atinado, y satisfizo a los dos hermanos. John intuyó que su enviado actuaría con perspicacia y energía; mientras Jeremiah quedaba tranquilo por la prudencia de Philip al no apresurarse a admitir la posibilidad de ninguna acusación en contra de Dickinson y al conceder toda la importancia debida a su buena conducta y buen carácter.

Philip tuvo la satisfacción de que le confiaran una misión que precisaba del uso de sus habilidades, pero no las excedía. En su mente se anticipó a las instrucciones de sus jefes, y en silencio veía como los planes e instrucciones de John Foster se acomodaban a lo que había imaginado, mientras fingía escuchar todo lo que le decían con una atención muy formal.

Se dispuso que a la mañana siguiente pusiera rumbo al norte hasta Hartlepool, desde donde podría llegar fácilmente a Newcastle por tierra o por mar, y desde allí tomar uno de los paquebotes de los que constantemente zarpaban hacia Londres. En cuanto a lo que debía hacer una vez allí, los hermanos le abrumaron con direcciones y consejos; también sacaron de la caja fuerte que había en la gruesa pared de su contaduría dinero más que suficiente para todos sus posibles gastos. Philip nunca había tenido tanto dinero en sus manos, y vaciló antes de cogerlo, diciendo que era más de lo que necesitaba; pero ellos, con nuevo apremio, repitieron sus advertencia acerca de lo caro que estaba todo en Londres, hasta que él consintió en mantener una estricta contabilidad de lo que gastara y devolver lo sobrante, puesto que los hermanos no aceptaban de ningún modo que se llevara una suma inferior.

Cuando regresó tras el mostrador, tuvo tiempo suficiente para pensar en el asunto, al igual que también Coulson. Este último estaba en silencio, rumiando la confidencia que le habían hecho a Philip y de la que a él le mantenían apartado. Y aún no conocía el punto culminante: el viaje de Philip a Londres; la gran ciudad de Londres, que, por el hecho de quedar inaccesible cincuenta años atrás, aparecía de manera tan imponente en la neblina de la imaginación de los hombres. No se puede negar que Philip se sentía exultante por el hecho de «ir a Londres». Pero eso también significaba abandonar a Sylvia; quedarse sin la posibilidad diaria de verla; ausentarse de su presencia por una semana, dos quizá; o incluso a lo mejor estaba fuera un mes, pues no se podía permitir que las prisas estropearan aquella delicada negociación;

todo eso le carcomía el corazón y destruía cualquier dicha que pudiera causarle su curiosidad satisfecha, o el pensar en que aquellos cuya confianza y consideración valoraba le confiaban un asunto de importancia. Pero cuanto más pensaba en el tema, más pesaba en él lo mucho que dejaba; casi deseó haberles dicho a sus jefes, al principio de la conversación, que no estaba dispuesto a marcharse de Monkshaven en un futuro próximo; pero luego consideraba que la gratitud que les debía le prohibía declinar la tarea que le habían impuesto, sobre todo porque varias veces le habían repetido que no era conveniente que ninguno de ellos se hiciera notar en aquel asunto, y que a nadie más podían confiarle una misión tan difícil y delicada. Varias veces aquel día percibió la expresión huraña y celosa de Coulson, mientras se repetía que la consecuencia de aquella excesiva confianza que Coulson le envidiaba constituía una carga de la que le hubiera gustado desembarazarse.

Mientras se hallaban sentados tomando el té en el cuarto de estar de Alice Rose, Philip anunció su inminente viaje; un hecho que no le había comunicado antes a Coulson, pues temía que este se molestara aún más, y sabía que, en presencia de Alice Rose y su hija, aquel contendría su expresión.

—¡A Londres! —exclamó Alice.

Hester no dijo nada.

—¡Bueno! ¡Hay tipos con suerte! —dijo Coulson.

—¡Suerte! —dijo Alice, volviéndose bruscamente hacia él con un gesto hostil—. No quiero volver a oír esa vana palabra en tu boca, muchacho, nunca. Es voluntad del Señor, y suerte es como llama a eso el diablo. Quizá el Señor envía a Philip allí para probarlo; puede que sea para él un horno ardiente; he oído decir que está lleno de tentaciones, y puede acabar pecando... ¿y dónde estaría la «suerte», entonces? ¿Y para qué vas? ¿Y dices que por la mañana? Bueno, tu mejor camisa está en remojo, y no hay tiempo de almidonarla ni plancharla. ¿Por qué tienes tanta prisa en ir a Londres sin tu camisa con volantes?

—No voy por asuntos míos —dijo Philip—, sino porque hay un trabajo que hacer, y John Foster dice que he de hacerlo yo, y me voy mañana.

—No te irás sin tu camisa con volantes, aunque tenga que estar levantada toda la noche —dijo Alice, decidida.

—No se preocupe por la camisa, madre —dijo Philip—. Si necesito alguna, y Londres es tal como cuentan, no tendré problema en comprarme una hecha.

—¡Le habéis oído! —dijo Alice—. Habla como si comprarse una camisa ya hecha no fuera nada para él, él, que tiene media docena y todas se las he hecho yo. Muchacho. Si con esa mentalidad vas a ir a Londres, creo que caerás en todas las tentaciones. Hay trampas para los hombres, y en cada esquina un cebo para dejarte sin dinero, he oído decir. Mejor habría sido que John Foster enviara a un hombre de más edad a ese trabajo, sea cual sea.

—Al parecer, de pronto le han tomado un gran aprecio a Philip —dijo Coulson—. Lo mandan llamar, hablan con él en privado, mientras que Hester y yo nos quedamos en la tienda y hemos de encargarnos de atender a los clientes.

—Philip sabrá —dijo Hester, y a continuación la voz le falló y calló.

Philip no prestó atención a esa frase medio pronunciada; estaba impaciente por decirle a Coulson, en la medida en que podía hacerlo sin traicionar el secreto de los Foster, cuántos inconvenientes presentaba para él ese viaje, la responsabilidad que implicaba, y sus escasos deseos de irse de Monkshaven. Dijo:

—Coulson, daría cualquier cosa para que fueras tú en mi lugar. No negaré que hay veces en que me alegra la idea de ese viaje, pero por lo general preferiría que fueras tú. Y si pudiera me cambiaría por ti en este mismo momento.

—Hablas muy bien —dijo Coulson, medio apaciguado, aunque sin querer demostrarlo—. No dudo que al principio teníamos los dos las mismas oportunidades de ir; pero de algún modo tú cobraste ventaja y te agarraste a ella hasta que fue demasiado tarde para decir otra cosa que «lo lamento».

—No es cierto, William —dijo Philip, poniéndose en pie—. Mal empezamos si vamos a ponernos a discutir como dos estúpidos por cada placer que se nos presente, o por lo que tú imagines que es un placer. Te he dicho la verdad, y he jugado limpio, y tengo que ir a Haytersbank a despedirme, de modo que no pienso quedarme aquí más tiempo escuchando cómo pones en duda mi honestidad.

Cogió su gorra y desapareció sin atender las palabras de Alice, que con voz estridente le preguntó qué debía hacer con su ropa y su camisa con volantes. Coulson se quedó sentado, arrepentido y avergonzado; al final le lanzó una mirada furtiva a Hester. Esta jugueteaba con su cucharilla del té, pero Coulson se dio cuenta de que estaba ahogando las lágrimas; no pudo hacer otra cosa que obligarla a hablar con una pregunta a destiempo.

—¿Qué ocurre, Hester? —dijo.

Ella levantó los ojos, generalmente amables y serenos; ahora había en ellos la luz de la indignación, que brillaba a través de las lágrimas.

—¡Que qué me ocurre! —dijo Hester—. Coulson, tenía mejor opinión de ti. Jamás pensé que dudarías de Philip y le envidiarías, pues nunca te vi un mal gesto, ni te oí una mala palabra, ni te imaginé un mal pensamiento, y ahora le has dejado que se vaya cargado con tus envidias y tus celos.

Hester se puso en pie y salió apresuradamente de la sala. Alice tampoco estaba, pues estaba preparando las cosas de Philip para el viaje. Coulson permaneció solo, sintiéndose como un chiquillo culpable, aunque consternado por las palabras de Hester, pero aún más por el arrepentimiento engendrado por sus propias palabras.

Philip subió a paso vivo la colina que llevaba a Haytersbank. Estaba irritado y alterado por las palabras de Coulson, y por los sucesos del día. Había querido ser el escultor de su vida, y ahora que, por así decir, la esculpían por él, se le reprochaba por la forma que estaba tomando, como si él fuera el agente activo; Coulson, su compañero durante años, le acusaba de aprovecharse de él; ¡a él, que se consideraba totalmente incapaz de aprovecharse de nadie! El sentimiento que le provocaba aquello era parecido al de Jazael: «Pues, ¿qué es tu siervo? ¿Cómo un perro hará cosa tan enorme?»^[25].

Sus sentimientos, perturbados en esta cuestión, empañaron su buen criterio en otra. Durante aquel paseo abandonó la resolución que había tomado de no hablarle a Sylvia de amor hasta que pudiera anunciarles a los padres de esta el que iba a suceder a los Foster en su negocio, y hasta que él, de manera paciente y con un afecto prolongado y profundo, consiguiera ganarse la estima de ella. Antes de marcharse le expresaría sus apasionados sentimientos, pues no sabía cuánto estaría fuera, y sí que estaría lejos. Y todo lo que su sensatez pudo modificar en ese corazón impetuoso y agitado fue que estaría atento a las palabras y actitud de Sylvia cuando él anunciara su inminente ausencia, y si en ellos leía la menor muestra de cariño o pesar, derramaría su amor a los pies de su prima, pero sin instar a la joven a corresponder a sus afectos ni a expresar unos sentimientos cuyo germen esperaba que estuviera ya dentro de ella. Sería paciente con ella, ya que no podía ser paciente consigo mismo. Con el corazón golpeándole el pecho y su mente ensayando sin tregua la inminente escena, tomó el sendero que, entre los campos, conducía a Haytersbank. Hacia él, en dirección contraria, avanzaba Daniel Robson, en seria charla con Charley Kinraid. Kinraid, por tanto, había estado en la granja: Kinraid había visto a Sylvia estando su madre

ausente. Por la mente de Philip pasó el fugaz recuerdo de la pobre Annie Coulson, difunta. ¿Estaría jugando a lo mismo con Sylvia? Philip apretó los dientes y los labios ante esa idea. Robson y Kinraid habían dejado de hablar; ya le habían visto, pues de lo contrario el impulso de Philip habría sido esconderse tras la pared de piedra y evitarlos; aun cuando uno de sus propósitos al ir a Haytersbank fuera despedirse de su tío.

Kinraid le sorprendió dispensándole una cordialísima bienvenida, que Philip de buen grado hubiera evitado. Pero el arponero derramaba amor hacia todo el mundo, sobre todo hacia los amigos de Sylvia, y, convencido del gran amor que ella le profesaba, había olvidado los anteriores celos de Philip. Seguro de sí mismo y exultante, su cara, ancha, atractiva y curtida por los elementos, constituía un gran contraste con la de Philip, larga, pensativa y cetrina, y también su actitud franca chocaba con la fría reserva de Philip. Pasaron unos minutos antes de que Hepburn fuera capaz de relatar el gran acontecimiento que estaba a punto de acontecerle ante aquella tercera persona a la que él consideraba un intruso. Pero como Kinraid no hacía ningún ademán de marcharse, y tampoco había razón alguna por la que él y el resto del mundo no debieran conocer las intenciones de Philip, le dijo a su tío que al día siguiente debía marcharse a Londres por un asunto relacionado con los Foster.

Daniel se quedó de una pieza al darse cuenta de que estaba hablando con un hombre que de un día para otro se marchaba a Londres.

—No irás a decirme que todo esto se ha decidido en las últimas doce horas; eres un pillo, y hace una semana que no te vemos; seguro que entonces ya le dabas vueltas a ese asunto.

—No —dijo Philip—. Ayer por la noche no sabía nada; y no voy por mi gusto, pues habría preferido quedarme donde estoy.

—Te gustará cuando estés allí —dijo Kinraid, con ese aire de superioridad del que ha viajado, imaginó Philip.

—No, no me gustará —respondió Philip, secamente—. Esto nada tiene que ver con que me guste o no.

—Y ayer por la noche no sabías nada —añadió Daniel, pensativo—. Bueno, la vida es corta; cuando yo era joven, la gente hacía testamento antes de irse a Londres.

—Sin embargo, dijo que nunca había hecho testamento antes de embarcarse —dijo Philip, con una medio sonrisa.

—Pero es que eso es otra cosa muy distinta; embarcarse es una cosa natural en el hombre, pero ir a Londres... Estuve allí una vez, y había tanta

gente y tanto ruido que casi me vuelvo sordo. No me quedé más de dos horas en la ciudad, aunque nuestro barco estuvo anclado dos semanas en Gravesend.

Ahora Kinraid parecía tener prisa; pero a Philip le picaba la curiosidad y quería conocer sus intenciones, y repentinamente le preguntó:

—He oído decir que estabas por aquí. ¿Te quedas mucho tiempo?

Había cierta brusquedad en el tono de Philip, si no en sus palabras; Kinraid le miró a la cara sorprendido, y le replicó en el mismo tono cortante:

—Me voy por la mañana; y pasado zarpo hacia los mares del norte.

Volvió la cara y se puso a silbar, como si no deseara seguir hablando con su interrogador. Pero Philip no tenía nada más que decirle: ya sabía todo lo que quería saber.

—Me gustaría despedirme de Sylvia. ¿Está en casa? —le preguntó a su padre.

—No creo que la encuentres. Creo que se ha ido a Yesterbarrow a ver si conseguía una nidada de huevos; su gallina con motas grises está cloqueando, y Sylvia no descansará hasta que consiga que empolle esos huevos. Pero a lo mejor aún no se ha ido. Más vale que vayas y lo compruebes por ti mismo.

Se separaron; pero Philip no había recorrido muchos pasos antes de que su tío le llamara. Mientras tanto, Kinraid caminaba lentamente arriba y abajo. Robson estaba manoseando unos sucios papeles que tenía en una vieja cartera de piel, que se había sacado del bolsillo.

—El hecho es, Philip, que mi arado está ya en muy mal estado, y también el yugo, y la gente dice que ahora se fabrica uno nuevo, y si pasas por York...

—No voy por York; tomaré un paquebote en Newcastle.

—Newcastle... Newcastle... pero si es lo mismo. Mira, muchacho, aquí puedes leerlo; es un recorte de periódico; mencionan Newcastle, York, Durham y un montón de ciudades donde uno puede enterarse de las nuevas maneras de arar.

—Ya lo veo —dijo Philip—: «Robinson, Side, Newcastle, puede proporcionarle toda la información necesaria».

—Eso es —dijo Robson—, has dado en el meollo. Si vas a Newcastle, podrías enterarte; no entiendes de esto mucho más que una mujer, pues siempre estás entre telas y cintas, pero que te lo expliquen todo... que te lo expliquen todo, muchacho; y anota todo lo que dicen, y cuánto cuesta, y fíjate bien en qué clase de personas son esas que lo venden, y escíbeme y házmelo saber. Seguramente estarás en Newcastle mañana. Bueno, pues espero tener noticias tuyas dentro de una semana, o puede que menos... pues ya debería haber arado, y quiero saber cómo son esos aperos nuevos. Hace un mes que

quiero escribirle a Brunton, el que se casó con Molly Brunton, pero escribir es cosa más de párrocos que mía; y si tú vendes cintas, Brunton vende queso, con lo que tampoco me sirve de mucho.

Philip le prometió hacer lo que pudiera, y escribirle a Robson, el cual, satisfecho con su buena disposición a encargarse de aquel recado, le invitó a ir a ver si encontraba aún a Sylvia. Su padre tenía razón al pensar que aún no se había ido a Yesterbarrow. Era algo que ella les había dicho a Kinraid y a su padre para ocultar su pesar ante el hecho de que su enamorado acompañara a su padre para ver un nuevo tipo de arpón del que este le había hablado. Pero en cuanto los dos hombres salieron de la casa, los observó a escondidas mientras subían el altozano, y luego se sentó a meditar y soñar con lo feliz que la hacía ser amada por su héroe, Charley Kinraid. Por su mente no cruzó ningún sombrío temor por la larga ausencia del verano; ni miedo ante los fríos y relucientes icebergs que se interpondrían implacables al paso del *Urania*, ni se estremeció pensando en las oscuras y malintencionadas olas. Él la amaba, y eso era suficiente. Sus ojos contemplaban, como en un trance, su espléndida —aunque borrosa— vida futura; sus labios, aún tibios y enrojecidos por el beso de su amor, estaban levemente separados en una sonrisa de felicidad, cuando la sobresaltaron una pisadas al acercarse, unas pisadas que reconoció por familiares, y que ahora le parecían inoportunas, pues le impedían pensar en lo único que en aquellos momentos le importaba.

—¡Vaya, Philip! ¿Qué te trae por aquí? —fue su poco cordial saludo.

—Sylvia, ¿es que te molesta que haya venido? —preguntó Philip en tono de reproche. Pero ella lo rechazó con fingida despreocupación.

—Pues sí —dijo—. La semana pasada te estuve esperando. Me dijiste que la próxima vez que vinieras me traerías algo que hiciera juego con mi cinta azul.

—Lo he olvidado, Sylvia. Se me ha ido totalmente de la cabeza —dijo Philip, con verdadero pesar—. Pero es que he tenido muchas cosas en que pensar —añadió, arrepentido, como si deseara que ella lo perdonara.

Sylvia no quería su arrepentimiento, tampoco le importaba la cinta, pero le preocupaba aquel tono tan serio. En cambio él nada sabía de todo esto; lo único que Philip sabía en ese momento era que la mujer a la que amaba le había pedido que hiciera algo por ella, y él no se había acordado. Tan ansioso estaba porque le perdonaran y excusaran que siguió pronunciando aquellas disculpas que ella no quería oír.

De haber estado Sylvia menos pendiente de sus cosas, menos absorta en sus profundos sentimientos, ella le hubiera hecho algún reproche, aunque

fuera en broma, por su descuido. Pero en aquel momento apenas entendía lo que Philip le estaba diciendo.

—He tenido muchas cosas en que pensar, Sylvia; hace mucho que tengo la intención de hablarte de ellas; pero en este momento no puedo hacerlo. Y cuando un hombre tiene la cabeza llena de deberes, sobre todo cuando otra persona se los ha confiado, parece que se le olviden esas otras cosas que más le importaban en otro tiempo.

Hizo una pausa.

Los pensamientos desbocados de Sylvia se frenaron repentinamente con ese silencio; le pareció que Philip quería que ella dijera algo; pero todo lo que se le ocurrió fue un ambiguo:

—¿Y bien?

—Me voy a Londres por la mañana —añadió él, un poco expectante, como implorándole que demostrara o expresara alguna aflicción ante ese viaje, cuyo destino daba a entender que estaría un tiempo ausente.

—¡A Londres! —dijo Sylvia con cierta sorpresa—. ¡Jamás se te ocurrió que irías allí, desde luego!

Sorpresa, curiosidad, asombro; nada más; eso le decía a Philip su instinto. Pero una ingeniosa sofistería le ayudó a desechar esa primera —y correcta— impresión.

—No voy a vivir allí: solo estaré un tiempo. Calculo que volveré dentro de un mes, más o menos.

—¡Oh, pero si eso no es nada! —dijo ella con insolencia—. Los que se van a los mares de Groenlandia pasan fuera seis meses o más. —Y suspiró.

De pronto, una luz se iluminó en la mente de Philip. Le cambió la voz cuando volvió a hablar.

—Cuando venía me encontré a tu padre con ese cascaciruelas de Kinraid. ¿Ha estado aquí, Sylvie?

Se agachó para coger algo que había dejado caer; cuando se incorporó, Sylvie estaba sonrojada.

—Claro. ¿Y qué?

Y le lanzó a Philip una mirada desafiante, aunque en lo más profundo de su ser temblaba, y no sabía por qué.

—¡Cómo que ¿y qué?! Y estando tu madre ausente... no es una buena compañía para ti, Sylvia. Nunca lo será.

—Padre y yo elegimos nuestras compañías sin tener que pedirte permiso —dijo Sylvia, arreglando apresuradamente las cosas que había en el pequeño costurero de madera que había en la mesa, preparándose para retirarlo.

Philip, en aquel momento, y en su zozobra, vio, pero no le otorgó importancia alguna, que entre las cosas que había volcado delante de la caja antes de cerrarla había una media moneda de plata.

—Pero a tu madre no le gustaría, Sylvia; ha traicionado a otras muchachas, y un día de estos te traicionará a ti, si se lo permites. Le fue detrás a Annie Coulson, la hermana de William, hasta que le rompió el corazón; y desde entonces ha ido detrás de otras muchas.

—No creo ni una palabra —dijo Sylvia, poniéndose en pie, encendida.

—En mi vida te mentiría —dijo Philip, casi ahogándose de dolor ante la manera en que ella le trataba y la estima por su rival que ella delataba—. Fue Willie Coulson quien me lo contó, un hombre serio y solemne como pocos; y añadió que no era ni la primera ni la última vez que jugaba así con las jóvenes.

—¿Y cómo te atreves a venir aquí con tus comidillas? —dijo Sylvia, temblando de vehemencia.

Philip intentó mantener la calma y explicarse.

—Fue tu madre, Sylvia, porque no tienes hermanos, ni nadie que te vigile, y eres tan guapa, tan guapa, Sylvia —añadió, negando con la cabeza, tristemente—, y los hombres te van detrás en contra de su voluntad, cosa que cualquiera puede ver; fue tu madre quien me pidió que te vigilara y me estuviera atento a con quién andabas, y quién te iba detrás, y te advirtiera, si era necesario.

—Mi madre jamás te pidió que me espieras, ni que me censuraras por ver a un muchacho al que mi padre aprecia. Y no me creo ni una palabra de lo de Annie Coulson; y no te voy a tolerar que me vengas con estas historias; díselas a él a la cara, y veamos qué te contesta.

—Sylvie, Sylvie —gritó el pobre Philip cuando su prima pasó corriendo ante él y subió las escaleras rumbo a su dormitorio, desde donde le llegó a Philip el sonido del pasador al entrar en la armella.

Ahora oía los pasos de ella a través de las vigas sin cielo raso. Se sentó, inmóvil en su desesperación, la cabeza enterrada en las manos. Así se quedó hasta que oscureció; el fuego, sin que nadie lo atendiera, se extinguió hasta ser cenizas grises. Dolly Reid había acabado su trabajo y se había marchado. En la casa solo estaban Philip y Sylvia. Él sabía que debía irse, pues tenía que preparar muchas cosas para el viaje. Sin embargo, era incapaz de moverse. Al final consiguió izar su cuerpo rígido, y se quedó de pie, aturdido. Subió la estrecha escalera de madera, cosa que jamás había hecho, hasta llegar al pequeño descansillo cuadrado, casi ocupado por completo por un gran cofre

donde se guardaban las galletas de centeno. Respiró hondo durante unos momentos, y a continuación llamó a la puerta de la habitación de Sylvia.

—¡Sylvie! Me marchó; dime adiós. —No hubo respuesta. No se oyó un sonido—. ¡Sylvie! —Un poco más fuerte, con voz menos ronca. Tampoco hubo respuesta—. ¡Sylvie! Estaré fuera mucho tiempo; quizá nunca regrese. —Aquí consideró amargamente la posibilidad de la muerte, hasta ahora no contemplada—. Dime adiós. —No hubo respuesta. Esperó pacientemente. Se preguntó si estaría cansada y se habría dormido. Volvió a insistir—: Adiós, Sylvie. ¡Que Dios te bendiga! Siento haberte ofendido.

Ninguna respuesta.

Con el corazón triste, muy triste, bajó las escaleras; los peldaños crujieron; se puso la gorra y salió de la casa.

«En cualquier caso, ya está advertida», se dijo. Justo en ese momento, la ventanita de la habitación de Sylvia se abrió y ella dijo:

—¡Adiós, Philip!

La ventana se cerró nada más hubo pronunciado las palabras. Philip sabía que no tenía objeto quedarse; debía marcharse; y sin embargo se quedó unos momentos, como en un trance, como si su voluntad hubiese perdido el poder de hacerle abandonar el lugar. Esas dos palabras que ella había pronunciado, que dos horas antes hubieran quedado muy por debajo de sus aspiraciones, ahora habían conseguido reavivar su esperanza, sofocar el reproche o la censura.

«No es más que una niña —se dijo—, y Kinraid ha estado jugando con ella, pues es algo que no pude evitar cuando hay mujeres por medio. Y yo de pronto le vengo con lo de Annie Coulson y hiero su orgullo. Además, puede que no haya sido acertado decirle lo mucho que su madre temía por ella. Si Kinraid se hubiese quedado por aquí, no me habría podido ir mañana; pero no volverá hasta dentro de seis meses, y yo volveré a casa lo antes que pueda. En seis meses él ya la habrá olvidado, si es que alguna vez se la ha tomado en serio; pero en toda mi vida, ni aunque viviera ochenta años, podría yo olvidarla. Dios la bendiga por haber dicho: “Adiós, Philip”». Y repitió las palabras imitando el tono de Sylvia: «Adiós, Philip».

REMOLINO EN LA CORRIENTE DEL AMOR

La mañana siguiente fue todo lo clara y resplandeciente que puede ser una mañana de marzo. El engañoso mes llegaba como un corderito, para de pronto desatar sus furiosas tormentas. Hacía mucho tiempo que Philip no probaba la frescura del aire matinal de la costa, ni el del campo, pues su empleo en la tienda le retenía en Monkshaven hasta la tarde. Mientras bajaba hacia los muelles de la parte norte del río, y se topaba con la fresca brisa del mar soplándole de cara, era imposible no sentirse animado y optimista. Con su mochila al hombro, estaba preparado para una buena caminata hasta Hartlepool, donde un coche le llevaría a Newcastle antes de que anocheciera. Durante siete u ocho millas las arenas horizontales eran un camino más corto y agradable que los caminos que subían y bajaban por los campos. Philip iba a paso vivo, disfrutando sin darse cuenta del soleado paisaje que tenía ante él; las olas que a su derecha se rizaban e iban a parar casi a sus pies, para luego retroceder en su susurro sobre los finísimos guijarros, de vuelta hacia el proceloso mar. A su izquierda estaban los acantilados, que se alzaban uno tras otro, con profundos y abruptos barrancos entre ellos, con verdes y largas pendientes que ascendían desde la tierra, y de pronto súbitas pendientes de tierra o roca ocre o roja que adquirían tonos muchísimo más vivos en la base, hacia la parte del océano que había delante de él. El murmullo monótono y sonoro de las olas que avanzaban y retrocedían le arrullaba, adormilándolo; el aspecto soleado del paisaje teñía sus ensoñaciones de esperanza. De modo que recorrió alegre la primera milla; ni un obstáculo a su paso acompasado sobre el suelo duro y horizontal; no había visto ni una criatura desde que abandonara aquel pequeño grupo de golfillos que chapoteaba en los charcos que formaba el mar cerca de Monkshaven. Las tribulaciones que acontecían en tierra quedaban encerradas tras la gloriosa barrera de las rocas que se alzaba ante él. Había grandes masas que habían sido arrancadas por la acción de los elementos, y estaban medio incrustadas en la arena, cubiertas por algas verde oliva que colgaban como pesados tapices. En ese punto las olas se acercaban más; el mar avanzaba con un rugido poderoso y lejano; aquí y allá

la tersa corriente, al adentrarse en algunas hendeduras provocadas por el mar, azotaba rocas invisibles transformándose en grandes olas blancas; pero, por lo demás, las olas que venían del mar del Norte para morir en esa costa inglesa llegaban con un movimiento prolongado y firme cuyo impulso original procedía de muy lejos, en esa costa noruega donde habitaba la serpiente de mar. El aire era tan suave que parecía mayo; justo sobre la cabeza de Philip el cielo estaba azul, pero cerca de las líneas del mar se tornaba gris. Bandadas de gaviotas sobrevolaban los bordes de las olas, alzándose lentamente y girando su plumaje blanco para que reluciera al sol mientras Philip se acercaba. Era una escena tan pacífica, tan sedante, que disipaba las inquietudes y temores (aunque fundados) que habían apesadumbrado su corazón en las horas oscuras de la noche anterior.

Ahí estaba el barranco de Haytersbank, abriendo su verde entrada entre las marronosas bases de los acantilados. Debajo, en la maleza cubierta, entre las hojas marchitas del año pasado, podía encontrarse alguna prímula. Se le ocurrió coger un ramillete para Sylvia y subir corriendo hasta la granja y ofrecérselo como una ofrenda de paz en la despedida. Pero nada más mirar su reloj, otros pensamientos acudieron a su cabeza; era una hora más tarde de lo que había imaginado, y debía apresurarse para llegar a Hartlepool. Justo cuando se acercaba a ese barranco, vio a un hombre que bajaba bastante deprisa, tanto que corrió un buen trecho sobre la arena por el ímpetu de su descenso, a continuación giró hacia la izquierda y tomó la dirección de Hartlepool, unos cien metros por delante de Philip. No se detuvo para mirar alrededor, sino que prosiguió su camino a paso veloz y firme. Por su peculiar manera de andar —por todo en su conjunto—, Philip supo que se trataba del arponero, Kinraid.

Pero aquel camino que subía por el barranco de Haytersbank solo llevaba a la granja, y a ninguna otra parte. Cualquiera que quisiera bajar a la costa debía pasar primero por la casa de los Robson, rodear los edificios y coger el senderuelo que bajaba hasta el mar. Pero necesariamente debía pasar por la granja, junto a la misma puerta de la casa. Philip aflojó el paso, manteniéndose a la sombra de la roca. Al poco, Kinraid, que caminaba al sol, sobre la arena, a la vista, volvió la cabeza y lanzó una mirada prolongada y solemne hacia el barranco de Haytersbank. Hepburn se detuvo al tiempo que Kinraid, pero con la misma intensidad que este miraba algún objeto que había en lo alto, Philip le miraba a él. No hacía falta volver la vista para saber hacia dónde dirigía su mirada, sus pensamientos. Kinraid se quitó el sombrero y saludó, tocando una parte de él como si eso tuviera un significado especial.

Cuando por fin volvió a dar media vuelta, Hepburn exhaló un hondo suspiro, y se adentró aún más en la fría y húmeda sombra de las colinas. Cada paso se le hacía ahora agotador, su corazón estaba triste y sin fuerzas. Al cabo de un rato subió unos pasos por el acantilado, y su forma se confundió completamente con las piedras y rocas que le rodeaban. Tropezando con las rocas puntiagudas, irregulares y a menudo afiladas, resbalando sobre las algas, hundiéndose en los pequeños charcos de agua que la marea había dejado en algunas cavidades naturales, no dejaba de observar a Kinraid, como fascinado, y caminaba casi en paralelo a él. Pero la última hora había chupado las mejillas de Hepburn hasta dejarle esa demacrada palidez que tendría cuando cerrara los ojos para el reposo eterno.

Y ahora los dos hombres se acercaban a un riachuelo, a unas ocho millas de Monkshaven. Se trataba de un arroyo que bajaba de los páramos y se adentraba en el mar entre las rocas que se ensanchaban. El deshielo y la existencia de algunos manantiales hacían que este arroyo, a principios de primavera, fuera ancho y profundo. Hepburn sabía que los dos tendrían que buscar un sendero que llevaba tierra adentro, hasta llegar a una estrecha pasarela que estaba a un cuarto de milla por encima del arroyo; de hecho, a partir de este punto, debido a lo prominentes de algunas rocas, el camino que iba por tierra era el más corto; y este se hallaba junto al agua, en ángulo, justo debajo del acantilado hacia el que los pasos de Hepburn le conducían. Sabía que en ese largo y horizontal sendero podría ser visto fácilmente por cualquiera que le siguiera; pero no si era él quien iba detrás a corta distancia, pues el camino estaba lleno de curvas; y decidió, aunque era tarde, sentarse un rato a la espera de que Kinraid hubiera avanzado lo bastante como para que no pudiera verle. Se acercó a la última roca tras la cual podía esconderse; se hallaba a unos siete u ocho pies por encima del arroyo, y miró cautelosamente en busca del arponero. Miró por encima del arroyo, luego hacia abajo.

—Es la providencia de Dios —murmuró—. Es la providencia de Dios.

Se acuclilló allí mismo y se cubrió la cara con las manos. Intentaba no ver, y tampoco oír: estar sordo y ciego al futuro suceso cuyos presagios él, como habitante de Monkshaven, comprendía perfectamente.

Antes de dirigirse hacia el puente, Kinraid se fue separando lentamente de la orilla. Cada vez estaba más cerca de las rocas. Por entonces estaba lo suficientemente eufórico como para silbar. A Philip se le heló el corazón al oír lo que silbaba su rival, «A toda avanza la quilla», y acababa de separarse de Sylvia.

En cuanto Kinraid dobló la esquina del acantilado, cayó en la emboscada. Cuatro marineros saltaron sobre él y forcejearon para inmovilizarle.

—¡En nombre del rey! —gritaban con un burlón tono de triunfo.

Tenían la lancha amarrada a unos doce metros; habían venido en una gabarra desde una fragata anclada delante de Hartlepool en busca de carne fresca. La gabarra estaba anclada un poco más allá de las rocas que sobresalían.

Sabían que los pescadores tenían la costumbre de dejar sus redes junto al arroyo; pero no se esperaban una pieza como ese marinero activo y fuerte, y sin duda experto, y sus esfuerzos para sujetarle estaban en proporción al valor de la presa.

Aunque cogido por sorpresa, y atacado por tantos hombres, Kinraid no perdió la sangre fría. Se soltó y comenzó a gritar:

—Basta. Soy un ballenero protegido. Reclamo mi protección. Puedo enseñaros mis papeles, soy un arponero contratado por el *Urania*, barco ballenero, capitán Donkin, puerto de North Shields.

Al tratarse de un ballenero protegido, la patrulla de leva no poseía ningún derecho legal a prenderlo, según la sección 17 del decreto 26 de Jorge III, a menos que no consiguiera regresar a su barco antes del 10 de marzo posterior a la fecha de su contrato. Pero ¿de qué servían los papeles que rápidamente se sacó del pecho; de qué servían las leyes en aquellos días en que tan lenta era la comunicación con aquellos que hubieran sido lo bastante poderosos para protegerle, y en la época en que el pánico contra una invasión francesa estaba tan extendido?

—Al infierno tu protección —gritó el líder de la patrulla—. Ven a servir a su Majestad, es mejor que ir a pescar ballenas.

—¿Ah sí? —dijo el arponero, moviendo la mano de una manera que el marinero que estaba delante de él, muy atento, vio e interpretó acertadamente.

—Quieto, quieto. Cógelo, Jack; y cuidado con el machete.

En un momento le quitaron el cuchillo, y la lucha fue cuerpo a cuerpo; la diferencia en número produjo el resultado previsible. Sin embargo, Kinraid hacía esfuerzos desesperados por soltarse; no desperdiciaba aliento en palabras, sino que luchaba, como dicen los hombres, «como el mismísimo diablo».

Hepburn oyó sonoros jadeos, fuertes golpes, el apagado forcejeo de extremidades en la arena, las imprecaciones de aquellos que pensaban que podían manejar aquel asunto más fácilmente; el repentino grito de alguien herido; sabía que no era Kinraid; en aquel momento Kinraid habría soportado

cualquier dolor en silencio; más lucha, más maldiciones, furiosos forcejeos, y a continuación un extraño silencio. A Hepburn se le encogió el corazón. ¿Estaba muerto su rival? ¿Había dejado este mundo? ¿Había perdido la vida... su amor? Por un momento, Hepburn se sintió culpable de su muerte; se dijo que jamás deseó que le mataran, aunque no intervino en la lucha, y ahora ya era demasiado tarde. Philip no pudo soportar el suspense; miró furtivamente por la esquina de la roca tras la que se había ocultado, y vio que habían dominado a Kinraid, el cual, demasiado exhausto para hablar, era conducido a la lancha atado de pies y manos.

Kinraid estaba inmóvil como un erizo: avanzaba cuando le empujaban; soportaba que lo arrastraran sin oponer resistencia, sin moverse; el intenso color que se le había pintado en la cara por la lucha había desaparecido, y tenía la tez pálida; apretaba los labios con fuerza, como si le costara más esfuerzo mostrarse pasivo y rígido en manos de los marineros que lo que le había costado luchar y forcejear denodadamente. Sus ojos parecían la única parte de su cuerpo que delataba darse cuenta de lo que ocurría. Eran vigilantes, vivos, fieros como los de un gato salvaje acorralado, cuyo cerebro desbocado y desesperado busca una manera de huir aún no visible, y que con toda seguridad nunca le será visible a esa criatura sin esperanza en su supremo dolor.

Sin mover la cabeza, Kinraid percibía y asimilaba todo lo que veía mientras lo colocaban en el fondo de la lancha, tendido y atado. A su lado se sentó un marinero al que había herido con uno de sus golpes. El hombre se sujetaba la cabeza, gemía; pero de vez en cuando se vengaba soltándole una patada al arponero postrado, hasta que sus propios camaradas dejaron de insultar y maldecir al prisionero para llamarle la atención a su camarada. Pero Kinraid no dijo ni una palabra, ni se apartó del pie extendido.

Uno de sus captores, con la insolencia de la victoria, se aventuró a burlarse de él con la supuesta razón de su vehemente y desesperada resistencia.

Podría haber dicho cosas más insolentes; las patadas podrían haber sido más fuertes; Kinraid ni oía ni les hacía caso. Su alma se daba contra los barrotes de las inflexibles circunstancias; y en ese terrible instante repasaba lo que había sido, lo que podía haber sido, lo que era. Y mientras esos pensamientos se le clavaban como cuchillos, seguía buscando alguna oportunidad de huir. Movi6 un poco la cabeza, como para volverse hacia Haytersbank, donde Sylvia habría emprendido ya sus tareas diarias con diligencia, aunque triste; y entonces sus ojos captaron la cara de Hepburn,

emblanquecida de excitación más que de miedo, que observaba atentamente tras la roca, donde había permanecido sin aliento durante la riña y apresamiento de su rival.

—¡Ven aquí, muchacho! —gritó el arponero en cuanto vio a Philip, levantando y retorciendo el cuerpo con tanto vigor que los marineros abandonaron las labores que estaban haciendo en la lancha para sujetarle de nuevo, como si temieran que fuera capaz de romper la fuerte cuerda que le sujetaba, como si fuesen siete cuerdas de arco todavía frescas^[26]. Pero Kinraid no tenía esa idea en la cabeza. Su deseo era hacer que Hepburn se acercara para darle un recado para Sylvia—. ¡Ven Hepburn! —volvió a gritar, quedando esta vez tan débil y exhausto que los marineros se apiadaron de él.

—Deja de mirar y ven, no tengas miedo —le llamaron.

—No tengo miedo —dijo Philip—, yo no soy marinero y no podéis enrolarme, ni tampoco tenéis derecho a llevaros a ese hombre; es un arponero rumbo a Groenlandia y está bajo protección, como yo sé y de lo que puedo dar testimonio.

—Tú y tu testimonio os podéis ir al cuerno. Date prisa, hombre, y escucha lo que tiene que decirte ese caballero, que iba a arponear en un grasiento y sucio ballenero y ahora está al servicio de su Majestad. A mí me parece, Jack —prosiguió el que hablaba—, que ha de tratarse de algún mensaje para su enamorada, pidiéndole que vaya a servir con él a bordo, como la amada de Bill Taylor^[27].

Philip se acercaba lentamente, no por falta de energía, sino porque no sabía muy bien si debía aceptar algún encargo de aquel hombre al que odiaba y temía, pero al que no podía dejar de admirar.

Kinraid gruñó de impaciencia al ver que alguien que estaba libre para moverse de manera rápida y decidida se mostraba tan remiso.

—Vamos pues —gritaron los marineros—, o te llevaremos a bordo y te subiremos y bajaremos del mástil unas cuentas veces. No hay nada como la vida a bordo para despabilar a los marineros de agua dulce.

—Mejor que le cojáis a él y me dejéis a mí —dijo Kinraid con ferocidad—. Yo ya he aprendido la lección, y al parecer él aún está por enseñar.

—Su Majestad no es un maestro que tenga que ir enseñando a escolares, sino un magnífico capitán que necesita hombres —replicó el líder de la patrulla. Sin embargo, observó a Philip y se preguntó si, disponiendo solo de otros dos hombres, debería aventurarse a hacer otra presa. No era imposible capturarlo, aun llevando a aquel vigoroso cautivo a bordo, y teniendo que manejar la lancha; pero al repasar la figura de Philip decidió que aquel tipo

encorvado no tenía madera de marinero, y que pocas felicitaciones obtendría por su captura, y que corría el riesgo de perder al otro. De lo contrario, el que fuera un hombre de tierra le hubiera importado tan poco a la patrulla como los papeles que Kinraid había mostrado en vano.

—Venga, maldita sea, o ese hombre no nos servirá de nada —dijo agarrando a Hepburn por los hombros y dándole un empujón.

Philip tropezó con algo en su forzada carrera. Bajó la mirada; su pie había dado con el sombrero de Kinraid, que se le había caído durante la refriega. En la cinta que rodeaba la copa había atada una cinta; un trozo de la misma cinta que Philip había escogido, con tanto cariño y esperanza, para que Sylvia la llevara en la fiesta de Nochevieja en casa de los Corney. Conocía todos los delicados hilos que componían el dibujo de la rosa silvestre; un espasmo de odio hacia Kinraid contrajo su corazón. Casi había sentido lástima por aquel hombre al que habían capturado ante sus ojos; ahora le aborrecía.

Kinraid estuvo unos minutos sin hablar. Los marineros, que habían empezado a tomarle aprecio, se morían de curiosidad por oír el mensaje que quería enviarle a su amada. La percepción de Hepburn, avivada por la vehemente agitación de su alma, era consciente de lo que pensaban los marineros; y eso incrementaba su rabia contra Kinraid, que ahora expondría a Sylvia a ser objeto de susurros procaces. Pero al arponero poco le importaba lo que los demás dijeran o pensarán de la doncella, a la que él veía ante sus párpados cerrados, evocando su imagen sobre el barranco de Haytersbank, mientras le decía adiós con la mano, el pañuelo, en una apasionada despedida.

—¿Qué quieres de mí? —preguntó por fin Hepburn en tono sombrío.

Si hubiese podido, habría guardado silencio hasta que Kinraid hablara primero; pero ya no podía soportar los codazos, los guiños y las chanzas que intercambiaban los marineros.

—Cuéntale a Sylvia... —comenzó Kinraid.

—Bonito nombre para una chica —exclamó uno de los hombres, pero Kinraid prosiguió:

—Lo que has visto, que me ha apresado esta maldita patrulla.

—Un respeto, amigo, por favor. No hemos de mandarle malas palabras a Sylvia. Somos caballeros que servimos a su Majestad a bordo del *Alceste*, y este señor conocerá más honores y gloria de lo que hubiera alcanzado persiguiendo ballenas. Díselo a Sylvia, con mis saludos; con los saludos de Jack Carter, si es que ella desea saber mi nombre.

Uno de los marineros se rió de aquella basta broma; otro le pidió a Carter que callara su estúpida boca. Philip le odió en el fondo de su corazón. Kinraid

casi ni le oyó. Se sentía cada vez más débil por los golpes recibidos, la fuerte caída que había sufrido y la reacción a su terco autocontrol del principio.

Philip ni habló si se movió.

—Cuéntale —prosiguió Kinraid, levantándose con otro esfuerzo— lo que has visto. Dile que volveré. Pídele que no olvide la gran promesa que nos hemos hecho esta mañana; es mi esposa, como si hubiésemos ido a la iglesia; no tardaré en volver y casarme con ella.

Philip dijo algo incomprensible.

—¡Hurra! —gritó Carter—. Y yo seré el padrino. Dile también que yo no le quitaré ojo a su enamorado, y procuraré que no vaya detrás de otras chicas.

—Pues tendrás mucho trabajo —murmuró Philip, que hervía de cólera por haber sido elegido, entre todos los hombres, para transmitirle el mensaje de Kinraid a Sylvia.

—Acaba con tu maldita palabrería y vámonos —dijo el hombre que había sido herido por Kinraid, y que hasta entonces había permanecido aparte y callado.

Philip se dio media vuelta; Kinraid se incorporó y le gritó:

—¡Hepburn, Hepburn! Cuéntale...

Pero lo que siguió Philip ya no pudo oírlo, pues las palabras se perdieron antes de alcanzarle entre el regular chapoteo de los remos y el ímpetu del viento barranco abajo, todo ello entremezclado con otro sonido más cercano que inundaba sus oídos: el de su propia sangre subiéndole al cerebro. Sabía que había dicho algo en respuesta a la súplica de Kinraid de que le transmitiera el mensaje a Sylvia, en el mismísimo momento en que Carter había reavivado su cólera con su alusión a la posibilidad de que el arponero fuera «detrás de otras chicas», pues, por un momento, Hepburn se había sentido conmovido por el contraste de circunstancias entre el Kinraid de hacía un par de horas y el Kinraid desterrado; ya que, en aquellos días, un marinero apresado podía pasarse años en algún puesto extranjero, lejos de sus seres amados, quienes todo ese tiempo ignorarían su cruel destino.

Pero Hepburn comenzó a preguntarse qué había dicho, hasta qué punto había prometido transmitir las últimas y apasionadas palabras de Kinraid. No recordaba si había dicho mucho o poco; sabía que había hablado con voz baja y ronca al tiempo que Carter soltaba su broma. Pero dudaba que Kinraid hubiese captado sus palabras.

Y entonces, la temible Criatura Interior que acecha en todos nuestros corazones se alzó y dijo: «O sea: una promesa hecha obliga al que la hace. Pero una promesa no se ha hecho si no se ha recibido».

En un repentino impulso, se volvió hacia la orilla por donde había cruzado el puente, y casi corrió hacia al límite de la tierra. A continuación se echó sobre la hierba fina y suave que crecía sobre la margen de los acantilados que se alzaban sobre el mar, desde donde se veía una amplia panorámica en dirección al norte. Apoyó la cara en las manos y bajó la mirada hacia el océano azul y rizado, en el que aquí y allá centelleaban largas y relucientes líneas. La lancha estaba ya lejos, y avanzaba, veloz y silenciosa, dando largos y regulares brincos, hacia la gabarra, que quedaba un poco más allá.

Hepburn se sentía inseguro, como en una pesadilla, hasta que la lancha no alcanzara su destino inmediato. Sus ojos apretados distinguían cuatro figuras diminutas remando con un movimiento incesante, y una quinta al timón. Pero también había una sexta, invisible, yacente, atada y desamparada, en el fondo de la lancha; y en su fantasía Hepburn seguía esperando que aquel hombre se alzara y rompiera sus ataduras, derrotara a los demás y regresara a la orilla, libre y triunfante.

No era culpa de Hepburn que la lancha se alejara a esa velocidad, que ya estuviera junto a la gabarra, bailando sobre las olas; ya no llevaba tripulación; ya lo habían izado y dejado en su lugar. ¡No era culpa suya! Y sin embargo le llevó un buen rato convencerse de que sus locos y febriles deseos de una hora atrás —su desafortunada plegaria para librarse de su rival, mientras andaba sobre las rocas siguiendo el camino paralelo de Kinraid sobre la arena— en nada habían influido en lo ocurrido.

«De todos modos —pensó al levantarse—, mi plegaria ha sido atendida. ¡Gracias a Dios!»

Una vez más, miró en dirección a la embarcación. Había desplegado sus hermosas y grandes velas, y se adentraba en el mar entre el reluciente sendero del sol en su ocaso.

Philip vio que se había demorado mucho, e iba con retraso. Se sacudió los miembros entumecidos, se colocó la mochila y se dispuso a caminar hacia Hatlepool lo más deprisa que pudiera.

UNA IMPORTANTE MISIÓN

Philip llegó a Hartlepool demasiado tarde para coger el coche que salía para Newcastle, pero había otro que salía por la noche, y que llegaba antes de mediodía, de manera que, pasando una noche sin dormir, podía recuperar el tiempo perdido. Pero, amargado e inquieto, en Hartlepool solo tuvo tiempo de comer algo de manera apresurada en la posada de la que salía el coche. Memorizó los nombres de las poblaciones por las que pasarían, y las posadas en las que se detendrían, y dejó dicho que el cochero estuviera atento y le recogiera en alguno de esos lugares.

Estaba totalmente agotado antes de que todo esto ocurriera, demasiado cansado para conseguir dormir algo en el coche. Cuando llegó a Newcastle, fue a comprar un pasaje para el próximo paquebote con destino a Londres, y a continuación se dirigió a Robinson's, en la calle principal de la ciudad, para hacer las averiguaciones pertinentes en referencia al arado que interesaba a su tío.

Era ya casi de noche cuando llegó a la pequeña posada junto al muelle donde pretendía dormir. No era un lugar precisamente sofisticado, y lo frecuentaban marineros; se lo había recomendado Daniel Robson, quien lo había conocido bien en épocas anteriores. La habitación, no obstante, era limpia y acogedora, y regentaban la posada gentes respetables, a su manera.

Pero Hepburn encontraba bastante repulsiva la imagen de los marineros que bebían en el bar, y preguntó, en voz baja, si no había otro salón. La mujer le miró sorprendida, y simplemente negó con la cabeza. Hepburn se fue a una mesa apartada, lejos del espléndido fuego de la chimenea, que en aquella fría noche de marzo era el principal atractivo del lugar, y pidió comida y bebida. A continuación, al comprobar que los demás hombres le miraban con la idea de entablar conversación, pidió pluma, tinta y papel para que, viéndole ocupado, no se le acercaran. Pero cuando llegaron el papel, la pluma nueva, y la tinta espesa y sin usar, vaciló un buen rato antes de comenzar a escribir; y al final lentamente anotó las palabras: «QUERIDO Y RESPETADO TÍO».

Se interrumpió; le trajeron la comida y la engulló a toda prisa. Incluso mientras comía, iba retocando las letras de aquellas palabras. Tras beber un vaso de cerveza comenzó a escribir de nuevo: ahora de manera fluida, pues le hablaba del arado. Luego volvió a detenerse; sopesaba en su mente qué debía decir acerca de Kinraid. En un momento se le ocurrió escribirle a la propia Sylvia, y contarle... ¿el qué? Si lo hacía, ella atesoraría las palabras de su enamorado como pepitas de oro, mientras que para Philip no eran más que motas de polvo; palabras que el arponero solía utilizar como monedas falsas para engatusar y descarriar a las mujeres necias. Aún tenía que demostrar su constancia con actos, y en opinión de Philip, las oportunidades que iba a tener de probarla eran infinitesimales. ¿Pero debería mencionarle a Robson el simple hecho de que habían apresado a Kinraid? Eso habría sido lo normal, teniendo en cuenta que la última vez que viera a ambos estaban juntos. Veinte veces llevó la pluma hasta el papel con la intención de relatar de manera escueta lo que le había acontecido a Kinraid; y veinte veces se detuvo, como si la primera palabra fuera irrevocable. Mientras estaba sentado, pluma en mano, anteponiendo la prudencia a la conciencia, y pensando más en un futuro indefinido que en los posibles deseos de Sylvia, captó algunos fragmentos de lo que hablaban los marineros que había al otro extremo del salón, y comenzó a escuchar sus palabras. Estaban hablando del mismísimo Kinraid, en quien pensaba hasta el punto de que parecía tenerlo allí presente. Con palabras groseras y descuidadas hablaban del arponero, y se revelaba en ellas la admiración que le profesaban como marinero y arponero; y de allí pasaron a bromear acerca del poder que tenía entre las mujeres, y se le relacionó con un par de chicas. Hepburn, en silencio, añadió a la lista los nombres de Annie Coulson y Sylvia Robson, y al hacerlo sus mejillas palidieron. Y mucho después de que hubieran acabado de hablar de Kinraid, después de que hubieran pagados sus copas y desaparecido, Hepburn seguía sentado en la misma actitud, sumido en amargos pensamientos.

Los dueños de la posada se preparaban para acostarse, pero su silencioso huésped no prestaba atención a sus mudos signos. Al final el posadero le habló, y Hepburn dio un respingo, se recuperó del sobresalto y se dispuso a retirarse con los demás. Pero antes de hacerlo firmó la carta y escribió la dirección de su tío, aunque dejándola abierta, caso de que deseara añadir algo. El posadero le informó de que la carta que había estado escribiendo debía enviarse a primera hora de la mañana siguiente si iba hacia el sur; pues los correos en esa dirección solo salían de Newcastle un día sí y otro no.

Hepburn pasó una noche agitada, moviéndose sin cesar, asaltado por dolorosos recuerdos. Hacia la mañana cayó en un profundísimo sueño. Le despertaron unos apremiantes golpes en la puerta. Era ya totalmente de día; se había quedado dormido, y el paquebote zarpaba con la primera marea. Le estaban llamando para que subiera a bordo. Se vistió, cerró la carta con oblea y se apresuró a la oficina de correos más cercana; y, sin tocar el desayuno que había pagado, embarcó. Una vez a bordo, experimentó ese alivio que siempre asalta a los hombres poco resueltos, y que generalmente sienten al principio quienes han descuidado su deber, cuando las circunstancias deciden por ellos. En el primer caso, resulta agradable verse aliviado de la carga de decidir; en el segundo, la responsabilidad se desvía a sucesos impersonales.

Y así fue como Philip salió de la desembocadura del Tyne hacia mar abierto. Pasaría una semana antes de que el paquebote atracara en Londres, aun cuando siguiera un rumbo pasablemente recto, pues tenía que andarse con ojo por si alguna patrulla de leva quería reclutar a la tripulación; y no fue sino tras muchos rodeos y aventuras que, dos semanas después de haber salido de Monkshaven, Philip se encontró alojado en Londres sano y salvo, y dispuesta a enfrentarse al delicado encargo que le había llevado hasta allí.

Se sentía perfectamente capacitado para desentrañar las pistas de que disponía y decidir acerca del valor de la información que obtuviera. Pero durante el abundante tiempo libre de que había dispuesto en el viaje había decidido, sabiamente, comunicar por carta a sus jefes todo lo que fuera averiguando acerca de Dickinson, en suma, todos los pasos que fuera dando. Y así, su mente, ya estuviera dentro o fuera de su alojamiento, parecía estar totalmente ocupada en aquellas indagaciones.

Pero había veces en que gozaba del desdichado lujo de pensar en sus propios asuntos: cuando se echaba en la cama —hasta caer en un desasosegado sueño—, o cuando se cercioraba de algún punto que le había llevado de aquí para allá. Entonces se rendía a los recuerdos y a un pesar que a menudo se transformaba en desesperación, pero que alguna —rara— vez cedía a la esperanza.

Estaba tan impaciente por no saber nada de lo que pasaba en Haytersbank —pues en aquellos días de lento correo, cualquier correspondencia que pudiera haber tenido con Monkshaven era muy limitada— que recortó el anuncio de un nuevo tipo de arado de un periódico que estaba en el restaurante barato en el que solía comer, y al día siguiente se levantó temprano y aprovechó para ir a la tienda donde vendían esos nuevos arados.

Aquella noche le mandó otra carta a Daniel Robson, relatándole con detalle los méritos del apero que había visto ese día. Con el corazón encogido y la mano temblorosa, remató la carta enviándole sus saludos a su tía y a Sylvia; un saludo que no se atrevió a llevar hacia el afecto que sentía, y que, en consecuencia, quedó más frío de lo que suele aparecer en ese tipo de cartas, hasta el punto de resultar, a cualquiera que se dignara considerarlo, frío y formal.

Cuando la carta fue enviada, Hepburn comenzó a preguntarse qué había pretendido al escribirla. No ignoraba que Daniel sabía escribir, o mejor, dicho, que era capaz de trazar extraños jeroglíficos, cuyo significado desconcertaba a los demás y a menudo a él mismo; pero Robson rara vez utilizaba esos signos de tinta, y jamás, que Philip supiera, para escribir una carta. Pero tanto anhelaba tener noticias de Sylvia —aunque solo fuera ver un papel que ella hubiera visto y quizá tocado— que pensaba que todas las molestias que se había tomado con el arado (por no hablar de franqueo de un chelín y dos peniques que había pagado por anticipado para asegurarse de que en la humilde morada de Haytersbank aceptaban la carta)^[28] estaban bien empleadas si le brindaban la oportunidad de que su tío se decidiera a escribirle una respuesta, o hiciera que algún amigo se la escribiera; pues en tal caso, posiblemente, Philip vería mencionado de algún modo el nombre de Sylvia, aun cuando ella solo le enviara sus saludos por cortesía.

Pero correos quedó en silencio; ninguna carta le llegó de Daniel Robson. Cierto que Philip recibía frecuente correspondencia de los Foster, y que si algo le hubiera ocurrido a la familia de su tío, sin duda lo habrían mencionado, pues conocían el parentesco y la estrecha relación que mantenían. Los Foster solían rematar sus formales cartas con un resumen, igualmente formal, de las noticias de Monkshaven; pero jamás se mencionaba a los Robson, lo cual era bueno en sí mismo, aunque no aliviara la impaciente curiosidad de Philip. Jamás le confió a nadie el amor que sentía por su prima, no era su estilo; pero a veces se decía que si Coulson no se hubiese tomado tan a mal la misión confidencial que le habían asignado, le habría escrito para pedirle que fuera a Haytersbank Farm y le hiciera saber cómo iba todo.

Durante todo ese tiempo, Hepburn se encargó del asunto que había sido la causa de su viaje, y lo hizo con gran habilidad; de hecho, y de varias maneras, estaba poniendo los cimientos para ampliar el negocio de Monkshaven. De talante serio y callado, y lento en el habla, impresionaba a quienes le veían, que le consideraban un hombre de más edad y experiencia que las que realmente tenía. De hecho, las personas que conoció en Londres imaginaron

que se dedicaba al negocio de hacer dinero. Sin embargo, antes de que llegara el momento de finalizar su misión y regresar a Monkshaven, habría dado todo lo que poseía por una carta de su tío en la que le contara algo de Sylvia. Pues aún tenía esperanzas —aunque las supiera infundadas— de que le llegara alguna noticia de Robson. Pero a menudo nos convencemos, haciendo uso de buenos argumentos, de que lo que deseamos es casi un imposible, y luego, al final de nuestro razonamiento, nos encontramos con que nos podíamos haber ahorrado la molestia, pues nuestros deseos siguen siendo los mismos, y están tan enemistados como siempre con nuestra paz de espíritu. El deseo frustrado de Hepburn era como Mardoqueo sentado a la puerta de Amán^[29]; todo su éxito en aquel recado que le había llevado a Londres, su excelente manejo de los asuntos mundanos, era algo insípido, y ningún placer le proporcionaba, pues nada sabía de Sylvia.

Pero regresó a sus alojamientos con una carta de los Foster en el bolsillo, lacónica pero expresiva de una profunda gratitud por sus discretos servicios en Londres; y en otro momento —de hecho, si la vida de Philip hubiera estado ordenada de manera distinta— podría haberle proporcionado una merecida alegría recordar que, sin un penique propio, simplemente por su diligencia, honestidad y acumen en relación a los intereses de sus jefes, había ascendido hasta ser su futuro sucesor, y a que le consideraran un amigo digno de confianza.

Mientras el paquebote de Newcastle se acercaba a la orilla en el viaje de vuelta, Hepburn miraba con añoranza el tenue perfil gris del Priorato de Monkshaven recortándose contra el cielo, y los familiares acantilados; como si aquellas masas de piedras inanimadas pudieran transmitirle alguna noticia de Sylvia.

En las calles de Shields, nada más desembarcar, se encontró con un vecino de los Robson, y conocido de Hepburn. Fue recibido por ese hombre como se recibe a un gran viajero tras un largo viaje, con abundantes y cordiales apretones de mano, mucha reiteración de buenos deseos, e invitaciones a echar un trago. No obstante, a causa de algún insalvable escrúpulo, Philip evitó mencionar a la familia que era el principal vínculo entre él y el honesto granjero. No supo por qué, pero no soportaba la impresión de oír, por primera vez en mucho tiempo, el nombre de ella en mitad de la calle, o en la tosca taberna. Y así se quedó sin saber lo que tanto anhelaba.

De este modo, cuando llegó a Monkshaven no sabía más de los Robson que el día en que los había visto por última vez; y, por supuesto, su primer

deber fue ofrecer un detallado relato *viva voce* de todo lo que había hecho en Londres a los dos hermanos, los cuales, considerando que ya se habían enterado de todo por carta, mostraron un insaciable interés por los detalles.

No sabía decir por qué, pero incluso cuando hubo acabado sus deberes con los Foster, fue incapaz de dirigirse a Haytersbank Farm. Era tarde, es cierto, pero en una noche de mayo incluso la gente del campo permanece levantada hasta las ocho o las nueve. Quizá era porque aún llevaba el traje con manchas del viaje, pues nada más llegar había ido directamente a la tienda. Quizá era porque, de ir esa noche para una visita de poco más de media hora, que sería el tiempo que tardarían en acostarse cuando llegara, no tendría excusa para volver al día siguiente con más tiempo. Fuera como fuese, se encaminó de inmediato a casa de Alice Rose.

Tanto Hester como Coulson ya le habían saludado en la tienda, aunque habían salido una hora o dos antes que él.

Pero volvieron a dispensarle una cálida bienvenida, casi como si estuvieran sorprendidos de verle. Incluso Alice pareció alegrarse de que pasara aquella primera velada con ellos, como si hubiera previsto lo contrario. Aunque se sentía agotado, se esforzó por relatar lo que había hecho en Londres sin revelar nada confidencial. Y era de ver lo mucho que disfrutaron sus oyentes, aunque en sus mentes hubiera sentimientos encontrados, y no mostraron ninguna expresión que satisficiera a Hepburn. Coulson lamentaba haberse tomado de manera tan poco generosa la noticia de que Philip se iba a Londres; Hester y su madre pensaron en secreto que aquella velada era como las más felices de antaño, antes de que los Robson se mudaran a Haytersbank Farm; ¿y quién sabe qué deliciosas esperanzas no llegó a sugerir ese recuerdo?

Mientras Philip, agitado e inquieto, pensaba que no podría dormir, le alegraba que fueran pasando las horas de vigilia que faltaban hasta la noche siguiente, y a veces intentaba hacer hablar a sus oyentes para que le contaran lo ocurrido en Monkshaven durante su ausencia, pero nada destacable había sucedido, por lo que pudo averiguar; si sabían algo que afectara a los Robson, evitaban contárselo; y de hecho, ¿no era poco probable que hubieran oído mencionar los nombres de sus parientes mientras él estaba lejos?

AMADO Y PERDIDO^[30]

Philip anduvo hasta la granja de Robson como el que camina en un sueño: todo cuanto le rodea se amolda a sus deseos, pero es consciente de que existe un obstáculo secreto, misterioso e inevitable a su dicha. Hepburn prefería no pensar para no saber cuál era ese obstáculo, que en su caso no tenía por qué ser misterioso.

Aquella tarde de mayo era espléndida de luz y sombras. El sol carmesí calentaba el gélido aire del norte y lo aproximaba a un agradable calor. Alrededor se prodigaban las visiones y sonidos de la primavera; los corderos balaban su amable agotamiento antes de ponerse a descansar junto a sus madres; los pardales gorjeaban en las matas de dorada aulaga que emergían de las paredes de piedra; la alondra cantaba sus buenas noches en el cielo sin nubes, antes de posarse en su nido, en el suave trigo verde; todo hablaba de paz... pero en el corazón de Philip no había paz.

Sin embargo, estaba decidido a proclamar su buena suerte. Aquel día los Foster habían anunciado públicamente que Coulson y él iban a ser sus sucesores, y ahora había llegado el anhelado momento en que había decidido confesarle su amor a Sylvia, y esforzarse abiertamente para ganarse el de ella. Pero, ¡ah!, el cumplimiento de ese deseo había quedado tristemente atrás. En relación a su vida profesional, jamás, ni en sus momentos más optimistas, había pensado llegar tan lejos, pero por lo que se refería a conseguir a Sylvia, no había avanzado nada... había retrocedido, incluso. Aunque el apresamiento de Kinraid había eliminado el obstáculo principal. Philip decidió que, con un hombre como el arponero, la ausencia era equivalente a un desleal olvido. Pensó que aquella decisión estaba fundada, después de lo que había oído acerca del comportamiento de Kinraid en relación a Annie Coulson, a la otra muchacha anónima, su sucesora en el veleidoso corazón de Kinraid, y a las mencionadas en la procaz charla de los marineros en la taberna de Newcastle. Más le valía a Sylvia olvidarlo lo antes posible; y para contribuir a ese olvido, jamás sacaría a colación el nombre de ese enamorado,

ni para alabarlo ni para censurarlo. Y Philip sería paciente y perseverante; no dejaría de vigilarla ni de esforzarse por ganar su reticente amor.

¡Ahí estaba Sylvia! La vio desde lo alto del senderuelo de la colina que llevaba hasta la puerta de los Robson. Estaba en el jardín, el cual, a cierta distancia de la casa, ascendía el terraplén que había al otro lado del barranco; estaba demasiado lejos para llamarla, pero no para contemplarla con unos ojos que acariciaban cada uno de sus movimientos. Qué bien conocía Philip ese jardín; algún granjero anterior lo había colocado, mucho tiempo atrás, en la ladera que daba al sur; estaba cercado con toscas piedras del páramo; había arbustos de bayas comestibles, y el abrótano y la eglantina por su dulce olor. Cuando los Robson se mudaron a Haytersbank, y Sylvia era poco más que una niña mona, qué bien recordaba haberla ayudado a arreglar el jardín, gastándose los pocos peniques de que disponía en margaritas en una ocasión, en semillas de flores en otra; o en un rosal dentro de un tiesto. Recordó cómo sus manos, poco acostumbradas al trabajo físico, le habían dado a la azada para levantar ese puentecillo primitivo sobre el arroyo en la pequeña depresión, antes de que las corrientes del invierno lo hicieran demasiado profundo para vadearlo; cómo había cortado ramas del serbal y las había cubierto, aunque adornadas con sus bayas escarlata, con tepes de hierba verde, más allá de los cuales iba avanzando su esplendor; pero habían pasado meses y años desde que estuviera en ese jardín, que había perdido su encanto para Sylvia, que veía cómo los inhóspitos vientos marinos malograban todos sus intentos de cultivar otras cosas aparte de las útiles: hierbas aromáticas, caléndulas, patatas, cebollas y cosas así. ¿Por qué permanecía Sylvia allí ahora, inmóvil junto al trozo más alto de tapia, mirando al mar, haciéndose sombra con una mano? Tan inmóvil como si fuera una estatua de piedra. Philip comenzó a desear que se moviera, que le mirara, o cuando menos que hiciera algún movimiento, y no se quedara contemplando de ese modo el océano monótono e inmenso.

Bajó el sendero con paso impaciente y entró en el cuarto de estar. Allí encontró a su tía tejiendo, y al parecer con buena salud. Oyó que su tío le hablaba a Kester en la vaquería; todo iba bien en aquella casa. ¿Por qué Sylvia permanecía en el jardín en esa extraña inmovilidad?

—¡Muchacho! ¡Cómo alegre la vista tu presencia! —dijo su tía, poniéndose en pie para darle la bienvenida—. ¿Cuándo has llegado? Tu tío estará encantado de verte, y de oír lo que tengas que contarle acerca de esos arados; tus cartas le han dado mucho que pensar. Le llamaré.

—Espere un poco, tía —dijo Philip, deteniendo el avance de ella hacia la puerta—. Está ocupado hablando con Kester, y no tengo prisa. Puedo quedarme un par de horas. Siéntese, y dígame cómo se encuentra, y cómo va todo. Y yo tengo mucho que contarle.

—Claro... claro. ¡Y pensar que has estado en Londres desde la última vez que te vi! ¡Desde luego! La de vueltas que da el mundo. ¿Te acuerdas de aquel muchacho, el arponero, el que era primo de los Corney, Charley Kinraid?

¡Recordarle! Como si pudiera olvidarle...

—Bueno, pues está muerto y enterrado.

—¡Muerto! ¿Quién se lo ha dicho? No lo entiendo —dijo Philip, perplejo.

¿Había conseguido escapar Kinraid, después de todo, y lo habían herido y matado en el intento? Pues, de lo contrario, ¿cómo podían saber que estaba muerto? Podía estar desaparecido, aunque era raro que le dieran por tal, pues se suponía que estaba navegando por los mares de Groenlandia. ¡Pero muerto...! ¿Cómo que muerto? Ni siquiera cuando Philip le había odiado con más encono había llegado a desear su muerte.

—No lo menciones delante de nuestra Sylvia; nunca pronunciamos su nombre delante de ella, pues se lo toma muy a pecho, aunque yo creo que ha sido lo mejor para ella; pues la había embobado, y también a Bessy Corney, como me dijo su madre; nunca les he dicho que Sylvia sintiera algo por él, así que no digas nada, muchacho. No es más que un capricho de niña, un amor adolescente; ya se le pasará. Y lo mejor para ella es que haya muerto, aunque sea duro decir eso de un hombre que se ahogó.

—¡Se ahogó! —dijo Philip—. ¿Cómo lo sabe?

Tenía la esperanza de que hubieran encontrado el cuerpo hinchado y empapado del pobre hombre, con lo que todas las cuestiones y dilemas quedarían resueltos. Era posible que Kinraid hubiera conseguido arrojararse por la borda con cuerdas y grilletes, ahogándose.

—¡Vamos, muchacho! No hay ninguna duda. El capitán del *Urania* no hacía más que pensar en él, pues el día que tenían que zarpar no se había presentado, y envió a gente a buscarlo a Cullercoats, donde vivía su familia, que los mandó a Newcastle, a casa de los Brunton, y averiguaron que había estado allí. El capitán pospuso la partida por dos o tres días, pues estaba en su derecho; pero cuando se enteró de que Kinraid no estaba con los Corney, y que se había marchado hacía casi una semana, zarpó hacia los mares del Norte con el mejor arponero que pudo encontrar. Pues de nada sirve hablar mal de los muertos; y aunque yo no podía soportar que siguiera viniendo a

esta casa, se ve que era un arponero como hay muy pocos, por lo que me han contado.

—Pero ¿cómo sabe que se ahogó? —dijo Philip, que se sentía culpable y decepcionado por el relato de su tía.

—Muchacho, casi me avergüenza decírtelo, pues me enfadé muchísimo; pero Sylvia estaba tan destrozada que casi no fui capaz de reprenderla como me hubiera gustado: esa chica estúpida le había dado un trozo de cinta, una cinta que todos conocían, pues todo el mundo se había fijado en ella y la había admirado en la Nochevieja en casa de los Corney... y ese pobre y engreído pavo real se la había atado al sombrero, de modo que cuando la marea... ¡Chitón! Llega Sylvia por la puerta de atrás; no digas nada. —Y con una voz falsa y forzada preguntó en voz alta, pues hasta ese momento había estado hablando en un susurro—: ¿Y viste al rey Jorge y a la reina Carlota?

Philip fue incapaz de responder, tampoco oyó la pregunta. Su alma le había abandonado para recibir a Sylvia, que entró con una silenciosa lentitud, tan distinta de su actitud de antes. Tenía la cara exangüe, blanca; sus ojos grises parecían más grandes; y la embargaba un pesar mudo y sin lágrimas; se acercó hasta Philip, como si el verle allí no la sorprendiera en absoluto, y le saludó cortésmente, como si fuera un conocido al que hubiera visto el día anterior. Philip, que recordaba la discusión que habían tenido, y además por causa de Kinraid, la última vez que se vieran, esperaba ver en ella alguna traza de que aquello no se le había borrado de la memoria. Pero esa señal no apareció; aquella inmensa pena le había borrado toda cólera, y casi toda la memoria. Su madre la miraba con ansiedad, y le dijo con la misma forzada alegría que había utilizado un momento atrás:

—Aquí está Philip, te contará un montón de cosas de Londres; dile a tu padre que entre, y así nos enteraremos todos de cómo son esos arados que hacen ahora. Será una novedad y una alegría estar todos juntos otra vez.

Sylvia, dócil y silenciosa, se dirigió hacia la vaquería para obedecer a su madre. Bell Robson se inclinó hacia Philip, malinterpretando la expresión de su cara, que era a la vez de culpa y de compasión, y contuvo el posible arrepentimiento que podía haber instado a Philip a contar todo lo que sabía al decirle:

—¡Muchacho! Ha sido para bien. Ese hombre no era lo bastante bueno para ella, y sospecho que solo jugaba con ella al igual que había hecho con las demás. Déjala, déjala; con el tiempo acabará dándonos las gracias.

Robson le dedicó una sonora bienvenida; más sonora y locuaz debido a que él, al igual que su mujer, mostraba una fingida alegría delante de Sylvia.

Pero Robson, contrariamente a su mujer, en el fondo lamentaba el destino de Kinraid. Al principio, mientras simplemente se supo que había desaparecido, Daniel Robson dio en el clavo al suponer que la maldita patrulla de leva estaba detrás. Respaldó sus palabras con muchos juramentos, y con más motivo porque no tenía un solo argumento que aducir a su intuición. Nadie, en aquella costa solitaria, había observado la presencia de buques de guerra, ni de las gabarras que solían acompañarlo, con la intención de enrolar a marineros en los barcos del rey. En Shields, en la desembocadura del Tyne, donde estaba fondeado el *Urania* en impaciente espera, sus propietarios habían emprendido una concienzuda búsqueda de su diestro y protegido arponero, pero sin resultado. Todas las pruebas contradecían la opinión de Daniel Robson, y él se aferraba más a ella; hasta el día en que encontraron el sombrero en la orilla del mar, con el nombre de Kinraid escrito en el interior con letras grandes y claras, y el revelador trozo de cinta anudado en la banda. Entonces Daniel, cambiando repentinamente de opinión, abandonó toda esperanza; jamás se le ocurrió que aquello hubiera ocurrido por accidente. ¡No! Kinraid estaba muerto y ahogado, y era una lástima, y cuanto antes se olvidara aquel asunto mejor para todos; y bien estaba que nadie se hubiera enterado de lo lejos que había llegado con Sylvia, sobre todo ahora que Bessy Corney lloraba a moco tendido como si también hubiera estado prometida con el arponero. De modo que Daniel no le dijo nada a su esposa acerca de lo que había tolerado durante su ausencia, y nunca le habló a Sylvia del asunto; solo que ahora se mostraba más cariñoso con ella, a su manera tosca, y por la mañana, al mediodía y por la noche pensaba qué podía hacer para complacerla y apartar sus pensamientos de aquel desventurado amor.

Aquella noche tendría a Sylvia junto a él mientras Philip contaba sus historias o respondía prolijamente a las preguntas que le formulaban. Sylvia estaba sentada en un taburete junto a las rodillas de su padre, que en una mano tenía las dos de su hija; y en aquel momento Sylvia reposaba la cabeza sobre ellas, y Philip veía sus tristes ojos fijos en el centelleo del fuego, en una mirada inmutable, sin parpadeos, que delataba que sus pensamientos estaban muy lejos. Tanta lástima sentía por ella que casi no podía relatar lo que había visto y hecho. Sin embargo, a pesar de toda su lástima, había decidido no aliviarla contándole lo que sabía, no transmitirle el mensaje enviado por su falsario amor. Se sentía como una madre que le niega algo perjudicial al necio deseo de su quejoso hijo.

Pero Philip se fue sin haber pronunciado una palabra acerca de su buena suerte en los negocios. Era algo que aquella noche parecía fuera de lugar,

pues la idea de la muerte y de la pérdida un amigo flotaba sobre la casa y proyectaba su sombra, oscureciendo todas las cosas mundanas.

De modo que la gran noticia llegó como un chismorreo más, que algún amigo de Robson le contó en Monkshaven al siguiente día de mercado. Durante meses Philip había esperado con impaciencia ver qué sensación producía en aquella familia el esperado acontecimiento, paso previo a depositar su buena suerte a los pies de Sylvia. Y ellos se enteraron sin que él estuviera presente, y todas las opciones de utilizar aquel argumento tal como pretendía se desvanecieron por el momento.

Daniel siempre sentía curiosidad por los asuntos de los demás, y ahora más que nunca procuraba recabar noticias que pudieran interesar a Sylvia y la sacaran del estado de indiferencia hacia todo en que se hallaba. Quizá pensaba que no había actuado con prudencia al permitirle que se prometiera a Kinraid, pues era un hombre propenso a juzgar por los resultados; y además, había tenido muchas razones para arrepentirse de haber alentado a ese enamorado cuyo prematuro final tanto había afectado a su única hija, y era más reacio que nunca a permitir que su esposa se enterara de todo lo ocurrido en su ausencia. Incluso instó a Sylvia a que no lo revelara, pidiéndoselo como un favor personal; poco dispuesto a encontrarse con esa silenciosa censura que abiertamente fingía despreciar.

—No vamos a preocupar a tu madre contándole lo a menudo que venía ese hombre. Pues a lo mejor da en pensar que venía por ti, mi pobre niña; y eso la enojaría mucho, pues es una mujer que se toma muy en serio lo del matrimonio. Y hasta el verano no volverá a estar fuerte como antes, y no quiero darle motivo de preocupación. De modo que tú y yo guardaremos el secreto.

—Ojalá madre hubiera estado aquí, entonces lo habría sabido todo sin que yo hubiese de contárselo.

—Ánimo, muchacha; es mejor así. Pronto lo superarás gracias a que no se lo has contado a nadie. Yo mismo no volveré a hablar de ello en la vida.

Y así lo hizo. Pero ahora había una extraña ternura en su tono cuando hablaba con Sylvia, una manera un tanto patética de irle detrás, si por casualidad ella se ausentaba un momento de los lugares donde él esperaba encontrarla, y la consideración que ahora le demostraba, trayéndole regalitos, o alguna noticia que pudiera interesarle, que a Sylvia le llegaban a lo más profundo del corazón.

—¿Sabes de qué habla todo el mundo en Monkshaven? —dijo Robson casi antes de quitarse el abrigo, el día en que se enteró del ascenso de Philip

en el mundo—. Bueno, señora, pues resulta que tu sobrino, Philip Hepburn, ¡tiene su nombre en letras doradas de cuatro pulgadas de longitud en la puerta de Foster's! ¡Él y Coulson son quienes regentan ahora la tienda, y los Foster se han retirado!

—Ese era el secreto de su viaje a Londres —dijo Bell con más satisfacción de la que deseaba demostrar.

—¡Cuatro pulgadas de longitud! ¡Qué te parece! Me enteré de todo en Bay Horse; pero me dije que no te quedarías satisfecha si no lo veía con mis propios ojos. Dicen que Gregory Jones, el plomero, las hizo en York, pues para el viejo Jeremiah eso era lo mínimo. Ahora Philip se embolsará varios cientos al año.

—Pero estarán los Foster en un segundo plano, como suele decirse, y estos se llevarán la parte mayor de los beneficios —dijo Bell.

—Y así es como debe ser, pues imagino que Philip y Coulson primero tendrán que conseguir dinero para comprar su parte —dijo Robson. Y volviéndose hacia Sylvia—: Te llevaré a la ciudad el próximo día de mercado, para que lo veas. Te compraré una bonita cinta para el pelo en la tienda de tu primo. ¡Caramba si no es suya ahora!

El pensamiento de otra cinta que antaño había atado su pelo, y que posteriormente había sido cortada en dos partes, debió de cruzar la mente de Sylvia, pues respondió, como si le repelieran las palabras de su padre:

—No puedo ir, no quiero ninguna cinta; te lo agradezco de todos modos, padre.

Su madre leyó con claridad lo que había en su corazón, y sufrió con ella, pero no pronunció ni una palabra de simpatía. Lo que hizo fue interrogar a su marido, con más insistencia de lo que habría hecho en otro momento, para que este le contara todo lo que sabía del gran ascenso de Philip. En un par de ocasiones Sylvia añadió una lánguida curiosidad; pero al poco se sintió cansada y se fue a la cama. Sus padres permanecieron unos momentos en silencio. A continuación Daniel, en un tono que pretendía justificar a su hija y consolarle a él y a su esposa, observó que eran casi las nueve; los días se habían alargado mucho. Bell no respondió; recogió su lana y comenzó a disponerlo todo para la noche.

Al final Daniel rompió el silencio:

—Alguna vez he pensado que a Philip le gustaba nuestra Sylvie.

Bell no respondió enseguida. A continuación, comprendiendo mejor el corazón de su hija que su marido, a pesar de que este estuviera más al corriente de los sucesos que lo habían afectado, dijo:

—Si estás pensando en emparejarlos, pasará mucho tiempo antes de que la pobre muchacha consiga pensar en otro hombre como enamorado.

—No he dicho nada de enamorados —replicó él, como si su mujer le hiciera algún reproche—. Las mujeres siempre estáis pensando en amores y matrimonios. Solo he dicho que alguna vez he pensado que a Philip le gustaba nuestra hija, y sigo pensándolo; y no tardará en ganar doscientas libras al año. Pero no he dicho nada de enamorados.

UN PRETENDIENTE RECHAZADO

Los cambios comerciales que afectaban a Hepburn y Coulson requerían otros muchos cambios de tipo doméstico.

Los Foster, con ese entrometimiento que suele caracterizar a unos amables protectores, habían planeado que los habitantes de casa de Rose se mudaran al domicilio que pertenecía a la tienda; y que Alice, con la ayuda de la competente criada que ahora se encargaba de todos los asuntos domésticos de John, siguiera siendo la señora de la casa, con Philip y Coulson de inquilinos.

Pero a Alice no le gustaba que se decidiera nada sin su consentimiento, y tenía muy buenas razones para negarse a acceder a ese arreglo. No iban a sacarla de su casa a su edad, dijo, ni tampoco iba a embarcarse en una situación doméstica tan incierta. Pues Hepburn y Coulson eran dos personas jóvenes, dijo, y era probable que se casaran; y entonces seguro que la novia querría vivir en la casa confortable y al antiguo estilo que había en la parte de atrás de la tienda.

En vano le dijeron todas las personas implicadas en el asunto que, en caso de que tal cosa ocurriera, el primer socio que se casara se iría a vivir a una casa propia, dejándola a ella en esa vivienda sin disputa alguna. Y ella replicó, sin que pudiera ponerse reparo alguno, que los dos podrían querer casarse, y que entonces la mujer de uno de ellos querría tomar posesión de una casa que pertenecía al negocio; que no iba a confiar su futuro al capricho de los jóvenes, que siempre, incluso los mejores, cometían la mayor estupidez posible a la hora de casarse; y lo dijo con algo de acre desdén y aversión, como si los jóvenes siempre se casaran con quien no debían, y no tuvieran tampoco el buen juicio de permitir que las personas mayores y más sensatas eligieran por ellos.

—No habrás entendido por qué Alice Rose hablaba así esta mañana —le dijo Jeremiah Foster a Philip la tarde después de la definitiva discusión de su plan—. Creo que pensaba en su juventud, cuando ella era una joven bien parecida y nuestro John solo pensaba en casarse con ella. Como no pudo conseguirla, se quedó soltero toda la vida. Pero si no estoy equivocado, todo

lo que tiene irá a parar a ella y a Hester, aunque esta sea hija de otro hombre. Tú y Coulson tenéis una oportunidad con Hester, Philip. Hoy mismo le he hablado a Coulson de las posibilidades de Hester. Se lo he dicho a él primero porque es sobrino de mi esposa; pero ahora te lo digo a ti, Philip. Sería bueno para la tienda que uno de vosotros se casara.

Philip se sonrojó. A menudo había pensado en el matrimonio, pero esa era la primera vez que alguien se lo sugería en serio. Pero replicó sin perder la compostura.

—No creo que Hester Rose piense en el matrimonio.

—Claro que no; eres tú, o William Coulson, quien ha de hacerla pensar. Es posible que se acuerde lo bastante de lo que fue la vida de su madre con su padre, y eso le haga tomarse con calma esa cuestión. Pero tarde o temprano pensará en el matrimonio; igual que todos nosotros.

—El marido de Alice murió sin que yo le conociera —dijo Philip, eludiendo el tema principal.

—Su muerte fue una bendición. Una bendición para todos los que le tratábamos, quiero decir. Alice era una joven muy hermosa, siempre tenía una sonrisa para todos, para todos excepto para nuestro John, que nunca consiguió arrancarle una. ¡No! Ella nunca quiso saber nada de él, sino que se enamoró de Jack Rose, tripulante de un barco ballenero. Y al final se casaron, aunque toda la familia de ella se oponía. Y él era un redomado pecador, e iba detrás de otras mujeres, y bebía, y le pegaba a Alice. Al año después del nacimiento de Hester se volvió tan inflexible y gris como la ves ahora. Creo que, de no haber sido por John, varias veces se habrían muerto de indigencia y frío. Si alguna vez intuyó de dónde venía el dinero, supongo que eso debió de herir su orgullo, pues siempre fue una mujer orgullosa. Pero el amor de una madre es más fuerte que el orgullo.

Philip se puso a pensar; una generación atrás había ocurrido algo parecido a lo que estaba viviendo ahora, con las mismas esperanzas y temores. Una chica había sido amada por dos hombres, y dos hombres, además, con ocupaciones idénticas a las de él y Kinraid; y ese tal Jack Rose tenía un carácter idéntico a lo que Philip sabía del arponero; y la chica había elegido al hombre equivocado, quien le había amargado la vida a resultas de aquel error de juventud. ¿Iba a ser ese el destino de Sylvia? ¿Y acaso no la había salvado el hecho de que reclutaran a Kinraid, y el hecho de que él, Philip, hubiera decidido no revelar nada de lo que sabía? A continuación se preguntó si las vidas de una generación no serían sino una repetición de las vidas de quienes les habían precedido, y que lo único que variaba era que algunos tenían mayor

capacidad de sufrimiento que otros. ¿Acaso esas mismas circunstancias que ahora centraban el interés de su vida volverían a darse a su debido tiempo, cuando él hubiera muerto y nadie se acordara de Sylvia?

Confusos pensamientos de ese jaez acudían sin cesar a la mente de Philip siempre que tenía tiempo para pensar en otra cosa que no fuera el gentío que había en la tienda. Y cada vez que meditaba en esa complicada sucesión de eventos parecidos, salía de su ensueño más y más satisfecho con la decisión que había tomado de no revelarle a Sylvia cuál había sido el sino de su enamorado.

Al final se decidió que Philip se mudaría a la casa que pertenecía a la tienda, y que Coulson permanecería con Alice y su hija. Pero durante el verano este último le dijo a Philip que le había propuesto matrimonio a Hester el día anterior, y que le había rechazado. Era una situación bastante incómoda, pues vivían en la misma casa que ella, y cada día tenía que verse con Hester, la cual, sin embargo, mantenía una actitud amable y serena, con una pizca más de reserva en su trato con Coulson.

—Me gustaría que averiguaras qué tiene en contra de mí, Philip —dijo Coulson unas dos semanas después de haber sido rechazada su proposición. El pobre Coulson pensaba que el trato correcto que Hester le dispensaba desde entonces era prueba de que ella no le veía con malos ojos; y como ahora volvía a llevarse bien con Philip, acudía a él constantemente, como si este pudiera interpretar todas las nimias ocurrencias que tenían lugar entre él y su amada—. Somos de la misma edad, no nos llevamos ni dos meses, y en Monkshaven hay pocas personas que se hayan fijado en ella con un futuro más prometedor que el mío, y ella conoce a mi familia; de hecho somos casi primos, y yo soy casi un hijo para su madre. Y no hay nadie en Monkshaven que pueda decir una palabra en contra de mi carácter. ¿No hay nada entre tú y ella, verdad, Philip?

—Ya te he dicho muchas veces que para mí es como una hermana. Y ni ella piensa en mí como marido ni yo en ella como esposa. De modo que no insistas más, porque no te lo volveré a repetir.

—No te enfades, Philip; si supieras lo que es estar enamorado... Siempre te estás imaginando cosas, como yo ahora.

—Es posible —dijo Philip—, pero no creo que yo te estuviera hablando siempre de mis imaginaciones.

—No volveré a hablarte más del asunto, si averiguas por ti mismo qué es lo que ella puede tener en mi contra. Iré con ella a los servicios religiosos siempre que quiera, si es eso. Simplemente pregúntaselo, Philip.

—Me incomoda que me mezcles en esto —dijo Hepburn, reacio.

—Pero si acabas de decirme que es como una hermana para ti; y un hermano siempre le pregunta a su hermana, y no se lo piensa dos veces.

—Está bien —replicó Philip—. Veré qué puedo hacer. Pero, muchacho, no creo que ella te acepte. No se siente atraída por ti, y la atracción son tres cuartas partes del amor, si la razón es el otro cuarto.

Pero, sin saber por qué, Philip era incapaz de ir a preguntarle a Hester. Y el único motivo que se le ocurría era que «le incomodaba». Pero como apreciaba de verdad a Coulson, estaba ansioso por cumplir su deseo, aunque estaba casi convencido de que no serviría de nada. De modo que aguardó su oportunidad, y un domingo por la tarde encontró a Alice sola y sin nada que hacer.

Estaba sentada junto a la ventana, leyendo la Biblia, cuando Philip entró. Ella le saludó de manera seca, aunque bastante cordial a su estilo, pues siempre era parca en expresiones de agrado o satisfacción. Pero se quitó las gafas de concha y las colocó dentro del libro para no perder el punto; a continuación se volvió completamente hacia él y le dijo:

—¡Bueno, muchacho! ¿Cómo va todo? Aunque no sea día hoy para preguntar por cosas mundanas. Pero ahora solo te veo los domingos, y aun poco. Sin embargo, no debemos hablar de esas cosas en el día del Señor. Dime solo, pues, cómo va la tienda, y enseguida abandonaremos tan vana charla.

—La tienda va de maravilla; gracias, madre. Pero eso se lo podría decir Coulson cualquier día.

—Prefiero que me lo digas tú, Philip. Coulson no sabe manejar sus propios asuntos, por no hablar de la mitad del negocio que decidieron emprender John y Jeremiah, y que tantos sacrificios les ha costado. No tengo paciencia con Coulson.

—¿Por qué? Es una persona honrada como hay pocas en Monkshaven.

—Puede ser. Pero todavía le ha de salir la muela del juicio. Aunque, si es por eso, hay muchos individuos tan poco sensatos como él.

—Sí, y que lo diga. Puede que Coulson a veces no sea todo lo inteligente que debiera, pero se puede confiar en él, y le prefiero a cualquier otro joven de su edad de Monkshaven.

—¡Yo sí sé a quién prefiero en muchos aspectos, Philip!

Lo dijo con tanto énfasis que a Philip no le fue difícil comprender que se estaba refiriendo a él mismo, y replicó, con bastante franqueza:

—Si se refiere a mí, madre, no le negaré que de algunas cosas sé más que Coulson. Dispuse de mucho tiempo libre en mi juventud, y tuve una buena educación mientras vivió mi padre.

—¡Muchacho! No es la educación, ni los conocimientos, ni lo que se aprende en los libros lo que hace que un hombre salga adelante. Es la inteligencia innata. Y tampoco es la educación, ni el saber ni lo que se aprende en los libros lo que más destaca en una joven, sino algo que no puede expresarse en palabras.

—¡Eso es precisamente lo que le dije a Coulson! —dijo Philip enseguida—. Estaba dolido porque Hester le había dado calabazas, y acudió a mí.

—¿Y tú qué le dijiste? —preguntó Alice, y sus ojos profundos centellearon hacia él para leer su cara así como sus palabras.

Philip, que veía la oportunidad de cumplir ahora el encargo de Coulson sin exponerse a una situación embarazosa, añadió:

—Le dije que haría todo lo que pudiera...

—¿Eso le dijiste? Vaya, vaya, pues he de decir que lo más raro que hay en el mundo es la gente —farfulló entre dientes Alice.

—... pero que la atracción constituye tres cuartas parte del amor —prosiguió Philip—, y que probablemente sería difícil hallar una razón por la que ella no se sienta atraída por él. Sin embargo, me gustaría que ella se lo pensara; pues él está tanto por ella, que creo que la desazón acabará perjudicándole, si la cosa sigue así.

—La cosa no va a seguir así —dijo Alice en un sombrío tono de oráculo.

—¿Cómo que no? —preguntó Philip. Como no recibiera respuesta, añadió—: Él la ama de verdad, y no se llevan más de un mes o dos, y además Coulson tiene buen carácter; y su parte de la tienda no tardará en proporcionarle varios cientos al año.

Siguió otro silencio. Lo que pretendía decir Alice exigía que abatiera su orgullo, cosa que le era imposible a pesar de sus esfuerzos.

—Quizá usted podría hablar en su favor, madre —dijo Philip, molesto ante aquel silencio.

—No haré tal cosa. Los matrimonios han de hacerse sin que nadie se entrometa. ¿Cómo sé yo que no hay otro que le guste más a Hester?

—Nuestra Hester no es de las que piensan en los jóvenes a no ser que alguno la haya estado cortejando. Y usted sabe, madre, y yo también, e incluso Coulson, que nunca le ha dado oportunidad a ninguno de cortejarla; se ha pasado media vida aquí y la otra mitad en la tienda, y de camino nunca se ha parado a hablar con nadie.

—Ojalá no vinieras a importunarme en domingo con tu vanidad y tu charla mundana. Preferiría con mucho estar en ese mundo donde ni ellos toman mujer ni ellas marido^[31], pues aquí todo es confusión.

Volvió la mirada hacia la Biblia que tenía sobre el aparador, y la abrió de golpe. Mientras se ajustaba las gafas sobre la nariz, las manos temblando de pasión, oyó decir a Philip:

—Perdone, madre. Es que no he podido venir ningún otro día.

—No importa, es igual. Pero podrías decir la verdad. Estoy segura de que esta semana has estado algún día en Haytersbank Farm.

Philip se sonrojó; de hecho, había olvidado que consideraba sus frecuentes visitas a la granja como una ocupación habitual más. Guardó silencio.

Alice le miró con una aguda inteligencia que atravesó su silencio.

—Me lo imaginaba. La próxima vez que te digas «Sé más que Coulson», acuérdate de las palabras de Alice Rose, y son las que siguen: si Coulson es tan miope que no ve a través de una tabla, tú eres demasiado ciego para ver a través de una ventana. En cuanto a lo de venir a hablarme a favor de Coulson, estará casado con otra antes de que acabe este año, por mucho que crea estar colado por Hester. Sigue tu camino y déjame con mis Escrituras, y no vuelvas a molestarme en domingo con vanos parloteos.

De modo que Philip volvió de su misión bastante alicaído, y más ciego que nunca «para ver a través de una ventana».

Antes de que acabara el año se cumplió la profecía de Alice. Coulson, que no soportaba vivir en la misma casa que la muchacha que le había rechazado, en cuanto se convenció de que jamás lograría aquella meta volvió su atención hacia otra. No amaba a esa nueva enamorada como había amado a Hester: había en ese amor más razón que atracción. Pero acabó de manera satisfactoria, y antes de que cayeran las primeras nieves, Philip hacía de padrino en la boda de su socio.

SE AGUDIZAN LAS SOMBRAS

Pero antes de que Coulson se casara ocurrieron muchas cosas, cosas insignificantes para todos menos para Philip. Para él fueron como el sol y la luna. Atrás quedaron los días en que subía hasta Haytersbank y Sylvia hablaba con él; ahora seguía subiendo, pero ella no tenía ánimo para hablar con nadie, y salía de la sala en cuanto él entraba, o ni siquiera entraba, aunque debía de saber que él estaba allí: ese fue el cambio que le llevó de la felicidad a la tristeza.

Los padres de ella siempre le recibían con los brazos abiertos. Abatidos por el desánimo de su hija, saludaban la llegada de cualquier visita como un cambio para ella y para ellos. Su antigua amistad con los Corney se había enfriado, debido al dolor que Bessy Corney había expresado sin ambages por la muerte de su primo, como si tuviera alguna razón para considerarlo su prometido, mientras que los padres de Sylvia consideraban ese hecho como una injuria a la causa del dolor de su hija. Pero aunque en aquella época los miembros de las dos familias dejaron de buscar su mutua compañía, nada se dijo. El hilo de la amistad podía reanudarse en cualquier momento, solo que ahora se había desatado; y Philip se alegraba. Antes de cada una de sus visitas a Haytersbank buscaba algún pequeño presente que hiciera su visita mejor recibida. Y ahora deseaba más que nunca que Sylvia se interesara por aprender; de haber sido así, él le habría llevado muchas hermosas baladas, o libros de relatos, como los que estaban entonces de moda. Lo intentó con la traducción de *Las penas del joven Werther*, tan popular entonces que se encontraba en todos los cestos de los vendedores ambulantes, la *Llamada de Law*, el *Viaje del Peregrino*, *El Mesías* de Klopstock^[32], y el *Paraíso Perdido*. Pero Sylvia era incapaz de leer; y tras girar las páginas de manera lánguida, y sonreír un poco ante la imagen de Charlotte preparando pan con mantequilla torpemente, lo colocó sobre la estantería, junto al *Complete Farrier*^[33], y allí lo vio Philip, boca abajo y sin tocar, la vez siguiente que fue a la granja.

Muchas veces, a lo largo de aquel verano, leyó los versículos del Génesis en los que se relatan los dos períodos de siete años que Jacob tuvo que servir para conseguir a Raquel^[34], e intentó sacar ánimos de la recompensa que al final lograba la constancia del patriarca. Después de intentarlo con libros, ramilletes de flores, bonitas prendas de vestir, según la costumbre de aquellos días, y al encontrarse con que todo era recibido con la misma lánguida gratitud, se propuso intentar complacerla de otro modo. Era momento de cambiar de táctica; pues la chica se estaba hartando de tener que darle siempre las gracias, cada vez que iba a verla, por uno u otro favor. Ella deseaba que él la dejara en paz y no la estuviera mirando de continuo con aquellos ojos tristes. Su padre y su madre saludaban aquellas primeras señales de impaciencia y mal genio en su hija como un regreso al estado de cosas anterior a la irrupción de Kinraid en sus vidas; incluso Daniel estaba ahora en contra del arponero, irritado por las sonoras quejas de los Corney ante la pérdida de un hombre con quien su hija decía estar prometida. Si Daniel deseaba que volviera a la vida, era sobre todo para que los Corney se convencieran de que su última visita a los alrededores de Monkshaven había sido para ver a la pálida y silenciosa Sylvia, y no a esa Bessy, que se lamentaba de la prematura muerte del Kinraid más porque la hubiera privado de un marido que por algún inmenso cariño hacia el difunto.

—Si él fue detrás de esa chica es que era un bribón de siete suelas, eso es lo que era, y ojalá viviera para verlo ahorcado. Pero no lo creo; esas hijas de los Corney siempre estaban hablando y pensando en chicos, y jamás entró un hombre por su puerta al que no vieran como un posible marido. Y su madre no era mejor. Kinraid debió de hablarle educadamente a Bessy, como hace un muchacho con una muchacha, y por eso a ella ya le parece que quería llevarla al altar a la semana siguiente.

—No les doy la razón a los Corney, pero Molly Corney, que ahora es Molly Brunton, siempre le hablaba del difunto a nuestra Sylvie como si antes hubieran sido novios. Y no hay humo sin fuego, y creo muy probable que fuera uno de esos individuos que van detrás de muchas chicas, y a veces tontean con dos o tres al mismo tiempo. ¡Mira a Philip, en cambio, qué diferente es! Jamás ha pensado en otra chica que no fuera nuestra Sylvie, estoy segura. Ojalá no fuera tan anticuado y pusilánime.

—¡Vaya! Y con lo que gana ahora en la tienda, por lo que he oído decir. Y ahora es de mejor trato que antes. Tenía un tono de predicador que se me hacía insoportable; pero ahora se toma su cerveza, y refrena su lengua, y deja que hablen los que saben más que él.

Se trataba de un diálogo conyugal. Philip iba ganándose el favor de Daniel, y eso era importante a la hora de conquistar el corazón de Sylvia; pues ella ignoraba los distintos sentimientos que su padre albergaba ahora hacia Kinraid, y se tomaba el cariño que le mostraba como si fueran señales de su afecto hacia el enamorado perdido y de lástima por su pérdida, en lugar de lo que era en realidad: alivio al pensar que ese veleidoso marinero estaba muerto y ahogado. De hecho, el carácter de Daniel, en todos sus aspectos, era como el de un niño. Le afectaba enormemente todo lo que estaba presente, y solía olvidar a los ausentes. Actuaba siguiendo sus impulsos, y a menudo tenía que lamentarlo; pero tanto detestaba lamentarlo que no permitía que eso le enseñara ninguna lección para el futuro. No obstante, a pesar de sus muchos defectos, había algo en él que le hacía ganarse el profundo amor de su hija, a la que malcriaba, y de su esposa, que en realidad era superior a él, pero a la que él imaginaba dominar totalmente gracias a su sabiduría.

El amor que Philip sentía por Sylvia le hacía obrar con tacto. Averiguó, al parecer, que para complacer a las mujeres de la casa debía prestarle al hombre toda la atención posible; y aunque en comparación no solía pensar mucho en Daniel, aquel otoño no dejaba de pensar en qué hacer para contentarle. Cuando hacía o decía cualquier cosa para complacer al granjero, Sylvia sonreía y era amable. Todo lo que hacía hallaba la aprobación de su tía; pero incluso ella estaba extraordinariamente alegre cuando veía a su marido satisfecho. Sin embargo, el avance de Philip era muy lento; y a menudo se iba a dormir suspirando las palabras: «Siete años, y quizá siete años más». Y entonces, en sueños, volvía a ver a Kinraid, a veces luchando y a veces navegando hacia tierra, la única persona a bordo de un barco que avanzaba velozmente, solo en cubierta, adusto y vengativo; hasta que Philip despertaba en medio de un terror lleno de remordimientos.

Ese sueño y otros parecidos solían asaltarle cada vez con más frecuencia cuando, en noviembre de ese año, la costa de Hartlepool y Monkshaven se vio ensombrecida por la presencia de un guardacostas que se dirigía hacia el sur procedente de su puesto en North Shields, a causa de la determinación con que unos marineros de ese puerto habían decidido resistirse a la patrulla de leva y la energía que habían depositado en su resolución. Pues un cierto martes por la tarde, aún recordado por los más viejos habitantes de North Shields, los marineros del servicio mercante se enfrentaron y derrotaron a la patrulla, echándolos de la ciudad entre burlas y con las chaquetas al revés. Un abundante gentío les acompañó hasta Chirton Bar; y allí les dieron tres hurras al partir, pero les advirtieron que los descuartizarían si intentaban volver a

entrar en North Shields. Pero pocos días más tarde surgió una nueva causa de irritación, y quinientos marineros, armados con todas las espadas y pistolas que pudieron reunir, desfilaron por la ciudad con gran alboroto, y al final intentaron apoderarse de la gabarra *Eleanor*, con el pretexto de los malos tratos que se dispensaban a los hombres reclutados a la fuerza que llevaban a bordo. El intento fracasó, sin embargo, debido a la enérgica conducta de los oficiales al mando. Al día siguiente ese cuerpo de marineros puso rumbo a Newcastle; pero al enterarse, antes de llegar a la ciudad, de que había una nutrida fuerza civil y militar preparada para recibirles, se dispersaron; pero no antes de que los buenos ciudadanos se hubieran llevado un buen susto, con los tambores de la milicia de North Yorkshire llamando a las armas, y la gente se lanzara a la calle aterrada para averiguar la razón de esa alarma, y algunos de ellos vieron a la milicia, al mando del duque de Fauconberg, salir del cuartel que había junto a New Gate y entrar en el pabellón donde se custodiaba a los marineros que habían sido reclutados a la fuerza en Broad Chase.

Pero unas semanas después, el servicio de leva se vengó de los insultos recibidos en North Shields. En plena noche, un regimiento estacionado en el cuartel de la desembocadura del Tyne acordonó la ciudad; dentro de ella soltaron a las patrullas de leva que pertenecían a los barcos del ejército anclados delante del puerto de Shields; nadie pudo escapar, y más de doscientos cincuenta hombres, entre marineros, mecánicos y trabajadores de todo tipo, fueron obligados a enrolarse en barcos de la armada. Con ese botín zarparon, y fueron prudentes al abandonar el lugar, pues se juró contra ellos venganza eterna. Ni todo el temor a una invasión francesa podía hacer que la gente de aquellas costas reconociera la necesidad de aquella leva. Después de aquello, el miedo y la confusión imperaron hasta muchas millas tierra adentro. Un caballero de buena posición de Yorkshire contó que todos sus trabajadores se habían dispersado como una nidada de pájaros porque se habían enterado de que una patrulla se había instalado en una población situada tan al interior como Tadcaster; y solo regresaron al trabajo cuando el administrador de su patrón les garantizó la protección de este, pero incluso entonces pedían que se les dejara dormir en los establos o edificios anexos a la mansión de su señor, pues no se atrevían a dormir en sus casas. No había pesca, pues los pescadores no se atrevían a hacerse a la mar; los mercados estaban desiertos, pues la patrulla podía abatirse sobre cualquier congregación de hombres; subieron los precios, y muchos se empobrecieron; otros se arruinaron. Pues en la gran contienda en que estaba inmersa Inglaterra, la marina se consideraba su salvaguarda, y debía contar con hombres por mucho dinero, sufrimiento o

injusticia que costaran. Hombres de tierra eran secuestrados y conducidos a Londres; allí, la mayoría de las veces, se les soltaba sin compensación y ni un penique, pues se descubría que eran inútiles para ir embarcados.

El otoño traía de vuelta a los barcos balleneros. Pero el período de su regreso era de gran ansiedad, en lugar de ser la época anual de regocijo y celebraciones, de hogares alegres, si regresaban los valientes y fieles maridos o hijos, de ilimitado e insensato derroche, y de jactanciosa jovialidad entre aquellos que pensaban haberse ganado una licencia sin límites en tierra tras seis meses de obligada abstinencia. En otros años era la época en que se compraban nuevas y hermosas ropas para el invierno, en que se prodigaba una jolgoriosa aunque humilde hospitalidad, en que los tenderos exhibían lo mejor y más alegre que tenían, en que las tabernas estaban abarrotadas, en que las calles se veían llenas de marineros de chaquetas azules, que paseaban con palabras juguetonas y los corazones abiertos. En otros años, las fábricas de sal habían estado llenas de activos trabajadores, los muelles abarrotados de barriles, y el dique seco a rebosar de marineros y capitanes; pero ahora pocos, tentados por altos salarios, caminaban furtivos por callejones ocultos hasta su trabajo, y lo hacían juntos, con miradas siniestras, asomando la cabeza por las esquinas, y temerosos de cada paso que oían acercarse, como si se dispusieran a hacer algo ilegal en lugar de un trabajo honesto. Casi todos llevaban su cuchillo de ballenero a mano para defenderse en caso de que fueran atacados. Las tiendas estaban casi desiertas; los hombres no hacían ningún gasto innecesario; no osaban salir a comprar fastuosos regalos para sus esposas, o enamoradas o hijos pequeños. En las tabernas habían vigilantes siempre atentos, mientras hombres feroces bebían y pronunciaban despiadados juramentos de venganza dentro del local; hombres que no perdían el tiempo con sus vasos, ni se ponían estúpidamente alegres, sino en quienes el licor convocaba las pasiones peores y más despiadadas de la naturaleza humana.

De hecho, por toda la costa de Yorkshire parecía que una plaga asolara a las personas y la tierra. Los hombres iban a escondidas a su trabajo diario con odio y suspicacia en la mirada, y muchas maldiciones viajaron sobre el mar hasta caer sobre los tres barcos fatídicos anclados, inmóviles, a tres millas de la costa de Monkshaven. La primera vez que Philip oyó en su tienda que la maligna e inmóvil silueta de esos tres brazos de guerra aún podía verse en el horizonte gris, se le encogió el corazón, y apenas se atrevió a preguntar sus nombres. Pues si uno de ellos era el *Alceste*; si Kinraid conseguía hacerle llegar un mensaje a Sylvia; si llegaba a comunicarle que estaba vivo, y la amaba, y le era fiel; si Sylvia llegaba a enterarse de que su enamorado le

había enviado un mensaje a través de Philip y este no lo había entregado: ¿en qué posición quedaría él entonces, y no solo en su amor —que, por supuesto, ya no tendría futuro—, sino también en su estima? Desapareció toda sofistería; el miedo a ser descubierto despertó en Philip un sentimiento de culpa, y además se dio cuenta que, a pesar de todo lo que comentaba la gente y los rumores, no podía evitar creer que Kinraid hablaba muy en serio cuando pronunció aquellas apasionadas palabras y suplicó que le llegaran a Sylvia. Un instinto le decía a Philip que el arponero había flirteado con muchas, pero que su amor por Sylvia Robson era verdadero y profundo. A continuación Philip intentaba convencerse de que, a partir de lo que se decía del carácter de Kinraid, este era incapaz de mantener un compromiso constante y perdurable; y con el opio para su conciencia que obtenía de esa idea Philip quedaba tranquilo, hasta que, un día o dos después de enterarse de la presencia de esos buques, averiguó, con ciertos problemas y dificultades, que sus nombres eran el *Megara*, el *Belerofonte* y el *Hanover*.

Entonces comenzó a pensar que era muy improbable que el *Alceste* hubiera permanecido por aquellas costas todos aquellos meses. Sin duda estaba ya muy lejos en aquellos momentos; y probablemente se había unido ya a la flota en la base naval. ¿Quién podía saber lo que había sido del buque y su tripulación? A lo mejor ya había entrado en combate, y si era así...

De modo que sus fantasías anteriores quedaron en nada, rechazadas por su improbabilidad, y con ellas desaparecieron los reproches que se hacía. Sin embargo, había veces en que la atención popular quedaba totalmente absorbida por el temor a la patrulla de leva; no se hablaba de otra cosa, y de hecho, tampoco se pensaba en nada más. Cuando acometían estas oleadas de pánico, temía de nuevo Philip que Sylvia llegara a saber algo, que de pronto comprendiera que la ausencia de Kinraid tenía otra explicación además de la de su fallecimiento. Pero cuando razonaba, eso le parecía improbable. En la época de la desaparición de Kinraid ningún buque de guerra se había visto delante de aquellas costas, o si se había visto, nunca se había hablado de él. De haber desaparecido aquel invierno, todos habrían quedado convencidos de que se lo había llevado la patrulla. Philip jamás había oído pronunciar a nadie el temido nombre de *Alceste*. Además, siguió cavilando, la granja quedaba fuera del radio de aquel reiterado tema de conversación. Pero una tarde se convenció de que también erraba en eso. Su tía le cogió en un aparte mientras Sylvia estaba en la lechería y su marido hablaba con Kester en el establo.

—Por amor de Dios, Philip, no menciones la patrulla de leva. Es una obsesión que se ha apoderado de tu tío, hasta el punto de que dirías que está

poseído. No deja de hablar de ello, de una manera que pensarías que no volverá a comer hasta que no haya matado a alguno de ellos. De verdad que se pone a temblar de rabia y furia; y por las noches igual. Se despierta en mitad del sueño, jurando y maldiciéndoles, y a veces me da miedo que no me mate a mí por error. Y qué hace ayer por la noche, sino ponerse a hablar de Charley Kinraid, y le dice a Sylvia que a lo mejor una patrulla lo había reclutado a la fuerza. La pobre se puso a llorar hasta que la inundaron las lágrimas.

Philip habló, no porque quisiera, sino como si se viera obligado a ello.

—¿Y quién sabe cuál es la verdad?

Se habría mordido la lengua nada más oírse decir aquellas palabras. Y sin embargo, tras haberlo pronunciado, actuaron como de bálsamo para su conciencia.

—¡Menuda sandez, Philip! —dijo su tía—. Bueno, no había ninguno de esos terribles buques a la vista cuando él se marchó, y Sylvie se estaba recuperando de su padecimiento, así que mi marido añadió que si le hubieran cogido, no se hubiera quedado con ellos mucho tiempo, pues en su momento ya había dado pruebas sobradas de cuánto les odiaba. Mi marido dijo que o bien se había escapado, y entonces sin duda habríamos oído noticias tuyas, pues los Corney siempre hablaban de él y se trataban mucho con sus parientes de Newcastle, o, como dice tu tío, Kinraid se ahorcó o se ahogó antes de hacer nada en contra de su voluntad, pues así era él.

—¿Qué dijo Sylvie? —preguntó Philip con voz tenue y ronca.

—¿Decir? Bueno, lo único que hizo fue ponerse a llorar, y al cabo de un rato simplemente repitió las palabras de su padre, y dijo que, en cualquier caso, estaba muerto, pues jamás se dejaría embarcar con la patrulla. Dijo que le conocía demasiado bien. Ya ves, piensa mucho en él para ser un desaparecido, lo ve como alguien que puede hacer lo que quiera. Creo que empezó a pensar en él en la época de la pelea a bordo del *Good Fortune*, cuando mataron a Darley, y lo vería como un manso si no lo considerara capaz de derrotar a la patrulla y a un buque de guerra. Creo que prefiere pensar que se ahogó, si no ha de volver a verle.

—Más vale así —dijo Philip, y a continuación, para calmar a su tía, que se hallaba inusualmente alterada, prometió evitar el tema de la patrulla en la medida de lo posible.

Pero era una promesa muy difícil de cumplir, pues Daniel Robson, tal como su esposa había dicho, estaba como poseído. Apenas podía pensar en otra cosa, aunque él mismo se hartaba de tanto en tanto de la misma idea

recurrente, y de buen grado la hubiera borrado de su mente. Él era demasiado viejo para que la patrulla se lo llevara; no tenía ningún hijo que pudiera ser víctima de aquellos; pero el terror que le provocaban esos hombres a los que había hecho frente y desafiado en su juventud, pareció regresar y dominarlo, a pesar de su edad; y con el terror vino ese irascible odio. Desde la enfermedad de su esposa, el invierno anterior, había sido un hombre sobrio. Pero ahora volvía a beber, aunque nunca estaba exactamente borracho, pues estaba habituado; pero el anhelo de oír las últimas noticias de la patrulla de leva le hacía ir a Monkshaven casi cada día, en esa época en que casi no había faena que hacer en el campo; y la taberna suele ser el lugar de donde emanan los chismorreos; y probablemente la cantidad de alcohol que consumía Robson debilitaba su capacidad de dominar su mente, y hacía que esta se concentrara sobre un solo tema. Puede que esta sea una explicación psicológica de lo que posteriormente se consideró un tipo de posesión sobrenatural, y que le llevó a la muerte.

REPRESALIA

La taberna que había sido elegida como punto de encuentro por los líderes de la patrulla de leva que en aquella época estaban en Monkshaven era una posada de mala reputación, con un patio en la parte de atrás que se abría al embarcadero. Una tapia de piedra, alta y recia, cercaba por los dos lados ese patio mohoso y cubierto de hierbajos; los otros dos costados los formaba la casa y un edificio anexo que no se utilizaba. La elección del sitio había sido buena; por su situación, pues estaba bastante aislada, y sin embargo quedaba cerca de la desembocadura del río; y en cuanto al carácter del propietario, John Hobbs, un hombre poco afortunado cuyas empresas parecían siempre condenadas al fracaso, con la consecuencia de que siempre envidiaba a la gente próspera y estaba dispuesto a hacer lo que fuera para alcanzar el éxito en la vida. Vivía con su esposa, su sobrina, que le hacía de criada, y un ayudante que trabajaba fuera de la taberna, un hermano de Ned Simpson, el próspero carnicero, que en aquella época se sentía atraído por Sylvia. Pero si a un hermano le había ido bien en la vida, el otro se había ido hundiendo, igual que el hombre que ahora era su patrón. Ni Hobbs ni Simpson eran hombres totalmente malos; si las cosas les hubieran ido bien, habrían sido hombres con escrúpulos y conciencia, como sus vecinos, e incluso ahora, con solo haber ganado el mismo dinero que ellos, antes harían el bien que el mal; pero una suma muy pequeña era suficiente para desequilibrar la balanza. Y en un grado mayor que en muchos otros casos se les podía aplicar la famosa máxima de Rochefoucault^[35]; pues en las desgracias de sus amigos parecían ver cierta justificación de la suya propia. Era el ciego destino quien repartía los acontecimientos, y ni siquiera los mismos sucesos eran la inevitable consecuencia de la necedad o un comportamiento censurable. Para esos dos hombres, la enorme suma ofrecida por el teniente de la patrulla como pago por el alojamiento en Mariners' Arms era simple e inmediatamente irresistible. La mejor habitación de aquella casa ruinosa fue puesta a disposición del oficial al mando del servicio de leva, y todo se dispuso según

sus deseos, sin tener en cuenta a los antiguos clientes, bien es cierto que suponían una escasa fuente de ingresos. Si los parientes de Hobbs y Simpson no hubieran sido tan conocidos ni prósperos en la ciudad, ellos mismos habrían recibido más muestras de la mala opinión que se tenía de ellos de las que recibieron en aquel invierno que ahora mencionamos. De hecho, la gente les dirigía la palabra cuando aparecían en la iglesia o en el mercado, pero no entablaban conversación con ellos; no, ni aunque ahora aparecieron mejor vestidos de lo que se les había visto en años anteriores, y aunque su actitud, en conjunto, revelara un cambio, en la medida en que antes se habían mostrado gruñones y misántropos, y ahora eran educados casi hasta la humillación.

Todo aquel que era capaz de comprender el sentimiento imperante en Monkshaven en aquella época era probablemente consciente de que la situación podía estallar en cualquier momento, y probablemente había personas con el suficiente sentido común para sorprenderse de que ello no hubiera ocurrido en fecha muy anterior. Pues hasta febrero apenas hubo gritos y gruñidos de rabia mientras la patrulla fue haciendo sus capturas, primero aquí, luego allá; al parecer, la cosa estaba tranquila durante días, luego se sabía que habían apresado a alguien en la costa, a cierta distancia, y de pronto se llevaban a un marinero del mismísimo corazón de la ciudad. Daba la impresión de que la patrulla no quería provocar una hostilidad general, como la que les había hecho huir de Shields, y habrían apaciguado a los habitantes de haber podido; los oficiales que formaban parte del servicio y que estaban a bordo de los tres buques de guerra a menudo iban a la ciudad, gastaban abundantemente, hablaban con todo el mundo con animada cordialidad, y procuraban hacerse conocer entre la sociedad para tener acceso a las casas de los magistrados de la zona o a la rectoría. Pero eso, aunque agradable, de nada servía para el objeto de su presencia allí; y, por tanto, se tomó un paso más decidido en una época en la que, a pesar de que no diera esa impresión, la ciudad estaba llena de marineros de los mares de Groenlandia que venían a renovar sus contratos anuales, los cuales, una vez formados, les concederían el derecho legal de protección contra la leva forzosa. Una noche —era un sábado, 23 de febrero, en medio de una terrible helada, con un viento del nordeste que barría las calles, por lo que los hombres y las mujeres estaban encerrados en sus casas—, todos se sobresaltaron, calientes y contentos como estaban en sus casas, cuando oyeron sonar la campana de alarma contra incendios pidiendo ayuda. Dicha campana se hallaba en el mercado, donde convergían la calle Mayor y la calle del Puente: todos sabían lo que

significaba. Alguna vivienda, o quizá una casa de calderas, estaba en llamas, y se solicitaba que los vecinos acudieran a toda prisa, en una población donde no había agua corriente ni bombas de agua contra incendios. Los hombres agarraron sus sombreros y salieron a la calle, sus esposas les siguieron, algunas agarrando la primera prenda que encontraron, y cubriendo con ella a sus apresurados maridos, y otros simplemente con esa mezcla de temor y curiosidad que atrae a la gente a la escena de un desastre. La gente que había llevado sus cosas al mercado y estaba ya llegando a sus casas, tras haber permanecido en la ciudad hasta que la oscuridad ocultara su camino, dieron media vuelta y regresaron al oír el sonido incesante de la campana, cuyo tañido era cada vez más rápido, como si el peligro se hiciera más acuciante.

Mientras los hombres corrían en la misma dirección o en direcciones opuestas, se preguntaban sin aliento «¿Dónde está?», y nadie sabía decirlo; de modo que seguían avanzando hasta el mercado, con la certeza de obtener la información deseada, donde la campana seguía llamando con su furiosa lengua de metal.

La escasa luz de las lámparas de aceite de las calles adyacentes solo arrojaba un poco de luz en la abarrotada plaza del mercado, donde el zumbido de las preguntas sin responder de todos aquellos hombres resonaba cada vez con más fuerza. Un extraño sentimiento de temor se fue apoderando de los que estaban más cerca del mercado, ahora cerrado. Por encima de ellos seguía sonando la campana; pero ante ellos había una puerta cerrada a cal y canto, y nadie que les dijera por qué se les convocaba, adónde debían ir. Se hallaban en el corazón del misterio, y había una nada silenciosa. Aquel temor impreciso tomó forma al oír un grito procedente del exterior de la multitud, de la parte oriental de la calle del Puente, por donde aún llegaban algunos hombres. «¡La patrulla! ¡La patrulla! —chillaron algunos—. ¡Tenemos encima a la patrulla! ¡Socorro! ¡Socorro!» Entonces la campana había sido un señuelo como hervir a un niño en la leche de su madre, que había atrapado a los hombres en el cebo de sus mejores sentimientos. Parte de esta sensación se sumó a una absoluta consternación, y les hizo forcejear y correr hacia todas las salidas, a excepción de aquella en que tenía lugar la pelea; se oía el silbido de pesados látigos, el ruido seco de las cachiporras, gruñidos, gemidos de hombres heridos o furiosos, que llegaban con terrible claridad a los oídos aguzados del miedo a través de las sombras.

Un grupo llegó corriendo sin resuello a la negrura de una angosta entrada, donde descansó unos momentos antes de echar a correr otra vez. Por unos instantes solo se oyeron entre ellos jadeos y resuellos. Nadie conocía a su

vecino, y sus buenos sentimientos, de los que acababan de aprovecharse de manera cruel, les llevaban a mostrarse suspicaces. El primero que habló fue reconocido por su voz.

—¿Eres tú, Daniel Robson? —preguntó su vecino, en voz baja.

—¡Vaya! ¿Quién, si no?

—No sé.

—Si he de ser otra persona, me gustaría pesar solo cincuenta kilos. ¡No puedo con mi alma!

—Ha sido lo más vergonzoso que he visto en mi vida. ¡Me gustaría saber quién acudirá la próxima vez que la campana toque a fuego!

—Os diré una cosa muchachos —dijo Daniel, recobrando el aliento pero hablando entrecortadamente—. ¡Me parece que seríamos una pandilla de cobardes si les dejáramos llevarse a esos muchachos como si tal cosa!

—Yo pienso lo mismo —dijo otra voz.

Daniel prosiguió:

—Éramos doscientos, y la patrulla no pasaba de la docena.

—Pero estaban armados. He visto el resplandor de sus cuchillos —exclamó una nueva voz.

—¡Y qué! —replicó el que había llegado el último, y que estaba en la boca de la entrada—. Llevo mi cuchillo de ballenero en la chaqueta, pues mi señora me lo lanzó, y habría abierto en canal a esos de la patrulla en un abrir y cerrar de ojos de no haber sido por esa campana que no dejaba de sonar, y que me hizo pensar que había un fuego de verdad. Un hombre solo puede morir una vez, y estábamos dispuestos a meternos en el fuego para salvar las vidas en peligro, y sin embargo ninguno de nosotros tuvo el seso suficiente para ver que habríamos podido salvar a esos pobres que chillaban pidiendo ayuda.

—Ahora ya se los habrán llevado a la taberna de Hobbs —dijo uno.

—No pueden llevarlos a bordo hasta la mañana, cuando cambie la marea —dijo el que había hablado el penúltimo.

Daniel Robson expresó el pensamiento que nacía en la mente de cada uno.

—Tenemos una oportunidad. ¿Cuántos somos? —Se contaron tocándose los unos a los otros. Siete—. Siete. Pero si nosotros siete recorremos la ciudad y despertamos a todo el mundo, habrá docenas dispuestos a acudir a Mariners' Arms, y será fácil rescatarlos. Que cada uno de nosotros siete vaya a buscar a sus amigos, y le lleve como pueda a las escaleras de la iglesia; quizá entonces los reunidos allí no sean tan blandos como nosotros, que hemos permitido que se llevaran a esos pobres hombres delante de nuestras narices, solo porque teníamos los oídos ocupados escuchando esa condenada

campana, cuya lengua de metal voy a arrancar antes de que acabe esta semana.

Antes de que Daniel hubiera acabado de hablar, los que estaban más cerca de la puerta murmuraron su conformidad con el proyecto y salieron en silencio, manteniéndose en los lados más oscuros de las calles y callejas, que surcaron en diferentes direcciones; casi todos fueron directamente, como sabuesos, a los lugares predilectos de los miembros más descomedidos y desesperados de la población marinera de Monkshaven. Pues, en el interior de muchos, la venganza por el sufrimiento y la alarma del pasado invierno anidaba de forma más profunda y feroz de lo que Daniel había imaginado cuando propuso ir a rescatar a los apresados. Para él no era más que una aventura como las muchas en que se había embarcado cuando era joven; de hecho, el licor ingerido aquella noche le había proporcionado una ficticia juventud durante un rato; y era más a la luz de una grosera juerga de la que él iba a ser el líder que avanzaba cojeando (siempre cojeaba a causa de antiguos ataques de reuma), riendo entre dientes ante el aparente silencio de la ciudad, pues nada iba a advertir a la patrulla de lo que se les avecinaba. Daniel también tenía amigos a los que ir a buscar; antiguos marineros, como él, pero «capaces de todo», también como él, o eso imaginaba.

Eran las nueve de la noche cuando todos los convocados se reunieron en las escaleras de la iglesia, y en aquellos días, en Monkshaven, las nueve era una hora en que no se oía ni una mosca y muchos ya dormían, mucho más que cualquier población actual a medianoche. La iglesia y el camposanto estaban inundados por una luz plateada, pues la luna estaba alta en el cielo: los irregulares peldaños estaban iluminados aquí y allá de una pura claridad blanca, y aquí y allá se veían también negras sombras. Pero más o menos desde la mitad de la escalera hacia arriba, los hombres se agolpaban como abejas; todos apretándose para aproximarse a los que estaban más cerca de los que planeaban el ataque y poder preguntarles. De vez en cuando, alguna mujer, con gestos desaforados y voz estridente, que por mucho que le suplicaran no acallaba hasta el susurro, que era el tono en que todos hablaban, se abría paso entre el gentío, y esa mujer llegaba implorando una acción inmediata, o rogando a los que la rodeaban que atacaran y no perdonaran a aquellos que se habían llevado a su «hombre»: el padre, el sostén de la familia. Abajo, en la ciudad a oscuras, silenciosa, había muchos cuyos corazones estaban con la iracunda y alterada multitud, y que les bendecían después de lo ocurrido aquella noche. Daniel pronto se encontró un poco rezagado a la hora de hacer planes, comparado con quienes le rodeaban. Pero

cuando, con el impetuoso sonido de muchos pasos y pocas palabras, llegaron a Mariners' Arms, desolada, oscura, cerrada a cal y canto, y se detuvieron sorprendidos ante el aspecto deshabitado del edificio, de nuevo fue Daniel quien tomó la voz cantante.

—Háblales bien —dijo—; prueba primero con buenas palabras. Quizá Hobbs les dejará salir en silencio, si podemos hablar primero con él. Hobbs —dijo, levantando la voz—, todo está cerrado, y me gustaría tomarme una copa. Soy Dannel Robson, ya me conoces.

No se oyó una mosca, el lugar era una tumba; sin embargo, aquellas palabras habían sido oídas. La multitud que estaba detrás de él comenzó a abuchear y a amenazar; ya no había manera de acallar sus voces, su rabia, sus terribles juramentos. Si las puertas y ventanas no se hubieran reforzado con barras de hierro en previsión de una circunstancia semejante, sin duda habrían quedado rotas con la llegada de la furibunda y ahora vociferante turbamulta que se lanzaba contra ellas con la fuerza de un ariete, retrocediendo en frustrada rabia a causa del vano asalto. En aquella pausa sin resuello, no se vio una señal, no se oyó un sonido.

—¡Venid por aquí! He encontrado una entrada por la parte de atrás, donde es posible que las puertas no esté tan atrancadas —dijo Daniel, que había dejado que los más jóvenes y fuertes dirigieran el asalto y se había ido a examinar la parte de atrás del edificio.

Los hombres le siguieron, casi derribándole, mientras se adentraba en un callejón al que se abrían las puertas de los edificios anexos de la posada. Daniel ya había forzado la cerradura de una puerta que se abría a un establo húmedo y que olía a moho, en un rincón del cual una pobre vaca enjuta se movió sobre sus patas, de manera inquieta e intranquila, mientras su lugar de reposo se veía invadido por tantos hombres como podían apiñarse en aquel lugar oscuro. Daniel, en el extremo más alejado de la puerta, casi quedó asfixiado antes de poder romper el podrido postigo de madera, que, al abrirse, mostró el patio cubierto de maleza de la vieja posada, mientras la clara luz de la luna trazaba el perfil de cada brizna de hierba mediante la delicada sombra negra que tenía detrás.

Ese agujero, utilizado para proporcionar aire y luz a lo que antaño había sido un establo, en los días en que los viajeros a caballo tenían la costumbre de detenerse en Mariners' Arms, era lo bastante grande para permitir el paso de un hombre; y Daniel, en virtud de ser el descubridor, fue el primero en acceder. Pero ahora era más grande y pesado que en su juventud; su cojera le hacía menos ágil, y la impaciente multitud que tenía detrás, para ayudarle, le

dio un empujón que le mandó sobre las piedras redondeadas que pavimentaban el patio, y lo único que pudo hacer a continuación fue apartarse a rastras del lugar por donde pasaban aquellos pies que brincaban y las pesadas botas de clavos, que atravesaron la abertura hasta que el patio quedó lleno de hombres, quienes ahora iniciaron unos gritos feroces y despectivos que, para su satisfacción, fueron respondidos desde el interior. No más silencio, no más oposición inerte: una viva lucha, una contienda encendida, furiosa; y Daniel se dijo que se vería obligado a quedarse allí, apoyándose inmóvil contra la pared, inactivo, mientras la refriega y la acción sucedían en el lugar al que él había llegado primero.

Vio cómo arrancaban las piedras; vio cómo las lanzaban contra la desprotegida puerta posterior; gritó una advertencia inútil al ver cómo se abrían las ventanas superiores, y apuntaban a la multitud; y solo entonces la puerta cedió, y hubo un involuntario movimiento hacia delante de la turba, con lo que nadie quedó tan herido por los disparos como para no poder entrar con los demás. Y ahora los sonidos quedaban velados por las paredes, como los de alguna feroz y voraz bestia gruñendo al lanzarse sobre su presa; el ruido iba y venía: en un momento cesó del todo y Daniel se levantó con dificultad para averiguar la causa, cuando de nuevo el rugido se oyó con toda claridad, y los hombres de nuevo se vertieron al patio, gritando y regocijándose por haber rescatado a las víctimas de la patrulla. Daniel se acercó renqueante, y gritó, y se alegró, y estrechó las manos de los demás, sin atender a que el teniente y su patrulla habían abandonado la casa por la ventana de delante, y que todos se habían ido a perseguirlos; aunque la mayor parte había vuelto para liberar a los prisioneros, y luego saciarse de venganza en la casa y lo que contenía.

Desde todas las ventanas, inferiores y superiores, arrojaban los muebles al patio. El cristal al hacerse añicos, los golpes más pesados de la madera, los gritos, las risotadas, los juramentos, todo aquello excitó enormemente a Daniel; y, olvidando sus magulladuras, se fue a echar una mano al estropicio. El brutal y tremendo éxito de su plan casi le trastornó. Lanzaba vítores a cada flagrante destrucción; estrechaba la mano a todos los que le rodeaban, y al final, cuando los que destruían la casa por dentro hicieron una pausa para tomar aliento, gritó:

—Si tuviera treinta años menos, echaría este lugar abajo y haría con él una buena hoguera. Entonces sí que habría motivo para tocar la campana.

Dicho y hecho. Aquellos hombres estaban tan alterados que aceptaban cualquier insinuación de desmán; viejas sillas, mesas rotas, viejas gavetas,

cofres astillados, fueron rápida y diestramente apilados en una pirámide, y uno, que nada más mencionarse esa idea se había ido a buscar brasas para que el fuego prendiera antes, atravesaba ahora el gentío con una paletada de ascuas al rojo. Los alborotadores se detuvieron para cobrar aliento y miraron como niños la incierta llama parpadeante, que se elevaba a gran altura en un momento y menguaba al siguiente para extenderse lentamente por la base de aquel montón de muebles destrozados: querían asegurarse de que no se apagara. Entonces la refulgente llama ascendió a gran velocidad, desatada, imparable; y los hombres que la rodeaban soltaron un grito de intenso júbilo, y en aquella brutal dicha comenzaron a empujarse el uno al otro. En un momento en que no se oyó el rugido impetuoso de las llamas, el gemido apagado de la pobre vaca atrapada en el establo llegó a oídos de Daniel, y comprendió aquellos gruñidos como si hubieran sido palabras. Salió cojeando del patio a través de la casa ahora desierta, en el que los hombres estaban ocupados en su demente trabajo de destrucción, y regresó hasta el callejón al que se abría el establo. La vaca se movía de un lado a otro ante el rugido, el resplandor y el calor del fuego; pero Daniel sabía cómo tranquilizarla, y al cabo de unos pocos minutos le había puesto una cuerda en torno al cuello y la sacaba con cuidado de la escena que le causaba tanta alarma. Todavía estaba en el callejón cuando Simpson, el factótum del Mariners' Arms, salió despacio de un escondite que había en el edificio abandonado, y se quedó de repente cara a cara con Robson.

El hombre estaba blanco de miedo y rabia.

—Toma, coge tu animal y llévatelo donde no pueda oír esos gritos. El calor y el ruido la han asustado.

—Están quemando todo lo que tengo en el mundo —dijo Simpson jadeando—. Nunca he tenido gran cosa, y ahora soy un mendigo.

—¡Bueno! No debiste volverte en contra de tu gente ni darle cobijo a la patrulla. Que te sirva de lección. No estaría llevándome a esta vaca si tuviera treinta años menos, sino avivando las llamas.

—Has sido tú quien los ha incitado. Te he oído. Te he visto ayudándoles a romperlo todo; si no hubieses hablado tú, no se les hubiera ocurrido asaltar la casa y pegarle fuego a todo.

Simpson estaba gritando bastante fuerte. Pero Daniel no se daba cuenta de lo que significaba para el pobre individuo la pérdida de todas las pequeñas propiedades que tenía en el mundo (por tunante, pobretón y fracasado que fuera), lleno de orgullo por aquel buen trabajo que creía haber instigado.

—Vaya —dijo Daniel—, pues es una suerte que esa gente tenga a alguien con la cabeza sobre los hombros para que los dirija. Dudo que hubiera habido alguien a quien se le hubiera ocurrido remover vuestro nido de avispas; hay que tener sentido común para hacer las cosas. Pero la patrulla nunca volverá a poner el pie aquí. Ojalá los hubiésemos cogido. Y me habría gustado decirle a Hobbs lo que pienso de él.

—Ya ha tenido lo suyo —dijo Simpson, compungido—. Él y yo estamos arruinados.

—Venga, venga, tienes a tu hermano, él es muy rico. Y a Hobbs le irá mucho mejor. Ha aprendido la lección, y ahora sabrá de qué lado está la próxima vez. Toma, coge tu vaca y cuídala, a mí me duelen los huesos. Y esfúmate, pues algunos de los que hay ahí están que les hierva la sangre, y no serían muy amables contigo si te encontraran.

—Hobbs es el que debería pagar por todo esto, fue él quien hizo el trato con el teniente; y ahora está a salvo con su mujer y su bolsa, y yo ahora no soy más que un mendigo en las calles de Monkshaven. Mi hermano y yo hemos tenido unas palabras, y lo único que hará por mí será maldecirme. Tenía tres monedas de una corona, y un par de pantalones, y una camisa, y un buen par de medias. Ojalá la patrulla, y tú, y Hobbs, y esos locos del patio, os fuerais todos al infierno.

—Vamos, muchacho —dijo Daniel, de ninguna manera ofendido por el deseo de su compañero—. No me sobra el dinero, pero aquí tienes media corona y dos peniques; es todo lo que llevo encima, pero con esto podrás conseguir comida y alojamiento para ti y tu vaca por esta noche, y una copa para confortarte. Había pensado en tomarme yo una, pero no me queda ni un penique más, de modo que me voy a poner en camino hacia casa.

Daniel no tenía costumbre de experimentar ninguna emoción ante actos que no le afectaban directamente; o de lo contrario habría despreciado a ese pobre diablo, que de inmediato agarró el dinero, y abrumó a Daniel con babosos agradecimientos, y eso que un momento antes lo había llenado de improperios. Pero todas las intensas pasiones de Simpson se habían agotado hacía tiempo; ahora solo sentía, y débilmente, atracción o repulsión, donde antaño amó y odió; sus únicos sentimientos vehementes eran por sí mismo, y los demás podían prosperar o pudrirse, por lo que a él le importaba.

Muchas de las puertas que estaban cerradas a cal y canto cuando la multitud bajaba por la calle Mayor estaban parcialmente abiertas mientras Daniel regresaba lentamente; y la luz salía de ellas y se derramaba sobre la calle, por lo demás oscura. Las noticias del exitoso intento de rescate habían

llegado a aquellos que estaban sentados quejumbrosos y desolados hacía solo una hora, y algunas de estas personas abandonaron su rincón de vigilancia al reconocer a Daniel; salieron a la calle para estrecharle la mano, para darle las gracias (pues su nombre se había mencionado como uno de los que habían planeado el asalto), y en diversos lugares se le instó a tomar una copita, invitación que se resistió a rechazar, aunque por una vez se abstuvo a causa de su creciente inquietud y dolor, pues solo deseaba llegar a casa y descansar. De todos modos, no pudo evitar sentirse halagado y conmovido por la manera en que aquellas personas que formaban su «mundo» le consideraban un héroe; y no fue insensible a las bendiciones que una mujer, cuyo marido había sido apresado y rescatado esa noche, le derramó mientras pasaba.

—Vamos, vamos... No te quiebres la voz bendiciéndome. Tu hombre habría hecho lo mismo por mí, aunque quizá no hubiese mostrado tanta pericia ni sentido común; pero eso son dones, y no hay que envanecerse de ellos.

Cuando Daniel llegó a lo alto de la colina, de camino a casa, se volvió para mirar alrededor; pero iba cojo y magullado, había caminado lentamente, y el fuego casi se había extinguido; solo un matiz rojo en el aire que rodeaba las casas que había al final de la calle Mayor, y una neblina cálida y refulgente más allá de donde antes se erguía el Mariners' Arms, delataban que había tenido lugar un acto violento.

Daniel se quedó mirando y soltó una risita.

«Eso por haber tocado la campana de incendios —se dijo—. Era una vergüenza que dijera una mentira, con la de casas que había salvado».

BREVE JÚBILO

El que Daniel estuviera ausente de casa hasta tan tarde inquietó no poco a Bell y a Sylvia. Los días de mercado solía volver entre las ocho y las nueve. En tales ocasiones era normal que regresara bastante achispado; pero eso no las escandalizaba; no era peor que la mayoría de sus vecinos, de hecho mejor que algunos, que una o dos veces al año, e incluso más, cogían una borrachera que les duraba dos o tres días, tras la cual regresaban pálidos, como una cuba y un tanto avergonzados, tras haberse gastado todo el dinero; y, en cuanto acababa la recepción conyugal, se convertían en hombres trabajadores, decentes y sobrios hasta que la tentación se volvía a apoderar de ellos. Pero, en los días de mercado, todos los hombres bebían más de lo habitual; todo trato o acuerdo se ratificaba con un trago; volvían de una distancia mayor o menor, a pie o a caballo, y los «buenos alojamientos para los hombres y los animales» (como lo expresaban los viejos letreros de las tabernas) siempre incluían una buena cantidad de licor que ingería el hombre.

La manera en que Daniel anunciaba su intención de beber más de lo normal era siempre la misma. Decía en el último momento «Mujer, me parece que hoy voy a volver un tanto turbio», y se marchaba sin hacer caso de la mirada censuradora de su esposa, ni de las advertencias que le lanzaba contra algunas malas compañías o para que mirara por dónde andaba al volver a casa.

Pero aquella noche Daniel no les había dado ningún aviso. Bell y Sylvia pusieron la vela sobre el asiento bajo que había junto a la ventana a la hora de siempre para guiarle a través de los campos —era una costumbre que mantenían incluso en las noches de luna, como aquella— y se sentaron cada una a un lado del fuego, al principio sin prestar demasiada atención a los ruidos, tan seguras estaban de su regreso. Bell dormitaba, y Sylvia miraba el fuego con la mirada abstraída, pensando en el año anterior y en que se acercaba el aniversario del día en que por última vez vio a su enamorado, al que ahora creía muerto, a varias brazas de profundidad bajo la superficie de ese soleado mar que contemplaba un día tras otro sin llegar a ver jamás su

cara vuelta hacia arriba a través de las profundidades, anhelando abatida tenerle de nuevo ante sí con una intensidad que la hacía llorar por dentro. Si pudiera posar su mirada en la cara resplandeciente y hermosa de su amor, esa cara que se iba desvaneciendo en su memoria, que tanto y tantas veces se esforzaba por volver a recordar; si pudiera verla aunque fuera solo una vez más, acercándose sobre las aguas bajo las que yacía con un movimiento sobrenatural, esperándola en los escalones de la cerca, con el sol de la tarde brillando rojizo en sus bellos ojos, aun cuando, tras ese instante de vida vívida y visible, él se desvaneciera en la niebla; si pudiera verle ahora, sentado junto a ese fuego levemente parpadeante con esa actitud suya feliz y despreocupada, en un rincón de la mesa de la cocina, las piernas colgando, sus dedos jugando con la labor de las mujeres; Sylvia se retorció las manos como si implorara que algo, algún Poder, le permitiera verle una vez más, solo una vez, un instante de dicha apasionada. Nunca entonces volvería a ver esa cara, solo con que una vez más pudiera posar sus ojos en ella.

La cabeza de su madre dio un brusco respingo y se despertó; y Sylvia depositó sus ensoñaciones del difunto, y su anhelo de que él estuviera presente, en ese receptáculo de su corazón donde todas esas cosas se guardan, cerradas y sagradas, y protegidas de la luz del día corriente.

—Padre se retrasa —dijo Bell.

—Son las ocho pasadas —replicó Sylvia.

—Pero nuestro reloj va una hora adelantado —respondió Bell.

—Esta noche el viento trae nítidas las campanas de Monkshaven. No hace ni cinco minutos he oído que la campana daba las ocho.

Era la campana de incendios, pero Sylvia no había distinguido el sonido.

Hubo otro largo silencio; ahora las dos estaban completamente despiertas.

—Seguro que le ha vuelto a dar el reuma —dijo Bell.

—Desde luego hace frío —dijo Sylvia—. El clima de marzo ha llegado antes de hora. Voy a preparar una leche caliente con melaza, dicen que previene la tos.

La leche caliente con melaza las distrajo mientras la preparaban. Pero una vez colocada en un tazón en el horno, tuvieron más tiempo para elucubrar y angustiarse.

—No ha dicho nada de que fuera a volver turbio, ¿verdad, madre? —preguntó finalmente Sylvia.

—No —dijo Bell, contrayendo un poco la cara. Al poco añadió—: Hay muchos hombres que se van a emborrachar sin decirle ni una palabra a su esposa. Tu padre no es uno de esos.

—Madre —volvió a intervenir Sylvia—, iré a buscar la lámpara del establo y me llegaré hasta la colina, y quizá hasta el final del sendero.

—Hazlo, hija —dijo su madre—. Me pondré el chal e iré contigo.

—De ninguna manera, madre —dijo Sylvia—. Estás demasiado débil para salir en una noche como esta.

—Entonces que te acompañe Kester.

—No, no me da miedo la oscuridad.

—¿Y lo que puedas encontrar en la oscuridad, hija?

Sylvia se estremeció toda ante la repentina idea, sugerida por las palabras de su madre, de que el hecho de que de pronto se le hubiera ocurrido ir a buscar a su padre podía ser una respuesta a esa invocación de los Poderes que había hecho un rato atrás, de poder encontrarse con su enamorado muerto en las escaleras de la tapia del sendero; pero aunque se estremeció cuando esa fantasía supersticiosa le pasó por la cabeza, su corazón siguió latiendo firme y regular; no iba a arredrarse ante la oscuridad ni ante los espíritus de los muertos; su enorme pesar había acabado con sus miedos nerviosos de chiquilla.

Se fue; volvió. No había visto ni hombre ni espíritu; en la cima el viento soplaba tan fuerte que podía barrer todas las criaturas que había a los pies de la colina; pero nadie venía.

De modo que se sentaron y siguieron despiertas. Al final oyeron sus pisadas cerca de la puerta; y aunque estaban expectantes, se sobresaltaron.

—¡Padre! —gritó Sylvia cuando Daniel entró; mientras, su esposa se ponía en pie temblando, pero sin decir una palabra.

—No puedo con mi alma —dijo él, dejándose caer pesadamente en la silla que había cerca de la puerta.

—¡Pobre padre! —dijo Sylvia, inclinándose para quitarle sus pesadas botas con suela de madera; mientras Bell sacaba la leche con melaza del horno.

—¿Qué es esto? ¿Leche con melaza? Hay que ver cómo os gustan a las mujeres los brebajes —dijo, pero se lo bebió de todos modos mientras Sylvia cerraba la puerta y traía la vela encendida que había sobre el asiento de la ventana.

Cuando la luz cayó sobre Daniel, vieron que tenía la cara negra de humo, y la ropa desordenada y desgarrada.

—¿Quién se ha metido contigo? —preguntó Bell.

—Nadie se ha metido conmigo, sino que por fin me he metido yo con la patrulla.

—¡Tú! ¿Y para qué te iban a coger a ti? —exclamaron las dos mujeres al tiempo.

—¡A mí no! No son tan tontos. Ya iban sobrados de gente. La próxima vez que intenten coger a alguien, me parece que antes preguntarán si hay peligro de que Daniel Robson se entere. Esta noche me he puesto al frente del grupo de rescate, y hemos salvado a nueve o diez honestos hombres que habían sido apresados y llevados al Mariners's Arms. Lo hemos hecho yo y unos cuantos más. Y con las cosas de Hobbs y las del teniente hemos hecho una pira; y en estos momentos estoy seguro de que el Mariners' Arms no es más que cuatro paredes que solo servirían para encerrar al ganado.

—Supongo que no irás a decirme que lo quemaste con la patrulla dentro —dijo Bell.

—No, esta vez no. La patrulla huyó colina arriba, como si fueran conejos, y Hobbs y su familia se llevaron una bolsa con dinero; pero ese ruinoso lugar no es más que un montón de ladrillo y argamasa; y los muebles no son más que ceniza; y lo mejor de todo es que los hombres están libres, y nunca volverán a ser atrapados con el engaño de la campana de incendios.

Y a continuación siguió relatando la artimaña mediante la cual habían sido convocados en la plaza del mercado, interrumpido de vez en cuando por las impacientes preguntas de Sylvia y Bell, e interrumpiéndose también él con exclamaciones de agotamiento y dolor, que al final le hicieron decir:

—Y ahora me parece que ya os lo acabaré de contar mañana, pues no cada día puede un hombre hacer grandes cosas. Esta noche me voy a la cama, y ya puede preguntarme el mismísimo rey Jorge cómo me las apañé.

Subió a su dormitorio con paso cansado, y esposa e hija se esforzaron todo lo que supieron para aliviar sus miembros doloridos y procurar que estuviera cómodo. El calentador de cama, utilizado solo en ocasiones solemnes, fue bajado y desenvuelto para ser utilizado; cuando se metió entre las sábanas calientes, les dio las gracias a Sylvia y a su madre con una voz soñolienta, y añadió:

—No sabéis el consuelo que significa pensar en que esos pobres hombres duermen esta noche en sus casas.

Y a continuación el sueño cayó sobre él, y apenas le despertó el suave beso de Bell en su mejilla curtida, y sus palabras en voz baja:

—¡Dios te bendiga, mi hombre! Siempre has estado de parte de los pobres y los oprimidos.

Daniel murmuró unos monosílabos en respuesta, pero su mujer no le oyó, pues se había apartado para desvestirse en silencio, y a continuación se tendió

en su lado de la cama con toda la suavidad que le permitieron sus miembros entumecidos.

A la mañana siguiente se despertaron tarde. Hacía mucho que Kester se había levantado y trabajaba con el ganado antes de ver cómo se abría la puerta de la casa para que entrara el aire helado de la mañana; e incluso entonces Sylvia quitaba el polvo con suavidad e iba casi de puntillas. Cuando las gachas estuvieron listas, llamaron a Kester para que entrara a desayunar, y lo hizo en la mesa de la cocina, con la familia. En medio había una gran fuente de madera; y cada tazón, también de madera, contenía la misma cantidad de leche. Luego cada uno hundía su cuchara de peltre en el plato central, y transportaba al interior de su leche fresca y pura la cantidad de gachas calientes que deseara. Pero aquel día Bell le dijo a Kester que se sirviera enseguida y se llevara el cuenco a la habitación de su patrón y le hiciera compañía. Pues Daniel estaba en cama, descansando de su agotamiento, y quejándose de sus dolorosas magulladuras cada vez que se acordaba de ellas. Pero pronto su mente volvió a lo sucedido la noche anterior, y Bell juzgó acertado que un nuevo oyente aliviara el cuerpo y la mente de su marido, por lo que, cuando le preguntó qué le parecería que Kester subiera a desayunar con él, Daniel acogió la idea con satisfacción.

De modo que Kester subió lentamente, llevando con cariño su tazón lleno hasta el borde, y se sentó en el peldaño que había que bajar para entrar en el dormitorio (pues no se habían calculado los niveles cuando se construyó la vieja casa), de cara a su patrón, el cual, medio incorporado en su cama de cuadros azules, de buena gana volvió a emprender su relato; y Kester escuchó atentamente, tanto que la cuchara a veces quedaba detenida en su desplazamiento del tazón a la boca, abierta para recibirla, mientras contemplaba a Daniel sin un parpadeo cómo narraba sus hazañas.

Pero después de que Daniel hubiera derramado sus batallas a todos cuantos estaban a su alcance, encontró que la reclusión en su cuarto se le hacía opresiva, sin ni siquiera oír abajo los ruidos habituales de cada día; de modo que después de comer, aun sin encontrarse del todo bien, bajó y se paseó por el establo y por los campos que había cerca de la casa, hablando con Kester en su mayor parte de cosechas y estiércol; pero de vez en cuando estallaba en una episódica risita al evocar los sucesos de la noche anterior. Kester disfrutaba incluso más que su patrón, pues no tenía magulladuras que le recordaran que, aun siendo un héroe, era también de carne y hueso.

Cuando regresaron a la casa se encontraron a Philip, pues ya atardecía. Normalmente, los domingos Kester se iba a la cama lo más temprano que

podía, a menudo, en invierno, antes de las seis; pero ahora estaba tan interesado en lo que Philip pudiera contarles de las últimas noticias de Monkshaven para renunciar a su privilegio dominical de pasar la velada sentado en la silla que había a la otra punta de la mesa de la cocina, tras la puerta.

Cuando Daniel y Kester entraron, Philip estaba todo lo cerca de Sylvia que permitía el decoro. Esta hablaba de manera apática y cortés; ya no sentía la menor aversión por Philip, quien ahora tampoco despertaba su irritación e impertinencia. Ahora ella se alegraba, más que otra cosa, de verle. Philip siempre suponía un cambio a la pesada monotonía de su vida, una monotonía que había sido pacífica hasta que la pasión la había arrancado de los nimios sucesos cotidianos, que ahora se habían convertido en fastidiosas repeticiones. Sin darse cuenta, se iba volviendo dependiente de la tímida devoción de Philip, de su atención constante; y él, como un enamorado, antaño tan atraído, en contra de su sensatez, por la viveza y la gracia de Sylvia, ahora la veneraba en su languidez, y pensaba que su silencio era más dulce que las palabras.

Acababa de llegar cuando entraron criado y patrón. Había estado en el servicio religioso; ninguno de los habitantes de la casa había pensado en ir a la lejana iglesia; practicar la religión era solo un deber esporádico, y aquel día solo pensaban en lo que había acaecido la noche antes. Daniel se apoltronó en su butaca habitual, la triangular que había en el rincón de la chimenea, que nadie podía concebir ver ocupada por otra persona. Al cabo de un par de minutos interrumpió las palabras de saludo de Philip para narrarle la historia del rescate de la noche anterior. Pero ante la muda sorpresa de Sylvia, la única que lo notó, la cara de Philip, en lugar de expresar asombro, admiración y satisfacción, se hizo larga en un gesto de consternación; un par de veces intentó interrumpirle, pero calló, como si se lo pensara mejor. Kester nunca se cansaba de oír aquel relato de su patrón; llevaban tanto tiempo viviendo juntos que conocían todos los recovecos de la mente del otro, y las pequeñas expresiones tenían mucha importancia para ellos. También Bell rebosaba agradecimiento porque su marido hubiera hecho todo aquello. Solo Sylvia estaba inquieta por la cara y actitud de Philip. Cuando Daniel acabó se creó un gran silencio, en lugar de las preguntas y felicitaciones que esperaba recibir. Se molestó y, volviéndose hacia Bell, dijo:

—Mi sobrino me mira como si le parecieran más importantes los pequeños beneficios que saca de sus agujas y ovillos que oír cómo unos hombres honestos fueron salvados de ser conducidos a la gabarra y apartados

de sus esposas e hijos para siempre. A él qué más le da que sus esposas e hijos se vayan al asilo o se mueran de hambre.

Philip se puso rojo, y a continuación más pálido de lo habitual. No había estado pensando en Charley Kinraid, sino en otra cosa muy distinta, mientras Daniel narraba sus aventuras; pero las últimas palabras del anciano le trajeron a la mente aquel recuerdo que siempre asomaba, hiciera lo que hiciera para ahogarlo o estrangularlo. No habló durante unos momentos, a continuación dijo:

—En Monkshaven hoy no ha sido un domingo como otro cualquiera. Los alborotadores, como la gente los llama, han rondado toda la noche. Querían plantar batalla a los tripulantes del buque de guerra; aunque los más sensatos lo impidieron, por lo que los de la fragata han enviado recado a lord Malton para que les envíe a la milicia, y van a venir a la ciudad y harán que los jueces apliquen la ley antidisturbios^[36]; la gente dice que mañana no habrá ninguna tienda abierta.

Lo de la noche anterior había tomado un cariz más grave de lo que nadie había calculado. Consideraron el asunto seriamente, y al final Daniel reunió valor para decir:

—Creo que lo de la noche pasada fue suficiente; pero a los hombres no hay quien los pare cuando hierve la sangre; sin embargo me parece exagerado llamar a los soldados, aunque sea la milicia. ¡O sea, que lo que planeamos siete personas en un portal oscuro va a precisar de la presencia de un lord para ponerle coto! —añadió, aún con una risita, pero esta vez más débil.

Philip continuó, en tono más serio que antes, y sabiendo que lo que iba a decir no agradaría a esa familia a la que tanto amaba.

—Debería habérselo contado todo; al principio no lo consideré sino una noticia más; jamás se me ocurrió que mi tío estuviera implicado, y ahora siento mucho enterarme, lo siento de verdad.

—¿Por qué? —dijo Sylvia, sin aliento.

—No es una cosa para lamentar. Estoy contenta y orgullosa —dijo Bell.

—Dejadlo, dejadlo —dijo Daniel, indignado—. He sido un estúpido al contárselo, es algo que a él no le va; ahora hablaremos de medir telas.

Philip pasó por alto ese pobre intento de ser sarcástico: parecía absorto en sus pensamientos; a continuación dijo:

—Siento que se haya molestado, pero es mejor que le diga todo lo que tengo en el caletre. En la iglesia había mucha gente que lo comentaba... lo de la noche pasada y lo de esta mañana... y que cuando se levantaron estaban seguros de que los meterían en la cárcel y los juzgarían por ello; y cuando oí

que mi tío decía que había sido uno de ellos, se me heló la sangre; pues dicen que los jueces se pondrán de parte del gobierno, y que este solo busca venganza.

Por un instante hubo un silencio sepulcral. Las mujeres se miraron sin expresión, como si fueran incapaces de hacerse a la idea de que aquella conducta que tanto les había llenado de orgullo pudiera considerarse digna de castigo. Daniel habló antes de que se recobraran de su asombro.

—No lamento en absoluto lo que hice, y volvería a hacerlo esta misma noche, si hiciera falta. Puedes decirle a los jueces que obré con más rectitud que ellos, pues permiten que unos pobres individuos sean apresados en medio de una ciudad sin hacer nada.

Quizá Philip debería haber contenido su lengua; pero él creía que su tío estaba en peligro, y quería que este se diera cuenta, a fin de que, sabiendo lo que podía ocurrirle, hiciera todo lo posible por evitarlo.

Prosiguió.

—¡Y lo que más se comenta es que le prendieran fuego al Mariners' Arms!

Daniel había bajado la pipa de la estantería del rincón de la chimenea, y estaba llenando la cazoleta de tabaco. Y cuando hubo acabado, fingió que seguía haciéndolo; pues, a decir verdad, comenzaba a sentirse incómodo al contemplar su conducta bajo ese nuevo punto de vista. Sin embargo, no iba a permitir que nadie se diera cuenta, de manera que levantó la cabeza con aire indiferente y encendió la pipa, la sopló, se la sacó de la boca y la examinó como si le pasara algo, y hasta que no hubo solucionado el problema no fue capaz de atender otra cosa; y durante todo el rato aquellas tres personas preocupadas por su bienestar miraban sin aliento aquella operación y esperaban su respuesta ansiosos.

—¡Mariners' Arms! —dijo por fin—. Bien estuvo que se quemara, pues aquello era un nido de alimañas: las ratas corrían por el patio a cientos y miles; y además aquello no era propiedad de nadie, he oído decir, sino que era propiedad de la Corona: ¿dónde está el mal, entonces, mi buen amigo?

Philip permaneció en silencio. No deseaba seguir enfrentándose al furioso ceño de su tío, ni a su ojo contraído. De haber sabido que Daniel Robson se había contado entre los alborotadores antes de salir de la ciudad, habría procurado cerciorarse de cuál era en realidad el peligro del que había oído hablar, y en el que no podía evitar creer. De hecho, solo pudo mantenerse en silencio hasta que se hubo asegurado de cuál era el riesgo legal que se cernía sobre los alborotadores y hasta qué punto habían reconocido a su tío.

Daniel seguía dando furiosas bocanadas a su pipa. Kester suspiró de manera audible, y a continuación sintió haberlo hecho, y se puso a silbar. Bell, ahora llena de temor, aunque deseosa de llevar un poco de armonía a todos los presentes, dijo:

—Ha supuesto una gran pérdida para John Hobbs: todas sus cosas quemadas o pisoteadas. Es posible que se lo mereciera, pero todo el mundo siente cierto cariño por sus mesas y sillas, sobre todo si las ha encerado.

—Ojalá él hubiera ardido encima de sus muebles —refunfuñó Daniel, sacudiendo la ceniza de su pipa.

—No digas eso —le replicó su mujer—. Tú hubieras sido el primero en bajarlo en cuanto hubiera dado el primer grito.

—Y estoy segura de que si vienen con un papel en el que figure el nombre de padre reclamando lo que Hobbs perdió en el incendio, padre estaría a favor de pagarle —dijo Sylvia.

—Tú no sabes nada —dijo Daniel—. La próxima vez, hija, cállate si no te preguntan.

Su brusca e irritada manera de hablar le resultó tan extraña a Sylvia que las lágrimas acudieron a sus ojos y le tembló el labio. Philip lo vio, y sintió compasión por ella. Sacó a relucir otro tema para que no se fijaran en Sylvia; pero Daniel estaba demasiado molesto para hablar, y Bell se vio obligado a mantener un simulacro de conversación, en el que muy de vez en vez intervenía Kester, que instintivamente parecía ser de la opinión de Bell, y procuraba mantener los pensamientos más negros en un segundo plano.

Sylvia se fue a la cama; más preocupada por la colérica manera en que su padre le había hablado que por la idea de que este pudiera ser llevado a juicio por lo que había hecho; lo primero era un mal que la afectaba profundamente, y lo segundo parecía lejano e improbable. Aunque esa mínima posibilidad también le producía un leve temor, y una vez en su dormitorio se arrojó sobre la cama y se puso a sollozar. Philip, que estaba sentado cerca del pie de la corta y empinada escalera, la oyó, y a cada sollozo, las cuerdas de amor que rodeaban su corazón parecían tensarse, y le parecía que debía hacer algo en ese mismo momento para consolarla.

Pero lo único que hizo fue quedarse sentado hablando de nimiedades, una conversación a la que Daniel a veces se sumaba con cierta hosquedad, mientras que Bell, seria y preocupada, llevaba su atenta mirada de uno a otro, deseosa de recabar más información sobre un asunto que comenzaba a desasosegarla. Esperaba tener la oportunidad de interrogar en privado a Philip, pero su marido parecía igualmente decidido a frustrar todos sus

intentos. Se quedó en el cuarto de estar incluso después de que Philip se hubiera marchado, aunque estaba tan fatigado que de vez en cuando lanzaba alguna indirecta, clara aunque sin intención, a su visitante para que se marchara.

Al final Philip salió por la puerta, y Daniel se dispuso a irse a la cama. Kester hacía más de una hora que se había retirado a su altillo del establo. Bell aún tenía que hurgonear el fuego antes de seguir a su marido al dormitorio.

Mientras pasaba el hurgón por las cenizas, oyó, entremezclado con el ruido que estaba haciendo, el sonido de alguien golpeando suavemente la ventana. Tan sombríos eran sus pensamientos que se sobresaltó: pero al darse la vuelta vio la cara de Kester apretada contra el cristal, y, más tranquila, abrió suavemente la puerta. Kester se recortaba contra la oscuridad gris que había tras él, y llevaba en la mano algo que a ella le pareció una horca.

—¡Señora! —susurró—. He visto que el señor se había ido a la cama, y le estaría muy agradecido si me permitiera dormir en el cuarto de estar. Le aseguro que ningún agente de Monkshaven va a ponerle la mano encima al señor, pues yo estaré abajo montando guardia.

Bell sintió un escalofrío.

—No, Kester —dijo, dándole unos suaves golpecitos en el hombro—. No hay nada que temer. Nadie le va a hacer daño al señor; no creo que puedan hacerle nada por haber liberado a esos pobres hombres, a quienes la patrulla había atrapado con esa inicua trampa.

Kester no se movió; a continuación negó lentamente con la cabeza.

—Es lo que pasó con el Mariners' Arms lo que me preocupa. Hay quien no ve con buenos ojos lo del incendio. ¿Me deja entonces que me quede aquí, delante del fuego, señora? —dijo en tono suplicante.

—No, Kester —comenzó a decir, pero de repente cambió de opinión—. Dios te bendiga; entra y échate en el banco de madera, que yo te cubriré con mi capa, que tengo colgada detrás de la puerta. No somos muchos los que le queremos, y más vale que estemos todos bajo el mismo techo, y no haya ni pared de piedra ni cerrojo entre nosotros.

De manera que Kester se quedó a descansar en el cuarto de estar aquella noche, y nadie lo supo aparte de Bell.

LLEGAN LOS PROBLEMAS

La mañana trajo paz, aunque no disipó por completo el miedo. Daniel parecía haber superado su irritabilidad, y se mostró inusualmente amable y cariñoso con su mujer e hija, intentando compensar con pequeñas y silenciosas amabilidades las desabridas palabras que le había dedicado a la última la noche anterior.

Como si se hubieran puesto de acuerdo, se evitó cualquier alusión a lo ocurrido el sábado por la noche. Hablaron del día de trabajo que tenían por delante; de que había que sembrar; del ganado; de los mercados; pero lo que más deseaban saber todos en ese momento era el verdadero peligro que, a juzgar por las palabras de Philip, se cernía sobre ellos, con la posibilidad de caerles encima y arrancarles de esos lugares en días sucesivos.

Bell anhelaba enviar a Kester a Monkshaven para que hiciera de espía y tanteara el terreno; pero no se atrevía a manifestarle su ansiedad a su marido, y no había manera de ver a Kester a solas. Se dijo que ojalá le hubiera dicho que fuera a la ciudad la noche anterior; pues ahora parecía que Daniel estaba decidido a no separarse de él, como si los dos hubieran olvidado cualquiera de los peligros que habían contemplado. Sylvia y su madre, de manera parecida, tampoco se separaban, y aunque no hablaban de sus temores, las dos sabían que estaban presentes en la mente de la otra.

Así siguieron las cosas hasta las doce: la hora del almuerzo. Si en cualquier momento de aquella mañana hubieran reunido el valor para hablar juntos de la inquietud que absorbía los pensamientos de los cuatro, es posible que de alguna manera se hubiera podido evitar la calamidad que avanzaba hacia ellos con pie ligero. Pero entre la gente que no ha recibido educación, o ha recibido poca, o incluso muy poca, existe esa sensación que dio lugar al fútil experimento del famoso avestruz. Imaginan que, cerrando los ojos a un mal temido, lo evitarán. Suponen que expresar el miedo acelera la llegada del hecho que lo causa. Sin embargo, por otro lado, no quieren reconocer la prolongada duración de cualquier dicha, con la idea de que cuando se menciona una felicidad que no es habitual, desaparece. Así, aunque las quejas

permanentes de los pasados y presentes pesares y sufrimientos son de lo más común entre esta clase de personas, no osan encarnar en palabras las zozobras por el futuro, como si así este tomara forma y se acercara.

Los cuatro se sentaron a comer, pero ninguno tenía apetito. Apenas tocaron la comida, aunque intentaron hablar entre ellos, como tenían costumbre; parecía como si no se atrevieran a quedarse callados, cuando Sylvia, sentada ante la ventana, vio a Philip en lo alto de la colina, que bajaba corriendo hacia la granja. Tanto había estado temiendo toda la mañana alguna desgracia que ahora le parecía que esa era la circunstancia precursora que había estado previendo; se puso en pie, muy pálida, y señalando con el dedo dijo:

—¡Ahí está!

Todos los que estaban sentados a la mesa se levantaron. Un instante después, Philip, sin aliento, estaba en el cuarto.

Dijo sin resuello:

—¡Ya vienen! Hay una orden de arresto. Debe irse. Tenía la esperanza de que ya se hubiera ido.

—¡Dios nos asista! —dijo Bell, y de repente se sentó, como si hubiese recibido un golpe que la hubiese hecho desmoronarse, impotente; pero enseguida se puso en pie.

Sylvia fue volando a buscar el sombrero de su padre. Él parecía el menos afectado de todos.

—No tengo ningún miedo —dijo—. Volvería a hacerlo, ya lo creo; y así pienso decírselo. No hay nada malo en apresar y llevarse a unos hombres, pero si uno pone una trampa para liberarlos se le encierra por ello.

—Pero además del rescate hubo disturbios; se incendió la casa —continuó Philip, impetuoso y sin aliento.

—Y no es algo que vaya a lamentar; aunque quizá eso no lo volvería a hacer.

Por entonces Sylvia ya le había puesto el sombrero; y Bell, descolorida y rígida, temblando en todo el cuerpo, tenía su abrigo entre manos, y una cartera de piel con las escasas monedas que pudo recoger, a punto para ponérselo.

Daniel contempló aquellos preparativos, y a su mujer y su hija, y se le fue el color rojizo de la cara.

—Estaría dispuesto a ir al calabozo, y a pasar una temporada en la cárcel, de no ser por ellas —dijo, vacilante.

—¡Vamos! —dijo Philip—. ¡Por amor de Dios, no pierda tiempo y váyase!

—¿Adónde puede ir? —preguntó Bell, como si Philip hubiera de decidirlo todo.

—Adonde sea, a cualquier parte, fuera de esta casa... digamos a Haverstone. Esta noche iré a reunirme con él y decidiremos qué hacer luego; pero ahora ha de irse.

Philip estaba tan impaciente que apenas observó la viva expresión de agradecimiento de Sylvia, aunque la recordaría posteriormente.

—Ya me encargaré yo de ellos —dijo Kester, corriendo hacia la puerta, pues vio que los otros no lo hacían, que no había posibilidad de escape; los agentes se hallaban en lo alto del sendero que conducía a la casa, a menos de veinte metros.

—¡Escondedle! —gritó Bell, retorciéndose las manos de terror; pues ella, y todos los demás, sabían que huir era ya imposible.

Daniel tenía reuma, apenas podía correr, y además aquella desafortunada noche había sufrido magulladuras bastante fuertes.

Philip, sin decir nada más, empujó a Daniel escaleras arriba y él le siguió, intuyendo que su presencia en Haytersbank Farm a esa hora del día delataría a qué había venido. Apenas tuvieron tiempo de encerrarse en el dormitorio más grande antes de oír un forcejeo y la entrada de los agentes en el piso de abajo.

—Ya están dentro —dijo Philip mientras Daniel se escondía bajo la cama.

Y entonces se quedaron muy quietos, Philip oculto, en la medida de lo posible, tras la escasa cortina a cuadros azules. Abajo oyeron voces confusas, un veloz desplazarse de sillas, puertas que golpeaban, intercambio de palabras, y luego un chillido de mujer, agudo y lastimero; y pasos que subían la escalera.

—Ese grito lo ha echado todo a perder —dijo Philip.

Al momento se abrió la puerta, y los dos hombres que se ocultaban se apercebieron de la presencia de los agentes, aunque al principio estos se quedaron inmóviles, escrutando la habitación aparentemente vacía con un aire de decepción. Pero al momento siguiente se lanzaron hacia las piernas de Philip, que asomaban bajo la cortina. Le sacaron con violencia, y a continuación le soltaron.

—¡Señor Hepburn! —dijo uno de los agentes, asombrado.

Pero inmediatamente sumaron dos y dos; pues en un lugar tan pequeño como Monkshaven se conocían todas las relaciones y parentescos, incluso las

simpatías; y para aquellos hombres el motivo de la presencia de Philip en Haytersbank era del todo evidente.

—El otro no estará lejos —dijo el otro agente—. Su plato estaba abajo, lleno de comida; vi al señor Hepburn caminando apresuradamente delante de mí cuando salí de Monkshaven.

—Aquí está, aquí está —llamó el otro, arrastrando a Daniel por las piernas—. Ya le tenemos.

Daniel soltó violentas patadas, y salió de su escondrijo de manera menos ignominiosa que si lo hubiesen sacado de los talones.

Sacudió el cuerpo y se dio la vuelta, encarándose a sus captores.

—Ojalá no me hubiera escondido; fue cosa suya —dijo agitando el pulgar en dirección a Philip—. No voy a negar lo que hice. Seguro que tenéis una orden, pues a la justicia se le da muy bien escribir cuando se acaba la pelea.

Intentaba salir airoso de la situación, pero Philip, al ver su súbito color marchito y los rasgos contraídos, se dio cuenta de que aquello le había afectado.

—No le pongáis las esposas —dijo Philip, colocando dinero en la mano del agente—. Podréis custodiarlo sin necesidad de ellas.

Daniel se volvió bruscamente al oír esas palabras, que fueron susurradas.

—Déjalo, déjalo, muchacho —dijo—. Así en el calabozo recordaré cómo dos hombres sanos y fuertes tuvieron tanto miedo del hombre que el sábado por la noche rescató a unos honestos marineros que hubieron de ponerle grilletes, un hombre que cumplirá sesenta y dos en noviembre y que padece de reuma.

Pero le fue difícil mantener aquel tono bravucón cuando atravesó como prisionero la sala de estar de su casa y vio a su pobre esposa temblando y estremeciéndose a pesar de sus esfuerzos por contener los signos de emoción hasta que se hubieran llevado a su marido; y a Sylvia al lado de Bell, rodeándole la cintura con un brazo y acariciando los pobres dedos encogidos de su madre, que no dejaban de moverse, nerviosos, en una inquietud vana e inconsciente. Kester estaba en un rincón de la sala, de pie, huraño.

El cuerpo de Bell se estremeció de la cabeza a los pies cuando bajaron a su marido preso. Abrió los labios varias veces con una desasosegada emoción, como si quisiera decir algo, pero no supiera el qué. Los labios apasionados e hinchados de Sylvia, y sus hermosos y desafiantes ojos daban un nuevo aspecto a su rostro; parecía una furia impotente.

—Supongo que puedo besar a mi mujer —dijo Daniel, deteniéndose al pasar junto a ella.

—¡Oh, Dannel, Dannel! —gritó ella, abriendo los brazos para recibirle—. ¡Dannel, Dannel, esposo mío!

Y temblaba al llorar, reposando la cabeza en el hombro de él, como si Daniel fuera todo su sostén y consuelo.

—¡Vamos, señora, vamos! —dijo Daniel—. Ni que me hubieran declarado culpable de asesinato, y vuelvo a decir, como he dicho antes, que no me avergüenzo de nada. Sylvia, llévate a tu madre, pues yo no puedo hacerlo, y ahora tengo que irme. —Le tembló la voz cuando dijo esas palabras. Pero se animó un poco y exclamó—: Y ahora, adiós, muchacha —besó a su mujer—, y no pierdas el ánimo, que te vea fuerte y lozana cuando vuelva a casa. Adiós, hija, cuida de tu madre, y pídele consejo a Philip si te hace falta.

Lo sacaron de la casa, y las mujeres soltaron unos chillidos desgarradores; pero al cabo de unos momentos se contuvieron al aparecer uno de los agentes, que, gorra en mano al presenciar tanto dolor, dijo:

—Quiere hablar con su hija.

El grupo se había detenido a unos diez metros de la casa. Sylvia, secándose rápidamente las lágrimas con su delantal, salió corriendo y rodeó con los brazos a su padre, a punto de echarse a llorar de nuevo sobre su nuca.

—No, hija, no; debes servirle de consuelo a tu madre; deja de llorar, no oirás lo que tengo que decirte. Sylvia, muchacha, siento muchísimo haberte hablado como lo hice ayer por la noche; te pido perdón, hija, estaba enfadado contigo, e hice que te fueras a la cama afligida. No pienses más en ello y perdóname, ahora que tengo que dejarte.

—¡Oh, padre! ¡Padre! —fue todo lo que pudo decir Sylvia; y al final los agentes casi tuvieron que usar la fuerza para separarla de su prisionero.

Philip le tomó la mano, y suavemente la condujo de vuelta con su madre, que lloraba.

Durante un buen rato, lo único que se oyó en la pequeña cocina de la granja fueron los sollozos y lamentos de las mujeres. Philip permaneció callado junto a ellas, pensando, en la medida de lo posible, a pesar de que compartía la pena de madre e hija, qué era lo mejor que podía hacerse ahora. Kester, tras refunfuñarle un poco a Sylvia por haberle refrenado el brazo levantado que creía podía haber salvado a Daniel mediante un certero golpe a sus captores cuando entraron en la casa, regresó a su establo: su celda de meditación y consuelo, donde esperaba encontrar algún alivio antes de emprender el trabajo de la tarde; unas labores que su amo había planeado para él por la mañana, con extraña previsión, pensó Kester, pues era un trabajo que

le llevaría dos o tres días sin necesidad de más indicaciones que las que había recibido, y al final de ese período pensaba que su patrón estaría ya en libertad. Eso pensaba él, y todos, en su ignorancia y falta de experiencia.

Aunque el propio Daniel era una persona irreflexiva, precipitada, impulsiva —en una palabra, a menudo pensaba y hacía cosas absurdas—, sin embargo, por alguna cualidad de su carácter, o por la lealtad que estaba en la naturaleza de aquellos con quienes tenía que tratar en su vida diaria, había dejado claras su posición como árbitro y legislador de su hogar. Esperaban su decisión, en cuanto que marido, padre y patrón, otras personas de carácter quizá superior al suyo. Y ahora que se había ido y les había dejado en tan nuevas y extrañas circunstancias, parecía que ni Bell ni Sylvia sabían exactamente qué hacer cuando acabaron de dar rienda suelta a su dolor, pues todos los planes de la casa eran regulados por él. Mientras tanto, Philip había llegado a la conclusión de que sería de más utilidad en Monkshaven, donde podría cuidar de los intereses de Daniel, enterarse de cuáles podían ser las consecuencias legales del arresto de su tío, y encargarse del bienestar de su familia; pues nada hacía quieto y callado en la cocina de Haytersbank, con la mente demasiado llena de negros presagios, y con un aspecto incómodo, como incapaz de compartir el sufrimiento de los demás de tan grande como era el suyo.

De modo que cuando su tía, con un sentido instintivo de la costumbre y la corrección, comenzó a retirar los platos llenos de comida apenas probada, y Sylvia, ciega de lágrimas, y sollozando convulsivamente, intentaba no obstante ayudar a su madre, Philip cogió su sombrero, y dándole vueltas mientras lo limpiaba con la manga de su abrigo, dijo:

—Creo que volveré a Monkshaven y veré cómo están las cosas.

Tenía un plan mucho más definido de lo que dejaban entrever esas palabras, pero dependía de tantas contingencias que ignoraba que eso fue lo único que dijo; y con la callada determinación de volver a verlas ese mismo día, pero temiendo que le obligaran a expresar sus temores, mucho mayores que los de ellas dos, se marchó sin decir más. Entonces Sylvia alzó la voz con un gran grito. De algún modo, había esperado que él hiciera algo, aunque no supiera el qué; pero ahora se había ido, y ahora se habían quedado las dos sin sostén ni ayuda.

—Calla, niña, calla —dijo su madre, temblando toda—. Es para bien. El Señor lo sabe.

—Nunca pensé que se marcharía —gimoteó Sylvia, medio en brazos de su madre, y pensando en Philip. Pero su madre creía que hablaba de Daniel.

—Y no se habría marchado, hija, si hubiese podido quedarse.

—Oh madre. Es Philip el que se ha ido, y podía haberse quedado.

—Estoy segura de que volverá, o nos enviará un recado. Habrá ido a ver a padre, y él necesita más consuelo que nosotras, pues estará en un lugar desconocido, en un calabozo, sin dinero ni comida.

Y a continuación se sentó y derramó las secas y calientes lágrimas que con tanta dificultad llegan a los ojos de los ancianos. Y así (primero un sufrimiento, y luego otro, arrancando ambos de su corazón cualquier consuelo posible y alegría) pasó aquella tarde de febrero; la lluvia hizo que oscureciera más temprano incluso de lo habitual, y eso la entristeció aún más, pues la oscuridad vino acompañada de vientos quejumbrosos, con largas ráfagas que barrían los páramos, y que causaban esos sollozos de las ventanas que siempre suenan como los gritos ahogados de alguien que sufre. Mientras tanto, Philip había vuelto a toda prisa a Monkshaven. No llevaba paraguas, y tuvo que hacer frente a la lluvia casi todo el camino; pero dio gracias por ese tiempo, pues mantenía a los hombres en sus casas y no quería encontrarse con nadie, sino tener tiempo para pensar y madurar sus planes. La ciudad misma, por así decir, estaba de duelo. El rescate de los marineros había sido, indudablemente, un movimiento popular; la violencia subsiguiente (que, después de la marcha de Daniel, había llegado mucho más lejos de lo que se ha descrito) era, en general, considerada como una especie de castigo infligido en forma de justicia salvaje^[37] sobre la patrulla y quienes la secundaban. El sentimiento de los habitantes de Monkshaven, por tanto, estaba en franca oposición a las enérgicas medidas tomadas por los magistrados del condado, que, a consecuencia de un llamamiento de los oficiales navales a cargo del servicio de leva, habían hecho venir a la milicia (desde un lejano condado del interior), la cual había acampado a unas cuantas millas de la ciudad, sofocando sin vacilación los alborotos que continuaron el domingo por la mañana, aunque con menos intensidad; casi toda la destrucción de la propiedad había tenido lugar la noche anterior. Pero poca duda había de que la violencia habría renacido al caer la tarde, pues la porción más desesperada de la población, así como los furiosos marineros, habían tenido todo el domingo para reflexionar sobre sus agravios, y animarse unos a otros en un apasionado intento de obtener reparación o venganza. De modo que estaba justificado que las autoridades tomaran aquellas medidas, según su juicio, entonces, y según el nuestro, ahora, al contemplar la situación en retrospectiva y con frialdad. Pero en aquel momento había un fuerte sentimiento en contra de ellas; y cualquier cosa que hicieran para prevenir el

menor alboroto era vista con rencor por los hombres que estaban en sus casas. Philip, como representante de esa familia cuya cabeza sufría por los actos cometidos en aquella causa popular, se habría topado con más simpatías y más respeto del que imaginaba, mientras recorría las calles, mirando de un lado a otro por temor a encontrarse con alguien que le hiciera un desaire por ser pariente de un hombre que había sido llevado a la cárcel de manera ignominiosa unas horas antes. Pero a pesar de que Philip procuraba evitar la observación y los comentarios, nunca se le ocurrió actuar de manera distinta a como correspondía a un amigo valiente y leal. Y eso es lo que hizo, y lo que habría hecho, siendo como era de carácter fiel y constante, aun cuando no hubiera sentido nada especial por Sylvia.

Sabía que se le necesitaba en la tienda; había dejado algunos asuntos inconclusos, pues se había marchado precipitadamente; pero en aquel momento no podía soportar la tortura de tener que dar explicaciones y aducir razones que despertaran la lenta compasión de Coulson, y que este pudiera comprender.

Se fue al despacho del señor Donkin, el abogado más antiguo y respetado de Monkshaven, y al que habían contratado para redactar los documentos y escrituras legales de la sociedad que iban a formar Hepburn y Coulson a la hora de suceder en la tienda a los hermanos John y Jeremiah Foster.

El señor Donkin conocía a Philip de esa circunstancia. Pero la verdad es que en Monkshaven casi todo el mundo se conocía; si no lo bastante para hablarse, sí al menos para estar al corriente del aspecto y reputación de quienes se cruzaban por la calle. Y lo cierto es que el señor Donkin se había formado una favorable impresión de Philip; y quizá por esa razón este tuvo que esperar menos para obtener una entrevista con el jefe de la empresa que muchos de los clientes que venían para ese propósito desde poblaciones o lugares de muchas millas a la redonda.

Philip fue acompañado a su despacho. El señor Donkin estaba sentado con las gafas levantadas sobre la frente, dispuesto a observar su semblante y a escuchar sus palabras.

—Buenas tardes, señor Hepburn.

—Buenas tardes, señor.

Philip no sabía muy bien cómo empezar. El señor Donkin se impacientaba, y tamborileaba con los dedos de la mano izquierda sobre el escritorio. Los sensibles nervios de Philip captaron e interpretaron adecuadamente ese gesto.

—Con su permiso, señor, he venido a hablarle de Daniel Robson, de Haytersbank Farm.

—¿Daniel Robson? —dijo el señor Donkin tras una breve pausa, para obligar a que Philip fuera al grano.

—Sí, señor. Lo han cogido preso por el asunto de la patrulla de leva del sábado por la noche.

—¡Claro! Sabía que el nombre me sonaba. —Y la cara del señor Donkin se puso más seria, y su expresión se hizo más concentrada. Levantando la mirada hacia Philip, le dijo—: ¿Sabe que yo llevo la acusación ante el tribunal?

—No, señor —dijo en un tono que quería dar a entender: «¿Y qué?».

—Bueno, pues así es. Y naturalmente, si quiere contratar mis servicios o asesoramiento a favor de un prisionero al que han detenido, o van a detener, he de decirle que no es posible, eso es todo.

—Lo siento mucho... ¡Mucho! —dijo Philip, y entonces volvió a quedarse callado durante un intervalo que impacientó al abogado.

—Bueno, señor Hepburn, ¿tiene algo más que decirme?

—Sí, señor. Tengo muchas cosas que preguntarle, pues ya ve que no sé exactamente qué hacer, y la esposa y la hija de Daniel no tienen a nadie más que a mí a quien recurrir, y sobre mi corazón pesa su dolor. ¿Podría decirme, si es posible, qué va a pasar con Daniel, señor?

—Mañana por la mañana lo llevarán delante de los magistrados para interrogarlo, junto con los demás, ya sabe, antes de enviarlo al castillo de York para ser juzgado en las sesiones de la primavera.

—¿Al castillo de York, señor?

El señor Donkin asintió, como si no quisiera desperdiciar sus preciosas palabras.

—¿Y cuándo irá? —preguntó el pobre Philip, consternado.

—Mañana: probablemente en cuanto acabe el interrogatorio. Las pruebas de su presencia, ayuda e instigación de los hechos son claras, tal como indica la sección cuarta del decreto primero de Jorge I, capítulo cinco de la ley antidisturbios. Me temo que las perspectivas no son buenas. ¿Es amigo suyo, señor Hepburn?

—Solo mi tío, señor —dijo Philip, con el corazón encogido; más por la actitud que por las palabras del señor Donkin—. Pero ¿qué pueden hacerle, señor?

—¿Hacerle? —El señor Donkin medio sonrió ante la ignorancia de su interlocutor—. Bueno, pues colgarle, desde luego; si el juez es de los que

tienen afición por la horca. Ha sido uno de los principales autores del delito, o el principal en segundo grado, y como tal, puede recibir el máximo castigo. Yo mismo he redactado la orden esta mañana, aunque he dejado que el nombre exacto lo pusiera mi pasante.

—¡Oh, señor! ¿Es que no puede hacer nada por mí? —preguntó Philip en un tono implorante.

Jamás se imaginó que ese fuera un delito capital, y el pensar que su tía y Sylvia ignoraban el posible destino que aguardaba a aquel a quien tanto querían fue como una puñalada en el corazón.

—No, mi buen amigo. Lo siento, pero, como ve, es mi deber hacer todo lo que pueda para llevar a los criminales ante la justicia.

—Mi tío pensaba que estaba cometiendo una buena acción.

—Demoler y derribar, destruir e incendiar casas y edificios anexos —dijo el señor Donkin—. Su tío debe de tener ideas muy curiosas.

—La gente está muy furiosa contra la patrulla, y Daniel estuvo embarcado; y se lo tomó muy a pecho cuando se enteró de que habían apresado a unos marineros, y que se había hecho mediante engaños, haciendo sonar la campana de incendios; creyó que obraba de manera buena y justa. Yo estoy en contra de la violencia y los disturbios, señor; pero no puedo evitar creer que lo que Daniel hizo el sábado por la noche estaba en gran medida justificado, señor.

—Bueno, pues entonces debe conseguir un buen abogado que saque a la luz ese aspecto del asunto. Hay mucho que decir sobre ello; pero es mi deber reunir todas las pruebas que demuestren que él y los demás estaban presentes en la noche en cuestión; por lo que comprenderá que no puedo ayudarle a defenderle.

—¿Y quién puede hacerlo, señor? He acudido a usted como amigo para que me indicara qué puedo hacer. Y no conozco a ningún otro abogado; al menos, para ir a hablar con él.

Al señor Donkin le importaban más aquellos insensatos alborotadores de lo que era consciente; y era consciente de más interés del que quería expresar. De modo que habló con un tono menos rígido, e intentó aconsejar a Philip lo mejor que supo.

—Lo mejor es que vaya a ver a Edward Dawson, al otro lado del río; estuvo de pasante conmigo hace dos años. Es un tipo inteligente, y no tiene muchos clientes; hará por usted todo lo que pueda. Dígale que esté mañana en el palacio de justicia a las diez, que es la hora en que se reunirán los jueces. Él asistirá a la sesión en su nombre, le dará su opinión y le dirá qué hacer. Lo

mejor es que siga su consejo. Yo he de hacer todo lo que pueda para recoger pruebas que condenen a los acusados, ya lo sabe.

Philip se levantó, miró su sombrero, a continuación se adelantó y dejó seis chelines y ocho peniques sobre el escritorio de manera torpe y avergonzada.

—¡Vamos! ¡Vamos! —dijo el señor Donkin, apartando el dinero—. No sea estúpido; lo necesitará antes de que acabe el juicio. Yo no he hecho nada, amigo mío. Menudo negocio el mío si aceptara dinero de ambas partes.

Philip cogió el dinero y salió del despacho. Al momento regresó, lanzó una mirada furtiva a la cara de Donkin, y a continuación, teniendo que recurrir una vez más al gesto de limpiar el sombrero, dijo en voz baja:

—Espero que no sea muy duro con él.

—Debo cumplir con mi deber —replicó el señor Donkin, un tanto severamente—, sin plantearme si soy duro o no.

Philip, desconcertado, salió del despacho; pero al momento el señor Donkin se había puesto en pie de un salto, se había acercado a la puerta en dos zancadas y, manteniéndola abierta, había llamado a Philip:

—Hepburn... Hepburn... he de decirle una cosa. Mañana por la mañana se lo llevarán al castillo de York; si alguien quiere visitarle antes de entonces, más vale que se apresure.

Philip se dirigió rápidamente hacia el despacho del señor Dawson, reflexionando sobre el significado de todo lo que había oído, y qué era lo mejor que podía hacer. Cuando llegó ante la elegante puerta del señor Dawson, en una de las calles nuevas que había al otro lado del río, ya tenía una idea bastante clara de cómo actuar. Un empleado tan elegante como la puerta respondió a los vacilantes golpes de Philip, y cuando este le preguntó si el señor Dawson estaba en casa le respondió que no, añadiendo tras una pausa:

—Volverá en menos de una hora; solo ha ido a redactar el testamento de la señora Dawson... la señora Dawson de Collyton... al parecer no va a recuperarse.

Probablemente el empleado de un bufete de más reputación no habría dado tantas explicaciones; pero, como no era de ninguna importancia, aquella innecesaria información no dejó ninguna huella en la mente de Philip; reflexionó un momento y dijo:

—Entonces volveré dentro de una hora. Son las cuatro menos cuarto; dígame al señor Dawson que volveré antes de las cinco.

Dio media vuelta y regresó a la calle Mayor todo lo deprisa que pudo, con un paso más vivo y decidido que antes. Recorrió las calles, vacías por el mal

tiempo, hasta llegar a la principal posada de la ciudad, el George, cuya señal estaba pegada a un trozo de madera que cruzaba la estrecha calle; se acercó a la barra con cierta timidez (pues la posada era frecuentada por la pequeña nobleza de Monkshaven y alrededores, y se consideraba que estaba un poco por encima de clientes como Philip) y preguntó si podían tenerle dispuesto un carro ligero para un cuarto de hora después, y hacer que se lo enviaran a la puerta de su tienda.

—Por supuesto. ¿Hasta dónde ha de ir?

Philip vaciló antes de responder:

—A Knotting Lane, hasta los peldaños que cruzan la cerca que lleva a Haytersbank Farm; tendrá que esperar allí a que lleguen unas personas.

—Que no lo hagan esperar mucho con este tiempo; el viento y la lluvia que habrá allá arriba son suficientes para matar a un caballo.

—No tendrá que esperar mucho —dijo Philip, terminante—; supongo que un cuarto de hora.

A continuación regresó a la tienda, luchando contra la tormenta, que aumentaba a medida que la marea subía y se acercaba la noche.

Coulson no le dijo nada, pero le miró en tono de reproche por culpa de su larga y no explicada ausencia. Hester estaba ordenando las cintas y los pañuelos, y los objetos de vivos colores que habían utilizado para decorar el escaparate; pues no era probable que en una noche como aquella nadie se acercara a una tienda débilmente iluminada por dos velas de sebo y una insuficiente lámpara de aceite. Philip se acercó a Hester y se quedó mirándola, aunque sin verla; pero al darse cuenta de aquella mirada extrañamente fija, Hester se incomodó, y un tenue rubor acudió a sus pálidas mejillas, y al final se vio obligada a decir algo para romper el hechizo del silencio. Y lo más curioso fue que los tres hablaron al mismo tiempo. Hester preguntó, sin mirar a Philip:

—Me parece que estás empapado.

Coulson dijo:

—Algo tendrás que contarnos después de haberte pasado la tarde callejeando.

Philip le susurró a Hester:

—¿Puedes venir un momento al cuarto de estar? Quiero decirte algo en privado.

Hester acabó de enrollar lentamente la cinta que tenía entre las manos cuando él le habló, y a continuación le siguió hasta la sala que había detrás de la tienda.

Philip dejó sobre la mesa la vela que había traído de la tienda, y volviéndose hacia Hester le cogió una mano temblando, y apretándola nerviosamente, dijo:

—¡Oh, Hester! Tienes que ayudarme. Lo harás, ¿verdad?

Hester tragó algo que pareció surgir en su garganta y ahogarla antes de responder:

—Lo que quieras, ya lo sabes, Philip.

—Sí, sí, ya lo sé. La cuestión es esta: Daniel Robson, el hombre que está casado con mi tía, ha sido arrestado por los disturbios que hubo el sábado por la noche el Mariners' Arms...

—Esta tarde alguien lo ha mencionado. Han dicho que ya se había dado la orden —le explicó Hester, acabando la frase ante la vacilación de Philip, absorto por un instante en sus propios pensamientos.

—¡Sí! Ya se ha dado la orden, y él ya está en el calabozo, y mañana por la mañana se lo llevan al castillo de York; y me temo que él no pueda resistirlo. Su mujer y su hija no saben nada, y deben verle antes de que se lo lleven. Y ahora, Hester, ¿querrás ir en el carro que llegará en menos de diez minutos procedente del George, y traerlas aquí? Deberán pasar la noche en la ciudad para poder verle mañana por la mañana antes de que se lo lleven. Hace un tiempo espantoso, pero a ellas no les importará.

Por sus palabras se diría que le estaba haciendo una petición a Hester; pero él no pareció esperar respuesta, tan seguro estaba de que ella iría. Hester se dio cuenta de ello, y también se dio cuenta de que había dicho que *a ellas* no les importaría la lluvia, pero nada había dicho de *ella*, de Hester. Una fría sombra pasó sobre su corazón, aunque no fue nada que no supiera ya: que Sylvia era el centro de los pensamientos y el amor de Philip.

—Me pondré algo enseguida —dijo ella, amablemente.

Philip le apretó la mano con ternura, un brillo de gratitud se extendió sobre él.

—¡Eres realmente buena, que Dios te bendiga! —dijo Philip—. Procura abrigarte —añadió—, hay chales y prendas de abrigo en la casa, y si no, coge lo que quieras de la tienda, pues no le pasará nada porque lo lleves una vez con este tiempo; y tápate bien, y llévate capas y abrigos para ellas, y procura que se los pongan. Tendrás que apearte junto a los peldaños de la cerca, le diré al chófer dónde es; entonces tendrás que pasarla y bajar el sendero, y verás la casa a la derecha, y diles que se apresuren y cierren la casa, pues tendrán que pasar la noche fuera. Kester se ocupará de todo.

Mientras Philip hablaba, Hester se ponía apresuradamente la capa y el sombrero, que había cogido del armario donde colgaban durante el día; ahora escuchaba sus últimas indicaciones.

—Pero supón que no quieren venir —dijo ella—. No me conocen, a lo mejor no me creen.

—Deben venir —dijo Philip, impaciente—. No saben lo que les espera —añadió—. Te lo cuento a ti porque sé que tú no te irás de la lengua, y he de contárselo a alguien porque... ha sido terrible... podrían condenarlo a muerte. Ellas no saben que la cosa es tan grave; y Hester —dijo, buscando su compasión—, ella quiere con locura a su padre.

Los labios le temblaron, y miró intensamente a Hester al decir esas palabras. No hacía falta decir quién era *ella*. No hacía falta expresar el acto con palabras, pues no podía quedar más claro que él también quería con locura a Sylvia.

La cara de Hester, en lugar de responder a la mirada de Philip, se contrajo ligeramente, y, ni aunque le hubiera ido la vida en ella, habría podido Hester evitar decir:

—¿Por qué no vas tú, Philip?

—No puedo, no puedo —dijo él, impaciente—. Daría lo que fuera por ir, pues así podría consolarla; pero he de ir a ver a unos abogados, y hacer muchas otras cosas, y no tienen a nadie más que pueda encargarse de todo ello. Díselo —añadió Philip, como si se le acabara de ocurrir—, dile que me hubiera gustado ir. Que yo mismo habría ido a buscarlas, pero no he podido, por culpa del abogado... acuérdate de decir que ha sido por culpa del abogado. No me gustaría que pensarán que me he quedado en la ciudad por algún asunto mío; y, por lo que más quieras, muéstrate optimista, y, por lo que más quieras, no menciones la horca, probablemente ha sido un error de Donkin; y, sea como sea... ahí está el carro... quizá no debería habértelo contado, pero a veces consuela poder confiarse a un amigo. Dios te bendiga, Hester. No sé qué habría hecho sin ti —dijo él, abrigándola bien una vez estuvo dentro del carro, y tras colocar a su lado las capas y demás ropa de abrigo.

Y mientras se alejaba por la calle, en aquel traqueteante carro, Hester vio la neblinosa luz que se derramaba por la puerta de la tienda, y que Philip permanecía bajo la lluvia con la cabeza descubierta viendo cómo se alejaba. Pero ella sabía que no era su persona lo que atraía aquella prolongada mirada. Era el pensamiento de la persona a la que amaba con locura.

UNA TRISTE VIGILIA

A través de la oscura lluvia, contra el frío viento, traqueteando sobre las irregulares piedras, se fue Hester en el pequeño carro. Su corazón se rebelaba contra su destino; lágrimas tibias acudían a sus ojos sin que pudiera evitarlo. Pero su rebelde corazón se fue aliviando, y las lágrimas regresaron a su origen antes de que le llegara el momento de apearse.

El cochero le hizo dar media vuelta al caballo en el angosto sendero, y le gritó a Hester que se diera prisa, cuando esta, con la cabeza gacha, bajó a duras penas por el camino que llevaba hasta Haytersbank Farm. Desde lo alto de la colina, Hester vio luz en la ventana, e involuntariamente aflojó el paso. Jamás había visto a Bell Robson, y ¿la recordaría Sylvia? Si no, qué incómoda se sentiría teniendo que dar explicaciones de quién era, por qué había ido y cuál era su recado. Sin embargo, había que hacerlo; de modo que siguió andando, y cuando llegó al pequeño porche, dio unos débiles golpes en la puerta; pero con el rugir de la tormenta no se la oyó. De nuevo llamó, y se apagó el murmullo de las mujeres que había dentro, y alguien se acercó rápidamente a la puerta y la abrió con brusquedad.

Era Sylvia. Aunque tenía la cara completamente en sombras, Hester la reconoció enseguida; pero Sylvia, que habría reconocido a Hester de ir esta menos cubierta, no supo quién era esa mujer abrigada con una gran capa, con el sombrero sujeto con la ayuda de un pañuelo de seda, que estaba en el porche a esa hora de la noche. Y tampoco estaba de humor para preguntar. Dijo apresuradamente, con una voz ronca y árida de tristeza:

—Váyase. Aquí no recibimos a forasteros. Ya tenemos bastantes cosas en que pensar.

Y a continuación le cerró a Hester la puerta en las narices, antes de que esta última pudiera decir palabra para explicar su presencia. Hester se quedó inmóvil en el oscuro y húmedo porche, desconcertada, y se preguntó cómo hacer para que la escucharan a través de la puerta cerrada con pestillo. Pero no tuvo que esperar mucho; alguien estaba de nuevo en la puerta, hablando en un tono de desazón y reproche, y lentamente quitaba los pestillos. La figura

alta y enjuta de una mujer mayor se recortó contra el fuego que había dentro de la casa nada más abrirse la puerta; una mano salió de esa figura, como la que recibió a la paloma en el arca, y Hester fue invitada a acercarse al calor y a la luz, mientras la voz de Bell seguía hablándole a Sylvia antes de dirigirse a la empapada forastera:

—Ni a un perro echaría de mi casa en una noche como esta; no hay que dejar que el dolor endurezca nuestro corazón. Pero, oh, señora —a Hester—, debe perdonarnos, una gran desgracia nos ha acaecido hoy, y de tanto llorar y lamentarnos no sabemos ni lo que hacemos.

Bell se sentó, y cubrió su pobre cara ajada con el delantal, como si, por decoro, quisiera ocultar los signos del dolor de la mirada de un desconocido. Sylvia, con la cara cubierta de lágrimas, y mirando de soslayo y casi con fiereza a la desconocida que se había metido en su casa, se acercó a su madre, y, arrodillándose junto a ella, le puso los brazos alrededor de la cintura, y casi se tendió sobre su regazo, sin dejar de mirar a Hester con aquellos ojos fríos y desconfiados, cuya expresión repelía y amilanaba a esa pobre mensajera que no había ido por gusto, y la hizo permanecer en silencio hasta que hubo pasado casi un minuto desde su entrada. Bell bajó el delantal y se descubrió la cara.

—Tiene frío y está empapada —dijo—. Acérquese al fuego y caliéntese; debe perdonarnos por estar hoy lentas de pensamiento.

—Es usted muy amable, mucho, de verdad —dijo Hester, conmovida por el evidente esfuerzo que hacía la mujer por olvidar sus pesares y cumplir con los deberes de la hospitalidad, y sintiendo amor por Bella a partir de ese momento.

—Soy Hester Rose —añadió, dirigiéndose también a Sylvia, con la idea de que a lo mejor esta recordaría su nombre—, y Philip Hepburn me ha enviado en un carro hasta los peldaños de la cerca para recogerlas y llevarlas a Monkshaven.

Sylvia levantó la cabeza y miró intensamente a Hester. Bell juntó las manos y se inclinó hacia delante.

—¿Es que mi marido nos necesita? —dijo en tono ansioso.

—Es para que vean a su marido —dijo Hester—. Philip dice que mañana lo enviarán a York, y que seguro que querrán verlo antes de que se vaya; y si van a pasar la noche a Monkshaven, ya estarán allí a la hora en que la justicia les permita visitarlo.

Bell ya se había levantado y dirigido al lugar donde guardaba sus prendas de abrigo casi antes de que Hester hubiera empezado a hablar. Apenas se

había enterado de que iban a enviar a su marido a York, tan absorta estaba en la idea de que podría ir a verle. Poco le importaba cómo iba a llegar a Monkshaven en aquella terrible noche; solo pensaba en que podría ver a su marido. Pero Sylvia había captado más cosas que su madre, y, casi con suspicacia, comenzó a interrogar a Hester:

—¿Por qué le envían a York? ¿Por qué se ha ido Philip esta tarde? ¿Por qué no ha venido él mismo?

—Me ha pedido que les dijera que no ha podido venir en persona porque debía verse con el abogado a las cinco, por lo de su padre. Creo que ya saben que ningún asunto propio le habría impedido venir él mismo; y en cuanto a lo de York, ha sido Philip quien me lo ha dicho, y yo no le he preguntado por qué. No se me ocurrió que me haría tantas preguntas. Pensé que estaría dispuesta a salir en cuanto le mencionara la posibilidad de ver a su padre.

Hester dio voz al triste reproche que fue de su corazón a sus labios. ¡Desconfiar de Philip! ¡Demorarse cuando debían apresurarse!

—¡Oh! —dijo Sylvia, y soltó un grito desgarrador que reflejó más dolor que una profusión de llanto—. Puede que haya sido grosera y arisca, y que haya hecho extrañas preguntas, como si me importaran las respuestas que usted pudiera darme; y, en el fondo de mi corazón, nada me importa excepto que mi padre vuelva con nosotras, tanto le quiero. Ya ni recuerdo lo que le he dicho ni por qué lo he dicho. Madre es tan paciente que me saca de quicio, pues yo sería capaz de luchar con las paredes, tanto me enloquece el dolor. Estoy segura de que mañana le dejarán volver con nosotras, en cuanto él les diga por qué lo hizo, ¿no cree?

Le lanzó una ávida mirada a Hester, esperando que esta corroborara sus últimas palabras, que había expresado en un tono implorante, como si la decisión dependiera de Hester. Esta negó con la cabeza. Sylvia se acercó a ella y le cogió las manos, casi acariciándoselas.

—Usted no cree que vayan a ser severos con él en cuanto sepan por qué lo hizo, ¿verdad? El castillo de York es donde envían a ladrones y malhechores, no a hombres honestos como padre.

Hester puso una mano en el hombro de Sylvia en un gesto tierno.

—Philip lo sabrá —dijo, utilizando el nombre de este como una especie de encantamiento: para ella lo habría sido—. Vamos con Philip —dijo de nuevo, instándole a Sylvia, con su mirada y actitud, a que se preparara para el breve viaje.

Sylvia se dispuso a prepararse, diciéndose: «Voy a ver a padre: él me lo contará todo».

La pobre señora Robson estaba recogiendo unas ropas para su marido con mano impaciente y temblorosa, tanto que todas las prendas se le caían al suelo, y era Hester quien las recogía; y al final, tras muchos intentos por parte de la afligida mujer, fue Hester quien hizo el hatillo, y le colocó la capa y anudó la capucha; Sylvia estaba junto a ellas, y no es que no mirara, sino que estaba absorta en sus pensamientos.

Al final todo estuvo a punto y le entregaron la llave a Kester. Cuando salían a la tormenta, Sylvia le dijo a Hester:

—Es usted una buena mujer, y tiene todas las cualidades de una buena madre. Yo, en cambio, soy una cascarrabias, y ahora me siento como si no le fuera de utilidad a nadie.

Sylvia se echó a llorar, pero Hester no tenía tiempo de consolarla, aun cuando hubiera querido hacerlo: necesitaba toda su atención para ayudar a aquella esposa que caminaba con pasos presurosos y tambaleantes, y que apenas podía ascender aquella húmeda y empinada colina que le había de llevar hasta su marido. Bell solo pensaba en que aquel enorme esfuerzo la conduciría hasta «él». No había entendido muy bien cuándo podría verle; su cerebro y su corazón, agotados, solo habían captado una idea: que cada paso que daba le acercaba a él. Exhausta por haber subido la colina tan velozmente, luchando sin tregua contra la lluvia y el viento, apenas era capaz de tenerse en pie cuando llegaron al carro que estaba al final del sendero, y Hester casi tuvo que levantarla hasta el asiento delantero, junto al conductor. Cubrió y embozó a la pobre mujer, y después se colocó entre la paja, en la parte posterior del vehículo, acurrucándose junto a Sylvia, llorosa y temblorosa. Ninguna de las dos dijo una palabra al principio; pero antes de llegar a Monkshaven a Hester le remordió la conciencia por estar tan callada. Quería decirle a Sylvia algo amable, pero no sabía cómo empezar. De algún modo, sin saber por qué ni poder explicarlo, se le ocurrió que repetirle el mensaje de Philip era el mejor consuelo que podía ofrecerle. Ya se lo había dado antes, pero al parecer no le habían prestado mucha atención.

—Philip me ha pedido que le dijera que no ha venido en persona porque tenía cosas que hacer... tenía que visitar al abogado... por lo de su padre.

—¿Y qué dice el abogado? —preguntó Sylvia de repente, levantando la cabeza, como si leyera el rostro de su compañera en aquella débil luz.

—No lo sé —dijo Hester, tristemente.

Ahora traqueteaba el carro sobre las calles adoquinadas, y no se podía decir palabra. Llegaron ante la puerta de Philip, que estaba abierta para recibirlas incluso antes de que llegaran, como si alguien hubiese estado

vigilando. Phoebe, la vieja criada, parte integrante de la casa, que había pertenecido a esta y a la tienda en los últimos veinte años, apareció con una vela en la mano, que con la otra protegía del viento, mientras Philip ayudaba a bajar del carro a la tambaleante señora Robson. Como Hester había entrado la última, ahora tenía que ser la primera en moverse. Justo cuando lo hizo, la fría manecita de Sylvia se posó en su brazo.

—No sabe lo agradecida que le estoy. Le pido perdón por haberle hablado antes en ese tono, pero es que lo de padre me ha roto el corazón.

La voz era tan lastimera, tan llena de congoja, que Hester no pudo sino conmoverse. Se inclinó hacia Sylvia y la besó, y a continuación descendió sin ayuda por la rueda, en el lado a oscuras del carro. Deseó ardientemente que Philip le dedicara alguna palabra de agradecimiento, pues por él había llevado a cabo esa ardua tarea; pero él estaba ocupado, y, al volverse y lanzarle una mirada furtiva cuando doblaba la esquina de la calle, vio que Philip, en cuanto Sylvia quedó en equilibrio sobre la rueda, la levantó suavemente en brazos, y luego todos se adentraron en la luz y el calor de la casa, la puerta se cerró, el carro se alejó a buen paso, y Hester, en medio de la lluvia, el frío y la oscuridad, se fue a casa con el corazón triste y cansado.

Desde que Philip regresara de ver al abogado Dawson, había hecho todo lo que había podido para que su casa estuviese cálida y acogedora para recibir a su amada. Temía por la probable suerte del pobre Daniel Robson; compartía la profunda aflicción de esposa e hija; pero, en el fondo de su mente, su ánimo se alegraba como si esa fuese para las mujeres una ocasión festiva. Incluso, de manera inconsciente, le habían complacido las suspicaces miradas y el tono de Phoebe, mientras él le metía prisas y supervisaba sus operaciones. Un gran fuego ardía alegre en el salón, y casi deslumbró a las recién llegadas, que venían de la lluvia y la oscuridad; ardían las velas: nada menos que dos velas, para enojo de Phoebe. La pobre Bell Robson tuvo que sentarse solo entrar en la sala, tan agotada estaba a causa de la agitación del viaje; no obstante, lo único que deseaba era llegar junto a su marido lo antes posible.

—Ya estoy a punto —dijo, poniéndose en pie y rechazando las atenciones de Sylvia—. Ya estoy a punto —repitió, mirando a Philip con impaciencia para que este las llevara.

—No es esta noche —replicó él casi en tono de disculpa—. Esta noche no puede verle; será mañana por la mañana, antes de que se lo lleven a York; era mejor que estuvieran aquí, en la ciudad, cuando llegara el momento; además, cuando las he mandado a buscar, no sabía que pasaría la noche en el calabozo.

—Dios mío, Dios mío —exclamó Bell, meciéndose en su silla, e intentando consolarse con esas palabras. Hasta que de pronto dijo—: Pero es que he traído su bufanda conmigo. Su bufanda roja de lana, con la que duerme siempre; y le volverá a dar el reuma. Oh, Philip, ¿es que no puedo verle ahora?

—Haré que Phoebe se la lleve —dijo Philip, que ahora servía el té, de manera hospitalaria y torpe.

—¿No puedo llevársela yo misma? —repitió Bell—. Es que no me fío tanto de que se la lleve otro; quizá no les importará que vaya su mujer... ¿La has llamado Phoebe?

—No, madre —dijo Sylvia—, tú no puedes ir.

—¿Quiere que vaya yo? —preguntó Philip, esperando que ella respondiera «No» y se contentara con Phoebe, y le dejara quedarse donde estaba.

—Oh, Philip, ¿lo harías? —dijo Sylvia, volviéndose hacia él.

—Sí —dijo Bell—, si se la llevas tú te harán más caso.

Así pues, lo único que podía hacer era ir, con la excitación de sus amables ritos de hospitalidad.

—No está lejos —dijo Philip, para consolarse más a él que a ellas—. Volveré dentro de diez minutos; el té está listo y Phoebe llevará vuestras ropas húmedas a la cocina para que se sequen junto al fuego. —Y abrió una puerta que había en un rincón de la sala, por la que inmediatamente subían unas escaleras—. Hay dos habitaciones en el piso de arriba; la de la izquierda es la vuestra, la otra es la mía —dijo, sonrojándose un poco al hablar.

Bell estaba ocupaba deshaciendo el hatillo con manos trémulas.

—Toma —dijo—. Y espera, muchacho. Aquí tienes un trozo de pastel de menta; a él le encanta, y ha sido una suerte que lo viera sobre la mesa en el último momento.

Philip desapareció, y el ánimo de Bell y Sylvia volvió a flaquear, y se hundieron en el abatimiento. Sylvia, sin embargo, tuvo fuerzas suficientes para quitarle a su madre las ropas húmedas, llevarlas tímidamente a la cocina y colocarlas ante el fuego de Phoebe.

Phoebe abrió los labios un par de veces para pronunciar unas palabras de censura, pero en ambas ocasiones, con un esfuerzo, se tragó las palabras; pues sus simpatías, al igual que las de toda la población de Monkshaven, estaban con Daniel Robson; y por ella, la hija de aquel hombre podía colocar su capa chorreante allí donde se le antojara.

Sylvia encontró a su madre aún sentada en una silla, junto a la puerta, donde se había dejado caer al entrar en la sala.

—Te traeré un poco de té, mamá —dijo, impresionada por el aspecto consumido de su rostro.

—No, no —dijo su madre—. No es correcto que nos sirvamos nosotras.

—Estoy segura de que Philip querría que te lo tomaras —dijo Sylvia, sirviéndole una taza.

En ese momento llegó Philip, y algo en su expresión, una muda expresión de satisfacción al ver lo que estaba haciendo Sylvia, hizo que esta se ruborizara y vacilara un momento; pero ella acabó de servir una taza de té, murmurando todo el rato algo incoherente relacionado con lo mucho que su madre la necesitaba. Después del té, el agotamiento de Bell llegó a tal punto que Philip y Sylvia la instaron a que se fuera a la cama. Ella se resistió un poco, en parte por «educación», y en parte porque seguía imaginando, pobre mujer, que de un modo u otro su marido iba a mandar a buscarla. Pero a eso de las siete Sylvia la convenció de que subiera a su dormitorio. Sylvia también le deseó buenas noches a Philip, y la mirada de este siguió la última ondulación del vestido de Sylvia cuando esta desapareció escaleras arriba; a continuación apoyó la barbilla en la mano y se quedó mirando al vacío, sumido en honda reflexión. No supo cuánto tiempo pasó así, tan absorto estaba en lo que le iba a deparar el futuro.

Le sacó de su ensimismamiento la llegada de Sylvia. Philip dio un respingo.

—Madre no deja de temblar —dijo Sylvia—. ¿Puedo entrar en la cocina —añadió señalándole— y llevarle unas gachas?

—Phoebe lo hará, no tú —dijo Philip, y para impedirselo se dirigió a la puerta de la cocina e impartió las órdenes pertinentes.

Cuando volvió la vista hacia el cuarto, Sylvia estaba junto al fuego, la cabeza inclinada sobre la repisa de piedra en busca de una relativa frialdad. Al principio no dijo nada, casi ni pareció fijarse en él. Philip la observó furtivamente, y vio que estaba llorando; las lágrimas le rodaban por las mejillas, y estaba demasiado ensimismada en sus pensamientos para secárselas con el mandil.

Mientras pensaba qué podía decirle para consolarla (al igual que Sylvia, estaba demasiado conmovido para hablar), ella se volvió y le dijo de pronto, mirándole a los ojos:

—¡Philip! ¿Es que no lo van a soltar enseguida? ¿Qué pueden hacerle? — Los labios le temblaban mientras esperaba la respuesta, las lágrimas le

llenaron los ojos. Esa era la pregunta que él más había temido; le encaraba con el terror que invadía su mente, pero que quería ocultarle a ella—. ¡Habla, por favor! —dijo Sylvia, impaciente, con un gesto apasionado—. ¡Me doy cuenta de que lo sabes!

Demorarse en la respuesta solo empeoraba las cosas, y replicó sin pensárselo más:

—Lo acusan de un delito grave.

—¡Un delito grave! —dijo ella—. Te equivocas; lo han detenido por haber liberado a aquellos hombres; puedes llamarlo disturbios si quieres ponerle a la gente en contra, pero lamento que utilices unas palabras tan duras... un delito grave —repitió ella en un tono medio ofendido.

—Eso es lo que dicen los abogados —dijo Philip con tristeza—. No se me ha ocurrido a mí.

—Los abogados siempre se ponen en lo peor —dijo ella, un poco más tranquila—, pero la gente no debería creerlos siempre.

—A la larga, quienes lo juzgarán serán abogados.

—¿Es que los jueces, el señor Harter y los demás, no pueden dictar sentencia mañana sin enviarlo a York?

—¡No! —dijo Philip, negando con la cabeza.

Se dirigió a la puerta de la cocina y preguntó si aún no estaban las gachas, tanto deseaba interrumpir la conversación en ese punto; pero Phoebe, que le tenía muy poco respeto a su joven patrón, le reprendió por ser un estúpido que, como todos los de su sexo, pensaba que las gachas se hacían en un momento, estuviera el fuego como estuviera, y le dijo que se las preparara él mismo si tanta prisa tenía.

Desconcertado, volvió junto a Sylvia, quien mientras tanto había puesto en orden sus ideas con la intención de volver a la carga.

—Y dices que lo van a enviar a York y juzgarlo allí. ¿Qué es lo peor que pueden hacerle? —preguntó, conteniendo su zozobra para mirar más fijamente a Philip.

Ni un instante dejaron sus ojos de escrutar su semblante, hasta que él contestó, a regañadientes, confuso:

—Pueden enviarle al penal de Botany Bay, en Gales.

Philip sabía que eso no era lo peor que podía pasarle, y temía que ella se diera cuenta. Pero incluso eso era mucho más de lo que se esperaba Sylvia, que solo había oído hablar de algunos tipos de encierro, y no se imaginaba sus aspectos más sombríos. Lo que Philip había dicho era demasiado para ella. Se le dilataron los ojos, se le emblanquecieron los labios, sus mejillas pálidas se

volvieron más pálidas. Tras contemplar la cara de Philip durante un minuto, como fascinada por algún horror, retrocedió hasta dar con la silla del rincón de la chimenea, se cubrió la cara con las manos y gimoteó unas palabras inconexas.

Philip se arrodilló junto a ella, mudo de un exceso de compasión, y le besó el vestido, todo sin que ella se diera cuenta; murmuró medias palabras, comenzó apasionadas frases que le murieron en los labios; y ella... ella no pensaba en nadie más que en su padre, estaba poseída y fuera de sí por el temor de perderle en ese temible país que para ella era como una tumba, tan infranqueable le parecía el golfo. Pero Philip sabía que la inminente separación podía ser la de la oscura y misteriosa tumba: que el golfo que podía abrirse entre padre e hija podía ser ese que ninguna criatura humana viva ha conseguido cruzar.

—¡Sylvie, Sylvie! —dijo Philip, y la conversación tuvo que proseguir entre murmullos y susurros, por temor a que los oyera Bell—. No, por favor, me desgarras el corazón. Escucha, Sylvie. Haré todo cuando esté en mi mano; todo el dinero que tengo... la última gota de sangre que hay en mí... daré mi vida por la suya.

—La vida —dijo ella, bajando las manos, y mirándole como si sus ojos pudieran atravesarle el alma—. ¿Quién ha hablado de tocar su vida? Creo que estás loco, Philip.

Pero no lo pensaba, aunque le hubiera gustado. En su intenso dolor, Sylvia leía los pensamientos de Philip como si fueran un libro abierto; se quedó allí sentada, erguida y pétrea, y aquella idea pasó sobre su cara como la gris sombra de la muerte. No hubo más lágrimas, ni temblores, casi ni respiraba. Philip no soportaba verla así, pero no apartaba los ojos, y temía realizar el esfuerzo necesario para moverse o volver la cara, por temor a que ese gesto acabara de convencerla de la realidad de sus peores miedos. Pero ay, el convencimiento de que la vida de su padre estaba en peligro ya era una realidad: era eso lo que la calmaba, tensaba sus músculos, inmovilizaba sus nervios. Aquella hora se llevó toda la inocencia de su primera juventud.

—Entonces es posible que lo cuelguen —dijo Sylvia en voz baja y solemne, tras una larga pausa. Philip volvió la cara y no pronunció palabra. Otro profundo silencio, roto solo por algún sonido familiar, en la cocina—. Madre no debe saberlo —dijo Sylvia en el mismo tono en que había hablado antes.

—Eso es lo peor que puede pasarle —dijo Philip—. Lo más probable es que lo deporten; quizá, después de todo, lo declaren inocente.

—No —dijo Sylvia, apesadumbrada, sin esperanza, como si leyera un funesto destino en las tablas del futuro—. Lo colgarán. ¡Oh, padre, padre!

Se metió el mandil en la boca para ahogar sus palabras; agarró la mano de Philip y la retorció con una fuerza convulsa, hasta que aquel dolor, que él amaba, fue más de lo que Philip pudo soportar. No había palabra que pudiera tocar aquel dolor; pero sin poder contenerse, como habría hecho con un niño herido, se inclinó sobre ella y le depositó un beso suave y tembloroso. Ella no lo rechazó, probablemente ni lo notó.

En ese momento Phoebe entró con las gachas. Philip la vio, y supo, en ese instante, cuál era la conclusión a la que había llegado la vieja criada; pero hubo que zarandear a Sylvia, junto a Philip, ahora de pie, antes de que se diera cuenta de dónde se encontraba. Levantó su cara pálida para comprender las palabras de Philip, y a continuación se puso en pie, como el que lentamente recupera el uso de sus piernas.

—Supongo que debo subir —dijo—, pero preferiría enfrentarme a la muerte. Si me pregunta, Philip, ¿qué le digo?

—Ella no te preguntará —dijo él—, si te ve como siempre. En todo este tiempo no te lo ha preguntado, y si lo hace, me la mandas a mí. Haré todo lo que pueda para que no llegue a enterarse, y espero hacerlo mejor que contigo, Sylvie —añadió con una débil sonrisa, contemplando el agitado rostro de ella con cariñoso arrepentimiento.

—No te culpes —dijo Sylvia, viendo su remordimiento—. Ha sido culpa mía. Quería la verdad a toda costa, y ahora no soy lo bastante fuerte para soportarla. ¡Dios me asista! —añadió en tono lastimero.

—¡Oh Sylvie, déjame ayudarte! No puedo hacer lo mismo que Dios... No quería decir eso, sino que haré todo lo humanamente posible. Te he amado durante años y años, y ahora pienso que no ha servido de nada si soy incapaz de consolarte en tu amarga aflicción.

—Primo Philip —replicó ella, en el mismo tono sereno en que había hablado desde que se enterara de hasta qué punto su padre estaba en peligro, y la pausada quietud de sus palabras estaba en armonía con la pétrea expresión de su cara—, tú me eres de gran consuelo, no podría soportar mi vida sin ti; pero ahora no puedo pensar en el amor, me parece que no es el momento; ahora solo puedo pensar en la vida y la muerte.

DÍAS DE AFLICCIÓN

Philip tenía dinero en el banco de los Foster, pero tampoco mucho, pues aún estaba pagando el mobiliario de la casa. Algunos muebles eran viejos, y habían pertenecido a los hermanos Foster, y se los habían dejado a Philip a un precio muy razonable; pero aun con todo, aquella compra disminuía el monto de sus ahorros. Pero retiró gran parte de la suma que poseía, de hecho, retiró más de lo que poseía, para consternación de sus antiguos patrones, aunque la bondad de sus corazones pudo más que los argumentos más fríos de sus mentes.

Todo se necesitaba para defender a Daniel Robson en el tribunal de York. La esposa de este le había entregado a Philip todo el dinero que poseían y todo lo que era de algún valor. El propio Daniel no era de los que pensaban mucho en el futuro; pero para la ahorrativa mente de Bell, las guineas redondas y doradas, que guardaba en una bolsa para cuando llegara el día de pagar el alquiler, le parecían una fortuna de la que Philip podría disponer indefinidamente. Sin embargo, no comprendía el peligro en que se hallaba su marido. Sylvia se comportaba como si habitara un sueño, refrenando las lágrimas que podían interferir en el curso normal de la vida que había decidido seguir en la terrible hora en que se enteró de todo. Cada penique que ella o su madre ahorraban iba a parar a Philip. Hasta los ahorros de Kester, ante las súplicas de Sylvia, fueron puestos en las manos de Philip; pues Kester no tenía una gran opinión del criterio de Philip, y hubiera preferido entregarle directamente su dinero al señor Dawson, y suplicarle que lo utilizara para salvar a su patrón.

De hecho, incluso, la silenciosa brecha que se abría entre Kester y Philip se había ensanchado últimamente. Era época de siembra, y Philip, que siempre se interesaba por todo lo que pudiera afectar a Sylvia, y también para distraerse de la gran angustia que le causaba la situación de Daniel, había dado en estudiar agricultura con algunos libros que había pedido prestados: *La guía completa del granjero* y cosas así; y de vez en cuando importunaba al práctico y terco Kester con teorías que había leído en esos libros. Kester

perseveraba en obrar como siempre lo había hecho, despreciando a Philip y a sus libros de palabra y obra, hasta que al final Philip se retiró de la contienda. «Muchos llevan a un caballo hasta el abrevadero, pero pocos saben hacerle beber», y Philip, desde luego, no era uno de ellos. Kester, de hecho, le miraba con celos en muchos aspectos. Había preferido a Charley Kinraid como pretendiente de Sylvia; y aunque no tenía ni idea de la verdad —y creía tanto como los demás que el arponero se había ahogado—, el año transcurrido desde la supuesta muerte de Kinraid no había sido más que un corto período en la vida de aquel hombre, que olvidaba que para los jóvenes el tiempo pasa muy lento; y habría reñido más a Sylvia, de no haber estado la joven tan apesadumbrada, por dejar que Philip la visitara tan a menudo, por mucho que fuera para hablar de cómo iban las cosas con su padre. Pues el temor a esa pena capital que solo ellos dos compartían les hacía pasar mucho tiempo juntos, a veces excluyendo a Bell y a Kester, y este último se daba cuenta de ello y se lo tomaba a mal. Kester llegaba hasta el punto de preguntarse qué pensaba hacer Philip con el dinero, que a él le parecía una suma incalculable; y en un par de ocasiones cruzó por su mente el infame pensamiento de que a lo mejor la tienda que regentaban aquellos dos jóvenes no resultaba tan lucrativa como cuando era propiedad de los dos ancianos, y que parte del dinero que iba a parar a Philip podía tener otro destino que pagar a los abogados de su amo. ¡Pobre Philip, que se estaba gastando todo su dinero, y más del que poseía, sin que nadie lo supiera, pues había hecho jurar a sus amigos banqueros que guardarían el secreto!

Solo una vez se atrevió Kester a hablarle a Sylvia a propósito de Philip. Esta había seguido a su primo hasta la parcela que quedaba justo delante de la casa, frente al porche, para preguntarle algo que no se atrevía a preguntar en presencia de su madre —Bell, de hecho, de tan angustiada como estaba, acaparaba todas las preguntas siempre que Philip las visitaba—, y se lo quedó mirando de manera inconsciente mientras Philip se alejaba colina arriba, aunque casi sin pensar en él; y cuando estuvo en la cima él se volvió para echar una última mirada al lugar donde habitaba su amor, y, al verla, le dijo adiós con el sombrero. Y ese movimiento, y su silueta recortada contra el cielo, sacó a Sylvia de los pensamientos que no tuvieran que ver con él y con su amor, ahora reconocido, y regresaba hacia la casa cuando oyó la voz ronca de Kester que la llamaba, y le vio de pie junto a la puerta del establo.

—Ven aquí, niña —dijo él, indignado—. ¿Te parece momento de cortejar?

—¿Cortejar? —dijo ella, levantando la cabeza y mirándole orgullosa, desafiante.

—¡Pues sí, cortejar! Pues no es otra cosa quedarte mirando a ese individuo entrometido, como si enviaras tus ojos a seguirlo, mientras él te hace gestos galantes. Cuando yo era joven llamábamos a eso cortejar. Y cuando una joven tiene a su padre en la cárcel no es momento de ponerse a cortejar —dijo él, dándose cuenta, al decir esas últimas palabras, que eran crueles e injustas y que había ido demasiado lejos, pero pronunciándolas de todos modos por los terribles celos que sentía de Philip.

Sylvia se quedó mirándolo sin decir nada; estaba demasiado ofendida para poder hablar.

—Ya puedes fruncir el ceño todo lo que quieras, niña —dijo él—, pero tenía mejor concepto de ti. Tu último enamorado se ahogó como quien dice la semana pasada; pero tú no pierdes el tiempo recordándolo, si es que, de hecho, alguna vez te importó ese Kinraid, si no estuviste fingiendo todo el tiempo.

Se le contrajeron los labios y los entreabrió, mostrando sus dientes blancos y relucientes, que apenas se separaron cuando dijo:

—¿Es que crees que le he olvidado? Más vale que tengas cuidado con lo que dices.

A continuación, temiendo perder el control de sí misma, entró en la casa; y tras cruzar la cocina como si estuviera ciega, subió a su habitación, que ahora no utilizaba, y se arrojó boca abajo sobre la cama, casi ahogándose.

Desde la detención de Daniel, el imperceptible deterioro físico y mental de su esposa, que había comenzado durante la enfermedad del invierno anterior, había progresado rápidamente. Había perdido su reserva a la hora de hablar, y ahora a menudo conversaba consigo misma. Ya no llevaba la casa con la previsión de antaño; se trataba de pequeños detalles, es cierto, pero que, unidos a otros del mismo estilo, permitían aplicarle, de manera fundada, la conocida expresión: «Ya nunca volverá a ser la misma».

Aquella tarde, después de que Philip se marchara, estuvo llorando en su butaca hasta quedarse dormida. No oyó cómo Sylvia atravesaba rápidamente la cocina; pero al cabo de media hora la despertó la brusca entrada de Kester.

—¿Dónde está Sylvia? —preguntó Kester.

—No lo sé —dijo Bell, asustada, como si estuviera a punto de echarse a llorar—. ¿Se sabe algo de él? —preguntó, poniéndose en pie y apoyándose en el bastón que ahora solía utilizar.

—Bendita sea, señora, no, no tema; es solo que antes le he hablado sin pensar a la niña, y quería decirle que lo siento —le explicó Kester, entrando en la cocina y mirando a su alrededor en busca de Sylvia.

—¡Sylvia! ¡Sylvia! —gritó—. No estará en casa.

Sylvia bajó lentamente las escaleras y se plantó ante él. Estaba pálida, los labios apretados en un gesto decidido; la tristeza nublaba la luz de sus ojos. A Kester le amedrentó aquella expresión, y más aún su silencio.

—He venido a pedirte perdón —dijo él tras unos momentos.

Ella no dijo nada.

—Sé cuándo he de pedir perdón, aunque tenga más de cincuenta años y tú no seas más que una chiquilla tonta a la que he tenido en brazos. Y reconoceré delante de tu madre que no he debido decirte todas esas cosas, y que lo lamento mucho.

—No entiendo nada —dijo Bell, en un tono apresurado y perplejo—. ¿Qué te ha dicho Kester, hija? —añadió, volviéndose hacia Sylvia.

Sylvia se acercó unos pasos a su madre, y le cogió una mano para tranquilizarla; a continuación, volviendo la cara, le dijo deliberadamente a Kester:

—Si fueras otra persona, no te habría perdonado nunca. Nunca —añadió con amargura, al evocar las palabras que él le había dicho—. Mi primer impulso es odiarte por lo que has dicho; pero después de todo eres el viejo Kester, y no puedo evitar perdonarte.

Y avanzó hacia Kester. Él le cogió la cabecita entre sus manos callosas y se la besó. Ella le miró con unos ojos llenos de lágrimas y le dijo en voz baja:

—Nunca vuelvas a decir eso. Nunca hables...

—Antes me morderé la lengua —la interrumpió él.

Mantuvo su palabra.

En ninguna de las visitas que hizo Philip a Haytersbank Farm en esa época volvió a hablarle a Sylvia de amor. En su gesto, palabras y actitud era un hermano cariñoso y considerado, nada más. Pues nada más podía ser, teniendo en cuenta el enorme temor que se cernía sobre él tras cada conversación con el abogado.

Pues el señor Donkin había acertado en su pronóstico. El gobierno pensaba responder al ataque al Mariners' Arms con mano firme y severa. Era necesario afirmar una autoridad que últimamente había encontrado mucha oposición. Había que dar ejemplo, meterles el miedo en el cuerpo a todos aquellos que se oponían y desafiaban a las patrullas de leva; y todas las autoridades dependientes del gobierno debían cumplir con su deber de manera

igualmente dura e implacable. Eso le dijo a Philip el abogado, que fue a ver al preso al castillo de York. Añadió que Daniel seguía enorgulleciéndose de lo que había hecho, y no había manera de hacerle entender que estaba en una posición muy peligrosa; y que cuando se le interrogaba acerca de las posibles circunstancias que se podían utilizar en su defensa, siempre acababa desviando la cuestión hacia los ultrajes que habían cometido las patrullas, o censuraba apasionadamente el truco que se había utilizado la noche en cuestión para sacar a los hombres de sus casas y enviarlos a apagar un fuego imaginario, y ya no había manera de sacarlo de ahí. Era posible que parte de su natural indignación tuviera algún efecto sobre el jurado; y, en realidad, esa era su única esperanza, aunque de hecho muy leve, pues probablemente el juez advertiría a los miembros del jurado que no debían permitir que sus naturales simpatías en un caso como ese les hicieran desviar la atención del meollo del asunto.

Eso fue, en esencia, lo que Philip oyó repetidamente durante sus muchas visitas al despacho del señor Dawson. Y se acercaba ya el día del juicio; pues las sesiones de los tribunales de York comenzaban el 12 de marzo; no habían pasado mucho más de tres semanas desde que fue cometido el delito que arrancó a Daniel de su casa y le puso en peligro de muerte.

Philip se alegraba de que Bell ignorara hasta dónde podía llegar el castigo infligido a su marido, y en aquella época, y para personas de la clase de Bell, viajar cuarenta millas era un esfuerzo desacostumbrado, por lo que la idea de ir a York a ver a su marido jamás se le pasó por la cabeza. Su creciente debilidad hacía que ese paso solo se contemplara en caso de un fatal desenlace del juicio. Esa era la conclusión a la que había llegado Sylvia; y era eso mismo lo que hacía que reprimiera sus anhelos diarios de ver a su padre. Y no es que sus esperanzas no fueran más poderosas que sus miedos. Philip jamás le explicó que había pocos motivos para ser optimista; Sylvia era joven, y, al igual que su padre, no podía comprender lo terrible que es a veces la necesidad de castigar de manera pronta y severa cualquier rebelión contra la autoridad.

Philip estaría en York mientras duraran las sesiones; y quedó entendido, casi sin palabras, que si ocurría lo peor, la esposa e hija del preso irían a York lo antes posible. A tal fin Philip hizo todos los preparativos necesarios antes de irse de Monkshaven. Todos los hombres estaban con él; era una ocasión demasiado solemne para que Coulson dejara de mostrarse magnánimo. Instó a Philip para que se tomara todo el tiempo que fuera necesario; él se encargaría del negocio. Y cuando Philip estaba pálido y triste, había otra mejilla que se

tornaba aún más pálida, otro ojo que se llenaba de calladas lágrimas a medida que su pesadumbre se hacía más y más notoria. Llegó el día en que se abrieron las sesiones. Philip se hallaba en la catedral de York, contemplando la solemne procesión en la que las más altas autoridades acompañan a los jueces hasta la casa del Señor para que se les exhorte a cumplir con sus deberes. Mientras Philip escuchaba el sermón con el corazón encogido y palpitante, por primera vez sus esperanzas superaron a sus temores, y aquella noche le escribió su primera carta a Sylvia.

Querida Sylvia:

Esto durará más de lo que pensaba. El señor Dawson dice que será el martes de la semana que viene. Pero no te desanimes. He estado escuchando el sermón de hoy, que se predica a los jueces; y el pastor ha mencionado repetidamente la misericordia y el perdón, y creo que serán indulgentes. He visto a tu padre, está delgado, pero animado: solo que no deja de decir que volvería a hacerlo si tuviera oportunidad, cosa que ni al señor Dawson ni a mí nos parece muy sensata, sobre todo porque el carcelero está por ahí y oye todo lo que dice. Está ansioso por tener noticias de casa, y quiere que críes el ternero de Daisy, pues cree que será bastante bueno. Me envía todo su amor para ti y tu madre, y sus recuerdos a Kester.

Sylvia, quiero que olvides las veces que te reprendí por tu mala letra y tu mala ortografía, y que me escribas unas pocas líneas. Creo que prefiero una carta llena de faltas que sin ellas, pues entonces estaré seguro de que es tuya. Y no preocupes por las mayúsculas; fui un tonto por insistirte tanto con ellas, pues un hombre puede pasarse sin ellas. Que me enviaras una carta me ayudaría muchísimo a no perder la paciencia en todos los días que quedan hasta el martes.

Mi dirección es:

Señor Philip Hepburn

En casa del señor Fraser, pañero,
Micklegate, York.

Mis afectuosos recuerdos a mi tía.

Tu respetuoso primo y servidor,

Philip Hepburn

P. D.: El sermón fue magnífico. El texto fue Zacarías, 7, 9: «Juicio fiel juzgad, y amor y compasión practicad cada cual con su hermano». Dios quiera que haya derramado misericordia en el corazón del juez que va a juzgar a mi tío.

Los días pasaron lentamente. El domingo, Bell y Sylvia fueron a la iglesia con una sensación extraña, casi supersticiosa, como si, al cumplir con sus deberes religiosos en tiempos de aflicción, tras haberlos descuidado a menudo en épocas más prósperas, pudieran propiciar que el Altísimo ordenara los hechos a su voluntad.

Pero Él, «que sabe de qué estamos hechos, y se acuerda de que somos polvo^[38]», se apiadó de Sus hijos, y envió parte de Su bienaventurada paz a sus corazones, pues de otro modo no hubieran podido soportar el suspense de las horas siguientes. Pues mientras regresaban de la iglesia a paso lento y cansino, Sylvia fue incapaz de seguir guardando el secreto, y le dijo a su madre cuál era el verdadero peligro que corría Daniel. Y aunque soplabá el frío viento de marzo, no lo habían sentido, y se sentaron a descansar en el terraplén de un seto. Y en ese momento habló Sylvia, temblando de miedo, pero totalmente incapaz de seguir guardando silencio. Bell levantó las manos y las dejó caer sobre las rodillas antes de responder.

—Es la voluntad del Señor —dijo solemnemente—. Ya antes me ha enviado el temor de que eso ocurriera. Nunca te lo dije, hija...

—Y yo no te lo dije a ti, madre, porque...

El llanto ahogó las palabras de Sylvia, y reposó la cabeza en el regazo de su madre, sintiendo que ya no era la fuerte, la protectora, sino la protegida. Bell siguió hablando mientras le acariciaba la cabeza.

—El Señor es una amable niñera que hace que a los niños les guste lo que antaño detestaron. Me ha enviado sueños para prepararme para esto, en caso de que llegue a ocurrir.

—Philip tiene esperanzas —dijo Sylvia, levantando la cabeza y mirando a su madre a través de las lágrimas.

—Sí, lo sé. Y no estoy segura, pero creo que es por algún motivo que el Señor ha arrancado de mi corazón todo el miedo a la muerte. Creo que quiere decirme que Daniel y yo cruzaremos de la mano el valle... al igual que caminamos juntos hasta el altar cuando nos casamos en la iglesia de Crosthwaite. Yo no podría llevar la casa sin Daniel, y me temo que sin mí su carga sería demasiado pesada.

—¿Y yo, madre? Te olvidas de mí —protestó Sylvia—. ¡Madre, madre, piensa en mí!

—No, hija, no me olvido de ti. Sufrí mucho el invierno pasado, cuando ese tipo, Charley Kinraid, rondaba por aquí. No hablaré mal de los muertos, pero estaba intranquila. Pero desde que Philip y tú habéis hecho las paces...

Sylvia se puso a temblar, abrió la boca para hablar, pero no dijo ni una palabra.

—Y desde que el Señor me ha otorgado su consuelo, y me ha hablado muchas veces mientras tú creías que estaba dormida, veo las cosas de otra manera, y si Daniel se va, estoy dispuesta a seguirle. No soportaría continuar viviendo y oírle decir a la gente que lo han ahorcado; parece algo tan antinatural y vergonzoso.

—¡Pero madre, no lo ahorcarán! —dijo Sylvia, poniéndose en pie—. Philip dice que no lo harán.

Bell negó con la cabeza. Siguieron andando, Sylvia desalentada y casi irritada ante el abatimiento de su madre. Pero por la noche, antes de acostarse, Bell dijo cosas que parecían dar a entender que los sentimientos expresados por la mañana habían sido algo momentáneo, y posponía todas las decisiones hasta el regreso de su marido. «Cuando padre vuelva» parecía una especie de estribillo al principio y al final de cada frase, y esa confianza en el regreso de su padre era una cruz para Sylvia, tanto como lo había sido la desesperanza de la mañana. Pero su instinto le decía que era imposible razonar con su madre, pues de lo contrario le habría preguntado cómo había cambiado tanto de opinión en tan pocas horas. Esa incapacidad para razonar por parte de la pobre Bell dejó a Sylvia desconsolada.

Pasó el lunes; cómo, ninguna de ellas lo supo, pues ninguna expresó lo que anegaba sus pensamientos. Antes del amanecer del martes, Bell ya estaba levantada.

—Es muy temprano, madre —dijo Sylvia, agotada, soñolienta, temiendo volver a la conciencia.

—¡Vamos, hija! —dijo Bell, en tono enérgico y alegre—. A lo mejor vuelve esta noche, y tenemos que tenerlo todo preparado por si acaso.

—Es imposible que vuelva a casa esta noche —dijo Sylvia, incorporándose en la cama.

—¡Calla, niña! No sabes lo deprisa que un hombre vuelve con su mujer y su hija. De cualquier modo, pienso tenerlo todo a punto.

Y se movía por la casa con un brío que asombraba a Sylvia; hasta que al final se dijo que quizá su madre actuaba así para no pensar. Limpiaron cada rincón de la casa; desayunaron en un santiamén; hasta que al final, mucho antes de mediodía, todo estuvo hecho, y las dos se sentaron ante sus ruelas. Y cada vez que su madre hablaba, el ánimo de Sylvia se iba hundiendo más, pues Bell ya no parecía temer nada, y la poseía ahora un extraño e inquieto entusiasmo.

—Hay que poner las patatas —dijo Bell, después de que la lana se le hubiera roto muchas veces debido a sus irregulares pisadas.

—¡Madre —dijo Sylvia—, pero si acaban de dar las diez!

—Ponlas —dijo Bell, sin atender lo que quería decir su hija con aquellas palabras—. El día pasará antes si comemos temprano.

—Pero Kester está en la parcela de Far Acre y no volverá hasta mediodía.

Pareció que eso ponía fin a la discusión, pero entonces Bell apartó la rueca de su lado y se puso a buscar la capa y la capucha. Sylvia se las trajo, y le preguntó con tristeza:

—¿Para qué las quieres, madre?

—Voy a subir la colina y cruzar la parcela, y echaré un vistazo al sendero.

—Iré contigo —dijo Sylvia, sin dejar de pensar que era inútil esperar noticias de York a una hora tan temprana.

Con gran paciencia, esperó al lado de su madre durante la media hora que Bell pasó buscando con la mirada a los que nunca llegaron.

Nada más volver a casa, Sylvia puso a hervir las patatas; pero cuando la comida estaba a punto y los tres sentados a la mesa, Bell apartó el plato, diciendo que se había hecho muy tarde para comer y se le había ido el apetito. Kester comentó que solo eran las doce y media, pero Sylvia le lanzó una mirada suplicándole silencio, y él siguió comiendo sin decir palabra, secándose las lágrimas de los ojos de vez en cuando con el dorso de la mano.

—No me alejaré de la casa durante el resto del día —le dijo en un susurro a Sylvia, mientras salía.

—¿Es que este día jamás acabará? —dijo Bell en tono quejumbroso.

—¡Oh, madre! En algún momento acabará, no temas. He oído decir que

*Sea el día agotador o se haga inacabable
al final termina con las vísperas de la tarde.*

—La tarde... el ocaso —dijo Bell—. ¿Crees que el ocaso significa muerte, Sylvia?

—No lo sé... no puedo soportarlo. Madre —dijo Sylvia, en su desesperación—, prepararé un poco de pan de avena: es un trabajo pesado y ayudará a pasar la tarde.

—¡Hazlo! —replicó su madre—. A él le gustará recién hecho... le gustará... recién hecho.

Se puso a murmurar y a hablar sola, y se adormiló. Sylvia procuró no despertarla.

Los días se iban alargando, pero seguía haciendo frío; y en Haytersbank Farm había luz hasta tarde, pues ningún horizonte próximo adelantaba el ocaso. Sylvia le había preparado el té a su madre por si se despertaba; pero ella seguía durmiendo, apaciblemente, como un niño, y Sylvia no quería despertarla. Justo después de que el sol se pusiera, vio a Kester delante de la ventana, haciéndole señas de que saliera. Sylvia salió de puntillas por la puerta de atrás, que estaba abierta. Casi chocó con Philip, que no la había visto, y que esperaba que saliera por la puerta de delante. Sylvia leyó al instante la expresión de la cara de Philip.

—¡Philip! —fue todo lo que dijo, y a continuación se desmayó a sus pies, cayendo con un sonoro golpe sobre las losas del patio.

—¡Kester! ¡Kester! —gritó él, pues Sylvia parecía muerta, y ni con todas sus fuerzas, de tan agotado como estaba, podía levantarla y meterla en casa.

Con la ayuda de Kester la transportaron a la trascocina, y Kester fue corriendo a la bomba de agua para traer un poco y echársela en la cara.

Mientras Philip, arrodillado junto a la cabeza de Sylvia, la tenía parcialmente en brazos y no prestaba atención a nada más, la sombra de alguien cayó sobre él. Levantó la mirada y vio a su tía; la expresión digna, sensata, de su cara, exactamente como la recordaba de antes, imperturbable, poderosa, serena.

—Hija —dijo, sentándose junto a Philip, y tomando a Sylvia en sus brazos—. ¡Hija, debes soportarlo! Debemos soportarlo y ponernos en marcha, ahora nos necesita. ¡Debes soportarlo, hija! El Señor nos dará fuerzas. Debemos acudir a su lado, y cada minuto cuenta. ¡Ya llorarás después!

Sylvia abrió sus ojos apagados y oyó la voz de su madre; poco a poco recobró la conciencia y se puso en pie, inmóvil, como aturdida, para recuperar fuerzas, y a continuación, tomando la mano de su madre, dijo, con una voz baja y desconocida:

—Vamos. Estoy lista.

LA PRUEBA SUPREMA

Era la tarde de un día de abril del mismo año, y el cielo estaba azul, con unas pequeñas nubes blancas que pasaban fugaces bañadas de sol. La tierra de los condados del norte apenas se había puesto su verde atavío. Los escasos árboles crecían cerca de los arroyos que bajaban de los páramos y las tierras más altas. El aire estaba lleno de agradables sonidos que profetizaban el inminente verano. El susurro, el murmullo, el tintineo de los ocultos cursos de agua; el canto de la alondra en lo alto del aire soleado; el balar de los corderos que llaman a sus madres: todo lo inanimado estaba lleno de esperanza y alegría.

Por primera vez en ese triste mes, la puerta delantera de Haytersbank Farm estaba abierta; podía entrar el cálido aire de la primavera, intentar desplazar las lóbregas tinieblas del interior. Había un fuego recién encendido en la chimenea sin usar; y Kester estaba en la cocina, y se había quitado los zuecos para no ensuciar el suelo immaculado, moviéndose de un lado a otro y procurando, a su manera torpe, que la casa tuviera un aspecto acogedor y alegre. Había traído unos narcisos silvestres que había ido a buscar al alba, y los había colocado en un jarrón, sobre la mesa de la cocina. Dolly Reid, la mujer que había estado ayudando a Sylvia durante la enfermedad de su madre, un año atrás, estaba ocupada en la trascocina, y se oía el ruido de los depósitos de leche y el canto de una balada con la que acompañaba al trabajo; pero de vez en cuando dejaba de cantar, como si de pronto recordara que no era momento ni lugar para canciones. A veces pasaba a un salmo funeral que suelen cantar en esa región los que transportan el cadáver:

Nuestro Señor, antaño nuestro sostén.

Pero no servía de nada: el agradable clima de abril, y quizá la primavera natural del cuerpo, la predisponían a la alegría, y sin darse cuenta regresaba a la melodía de antes.

La tosca y honesta mente de Kester le daba vueltas a muchas cosas mientras ordenaba la casa, le daba los últimos toques al cuarto de estar para que tuviera buen aspecto, preparándolo todo para el regreso de la viuda y la hija de su antiguo patrón.

Había pasado más de un mes desde que se fueran a York; más de dos semanas desde que Kester, con tres medios peniques en el bolsillo, se hubiera dirigido allí también tras su jornada de trabajo, caminando toda la noche para darle su último adiós a Daniel Robson.

Daniel había intentado mantener el ánimo, sacando un par de chistes de su trillado y archisabido repertorio, chistes que antaño habían hecho reír muchas veces a Kester, cuando los dos estaban en los campos o en el establo, cerca de la casa que ya nunca volvería a ver. Pero el del «viejo ganso en la santabárbara» ya no le hacía reír, y solo conseguía gemir de manera desconsolada, y al poco la charla se hizo más pertinente a las circunstancias, y Daniel fue, finalmente, el que más entereza mostró de los dos; pues Kester, cuando salió de la celda del condenado, prorrumpió en unos amargos sollozos que pensaba que ya no volvería a repetir en este mundo. Había dejado a Bell y a Sylvia al cuidado de Philip, en el alojamiento que habían encontrado en York. No se atrevió a ir a verlas, pues no creía poder controlarse. Le había enviado sus saludos a Philip, y encargado que le dijera a Sylvia que la gallina había dado quince pollitos en una puesta.

Y aunque Kester le transmitió el mensaje a través de Philip, y aunque reconocía todo lo que el joven hacía por ellas y por Daniel Robson, el reo condenado, su respetado patrón, a Kester seguía sin gustarle Hepburn, y no sentía por él más aprecio que antes de que les ocurriera esa desgracia.

Es posible que Philip hubiera mostrado falta de tacto al tratar con Kester. Mientras que a ellas las trataba con apasionada consideración, con los demás mostraba un frío laconismo. Por ejemplo, le había devuelto a Kester el dinero que este le había avanzado con mucho gusto para pagar la defensa de Daniel. Ahora bien, el dinero que Philip le devolvía era parte de un adelanto que los hermanos Foster le habían hecho a él. Philip había pensado que era injusto que Kester perdiera sus ahorros en una causa sin esperanza, y había insistido en reembolsarle el dinero, pero Kester hubiera preferido que todo lo que había ganado con el sudor de su frente se hubiera ido en el intento de salvar la vida de su patrón que tener veinte veces esa suma en guineas de oro.

Además, aquella devolución convertía el gesto de Kester en un préstamo vulgar y corriente, sacándolo de la esfera del cariño, al ser Philip quien le

entregaba el dinero, y no Sylvia, en cuyas manos el viejo había depositado sus ahorros secretos.

Con estos sentimientos, Kester sintió que se le acerrojaba el corazón cuando vio a las dos personas que con tanta impaciencia esperaba bajar el sendero con una tercera persona; era Philip, que ayudaba a la pobre Bell Robson, cuyo paso vacilante era reflejo de su profunda aflicción y de la debilidad que experimentaba a causa de la enfermedad que la había retenido en York desde la ejecución de su marido. Sylvia también ayudaba a su madre; un par de veces, al detenerse un momento, Sylvia y Philip hablaron, en tono familiar, sin timidez ni reserva. Kester se calzó los zuecos y salió rápidamente de la trascocina al patio, sin quedarse para saludarlos, como había sido su intención. Sin embargo, era muy miope por su parte no darse cuenta de que, fueran cuales fueran las relaciones entre Philip y Sylvia, era obvio que las acompañaría hasta casa; pues, ay, él era el único varón protector de su familia que quedaba en el mundo. El pobre Kester, que de buena gana se hubiera arrogado esa responsabilidad, decidió considerarse marginado, y se puso, apesadumbrado, a dar vueltas por el corral, sabiendo que debía entrar y dar la bienvenida —por triste que fuera— a los recién llegados, aunque incapaz de soportar, en aquel momento de dolor, la presencia de Philip.

Pasó un buen rato antes de que alguno de los tres tuviera un momento para ir a buscarlo. La mente de Bell se había mantenido viva durante un tiempo, hasta el día fatal, para verse reducida, a partir de la posterior enfermedad, a la de una niña de manera completa y sin remedio. Philip y Sylvia hacían todo lo que podían para que no la afectara la excitación de volver a casa; pero ella no dejaba de preguntar por aquel hombre que jamás volvería a estar presente en la escena familiar, y estaba poseída por un febril agotamiento y desazón, por lo que había que calmarla con cariño y soportar con paciencia que se negara a quedar satisfecha con las explicaciones que ellos le daban.

Al final consiguieron que comiera algo, y, recuperadas las fuerzas, y calentada por el fuego, se quedó dormida en su butaca. De buena gana Philip se hubiera puesto a charlar con Sylvia antes de que llegara la hora de regresar a Monkshaven, pero esta le evitó y se fue a buscar a Kester, cuya presencia había echado de menos.

Intuía Sylvia algunas de las causas por las que no se había quedado a recibirles. Pero no conseguía moldear esas causas en la nítida forma de las palabras. Resulta asombroso volver la vista atrás y ver lo distinta que era la mentalidad de la gente que vivía hace cincuenta o sesenta años; sentían,

comprendían, sin pasar por ningún proceso analítico o razonamiento, y si ese era el caso entre la gente cultivada, más se acentuaba en la clase a la que Sylvia pertenecía. El instinto le había dicho que si Philip la acompañaba a casa (como, de hecho, y dadas las circunstancias, era lo más natural y casi inevitable), el viejo criado y amigo de la familia estaría ausente; de modo que, en cuanto le fue posible, salió a buscarlo. Lo encontró en el corral, apoyado sobre la verja que se abría a los campos, aparentemente contemplando las aves que picoteaban y escarbaban la hierba recién brotada con enorme deleite. Un poco más allá estaban las ovejas con sus corderos recién nacidos, más lejos se veía el espino con sus flores redondas y recientes en racimo, y aún a más distancia se distinguía el inmenso mar, soleado y rizado; pero Sylvia sabía que Kester no miraba nada de eso. Se le acercó y le tocó el brazo. Él salió de su ensueño, y le volvió unos ojos líquidos, llenos de lágrimas no derramadas. Cuando Kester vio el vestido negro de Sylvia, su luto riguroso, tuvo que esforzarse mucho para no echarse a llorar, pero tras pasarse el dorso de la mano por los ojos, y guardar un momento de silencio, fue capaz de mirarla con aceptable serenidad.

—Bueno, Kester, ¿por qué no has venido a decirnos nada? —dijo Sylvia, procurando mostrarse todo lo animada posible.

—No lo sé; no me preguntes. ¿Sabes? Le lanzaron a Dick Simpson —cuya declaración había sido lo único que habían tenido para incriminar al pobre Daniel Robson en el juicio—, huevos podridos y todo lo que encontraron el sábado pasado, eso hicieron —prosiguió, con un tono de satisfacción—, y no se pararon a ver si los huevos estaban podridos o eran frescos de tan encendida como estaba la gente, ni si las piedras eran duras o blandas —añadió, en tono más bajo y con una risita.

Sylvia no dijo nada. Él ahora la miraba, aún reía. Ella tenía la cara blanca, los labios apretados, los ojos encendidos. Inhaló profundamente.

—¡Ojalá hubiera estado allí! Le hubiera dado su merecido —suspiró, y en su cara apareció una expresión que le puso a Kester los pelos de punta.

—¡No, niña! Ya se lo darán otros. Tú nunca te metas en estas cosas. He hecho mal en mencionarlo.

—No. No has hecho mal. A los que han sido amigos de mi padre los amaré por siempre jamás; y a los que han ayudado a que lo colgaran —se estremeció de pies a cabeza: no pudo evitarlo—, a esos nunca les perdonaré, ¡nunca!

—Nunca es mucho tiempo —dijo Kester, reflexivo—. Yo podría azotarle, o arrojarle piedras, o ahogarlo, pero, niña, ¡nunca es mucho tiempo!

—¡Bueno! Tanto me da que lo sea. Soy yo quien lo ha dicho, y últimamente no estoy para tonterías. Vamos, Kester, ven a ver a mi pobre madre.

—No puedo —dijo, apartando la cara, llena de arrugas y pliegues, para que ella no viera los espasmos de la emoción—. Hay cosas que hacer, y él está en casa, ¿verdad, Sylvie?

Se volvió hacia ella, inquisitivo. Ella se sonrojó un poco.

—Sí, si te refieres a Philip; ha sido el único apoyo que hemos tenido.

De nuevo el estremecimiento.

—Bueno, supongo que ahora deberá ocuparse de la tienda.

Sylvia estaba llamando a la vieja yegua, que mordisqueaba matas de hierba primavera aquí y allá, y casi sin darse cuenta atraía al animal para que se acercara a la verja y así poder acariciarlo. Pero oyó las palabras de Kester, aunque aprovechó esa excusa para no contestar. Pero Kester no iba a darse por vencido.

—La gente habla de vosotros dos; vete con cuidado, o acabaréis siendo la comidilla.

—Pues entonces la gente es cruel —dijo Sylvia, y la cara se le puso roja de la emoción—. Como si cualquier hombre que se tenga por tal no fuera a hacer todo cuanto está en su mano por dos mujeres solitarias que pasan por un momento así... ¡y siendo mi primo! Dime quién te ha hablado de mí —añadió, volviéndose, acalorada, hacia Kester—. Nunca le perdonaré. Y eso es todo.

—¡Alto! —dijo Kester, apenas consciente de que él era el principal representante de esa multitud—. Menuda moza estás hecha; no dejas de repetir «Nunca le perdonaré», y con qué odio lo dices.

Sylvia estaba un poco confusa.

—Oh, Kester —dijo—. Estoy furiosa contra todo el mundo, por lo que le ha pasado a padre.

Y al final llegó el natural alivio de las lágrimas; y Kester, con instintiva sabiduría, la dejó llorar a sus anchas; de hecho, él también lloró, y no poco. Les interrumpió la voz de Philip desde la puerta de la trascocina.

—¡Sylvia, tu madre se ha despertado y te reclama!

—Vamos, Kester, vamos.

Y, agarrándolo del brazo, lo llevó con ella hasta la casa.

Bell se despertó tal como se había dormido, agarrada a los brazos de la butaca. Al principio recibió a Kester como si fuera un desconocido.

—Me alegro de verle, señor; mi marido está fuera, pero no tardará en volver. ¿Viene por los corderos, verdad?

—¡Madre! —dijo Sylvia—. ¿Es que no te das cuenta? Es Kester... Kester, con su ropa de domingo.

—¡Kester! Claro. Últimamente no veo muy bien; es como si hubiese estado llorando. ¡Muchacho, me alegro de verte! He estado fuera mucho tiempo, pero no fue por gusto que hube de marcharme, sino porque algo me reclamó... Dile lo que era, Sylvia, pues a mí se me ha ido de la cabeza. Solo sé que no me hubiera ido de haberlo podido evitar; pues creo que habría sido mejor para mi salud quedarme en casa con mi marido. Me pregunto por qué no ha venido a recibirme. ¿Está en la parcela de allí abajo, Kester?

Kester miró a Sylvia, implorándole sin palabras que le ayudara a responder, pero bastante tenía ella con no echarse a llorar. Philip acudió al rescate.

—Tía —dijo—, el reloj se ha parado. ¿Puede decirme dónde está la llave, y le daré cuerda?

—La llave —contestó ella enseguida— está detrás de la Biblia, en aquel estante. Pero preferiría que no lo tocaras; lo hace siempre mi marido, y no se fía de que nadie más lo manosee.

Día tras día se oía la constante referencia a su difunto marido. En cierto sentido era una bendición; todas las circunstancias referentes a su triste y prematuro final se habían borrado de su mente junto con el recuerdo del hecho mismo. Siempre decía que estaba ausente, y siempre salía con una plausible explicación de esa ausencia que la dejaba satisfecha; y en consecuencia, adquirieron la costumbre de seguirle la corriente y hablar del fallecido Daniel como si estuviera en Monkshaven, o en el campo, o echándose una siesta arriba de agotado que se encontraba, según le diera a ella en ese momento. Pero ese olvido, dichoso para Bell, era terrible para su hija. No hacía más que renovar la pena de Sylvia, al tiempo que no podía contar con el apoyo, ni la fuerza, ni la ayuda de su madre. Cada vez se refugiaba más en Philip; su consejo y su afecto se le hacían más necesarios cada día.

Kester veía cómo acabaría todo aquello más claramente que Sylvia; y, sin poder poner obstáculos a aquello que temía y le disgustaba, se volvía más y más huraño. Sin embargo procuraba trabajar duro y bien por los intereses de la familia, como si todos dependieran de su buen hacer con el ganado y la tierra. Al alba ya estaba trabajando, y no paraba en todo el día, aplicando todas sus fuerzas. Se compró un par de gafas nuevas, que imaginaba le

permitirían leer la *Guía completa del granjero*, el vademécum de su difunto patrón. Pero nunca había aprendido más que las mayúsculas, y ya las había olvidado casi todas; de modo que los lentes no le servían de mucho. Lo que hacía, pues, era llevarle el libro a Sylvia y pedirle que le leyera las instrucciones que necesitaba; instrucciones, hemos de observar, que anteriormente había depreciado por considerarlas mero saber libresco: pero su actual posición de responsabilidad le hacía ser más humilde.

Sylvia encontraba lo que Kester buscaba con mucha calma: y, poniendo el dedo bajo la línea para no perder la palabra que estaba leyendo, se esforzaba todo lo que podía por leer aquellas instrucciones; pero como cada cuatro palabras tenía que deletrear, era una labor imposible, sobre todo porque Kester, boquiabierto, no entendía aquellas palabras por mucho que se esforzara. Generalmente tenía que acabar confiando en su experiencia; y, guiado por ella, le parecía que las cosas no iban mal del todo, cuando, un día, Sylvia le dijo, mientras estaban en el campo de heno, amontonándolo con la ayuda de Dolly Reid:

—No te lo había dicho, pero hay una carta del señor Hall, el administrador de lord Malton, que llegó anoche; Philip me la leyó.

Sylvia se detuvo un momento.

—¡Ay, moza! Philip te la leyó, ¿y qué dice?

—Solo que ha recibido una oferta por Haytersbank Farm, y que madre es libre de marcharse en cuanto se haya recogido la cosecha.

Dichas estas palabras, ella dejó escapar un leve suspiro.

—¿«Solo», dices? ¿Y quién le mandaba aceptar una oferta para arrendar la granja si no le has dicho que querías marcharte? —observó Kester, indignadísimo.

—¡Oh! —replicó Sylvia, arrojando su rastrillo, como si estuviera harta de vivir—. ¿Qué vamos a hacer con la granja y las tierras? Si solo fuera la vaquería podría encargarme, pero con tanta tierra cultivable.

—¿Acaso no me encargo yo ahora de la tierra?

—¡Vamos, Kester, no me eches la culpa a mí! Si no fuera por madre, me echaría en el suelo y me moriría, que es lo único que deseo.

—¡Ay! Tu madre quedará terriblemente afectada si os vais de Haytersbank —dijo implacable Kester.

—¡No puedo evitarlo! ¡No puedo evitarlo! ¿Qué puedo hacer? Hacen falta dos hombres para mantener la tierra tal como quiere el señor Hall, y además...

—Además, ¿qué? —dijo Kester, observándola con aquella mirada suya tan característica, un ojo abierto, el otro cerrado: y allí estaba ella, las dos manos entrelazadas, los ojos llenos de lágrimas, la cara pálida y triste—. Además, ¿qué? —volvió a preguntar en tono cortante.

—La respuesta que le he dado al señor Hall... Philip la escribió ayer por la noche; de manera que de nada sirve preocuparse y hacer planes; es lo mejor y hay que hacerlo.

Sylvia calló, recogió el rastrillo y comenzó a aventar con energía mientras las lágrimas le caían por las mejillas. Entonces fue Kester quien arrojó su rastrillo. Ella no se dio cuenta, y él no sabía si ella había visto su gesto. Comenzó a caminar hacia la verja de la parcela; el movimiento llamó la atención de Sylvia, pues al momento ya le había cogido el brazo y se inclinaba hacia delante para mirarle a la cara. Estaba sacudida por la emoción.

—¡Kester! ¡Vamos, hombre! Dime algo, no me dejes así. ¿Qué podía hacer? Madre está trastornada de dolor, y yo soy muy joven, al menos en años, pues el llanto me ha hecho envejecer.

—Yo solo habría podido llevar la granja, no habrías tenido que marcharte —dijo Kester, en voz baja; a continuación, preso de la cólera por la nueva sospecha que acababa de cruzar su mente, añadió—: ¿Y por qué no me lo dijiste en la carta? Al parecer tenías muchas ganas de librarte de este lugar.

—El señor Hall me avisó de que teníamos que irnos el 24 de junio; pero fue Philip quien contestó. Ya sabes que a mí no se me da muy bien leer, sobre todo cuando son cartas con palabras muy largas, y Philip se encargó de contestarla.

—¿Sin preguntarte?

Sylvia prosiguió sin atender a la interrupción.

—Y el señor Hall nos hace una buena oferta, pues el hombre piensa quedarse con el ganado y los aperos, y si madre... si nosotras... si yo... queremos, con los muebles y...

—¡Los muebles! —dijo Kester, desagradablemente sorprendido—. ¿Y qué será de la señora y de ti? ¿Es que no necesitáis una cama donde dormir ni una olla donde preparar la comida?

Sylvia enrojeció, pero no dijo nada.

—¿No puedes hablar?

—Oh, Kester. No me imaginaba que te pondrías en contra mía. Es como si hubiera cometido un pecado, y he procurado hacer lo mejor; aparte de mí, también he de pensar en madre.

—¿No puedes responder a la pregunta? —dijo Kester una vez más—. ¿Es que la señora y tú ya no vais a necesitar mesa, cama y cacharros de cocina?

—Creo que voy a casarme con Philip —dijo Sylvia, en voz tan baja que si Kester no hubiera sospechado cuál era la respuesta, no la habría entendido.

Al cabo de un momento reemprendió su camino hacia la verja. Pero ella le siguió y lo agarró del brazo, hablando muy deprisa.

—Kester, ¿qué podía hacer? ¿Qué puedo hacer? Es mi primo, y madre le conoce, y lo aprecia; y ha sido muy bueno con nosotras en estas semanas de tribulaciones y sufrimientos. A madre no le faltará de nada durante lo que le queda de vida.

—Y a ti tampoco, ¿no es verdad? No hay como tener una bolsa bien llena para deslumbrar a una moza, pues de lo contrario no te habría sido tan fácil olvidar a un muchacho que te amaba con locura.

—Kester, Kester —gritó—. No he olvidado a Charley; pienso en él, le veo cada noche ahogado en el fondo del mar. ¡Olvidarle! ¡Hombre, eso es hablar por hablar!

Era como una criatura salvaje que divisa sus crías, pero es incapaz de alcanzarlas sin dar un salto mortal, y sin embargo está dispuesta a darlo. Kester estaba casi asustado, pero era como si no pudiera dejar de torturarla.

—¿Y quién te ha dicho con absoluta seguridad que se había ahogado? A lo mejor se lo llevó la patrulla, como a otros tantos.

—¡Oh, si estuviera muerta podría saberlo todo! —gritó, arrojándose sobre el heno.

Kester guardó silencio. A continuación ella se levantó, y mirándole fijamente a la cara, dijo:

—Dime qué opciones tengo. ¡Dímelas enseguida! Philip es muy bueno, y considerado, y dice que se morirá si no me caso con él, y madre y yo no tenemos dónde ir... aunque es madre quien me preocupa, tanto me da lo que sea de mí; pero si Charley está vivo no puedo casarme con Philip... no, ni aunque muera porque no me case con él... y en cuanto a madre, pobre madre, Kester, estoy en un terrible apuro; solo dime si existe una posibilidad, solo una entre mil, una entre cien mil, de que Charley fuera apresado por la patrulla.

Ahora estaba sin aliento, a causa de lo deprisa que había hablado y de lo deprisa que le latía el corazón. Kester tardó unos momentos en responder. Había hablado sin pensar, pero ahora sopesó sus palabras.

—Kinraid se fue de aquí con destino a su barco. Pero nunca llegó, y el capitán y sus amigos de Newcastle le buscaron a bordo de los buques del rey.

Hace más de quince meses de eso, y nadie ha vuelto a oír hablar de él. Esto por una parte. Y por la otra, ya conoces la historia: su sombrero fue encontrado en la costa con una cinta anudada a él, y eso da pie a pensar que de ningún modo se habría desprendido de él tan pronto si lo hubiese hecho por propia voluntad.

—Pero has dicho que pudo habérselo llevado la patrulla. Lo has dicho, Kester, aunque ahora hayas cambiado de opinión.

—Muchacha, me gustaría que estuviera vivo, y no me entusiasma Philip como marido; pero me has hecho una pregunta difícil, e intento ser justo. Siempre hay una posibilidad entre mil de que esté vivo, pues nadie ha visto su cadáver. Pero en aquella época la patrulla no estaba por Monkshaven: la gabarra más cercana a la costa estaba en Shields, y allí sí le buscaron.

No dijo nada más, pero volvió a adentrarse en la parcela y cogió de nuevo el rastrillo.

Sylvia se quedó inmóvil, pensativa, anhelando con todas sus fuerzas poseer alguna certidumbre.

Kester se acercó a ella.

—Sylvie, tú sabes que Philip me devolvió mi dinero, y eran ocho libras, quince chelines y tres peniques; y la venta del heno y el ganado nos dará para pagar la renta y un poco más. Tengo una hermana que es viuda, y una mujer muy decente, aunque muy pobre, en Dale End. Tú y tu madre podéis ir a vivir con ella, y yo te daré todo el dinero que gano, que serán unos cinco chelines a la semana. Pero no te cases con un hombre que no te gusta, habiendo otro que a lo mejor está muerto, pero que podría estar vivo y al que le entregaste tu corazón.

Sylvia se puso a llorar como si le hubiese roto el corazón. La noche antes se había comprometido con Philip más de lo que le había confesado a Kester; y, con mucho esfuerzo y paciencia, su primo, su enamorado y, ay, su futuro marido, se lo había hecho comprender a la confusa mente de Bell, quien a lo largo del día había dado muestras de que no pensaba en otra cosa, y que esa idea la llenaba de una inmensa paz. Y ahora las palabras de Kester despertaban recuerdos en el corazón de la muchacha. Justo en ese momento en que se sentía muy desgraciada, y deseaba que se abriera la tumba ante sus ojos y arrojarse a ella, y que la cubriera la verde hierba y poder olvidarse de los amargos pesares y las onerosas preocupaciones que la apabullaban, que su padre estuviera vivo, que Charley estuviera de nuevo con ella, y no haberle repetido a Kester las solemnes palabras mediante las que se había prometido a Philip la noche anterior, oyó un silbido leve, y, mirando inconscientemente a

su alrededor, vio a su enamorado y prometido, apoyado en la verja, contemplando la parcela con unos ojos apasionados, devorando la hermosa cara y figura de Sylvia, su futura esposa.

—Oh, Kester —dijo una vez más—. ¿Qué debo hacer? Me he prometido de palabra con él, y madre nos ha dado su bendición con mejor juicio del que ha demostrado en semanas. ¡Kester, hombre, di algo! ¿Debo romper el compromiso? Dímelo.

—No, eso no he de decidirlo yo. Me parece que ya has llegado demasiado lejos. Solo el que está en lo alto sabe qué es lo mejor.

Y de nuevo ese silbido prolongado, como un arrullo.

—¡Sylvie!

—Ha sido muy bueno con todos nosotros —dijo Sylvia, dejando el rastrillo en el suelo—, y procurará hacerme feliz.

EL VESTIDO DE NOVIA

Philip y Sylvia estaban prometidos. Pero la felicidad no era tanta como Philip había imaginado. Lo descubrió cuando no habían pasado veinticuatro horas desde que Sylvia prometiera ser suya. Era incapaz de decir qué lo dejaba insatisfecho; si alguien le hubiera obligado a explicar sus sentimientos, probablemente habría aducido que la actitud de Sylvia con él era la misma que antes de prometerse. Se mostraba tranquila y amable; pero ni más tímida, ni más alegre, ni más reservada, ni más feliz que en los meses anteriores. Cuando ella se le acercó, mientras él estaba apoyado en la verja de la parcela, el corazón de Philip latía con fuerza, sus ojos resplandecían de amor. Pero ella ni se ruborizó ni sonrió, sino que parecía absorta en sus pensamientos. Se resistió al silencioso esfuerzo de Philip por apartarla del sendero que llevaba a la casa, y no apartó la mirada de esta. Él murmuró unas palabras, que ella apenas oyó. Justo en su camino se encontraba el abrevadero de piedra, donde llegaba un agua fresca y borboteante procedente de un manantial situado junto al camino, y de donde se sacaba toda el agua de uso doméstico que se utilizaba en Haytersbank Farm. Junto a él estaban los recipientes de leche, relucientes y limpios. Sylvia sabía que tendría que detenerse a recogerlos, y llevarlos a casa para el ordeño de la tarde; y en aquel momento, mientras lo hacía, decidió soltar todo lo que había en su mente.

Estaban allí. Sylvia habló.

—Philip, Kester me ha dicho que es posible que...

—¡Vaya! —dijo Philip.

Sylvia se sentó al borde del abrevadero, y mojó su manita caliente en el agua. A continuación habló deprisa, levantó sus hermosos ojos y miró a Philip a la cara con una expresión interrogativa:

—Piensa que Charley Kinraid pudo haber sido apresado por la patrulla.

Era la primera vez que nombraba a su antiguo enamorado desde aquel remoto día en que este había sido motivo de riña entre ella y Philip; y se sonrojó completamente; pero en ningún momento sus ojos dulces y confiados dejaron de mirarle fijamente.

A Philip se le paró el corazón; literalmente, como si de pronto hubiera llegado a un precipicio mientras creía caminar a salvo por una pradera soleada. Se puso encarnado de consternación; no se atrevía a apartar los ojos de la mirada seria y triste de ella; pero dio gracias de que una niebla se interpusiera ante ellos y arrojara un velo sobre su cabeza. Se oyó decir unas palabras que no parecían haber sido concebidas por su mente.

—Kester... es un necio —gruñó.

—Dice que puede haber una posibilidad entre cien —dijo Sylvia, como si defendiera a Kester—. ¡Pero... oh, Philip! ¿Crees que existe siquiera esa posibilidad?

—Bueno, seguro que existe esa posibilidad —dijo Philip, con tan furiosa desesperación que no se daba cuenta de lo que hacía ni decía—. Supongo que es posible que las cosas que no hemos visto con nuestros propios ojos no hayan ocurrido nunca. A lo mejor también dice Kester que existe una posibilidad de que tu padre no esté muerto, porque ninguno de nosotros le vio...

«Ahorcado», iba a decir, pero un soplo de humanidad alcanzó su corazón de piedra. Sylvia soltó un grito agudo ante aquellas palabras. Al oírlo, Philip deseó cogerla en brazos y consolarla, igual que una madre consuela a su hijo que llora. Pero el tener que reprimir ese deseo solo le hizo sentir más culpa, angustia y rabia. Ahora estaban en silencio. Sylvia contemplaba tristemente el agua que corría y borboteaba, feliz. Philip le lanzó una mirada feroz, deseando que dijera lo que tenía que decir aunque eso le atravesara el corazón. Pero Sylvia no dijo nada.

Al final, incapaz de soportarlo más, Philip habló.

—Aprecias mucho a ese hombre, Sylvie.

Si «ese hombre» hubiera estado allí en ese momento, Philip habría luchado con él, y no lo habría soltado hasta que uno de los dos hubiera muerto. Sylvia captó el apasionado sentido del triste y desdichado tono de Philip al decir aquellas palabras. Alzó los ojos hacia él.

—Pensaba que sabías que le quería mucho.

Hubo algo tan implorante e inocente en la cara pálida y pesarosa de Sylvia, algo tan patético en su voz, que la cólera de Philip, que se había despertado contra ella y contra el resto del mundo, se convirtió en amor; y una vez más pensó que ella había de ser para él, a toda costa. Se sentó y le habló ahora de una manera muy diferente, con un tacto y una sutileza que algún extraño instinto o demonio pareció susurrarle al oído.

—Sí, querida, sabía que le amabas. No hablaré mal de él porque está... muerto... sí, muerto y ahogado... diga lo que diga Kester; pero, si quisiera, podría contarte algunas cosas de él.

—No. No me cuentes nada. No quiero oírlo —dijo ella, desembarazándose del brazo de Philip, que la cogía—. Pueden vilipendiarlo todo lo que quieran, que no les creeré.

—Yo no voy a hablar mal de alguien que está muerto —dijo Philip.

Y cada nueva señal inconsciente de lo fuerte que era el amor que Sylvia sentía por su antiguo enamorado solo hacía aumentar sus deseos de convencerla de que estaba muerto, y se aplicaba más a engañar su propia conciencia repitiendo la mentira de que con toda probabilidad Kinraid estaba muerto, una muerte causada por los azares de la guerra o del tempestuoso mar; que, aun cuando estuviera con vida, para ella era como si estuviera muerto, por lo que la palabra «muerto» podía utilizarse con total certeza, pues en alguno de sus significados Kinraid estaba muerto con toda seguridad.

—¿No crees que si no estuviera muerto le hubiera escrito a su familia, o a ti? Sin embargo, toda la familia que tiene en Newcastle le considera muerto.

—Eso dice Kester —suspiró Sylvia.

Philip se animó con esas palabras. La rodeó suavemente con el brazo y murmuró:

—Querida, intenta no pensar en los que no están, en los muertos, y piensa un poco más en quien te ama con todo su corazón, su alma y sus fuerzas desde que te vio por primera vez. Oh, Sylvia, no sabes cuánto te quiero.

En aquel momento, Dolly Reid apareció en la puerta de atrás de la granja, y al ver a Sylvia la llamó.

—Sylvia, tu madre está preocupada por ti, y no hay manera de tranquilizarla.

Al cabo de un momento Sylvia se había puesto en pie de un salto y corría para consolar las atribuladas imaginaciones de su madre.

Philip se quedó sentado junto al aljibe, la cara enterrada en las manos. Al poco se levantó, bebió agua ávidamente en la palma ahuecada, suspiró, sacudió el cuerpo y siguió a su prima hasta la casa. A veces llegaba de manera inesperada a ese punto en que su influencia sobre ella alcanzaba su límite. En general ella obedecía sus deseos con amable indiferencia, como si no tuviera voluntad; alguna vez se dio cuenta de que ella solo hacía lo que él quería por obedecer, lo cual, en cuanto que hija de su madre, lo consideraba Sylvia un deber hacia su prometido. Y que ello fuera así deprimía a su enamorado más que otra cosa. Añoraba a la Sylvia de antes: crítica, caprichosa, terca,

altiva, alegre, encantadora. ¡Pero ay, esa Sylvia había desaparecido para siempre!

Pero fue sobre todo en una ocasión en que el poder de Philip, fuera cual fuera su origen, quedó frenado en seco, y no sirvió absolutamente de nada.

Fue con ocasión de la enfermedad mortal de Dick Simpson. Sylvia y su madre se mantenían apartadas de todo el mundo. Nunca habían tenido una relación estrecha con ninguna familia a excepción de los Corney, pero esa amistad se había enfriado considerablemente desde la boda de Molly, y sobre todo desde la supuesta muerte de Kinraid, a causa de la imaginaria rivalidad entre Bessy Corney y Sylvia. Pero eran muchos, en Monkshaven y alrededores, los que sentían un gran respeto por la familia Robson, aunque consideraran a la señora Robson «orgullosa» y «distante»; y de la pobre Sylvia, en el apogeo de su belleza y carácter alegre, habían dicho que era «un poco veleidosa» y «una moza engreída». Sin embargo, cuando les aconteció aquella gran desgracia, hubo muchos amigos que sintieron una profunda compasión por ellos; y como Daniel había sufrido por una causa popular, fueron más los que, aun sin conocerlas personalmente, estuvieron dispuestos a ofrecerles todas las pruebas de respeto y amistad que estuvieran en su mano. Pero eso era algo que no sabían ni Sylvia ni Bell. La primera había perdido toda percepción de lo que no tenía justo delante, y la última, de tanto como era su dolor, evitaba encontrarse con nadie, así como hacer cualquier cosa que pudiera dar que hablar. De modo que las afligidas personas que vivían en Haytersbank pocas noticias tenían de lo que pasaba en Monkshaven, y las pocas que les llegaban lo hacían a través de Dolly Reid, cuando regresaba de vender la producción semanal de la granja; y a menudo, incluso, Sylvia estaba demasiado ensimismada como para atender a sus chismorreos. De manera que ignoraban que Simpson estaba en el lecho de muerte hasta que, una noche, Philip se lo comentó. De pronto, la cara de Sylvia se iluminó de resplandor y vida.

—Así que se está muriendo. Bien está que la tierra se libre de tipos así.

—¡Vamos, Sylvia, estas son palabras muy duras! —dijo Philip—. No sé si me atrevo a pedirte un favor.

—Todo es culpa de ese Simpson —contestó ella, pero se interrumpió—. Pero sigue. He sido una maleducada al interrumpirte.

—Creo que te daría pena verle, Sylvia. No se ha recuperado de la vez que la gente le acorraló y le apedreó al volver de York. Está muy débil, y a veces no sabe dónde se encuentra; sueña e imagina que le persiguen, le abuchean, le gritan y lo apedrean.

—Me alegro —dijo Sylvia—. Es la mejor noticia que he oído en muchos días. Mira que ponerse en contra de padre, quien aquella noche que Dick Simpson no tenía dónde ir le dio dinero para conseguir un alojamiento. Fue su testimonio lo que llevó a la horca a padre; ahora ha recibido su justo castigo.

—Ha hecho muchas cosas malas, pero a pesar de todo se está muriendo, Sylvie.

—¡Bueno, pues que se muera! Es lo mejor que puede hacer.

—Pero está en la más absoluta pobreza, y jamás va nadie a visitarle, nadie le dirige la palabra.

—Parece como si hubieras hablado con él —dijo Sylvia, volviéndose hacia Philip.

—Me mandó llamar a través de Nell Manning, la vieja mendiga que a veces va a hacerle la cama, pobre diablo. Está postrado entre las ruinas del viejo establo del Mariners' Arms, Sylvie.

—¡Pues muy bien! —dijo ella en el mismo tono seco y duro.

—Le llevé al médico, pues pensé que se iba a morir delante de mis narices. Estaba tan pálido y ceniciento, y tan delgado que parecía que los ojos se le fueran a salir de la cara.

—La última vez que vimos a padre se le salían los ojos de las órbitas, estaba como loco, y era como si no soportara mirarnos a los ojos ni vernos llorar.

Era un mal comienzo para lo que quería pedirle Philip, pero tras unos momentos se decidió a hablar.

—No es más que una pobre criatura moribunda. Eso dijo el médico, y también que no le quedaban muchas horas de vida.

—¿Y él tenía miedo de morir con toda la carga de sus pecados? —dijo Sylvia, casi exultante.

Philip negó con la cabeza.

—Dijo que este mundo había sido demasiado fuerte para él, y los hombres demasiado implacables; dijo que aquí no había hecho nada de provecho, y que a lo mejor en el otro mundo encontraría gente más misericordiosa.

—Allí se encontrará a padre —dijo Sylvia, con la misma dureza y amargura.

—Es una pobre e ignorante criatura, y no creo que sepa con quién se va a encontrar; parece que le alegra desaparecer de Monkshaven; me temo que aquella noche le hirieron de gravedad, Sylvia, y habla como si desde niño lo hubiera pasado muy mal... y como si realmente le apenara lo que los

abogados le hicieron decir en el juicio... Dice que le obligaron a hablar, contra su voluntad.

—¿Acaso no podía haberse mordido la lengua y arrancársela? —preguntó Sylvia—. ¡Es fácil lamentar el mal cuando ya se ha hecho!

—Bueno, sea como sea ahora lo lamenta; y no le queda mucho de vida. Y, Sylvie, me suplicó que te pidiera, por todo lo que más quieres en este mundo y en el próximo, que fueras a verlo conmigo y le dijeras que le perdonas por lo que dijo en el juicio.

—¿Te ha enviado con ese recado? ¿Y te atreves a venir a preguntármelo? Me entran ganas de romper contigo para siempre, Philip.

No dejaba de jadear, como si no pudiera seguir hablando. Philip la miró y esperó a que recuperara el aliento, él también medio asfixiado.

—Tú y yo jamás iremos a verle. No puedo perdonar... y a veces creo que tampoco puedo olvidar. Me pregunto, Philip, qué pensarías si tu padre hubiera hecho algo justo... lo que había que hacer... un acto de misericordia... y alguien con quien él se había portado bien, incluso llevado por una justa cólera, hubiera ido y le hubiera denunciado ante el juez, un juez que quería colgarlo, y que le hizo colgar, colgar por el cuello hasta que murió, y dejó viuda a su esposa y a su hija huérfana para siempre... Me pregunto si no tendrás leche y agua en las venas, si eres capaz de hacer amistad y hablar con buenas palabras a alguien que causó la muerte de tu padre.

—Sylvie, la Biblia dice que hay que perdonar.

—Hay cosas que sé que nunca perdonaré; y otras que no puedo perdonar, y tampoco lo haré.

—Pero Sylvie, cuando rezas el Padrenuestro dices «perdónanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos a nuestros deudores».

—Bueno, pues si me han de tomar la palabra, dejaré de rezarlo, y se ha acabado. Que lo digan los que no tienen nada que perdonar; pero no me parece bien, ni correcto, que utilices las Escrituras en mi contra, Philip. Ocúpate de tus asuntos.

—Te enfadas conmigo, Sylvie; y ya sé que para ti sería muy difícil ir a perdonarle; pero creo que estaría bien, y sería un comportamiento cristiano, y que luego, al pensar en ello, hallarías consuelo. Solo con que fueras, y vieras esos ojos de mirada perdida... creo que ellos te suplicarían más que sus palabras o las mías.

—Pues yo te digo que no he nacido para perdonar y olvidar. Y de una vez por todas, tienes que aceptarlo. Cuando amo, amo, y cuando odio, odio; y él me ha hecho daño, y a los míos, y aunque no le pegaré ni le mataré, no pienso

perdonarlo. Sería un monstruo como esos que enseñan en las ferias si pudiera perdonarle por haber hecho colgar a mi padre.

Philip quedó en silencio, pensando qué más podía decirle.

—Más vale que te vayas —dijo Sylvia al cabo de unos momentos—. Nos hemos dicho duras palabras, y si dejamos pasar la noche mañana podremos reconciliarnos. Has hecho por él todo lo que has podido; y quizá no haya que culparte a ti, sino a tu carácter. Pero estoy enfadada contigo, y ahora prefiero no verte hasta mañana.

Todo eso le convenció de que lo mejor que podía hacer era no seguir insistiendo. Fue a ver otra vez a Simpson y le encontró todavía vivo, pero incapaz ya de comprender ninguna palabra de perdón. Philip casi deseó no haber molestado ni irritado a Sylvia instándola a cumplir la petición de aquel hombre; haber llevado a cabo ese deber le parecía ahora algo completamente inútil.

Pero después de todo, cumplir con un deber nunca es algo del todo inútil, aunque no veamos las consecuencias o estas puedan ser distintas de lo que esperábamos o calculábamos. Cuando acabó la jornada de Sylvia, y el sol se hubo ocultado, y llegó la noche, Sylvia tuvo tiempo de pensar; y su corazón se ablandó y se entristeció, en comparación a la colérica oposición que había presentado a la petición de Philip. Se acordó de su padre: de sus bruscos arrebatos, de lo a menudo que perdonaba, olvidándose incluso de que alguien le había ofendido. Todas las cualidades perdurables de Sylvia derivaban de su madre, y sus impulsos, de su padre. A la tenue luz del crepúsculo, no dejaba de pensar en el ejemplo de su difunto padre. No es que se dijera que iría a ver a Simpson y le perdonaría; pero pensó que si Philip volvía a pedírselo, le haría caso.

Pero cuando volvió a ver a Philip, este le dijo que Simpson había muerto; y pasó a abordar un tema que imaginó sería agradable para ella. Por lo que no llegó a averiguar que su conducta podía haber sido más amable y transigente que sus palabras: palabras que Philip recordaría en el futuro, con todo lo que había de desventura en ellas.

Por lo general, Sylvia era buena y amable, pero Philip quería que se mostrara con él tímida y cariñosa, cosa que no ocurría. Ella le hablaba mirándole a la cara con sus hermosos ojos, imperturbable. Le consultaba como el amigo de la familia que era: aceptaba en silencio todos los planes que él le proponía para cuando contrajeran matrimonio, algo que ella veía más como un cambio de casa —y se preguntaba cómo afectaría a su madre marcharse de Haytersbank— que como algo personal. Philip comenzaba a

pensar, aunque aún no lo reconociera, que ese fruto que de manera tan desmesurada había anhelado era de la misma naturaleza que la manzana de Sodoma.

Tiempo atrás, cuando Philip vivía en la buhardilla de la viuda Rose, había adquirido la costumbre de observar los palomos de un vecino; la bandada retozaba en los inclinados tejados que había delante de la ventana del cuarto de Philip, y este, si darse cuenta, acabó conociendo sus hábitos, y había una hermosa y suave paloma que de algún modo siempre relacionaba en su mente con su prima Sylvia. Esa paloma se posaba invariablemente en el mismo sitio, tomaban el sol, sacaba el pecho cubierto de plumas, con todas las luces rosas y azules brillando en los rayos de la mañana, y se arrullaba suavemente mientras se arreglaba las plumas. Philip imaginaba ver los mismos colores en un cierto trozo de seda tornasolada que ahora tenían en la tienda; y ninguna otra tela le parecía más adecuada para el vestido de novia de su prometida. Cogió la suficiente para hacer un vestido y una noche se la entregó a Sylvia, a la que encontró sentada sobre la hierba, delante de la casa, atendiendo a su madre a la vez que tejía unas medias para su escaso ajuar. Philip se alegró de que aún hiciera sol, lo que le permitía mostrar los cambiantes colores en todo su esplendor. Sylvia los admiró debidamente; incluso a la señora Robson le agradó, y atrajeron su mirada aquellos tonos suaves y brillantes. Philip le susurró a Sylvia (pues le encantaba susurrar, mientras que Sylvia, por el contrario, siempre le hablaba en un tono de voz normal):

—Estarás preciosa, querida... ¡El jueves, dentro de dos semanas!

—El jueves dentro de dos semanas. Quieres decir el cuatro. Pero no puedo ponérmelo. Aún estaré de luto.

—¡Ese día no, desde luego! —dijo Philip.

—¿Por qué no? Nada de lo que ocurra ese día me hará olvidar a padre. No puedo quitarme el luto, Philip, no, ¡ni aunque me fuera la vida en ello! Esta seda es una maravilla, demasiado buena para mí, y te aseguro que te estoy muy agradecida; y el vestido que me haré con ella será lo primero que me ponga dentro de dos abriles. Pero Philip, ahora no puedo quitarme el luto.

—¡Y no te lo pondrás el día de nuestra boda! —dijo Philip con tristeza.

—No, de verdad que no puedo. Lo siento mucho, pues veo que te hacía mucha ilusión; y eres muy bueno y considerado, y a veces pienso que nunca te lo podré agradecer lo suficiente. Cuando pienso en lo que habría sido de mí y de madre de no tenerte como amigo en tiempos de necesidad, no sabes lo agradecida que te estoy, Philip, aunque a veces creo que me ves como una ingrata.

—No quiero que me estés agradecida, Sylvie —dijo el pobre Philip, descontento, pero incapaz de explicarle lo que quería; solo sabía que le faltaba algo, y que quería conseguirlo.

Aunque se acercaba el día de la boda, Sylvia solo se ocupaba de su madre; una de las cosas que más la inquietaban era qué iba a pasar con todo lo que dejaban en la casa. En vano Philip procuraba interesarla en las mejoras o artilugios del nuevo hogar al que iba a llevarla. Ella no se lo decía; pero asociaba la casa que había detrás de la tienda con dos momentos de tristeza y desdicha. La primera vez que había entrado en el cuarto de estar del que tanto le hablaba Philip fue cuando hubo aquellos disturbios a causa de la patrulla, cuando se desmayó de terror y desazón; la segunda aquella desdichada noche en que ella y su madre habían pernoctado en Monkshaven para ir a despedirse de su padre antes de que se lo llevaran a York; en aquel cuarto, aquella noche, se enteró del peligro fatal que corría Daniel. En dichas circunstancias, era imposible que mostrara esa alegre y tímida curiosidad acerca de su futura residencia que suele ser común a las muchachas que van a casarse. Todo lo que podía hacer era reprimir sus suspiros y escuchar pacientemente cuando le hablaban del asunto. Pronto vio él la reserva que Sylvia mostraba; de modo que decidió no molestarla y encargarse de todo él mismo en silencio, sonriendo para sí cada vez que contemplaba algo pensado para la satisfacción o comodidad de Sylvia; sabiendo, además, que su felicidad tenía mucho que ver con la paz y el bienestar material de su madre.

Pero la boda iba siendo inminente. El plan de Philip era que, después de casarse en la iglesia de Kirk Moorside, él y su Sylvia, su prima, su amor, su esposa, fueran a pasar el día a la bahía de Robin Hood y regresaran por la noche a la casa donde vivirían a partir de entonces. Se encontrarían a Bell Robson ya instalada en su nuevo hogar, pues Haytersbank Farm pasaría a manos del nuevo inquilino el mismísimo día de la boda. Sylvia no pensaba casarse antes; dijo que debía quedarse allí hasta el último momento, y lo dijo con tanta determinación que Philip desistió de insistirle.

Philip le había asegurado que todo quedaría dispuesto para que su madre estuviera cómoda las pocas horas que estarían ausentes; de lo contrario, Sylvia no se hubiera separado de ella. Le dijo que le pediría a Hester, que era siempre tan buena y amable, y que hasta ese momento nunca le había dicho que no a Philip, que les hiciera de dama de honor, pues Sylvia ni había pensado en ello, tan pendiente estaba de su madre; después de la boda dejarían a Hester en Haytersbank, y ella se encargaría del traslado de la señora Robson, y lo haría, eso y lo que fuera. Tanta era la confianza que tenía

Philip en la buena disposición, la amabilidad y la competencia de Hester. Al final Sylvia estuvo de acuerdo, y Philip se encargó de ir a pedírselo a Hester.

—Hester —le dijo un día, cuando se preparaba para entrar en casa, cerrada ya la tienda—, ¿puedes quedarte un momento? Me gustaría enseñarte la casa, ahora que ya está arreglada; y además quiero pedirte un favor.

Philip estaba tan feliz que no la vio temblar de pies a cabeza. Vaciló un momento antes de responder.

—Me quedaré si quieres, Philip, pero yo no soy quién para juzgar las modas.

—Pero sí para juzgar la comodidad, y eso es lo que me interesa. Jamás me he sentido tan cómodo en mi vida como cuando estaba de huésped en tu casa —dijo en un tono de cariño fraternal—. Si hubiese tenido más sosiego en aquella época podría haber dicho que no he pasado días más felices que los que viví bajo tu techo; y sé que en una grandísima parte fue gracias a ti. De modo que, vamos, Hester, dime si falta algo que pudiera agradar a Sylvie.

Es posible que no fuera un texto muy apropiado, pero en aquel momento las palabras: «A quien te pida no le vuelvas la espalda^[39]» parecían lo único que podía darle fuerzas a Hester para soportar pacientemente la siguiente media hora. De hecho, generosamente procuró concentrarse en lo que le pedían; admiró esto, meditó y decidió sobre aquello, a medida que Philip le enseñaba uno por uno todos los cambios y mejoras que había hecho. Jamás hubo ejemplo igual de inconsciente y no reconocido heroísmo. Y consiguió domeñar su mente hasta tal punto que acabó compartiendo el orgullo y la expectación del enamorado, sofocando cualquier envidia hacia su amada, compartiendo casi la satisfacción que Sylvia experimentaría al descubrir todas aquellas pruebas del amor y la consideración de Philip. Pero aquello supuso un gran esfuerzo para su corazón, esa fuente de vida; y cuando Hester regresó a la sala, tras haber inspeccionado la casa, se sentía tan agotada y deprimida como si hubiera pasado una enfermedad de muchos días. Se sentó en la primera silla que encontró, y le pareció que no podría volver a levantarse. Philip, exultante, estaba de pie a su lado.

—Y, Hester —le dijo—, Sylvie me ha dado un recado para ti. Dice que has de ser la dama de honor. No quiere ninguna otra.

—No puedo —dijo Hester con repentina brusquedad.

—Ah, sí, debes serlo. No me parecería que es mi boda si no estuvieras: desde que entré a vivir bajo el techo de tu madre te he considerado como una hermana.

Hester negó con la cabeza. ¿Acaso debía llevar su deber hasta el punto de aceptar? Philip vio su resistencia, y, más con la intuición que la razón, supo que lo haría no porque le supusiera una alegría o una satisfacción, sino porque con ello le prestaba un servicio a otra persona. Philip siguió hablando.

—Además, Sylvie y yo hemos planeado hacer nuestra excursión de novios a la bahía de Robin Hood. Esta mañana he ido a reservar una calesa antes de abrir la tienda; y no tengo a nadie con quien dejar a mi tía. Tiene el cuerpo destrozado por la pena; y a veces se comporta de un modo infantil; hay que traerla aquí, para que ya esté cuando lleguemos por la noche; y con nadie estará más dispuesta y feliz de venir que contigo, Hester. Lo mismo pensamos Sylvie y yo.

Hester le miró con sus ojos serios y honestos.

—No puedo venir a la iglesia contigo, Philip; y no debes preguntarme por qué. Pero sí iré a Haytersbank Farm, y haré lo que pueda para que tu tía esté contenta, y seguiré tus indicaciones de traerla aquí antes de que anochezca.

Philip estuvo a punto de insistirle otra vez en que les acompañara a la iglesia; pero vio algo en los ojos de ella que le trajo una intuición, tan fugaz como un aliento sobre un espejo, y desistió de su súplica, y tachó esa intuición de engreída necedad, apartándola de sí como un insulto a Hester. Pasó a pormenorizarle las instrucciones necesarias para llevar a cabo la segunda parte de su petición, en cada frase emparejando el nombre de Sylvia con el suyo; de manera que Hester la consideró una muchacha feliz, que debía de estar planeando los detalles de su boda como si ninguna fatal desgracia le hubiese acaecido pocos meses atrás.

Hester no vio la cara —pálida, soñadora, resuelta— de Sylvia mientras respondía a las solemnes preguntas de la ceremonia matrimonial con una voz que no parecía la suya. Hester no estaba con ellos para observar el profundo ensimismamiento que hacía que la prometida casi ni se diera cuenta de las palabras de amor de su marido, y de pronto parecía despertar y sonreía, y replicaba en un tono triste y amable. ¡No! El deber de Hester consistía en transportar a la pobre viuda y madre desde Haytersbank a su nuevo hogar en Monkshaven; y a pesar de toda la ayuda y consideración de Hester, resultó una empresa penosa y terrible, pues la pobre mujer lloraba como una niña, perpleja ante el confuso ajetreo, a pesar de que Sylvia lo había previsto todo meticulosamente; y era algo inevitable, pues se la llevaban ya del hogar que había gobernado durante tanto tiempo. Pero todo eso no fue nada comparado con el dolor que inundó a Bell Robson cuando pisó la casa de Philip; la sala de estar, toda la casa, estaba tan relacionada con el intenso sufrimiento que

había padecido allí que la incisión de la memoria penetró a través de sus sentidos embotados y le hizo de nuevo viva su desgracia. En vano Hester intentó consolarla hablándole de la boda de Philip y Sylvia con toda la variedad de palabras que se le ocurrieron. Pero Bell solo recordaba el destino de su marido, que ocupaba la totalidad de su mente desquiciada, y lo coloreaba todo; y como no tenía a Sylvia al lado para que contestara a su llamada, imaginó que su hija, así como su marido, estaba en peligro de juicio y muerte, y no se dejó confortar por las pacientes palabras de Hester. En un momento en que dejó de sollozar, Hester oyó el sonido de las ruedas de la calesa que devolvía a casa al novio y a la novia. Se detuvo en la puerta; al instante entró corriendo Sylvia, blanca como una sábana al oír los gemidos de su madre, que había captado a lo lejos con sus oídos aguzados de amor; su madre se puso en pie a duras penas, se le acercó tambaleándose y cayó en sus brazos, diciendo:

—¡Sylvie! ¡Oh, Sylvie! ¡Llévame a casa, aléjame de este lugar tan cruel!

Hester no pudo sino conmoverse ante la actitud de Sylvia hacia su madre: tan cariñosa, tan protectora, que parecía como si hubieran intercambiado los papeles, y ahora la hija arrullara y tranquilizara a una niña caprichosa y asustada. No tuvo ojos ni oídos para nadie hasta que su madre se quedó sentada, calmada y temblorosa, apretando las manos de su hija entre las suyas, como si temiera perderla de vista. Entonces Sylvia se volvió hacia Hester y, con esa dulce gracia que es el don natural de algunas personas felices, le dio las gracias; se las dio con palabras corrientes, pero de una manera difícil de expresar, y con ese extraño y raro encanto que hizo que Hester tuviera la impresión de que nunca había agradecido nada en su vida; y desde aquel momento comprendió, aunque no siempre cedió a ella, la inconsciente fascinación que Sylvia ejercía a veces sobre los demás.

¿Percibió el corazón de Philip que se había casado con aquella mujer largamente deseada llevando ella luto, y que los primeros sonidos que les saludaron al acercar a su nuevo hogar fueron los de las lágrimas y el dolor?

DÍAS FELICES

Y ahora Philip gozaba de toda la prosperidad que su corazón podía desear. El negocio iba viento en popa, y entraba mucho más dinero del necesario para cubrir sus modestas necesidades. Él se conformaba con poco, pero siempre había querido colocar a su ídolo en una urna; y ahora tenía medios para ello. Los vestidos, las comodidades, la posición que siempre había deseado para Sylvia estaban ahora a su disposición. No tenía por qué hacer ni una de las tareas domésticas si prefería quedarse sentada en su salita cosiendo. De hecho, a Phoebe le molestaba cualquier interferencia en los asuntos domésticos, de los que se encargaba desde hacía tanto tiempo que consideraba la cocina como su imperio privado. «La señora Hepburn» (como la llamaban ahora) tenía un hermoso vestido de seda oscuro en su guardarropa, así como el que imitaba los colores de la paloma, para el día en que decidiera quitarse el luto; y contaba con telas para hacerse tantas capas grises o escarlatas como se le antojara.

Pero lo que más le importaba eran las comodidades con que ahora contaba para su madre. En este aspecto Philip rivalizaba con ella; pues aparte de lo mucho que había querido a su tía desde siempre, y de la piedad que ahora le inspiraba, nunca olvidaba lo bien que le había recibido en Haytersbank Farm, que había estado a favor de su amor por Sylvia en aquellos días en que tan pocas esperanzas podía albergar. Pero aunque hubiese carecido de esos sentimientos de afecto y agradecimiento hacia la pobre mujer, habría hecho todo lo que pudiera por ella aunque solo fuera por ganarse las escasas y dulces sonrisas que su mujer le dedicaba cuando le veía atendiendo a «madre», que era ahora como los dos llamaban a Bell. Pues a Sylvia le importaban poco las comodidades, los vestidos de seda, los modestos lujos; a Philip casi le irritaba la indiferencia que mostraba ante sus esfuerzos por prodigarle todas esas cosas. Qué difícil se le hacía a Sylvia abandonar su atavío de campesina, su pelo al descubierto, sus enaguas de tosca lana, su camisón holgado, y vestirse con aquel rígido y majestuoso batín que era su atuendo matinal. Estarse sentada en la sala de estar de la parte de atrás de la

tienda y bordar era mucho más agotador para ella que corretear por los campos para criar vacas, o hilar lana, o hacer mantequilla. A veces se decía que era una vida muy extraña aquella, sin animales que cuidar al aire libre; hasta ese momento el asno y el buey habían formado parte de todas sus ideas de la humanidad; y sus cuidados y bondad habían convertido a aquellos animales que vivían en torno a la casa de su padre en unos mudos amigos que la miraban con ojos cariñosos, como si desearan expresar en palabras su agradecimiento para que ella pudiera leerlo sin la pobre expresión del lenguaje.

Echaba de menos el aire libre, la gran cúpula del cielo sobre los campos; se rebelaba contra la necesidad de «vestirse» (como ella lo llamaba) para salir, aunque reconocía que se trataba de una necesidad, pues al traspasar el umbral de su hogar se adentraba en una populosa calle.

Es posible que, en la época en que Philip quería conquistarla a base de ventajas materiales, tuviera razón; pero ahora todas aquellas vanidades las había extinguido el hierro candente del sufrimiento. Aún existía un sentimiento apasionado, oculto, latente; pero en aquella época Sylvia daba la impresión de ser indiferente a casi todo, de haber perdido la capacidad de esperanza o temor. Se la veía aturdida, como si no sintiera casi nada; y las pocas cosas a las que era sensible tenían que ver con la injusticia y opresión cometidas con su difunto padre o todo lo que se refería a su madre.

En su trato con Philip, Sylvia era sosegada hasta casi la pasividad; y él habría dado no poco por volver a ver sus arrebatos de impaciencia de antaño, su mal genio, que, aunque malicioso, habían llegado a formar parte de su idea de la Sylvia de antes. Un par de veces casi se enfadó con ella por su docilidad; él quería que tuviera una voluntad propia, aunque solo fuera para saber cómo poder complacerla. De hecho, pocas noches se quedaba dormido sin dedicar sus últimos pensamientos a algún plan para el día siguiente que, imaginaba, alegraría a Sylvia; y cuando él se despertaba, a primera hora, se volvía para ver si ella ciertamente dormía a su lado o si cuando llamaba a Sylvia «mi esposa» no era más que un sueño.

Sabía que el afecto que él sentía por ella era muy distinto del suyo, pero se sentía igualmente feliz solo que le permitiera amarla y tratarla con cariño; y con paciente perseverancia, uno de los rasgos destacados de su carácter, se esforzaba en que su amor fuera más profundo, cuando muchos otros hombres habrían abandonado en el empeño, contentándose con ese escaso entusiasmo, e intentando conseguir otra cosa. Pero todo ese tiempo, cada vez que se hallaba muy fatigado o no gozaba de muy buena salud, Philip se veía asaltado

por un sueño recurrente. Una y otra vez, durante aquel primer año de casados, soñó lo mismo; quizá en ocho o nueve ocasiones, y nunca variaba. Trataba siempre del regreso de Kinraid; en el sueño de Philip, Kinraid siempre aparecía lleno de vida, aunque cuando estaba despierto siempre era capaz de convencerse mediante todas las leyes de la probabilidad de que su rival estaba muerto. Al despertarse, nunca recordaba la exacta secuencia de los acontecimientos de aquel sueño terrible, donde había una lucha, un forcejeo. Cuando recobraba la conciencia generalmente se hallaba incorporado en la cama, el corazón latiéndole muy deprisa, convencido de que en la oscuridad, cerca de él, estaba Kinraid, vivo. De vez en cuando a Sylvia le preocupaba su agitación, y le interrogaba acerca de sus sueños, pues, al igual que la gente de su clase en la época, tenía una gran fe en su interpretación profética; pero Philip jamás le contaba la verdad.

Después de todo, y aunque él no lo reconocía, aquella felicidad tanto tiempo deseada no era tan deliciosa y perfecta como había previsto. Muchos han experimentado lo mismo durante su primer año de casados; pero esa fiel y paciente naturaleza que nunca se cansa a la hora de ganar el amor, y que mientras tanto es capaz de permanecer constante en el suyo, es un don que no se concede a todo el mundo.

Después de su boda, Kester estuvo muchas semanas sin ir a visitarlos: de alguna palabra al azar dicha por Sylvia deducía Philip que ella se daba cuenta y lo lamentaba; por lo que aprovechó la primera oportunidad que tuvo de ir a Haytersbank (sin decirle una palabra a su esposa de sus intenciones) para ir a buscar a Kester.

¡Cómo había cambiado el lugar! Lo habían encalado y habían reparado el techo: las manchas de color del terreno que rodeaba la casa delataban que había nuevas siembras; habían desaparecido los grandes geranios de la ventana, y en su lugar había una hermosa cortina de lana. Los niños jugaban ante la puerta; un perro, echado sobre el peldaño de entrada, fue corriendo hasta Philip; todo estaba tan raro, que lo más raro fue que Kester apareciera en un lugar donde se habían producido grandes cambios.

Philip tuvo que soportar los rezongos de Kester antes de conseguir que le prometiera bajar a la ciudad a ver a Sylvia en su nuevo hogar.

Pero cuando la visita se efectuó, fue un fracaso; al menos eso pareció en aquel momento, aunque probablemente rompió el hielo que se había formado sobre la relación tan familiar que siempre habían mantenido Kester y Sylvia. Al viejo criado le amilanaba ver a Sylvia en aquel lugar extraño, y se quedó

de pie, alisándose el pelo, y mirando furtivamente a su alrededor, en lugar de sentarse en la silla que con tanto entusiasmo le ofrecía Sylvia.

Y al ver el extrañamiento que había entre ambos, causado por las distintas posiciones sociales que ocupaban, Sylvia se puso a llorar lastimeramente, diciendo:

—¡Oh, Kester, Kester! ¡Háblame de Haytersbank! ¿Está igual que en los días de padre?

—Bueno, no se puede decir que lo esté —dijo Kester, agradeciendo tener un tema de conversación—. Han arado los viejos pastizales, y van a sembrar patatas. No les gusta mucho el ganado, no son los Higgins. Supongo que el año que viene plantarán trigo, y les costará pagar la renta. Pero es tan terca esta gente. Vienen de lejos.

De modo que siguieron hablando del Haytersbank de antes, hasta que Bell Robson, tras su siesta, bajó lentamente las escaleras para unirse a ellos; y después de eso la conversación se hizo tan deslavazada, pues los dos se esforzaban por replicar lo mejor que podían a su monólogo fragmentario e inconexo, que Kester no tardó en despedirse; y lo hizo de la misma manera formal y forzada que había adoptado al entrar.

Pero Sylvia se fue corriendo tras él, y le hizo volver cuando ya estaba en la puerta.

—Y pensar que te ibas, Kester, sin comer ni beber nada; vamos, vuelve y prueba el pastel y el vino.

Kester se quedó de pie en la puerta, un poco cohibido y un poco complacido, mientras Sylvia, con todo el esplendor y apuro de una joven ama de casa que quiere ser hospitalaria, buscaba la licorera y un vaso de vino en el armario de la esquina, y apresuradamente cortaba un enorme trozo de pastel, que le puso en la mano a pesar de las protestas de Kester; y a continuación le sirvió un vaso de vino lleno hasta el borde, del que Kester hubiera preferido prescindir, pues sabía lo bastante de buenos modales como para suponer que no podía probarlo sin pasar por la ceremonia preliminar de desear salud y felicidad a quien se lo ofrecía. Se puso de pie, rojo, medio sonriendo, con el pastel en una mano y el vino en la otra, y comenzó a decir:

*Que muchos años viváis,
y muy felices seáis,
y que la familia se agrande
en salud abundante.*

—Esta es una poesía que aprendí en mi juventud. Pero hay muchas cosas que no pueden ponerse en poesía, y que yo tampoco puedo decir. Haría falta un clérigo para expresar lo que tengo en la cabeza. Es como un montón de lana justo después de la esquila; tiene mucho valor, pero hay que peinarla, cardarla e hilarla antes de poder utilizarla. Si supiera usar las palabras, podría decir mucho; pero, no sé cómo, se me traba la lengua cuanto más las necesito, de modo que lo único que me atrevo a decirte es que creo que has hecho lo mejor para ti, tienes una casa llena de muebles —al decirlo miró a su alrededor—, y comida y ropa en abundancia, y un hogar para tu madre ahora que lo necesita; y a lo mejor no es tan mal marido como pensé al principio; y no me avergüenza decir que quizá le juzgué mal; por lo que a los dos os deseo salud y felicidad, y dinero para comprar más, como dicen por aquí.

Tras acabar su alocución, y para su satisfacción, Kester apuró su vaso de vino, chasqueó los labios, se los limpió con el dorso de la mano, se metió el trozo de pastel en el bolsillo y se marchó.

Aquella noche Sylvia le habló de la visita a su marido. Philip no le dijo hasta qué punto tenía parte en ella, ni tampoco mencionó el hecho de que había oído cómo el anciano llegaba en el mismo momento en que él se disponía a pasar a la salita a tomar el té, pero se había mantenido al margen, pues opinaba que Sylvia y Kester debían disfrutar de su entrevista sin molestias. Y a Sylvia le parecía que el silencio de su marido era poco comprensivo, y acallaba los sentimientos que comenzaban a expandirse hacia él. Sylvia volvió a hundirse en el apático silencio de indiferencia del cual solo alguna referencia a su vida anterior o al estado actual de su madre podía sacarla.

Hester casi estaba sorprendida de que Sylvia le tuviera tanto aprecio. Lentamente Hester fue aprendiendo a amar a aquella mujer cuya posición como esposa de Philip tanto habría envidiado de no ser tan buena y devota. Era como si Sylvia le hubiera entregado todo su afecto de una vez. Hester no podía entenderlo, al tiempo que se sentía conmovida y ablandada por la confianza que eso implicaba. Pues había una cosa que Sylvia recordaba y lamentaba: lo desabridamente que la había tratado aquella lluviosa noche de tormenta en que Hester fue a buscarla a ella y a su madre y las llevó a Monkshaven tras el encarcelamiento de Daniel. Sylvia había quedado muy impresionada de lo paciente que había sido Hester con su descortesía, una descortesía que, de haber sido ella la afectada, la habría contrariado de manera inmediata y vehemente. Sylvia no comprendía que un carácter tan completamente diferente del suyo pudiera perdonar de inmediato la cólera

que ella no podía olvidar; y como Hester había sido tan dócil en aquel momento, Sylvia, que sabía lo efímera y transitoria que era su propia cólera, pensaba que todo eso estaba olvidado; mientras que Hester concedía a esas palabras, que ella misma nunca habría pronunciado a no ser por una gran provocación, una importancia mucho mayor que la que tenían, y se asombraba y admiraba a Sylvia por haber domeñado de manera tan absoluta su cólera contra ella.

Y, también, aquellas dos mujeres tan distintas se veían afectadas de modo distinto por el extremo cariño que Bell había mostrado hacia Hester desde el día de la boda de Sylvia. Y esta, que siempre había recibido de los demás más amor del que podía administrar, no tenía la menor duda de que ocupaba el lugar prominente en el corazón de su madre, aunque a veces Hester hacía algunas cosas para satisfacción de la pobre mujer. Hester, que había anhelado el afecto que ahora le habían retirado, y que a partir de esa circunstancia había perdido la fe en su capacidad de inspirar estima, al tiempo que exageraba la satisfacción que suponía ser amada, temía que Sylvia se pusiera celosa de las muestras de afecto y esporádica preferencia por Hester que a veces mostraba Bell. Pero eso era algo que a Sylvia jamás se le había pasado por la cabeza. Sentía una enorme gratitud hacia todo aquel que hiciera feliz a su madre; y, como ya se ha dicho, el contribuir al bienestar de Bell Robson le granjeaba a Philip más sonrisas de su esposa que ninguna otra cosa. Y Sylvia ponía todo su corazón en las palabras y caricias que le prodigaba a Hester cada vez que la pobre señora Robson hablaba de la bondad y amabilidad de aquella. Hester atribuía a esas dulces palabras y gestos de gratitud más virtud de la que merecían; no eran señal de ninguna victoria de Sylvia sobre la tentación, como habrían significado en el caso de Hester.

Parecía ser el destino de Sylvia acaparar más afectos de los que podía corresponder. John y Jeremiah Foster estaban locos con Sylvia, y no dejaban de felicitar a Philip por la elección de su mujer.

Estaban predispuestos a mostrarse críticos con cualquiera que interfiriera en el proyecto de matrimonio que habían concebido entre Philip y Hester; y, aunque sentían una gran compasión por el cruel destino de Daniel Robson, eran ante todo hombres de negocios, y sentían cierta aprensión a que el nombre de Philip Hepburn se viera relacionado con la hija de un hombre que había sido ahorcado, pues eso podía perjudicar a la tienda sobre cuya puerta su nombre se unía al de Philip. Pero todas las convenciones sociales exigían que se mostraran atentos con la esposa de su anterior dependiente y actual sucesor; y las primeras visitas que Sylvia recibió tras su matrimonio fueron

las de John y Jeremiah Johnson vestidos con su ropa de domingo. La encontraron en la sala de estar (¡que tan bien conocían los dos!), almidonando los gorros de su madre, algo que tenía que hacerse de una manera especial que Sylvia temía imponerle a Phoebe.

Se sintió un poco incómoda de que sus visitantes la encontraran ocupada en aquella actividad; pero aquella era su casa, y eso le dio aplomo; y recibió a los dos hombres con tanta dulzura y recato, y se la vio tan hermosa y femenina, y, además, tan diestra en su labor, que acabó de golpe con los prejuicios de ambos; y el primer pensamiento de los hermanos al marcharse fue hacerle el honor de invitarla a una cena en casa de Jeremiah Foster.

Sylvia se quedó de una pieza ante esa invitación a celebrar su boda con una cena, y Philip tuvo que hacer uso de toda su autoridad, aunque impuesta con cariño, para que consintiera en ir. Había estado antes en fiestas rurales como las que se habían celebrado en casa de los Corney, y en las celebraciones de la siega al aire libre; pero nunca en una fiesta formal en casa de un amigo.

De buen grado hubiera utilizado la excusa de que debía atender a su madre; pero Philip sabía que debía desestimar ese argumento, y acudió a Hester en busca de ayuda, pidiéndole que se quedara con la señora Robson mientras él y Sylvia iban a la cena; y Hester, de buena gana, casi con entusiasmo, aceptó: eso le apetecía mucho más que salir.

De modo que Philip y Sylvia partieron del brazo, calle del Puente abajo; cruzaron el puente y luego subieron la colina. De camino, él le impartió a Sylvia las indicaciones que ella le pidió acerca de cómo había de comportarse en su papel de novia e invitada de honor; y tanto consiguió, en contra de su intención y voluntad, asustarla con respecto a la solemnidad e importancia de la ocasión, y la necesidad de recordar ciertas reglas establecidas, y pronunciar ciertas frases hechas y pronunciarlas en el momento adecuado, que, si alguien dotado de tanta gracia natural hubiese podido actuar con torpeza, lo habría hecho Sylvia esa noche.

Y así Sylvia permaneció sentada, pálida y con aspecto cansado, al borde de su silla; pronunció las palabras formales que Philip le había enseñado como adecuadas a la ocasión, al tiempo que deseaba con todas sus fuerzas hallarse en la seguridad de su casa y su cama. Sin embargo, dejó una impresión casi unánime en los presentes cuando se marchó; a saber, que era la mujer más guapa y con mejores modales que habían visto nunca, y que Philip Hepburn había hecho muy bien en elegirla, por mucho que fuera la hija de un condenado a muerte.

Los dos anfitriones la siguieron hasta el vestíbulo para ayudar a Philip a que le pusiera la capa y los zuecos. Les prodigaron cumplidos un poco anticuados; y de las cosas que dijeron se le quedaría grabada en la memoria a Sylvia en años futuros:

—Sabes, Sylvia Hepburn —dijo Jeremiah—, conozco a tu marido hace mucho, y lo único que puedo decir es que has hecho bien al elegirlo; pero si te descuida o no te trata bien, acude a mí, y le daré un buen sermón acerca de su conducta. Recuerda, a partir de hoy soy tu amigo, ¡y estoy dispuesto a ponerme de tu parte contra él!

Philip sonrió como si jamás hubiera de llegar el día en que descuidara o no tratara bien a su amor; Sylvia sonrió un poco, sin prestar mucha atención ni dar importancia a las palabras que le impedían marcharse, cansada como estaba; John y Jeremiah se rieron de la broma; pero las palabras no dejaron de acudir a su mente en días posteriores, como sucede a veces con las palabras que se dicen despreocupadamente.

Pero a final de aquel primer año, Philip se había puesto celoso del amor que su esposa sentía por Hester. A esta última Sylvia le confiaba muchas cosas que, pensaba Philip, a él le ocultaba. Alguna vez se le pasó por la cabeza que quizá Sylvia le hablaba a Hester de su amor anterior. Pensaba que no sería censurable que lo hiciera, pues Sylvia le creía muerto; pero la idea le irritaba de todos modos.

No obstante, se equivocaba por completo. Sylvia, a pesar de su aparente franqueza, guardaba en su intimidad sus profundas aflicciones. Jamás mencionaba el nombre de su padre, aunque estaba siempre presente en su mente. Tampoco le hablaba a nadie de Kinraid, aunque se le dulcificaba la voz cuando, por casualidad, hablaba con algún marinero; y era por él por lo que sus ojos se demoraban en esos hombres más que en otros, al intentar descubrir en ellos algo que le recordara a él; y en parte por él, y en parte a causa de la amplia perspectiva y el aire fresco, de vez en cuando se escapaba del confortable encierro de su «sala de estar» y las estrechas calles que rodeaban el mercado, y subía a las colinas y se sentaba en la hierba, contemplando la amplia extensión del mar abierto; pues, a esa altura, incluso las olas al romper parecían líneas recortadas de espuma blanca sobre la planicie acuosa del mar.

No quería que nadie la acompañara en esos paseos, que poseían en parte el deleite de los placeres furtivos; pues todas las demás respetables matronas y habitantes de la ciudad que conocía siempre que salían a la calle lo hacían con un fin, o de lo contrario se quedaban en su casa; y Sylvia se avergonzaba

un tanto de su anhelo de soledad y campo abierto, y de la añoranza de la visión y el sonido del mar maternal. Solía quitarse el sombrero y sentarse en el suelo, abrazando las rodillas con las manos, mientras el aire salobre sacudía sus rizos dorados, y miraba el lejano horizonte que había más allá del mar, sumida en un triste ensueño; si le hubieran preguntado sobre qué meditaba, no lo habría sabido decir.

Pero, andando el tiempo, llegó el momento en que acabó siendo una prisionera en la casa; una prisionera en su habitación, postrada en la cama con un bebé a su lado: su hija, la hija de Philip. El orgullo de este, su alegría, no conocía límites; era un nuevo vínculo entre ellos; eso la reconciliaría con una clase de vida que, con toda su respetabilidad y confort, era tan diferente de la que había tenido antes, y que, según la percepción de Philip, le parecía aburrida y enclaustrada. Ya comenzaba a intuir en la pequeña, que solo contaba con unos días de vida, las hermosas curvas que tan bien conocía de la cara de su madre. También Sylvia, pálida, postrada y débil, se sentía muy feliz; sí, realmente era feliz por primera vez desde su irrevocable matrimonio. Pues el hecho de que fuera irrevocable había pesado mucho sobre ella con una sensación de lánguida desesperanza; percibía toda la amabilidad de Philip, le agradecía el cariño que le prodigaba a su madre, aprendía a amarlo, a apreciarlo y a respetarlo. No se le ocurría qué otra cosa podía haber hecho sino casarse con un amigo tan fiel, pues pocos más tenían ella y su madre; pero al mismo tiempo, era como plomo en su ánimo por la mañana, cuando se despertaba y recordaba que esa decisión, ese hecho, esa elección, solo se le presenta a casi todo el mundo una vez en la vida. Ahora el bebé proyectaba sobre su estado de ánimo un rayo de luz como el que ilumina una lúgubre habitación.

Incluso su madre estaba contenta y orgullosa; a pesar de su mente trastornada y su corazón roto, la visión de ese bebé dulce y pacífico traía luz a su corazón. Recordó cómo se tenía a una criatura en brazos, cómo se la arrullaba, cómo se protegían sus pequeños miembros para que no se hiciera daño; para ella eran hábitos de su juventud; y cuando más feliz era, y tenía más sosiego, y se la veía más lúcida, era al coger en brazos al bebé de Sylvia.

Era algo digno de verse, por mucho que todos nosotros estemos familiarizados con imágenes como esa: la mujer pálida y ajada, ataviada con su pintoresco y anticuado vestido rural, con el bebé sobre las rodillas, mirando los ojos de la pequeña, abiertos, irreflexivos, y hablándole como si pudiera entenderla; y el padre de rodillas, cautivo de un dedo pequeñísimo que rodea el suyo, fuerte y nervudo, y que contempla a la diminuta criatura

con asombrada idolatría; la joven madre, hermosa, pálida, sonriente, incorporada sobre unos almohadones a fin de poder ver ella también al maravilloso bebé; y qué asombroso era que el médico pudiera ir y venir sin quedar atrapado en aquel vórtice de admiración, y pudiera mirar a la pequeña como si cada día vinieran niños al mundo.

—Philip —dijo Sylvia una noche, mientras él estaba en el dormitorio de ella, sentado y quieto como un ratón, creyéndola dormida. En un momento estuvo junto a su cama—. He estado pensando cómo podemos llamarla. Isabella, por madre; ¿cuál es el nombre de la tuya?

—Margaret —dijo él.

—Margaret Isabella; Isabella Margaret. A madre la llaman Bell. A ella podrían llamarla Bella.

—Me habría gustado ponerle tu nombre.

Sylvia hizo un leve movimiento de impaciencia.

—No. Sylvia no es un nombre que dé suerte. Mejor ponerle el nombre de tu madre y el de la mía. Y quiero pedirle a Hester que sea la madrina.

—Lo que quieras, cariño. ¿La llamamos Rose, por Hester Rose?

—¡No, no! —dijo Sylvia—. Hay que ponerle el nombre de mi madre, o el de la tuya, o los dos. Me gustaría que la llamaran Bella, por mamá, que tanto adora al bebé.

—Lo que sea para complacerte, querida.

—No hables como si eso no significara nada; es importante tener un nombre bonito —dijo Sylvia, un poco enfadada—. Siempre he odiado que me llamaran Sylvia. Me lo pusieron por la madre de papá, Sylvia Steele.

—Ningún nombre me ha parecido nunca más dulce y hermoso que el de Sylvia —dijo Philip cariñosamente; pero ella estaba demasiado absorta en sus pensamientos para prestar atención a las palabras o la actitud de Philip.

—Si no te importa la llamaremos Bella, pues mi madre se alegrará mucho si le ponemos su nombre, y Hester puede ser la madrina, y le haré a la pequeña una capa con la seda de color paloma que me regalaste antes de casarnos para llevarla a la iglesia.

—La compré para ti —dijo Philip, un poco decepcionado—. Es demasiado buena para un bebé.

—¡Pero es que yo soy tan descuidada...! ¿Y si le derramo algo encima? Pero si la compraste para mí no me atrevo a ponérsela a la pequeña, y me haré un vestido para el bautizo. Pero no estaré tranquila por miedo a mancharlo.

—Pues si lo manchas, amor, te compraré otro. Le daré importancia al dinero solo por ti; para poder comprarte todo lo que desees, para ti o para tu

madre.

Ella levantó su cara pálida del almohadón y le acercó los labios para besarle por esas palabras.

Puede que la felicidad de Philip alcanzara su cenit ese día.

MALOS PRESAGIOS

Los infortunios de Philip comenzaron del modo siguiente. Sylvia se estaba recuperando rápidamente, pero su debilidad parecía hallarse en un punto estacionario: noches en vela sucedían a días de languidez. De vez en cuando se quedaba dormida por las tardes, pero solía despertarse sobresaltada y febril.

Una tarde Philip había subido sin hacer ruido a su dormitorio para echarle un vistazo a Sylvia y a la niña, pero sus esfuerzos por no hacer ruido acabaron provocando el chirrido de los goznes de la puerta. La enfermera que habían contratado para cuidar a Sylvia se había llevado al bebé a otra habitación para que ningún ruido la despertara; y probablemente le habría advertido a Philip que no entrara en la habitación de su esposa de haberlo sabido. Pero Philip abrió la puerta, hizo ruido y Sylvia se incorporó, la cara roja, los ojos desorbitados y vacilantes; miró a su alrededor como si no supiera dónde estaba, se apartó el pelo de la frente. Todo ello lo vio Philip, consternado y pesaroso. Pero se quedó quieto, con la esperanza de que ella se echara y se tranquilizara. Sylvia, sin embargo, extendió los brazos en gesto implorante, y dijo, con una voz llena de anhelo y lágrimas:

—¡Oh, Charley! ¡Ven conmigo, ven conmigo!

A continuación, al darse cuenta de dónde se encontraba, se echó de nuevo sobre la cama y comenzó a sollozar. El corazón de Philip le hervía en el pecho; lo mismo le habría ocurrido a cualquier hombre en esas circunstancias, pero había en él esa ocultación culpable que agravaba la intensidad de los sentimientos. Y el que Sylvia llamara a otro hombre también le irritó, en parte por su ansioso amor, que le hacían plenamente consciente del daño físico que ella se estaba provocando. En aquel momento se movió, o hizo un ruido sin querer; ella volvió a incorporarse, y habló:

—¿Quién está ahí? ¡Por amor de Dios, que hable quienquiera que sea!

—Soy yo —dijo Philip, acercándose y procurando apaciguar esa complicada mezcla de amor y celos, remordimiento y cólera, que le desbocaba el corazón y casi le sacaba de sus casillas.

De hecho, Philip ya debía de estar bastante alterado cuando entró, pues de otro modo jamás hubiese pronunciado aquellas imprudentes y crueles palabras. Pero fue ella quien habló primero, en un tono afligido y quejumbroso.

—¡Oh, Philip, me he quedado dormida, y sin embargo pensaba que estaba despierta! Y vi a Charley Kinraid tan claramente como te veo a ti ahora, y no se había ahogado. Estoy segura de que está vivo; lo vi tan claro, tan lleno de vida. ¡Oh! ¿Qué voy a hacer? ¿Qué voy a hacer?

Se retorció las manos en febril desazón. Impulsado por apasionados sentimientos de diverso tipo, y también por su deseo de apagar la agitación que tanto daño hacía a Sylvia, Philip habló, apenas sabiendo lo que decía.

—¡Kinraid está muerto, ya te lo digo, Sylvia! ¿Y qué clase de mujer eres tú que sueñas así con otro hombre, y tanto te afecta su suerte, cuando eres una mujer casada y tienes un hijo con tu marido?

Al instante deseó haberse mordido la lengua. Ella le miró con el mudo reproche que a veces vemos (¡Dios nos asista!) en los ojos de los muertos, cuando aparecen ante nuestros tristes recuerdos en la noche; le miró con unos ojos solemnes, escrutadores, sin decir una palabra en su defensa. A continuación volvió a tenderse, inmóvil y silenciosa. Philip había sentido un instantáneo remordimiento por sus palabras, pues no bien dichas notó una punzada en el corazón; pero los ojos fijos y dilatados de Sylvia le dejaron mudo y quieto, como hechizado.

Corrió hacia la cama donde ella estaba echada, y medio arrodillado y medio tendido sobre el lecho, le imploró perdón; sin importarle en ese momento cualquier consecuencia perjudicial que pudiera tener para ella, le pareció que debía obtener su perdón, su absolución a cualquier precio, aun cuando ambos murieran en el acto de reconciliación. Pero ella estaba sin habla, y, por lo que él podía ver, quieta, mientras la cama se movía por el temblor que ella no podía controlar.

El tono falto de comedimiento de Philip había llegado a oídos de la enfermera, que entró llena de justa indignación.

—¿Es que pretende matar a su esposa, señor? —preguntó—. No tiene fuerzas para riñas ni para que la reprendan, ni las tendrá hasta dentro de muchas semanas. ¡Váyase, y déjela en paz si quiere seguir llamándose hombre!

Su cólera se acrecentó al ver la cara vuelta de Sylvia. Tenía un color carmesí, y los ojos estaban inundados de una intensa emoción, los labios contraídos; pero un espasmo involuntario dominaba de vez en cuando su

decidida quietud. Philip, que no veía su cara, ignoraba el peligro en que estaba poniendo a su esposa, y le parecía que debía obtener de ella alguna palabra, un roce de aquella mano que yacía yerta entre las suyas, insensible a los besos con que ahora la cubría, con la impasibilidad de una piedra. La enfermera tuvo que agarrarlo por los hombros y sacarlo de la habitación.

Al cabo de media hora hubo que llamar al médico. Como es de suponer, la enfermera le dio su versión de lo acaecido por la tarde, con mucha animosidad en contra de Philip; y el médico consideró su deber mantener con él una seria conversación.

—Le aseguro, señor Hepburn, que en el estado en que se halla su esposa desde hace días fue poco menos que una locura por su parte mencionarle algo que pudiera causarle una fuerte emoción.

—¡Fue locura, doctor! —replicó Philip en tono desdichado.

El corazón del médico se conmovió, a pesar de las acusaciones de la enfermera contra Philip. Pero el peligro era demasiado serio para irse con chiquitas.

—Debo decirle que no puedo responder por su vida a menos que tome usted las mayores precauciones, y a menos que las medidas que voy a utilizar tengan el efecto que deseo en las próximas veinticuatro horas. Está al borde de una inflamación cerebral. Hay que evitar cualquier alusión al asunto que ha sido la causa última del estado en que se halla ahora, pues incluso una palabra fortuita podría hacérselo recordar.

Y siguió hablando; pero Philip pareció oír solo esto: que no podría expresar contrición, ni suplicar perdón, que debería sobrellevar ese estado de angustia sin absolución; e incluso si Sylvia se recuperaba, el doctor le advirtió que sería muy poco deseable recordarle lo ocurrido.

Todos, a lo largo de nuestra vida, hemos de pasar por tristísimos períodos de entereza y espera; y Philip tuvo una ración abundante de esa época en que el corazón, la voluntad, las palabras y el cuerpo deben obedecer al poderoso imperativo de la paciencia.

Durante muchos días, semanas incluso, se le prohibió ver a Sylvia, pues el solo sonido de sus pasos le provocaba la fiebre y el movimiento convulsivo. Sin embargo, por las preguntas que, en un hilo de voz, Sylvia le hacía a la enfermera, daba la impresión de haber olvidado todo lo ocurrido el día del ataque desde el momento en que se quedó dormida. Pero era difícil saber cuánto recordaba de lo ocurrido posteriormente. Cuando al final permitieron que Philip la viera, estaba mucho más tranquila. Pero él estaba un poco celoso

de su hija, al ver que ella sonreía a la pequeña, mientras que ni un músculo cambiaba de su cara por mucho que él hiciera o dijera.

Y un ejemplo de esta extrema frialdad y reserva fue su actitud hacia él cuando finalmente Sylvia se recuperó y pudo levantarse. Philip pensó muchas veces en las palabras que había pronunciado tiempo atrás, antes de que se casaran. Y eran un mal augurio.

«No puedo perdonar... y a veces creo que tampoco puedo olvidar».

Philip se comportaba con ella con un cariño que rayaba en la humildad. Pero nada la sacaba de su fortaleza de contención. Y él sabía que ella no era así, sabía que Sylvia era de carácter cariñoso, apasionado —vehemente, efusiva—, y no sabía cómo hacer regresar aquella naturaleza expresiva, aun cuando lo primero que expresara fuera cólera. Luego intentó enfadarse con ella; a veces, de manera consciente y a propósito, se mostraba injusto con ella, a fin de que Sylvia se defendiera y se quejara de su hostilidad. Pero al parecer, eso solo servía para alejarla más de él.

Si alguien hubiera sabido lo que ocurría en esa casa, mientras aún duraban esos sucesos sin que, de hecho, se llegara a ningún desenlace, se le hubiera encogido el corazón al ver a aquel hombre que permanecía junto a la puerta de la habitación en la que su esposa arrullaba a la recién nacida, le hablaba, reía con ella, o aplacaba las quejas de una anciana con toda la paciencia y amor que podía; y habría sentido lástima de ese pobre hombre que estaba ávido de esa profusión de cariño que se desparramaba por el aire insensible, y que solo furtivamente captaba los ecos de lo que debería haber sido suyo.

También era difícil quejarse; imposible, de hecho. Sylvia cumplía concienzudamente con sus deberes de esposa; pero el amor parecía haber desaparecido, y, en tales casos, ni reproches ni quejas pueden traerlo de vuelta. Así razonan quienes lo ven desde fuera, y están convencidos del resultado antes de hacer el experimento. Pero Philip no podía razonar, ni podía plegarse a la razón; y se quejaba y hacía reproches. Ella apenas le respondía; pero él pensaba que sus ojos expresaban las fatídicas palabras:

«No puedo perdonar... y a veces creo que tampoco puedo olvidar».

No obstante, no es novedad, y resulta hecho probado, que incluso en las naturalezas masculinas más cariñosas y estables, en las mejores épocas de su vida, hay sitio para otros pensamientos y pasiones que no sean los relacionados con el amor. Incluso los hombres más hogareños y afectuosos parecen mantener sus emociones en celdas distintas y apartadas de su vida presente. Durante todo ese tiempo, Philip tuvo otros pensamientos y ocupaciones que los relacionados con su esposa.

Un tío de su madre, un pequeño propietario de Cumberland cuya existencia prácticamente desconocía, murió en esa época, dejándole a su desconocido sobrino cuatrocientas o quinientas libras, por lo que su posición en el negocio sufrió un cambio importante. A partir de entonces aumentó su ambición: la humilde ambición que podemos esperar en un tendero de una población rural hace sesenta o setenta años. Siempre había tenido la meta de ser respetado por los hombres que le rodeaban, y en aquel momento quizá más que nunca, como una especie de refugio del profundo y triste dolor que le llegaba de otras direcciones. Quedó muy complacido cuando le nombraron ayudante del prioste de la parroquia; y, en previsión del mayor honor de que lo nombraran prioste, asistía regularmente dos veces a la iglesia los domingos. Había en él suficiente sentimiento religioso para disfrazarle la razón mundana de su comportamiento. Creía asistir porque le parecía correcto ir a la parroquia cada vez que había servicio; pero cabría preguntarse, al igual que en el caso de muchos otros, si se le hubiera visto en la iglesia con la misma regularidad de no haber sido una persona conocida. Pero esto no nos incumbe. El hecho es que asistía regularmente a la iglesia y deseaba que su esposa le acompañara al reservado, recién pintado, con su nombre en la puerta, donde se sentaba a la vista del pastor y la congregación.

Sylvia jamás había tenido costumbre de ir a la iglesia con tanta frecuencia, y le parecía una pesadez, y procuraba saltarse esa obligación siempre que podía. En sus días de soltera, ella y sus padres solían ir una vez al año a la iglesia principal de la parroquia donde se hallaba Haytersbank: el lunes posterior al día del santo católico al que la iglesia estaba dedicada, se celebraba una gran fiesta; y, el domingo antes de ese lunes, los parroquianos acudían a la iglesia desde todas partes. También era frecuente que, en el curso del año, Sylvia acompañara a uno u otro de sus padres al servicio vespertino de Scarby Moorside, en la época en que se había recogido el heno, y el maíz aún no estaba para segarse, o las vacas estaban secas y no había ordeño en la tarde. Muchos clérigos estaban apáticos en aquella época, y no les preocupaban las razones por las que había tan pocos fieles en las parroquias rurales.

Ahora que Sylvia estaba casada, el asistir semanalmente a la iglesia, algo que Philip parecía esperar de ella, se convirtió en un vínculo y una pequeña molestia, relacionado con esa vida de respetabilidad y prosperidad que ahora llevaba. Pero una corteza de pan y libertad estaba más acorde con la naturaleza de Sylvia que todas aquellas comodidades y esa vida de encierro. Otro deseo de Philip, contra el que Sylvia no protestaba, pero se rebelaba

constantemente de pensamiento y obra, era su deseo de que la criada que había contratado cuando su mujer estaba enferma para que cuidara del bebé lo sacara siempre que saliera a dar un paseo. Sylvia, ahora que estaba fuerte, pensaba que preferiría pasarse sin la responsabilidad de tener esa niñera, a la que en realidad temía. Lo único bueno de este arreglo era que disponía de libertad para atender a su madre en momentos en que se habría visto obligada a ocuparse del bebé; pero Bell podía muy poco: era fácil de complacer, nada exigente, y metódica incluso en su senilidad; conservaba el temperamento tranquilo y poco efusivo de su vida anterior ahora que le fallaba la facultad de la razón, que había estado en la base de su carácter. Disfrutaba muchísimo contemplando al bebé, y le agradaba poder cuidarlo un rato al día; pero se pasaba tanto tiempo dormitando que no mostraba ningún insistente deseo de hacerlo.

De modo que Sylvia procuraba encargarse ella misma del bebé en la medida de lo posible, a pesar de la niñera; y, sobre todo, lo sacaba de casa, suavemente acunado en sus brazos, la cabeza recostada contra su pecho, y lo llevaba hasta la libertad y soledad de la costa, en la parte occidental de la ciudad, donde los acantilados no eran tan altos y había arena y guijarros cuando bajaba la marea.

Una vez allí, se sentía todo lo feliz que se podía sentir en este mundo. La fresca brisa del mar le devolvió a sus mejillas parte del color de antaño, le alegró el ánimo; allí podía hablarle al bebé en ese idioma de cariño que nada significa; allí era todo suyo; no lo compartía con ningún padre, ni ninguna doncella quería imponerle su manera —por creerse más experta— de hacer las cosas. Sylvia le cantaba; lo arrojaba al aire; y la criatura gorjeaba y le devolvía las carcajadas, hasta que las dos se cansaban; y entonces Sylvia se sentaba sobre alguna roca, y se ponía a mirar las olas que avanzaban reflejando la luz del sol sobre sus crestas, y avanzaban, retrocedían, una y otra vez, como habían hecho toda su vida, al igual que cuando Sylvia y Kinraid se hicieron promesas de amor junto a ellas; esas crueles olas que, olvidando lo que habían hablado los felices amantes junto a sus aguas, se lo habían llevado y lo habían ahogado hasta matarlo. Cada vez que Sylvia se sentaba a contemplar el mar, se repetía el mismo proceso mental hasta llegar a ese punto; y sabía que el siguiente paso era esa pregunta que no se atrevía ni debía preguntar. Estaba muerto; tenía que estar muerto; ¿acaso no era la esposa de Philip? Y entonces recordaba aquellas palabras de Philip, nunca olvidadas, por mucho que quisiera apartarlas de su mente: «¿Y qué clase de mujer eres tú que sueñas así con otro hombre siendo una mujer casada?». Se

estremecía como si le hubieran hundido un frío acero en su cuerpo tibio cada vez que recordaba esas palabras; crueles, inocentemente provocadas. Estaban demasiado asociadas con dolores físicos para demorarse en ellas; solo su recuerdo estaba siempre allí. El precio de esos felices paseos con su bebé era la depresión que le esperaba al regresar a su oscura y cerrada casa; el exceso de comodidad era una opresión. Entonces, al verla su marido pálida y fatigada, se enfadaba, y a veces la reprendía por hacer algo tan innecesario como cargar con la niña. Ella sabía perfectamente que no era eso lo que la dejaba exhausta. Con el tiempo, cuando inquirió y descubrió que todos esos paseos iban siempre en la misma dirección, rumbo al mar, se puso celoso del amor de Sylvia por el inanimado océano. ¿Acaso lo relacionaba con Kinraid? ¿Por qué perseveraba ella, con frío o viento, en ir a la costa, y encima al lado occidental, donde, si se andaba lo suficiente, podía llegar a la desembocadura del barranco de Haytersbank, el lugar donde había visto a Kinraid por última vez? Tales fantasías asediaron la mente de Philip durante horas después de que ella le confesara adónde iba a caminar. Pero él no dijo ni una palabra que delatara que no le gustaba que Sylvia fuera a pasear por la costa, de otro modo ella le hubiera obedecido en eso, como en todo; pues la absoluta obediencia a su marido parecía ser la regla de su vida en ese período: ¡obedecerle a él, que de buena gana habría obedecido el deseo más nimio de ella, de haberlo expresado! Sylvia no sabía que Philip tenía un doloroso recuerdo de ese particular punto de la costa que ella evitaba instintivamente, tanto por obedecer a su deber como esposa como porque verlo le provocaba un gran pesar.

Philip solía preguntarse si el sueño que precedió a su enfermedad era la causa que tanto la atraía hacia la costa. Mucho había pensado en la enfermedad posterior a ese sueño, hasta el punto de que durante meses la visión de Kinraid no volvió a importunar sus sueños. Pero ahora aquel viejo sueño de Philip, en el que con tanta viveza veía a Kinraid junto a su cama, volvía a presentarse con terrible realismo. Le asaltaba noche tras noche, cada vez con algún nuevo detalle añadido; hasta que fue como si el destino que acaba alcanzando a todos los hombres llamara entonces a su puerta.

Philip prosperaba en sus negocios. Los hombres le elogiaban porque se iba enriqueciendo. Poseía perseverancia, capacidad para el trabajo mental y el cálculo, una seriedad y un sentido de la previsión que le habrían convertido en un gran comerciante de haber vivido en una gran ciudad. Casi sin esforzarse, y casi, también, sin que Coulson se diera cuenta de ello, Philip se había convertido en el socio principal; el que sugería y lo disponía todo, mientras

que Coulson solo llevaba a cabo los planes que emanaban de Philip. Su vida laboral se adaptaba a su personalidad: no aspiraba a una posición distinta, solo a desarrollar plenamente las capacidades que ya poseía. Ya había concebido varios planes nuevos relacionados con las mercancías de la tienda; y sus viejos patrones, pese a su amor por los métodos tradicionales y su desconfianza por todo lo nuevo, no tuvieron empacho en reconocer que los planes de sus sucesores habían sido un éxito. «Sus sucesores». Philip estaba satisfecho con ejercer el poder cuando hacía falta, y nunca mencionaba que aquellas mejoras eran, casi exclusivamente, obra suya. Es posible que, de haberlo expresado, hubiera sonado la alarma en la vanidad de Coulson, y no se hubiera mostrado tan aquiescente en el futuro. Pero de hecho siempre se le olvidaba su papel secundario, e invariablemente utilizaba el imperial «nosotros», «nosotros pensamos», «se nos ha ocurrido que», etcétera.

RESCATADO DE LAS OLAS

Mientras tanto, Hester iba y venía como siempre; de manera tan callada y metódica, con ese carácter sereno e imperturbable, que cuando todo iba bien en casa o en la tienda nadie se acordaba de ella. Era como una estrella, cuyo brillo solo se reconoce a veces en la oscuridad. Ella misma estaba casi sorprendida del creciente afecto que sentía por Sylvia. Jamás se le ocurrió que fuera capaz de amar a la mujer a la que tanto le había costado reconocer los méritos de Philip; y a causa de lo que había oído decir de Sylvia antes de llegar a conocerla, y de las furiosas palabras con las que Sylvia la recibió la primera vez que fue a Haytersbank Farm, Hester había procurado mantener una relación cordial con Sylvia, pero evitando un trato más íntimo. Pero su amabilidad con Bell Robson había conquistado el corazón de la madre y el de la hija; y a pesar de sí misma, y en contra del consejo de su madre, Hester se había convertido en amiga y asidua visitante de la casa.

Y lo cierto es que el cambio en la manera de ser de Sylvia, que apenaba e irritaba a Philip, la hacía más atractiva a ojos de Hester. Criada entre cuáqueros, aunque ella no lo fuera, admiraba la formalidad y el carácter pacífico común entre las jóvenes de la secta. Sylvia, a la que había imaginado voluble, locuaz, vana y terca, era callada, tranquila, una cuáquera nata: parecía no poseer voluntad propia; servía a su madre y a su niña por amor; obedecía a su marido en todo, y no parecían interesarle las diversiones ni las fiestas. Y no obstante, a veces pensaba Hester, o mejor dicho, le pasaba esa idea por la mente, que no todo iba tan bien como parecía. A Philip se le veía mayor, agobiado por las preocupaciones; es más, incluso Hester se vio obligada a reconocer que le había oído hablarle a su mujer en un tono brusco y ofendido. ¡La inocente Hester! Cómo iba a comprender que las cualidades que tanto admiraba en Sylvia eran precisamente ajenas al carácter de esta, hasta el punto de que su marido, que la conocía desde niña, se daba cuenta de que reprimía su naturaleza de una manera antinatural, y habría acogido con vítores cualquier palabra irascible o un gesto de terquedad por parte de ella con un inexpresable alivio.

Un día —fue en la primavera de 1798—, Hester se quedó a tomar el té con los Hepburn para, después de esa temprana colación, ayudar a Philip y Coulson a llevarse al almacén las franelas y telas de invierno, para dar paso a las de la nueva temporada. Tomaron el té a las cuatro y media; a eso de las cuatro cayó uno de esos intensos chaparrones de abril, y la lluvia, al golpear contra los cristales, despertó a la señora Robson de su siesta. Bajó las escaleras de caracol y encontró a Phoebe en la salita preparando el servicio de té.

Phoebe se llevaba mejor con la señora Robson que con su joven ama; y se pusieron a charlar de manera distendida, familiar. Un par de veces se asomó Philip, como si le alegrara ver dispuesta la mesa para el té; y cada vez que lo hacía le daba a Phoebe un arrebató de actividad, que cesaba en cuanto él se daba la vuelta, tanto deseaba que la señora Robson se pusiera de su parte en una pequeña disputa que había tenido con la doncella. Esta última se había apropiado de un poco de agua que Phoebe había calentado y necesitaba, y la había utilizado para lavar las ropas de la niña; era una larga historia, y habría acabado con la paciencia de cualquiera en plena posesión de sus facultades, pero los detalles estaban dentro de la capacidad de comprensión de Bell, y escuchó a Phoebe con enorme atención. Las dos mujeres perdieron la noción del tiempo; un tiempo importante para Philip, pues el trabajo extra que tenía previsto no iba a empezar hasta después del té, y era importante aprovechar las horas de luz.

A las cinco menos cuarto Hester y él entraron, y entonces Phoebe comenzó a apresurarse. Hester se sentó junto a Bell y se puso a hablar con ella. Philip se dirigió a Phoebe con la familiaridad de la gente del campo. De hecho, hasta que él se casó, Phoebe siempre le había llamado por su nombre de pila, y se le hacía muy difícil cambiar ahora a «señor».

—¿Dónde está Sylvie? —preguntó Philip.

—Ha salido con la niña —contestó Phoebe.

—¿Por qué no puede sacarla Nancy? —preguntó Philip.

Era la queja de siempre: Philip estaba cansado y hablaba con desabrimiento. Phoebe podría haberle explicado lo ocurrido; que Nancy estaba ocupada lavando, lo que habría sido razón suficiente. Pero la niñera la había ofendido, y no le gustó el tono de Philip, por lo que contestó:

—No es asunto mío; es cosa suya cuidar de su mujer y su hijo; pero después de todo no es usted más que un muchacho.

No eran palabras conciliadoras, y fueron la gota que hizo rebosar el vaso del malhumor de Philip.

—Hoy no me apetece tomar nada —le dijo a Hester cuando todo estuvo preparado—. Sylvia no está aquí, y nada va como debería. Iré a empezar el inventario. No te apresures, Hester; quédate y habla un rato con mi tía.

—Vamos, Philip —dijo Hester—. Estás muy cansado; tómate aunque sea una taza de té; Sylvia se enfadará si no tomas nada.

—A Sylvia tanto le da si ayuno o me atiborro —contestó él, apartando la taza con impaciencia—. Si le importara, habría procurado estar en casa y que todo se hiciera a mi gusto.

El hecho era que, por lo general, era el menos exigente de los hombres en cuanto a las comidas; y para hacerle justicia a Sylvia, ella mostraba una escrupulosa atención en el cumplimiento de los deberes domésticos en los que Phoebe la dejaba entrometerse, y siempre miraba por la comodidad de su marido. Pero Philip estaba demasiado irritado por su ausencia para darse cuenta de la injusticia que estaba cometiendo, ni tampoco era consciente de que Bell Robson había escuchado sus palabras. Y ahora esta se sentía triste y desconcertada, y se daba cuenta de lo ocurrido hasta el punto de pensar que su hija había desatendido un deber que Bell consideraba muy por encima de cualquier otro; y tampoco pudo convencerla Hester de que Philip no había querido decir eso, y menos apartar sus pensamientos de las palabras que la habían apenado.

Al poco llegó Sylvia, alegre y radiante, aunque sin aliento por haber andado deprisa.

—Oh —dijo, quitándose el chal mojado—, tuvimos que refugiarnos de la tormenta, la niña y yo. ¡Pero mirad! No le ha pasado nada, está igual de guapa que siempre, bendita sea.

Hester comenzó a expresar palabras de admiración hacia la niña para evitar que Bell le soltara a su hija el sermón que estaba segura iba a caerle a Sylvia; pero fue en vano.

—Philip se ha quejado de ti, Sylvia —dijo Bell, igual que le hablaba a su hija cuando esta era pequeña, grave y severa en el tono y la mirada más que en las palabras—. Se me ha olvidado el motivo, pero mencionó que siempre le desatiendes. No está bien, hija, no está bien; una mujer debería... Pero tengo la mente muy cansada, y lo único que puedo decir es que no está bien.

—¡Philip se ha estado quejando de mí, y a madre! —dijo Sylvia, a punto de echarse a llorar, de tan furiosa y ofendida como estaba.

—¡No! —dijo Hester—. Tu madre se lo ha tomado demasiado a pecho; Philip estaba un poco molesto porque el té no estaba a punto.

Sylvia no dijo más, pero el vivo color de sus mejillas palideció, y volvió a poner un ceño de preocupación. Se puso a quitarle al bebé la ropa que le había puesto para salir. Hester se quedó, deseosa de poner paz; miraba a Sylvia muy compungida, pues vio que sus lágrimas caían sobre la capita del bebé, y pareció que estaba a punto de pronunciar unas palabras de consuelo antes de volver a la tienda, donde sabía que la esperaban Philip y Coulson. Sirvió otra taza de té, se acercó a Sylvia y, arrodillándose junto a ella, le susurró:

—Llévale esto al almacén; si se la llevas tú misma, todo quedará arreglado.

Sylvia levantó la mirada, y entonces Hester pudo comprobar que había estado llorando. Para no inquietar a su madre, le respondió en un susurro:

—Lo único que me importa es que le haya hablado mal de mí a madre. Sé que intento con todas mis fuerzas ser una buena esposa para él, y es algo muy tedioso; más duro de lo que piensas, Hester, y habría estado en casa a la hora del té de no haber temido que la niña se mojara cuando estábamos junto al mar; y por eso nos refugiamos bajo una roca. Es muy triste volver a esta casa oscura y encontrarme con que madre está en contra mía.

—Llévaselo como una buena chica. Yo te aseguro que no tendrá nada más que decir. A veces un hombre se pone de malhumor cuando llega cansado, pensando que su mujer estará en casa para animarlo un poco, y descubre que se ha ido y no sabe por qué.

—Me alegro de haber tenido un bebé —dijo Sylvia—. Pero, por lo demás, ojalá no me hubiera casado nunca.

—¡Calla, chica, no digas eso! —dijo Hester, poniéndose en pie, indignada—. Eso que has dicho es un pecado. Si conocieras el triste destino de muchas personas... Pero no hablemos más de eso, ya no tiene remedio; venga, llévale el té, pues lo triste es pensar que ha estado todo este tiempo en ayunas.

El simple cambio de posición hizo que la voz de Hester se oyera más, y sus palabras llegaron a oídos de la señora Robson, que estaba haciendo punto junto a la chimenea.

—¿Ayunando? Ha dicho que tanto te daba si ayunaba o se atiborraba. ¡Hija! Eso no está bien; ve, llévale el té enseguida.

Sylvia se levantó y le entregó a la niña, a la que había estado amamantando, a Nancy —que, tras hacer la colada, había venido a encargarse de la criatura— para que lo llevara a la cama. Sylvia la besó con cariño, emitiendo un leve gemido de triste y apasionada ternura. A continuación le dijo a Hester, en tono desafiante:

—Iré con él porque madre me lo pide, y eso hará que se calme. —Y en voz más alta, dirigiéndose a su madre, añadió—: Madre, voy a llevarle el té, aunque no he podido evitar el llegar tarde.

Si el acto en sí fue conciliador, el espíritu en que se realizó fue todo lo contrario. Hester siguió a Sylvia hasta el almacén, quedándose un poco rezagada a propósito, pensando que su presencia podía ser un obstáculo al entendimiento de los esposos. Sylvia le acercó a Philip la taza y el platillo con el té y la mantequilla, pero evitó su mirada, y no pronunció ni una palabra de explicación, arrepentimiento o justificación. Philip habría preferido que dijera algo, aunque fueran palabras de enfado, a ese silencio. Quería hacerla hablar, pero no sabía cómo.

—¡Así que has vuelto a pasear por la costa! —dijo. Ella no le contestó—. No se me ocurre por qué siempre vas allí, cuando un paseo hasta Esdale habría sido más seguro, pues habrías encontrado mejor cobijo para ti y la niña con un tiempo como este. Un día de estos harás que la cría enferme.

Al oír eso, Sylvia levantó la mirada, se le movieron los labios como si fuera a decir algo. Oh, cómo deseaba Philip oír la pronunciar alguna palabra, a fin de poder iniciar una saludable riña y luego hacer las paces y besarse tiernamente, y susurrarle entonces su arrepentimiento por aquellas palabras irreflexivas, por su enfado desmesurado. Pero Sylvia había decidido no decir nada, por temor a expresar demasiada pasión, demasiada emoción. Solo cuando ya se marchaba, se volvió y le dijo:

—Philip, a madre no le quedan muchos años de vida; no la aflijas ni la pongas en contra de mí encontrándome defectos delante de ella. Nuestra boda fue un tremendo error, pero ante la pobre mujer finjamos que somos felices.

—¡Sylvie! ¡Sylvie! —la llamó Philip.

Probablemente ella le oyó, pero no se volvió. Él fue tras ella y la agarró del brazo con bastante rudeza; las serenas palabras de ella le habían herido hasta lo más hondo, pues parecían revelar una idea que no era reciente.

—¡Sylvie! —dijo él, casi brutalmente—. ¿Qué has querido decir? Exijo una respuesta.

Casi la zarandó: ella estaba un poco asustada ante su vehemencia, que tomaba por pura cólera, cuando no era más que el arrebató de un amor desesperado y no correspondido.

—¡Déjame ir! ¡Philip, me haces daño!

Justo en ese momento apareció Hester; ante su serena presencia, Philip se avergonzó de su comportamiento, y soltó a su esposa, que se alejó corriendo; entró corriendo en la habitación vacía de su madre, el único lugar solitario, y

allí estalló en ese llanto desconsolado que, sabemos de manera instintiva, acortará el número de nuestros días en la tierra si nos entregamos a él a menudo.

Cuando agotó ese primer estallido, se quedó débil y callada durante un rato, escuchando con medrosa expectación el sonido de las pisadas de Philip, que subían en busca de ella para la reconciliación. Pero algo lo retuvo abajo, y no llegó a subir. Fue su madre quien, en cambio, subía ahora las escaleras, pues tenía la costumbre de acostarse entre las siete y las ocho, y aquella noche se retiraba aún más temprano.

Sylvia se puso en pie de un salto y bajó la cortina, asumiendo una expresión y actitud lo más tranquila posible a fin de aliviar y confortar las últimas horas que su madre permanecería despierta. La ayudó a meterse a la cama con amable paciencia. Le hizo bien tener que controlarse para poder ayudar a su madre, aunque lo único que quería era estar sola e iniciar de nuevo un llanto descomedido. Cuando su madre se quedó dormida, Sylvia se fue a echarle un vistazo al bebé, que también dormía plácidamente. A continuación contempló el cielo nocturno, por encima de los tejados de las casas de enfrente, y el deseo de hallarse de nuevo bajo aquellos pacíficos cielos volvió a adueñarse de ella.

«Es mi único consuelo —se dijo—, y no hay ningún mal en ello. Habría estado en casa a la hora del té de haber podido; pero cuando él no me quiere, y madre no me quiere, y la niña está en mis brazos o dormida, bueno, entonces voy y lloro hasta no poder más bajo el inmenso cielo callado. No puedo quedarme en casa a que me ahoguen las lágrimas o para que él venga a regañarme o a hacer las paces».

De modo que se abrigó de nuevo y volvió a salir; esta vez recorrió la calle Mayor, y subió los largos tramos de escaleras que acababan en la iglesia parroquial, y allí se quedó, pensando que en ese lugar vio por primera vez a Kinraid, en el entierro de Darley, e intentó recordar la expresión de aquellas caras tristes y graves alrededor de la tumba abierta: toda la escena, de hecho; y se abandonó a los desdichados pesares que a menudo intentaba controlar. A continuación siguió andando, llorando amargamente casi sin darse cuenta; cruzó los campos altos y desolados que había en la cumbre de las colinas; campos delimitados por aisladas cercas de piedra, y alejados de donde habitaban los hombres. Pero, debajo, el mar se alzaba embravecido; era pleamar, y el viento soplaba racheado de tierra, combatiendo en vano las enormes olas que llegaban invencibles, con un rugido y un impotente y furioso embate contra la base de los acantilados.

Sylvia odiaba el ruido de la violenta acometida y rebote de aquellas aguas, que parecían la descarga de pesados cañones, siempre que, por un instante, se acallaba el sonido del viento que bramaba a rachas. Aquella tempestad de los elementos la tranquilizó más que si toda la naturaleza hubiera estado tan callada como ella había imaginado cuando estaba en casa y veía solo parte del cielo sereno.

Se fijó una meta hasta la que llegar antes de emprender el regreso. Era allí donde el perfil de la tierra se curvaba hacia dentro, bajando hasta una pequeña bahía. En ese lugar, el sendero que había seguido hasta ese momento descendía un tanto abruptamente hasta un grupo de casitas de pescadores al que apenas se podía denominar aldea; y luego el caminillo serpenteaba hacia arriba hasta alcanzar lo alto de los acantilados que se extendían durante millas y millas por la costa.

Sylvia se dijo que volvería a casa cuando viera la cueva que denominaban de Headlington. Desde que saliera de la ciudad no se había encontrado con nadie, pero nada más alcanzar los últimos peldaños de piedra que había para pasar la cerca, a fin de adentrarse en el campo desde el que descendía el sendero, se topó con varias personas; bastantes, de hecho; los hombres avanzaban en línea recta, tirando de una cuerda, o cadena, o algo parecido; muchachos, niños, y mujeres que llevaban bebés en brazos, como si todos hubieran coincidido en salir y compartir un interés general.

Se mantenían a cierta distancia del borde del acantilado, y Sylvia, tras avanzar un poco, comprendió lo que pasaba. Al otro extremo del cable había un paquebote que había naufragado, ahora visible entre las aguas, medio desmantelado, aunque la cubierta estaba llena de hombres aún con vida, por lo que permitía ver la última luz de la tarde. La embarcación se esforzaba por liberarse del poderoso cable; giraba la marea, el viento soplaba de tierra, y Sylvia supo, sin que nadie se lo dijera, que casi paralela a la costa había una línea de rocas sumergidas que había sido fatal para muchos barcos, igual que había sido para este, en caso de que hubiera intentado tomar el canal interior en lugar de seguir por mar abierto durante millas y luego entrar en línea recta en el puerto de Monkshaven. Y los barcos que se habían perdido de ese modo se habían encontrado en buen estado en comparación con aquel, que no parecía otra cosa que un casco sin mástil ni vela.

Por entonces, la multitud —los pescadores del villorrio de abajo, con sus esposas e hijos; solo faltaban los postrados en cama— había llegado al lugar donde estaba Sylvia. Las mujeres, presas de enorme excitación, se lanzaban hacia delante, animando a sus maridos con canciones y palabras, aun cuando

su presencia los estorbara; y de vez en cuando una de ellas corría hasta el borde del acantilado y gritaba con voz chillona unas palabras de esperanza a la tripulación de la cubierta que había abajo. No era posible saber si estos la oían o no; pero uno pensaría que cualquier sonido humano había de quedar ahogado a causa de tumulto tempestuoso del viento y las olas. Era generalmente una mujer con un niño en brazos quien les gritaba. Cuanto el cable se tensó aún más, y el cielo que pisaban se hizo más desigual, hicieron falta todas las manos para sujetarlo y tirar, y todas las mujeres que tenían las manos libres agarraron aquella cuerda de la que tantas vidas dependían. Y así fue llegando una larga hilera de seres humanos, negros contra el rojizo atardecer. Cuando se acercaron a Sylvia, una mujer le gritó:

—No te quedes sin hacer nada y tira con nosotros, hay muchas vidas en juego, y los corazones de muchas madres penden de este trozo de cáñamo. Cógelo, muchacha, y tira con fuerza, y Dios se acordará de ti cuando lo necesites.

Nada más tuvieron que decirle a Sylvia; le hicieron sitio, y al cabo de un momento la cuerda le rozaba las manos hasta que le pareció que se le quemaban las palmas. A ninguno se le ocurrió soltarla ni por un momento, aunque cuando todo acabó muchos tenían las manos en carne viva y sangrantes. Algunos pescadores fuertes y experimentados de vez en cuando hacían correr la voz por la fila, dando instrucciones acerca de cómo había que sujetarla; pero entre los demás, pocos tenían aliento o fuerzas para hablar. Las mujeres y niños les precedían, rompiendo las cercas de piedra para que no encontraran ningún obstáculo; hablaban sin parar, exhortando, animando, explicando. A partir de las palabras y frases fragmentarias que oyó, averiguó Sylvia que aquella embarcación se dirigía a Newcastle procedente de Londres, que se había adentrado por el peligroso canal interior para ahorrar tiempo, y que se había visto atrapada por la tormenta, resultando un navío demasiado frágil para soportarla; y que si, en virtud de un osado plan de los pescadores que habían visto la nave, el cable no hubiera llegado a la orilla, aquella se habría visto arrojada a las rocas hacía un buen rato, y «no se hubiera salvado nada».

—Aún era de día —explicó una mujer—, y estaban tan cerca que les he podido ver la cara. Estaban pálidos como cadáveres, y uno estaba de rodillas, rezando. Había un oficial del rey a bordo, pues le vi el dorado del uniforme.

—A lo mejor es de por aquí y venía a ver a su familia; pues no es normal que los oficiales del rey vayan en barcos que no sean de la armada.

—¡Eh! ¡Está oscureciendo! ¡Mirad las luces de las casas de la parte nueva! Está helando y la hierba cruje bajo nuestros pies. Hay que halar fuerte hasta que rodee esa punta, y luego ya estará en aguas tranquilas.

Hubo que hacer otro gran esfuerzo, y entonces pasó el peligro; la embarcación —o lo que quedaba de ella— estaba en el puerto, entre las luces y los alegres sonidos que provoca la salvación. Los pescadores bajaron saltando el acantilado hasta el muelle, ansiosos de ver a aquellos hombres cuyas vidas habían salvado; las mujeres, agotadas y muy alteradas, comenzaron a llorar. No así Sylvia; hacía ya rato que su fuente de lágrimas estaba agotada: su sentimiento principal era de satisfacción y enorme júbilo porque se hubieran salvado aquellas personas que hacía media hora estaban a un paso de la muerte.

Le habría gustado ver a los hombres y estrecharles la mano a todos. Pero tenía que volver a casa, y más le valía llegar a tiempo para cenar con su marido y que nadie advirtiera su ausencia. De modo que se separó de los grupos de mujeres que estaban sentadas en la hierba del camposanto, esperando el regreso de aquellos maridos que pudieran resistir la fascinación de las tabernas de Monkshaven. Mientras Sylvia bajaba los peldaños de la iglesia, se topó con uno de los pescadores que habían ayudado a la embarcación a entrar en el puerto.

—Había diecisiete hombres y niños a bordo, y un teniente de la armada que iba de pasajero. Ha sido una suerte que pudiéramos salvarlos. Buenas noches, ya verás como duermes mejor por habernos echado una mano.

Después del viento cortante de los acantilados, el aire de la calle se le hizo caliente y estadizo a Sylvia; en las tiendas y las casas decentes ya habían cerrado los postigos y se preparaban para irse a la cama. Ya brillaban algunas luces en las habitaciones de los pisos de arriba, y no se veía a casi nadie por la calle.

Rodeó el pasaje que subía del puerto y entró por la puerta privada. Todo estaba tranquilo; los cuencos de pan y leche que ella y su marido tenían costumbre de cenar estaban en la pantalla, ante la chimenea, y encima de cada uno de ellos había un plato. Nancy se había ido a la cama, Phoebe dormitaba en la cocina; Philip aún estaba en el almacén, colocando la ropa de invierno y haciendo inventario con Coulson, pues Hester se había ido a casa con su madre.

Sylvia no tenía ganas de ir a buscar a Philip, después de cómo se habían separado. Todo el desaliento de su vida se le hizo de nuevo presente una vez

en casa. Durante aquel intervalo de entusiasmo e interés se le había olvidado, pero ahora volvía a sentirlo.

Pero tenía hambre, estaba cansada, era joven. Cogió su cuenco, y mientras estaba comiendo oyó llorar a la niña en el piso de arriba, y subió corriendo. Cuando la hubo amamantado y dormido entró en el dormitorio de su madre, atraída por un ruido poco habitual.

Se encontró a la señora Robson despierta, desasosegada y enferma; no dejaba de mencionar lo que Philip había dicho, en su enfado, en contra de Sylvia. Era necesario que se quedara con ella; de manera que Sylvia salió furtivamente y bajó rápidamente las escaleras para ver a Philip, que ahora estaba sentado, rendido, comiendo la cena sin apetito; le dijo que iba a pasar la noche con su madre.

Él asintió con pocas e indiferentes palabras, o eso le pareció a ella, por lo que Sylvia no le contó lo que había visto y hecho esa noche, ni entró en detalles acerca de la indisposición de su madre.

En cuanto Sylvia hubo salido, Philip depositó sobre la mesa su cuenco de pan y leche a medio acabar, y hundió la cara en los brazos doblados. La mecha de la vela se tornó larga y negra, y cayó, y chisporroteó y se consumió; y él siguió sentado, ignorante de la extinción de la vela y del fuego gris pálido, que por fin se apagó.

UNA APARICIÓN

La señora Robson pasó muy mala noche. Desagradables pensamientos la acecharon y desconcertaron, y ni dormía ni estaba despierta, sino que hablaba y se movía presa de una gran agitación.

Sylvia se echó junto a ella, pero no durmió mucho, y al final prefirió sentarse en la butaca que había junto a la cama. Allí se quedó traspuesta sin querer; la escena de la noche anterior parecía repetirse; los gritos de numerosas personas, el poderoso rugido y embate de las olas amenazantes, se reiteraba en sus oídos; y algo le decían a través de todos esos ruidos en conflicto, pero no podía entender lo que era, aunque se esforzaba por escuchar el ronco murmullo que, en su sueño, parecía transmitirle un significado que le era de enorme importancia.

Ese sueño, ese sonido misterioso e inteligible solo a medias, le regresaba cada vez que se dormía, y lo que más la preocupaba era no poder oír las palabras que le decían, hasta que al final se quedó sentada muy erguida, decidida a no cerrar más los ojos. Su madre hablaba, medio inconsciente; era evidente que las palabras de Philip de la noche anterior seguían rondando por su cabeza.

—Sylvie, si no eres una buena esposa para él, me romperás el corazón. Una mujer debe obedecer a su marido, y no hacer lo que se la antoje. Yo nunca salía de casa sin pedirle permiso a tu padre.

Y a continuación comenzó a llorar de modo lastimero, y a decir cosas inconexas, hasta que Sylvia, para consolarla, le cogió la mano y le prometió que jamás saldría de casa sin pedirle permiso a su marido, aunque al hacer esa promesa se dijo que estaba sacrificando la única alegría que le quedaba para tener contenta a su madre; pues sabía perfectamente que Philip siempre tenía algo que objetar a esos paseos que a ella le recordaban su antigua vida al aire libre.

Pero habría prometido lo que fuera para consolar y animar a su madre; y aquella misma mañana que estaba empezando, debía ir a pedirle a Philip permiso para un simple recado o rompería su palabra.

Sabía por experiencia que nada calmaba tanto a su madre como una infusión de melisa; a lo mejor esa hierba poseía poderes sedantes; a lo mejor no era más que fe, y una experiencia a menudo repetida, pero lo cierto es que siempre la tranquilizaba; y más de una vez, durante el desasosiego de esa noche, la señora Robson la había pedido; pero a Sylvia se le había acabado la provisión de hojas del año pasado. Sin embargo, sabía que crecía una planta en un rincón resguardado del jardín de Haytersbank Farm; sabía que los inquilinos que se habían instalado después de ellos habían tenido que marcharse a causa de un fallecimiento, y que ahora el sitio estaba abandonado; y había pensado que si podía dejar a su madre sola una vez hubiera amanecido, y hubiera amamantado al bebé, podría llegarse a buen paso a su antigua granja y coger unos tiernos ramitos que estaba segura de encontrar.

Pero ahora tenía que ir a pedirle permiso a Philip; y hasta que no tuvo a la niña en brazos deseó amargamente estar libre de las cadenas y deberes del matrimonio. Pero el roce de los dedos céreos de la niña, el agarro de su boquita, la calmó, dejándola dócil y de buen humor. Se la entregó a Nancy para que la vistiera, y lentamente abrió la puerta del dormitorio de Philip.

—¡Philip! —dijo en voz baja—. ¡Philip!

Él despertó bruscamente de sus sueños; soñaba con ella, que estaba enfadada. Él la vio allí, pálida tras su vigilia y sus angustias nocturnas, pero mansa y suplicante.

—¡Madre ha pasado muy mala noche! Ha pensado que le iría bien una infusión de melisa, pues siempre la calmaba; pero la mía se ha acabado, y seguro que hay en lo que antes era el jardín de Haytersbank. Padre plantó una mata para que nunca le faltara a madre, cerca del viejo saúco; y siempre brotaba temprano; y si no te importa, me gustaría llegarme hasta allí cuando se quede dormida. Volveré dentro de una hora, no son ni las siete.

—No te canses tanto corriendo, Sylvie —dijo Philip con severidad—. Me levantaré e iré yo mismo o, mejor aún —añadió, al ver cómo se le ensombrecía el gesto a su esposa—, ve tú misma; es solo que me da miedo que te canses.

—No me cansaré —dijo Sylvia—. Antes de casarme corría un tramo mucho más largo que ese para ir a buscar las vacas antes de desayunar.

—Bueno, ve si quieres —dijo Philip—. Pero antes come algo, y no corras; no hay necesidad.

Pero antes de que Philip pronunciara esas últimas palabras, Sylvia ya se había puesto el sombrero y el chal y había partido.

La larga calle Mayor estaba casi vacía a esa hora; uno de sus lados estaba completamente cubierto por la fría sombra de la mañana, que se extendía sobre la acera y reptaba por las casas de enfrente hasta que solo el piso superior reflejó la rosácea luz del sol. Sylvia subió el camino de la colina, atravesó el agujero que había en la cerca de piedra, cruzó los campos mojados de rocío y tomó el camino más corto que conocía.

Solo una vez había estado en Haytersbank desde el día de su boda. En aquella ocasión, el lugar le pareció extrañamente cambiado a causa de los numerosos niños que jugaban ante la puerta abierta, y cuyos juguetes y ropas se desperdigaban por el cuarto de estar y hacían que aquella escena de desorden y confusión se pareciera más a la cocina de los Corney de épocas anteriores que a la pulcra y silenciosa morada de su madre. Aquellos chavales ahora no tenían padre; y la casa estaba cerrada, a la espera de la llegada del nuevo inquilino. No había postigos; la ventana baja y alargada parpadeaba con los rayos de sol de la mañana; las puertas de la casa y el establo estaban cerradas, y también se echaban de menos las aves de corral a la búsqueda de granos de maíz o de las primeras lombrices. Era un silencio extraño y poco habitual, y produjo una solemne impresión en la mente de Sylvia. Solo un tordo, en el antiguo huerto que había en la hondonada, invisible desde donde ella se encontraba, silbaba y gorjeaba una continua y estridente melodía.

Sylvia pasó lentamente junto a la casa y bajó el sendero que conducía al huerto, ahora abandonado y agreste. Vio que los últimos inquilinos habían instalado una bomba de agua, y le molestó la innovación, como si el pozo junto al que pasaba pudiera percibir el insulto. Sobre él crecían dos espinos, y tiempo atrás, Sylvia solía sentarse sobre el tronco doblado de uno de ellos: el encanto de aquella posición venía acrecentado por el posible peligro de caer en el pozo y ahogarse. La cadena oxidada, sin usar, se enrollaba alrededor del torno; el cubo, de tan seco, se caía a pedazos. Un gato escuálido salió de uno de los edificios anexos a la casa y maulló lastimeramente de hambre; acompañó a Sylvia hasta el jardín, como si le alegrara disfrutar de compañía humana, aunque negándose a permitir que lo tocaran. Al igual que en otras épocas, crecían las primulas en los lugares resguardados; y hacía que aquella tierra inculta pareciera menos abandonada que el jardín, donde las malas hierbas del año anterior se pudrían y cubrían el suelo.

Sylvia se abrió paso a través de las matas de moras hasta la parcela donde estaban las hierbas medicinales, y arrancó las tiernas hojas que había ido a buscar; mientras lo hacía no dejaba de suspirar. A continuación volvió sobre

sus pasos; se detuvo junto a la puerta, entró en el porche y besó la madera inerte.

Intentó engatusar al descarnado gato para que subiera a sus brazos, con la intención de llevarlo a casa; pero solo consiguió asustarlo, y huyó corriendo de vuelta a su refugio, dejando una estela verde sobre el rocío blanco del prado. Entonces Sylvia puso rumbo a su casa a buen paso, pensando, recordando; y en los peldaños de la cerca que daba al camino se detuvo en seco.

Había alguien en el sendero, al otro lado de esa brecha; estaba de espaldas al sol; todo lo que vio fue su uniforme de oficial de la marina, tan conocido en Monkshaven aquellos días.

Sylvia pasó casi corriendo a su lado, sin mirarle otra vez, aunque sus ropas casi rozaron las de él, que seguía allí de pie. No había caminado un metro... no, ni medio metro, cuando el corazón le dio un brinco y luego se detuvo en seco, como si le hubieran disparado.

—¡Sylvia! —dijo el hombre, con una voz trémula de alegría y amor apasionado—. ¡Sylvia!

Ella giró la cabeza; él se había vuelto un poco, de modo que la luz le daba directamente a la cara. Estaba bronceado, y tenía las arrugas más marcadas, pero era la misma cara que había visto por última vez en el barranco de Haytersbank tres años atrás, y que ya no pensaba volver a ver con vida.

Él estaba cerca de ella, y extendió las manos; ella se lanzó a sus brazos, como atraída por una vieja fascinación; pero cuando ya iban a rodearla, se apartó bruscamente, soltó un tremendo y desgarrador chillido y se llevó las manos a la frente como si quisiera disipar una niebla que la desconcertara.

Entonces Sylvia le miró una vez más, y en sus ojos apareció una terrible historia, de haberla podido leer él.

Por dos veces abrió ella los labios para hablar, y dos veces las palabras fueron ahogadas por el ímpetu de su desdicha, que las devolvió a las profundidades de su corazón.

Él pensó que la había abordado de manera demasiado abrupta, e intentó calmarla con suaves murmullos de amor y atraerla de nuevo a sus brazos extendidos y anhelosos. Pero cuando ella vio ese movimiento hizo un gesto como de apartarlo; y con un inarticulado gemido de dolor, se llevó una vez más las manos a la cabeza, y dando media vuelta comenzó a correr a ciegas hacia la ciudad en busca de protección.

Durante unos momentos él se quedó atónito ante ese comportamiento; pero lo achacó a la conmoción que le había provocado su presencia, y a que

ella necesitaba tiempo para asimilar esa alegría inesperada. De modo que la siguió a paso veloz, sin perderla de vista, pero sin intentar adelantarla.

«He asustado a mi pobre amor», no dejaba de pensar. Y mediante este pensamiento intentó reprimir y moderar la velocidad que deseaba dar a su paso; sin embargo, estaba tan cerca de ella que el oído aguzado de Sylvia captó los conocidos pasos que la seguían, y se le pasó por la cabeza la delirante idea de que debería dirigirse al ancho río y acabar allí la desesperada desdicha que sentía que la rodeaba. Las impetuosas aguas que la marea matinal llevaba tierra adentro eran el mejor lugar donde esconderse de los reproches humanos y las mortales aflicciones.

Nadie sabe por qué cambió de opinión; quizá fue el pensar en su pequeña; quizá en su madre; quizá un ángel de Dios; nadie en todo el mundo lo sabe, pero mientras corría a lo largo del muelle de pronto llegó ante una entrada y se coló por una puerta abierta.

Él, sin dejar de seguirla, llegó a un silencioso vestíbulo a oscuras donde había una mesa sobre la que se disponían un mantel y tazas y platillos para el desayuno; el brusco paso del resplandor del sol a las profundas sombras de esa sala le hicieron pensar, en un primer momento, que Sylvia había pasado de largo, y que allí no había nadie; por un instante se quedó desconcertado, y no oyó otro sonido que el latido de su corazón; pero un irreprimible sollozo le obligó a volverse, y la vio acurrucada detrás de la puerta, la cara cubierta, cerca de él, sacudida de pies a cabeza por unos violentos temblores.

—¡Amor mío, querida! —dijo acercándose a ella e intentando levantarla y apartarle las manos de la cara—. Me he presentado demasiado bruscamente: ha sido una imprudencia; pero he esperado tanto este momento, y al ver que te acercabas por el prado, y pasabas junto a mí... pero debería haber ido con más cuidado. ¡Venga! Deja que vea otra vez tu hermosa cara.

Todo esto lo susurró con el tono de las artimañas del amor, con esa voz que ella tanto había anhelado oír, y no había oído, a pesar de todo su anhelo, excepto en sueños.

Sylvia intentó acurrucarse aún más en el rincón, oculta entre las sombras: hundirse en la tierra, para que no la viera.

Él volvió a hablar, suplicándole que levantara la cara, que le dejara oír su voz.

Pero ella solo gimió.

—¡Sylvia! —dijo él, pensando que podría cambiar de táctica, y hacerla hablar fingiendo suspicacia y ofensa—. ¡Sylvia! Cualquiera diría que no te alegras de volver a verme. Vine ayer por la noche, y lo primero en que he

pensado nada más levantarme ha sido en ti; ha pasado mucho tiempo desde que me marché.

Sylvia apartó las manos de la cara; estaba gris como la cara de la muerte; tanta era su desesperación que en los ojos de ella no había pasión.

—¿Dónde has estado? —le preguntó ella; habló lentamente y con voz áspera, como si las palabras se le hubieran estrangulado en su interior.

—¡Que dónde he estado! —dijo él, y una luz roja apareció en sus ojos mientras se inclinaba sobre ella; en ese momento, una sospecha real, y no fingida, le pasó por la cabeza—. ¡Que dónde he estado! —repitió, acercándose un poco más a ella y cogiéndole la mano, ahora sin ternura, sino con la decisión de averiguar la verdad—. ¿Acaso tu primo... Hepburn, quiero decir... no te lo contó? Vio cómo la patrulla me apresaba... Le di un mensaje para ti... Te pedía que me fueras fiel como yo lo sería contigo.

Hacía una pausa entre frase y frase, anhelando que ella dijera algo; pero Sylvia calló. Sus ojos se dilataron y mantuvo la mirada fija de él prisionera como por un hechizo mágico: ninguno podía apartar la mirada del otro, las dos idas, escrutadoras. Cuando él calló, ella quedó un momento en silencio, a continuación soltó un grito desgarrador y brutal.

—¡Philip!

No hubo respuesta.

El grito fue aún más desgarrador.

—¡Philip!

Su marido se hallaba en el almacén, que quedaba un tanto lejos, completando la tarea de la noche anterior antes de abrir la tienda; también antes del desayuno, para que su mujer no le encontrara esperando e impaciente.

Philip oyó aquel grito; atravesó puertas, el aire inmóvil, los grandes fardos de prendas de lana; Philip pensó que Sylvia se había hecho daño, que su madre estaba peor, que la niña se había puesto enferma, y se apresuró hacia el lugar de donde venía el grito.

Al abrir la puerta que separaba la tienda de la sala, vio la espalda de un oficial de la marina, y a su esposa en el suelo, hecha un ovillo; cuando ella le vio entrar, se levantó ayudándose de una silla, avanzando a tientas, como una ciega, y se quedó de cara a él.

El oficial se dio la vuelta de manera violenta, y se habría acercado a Philip, que estaba tan perplejo por esa escena que aún no entendía quién era el desconocido, de no haberse dado cuenta por un instante que Philip veía cumplido su mayor temor.

Pero Sylvia le puso a Kinraid una mano en el brazo, y se arrogó el derecho a hablar. Philip no reconoció su voz, tan cambiada estaba.

—Philip —dijo—, este es Kinraid, que ha vuelto para casarse conmigo. Está vivo; no murió, sino que se lo había llevado la patrulla. Y dice que tú lo viste, y lo has sabido todo este tiempo. Dime, ¿es verdad?

Philip no supo qué decir, ni adónde volverse, tras qué palabras o gestos ocultarse.

La influencia de Sylvia tenía callado a Kinraid, pero no iba a surtir efecto durante mucho tiempo.

—¡Habla! —gritó Kinraid por fin, soltándose de la mano de Sylvia y acercándose a Philip con gesto amenazador—. ¿No te pedí que le contaras lo que había pasado? ¿No te pedí que le dijeras que le sería fiel y que ella me fuera fiel a mí? ¡Maldito bribón! ¿Se lo has ocultado todo este tiempo, y has dejado que me creyera muerto o desleal? ¡Toma!

Alzó el puño para golpear a Philip, que tenía la cabeza gacha de vergüenza y remordimiento, pero Sylvia se interpuso rápidamente entre el golpe y su víctima.

—Charley, no le pegues —dijo—. Es un maldito bribón —y esto lo dijo con un tono duro, sereno—, pero es mi marido.

—¡Oh, corazón falsario! —exclamó Kinraid, volviéndose contra ella—. Si alguna vez he confiado en una mujer, fue en ti, Sylvia Robson.

Hizo como si la apartara de él, con un gesto de desprecio que se le clavó en lo más hondo.

—¡Oh, Charley! —gritó ella, abalanzándose hacia él—, no me hieras así. Ten compasión de mí, aunque él no haya tenido. Yo te amaba mucho; cuando me dijeron que te habías ahogado se me destrozó el corazón. Todo el mundo lo decía: padre, los Corney. Encontraron tu sombrero y esa cinta que te di empapados de agua salada; y me pasé todo el día llorando por ti... No me des la espalda; escucha lo que tengo que decirte, y luego mátame si quieres, que te daré mi bendición. Desde entonces no he sido la misma; no he dejado de sentir que el sol se oscurecía y el aire se helaba cuando pensaba en la época en que estabas vivo. ¡Es cierto, Charley, amor mío! Y pensaba que habías muerto para siempre, y deseaba estar a tu lado. ¡Oh, Charley! Philip, dile que todo eso es cierto. Philip, ¿no es verdad?

—¡Ojalá estuviera muerto! —gimió Philip, desdichado y culpable.

Pero ella se había vuelto hacia Kinraid, y le hablaba a él, y ninguno de los dos oía ni prestaba atención a Philip; cada vez estaban más cerca: ella, con las mejillas y los ojos encendidos, hablando apasionadamente.

—Y a padre lo metieron preso, y todo por liberar a unos hombres que la patrulla había apresado mediante una sucia jugarreta; y se lo llevaron a la cárcel de York, lo juzgaron y lo ahorcaron. ¡Lo ahorcaron, Charley! El bueno de padre fue ahorcado en el cadalso. Y madre perdió la razón y se volvió como una niña de tanto dolor, y nos iban a echar de casa, y mi pobre madre loca... y pensaba que estabas muerto... ¡Oh, pensaba que estabas muerto! ¡De verdad, Charley! ¡Charley!

En aquel momento estaban ya uno en brazos del otro, ella con la cabeza apoyada en su hombro, llorando como si se le partiera el corazón.

Philip fue hacia ellos y la agarró para apartarla; pero Charley la sujetaba con fuerza, desafiando sin palabras a Philip. Inconscientemente, ella protegía a Philip, en esa hora de peligro, de un golpe que lo habría matado de haber tenido Kinraid la voluntad de acabar con la vida de Philip.

—¡Sylvie! —dijo, agarrándola con fuerza—. Escúchame. Él no te amaba como yo. Había amado a otras mujeres. Y yo... yo solo te amaba a ti. Él había amado a otras chicas antes que a ti, y las había ido abandonando. Yo... Ojalá Dios librara a mi corazón de este dolor; pero lo tendré hasta que muera, me ames o no. Y... ¿por dónde iba? ¡Ah! La noche del día en que se lo llevaron, estaba pensando en ti y en él; y podría haberte dado su recado, pero oí a unos que le conocían bien hablar de él, y mencionaron su inconstancia y su falsedad. ¿Cómo iba yo a saber que a ti te sería fiel? Pudo ser un pecado, no lo sé; ya no tengo sentimientos ni razón. Solo sé que te amé como ningún hombre ha amado antes. Ten piedad de mí y perdóname, aunque solo sea por lo mucho que me ha atormentado mi amor.

Philip la miró con un febril anhelo que se disipó en desesperación cuando ella no dio señal ni de haber oído sus palabras. Él le soltó la mano, y el brazo le cayó inerte a un lado.

—Podría morir —dijo Philip—, pues mi vida ha terminado.

—¡Sylvia! —exclamó Kinraid, atrevido y ardiente—. Este matrimonio no es tal. Te casaste con engaños. Eres mi esposa, no la suya. Yo soy tu marido; nos prometimos. ¡Mira! Aquí está mi mitad de los seis peniques. —Se la sacó del pecho, atada con una cinta negra alrededor del cuello—. Cuando me desnudaron y me registraron en una prisión francesa, conseguí guardarlo. Ninguna mentira puede romper el juramento que nos hicimos. Puedo olvidar esta farsa de matrimonio. Gozo del favor de mi almirante, que hará lo que sea por mí y me respaldará. Ven conmigo; tu matrimonio será anulado y podremos casarnos, en paz y de manera legítima. Vamos. Deja que este condenado individuo se arrepienta de la jugarreta que le hizo a un honesto

marinero; nos seremos fieles, a pesar de todo lo que ha ocurrido. Vamos, Sylvia.

Le rodeaba la cintura con el brazo, y la arrastraba hacia la puerta; Kinraid estaba encarnado de entusiasmo y esperanza. Justo en ese momento lloró la niña.

—¡Escucha! —dijo Sylvia, separándose de Kinraid—. Mi hija me llama. Su hija... Sí, es su hija... Lo había olvidado... Lo había olvidado por completo. Voy a hacer mi juramento ahora, para que no se me olvide. Nunca perdonaré a este hombre, ni volveré a vivir con él como su esposa. Eso ha terminado para siempre. Ha destrozado mi vida... me la ha destrozado para siempre; pero ni tú ni él echaréis a perder mi alma. Es algo muy duro para mí, Charley, de verdad. Te daré solo un beso... un pequeño beso... y luego, Dios me asista, no volveré a verte ni a saber de ti hasta que... No, esto no, nada de todo esto es necesario... Nunca volveré a verte... eso es seguro... nunca volveré a verte en esta vida, ¡así que ayúdame, Señor! Estoy atada de pies y manos, pero me he comprometido con él tanto como contigo: hay cosas que haré y otras que no. Bésame una vez más. ¡Dios me asista, se ha ido!

UN ALISTAMIENTO INSENSATO

Sylvia se dejó caer sobre una butaca, los brazos inertes, la cara oculta. De vez en cuando un estremecimiento le recorría el cuerpo: no dejaba de hablar sola en voz baja, con incontinencia de palabras.

Philip estaba a su lado, inmóvil: no sabía si se daba cuenta de su presencia; de hecho, lo único que sabía era que él y ella habían roto para siempre; solo podía pensar en eso, que adormecía todo otro pensamiento.

Una vez más la pequeña gritó pidiendo lo que solo ella podía darle.

Sylvia se puso en pie, pero se tambaleó al intentar andar; sus ojos vidriosos se posaron sobre Philip cuando este, de manera instintiva, dio un paso para sostenerla. Pero los ojos de Sylvia no se iluminaron más que si hubiera visto a un extraño; ni siquiera se contrajeron de aversión. Otra figura ocupaba su mente, y veía a Philip igual que a esa mesa inanimada. Y esa manera de mirarlo le hirió más que cualquier signo de aversión.

La contempló subir pesadamente las escaleras y desaparecer; se sentó, sintiéndose de pronto extremadamente débil.

Se abrió la puerta que comunicaba la tienda y la salita. Eso fue lo primero que notó Philip; pero Phoebe, al volver del mercado, había entrado sin que él se diera cuenta con intención de llevarse las cosas del desayuno, y al ver que no las habían tocado, y sabiendo que Sylvia se había pasado la noche sentada junto a su madre, había vuelto a la cocina. Philip ni la había visto ni la había oído.

En aquel momento entró Coulson, asombrado de que Hepburn no hubiera aparecido por la tienda.

—¡Philip! ¿Qué te ocurre? ¡Tienes muy mala cara! —exclamó, muy alarmado ante el terrible aspecto de Philip—. ¿Cuál es el problema?

—¡Yo! —dijo Philip, serenándose lentamente—. ¿Por qué debería haber algún problema?

Su instinto, más veloz que su razón, quiso evitar que se notara su desdicha, y más aún tener que explicarse o que le compadecieran.

—Puede que no pase nada —dijo Coulson—, pero tienes cara de cadáver. ¡Temía que algo fuera mal, pues son más de las nueve y media y tú eres muy puntual!

Prácticamente mantuvo a Philip dentro de la tienda, mientras le vigilaba furtivamente, perplejo ante su extraño comportamiento.

También Hester observó la expresión descompuesta de la cara cenicienta de Philip, y sufrió por él; pero tras aquella primera mirada, que tanto le dijo, evitó observarle abiertamente. Solo una sombra apareció sobre su rostro dulce y sereno, y en un par de ocasiones suspiró para sí.

Era día de mercado, y la gente entraba y salía de la tienda con su provisión de chismorreos procedentes del campo o la ciudad, de la granja o del muelle.

Entre las últimas noticias, la más comentada fue el rescate del barco la noche anterior; y Philip no tardó en oír un nombre que le hizo prestar atención.

La patrona de una pequeña taberna frecuentada por marineros estaba hablando con Coulson.

—Había un marinero a bordo que conoció a Kinraid de vista, hace años, en Shields; y le llamó por su nombre antes de que los hubieran sacado del río. Y Kinraid no se dio aires, a pesar de su uniforme de teniente (¡y vaya, dicen que está muy guapo con él!); sino que le contó todo lo que le había pasado: que lo llevaron por fuerza a bordo de un buque de guerra, y que por su buena conducta le hicieron suboficial, o contramaestre o lo que sea.

Todos los clientes de la tienda estaban escuchando; solo Philip parecía concentrado doblando una tela para que no se le formara ninguna arruga; pero no se perdió una sílaba del relato de la buena mujer, la cual, complacida de tener cada vez más público, prosiguió con renovado vigor.

—Había un valeroso capitán, un tal Sidney Smith, a quien se le había metido en la cabeza entrar en un puerto francés y llevarse uno de sus barcos ante sus mismas narices; y va y dice: «¿Cuáles de vosotros, marineros ingleses, vendréis conmigo a la muerte o a la gloria?». Y Kinraid se levanta como un hombre y dice: «Yo iré con usted, capitán». De modo que ellos dos, junto con otro puñado de valientes, fueron a hacer lo que tuvieran que hacer, y fue una hazaña muy celebrada; pero fueron apresados por los franceses, quienes los llevaron a una cárcel francesa; hasta que un tal Philip... Philip no sé qué (me han dicho que era francés)... les ayudó a escapar en un bote de pesca. Y la escuadra británica que estaba en el canal les recibió como a héroes por haberles quitado un barco a los franceses en uno de sus propios puertos; y

al capitán Sydney Smith lo hicieron almirante, y al que llamábamos Charley Kinraid, el arponero, le hicieron teniente, y oficial de la armada de su Majestad; ¡y ahora es un hombre renombrado, y ha dormido en mi casa la noche pasada!

Un murmullo de aplauso, interés y regocijo zumbaba alrededor de Philip. Cuántas cosas sabía la gente de Kinraid, pero ¿sabían algo más? Todo Monkshaven se enteraría mañana... no, hoy... de la traición de Philip al héroe del momento, cómo había ocultado su destino y le había quitado a su amada.

Philip se acobardó ante el estallido de indignación popular que sabía debía seguir ahora. Cualquier injusticia cometida contra alguien que está en la cúspide del favor del público se la toma cada individuo como un agravio personal; y entre ese primitivo grupo de gentes del campo, que admitían la salvaje pasión del amor, tal como existe sin sujetarse a las ataduras de la razón y el autocontrol, cualquier relato de afectos frustrados, o de traición en tales asuntos, se extiende como el fuego.

Philip lo sabía perfectamente; solo con que Kinraid dijera una palabra, sabía que caería en desgracia. Tenía la cabeza gacha mientras escuchaba y reflexionaba. Medio decidió hacer algo; levantó la cabeza, vio el reflejo de su cara en el espejo que tenía delante, donde las mujeres podían probarse lo que deseaban comprar y decidir.

Lo que vio en el espejo fue su cara larga y pálida, más fea y más gris por el tremendo efecto de lo ocurrido por la mañana. Vio su figura encorvada, sus hombros encogidos, con una cierta sensación de disgusto ante su aspecto personal al recordar la complexión cuadrada y erguida de Kinraid, su hermoso uniforme, con charreteras y talabarte; su cara apuesta y bronceada, sus ojos oscuros, magníficos con el fuego de la pasión y la indignación; sus dientes blancos, que centelleaban con la terrible sonrisa del desdén.

La comparación hizo pasar a Philip del pasivo abatimiento a la activa desesperación.

Salió bruscamente de la tienda para entrar en la salita vacía, y de ahí a la cocina, donde cogió un trozo de pan y, sin prestar atención a las palabras y miradas de Phoebe, comenzó a comer antes de salir; pues necesitaba las fuerzas que pudiera darle la comida; las necesitaba para huir donde no pudieran verle ni saber de él todos los que estuvieran al corriente de lo que había hecho y le señalaran con el dedo.

Se detuvo un momento en la salita y a continuación, apretando los dientes, subió las escaleras.

En primer lugar entró en la pequeña habitación que comunicaba con la suya, donde dormía el bebé. Quería muchísimo a la niña, y muchas veces entraba y jugaba con ella; y retozando así habían pasado él y Sylvia los mejores momentos de su vida de casados.

La pequeña Bella estaba durmiendo; Nancy contaría posteriormente que Philip se arrodilló junto a la cuna, y que le pareció tan raro que pensó que estaba rezando, pues eran cerca de las once, y la gente en su sano juicio decía sus oraciones al levantarse y al acostarse.

A continuación se levantó, se inclinó hacia la niña y le dio un beso largo, suave, cariñoso.

De puntillas pasó a la habitación donde estaba su tía; ¡ella, que había sido para él una tan buena amiga! Agradeció que, en su estado actual, no fuera a enterarse de lo ocurrido, de que no le llegara el murmullo de la inminente vergüenza.

No pensaba volver a ver a Sylvia; temía ver su odio, su desprecio, pero allí estaba, delante de la cama de su madre, al parecer dormida. También la señora Robson dormía, la cara vuelta hacia la pared. Philip no pudo evitarlo; fue a contemplar a su mujer por última vez. Sylvia estaba vuelta hacia su madre, y Philip pudo ver las manchas de las lágrimas, los párpados hinchados, los labios aún temblorosos; se agachó y se dispuso a besar la mano que yacía inerte a un lado. Cuando su cálido aliento rozó esa mano, esta se apartó con un espasmo, y un estremecimiento recorrió el cuerpo postrado. Y entonces Philip supo que no estaba dormida, sino solo exhausta por el dolor: el dolor que él le había causado.

Exhaló un hondo suspiro; pero se alejó, bajó las escaleras y se marchó para siempre. Solo al entrar en la salita sus ojos captaron dos siluetas, una de él, la otra de Sylvia, dibujadas por algún artista ambulante, si así se le podía llamar. Colgaban de la pared en unos pequeños marcos ovalados de madera; eran unos perfiles negros, con la parte iluminada pintada en dorado, ejecutados con bastante torpeza; pero Philip subió, y tras contemplar a Sylvia durante unos minutos, cogió las siluetas y se las colocó debajo del chaleco.

Fue lo único que se llevó de su casa.

Salió por un callejón que daba al muelle. Allí estaba el río, y las aguas, dicen, poseen un poder de atracción, y una oscura promesa de descanso en la perpetua monotonía de su sonido. Pero, si tal tentación apareció en la mente de Philip, allí había demasiada gente; el ver a sus conciudadanos, quizá incluso algún conocido, le llevó a buscar otro callejón menos concurrido — abundan en la ciudad— que le llevara de nuevo a la calle Mayor, que cruzó

rápidamente hasta llegar a un conocido patio, del que partían unos toscos escalones que conducían a la cima de la colina y a los páramos que había más allá.

Emprendió la subida, jadeando. Al llegar arriba observó la pequeña ciudad que quedaba a sus pies, separada en dos partes por el refulgente río. A la derecha se veía el mar, centelleante en su eterno movimiento; había algunos mástiles que asomaban en el pequeño puerto; los tejados irregulares de las casas; y de todas esas, se preguntó mientras su mirada iba del puerto al mercado, ¿cuál era la suya? La distinguió por su aspecto poco corriente, y vio la delgada columna de humo azul saliendo de la chimenea de la cocina, donde ahora Phoebe estaba preparando la comida que él nunca más compartiría.

Aquel pensamiento le hizo ponerse de nuevo en marcha, sin saber ni importarle adónde se dirigía. Atravesó los campos arados en los que brotaba el maíz; bajó hasta el vasto y soleado mar, y le dio la espalda con odio; se fue tierra adentro, hasta los altos y verdes pastos; llegó hasta el breve césped de las tierras altas, donde la alondra revoloteaba «a las puertas del cielo^[40]». Siguió caminando, tan en línea recta y sin atender a las matas y los arbustos que el ganado negro y salvaje dejó de pastar y se lo quedó mirando con unos ojos grandes y asombrados.

Ahora ya había atravesado todos los cercamientos y paredes de piedra y se hallaba prácticamente en los desolados páramos marrones; pasó por entre el brezo y los helechos marchitos del año anterior, entre las espinosas aulagas, y aplastó los brotes tiernos de ese año, y tampoco prestó atención al asustado grito del chorlito, incitado por las furias. Lo único que podía aliviarle del pensar y recordar a Sylvia, sus palabras, sus gestos, era ese moverse de manera incesante y violenta.

De modo que siguió andando hasta que las sombras y las rosáceas luces de la tarde cayeron sobre los páramos.

Había cruzado caminos y senderos, había evitado la presencia de los hombres; pero ahora surgía un fuerte instinto de conservación, y sus miembros doloridos le hacía jaderar, su corazón agotado latía con fuerza, hasta que de pronto ya no pudo más y una niebla se le posó delante de los ojos, advirtiéndole que debía encontrar cobijo y comida o tenderse en el suelo y dejarse morir. Se cayó muchas veces; tropezaba al menor obstáculo. Había pasado los pastizales; se hallaba entre las ovejas de cara negra; y también estas dejaron de mordisquear y le siguieron con la mirada, y, de algún modo, la pobre y desvariada imaginación de Philip les encontró parecido con algunas personas de Monkshaven, gentes que debían de estar lejos, muy lejos.

—Se le hará aquí de noche si no se apresura —le gritó alguien.

Philip miró a su alrededor para ver de quién era esa voz.

Un pastor viejo, de piernas rígidas, vestido con un guardapolvo, estaba a unos doscientos metros de él. Philip no respondió, sino que fue tambaleándose hasta él.

—¡Dios santo! —exclamó el hombre—. ¿Dónde ha estado? Parece tan asustado que debe de haber visto al diablo.

Philip se recobró e intentó hablarle según el respeto debido; pero fue un esfuerzo lastimero de ver, de haber habido alguien cerca que pudiera comprender el dolor que le causaba a Philip reprimir los gritos de sufrimiento mental y corporal.

—Me he perdido, eso es todo.

—Y me parece que hubiera sido su final si no llego a aparecer yo por aquí detrás de las ovejas. Aquí al lado está el Three Griffins: un buen trago de ginebra holandesa le revivirá.

Philip le siguió a duras penas. No veía lo que tenía delante, y se guiaba por el sonido de los pasos del hombre más que por el movimiento de su cuerpo. Tropezaba continuamente; y sabía que el viejo pastor no dejaba de lanzarle maldiciones; pero también sabía que no había mala intención en aquellas palabras, solo enfado por haberlo retrasado a la hora de «ir a echarles un vistazo a sus ovejas». Y aunque las palabras del hombre hubieran expresado un odio desmedido, Philip ni se habría dado cuenta, y mucho menos molestado.

Llegaron a un agreste camino en la montaña, sin cerca que lo separara del páramo. A unos cien metros había una pequeña taberna, y desde donde estaban se distinguía el resplandor de su amplia y oblonga chimenea.

—¡Ahí! —dijo el hombre—. No tiene pérdida. Aunque cualquiera sabe, le veo bastante lerdo.

De modo que acompañó a Philip y se lo entregó sano y salvo al posadero.

—Aquí tienes a este individuo que me he encontrado en el páramo; parece que esté borracho; pero creo que está sobrio, solo un poco mal de la cabeza.

—¡No! —dijo Philip, sentándose en la primera silla que encontró—. Estoy bien; solo agotado: me he perdido. —Y se desmayó.

Había un sargento de reclutamiento de la marina sentado en el lugar, bebiendo. Él, al igual que Philip, se había perdido; pero estaba sacando provecho de ese error contándoles todo tipo de historias asombrosas a los dos o tres rústicos que estaban por ahí dispuestos a beber con cualquier excusa; sobre todo si podían conseguir buen licor sin pagarlo.

Cuando Philip se derrumbó, el sargento se puso en pie y se le acercó con su jarra de cerveza en la mano, en la que había echado un chorro de ginebra (mezcla llamada en Yorkshire «hocico de perro»). En parte vertió y en parte derramó un poco del brebaje sobre la cara de Philip; algunas gotas le entraron por los labios pálidos y separados, y con un sobresalto revivió.

—Tráigale algo de comer, posadero —exclamó el sargento—. Yo pagaré la cuenta.

Le trajeron un poco de tocino frío y un basto pan de avena. El sargento pidió sal y pimienta; cortó la comida a trozos pequeños, la aderezó, y se la administró a Philip con una cuchara; de vez en cuando instaba a Philip a que echara un trago de su jarra de «hocico de perro».

Una sed desaforada, que no necesitaba el estímulo de la sal ni de la pimienta, se apoderó de Philip, y bebió sin medida, sin darse cuenta de que era alcohol. Pronto le hizo efecto, pues era una persona sobria, y su imaginación se desbocó sin medida.

Vio al sargento ante él, apuesto, animado, enérgico, con su alegre uniforme rojo, despreocupado, o eso le pareció a Philip, tomándose la vida a la ligera; admirado y respetado en todas partes a causa de su vestimenta.

Si Philip fuera una persona alegre, vital, vestida como aquel hombre, y regresara con su gloria marcial a Monkshaven, ¿no volvería a amarle Sylvia? ¿No podría él conquistar su corazón? Él era valeroso por naturaleza, y la perspectiva del peligro no le amilanaba, si es que alguna vez se presentaba a su imaginación.

Creyó abordar con tacto el tema del alistamiento con su nuevo amigo, el sargento; pero este era veinte veces más astuto que Philip, y sabía por experiencia cómo cebar el anzuelo.

Philip superaba en algunos años el límite de edad impuesto para alistarse; pero en aquella época en que se necesitaban muchos hombres, era una cuestión de poca monta.

El sargento habló profusamente de las oportunidades que se le presentarían a un hombre de la educación de Philip; le dijo que sin duda ascendería; de hecho, a partir de las palabras del sargento, cualquiera hubiera dicho que lo difícil era seguir siendo soldado raso.

La cabeza aturdida de Philip le daba vueltas a la cuestión sin parar, y cada vez su capacidad de razonamiento era menor.

Al final, casi por arte de magia, Philip se encontró el fatal chelín en la palma de la mano^[41], y prometió acudir al magistrado más próximo para jurar

como infante de marina de su Majestad a la mañana siguiente. Y después de eso ya no recordaba nada más.

Se despertó sobre una pequeña carriola en la misma habitación que el sargento, que dormía de lo más contento; poco a poco, gota a gota, los amargos recuerdos del día anterior fueron llenando la copa de sufrimiento de Philip.

Sabía que había recibido la moneda de reclutamiento; y aunque era consciente de que en parte lo habían engañado, y no esperaba alcanzar, y tanto se le daban, de hecho, las oportunidades que tan liberalmente le habían prometido la noche antes, estaba resignado, con abatida pasividad, a cumplir su compromiso. Cualquier cosa que le separara de su vida anterior, todo lo que pudiera hacerle olvidar, si era posible, era bienvenido; y también era bienvenido todo lo que aumentara sus probabilidades de morir sin el pecado de hacerlo por su propia mano. En un oscuro rincón de su mente descubrió el cadáver de la fantasía de la noche anterior; que volvía a casa, apuesto y colmado de gloria, para ganar ese amor que nunca había sido suyo.

Pero esa idea solo le hizo suspirar, y la apartó enseguida de su imaginación, tan desesperado estaba. No tomó nada para desayunar, aunque el sargento pidió lo mejor. Este observaba a su nuevo recluta por el rabillo del ojo, esperando una protesta, o temiendo que echara a correr.

Pero Philip recorrió con él dos o tres millas en el más sumiso silencio, sin pronunciar una sílaba de arrepentimiento; y ante el juez Cholmley, de Holmfell Hall, juró servir a su Majestad bajo el nombre de Stephen Freeman. Con un nuevo nombre, comenzaba una nueva vida. ¡Pero, ah, las anteriores jamás se dejan atrás!

LO INEFABLE

En cuanto Philip hubo salido de la habitación, Sylvia se quedó completamente inmóvil, agotada. Su madre seguía durmiendo, felizmente inconsciente de toda la vorágine que había tenido lugar; sí, felizmente, aunque ese feliz sueño iba a acabar en muerte. Pero de todo esto su hija no sabía nada, e imaginaba que era un sueño reparador, en lugar de la vida que se consumía. Madre e hija permanecieron inmóviles hasta que Phoebe entró en el dormitorio para decirle a Sylvia que la comida estaba en la mesa.

En ese momento Sylvia se incorporó y se echó el pelo hacia atrás, perpleja, sin saber qué hacer; con qué cara iba a mirar a su marido, con quien había roto todo vínculo, repudiando la solemne promesa de amor y obediencia que había hecho.

Phoebe entró en el dormitorio, con un natural interés por la enferma, no mucho mayor que ella.

—¿Cómo está la señora? —preguntó, en voz baja.

Sylvia se volvió hacia su madre, y vio que no solo no se había movido, sino que respiraba de manera sonora y agitada; Sylvia se agachó para ver su cara más de cerca.

—¡Phoebe! —gritó—. ¡Ven! Se la ve rara; tiene los ojos abiertos, pero no me ve. ¡Phoebe! ¡Phoebe!

—¡Es verdad, está muy mal! —dijo Phoebe, subiéndose a la cama para ver mejor—. Levántale un poco la cabeza para que pueda respirar mientras voy a buscar al señor; supongo que mandará llamar al médico.

Sylvia tomó la cabeza de su madre y la apoyó cariñosamente contra su pecho, hablándole e intentando despertarla; pero no sirvió de nada, aquella respiración ronca y estertórea era cada vez peor.

Sylvia gritó pidiendo ayuda; acudió Nancy, con el bebé en brazos. Ya habían entrado varias veces aquella mañana; y la niña le sonreía y le gorjeaba a su madre, la cual sostenía a la suya, muerta.

—¡Oh, Nancy, Nancy! ¿Qué pasa con madre? Mira qué cara pone. ¡Dímelo enseguida!

Por toda respuesta, Nancy dejó a la niña sobre la cama y salió corriendo del cuarto, gritando:

—¡Señor! ¡Señor! ¡Venga enseguida! ¡La señora se está muriendo!

Sylvia ya se lo imaginaba, pero las palabras la impresionaron mucho, pero a pesar de todo fue incapaz de llorar; le sorprendió lo muertos que estaban sus sentimientos.

El bebé se arrastró hacia ella, y Sylvia tuvo que sostener y cuidar a su madre y a su hija. Pareció pasar mucho tiempo antes de que alguien acudiera, y entonces se oyeron voces apagadas, fuerte ruido de pasos: era Phoebe, que acompañaba al médico al piso de arriba, y Nancy venía detrás de él para oír su opinión.

El médico no hizo muchas preguntas, y quien contestó a la mayoría de ellas fue Phoebe, pues Sylvia miraba al hombre con una desesperación sin lágrimas, sin expresión, sin habla, que le hacía sufrir más que ver a la anciana agonizante.

El prolongado declinar de la salud y las facultades de la señora Robson, que el médico conocía perfectamente, le había preparado, en cierto modo, para ese repentino cese de la vida, cuya duración tampoco era muy deseable, aunque había dado diversas instrucciones para tratar su enfermedad; pero lo que realmente le alarmó fue la cara blanca y chupada de Sylvia, los ojos dilatados, el que apenas se diera cuenta de nada; y siguió haciendo preguntas, más para sacar a Sylvia de su enajenamiento, aunque fuera para llorar, que para obtener más información.

—Es mejor que le ponga unos almohadones detrás... no será mucho tiempo; ella no sabe que usted la sostiene, y solo conseguirá cansarse para nada.

Proseguía la terrible mirada de Sylvia: el médico pasó de las palabras a las obras, y suavemente intentó que la joven soltara a su madre. Ella se resistió; apoyaba la mejilla contra la cara inconsciente de su pobre madre.

—¿Dónde está Hepburn? —dijo—. Debería estar aquí.

Phoebe miró a Nancy, Nancy a Phoebe. Esta replicó:

—No está ni en casa ni en la tienda. Le he visto pasar por delante de la ventana de la cocina no hace ni una hora; pero ni William Coulson ni Hester Rose saben adónde ha ido.

Los labios del doctor Morgan se fruncieron para silbar, pero no emitió ningún sonido.

—¡Deme a la niña! —dijo de pronto.

Nancy la había quitado de la cama, donde había estado sentada hasta entonces, rodeada por el brazo de su madre. La niñera se la entregó al médico. No perdía de vista los ojos de la madre: vio que seguían a la niña, y se alegró. Le dio un pellizquito a la suave carne del bebé, que lloró de modo lastimero; repitió el pellizco, el mismo resultado. Sylvia colocó a su madre sobre la cama, y extendió los brazos hacia su hija, calmándola, gimiendo.

—¡Eso está bien! —dijo el doctor Morgan para sí—. Pero ¿dónde está el marido? Debería estar aquí.

Bajó las escaleras para preguntar por Philip; la pobre Sylvia, cuya salud le había preocupado desde aquellas fiebres que tuvo después del parto, sufría un ataque de angustia, que concluiría en el inevitable *shock*. Su marido debería estar con ella y ayudarla a superarlo.

El doctor Morgan entró en la tienda, donde solo estaba Hester. Coulson se había ido a cenar cómodamente a su impecable casa, con su esposa (una mujer del montón). Si había sentido alguna preocupación por el aspecto y la extraña desaparición de Philip, había conseguido darles una explicación satisfactoria.

Hester estaba sola con el nuevo dependiente; pocas personas entraban durante la universal hora de comer en Monkshaven. Apoyaba la cabeza en una mano, y estaba inquieta y desconcertada por muchas cosas: todo lo que implicaba lo ocurrido la noche antes entre Sylvia y Philip; y que quedaba confirmado por el miserable aspecto y abstraído comportamiento de Philip aquella mañana. ¡Oh, qué fácil le hubiera sido a Hester hacerle feliz! Y no solo le hubiera sido fácil, sino qué gran felicidad para ella hacer converger todos sus deseos hacia el superior propósito de satisfacer los deseos de Philip. ¡A ella, una simple observadora, el camino de la vida de casados, que debía llevar a la felicidad perfecta, le parecía tan sencillo! ¡Ah, y a menudo lo es! Pero las fuerzas que se resisten a que tal dicha y armonía sean posibles a menudo no son reconocidas por los espectadores, solo por los actores. Pero si estas fuerzas son solo superficiales, o constitucionales, no son más que una disciplina necesaria, y no afectan radicalmente al amor, que en el cielo endereza todas las cosas.

Esta consoladora verdad de vez en cuando proyectaba su luz sobre los atribulados pensamientos de Hester. Pero de nuevo, ¡qué fácil le hubiera sido a Hester seguir el laberinto que conducía a la felicidad de Philip, y qué difícil le parecía a la esposa que él había elegido!

La voz del doctor Morgan la sacó de su ensimismamiento.

—Así que Coulson y Hepburn han dejado la tienda a su cuidado, Hester. Busco a Hepburn; su esposa tiene un ataque de angustia. ¿Dónde está ese joven? ¿Puede decírmelo?

—¡Sylvia tiene un ataque de angustia! No la he visto en todo el día, pero ayer por la noche me pareció que se encontraba bien.

—Sí, sí, pero en veinticuatro horas pasan muchas cosas. Su madre se está muriendo, puede que ahora ya esté muerta; y su marido debería estar con ella. ¿Puedes mandar a buscarlo?

—No sé dónde está —dijo Hester—. Ha salido de aquí muy repentinamente, cuando la tienda estaba llena de gente; he pensado que había ido a ver a John Foster por lo del dinero, pues tenían que hacer un ingreso importante. Enviaré a preguntar.

Pero el mensajero trajo recado de que en el banco no se le había visto en toda la mañana. Hester, cada vez más preocupada, y el médico, hicieron más indagaciones; todo lo que pudieron averiguar fue que Phoebe le había visto pasar por delante de la ventana de la cocina a eso de las once, donde estaba pelando patatas para cenar; y dos chavales que estaban jugando en el muelle le habían visto entre un grupo de marineros; pero estos últimos, en la medida en que pudieron identificarlos, nada sabían de Philip.

Antes del anochecer, toda la ciudad comentaba su desaparición. Antes del anochecer, Bell Robson había ido a descansar a su eterna morada. Y Sylvia permanecía callada, sin llorar, al parecer más impertérrita que ninguna otra persona ante los acontecimientos del día y la extraña desaparición de su marido.

Lo único que parecía importarle era su bebé; lo apretaba contra su pecho, y el doctor Morgan pidió que se lo dejaran tener en brazos, pues quizá el tacto de la criatura provocara aquellas ansiadas lágrimas en sus ojos cansados, insomnes, y consiguiera sacar de ellos el dolor.

Temían que pidiera por su marido, cuya ausencia en ese momento de aflicción para su esposa debía (pensaban) parecerle extraña. Y cayó la noche mientras estaban todos en ese estado. Sylvia regresó a su habitación sin decir una palabra cuando le pidieron que lo hiciera; acariciaba a la niña, y se sentó en la primera silla que encontró con un hondo suspiro, como si ese leve movimiento hubiera sido excesivo para ella. Veían cómo volvía los ojos hacia la puerta cada vez que se abría, y pensaban que era de impaciencia por la llegada de su marido, al que muchos buscaban en todos los lugares imaginables.

Cuando llegó la noche alguien tenía que decirle a Sylvia que su marido había desaparecido; y el doctor Morgan fue la persona elegida.

Entró en el dormitorio de Sylvia a eso de las nueve; el bebé dormía en sus brazos; ella estaba pálida como una muerta, callada, sin lágrimas, aunque extrañamente atenta a los gestos y sonidos, y probablemente se daba cuenta de más cosas de las que los demás imaginaban.

—Bien, señora Hepburn —dijo, todo lo animadamente que pudo—, debería aconsejarle que se vaya a la cama temprano, pues creo que su marido no volverá esta noche. Me parece que ha tenido que emprender un viaje; quizá Coulson se lo pueda explicar mejor, pero lo cierto es que no volverá hasta mañana. Ha sido una lástima que estuviera fuera en un momento como este, y estoy seguro de que lo lamentará cuando vuelva; pero haremos lo que podamos.

Observó cuál era el efecto de sus palabras.

Sylvia suspiró, eso fue todo. El doctor se quedó un instante más. Sylvia levantó un poco la cabeza y preguntó:

—¿Cuánto tiempo cree que ha estado inconsciente, doctor? ¿Cree que ha podido oír algo antes de caer en esa especie de sueño?

—No lo sé —dijo él negando con la cabeza—. ¿Respiraba de esa manera ronca cuando la ha dejado esta mañana?

—Sí, eso creo; no lo sé, han pasado tantas cosas.

—Cuando ha vuelto a su lado, después del desayuno, ¿dice que estaba en la misma posición?

—Sí, pero podría no ser así; solo con que pudiera pensar: pero la cabeza me duele mucho. Doctor, me gustaría que se fuera, pues necesito estar sola, me siento muy confusa.

—Buenas noches, pues, ya que veo que es usted una mujer sensata y tiene intención de irse a la cama; que pasen buena noche usted y el bebé.

Pero el doctor se acercó a hablar con Phoebe, y le dijo que de tanto en tanto fuera a ver cómo se encontraba su señora.

Encontró a Hester Rose con la vieja criada; las dos habían estado llorando, obviamente muy afectadas por aquella muerte y la misteriosa desaparición.

Hester preguntó si podía subir a ver a Sylvia, y el doctor le dio permiso, hablando mientras tanto con Phoebe junto al fuego de la cocina. Hester bajó sin haber visto a Sylvia. La puerta de su dormitorio estaba cerrada con pestillo, y dentro no se oía nada.

—¿Cree usted que sabe dónde está su marido? —preguntó el médico cuando Hester le contó que no había podido verla—. No parece preocupada

por él: o quizá es que la muerte de su madre ha sido una conmoción demasiado fuerte. Esperemos que haya algún cambio por la mañana; un buen llanto, o que esté inquieta por su marido, sería lo más natural. Buenas noches a las dos —dijo, y se fue.

Phoebe y Hester evitaron mirarse al oír esas palabras. Las dos eran conscientes de la probabilidad de que hubiera una seria desavenencia entre marido y mujer. Hester recordó lo ocurrido la noche anterior, Phoebe el desayuno intocado de la mañana.

Phoebe habló primero.

—Ojalá el señor hubiera vuelto a casa para acallar la lengua de la gente. Nunca se habría sabido si la anciana señora no se hubiera muerto precisamente hoy. Es malo para la tienda que uno de los socios haya desaparecido, y nadie sepa qué ha sido de él. Eso nunca ocurrió en la época de los Foster, eso es todo lo que sé.

—A lo mejor aún vuelve —dijo Hester—. No es tan tarde.

—Y encima era día de mercado —prosiguió Phoebe—, como si todo se juntara, y ahora los clientes que viven en el campo tendrán algo de que hablar, y podrán decir que el señor Hepburn se perdió y desapareció como un animal.

—¡Escucha! ¿No oyes pasos? —dijo Hester de pronto, cuando unas pisadas sonaron en la calle silenciosa; pero pasaron de largo, y se extinguió la esperanza que habían despertado.

—Esta noche no vendrá —dijo Phoebe, que sin embargo había escuchado con la misma impaciencia que Hester—. Más vale que te vayas a casa; yo me quedaré levantada, pues no está bien que todos nos vayamos a la cama habiendo un cadáver en casa; y Nancy, que podía haber velado, se ha ido a la cama hace una hora, como la haragana que es. Y así también podré oír si vuelve el señor; aunque estoy segura de que no lo hará. Allí donde esté, seguro que ya se ha metido en la cama, pues son casi las once. Te acompañaré hasta la puerta de la tienda, y me quedaré allí hasta que estés al lado de tu casa, pues no es correcto que una joven vaya por la calle a estas horas.

Mantuvo la puerta abierta y con la mano le hizo pantalla a la vela mientras Hester se iba a casa apesadumbrada.

Tristes y desesperanzados se reunieron todos por la mañana. Sin noticias de Philip, sin el menor cambio en Sylvia; un flujo incesante de noticias sesgadas, conjeturas y chismes emanaba de la tienda hacia la ciudad.

Hester tenía ganas de suplicarle a Coulson de rodillas que dejara de repetir los detalles de una historia en la que cada palabra le tocaba una fibra sensible;

además, cuando los demás hablaban con tanta vehemencia, no oía los pasos que se aproximaban por la acera.

En una ocasión alguien casi dio en el clavo al observar por casualidad:

—Es curioso cómo un hombre aparece y otro desaparece. Pues el mismo martes aparece Kinraid, al que su propia familia consideraba muerto; y al día siguiente es el señor Hepburn quien desaparece y nadie sabe dónde está.

—Así es la vida —replicó Coulson, un tanto sentencioso—. La vida está llena de cambios de uno u otro tipo; el que está muerto aparece vivo; y en cuanto al pobre Philip, aunque estuviera vivo, parecía más muerto que otra cosa cuando entró en la tienda el miércoles por la mañana.

—¿Y cómo se lo ha tomado ella? —preguntó alguien, señalando con la cabeza donde se suponía que estaba Sylvia.

—¡Oh! Ni se ha enterado. Quedó muy afectada al encontrarse con su madre muerta en sus brazos, pensando que solo dormía; sin embargo, no ha podido derramar ni una lágrima; o sea, que la pena le ha ido por dentro al cerebro, por lo que he podido oír, y no han conseguido hacerle entender que su marido ha desaparecido. El médico dice que si pudiera llorar comprendería mejor las cosas.

—¿Y qué dicen John y Jeremiah Foster a todo esto?

—Se pasan por aquí muchas veces al día para preguntar si ha vuelto Philip y cómo está ella; pues les tienen mucho cariño a ambos. Mañana asistirán al funeral, y han dado orden de que la tienda esté cerrada por la mañana.

Para sorpresa de todos, Sylvia, que no había salido de su cuarto desde la muerte de su madre, y se suponía que no se daba cuenta de cuanto ocurría en la casa, declaró su intención de asistir al entierro de su madre. Lo único que se pudo hacer fue reprenderla: nadie tenía suficiente autoridad para interponerse. El doctor Morgan incluso pensó que la ocasión la haría llorar por fin, y le pidió a Hester que fuera con ella al funeral para que tuviera el consuelo de una compañía femenina.

Durante gran parte de la ceremonia permaneció en esa actitud insensible, impassible, en que había pasado los últimos días.

Pero, cuando rodearon la fosa abierta, levantó la mirada y vio a Kester, ataviado con sus ropas de domingo y un crespón nuevo en torno al sombrero, llorando como si se le fuera a partir el corazón sobre el ataúd de su buena y amable señora.

Su indisimulada aflicción, el verlo de manera inesperada, de repente desencadenó la fuente de lágrimas de Sylvia, y sus sollozos fueron tan terribles que Hester temió que no fuera capaz de quedarse hasta el fin del

funeral. Pero Sylvia aguantó hasta que acabó, y a continuación hizo un gran esfuerzo para acercarse a donde estaba Kester.

—Ven a verme —fue lo único que pudo decir.

Y Kester solo asintió con la cabeza; no era capaz de pronunciar ni una palabra.

MISTERIOSAS NOTICIAS

Aquella misma noche fue a verla Kester, quien llamó humildemente a la puerta de la cocina. Phoebe abrió. Kester pidió ver a Sylvia.

—No sé si podrás verla —dijo Phoebe—. No hay manera de hacerla salir; a veces quiere una cosa, y a veces otra.

—Me ha pedido que viniera a verla —dijo Kester—. Esta mañana, en el funeral de la señora, me dijo que viniera.

De modo que Phoebe fue a informar a Sylvia de que había llegado Kester; y regresó para decirle a este que esperara en la salita. Un momento después de ir allí, Phoebe le oyó volver y cerrar lentamente las dos puertas que separaban la cocina y la salita.

Sylvia estaba en la salita cuando Kester entró, con la niña en brazos; de hecho, ahora casi no se la dejaba a nadie, y hacía que el trabajo de Nancy fuera una sinecura, para indignación de Phoebe.

Sylvia tenía la cara encogida, blanca, demacrada; solo sus preciosos ojos conservaban aquella expresión juvenil, casi infantil. Se acercó a Kester y estrechó su mano callosa; ella misma temblaba de pies a cabeza.

—No me hables de ella —fue lo primero que le dijo—. No lo soportaría. Es una bendición para ella haberse ido, pero, oh...

Sylvia comenzó a llorar, pero enseguida se animó un poco y se tragó sus sollozos.

—Kester —prosiguió, hablando deprisa—, Charley Kinraid no está muerto, ¿lo sabías? Está vivo, y vino aquí el martes... no el lunes, creo. No me acuerdo, ¡pero estuvo aquí!

—Sabía que no había muerto. Todo el mundo lo comenta. Pero no sabía que le habías visto. Me consuela pensar que estabas con tu madre mientras él se hallaba en la ciudad.

—Entonces, ¿se ha marchado? —dijo Sylvia.

—Sí, se fue; hace días. Que yo sepa, solo se quedó una noche. Me dije (aunque puedes estar segura de que no se lo comenté a nadie): «Seguro que se

ha enterado de que nuestra Sylvia se ha casado, ha encendido la pipa y se ha puesto a fumar».

—¡Kester! —dijo Sylvia, inclinándose hacia delante y susurrando—. Le vi. Estuvo aquí. Philip le vio. ¡Philip supo todo este tiempo que no había muerto!

Kester se puso repentinamente en pie.

—Por todos los santos, ese chico tiene mucho de lo que responder.

Un redondel rojo apareció en cada una de las mejillas blancas de Sylvia; y por unos momentos ninguno de los dos habló.

Fue ella quien rompió el silencio, hablando en un susurro.

—Kester, tengo más miedo del que me atrevo a confesar: ¿crees que le habrán encontrado? Solo de pensarlo me pongo enferma. Le dije a Philip lo que pensaba, y juré que no volvería a ser su mujer... pero sería horrible imaginar que Kinraid pueda haberle hecho algo. Sin embargo, se fue esa mañana, y no se ha vuelto a saber de él desde entonces; Kinraid se puso furioso contra él, y yo también, pero...

El redondel rojo se disipó cuando Sylvia se encaró con su propia imaginación.

Kester habló.

—Eso es algo muy fácil de investigar.

—El martes, el día que murió. Le vi en esta misma habitación aquella mañana, entre el desayuno y el almuerzo. Sería la una. Fue la misma mañana que Kinraid estuvo aquí.

—Iré a tomarme una pinta al King's Arms, en el muelle; fue allí donde se alojó Kinraid. Estoy seguro de que solo se quedó una noche, y se fue por la mañana temprano. Pero iré a ver.

—Hazlo —dijo Sylvia—, y sal por la tienda; todos están pendientes de cómo me estoy tomando las cosas, y no quiero que se den cuenta del fuego que me quema el corazón. Coulson está en la tienda, pero no se fijará en ti, como haría Phoebe.

Al cabo de un rato volvió Kester. Tuvo la impresión de que Sylvia no se había movido; ella le miró impaciente, pero no dijo nada.

—Se fue con la carreta del correo de Rob Mason, que iba hasta Hartlepool. El teniente (que es como le llaman en el King's Arms, donde están tan orgullosos de su uniforme como si tuvieran un cartel recién pintado meciéndose sobre la puerta), el teniente tenía pensado quedarse más días; pero salió temprano el martes por la mañana; y regresó muy contrariado; pagó la cuenta (e incluso pagó el desayuno, aun sin haberlo probado) y se fue en la

carreta del cartero Rob, que sale normalmente a las diez. Los Corney fueron a la posada a preguntar por él, y armaron un buen jaleo porque ni fue a visitarlos, y eso que son primos. Por lo que pude averiguar, no le dijo a ninguno de ellos que iba a venir.

—Gracias, Kester —dijo Sylvia, reclinándose en su butaca como si toda la energía que la mantenía erguida se le hubiera acabado, ahora que había mitigado su preocupación.

Permaneció en silencio unos minutos; se le cerraron los ojos, reposó la mejilla sobre la cabeza del bebé. Ahora fue Kester quien habló.

—Creo que no hay duda de que no llegaron a encontrarse. Por eso me sorprende aún más la ausencia de tu marido. Tú y él cruzasteis algunas palabras, y le dijiste lo que pensabas, ¿verdad?

—Sí —dijo Sylvia, sin moverse—. Temo que mi madre sepa de lo que le dije, allí, donde esté ahora... yo... —Las lágrimas inundaron sus ojos cerrados—. Pero era cierto lo que dije, no puedo perdonarle; ha arruinado mi vida, y ni siquiera tengo veintiún años, y él sabía lo infeliz, lo desdichada que era. Una palabra suya lo hubiera arreglado; y Charley le pidió que me dijera esa palabra, que me transmitiera su amor leal, y Philip veía cómo de día en día se me marchitaba el corazón, y jamás me reveló que la persona por la que yo tanto lloraba estaba viva, y me había mandado su promesa de que me sería fiel, al igual que iba a serle yo.

—Ojalá hubiera estado yo aquí, le habría derribado de un golpe —dijo Kester apretando el puño con indignación.

Sylvia estaba callada de nuevo. Se la veía pálida y exhausta, tenía los ojos aún cerrados.

Entonces dijo:

—Sin embargo, fue muy bueno con madre, y ella le quería mucho. ¡Oh, Kester! —exclamó levantándose y abriendo mucho los ojos—. Qué suerte tienen los que mueren, no saben la desdicha que se ahorran.

—¡Sí! —dijo él—. Pero hay algunos que me gustaría que no pudieran escapar a su sufrimiento. ¿Crees que Philip sigue vivo?

Sylvia se estremeció, y vaciló antes de responder.

—No lo sé. Le dije unas cosas; las merecía, pero...

—¡Está bien, muchacha! —dijo Kester, lamentando haber formulado aquella pregunta que tanta emoción parecía producirle—. Ni tú ni yo sabemos nada; tampoco podemos ayudar ni impedir que le encuentren, y puesto que él mismo ha decidido desaparecer, mejor que no pensemos más en él. Intentaré

averiguar si se sabe algo, si consigo pensar en ello. ¿Sabías que los nuevos inquilinos de Haytersbank se han ido y el lugar está abandonado?

—Sí —dijo Sylvia, con la indiferencia de alguien cuyos sentimientos le han agotado.

—Solo te lo digo para explicarte por qué estoy en Monkshaven sin nada que hacer. Mi hermana, la que vivía en Dale End y es viuda, se ha venido a vivir a la ciudad, y vivo con ella y hago algún trabajillo. Me va bastante bien, y no tendrás ninguna dificultad en encontrarme. Ahora me voy, pero antes quiero decirte que soy tu mejor amigo, y que si puedo hacer algo por ti, lo que quieras, como te he servido hoy, o si te sirve de consuelo hablar con alguien que te conoce desde que eras una criatura, solo tienes que mandar a buscarme, y vendré aunque esté a veinte millas. Estoy en casa de Peggy Dawson, la casita de listones y yeso que hay a la derecha del puente, entre las casas nuevas, las que están construyendo al lado del mar: no tiene pérdida.

Se levantó y le estrechó la mano a Sylvia. Al hacerlo, miró al bebé, que dormía.

—Se parece más a ti que a él. Dios la bendiga.

Con el sonido de sus vigorosos pasos al marcharse, el bebé se despertó. Ya debería estar durmiendo en su cama, pero al no verse allí se puso a llorar furiosamente.

—¡Calma, cariño, calma! —murmuró su madre—. Ahora solo me tienes a mí, y no soporto verte llorar, mi pequeña. ¡Calma, cariño, calma! —le susurró en voz baja al oído antes de llevarla a su cama.

Unas tres semanas después de la triste fecha de la muerte de Bell Robson y de la desaparición de Philip, Hester Rose recibió una carta de este. Reconoció la letra en el sobre; y tanto se puso a temblar que pasaron muchos minutos antes de que se atreviera a abrirla y a conocer los hechos que pudiera desvelar.

Pero no tenía nada que temer; no revelaba ningún hecho, a menos que el vago dato de «Londres» significara algo. Pero incluso eso podía averiguarse por el matasellos, pero Hester había estado demasiado sorprendida para examinarlo.

La carta decía:

Querida Hester:

Diles a aquellos a quienes pueda interesar que me he ido de Monkshaven para siempre. Que nadie se preocupe por mí; no me falta de nada. Por favor, transmíteles mis humildes disculpas a mis buenos amigos, los señores Foster, y a mi socio, William Coulson. Por favor, acepta mis

saludos, y transmíteselos a tu madre. Por favor, dala un fuerte abrazo de mi parte y todo mi amor a mi tía Isabella Robson. Su hija Sylvia sabe lo que siempre he sentido, y siempre sentiré por ella, mejor de lo que puedo expresarlo en palabras, por lo que a ella no le digas nada; Dios bendiga y cuide a mi niña. Piensa en mí como en alguien que ha muerto; pues para ti lo estoy, y quizá pronto lo esté de verdad.

Con todo mi afecto, tu obediente amigo, a tu disposición

Philip Hepburn

P. D.: ¡Oh, Hester! Por amor de Dios y por mí, cuida de (estaba tachado «mi esposa») Sylvia y la niña. Creo que Jeremiah Foster te ayudará a ser amiga de ellas. Esta es la última y solemne petición de P. H. Sylvia es muy joven aún.

Hester leyó la carta una y otra vez, hasta que su corazón se contagió del eco de su desesperanza, y se encogió en su interior. Se puso la carta en el bolsillo, y todas las horas que despachó en la tienda pensó en ella.

Los clientes la encontraron igual de amable que siempre, pero más despistada. Pensó que por la tarde cruzaría el puente e iría a consultar con los hermanos Foster. Pero algo ocurrió que aplazó sus planes.

Esa misma mañana lo mismo había hecho Sylvia, que no tenía a nadie a quien consultar, pues eso habría requerido una confianza previa, lo que a su vez habría requerido una confesión de su relación con Kinraid, cosa muy difícil para Sylvia. No obstante, la joven esposa pensaba que era necesario dar algún paso; pero no se le ocurría cuál podía ser.

No tenía a nadie a quien acudir; pues en cuanto Philip se marchó, no sabía hasta qué punto tenía derecho a quedarse en aquella casa, y tampoco cuáles eran sus medios de vida; estaba dispuesta a trabajar, e incluso hubiera agradecido volver a su antigua vida en el campo; pero con la niña, ¿qué podía hacer?

Con este dilema, recordó las amables palabras y el ofrecimiento del anciano, expresados, es cierto, medio en broma al final de su visita tras la boda; y decidió ir a solicitar el amistoso consejo y la ayuda que le habían ofrecido entonces.

Sería la primera vez que saliera desde la muerte de su madre, y temía el esfuerzo. Pero lo que más la arredraba era poner los pies en la calle. No podía superar la impresión de que Kinraid debía de estar cerca, y tan poco se fiaba de sí misma que la aterraba pensar en volver a verlo. Le parecía que de verle otra vez, de contemplar de nuevo el brillo del uniforme, u oír su conocida voz

en una lejana sílaba pronunciada a lo lejos, se le detendría el corazón, y se moriría solo de pensar en lo que podía ocurrir después. O eso pensaba antes de coger a la niña en brazos, mientras Nancy se la entregaba tras haberla vestido para salir.

Pues con su hija en brazos se sentía protegida, y sus pensamientos eran por completo distintos. La criatura se quejaba y sufría porque le salían los dientes, y su madre estaba tan pendiente de aliviarla y consolarla que pasaron el peligroso muelle y el puente casi antes de que se diera cuenta; tampoco prestó atención a la ávida curiosidad y respetuosa atención de aquellos con quienes se cruzaba, que la reconocían incluso a través del espeso velo que formaba parte del atuendo de luto que le habían proporcionado Hester y Coulson los primeros días después de la muerte de su madre, cuando Sylvia estaba sumida en la apatía.

Aunque la opinión pública se reservaba su veredicto en relación a la desaparición de Philip —pues quizá habían aprendido de la historia de Kinraid a no precipitarse en sus decisiones y juicios en aquella época de guerras y disturbios—, casi todos estaban de acuerdo en que no había destino más penoso que el que le había acaecido a su esposa.

Señalada por su asombrosa belleza como objeto de admiración ya en la época en que, siendo aún una niña, se sentaba sonriendo junto a su madre en la Cruz del Mercado, había visto cómo su padre perdía la vida en una causa popular, y aunque hubiera muerto de manera ignominiosa, era considerado un mártir por su celo a la hora de vengar las injusticias cometidas con sus conciudadanos; además, Sylvia se había casado con uno de ellos, y su tranquila vida cotidiana era conocida de todos; y ahora alguien se había llevado a su marido de su lado justo el día en que más necesitaba su consuelo.

Pues la opinión general era que «alguien se había llevado» a Philip, pues en las ciudades portuarias tales hechos no eran extraños en aquellos días, y había patrullas de tierra y de mar que reclutaban de grado o por fuerza.

De modo que a Sylvia, en su condición de persona seriamente afligida, toda la gente con que se cruzaba en su camino hasta casa de Jeremiah Foster le profesaba un silencioso respeto.

Había calculado llegar a casa de Jeremiah a la hora de comer, aunque eso la obligara a ir a su casa, y no al banco, donde él y su hermano pasaban todas las horas laborables del día.

Sylvia llegó casi agotada a causa de la caminata y del peso de la niña, y todo lo que fue capaz de hacer cuando le abrieron la puerta fue tambalearse hasta la silla más próxima, sentarse y echarse a llorar.

Pero al momento la rodeaban unas amables manos, le quitaban la pesada capa, se ofrecían para coger a la niña, que se agarraba con fuerza a su madre, y alguien le acercaba una copa de vino a los labios.

—¡Lo siento, señor, pero no puedo tomármelo! El vino siempre me da dolor de cabeza; pero me gustaría tomar un vaso de agua. Gracias, señora —le dijo a la anciana criada de aspecto respetable—, me encuentro bien. Si fuera posible, señor, me gustaría hablar un momento con usted, pues para eso he venido.

—Es una pena, Sylvia Hepburn, que no hayas venido a verme al banco, pues has tenido que hacer un largo camino con este calor, y encima con la niña en brazos. Pero si hay algo que pueda hacer por ti, solo tienes que decirlo. ¡Martha! ¿Puedes cogerle a la niña mientras ella me acompaña a la salita?

Pero la terca Bella se negó tozudamente a que nadie la cogiera, y Sylvia, aunque estaba cansada, se negaba también a separarse de ella.

De modo que también llevaron a la niña al cuarto de estar, y su vida posterior, en gran medida, quedó influida por ese hecho trivial.

Una vez instalada en una butaca, y cara a cara con Jeremiah, Sylvia no sabía por dónde empezar.

Jeremiah se dio cuenta, y amablemente le dejó tiempo para que se recuperara, sacándose su enorme reloj de oro y haciéndolo oscilar ante los ojos de la niña, y casi al alcance de los ávidos dedos de la pequeña.

—Se te parece mucho —dijo Jeremiah por fin—. Más que a su padre —añadió, introduciendo aposta el nombre de Philip, para romper el hielo; pues acertadamente conjeturaba que Sylvia había ido a hablar con él a propósito de algo relacionado con su marido.

Pero Sylvia seguía sin decir nada; la ahogaban las lágrimas y la vergüenza, y se mostraba reacia a confiarse a un hombre del que sabía tan poco, basándose tan solo (pues eso le parecía ahora) en las amables palabras con las que la había despedido al marcharse de esa casa la última vez que estuvo en ella.

—De nada sirve ocultárselo, señor —dijo por fin—. He venido a hablarle de Philip. ¿Sabe algo de él? Sé que no tuvo oportunidad de decir nada, pero quizá ha escrito.

—Ni una línea, joven —dijo Jeremiah, quitándole enseguida de la cabeza esa vana idea.

—Entonces, o está muerto o se ha ido para siempre —susurró—. Tendré que hacerle de madre y padre a mi hija.

—¡Oh! No desesperes —replicó él—. Hoy día se reclutan a muchos jóvenes, por tierra y por mar, y luego resultan no ser aptos para el servicio y los devuelven a casa. Philip volverá antes de que acabe el año, ya lo verás.

—No; nunca volverá. Y no estoy segura de querer que vuelva; solo quisiera saber qué ha sido de él. Ya ve, señor, que aunque estoy dolida con él, no me gustaría que le pasara nada malo.

—Hay algo detrás de todo esto que no entiendo. ¿Puedes decirme qué es?

—Lo haré, señor, si me ayuda usted con sus consejos. Para pedírselos he venido.

Tras un prolongado silencio, durante el cual Jeremiah hizo amago de jugar con la niña, que bailaba y gritaba de impaciencia al no ser capaz de coger el reloj, y al final extendió sus bracitos para irse con el dueño de tan ansiada posesión. Tanto se sorprendió Sylvia que salió de su ensimismamiento e hizo un comentario al respecto.

—Nunca ha querido que nadie más lo coja en brazos. Espero que no le moleste, señor.

El anciano, que en su juventud muchas veces había querido tener un hijo, estaba contentísimo ante esa señal de confianza del bebé, y casi olvidó, al intentar reforzar su interés con todas las artimañas que tenía en su poder, que su pobre madre aún no había acabado de contar aquella historia que tanto le costaba abordar.

—No quiero hablar mal de nadie, señor. Y además, madre quería mucho a Philip; pero él me ocultó algo que habría hecho de mí una mujer muy distinta, y lo mismo hubiera ocurrido con otro hombre. Estaba prometida en matrimonio con Kinraid, el arponero, el primo de los Corney de Moss Brow, que volvió de teniente de la armada hizo tres semanas el martes pasado, después de que todo el mundo le creyera muerto estos últimos tres años.

Hizo una pausa.

—¿Y bien? —dijo Jeremiah, interesado, aunque su atención parecía dividida entre la historia de la madre y las ganas de jugar de la criatura que tenía sobre las rodillas.

—Philip sabía que estaba vivo. Vio cómo la patrulla se lo llevaba, y Charley le dio un mensaje para mí.

La blanca tez de Sylvia se ponía colorada, sus ojos centelleaban en ese punto del relato.

—Y él jamás me dijo ni una palabra, ni cuando vio que se me rompía el corazón al pensar que Kinraid estaba muerto; se lo calló; y me vio llorar, y jamás me dijo la verdad, que me habría consolado. Habría sido para mí un

gran consuelo, de verdad, señor, que me diera ese mensaje, aunque nunca volviera a ver a Kinraid. Pero Philip jamás le dijo a nadie, que yo sepa, que había visto cómo la patrulla se llevaba a Charley. Ya sabe usted lo de la muerte de mi padre, y que mi madre y yo no teníamos prácticamente amigos. Por eso me casé con él; porque era un buen amigo para nosotras, y yo estaba tan afligida que no sabía lo que hacía, y no se me ocurría nada más para que madre estuviera bien. Eso sí, siempre fue muy bueno y cariñoso con nosotras.

Hubo otra larga pausa mientras recordaba, puntuada por un par de suspiros.

—Si le sigo contando mi historia, señor, tengo que pedirle que me prometa no repetirla nunca. No sabe cuánto necesito a alguien que me diga qué debo hacer, por eso he venido aquí, de lo contrario habría muerto sin revelarle a nadie todo esto. ¿Me lo promete, señor?

Jeremiah Foster la miró a la cara, y al ver su mirada intensa y anhelante, se conmovió tanto que, en contra de su sentido común, se lo prometió. Ella siguió hablando.

—El martes por la mañana, hace tres semanas, creo, aunque si solo fuera por el tiempo, podrían haber pasado tres años, Kinraid vino a casa; volvía para hacerme su esposa, ¡y yo estaba casada con Philip! Primero me lo encontré en el camino, pero allí no le reconocí. Me siguió hasta la casa... la casa de Philip, señor, detrás de la tienda... y, no sé cómo, se lo conté todo, que era la esposa de otro. Entonces se puso furioso y dijo que yo era una falsaria... Yo falsaria, señor, que he comido diariamente el pan de la amargura, y que había llorado noches enteras de pena y duelo por su muerte. A continuación dijo que todo este tiempo Philip había sabido que estaba vivo y que volvería a buscarme. Yo no le creí, y llamé a Philip, y cuando vino, supe que todo lo que había dicho Charley era cierto, ¡pero yo estaba casada con Philip! De modo que juré renegar de Philip como mi legítimo esposo, y nunca perdonarle por el mal que nos había hecho, y que a partir de entonces le trataría como a un desconocido y como a alguien que me había perjudicado mucho.

Dejó de hablar, su narración parecía acabar ahí. Pero su interlocutor dijo, tras una pausa:

—Lo que hizo Philip fue algo cruel, te lo concedo; pero tu juramento fue un pecado, y tus palabras fueron malvadas, mi pobre muchacha. ¿Qué ocurrió después?

—No lo recuerdo exactamente —dijo Sylvia, agotada—. Kinraid se marchó, mi madre gritó y fui a ver qué le ocurría. Pensé que estaba dormida,

por lo que me eché a su lado, deseando estar muerta, y pensando en qué sería de mi hija si yo moría; y Philip entró sin hacer ruido, y yo fingí estar dormida. Y esa fue la última vez que le vi o le oí.

Jeremiah Foster soltó un gruñido cuando Sylvia acabó su relato. A continuación se irguió y dijo, en tono animoso:

—Volverá, Sylvia Hepburn. Se lo pensará mejor, no temas.

—¡Temo que vuelva! —dijo ella—. Eso es lo que más temo; me gustaría saber que le va bien, pero en otro lugar; él y yo jamás podremos volver a vivir juntos.

—Por favor —le suplicó Jeremiah—. Estoy seguro que lamentas lo que dijiste; estabas muy afectada, pues de lo contrario jamás hubieras pronunciado esas palabras.

Intentaba mostrarse conciliador, y cicatrizar aquella herida conyugal; pero no había llegado al fondo del asunto.

—No lo siento —dijo ella, lentamente—. Estaba algo más que «afectada», no sabe el daño que me hizo; de estar solo «afectada» se me habría pasado con una noche de sueño. Solo el pensar en madre (está muerta y feliz, y confío en que no sepa nada de todo esto) me impide odiar a Philip. Pero no siento lo que dije.

Jeremiah nunca había conocido a nadie que expresara de manera tan franca y sin tapujos su rencor, y casi no sabía qué decir.

Estaba muy apenado, y no poco estupefacto. ¡Una criatura tan hermosa y delicada utilizando unas palabras tan tremendas y despiadadas!

Sylvia pareció leer sus pensamientos, pues respondió a ellos.

—Tengo la impresión de que piensa usted que soy malvada, señor, y poco digna de lástima. Es posible. Pero no sabe lo mucho que he sufrido; y él sabía lo desgraciada que yo era, y podría haber disipado mi desdicha con una sola palabra; pero calló, y ahora es demasiado tarde. Estoy harta de los hombres y de su comportamiento artero y cruel. Ojalá estuviera muerta.

Antes de acabar de hablar ya estaba llorando, y, al ver sus lágrimas, la niña también se puso a llorar, extendiendo los brazos para volver con su madre. La pétrea expresión de la cara de Sylvia se derritió para dar paso a un gesto de cariño al coger a la pequeña e intentar consolar sus asustados sollozos.

Al anciano se le ocurrió una brillante idea.

Estaba cogiéndole una fuerte aversión a Sylvia hasta que, por su manera de tratar a la pequeña, comprendió que dentro de ella también había un corazón de carne.

—¡Pobre pequeña! —dijo—. Tu madre ha tenido que amarte el doble, pues te ha privado del amor de tu padre. Vas camino de ser huérfana; sin embargo aún no te puedo considerar una de esas pequeñas que solo tienen a Dios como padre. Lloro, pues eres un bebé desconsolado; tus padres terrenales te han abandonado, y no sé si el Señor te aceptará.

Sylvia levantó la mirada, asustada; apretó a la niña con fuerza y exclamó:

—¡No hable así, señor! Me está usted maldiciendo. Yo no la he abandonado. ¡Señor, esto que ha dicho es terrible!

—Has jurado nunca perdonar a tu marido, ni volver a vivir con él. ¿Sabes que según las leyes del país él puede reclamar a su hija, y que entonces tendrás que renunciar a ella, o te la quitarán? ¡Pobrecilla! —añadió, atrayendo de nuevo a la niña con la tentación del reloj y la cadena.

Sylvia meditó unos momentos antes de hablar.

—No sé qué hacer. De tanto pensar me vuelvo loca. ¡Lo que me hizo fue muy cruel!

—Lo fue. Jamás le habría creído capaz de tal bajeza.

Esa aquiescencia, que Jeremiah dijo con total honestidad, casi pilló a Sylvia por sorpresa. ¿Por qué no iba a poder odiar a alguien que la había tratado de manera tan cruel y vil? Y, sin embargo, le desagradaba que otro, una persona imparcial y de cabeza fría, que era como consideraba a Jeremiah, utilizara términos tan duros con Philip. Por algún inescrutable giro en sus pensamientos, comenzó a defenderle, al menos a paliar los términos tan severos que le había dedicado.

—Era muy cariñoso con madre; ella le quería muchísimo. Philip hacía todo lo que podía por ella; si no hubiese sido así, nunca me hubiera casado con él.

—Desde los quince años fue un muchacho bueno y considerado. Jamás le oí decir una falsedad, y tampoco mi hermano.

—Pero, de todos modos, fue una mentira —dijo Sylvia, cambiando rápidamente de bando— hacerme creer que Charley estaba muerto, cuando sabía que estaba vivo.

—Lo fue. Fue una mentira interesada: te hizo sufrir para conseguir sus fines. Y al final ha sido eso lo que le ha hecho marcharse, como a Caín.

—Yo nunca le dije que se fuera.

—Pero tus palabras le hicieron marcharse, Sylvia.

—No puedo retirarlas, señor; y creo que volvería a repetir las.

Pero lo dijo como si esperara que la contradijeran.

No obstante, lo único que replicó Jeremiah fue:

—¡Pobrecilla!

Lo dijo en tono lastimero, dirigiéndose a la pequeña.

Los ojos de Sylvia se llenaron de lágrimas.

—Oh, señor, haré lo que usted me diga por ella. Por eso precisamente he venido. Sé que no debo quedarme aquí, y Philip se ha marchado; y no sé qué hacer: haré lo que sea para quedarme con ella. ¿Qué me aconseja, señor?

Jeremiah se lo pensó unos momentos. A continuación replicó:

—Necesito tiempo para pensar. He de hablarlo con mi hermano John.

—¡Pero usted me ha dado su palabra, señor! —exclamó ella.

—Te he dado mi palabra de no decirle a nadie lo que ha ocurrido entre tú y tu marido, pero he de pedirle consejo a mi hermano en relación a qué hacer contigo y la niña, ahora que tu marido ha dejado la tienda.

Esto lo dijo con tanta gravedad que fue casi un reproche, y a continuación se puso en pie, dando a entender que la entrevista había terminado.

Le devolvió el bebé a su madre; pero no sin una solemne bendición, tan solemne que, para la supersticiosa y alterada mente de Sylvia, fue como si disipara los horrores de lo que había considerado una maldición.

—¡El Señor le bendiga y le guarde! ¡El Señor ilumine su rostro sobre usted^[42]!

Y mientras bajaba la colina, Sylvia no dejaba de besar a la niña, y le susurraba a sus oídos unas palabras que no podía entender:

—Te amaré por los dos, tesoro, de verdad. Te cubriré de tanto amor que nunca necesitarás un padre.

UNA AUSENCIA

La indisposición de la madre de Hester había retrasado el que esta le enseñara la carta de Philip a los Foster, a fin de hablar con ellos acerca de su contenido.

Alice Rose se iba apagando lentamente, y los muchos días que tenía que pasar sola pesaban mucho sobre su ánimo y, por consiguiente, sobre su salud.

Todo esto salió a la luz en la conversación que siguió a la lectura de la carta de Hepburn en la pequeña sala de estar del banco, el día después de que Sylvia hubiera mantenido su confidencial entrevista con Jeremiah Foster.

Este era un auténtico hombre de honor, y jamás aludió a esa visita; pero lo que ella le contara influyó mucho en el plan que les propuso a su hermano y a Hester.

Recomendó que Sylvia siguiera viviendo en el mismo sitio, en la casa que había detrás de la tienda; pues en su fuero interno pensaba que Sylvia había exagerado el efecto de sus palabras sobre Philip; que, después de todo, era posible que su marido se hubiese marchado de Monkshaven por alguna causa que nada tuviera que ver con ellas; y que sería mucho más fácil para los dos reanudar sus relaciones naturales, la del uno con el otro y la de los dos con el mundo, si Sylvia seguía viviendo donde su marido la había dejado, en una actitud de espera, por así decir.

Jeremiah Foster interrogó minuciosamente a Hester acerca de la carta: si le había revelado su contenido a alguien. No, a nadie. ¿Ni a su madre ni a William Coulson? No, tampoco.

Hester le miraba mientras contestaba a sus preguntas, y él la miraba a ella, y los dos se preguntaban si el otro tenía alguna idea de que en el fondo del dilema que les planteaba la desaparición de Hepburn podía haber una disputa conyugal.

Pero ni Hester, que había presenciado el malentendido entre marido y mujer la noche antes de la desaparición de Philip, ni Jeremiah Foster, que sabía por Sylvia la verdadera razón de la marcha de Philip, le dieron al otro la menor razón para pensar que alguno poseyera la clave del misterio.

Lo que Jeremiah Foster, tras haberlo pensado toda la noche, tenía que proponer era lo siguiente: que Hester y su madre ocuparan la casa que había delante del mercado, junto con Sylvia y la niña. El interés de Hester por la tienda era ya reconocido en aquella época. Jeremiah le había transferido casi toda su parte, y ella tenía derecho a que la consideraran una especie de socio; y hacía tiempo que era la encargada del departamento de la tienda dedicado exclusivamente a la venta de productos para señoras. De modo que había varias razones que exigían su presencia diaria.

Pero el ánimo y la salud de su madre desaconsejaban que la pobre mujer pasara mucho tiempo sola; y la devoción que Sylvia había demostrado hacia su madre parecían apuntarla como justo la persona que podía ser una compañera amable y cariñosa para Alice Rose durante las horas que su hija debía pasar en la tienda.

El que Alice se mudara parecía reportar muchas ventajas: Sylvia tendría algo de que ocuparse, y se vería obligada a quedarse en la casa en que la había dejado su marido, adonde (esperaba Jeremiah Foster a pesar de la carta) era probable que este volviera algún día; y Alice Rose, el primer amor de uno de los hermanos, la vieja amiga del otro, estaría bien atendida y bajo la inmediata supervisión de su hija durante el tiempo que esta estuviese ocupada en la tienda.

La parte del negocio de Philip, incrementada por el dinero que le había legado su tío de Cumberland, produciría los beneficios suficientes para mantener a Sylvia y a la niña sin que les faltara de nada hasta el momento, esperado por todos, en que él regresara de su misteriosa errancia, pues era un misterio si se había ido de manera voluntaria o no.

Así quedaron; y Jeremiah Foster fue a contarle su plan a Sylvia.

Ella era poco más que una niña, y estaba muy poco acostumbrada a obrar de manera independiente, por lo que se puso en sus manos. La misma confesión que le había hecho el día antes, cuando fue a pedirle consejo, parecía ponerla a su disposición. Por lo demás, se le había ocurrido a Sylvia la posibilidad de volver a vivir en el campo, aunque no sabía de qué manera ni cómo iba a mantenerse; pero Haytersbank estaba en alquiler, y Kester libre de cualquier lazo, por lo que le parecía posible volver a su antiguo hogar, a su antigua vida. Sabía que costaría mucho dinero volver a aprovisionar la granja, y que ella no podía llevar a cabo ninguna actividad productiva a causa de los cuidados y el amor que debía prodigarle a su hija. No obstante, de algún modo, era la esperanza que tenía, hasta que las mesuradas palabras y el

meticuloso plan de Jeremiah Foster le hicieron renunciar a la idea de volver a vivir al aire libre.

También Hester se mostraba un poco remisa, y solo su obediencia natural la hizo aceptar el plan. Si Sylvia hubiera sido capaz de hacer feliz a Philip, Hester habría sentido amor y gratitud hacia ella, pero en eso la joven había fracasado.

No solo había hecho infeliz a Philip, sino que lo había empujado a errar por el mundo... ¡para no volver nunca! Y las últimas palabras que Philip le dedicaba a Hester en la posdata de la carta, que era su esencia misma, eran para pedirle que se hiciera cargo de la esposa cuya falta de amor hacia él le había arrancado del lugar donde era apreciado y respetado.

A Hester le costó muchos esfuerzos y reproches llegar a aceptar lo que siempre había intuido: que Philip la trataba en todo como una hermana. Pero incluso una hermana se indignaría al ver el amor de su hermano despreciado y desairado, y su vida amargada por la conducta irreflexiva de su esposa. Y Hester luchaba contra su propia indignación, y era por Philip que procuraba ver lo bueno que había en Sylvia, y amarla y cuidarla.

Con la niña, sin embargo, la cosa era muy distinta. Sin tener que pensárselo, esforzarse o razonar, todo el mundo amaba a la niña. Coulson y su pechugona mujer, que no tenían niños, siempre le hacían muchas fiestas. Las horas más felices de Hester eran las que pasaba con la pequeña. Jeremiah Foster casi la consideraba como suya desde el día en que ella le hizo el honor de ceder a la tentación del reloj y la cadena y sentarse en sus rodillas; ningún cliente de la tienda conocía la triste historia de aquella niña sonriente, y muchas mujeres del campo, aquel otoño, apartaban una sonrosada manzana de su provisión para traérsela al siguiente día de mercado a «la hija de Philip Hepburn, que perdió a su padre, bendita sea».

Incluso la severa Alice Rose sentía un gran cariño por la pequeña Bella; y aunque, en su mente, el número de elegidos para la salvación menguaba cada día que pasaba, se hubiera resistido a excluir a la pequeña niña inocente, la cual acariciaba las mejillas arrugadas de Alice con gran suavidad a cambio de su bendición, de los pocos que iban a salvarse. E incluso, aunque solo fuera por la niña, transigiría con su madre; y se esforzaba por rescatar a Sylvia de los naufragos con una ferviente oración, o, como decía ella, «luchando con el Señor^[43]».

Alice tenía el instinto de que la pequeña, tan querida por su madre, no podría morar en el cielo sin añorar al ser que más había querido en la tierra; y la anciana creía que esta era el principal motivo por el que rezaba por Sylvia;

pero, sin saberlo, Alice Rose se sentía conmovida por las filiales atenciones que constantemente recibía de la joven madre, a la que creía predestinada a la condenación.

Sylvia rara vez iba a la iglesia, y tampoco leía la Biblia; pues aunque casi nunca mencionaba lo ignorante que era, y le hubiera gustado remediarlo, aunque solo fuera por su hija, ahora era demasiado tarde, había perdido la escasa fluidez de lectura que había conseguido con Philip, y solo distinguía las palabras tras mucho esfuerzo y deletrear. De manera que coger la Biblia habría sido una mera formalidad; pero Alice Rose no sabía nada de eso.

Nadie sabía muy bien lo que ocurría en el interior de Sylvia; ni siquiera ella misma. A veces, por la noche, se despertaba llorando, con un terrible sentimiento de desolación; todos los que la amaban, o la habían amado, habían desaparecido de su vida; todos menos la niña, que estaba en sus brazos, cálida y suave.

Pero entonces recordaba las palabras de Jeremiah Foster; palabras que al pronunciarse había tomado por un maldición; y le habría gustado poseer algún indicio para penetrar la oscuridad de la región desconocida de donde surgen la bendición y la maldición, y saber si había hecho algo por lo que su pecado afectara también a su dulce e inocente pequeña.

¡Si alguien pudiera enseñarle a leer! ¡Si alguien pudiera explicarle las palabras que no entendía en la iglesia, para averiguar el significado de las palabras pecado y devoción, que hasta entonces solo habían rozado la superficie de su mente! Por su hija, le gustaría hacer la voluntad de Dios, y para ello debía saber cuál era, y cómo realizarla en su vida cotidiana.

Pero no había nadie a quien confesarle su ignorancia y pedirle información. Jeremiah Foster había hablado como si la hija de Sylvia, la dulce y alegre Bella, que siempre tenía una palabra cariñosa y un beso para cada uno, fuera a sufrir por las justas y ciertas palabras que su indignada y perjudicada madre había pronunciado. Alice siempre hablaba como si no hubiera esperanza para ella; y la culpaba, no obstante, por no utilizar una gracia que ella misma no podía concederse.

Y a Hester, a la que Sylvia habría amado por su gentileza y paciencia con todos los que la rodeaban, se la veía muy fría, siempre con un comportamiento imperturbable y poco efusivo; y además, Sylvia sentía que Hester censuraba que jamás mencionara la ausencia de Philip, sin saber qué amarga causa había tenido Sylvia para repudiarlo.

La única persona que parecía apiadarse de ella era Kester; y esa piedad la demostraba en miradas más que en palabras; pues cada vez que iba a verla,

cosa que ocurría de vez en cuando, por una especie de acuerdo mutuo y tácito, hablaban poco de los viejos tiempos.

Kester aún vivía con su hermana, la viuda Dobson, y trabajaba aquí y allá, teniendo que pasar a veces varias semanas seguidas en el campo. Pero a su regreso a Monkshaven, jamás dejaba de visitar a Sylvia y a la pequeña Bella; de hecho, cuando trabajaba en las inmediaciones de la ciudad, no dejaba pasar una semana sin visitarlas.

En tales ocasiones él y Sylvia no hablaban mucho. Repasaban por encima algunos sucesos nimios que les interesaban a ambos; y solo una esporádica y repentina mirada, una frase que se paraba en seco, les indicaba que había profundidades que no habían olvidado, aunque jamás las mencionaran.

En dos ocasiones —y con la boca pequeña— le había preguntado Sylvia a Kester, mientras le aguantaba la puerta al despedirse de él, si había noticias de Kinraid desde su visita de una noche a Monkshaven, y cada vez (hubo un intervalo de varios meses entre las dos ocasiones) la respuesta fue, simplemente, no.

A nadie más le había mencionado Sylvia su nombre. Y aunque hubiera querido, tampoco habría tenido oportunidad de preguntarle a nadie que pudiera conocerle. Los Corney se habían ido de Moss Brow en julio, trasladándose a muchas millas de distancia en dirección a Horncastle. Bessy Corney, es cierto, se había casado y vivía en la ciudad; pero nunca había sido íntima de Sylvia; y cualquier amistad que hubieran podido tener de adolescentes, se había enfriado mucho a raíz de la supuesta muerte de Kinraid tres años atrás.

El día antes de la Navidad de 1798, Sylvia entró en la tienda atendiendo a la llamada de Coulson, el cual, con su ayudante, estaba deshaciendo los fardos de las prendas de invierno que les habían enviado de West Riding y otros lugares. Estaba mirando un bonito vestido de popelín irlandés cuando entró Sylvia.

—¡Mira! ¿Sabes lo que es esto? —preguntó en el tono jovial de alguien que sabe que va a dar una alegría.

—No. ¿Lo he visto antes?

—No lo creo, pero ahora le gusta a todo el mundo.

Sylvia no mostró mucho interés, pero pareció que intentaba recordar dónde podía haber visto algo parecido.

—Mi esposa llevó un vestido como este en la cena en casa de John Foster del pasado marzo, y tú lo admiraste mucho. Y a Philip se le metió en la cabeza pedir otro para ti, y movilizó a mucha gente para encontrar otro igual;

y lo que hizo justo el día antes de marcharse de manera tan misteriosa fue escribir a Dublín a través de los hermanos Dawson, de Wakefield, y pedir que te hicieran uno. Jemima tuvo que cortar un trocito del suyo para darle el color exacto.

Lo único que dijo Sylvia, en voz baja, fue que era muy bonito, y a continuación salió de la tienda precipitadamente, lo que contrarió a Coulson.

Toda la tarde estuvo Sylvia inusualmente callada y deprimida.

Alice Rose, postrada en su butaca, no le apartaba los ojos.

Al final, tras uno de los hondos e inconscientes suspiros de Sylvia, la anciana habló:

—Es en la religión donde debes buscar consuelo, hija, como han hecho muchos otros antes de ti.

—¿Cómo? —dijo Sylvia levantando la mirada, sobresaltada de que alguien se hubiera fijado en ella.

—¿Cómo? —La respuesta no acudió tan pronta como había acudido el precepto—. Lee la Biblia, y lo sabrás.

—Pero es que no sé leer —dijo Sylvia, demasiado desesperada para seguir ocultando su ignorancia.

—¡Que no sabes leer! ¡Con lo instruido que era Philip! Desde luego, sinuosos son los caminos de esta vida. Ahí tienes a nuestra Hester, que sabe leer tan bien como cualquier pastor, y Philip la posterga para elegir a una joven que no sabe leer su Biblia.

—Pero ¿es que Philip y Hester...?

Sylvia calló, pues, aunque sentía curiosidad, no sabía cómo formular la pregunta.

—Muchas veces he visto a Hester consolarse leyendo la Biblia cuando Philip te iba detrás. Sabía dónde encontrar solaz.

—Me gustaría aprender a leer —dijo Sylvia, humildemente—, si alguien me enseñara, pues es posible que me hiciera bien; no soy feliz.

Sus ojos, al levantarlos hacia el severo semblante de Alice, estaban llenos de lágrimas.

La anciana lo vio y se conmovió, aunque no mostró de inmediato su compasión. Por el momento, no contestó.

Al día siguiente, sin embargo, le pidió a Sylvia que se le acercara, y allí mismo, como si su alumna fuera una niña pequeña, comenzó a enseñarle a Sylvia a leer los primeros capítulos del Génesis; pues, para ella, cualquier otra lectura que no fuera la de la Biblia no era sino vanidad; y no se rebajaría a otros libros. Pero Sylvia, igual que antes, era lenta en aprender; pero se

mostraba dócil y deseosa de que la enseñaran, y su buena disposición complacía a Alice, y la estimulaba el pensar que de alumna podía pasar a conversa.

Durante todo este tiempo, Sylvia siguió interrogándose por las palabras que Alice había dejado caer acerca de Hester y Philip, y poco a poco volvió a aproximarse a la cuestión, hasta que Alice le confirmó la idea, y no tenía el menor escrúpulo en aprovechar su propia experiencia, y la de su hija, o la de cualquiera, como instrumento para probar la vanidad de desear cosas terrenales.

Esto, que Sylvia jamás había sospechado, caló hondo en sus pensamientos, y comenzó a sentir un extraño interés por Hester: la pobre Hester, en cuya vida se había cruzado para destrozarla, destrozando también la suya propia. Le concedió a Hester los apasionados sentimientos que ella había sentido por Kinraid, y se preguntó qué habría sentido hacia alguien que se hubiera interpuesto entre ella y él, robándole su amor. Cuando recordaba la inquebrantable amabilidad y dulzura con que Hester la había tratado desde el principio, comprendía mejor la relativa frialdad de su actual comportamiento.

Intentó ganarse de nuevo el favor de Hester; pero cada vez que lo intentaba metía la pata, y acababa pensando que ya nunca haría nada a derechas a ojos de aquella.

Por ejemplo, le rogó que aceptara el hermoso vestido de popelín que Philip había elegido con tanto esmero, pues veía que ella jamás se lo pondría, y pensaba que lo mejor que podía hacer era ofrecérselo a Hester. Pero esta rechazó el regalo con toda la dureza de que fue capaz; y Sylvia tuvo que llevárselo arriba y dejarlo en el armario para cuando pudiera llevarlo la pequeña, la cual, dijo Hester, quizá sería capaz de valorar las cosas que su padre tanto se había molestado en escoger.

Pero Sylvia no cejó en su empeño de ganarse a Hester; fue uno de sus grandes afanes; aprender a leer con la madre de Hester fue el otro.

Alice, a su manera solemne, le estaba cogiendo mucho cariño a Sylvia; aunque no supiera leer o escribir, se movía con destreza y suavidad, y sabía hacer las tareas domésticas que caían dentro de su competencia, lo que impresionaba a la anciana; y debido al amor que había sentido por su madre, poseía el corazón de Sylvia un gran amor hacia todos los ancianos y enfermos con que se encontraba. Nunca se le ocurrió ir a buscarlos, como sabía que hacía Hester; pero entonces miraba a esta como alguien que destacaba enormemente por su bondad. ¡Solo con que Hester hubiera podido apreciarla!

Hester procuraba hacer todo lo que podía por Sylvia; Philip le había dicho que cuidara de su esposa y su hija; pero Hester estaba convencida de que Sylvia había fracasado hasta tal punto en sus deberes como esposa que había obligado a su marido a exiliarse de su hogar. Ahora probablemente era un vagabundo sin dinero, sin esposa e hijos, sin amigos, en algún país extranjero, mientras la causante de todo ello vivía en el confortable hogar donde él la había puesto, sin que le faltara de nada, rodeada de muchas amistades, con una hermosa niña que le alegraba el presente y le daba esperanzas para el futuro; mientras que él, el pobre paria, quizá estaba muerto al borde de algún camino. ¿Cómo podía Hester amar a Sylvia?

Sin embargo, en la primavera siguiente, pasaron mucho tiempo juntas. Hester no se encontraba muy bien, y los médicos decían que trabajaba demasiado en la tienda, y que, al menos por un tiempo, debía dar paseos diarios por el campo.

Sylvia le rogaba que le permitiera acompañarla; ella y la niña a menudo subían con Hester hasta el valle, llegándose a alguna de las granjas enclavadas en los rincones más resguardados, pues le habían ordenado a Hester que bebiera leche recién ordeñada; y entrar en los familiares edificios que solía haber junto a una granja era una de las pocas cosas que parecían complacer a Sylvia. Dejaba que Bella diera sus primeros pasos mientras Hester se sentaba y descansaba: y ella misma se ofrecía ordeñar a la vaca para darle su leche a la enferma.

Una mañana de mayo las tres se habían ido de excursión; el campo se veía aún gris y pelado, aunque las hojas ya asomaban en el sauce y el endrino, y, junto a los arroyuelos tintineantes, que emitían su música secreta por entre el bosquecillo, los pálidos y delicados botones de primula mostraban sus hojas verdes, lozanas, retorcidas. Las alondras habían estado cantando toda la tarde, pero ahora se posaban en sus nidos de los pastizales; tenía el aire esa frialdad que suele acompañar a una tarde sin nubes en esa época del año.

Pero Hester caminaba lenta, lánguidamente, sin decir palabra. Sylvia la observó, y al principio no se atrevió a hablar, pues a Hester no le gustaba que se fijaran en sus dolencias. Pero al cabo de un rato Hester se detuvo, y permaneció abstraída, como en un ensueño. Sylvia le dijo:

—Me parece que estás muy cansada. Puede que hayamos caminado demasiado.

Hester casi dio un respingo.

—¡No! —dijo—. Es solo mi dolor de cabeza, que esta noche es mucho peor. Todo el día me ha estado molestando, pero desde que he salido ha sido

como si tuviera unos enormes cañones disparando, hasta el punto de que casi les he rogado que se callaran. Estoy tan harta de ese sonido.

Y tras decir esas palabras, se puso a andar a paso vivo, como si no deseara ni compasión ni comentarios a lo que acababa de decir.

EL RECONOCIMIENTO

Muy lejos, más allá de las tierras y el agua, sobre un mar soleado, grandes cañones tronaban aquel 7 de mayo de 1799.

El Mediterráneo llegaba con un gran fragor a una playa reluciente de arena blanca como la nieve, cubierta de fragmentos de innumerables conchas, delicadas y brillantes como porcelana. Mirando la costa desde el mar, se divisaba una larga extensión de tierras altas, que se iniciaban en un valle del interior, y se adentraban en el océano por la derecha hasta acabar en unos inmensos riscos montañosos, coronados por los blancos edificios de un convento que descendían pronunciadamente hacia el agua azul.

En el límpido aire oriental, podían discernirse a lo lejos, y a simple vista, los distintos caracteres del follaje que arropaban los lados de la montaña bañada por el mar; el gris plateado de los olivos cerca de la cima; el verde intenso y las redondeadas formas de los sicomoros un poco más abajo; interrumpidas aquí y allá por algún solitario terebinto o alguna encina de un verde más intenso y copa más amplia; hasta que la mirada daba sobre la llanura marítima, bordeada por el blanco litoral y los montículos arenosos; y aquí y allá se veían palmeras cuyas hojas parecían plumas, aisladas y en grupo, inmóviles y nítidas contra el aire caliente y púrpura.

Miremos otra vez; un poco a la izquierda, en la costa, se hallan los blancos muros de una ciudad fortificada, reluciente al sol o negra en las sombras.

Las propias fortificaciones se adentran en el mar, formando un puerto y un refugio contra las desaforadas tormentas levantinas; y un faro surge de las olas para guiar a los marineros a buen puerto.

Más allá de esta ciudad amurallada, y mucho más hacia la izquierda, se ve esa misma ancha llanura limitada por un terreno más elevado, a lo lejos, hasta que estas tierras altas acaban en el norte, y las grandes rocas blancas se encuentran con ese profundo océano sin marea de un intenso color azul.

En lo alto, el calor vuelve el cielo literalmente púrpura; y la implacable luz golpea el agotado ojo del observador a medida que se acerca de la orilla

blanca. Tampoco el terreno llano de esta región ofrece el refugio y descanso de los suaves verdes de nuestro país. La piedra caliza que hay bajo la vegetación le da un tono brillante y ceniciento a las zonas donde se ve el puro suelo, e incluso las partes cultivadas se ven marchitas en tan temprana época del año. Solo en primavera la región se ve rica y fructífera; en esa época los campos de maíz muestran su capacidad de dar fruto, «una ciento, otras sesenta, otra treinta^[44]»; siguiendo la corriente del riachuelo Kishon, que nace no lejos de la base del promontorio montañoso hacia el sur, hay un campo de anchas y verdes higueras, frescas y lozanas a la vista; los huertos están llenos de cerezos de hojas lustrosas; el alto amarilis produce en los campos un esplendor carmesí y amarillo, que rivaliza con la pompa del rey Salomón; las margaritas y los jacintos extienden sus miríadas de flores; las anémonas, escarlatas como la sangre, surcan el suelo como deslumbrantes llamas de fuego.

Un olor picante flota en el aire cálido; procede de la multitud de flores aromáticas que pueblan esa precoz primavera. Luego se marchitarán y morirán, y el maíz se recogerá, y el verde intenso del follaje asumirá una especie de tono gris descolorido.

Incluso en el mes de mayo, el caluroso centelleo del mar eterno, el perfil terriblemente límpido de todos los objetos, cercanos o distantes, el sol brutal en lo alto, la atmósfera cegadora, resultaban indeciblemente agotadores para los ojos de los ingleses que día y noche vigilaban atentamente la ciudad costera fuertemente fortificada que quedaba un poco hacia el norte de donde estaban anclados.

Habían mantenido un fuego de flanco durante muchos días en ayuda de los que estaban sitiados en Saint Jean d’Acre, y a intervalos habían escuchado, impacientes, el sonido de los pesados cañones del asedio, o las bruscas descargas de la mosquetería francesa.

En la mañana del 7 de mayo, un hombre situado en el tope del *Tigre* cantó que había barcos a la vista; y en respuesta a la señal que rápidamente izaron a lo alto del mástil, vio que las embarcaciones lejanas izaban a su vez banderas amigas. Los asediados turcos cobraron nuevos ánimos; los franceses, al asedio, bajo el mando de su gran general, iniciaron los preparativos para un asalto más vigoroso que los muchos vigorosos y sangrientos que habían realizado hasta entonces (pues llevaban ya cincuenta y un días con él), con la esperanza de tomarla por asalto antes de que llegaran por mar los refuerzos británicos; y *sir* Sidney Smith, que no ignoraba la desesperada intentona que se proponía Bonaparte, ordenó que todos los hombres, marineros e infantes,

que no fueran necesarios para mantener el incesante fuego de flanco sobre los franceses, desembarcaran y ayudaran a los turcos y a las fuerzas inglesas que ya defendían la antigua e histórica ciudad.

El teniente Kinraid, que había compartido la osada aventura de su capitán en la costa francesa tres años antes, que había sido prisionero con él y Wesley Wright en el Temple, en París, y había logrado escapar con ellos, y que, mediante la encendida intercesión de *sir* Sidney, había sido ascendido del rango de suboficial a teniente, recibió aquel día de su almirante el honor de ser asignado a un puesto especialmente peligroso. Su corazón era como un caballo de guerra, y exclamaba «¡Ja, ja!» mientras el barco rebotaba sobre las olas que iban a desembarcarle junto a los viejos muros con matacanes en la que los cruzados tenían su última posición en Tierra Santa. No es que Kinraid supiera o le importaran un ápice aquellos aguerridos caballeros de antaño: todo lo que sabía era que los franceses, al mando de Boney^[45], intentaban arrebatárles la ciudad a los turcos, y que su almirante decía que no debían hacerlo, de modo que no lo harían.

Él y sus hombres desembarcaron en la costa arenosa y entraron en la ciudad por la compuerta del muelle; cantaba para sí una canción de su tierra:

A toda avanza la quilla, a toda avanza el mascarón...

y sus hombres, con esa aptitud que tienen los marineros para la música, enseguida cogieron la tonada y se unieron a él con sonidos inarticulados.

Y así, con el corazón alegre, serpentearon por las estrechas calles de Acre, flanqueados a ambos lados por los muros blancos de las casas turcas, con aberturas con rejilla en lo alto, donde nadie pudiera ser intruso con la mirada.

De vez en cuando se topaban con un turco vestido con turbante y ropas holgadas que avanzaba con toda la prisa que su solemne compostura le permitía. Pero la mayoría de habitantes varones estaban defendiendo la brecha, donde los cañones franceses tronaban muy por encima de la cabeza de los marineros.

Siguieron avanzando con la misma alegría, a pesar del estruendo, hasta el jardín de Djezzar Pachá, donde el anciano turco estaba sentado sobre su alfombra, bajo la sombra de un gran terebinto, escuchando al intérprete, que le transmitió el significado de las impacientes palabras de *sir* Sidney Smith y el coronel de los infantes.

En cuanto el almirante vio a los aguerridos marineros del *Tigre*, interrumpió aquel comité de guerra sin mucha ceremonia, y, acercándose a

Kinraid, los envió, como antes habían acordado, al Revellín Norte, mostrándoles el camino con instrucciones rápidas y claras.

Por respeto a él, los marineros se mantuvieron en silencio mientras se hallaban en aquel jardín extraño y desolado; pero en cuanto salieron a la calle, la vieja canción de Newcastle volvió a flotar en el aire hasta que los hombres quedaron silenciados, por fuerza, a causa de las prisas con que se dirigían a la peligrosa posición que se les había encomendado.

Eran las tres de la tarde. Durante muchos días, esos mismos hombres habían echado pestes del calor que hacía a esa hora, incluso en el mar, abanicados por una brisa suave; pero ahora, en mitad de aquel humo asfixiante, de una atmósfera que hedía a la carnicería anterior, y con el zumbido de la muerte continuamente en sus oídos, no se quejaban y se les veía alegres. En sus animosas voces surgían muchas viejas chanzas, y algunas nuevas, valerosas y entusiastas, aun cuando quien las dijera quedara envuelto en grandes nubes de humo, penetradas solo por las brillantes llamas de la muerte.

De repente llegó un mensaje; todos los miembros de la tripulación del *Tigre* que estuvieran bajo el mando del teniente Kinraid tenían que acudir a ayudar a los nuevos refuerzos (que el marinero que estaba en el tope había visto al amanecer), bajo el mando de Hassan Bey, a desembarcar en el malecón, donde estaba *sir* Sidney.

Y allí se dirigieron, casi tan animados y despreocupados como antes, aunque dos de ellos yacían callados para siempre en el revellín norte, y desde no hacía ni media hora. Y uno de ellos se fue con el grupo, maldiciendo con ganas su mala suerte por haberse roto el brazo derecho, pero dispuesto a no quedarse corto con el izquierdo.

Ayudaron a desembarcar a las tropas turcas con más buena voluntad que delicadeza; y a continuación, guiados por *sir* Sidney, se refugiaron tras los cañones ingleses, en aquella brecha fatal, tan asaltada como gallardamente defendida, aunque nunca tan ferozmente disputada como en aquella sofocante tarde. Las ruinas de aquel grueso muro que había sido volado por los franceses se utilizaron como peldaños para llegar hasta donde estaban los sitiados, y así escapar de las pesadas piedras que estos les arrojaban; es más, incluso los cadáveres de los combatientes de la mañana fueron utilizados como macabras escaleras.

Cuando Djezzar Pachá se enteró de que los marineros ingleses estaban defendiendo la brecha, bajo el mando de *sir* Sidney Smith, abandonó el jardín de palacio, se vistió a toda prisa y se fue corriendo a la brecha; donde con sus

propias manos, y con una entusiasta buena voluntad, apartó a los marineros de aquel puesto tan peligroso, afirmando que si perdía a sus amigos ingleses lo perdía todo.

Pero la tripulación del *Tigre* poca atención le prestó al anciano —fuera Pachá u otro— que intentaba alejarlos de la refriega; al momento ya habían ido a por los asaltantes franceses que trepaban hacia la brecha; y así siguieron, como si aquello fuera un juego en lugar de un combate mortal, hasta que *sir* Sidney hizo retirarse a Kinraid y a sus hombres, pues las tropas turcas de refuerzo eran suficientes para la defensa de aquella brecha, que ya no era el principal objetivo del ataque francés; pues los atacantes habían abierto ahora una brecha aún más formidable gracias a su incesante bombardeo, derribando calles enteras de los muros de la ciudad.

—¡Lucha lo mejor que sepas, Kinraid! —dijo *sir* Sidney—. ¡Pues Boney está en aquella colina, mirándote!

Y cierto era que allí, en una elevación del terreno, llamada monte de Ricardo Corazón de León, había un semicírculo de generales franceses a caballo, y todos, con deferencia, prestaban atención a los movimientos, y al parecer a las palabras, de un hombrecillo que estaba en el centro; a cuyas órdenes el ayuda de campo galopaba velozmente para transmitir sus instrucciones a las partes más alejadas del campo francés.

Los dos revellines que Kinraid y sus hombres tenían que ocupar, con el propósito de lanzar un fuego de flanco sobre el enemigo, no estaban ni a diez metros de la vanguardia del enemigo.

Pero de pronto los franceses cargaron contra esa parte del muro donde Kinraid y los suyos imaginaban poder entrar sin oposición.

Kinraid, sorprendido por ese movimiento, se aventuró a salir del refugio del revellín para averiguar la causa; y él, a salvo e intocado durante aquella larga tarde de exterminio, caía ahora abatido por una bala perdida de mosquetón, y quedaba desamparado y expuesto sobre el terreno sin que lo vieran sus hombres, quienes ahora debían acudir a ayudar en la cálida recepción que les habían preparado a los franceses. Estos, descendiendo los muros de la ciudad y entrando en el jardín de Pachá, fueron atacados con sables y dagas, y sus cadáveres se esparcieron, decapitados, bajo los rosales en flor, junto a la fuente.

Kinraid había caído fuera de los revellines, muchos metros más allá de las murallas de la ciudad.

Estaba totalmente indefenso, pues el disparo le había roto la pierna. Junto a él se desparramaban cadáveres de franceses; ningún inglés se había

aventurado hasta allí.

Todos los heridos que veía eran franceses; y muchos, furiosos de dolor, le maldecían en voz alta, rechinando los dientes, hasta que Kinraid se dijo que lo mejor que podía hacer era fingirse cadáver; pues entre aquellos hombres aún había algunos capaces de arrastrarse hasta él y, concentrando todas sus flacas energías en un solo golpe, acabar con él prontamente.

Los piquetes del ejército francés lo tenían a tiro; y su uniforme, aunque de color menos llamativo que el de infantería de marina, junto a los que había luchado, le convertían en blanco seguro solo con que moviera un brazo. Sin embargo deseaba volver la cara, aunque fuera solo un poco, a fin de que el sol, cruel y al sesgo, no le dieran de pleno en los ojos doloridos. También le acometía la fiebre; el dolor en la pierna era cada vez más terrible; la espantosa sed que sienten los heridos, añadida al calor y la fatiga del día, hacía que sintiera los labios y la lengua secos y cocidos, y tenía la garganta reseca y acartonada. El pensar en otros días, en los fríos mares de Groenlandia, donde abundaba el hielo, en las casas inglesas rodeadas de hierba, le fue dibujando un pasado más real que el presente.

Con gran esfuerzo comenzó a volver en sí; ahora sabía dónde estaba, y podía sopesar qué posibilidades tenía de seguir vivo, más bien escasas; a su pesar, le vinieron lágrimas a los ojos al pensar en su esposa —con la que se había casado hacía poco—, la cual, en su casa de Inglaterra, quizá jamás llegara a saber que había muerto pensando en ella.

De pronto vio avanzar a un grupo de infantes ingleses, protegidos por el revellín, que recogían a los heridos y los llevaban dentro de los muros para darles asistencia médica. Estaban tan cerca que les veía la cara, los oía hablar; pero no se atrevía a hacerles señal alguna al estar al alcance del fuego francés.

Por un momento, no pudo resistir levantar la cabeza, concederse una oportunidad de vivir; antes de que las inmundas criaturas que infestan los campamentos militares aparecieran en la oscuridad de la noche para desnudar e insultar a los muertos, y acabar con los que aún tienen un soplo de vida en su interior. Pero el sol poniente le dio de pleno en la cara, y no vio nada de lo que anhelaba ver.

Se dejó caer, desesperado; se dispuso a morir.

Ese fuerte y claro rayo de sol había supuesto su salvación.

Había sido reconocido igual que se reconoce a un hombre cuando está en el rojizo resplandor de una casa en llamas; esa ansia desesperada de ayuda, ese desesperado adiós a la vida, estampado en su cara con una luz rojo sangre.

Un hombre abandonó a sus compañeros y acudió corriendo a su lado, adentrándose entre los heridos del enemigo, al alcance del fuego de sus armas; se inclinó sobre Kinraid; pareció comprenderle sin necesidad de palabras; le levantó, llevándose como si fuera un niño; y con esa vehemente energía que procede más de la fuerza de voluntad que del vigor del cuerpo, lo llevó al abrigo del revellín, no sin que les lanzaran muchos disparos, uno de los cuales impactó en la parte carnosa del brazo de Kinraid.

La pierna rota de Kinraid, que llevaba colgando, le provocaba un inmenso dolor, y la vida parecía abandonarle; sin embargo, posteriormente recordaría cómo el infante había llamado a sus camaradas, y cómo, en el intervalo transcurrido antes de que llegaran, sus sentidos casi ausentes identificaron aquella cara como la de alguien que había conocido; aunque todo fuera como un sueño, demasiado improbable para ser real.

No obstante, las palabras que dijo aquel hombre, mientras estaba solo y sin aliento junto a Kinraid, este casi sin sentido, encajaban perfectamente con su aspecto físico. Jadeando, exclamó:

—¡Nunca creí que fueras a serle fiel!

Entonces se acercaron los demás, y mientras hacían un cabestrillo con sus cinturones, Kinraid perdió totalmente el sentido, y cuando recobró la conciencia se hallaba en su litera del *Tigre*, y el médico del barco le estaba curando la pierna. Después de eso pasó varios días con fiebre, delirando. Cuando por fin fue capaz de recordar, y de formar un juicio basado en esos recuerdos, llamó al hombre que se encargaba de atenderle, y le pidió que buscara por todos los medios posibles a un infante llamado Philip Hepburn, y que, cuando lo encontrara, le pidiera que fuera a ver a Kinraid.

El marinero estuvo fuera casi todo el día, y su búsqueda resultó infructuosa; había ido de uno a otro barco, de aquí para allá; había interrogado a todos los infantes con que se había encontrado, y nadie sabía nada de Philip Hepburn.

Kinraid pasó muy mala noche, con fiebre, y cuando a la mañana siguiente el médico se indignó por su empeoramiento, Kinraid le habló, con cierta irritación, del poco éxito de su criado; acusó al hombre de ser un estúpido, y deseó con todas sus fuerzas poder encargarse él mismo de la búsqueda.

En parte para calmarlo, el médico le dijo que él mismo se encargaría de buscar a Hepburn, y se dedicó a seguir todas las instrucciones de Kinraid; no quedaría satisfecho con las indiferentes palabras de los hombres, sino que buscaría en las listas de efectivos y en los registros de los barcos.

Y también trajo la misma respuesta, aunque dada a regañadientes.

Había emprendido la búsqueda muy seguro de su éxito, por lo que ahora se sentía doblemente frustrado por el fracaso. Sin embargo, se había convencido de que el teniente deliraba en parte a causa de los efectos de la herida, y que el fuerte sol que brillaba en aquel momento le había hecho ver visiones. Había leves síntomas de que Kinraid podía haber sufrido una insolación, y el doctor se aferró a ellos en sus intentos de convencer al paciente de que su imaginación había dotado a un desconocido de los rasgos de algún antiguo amigo.

Kinraid, impaciente, arrojó los brazos fuera de la cama ante las plausibles palabras del médico, que le irritaron aún más que el hecho de que nadie hubiera encontrado a Hepburn.

—Ese hombre no era amigo mío; la última vez que le vi habría podido matarle. Era dependiente en una población rural de Inglaterra. Le había visto muy poco; pero lo bastante como para jurar que era él, incluso vestido de infante de marina, y en este sofocante país.

—Las caras que uno ha visto, sobre todo en un estado de excitación, suelen volver a la memoria en casos de fiebre —sentenció el médico.

El marinero ordenanza, recuperada su autoestima por el fracaso de otro en el mismo cometido en el que él no había tenido éxito, aportó su propia explicación.

—Quizá era un espíritu. No es la primera vez que oigo que un espíritu baja a la tierra a salvar la vida de un hombre en un momento de necesidad. Mi padre tenía un tío que era pastor en el oeste de Inglaterra. Una noche de luna llena se dirigía a Dartmoor, en Devonshire, con una buena suma de dinero que había conseguido por sus ovejas en la feria. Lo llevaba escondido en unas bolsas de cuero bajo el asiento del calesín. Era una carretera bastante mala, como carretera y por peligrosa, pues se habían cometido por allí muchos robos, y había grandes rocas que servían muy bien de escondite. De pronto, el tío de mi padre tuvo la impresión de que había alguien sentado a su lado, en el asiento vacío, y vuelve la cabeza y allí ve a su hermano... su hermano, que llevaba más de doce años muerto. De modo que vuelve de nuevo la cabeza hacia la derecha, y no dice una palabra, y se pregunta qué significa eso. Y, de pronto, dos individuos salen de alguna sombra negra y aparecen en la carretera blanca, y miran, y dejan pasar la calesa, y el tío de mi padre azuzaba a los caballos, se lo garantizo. Pues todo lo que oyó que uno le decía al otro fue: «Por... ¡si son *dos!*!». Nunca había hecho correr tanto a los caballos, y no aflojó el paso hasta ver las luces lejanas de alguna ciudad. No recuerdo cuál era, aunque he oído el nombre muchas veces; y entonces respiró profundo, y

se volvió para mirar a su hermano y preguntarle cómo había conseguido salir de su tumba del cementerio de Barum, pero el asiento estaba tan vacío como cuando se puso en camino; y entonces supo que había sido un espíritu que había ido a ayudarlo contra aquellos dos hombres que querían robarle y que muy probablemente le habrían matado.

Kinraid se había mantenido callado durante ese relato. Pero en cuanto el marinero comenzó a sacar su moraleja y a decir: «Y me atrevo a añadir, señor, que el infante que le salvó de los disparos de los gabachos fue un espíritu que bajó a ayudarlo», Kinraid exclamó impaciente, soltando un tremendo juramento al hacerlo:

—No fue ningún espíritu, yo estaba plenamente consciente. Fue un hombre llamado Philip Hepburn. Me dijo unas palabras que nadie más podía haberme dicho. Y lo cierto es que nos odiamos como el veneno, y no entiendo por qué puso su vida en peligro para salvarme. Pero así fue; y si no pueden encontrarlo, no me vengan con más monsergas. Fue él y no mi fantasía, doctor. Era él en carne y hueso y no en espíritu, Jack. Así que lárgate y déjame tranquilo.

Todo ese tiempo, Stephen Freeman permanecía enfermo, sin amigos, destrozado, a bordo del *Teseo*.

Había estado de servicio cerca de algunos obuses colocados en cubierta; un guardiamarina joven y alegre se esforzaba, sin prestar mucha atención, en sacar la mecha de uno de ellos mediante un mazo y un clavo que tenía a mano; de pronto hubo una tremenda explosión, en la que el pobre infante, que limpiaba su bayoneta allí al lado, quedó terriblemente quemado y desfigurado, quedando la piel de la parte inferior de su cara completamente destruida por la pólvora. Dijeron que fue un milagro que no perdiera los ojos; pero a él, allí echado, agitándose de dolor, quemado por la explosión, herido por las astillas, percibiendo que estaba lisiado de por vida, no le parecía un milagro haber sobrevivido. De todos los que habían sido afectados por aquel espantoso accidente (y eran muchos), ninguno se sentía tan abandonado, tan desesperado, tan desolado como ese Philip Hepburn, cuyo paradero despertaba tan impaciente curiosidad en ese momento.

CONFIDENCIAS

Fue el mismo verano en que la señora Brunton visitó a su hermana Bessy, un poco después.

Bessy estaba casada con un granjero pasablemente adinerado que vivía a una distancia casi equidistante de Monkshaven y Hartswell, pero, por arraigada costumbre y conveniencia, los Dawson llevaban sus productos al mercado de esta última población, así que Bessy muy rara vez veía a sus antiguos amigos de Monkshaven.

Pero la señora Brunton era una persona demasiado extrovertida para no expresar siempre sus deseos y salirse con la suya. No le apetecía, afirmaba, hacer un viaje tan largo solo para ver a Bessy y su marido, y no saludar a sus antiguos conocidos de Monkshaven. También podría haber añadido que su nueva capota y capa poco lucirían si no los exhibía entre aquellos que, conociéndola con el nombre de Molly Corney, y habiendo sido menos afortunados que ella en el matrimonio, la mirarían con estupefacta admiración, si no con envidia.

De modo que, un día, la carreta que utilizaban los Dawson para ir al mercado depositó a la señora Brunton, con toda su ostentación, ante la tienda de la plaza del mercado, sobre la que los nombres de Hepburn y Coulson aún proclamaban su sociedad.

Tras unas breves palabras de saludo a Coulson y Hester, la señora Brunton entró en la sala de estar y le dedicó a Sylvia un saludo más bullanguero y cordial.

Habían pasado más de cuatro años desde que fueran amigas; y las dos se asombraban en secreto de haber sido amigas alguna vez. A los ojos de la señora Brunton, Sylvia tenía un aire rústico, tosco, melancólico; Molly era una persona que hablaba mucho y en voz alta, y que le resultaba totalmente desagradable a Sylvia, a quien la compañía diaria de Hester le había hecho apreciar a las personas que hablaban despacio y flojito, y que mostraban una actitud seria y reflexiva.

No obstante, mantuvieron las formas de su antigua amistad, aunque entre sus corazones mediara un abismo, y mientras permanecían sentadas la una junto a la otra, se miraban con ojos inquisitivos, a la búsqueda de los cambios que el tiempo había operado en ellas. Molly fue la primera en hablar.

—¡Hay que ver lo delgada y pálida que estás, Sylvia! El matrimonio no te ha sentado tan bien como a mí. Brunton siempre dice (ya sabes que es muy de la broma) que si hubiera sabido los metros de hilo que necesitaría para hacerme un vestido, se lo habría pensado dos veces antes de casarse conmigo. ¡Bueno, debo de haber ganado unos doce kilos desde que me casé!

—¡Se te ve saludable y estupenda! —dijo Sylvia, expresando la impresión que le producía el volumen y vivos colores de su antigua amiga con las mejores palabras que pudo.

—¡Vamos, Sylvia! Yo sé lo que te pasa —dijo Molly, negando con la cabeza—. Es por culpa de ese marido tuyo, que se ha ido y te ha dejado; le añoras, y no vale la pena. Brunton dijo, cuando se enteró (y recuerdo que en ese momento estaba fumando, y se sacó la pipa de la boca, y echó las cenizas con la misma seriedad que un juez): «¡El hombre que abandona a una mujer como Sylvia Robson merece la horca!». Eso es lo que dijo. Y hablando de la horca, Sylvia, sentí muchísimo lo de tu pobre padre. ¡Que un hombre tan decente como él acabara así! Mucha gente vino a visitarme para que les contara todo lo que sabía de él.

—¡Por favor, no hables de eso! —dijo Sylvia, temblando de pies a cabeza.

—Tienes razón, pobrecilla, no lo haré. Te concedo que es algo muy duro. Pero para ser justa, hay que reconocer que Hepburn tuvo valor para casarse contigo tan poco después de que se hablara tanto de tu padre. Muchos hombres se habrían echado atrás, por muy lejos que hubieran llegado. No sé qué hubiera hecho ese Charley Kinraid. ¡Hay que ver, Sylvia, y ahora resulta que después de todo está vivo! Dudo que nuestra Bessy se hubiera casado con Frank Dawson de haber sabido que Charley no se había ahogado. Pero menos mal que lo hizo, pues ese Dawson es un propietario con dinero, y tiene doce vacas en su establo, además de tres formidables caballos; y Kinraid era un hombre que siempre jugaba a dos barajas. Siempre dije, y mantengo, que tuvo muy pocos escrúpulos contigo, Sylvie; y te diré que creo que le gustabas más tú que nuestra Bessy, aunque ayer mismo ella mantenía que ese Kinraid la prefería a ella antes que a ti. ¿Te has enterado de su fabulosa boda?

—¡No! —dijo Sylvia, con una ávida y dolorosa curiosidad.

—¡Pero si salió en todos los periódicos! Me asombra que no lo vieras. ¡Espera un momento! Recorté la noticia del *Gentleman's Magazine*, que

Brunton compró a propósito, y me la metí en el monedero al venir: sé que la tengo en alguna parte.

Cogió su elegante bolso carmesí, y hurgó en él hasta sacar un papelito impreso y arrugado, que leyó en voz alta:

—«El 3 de enero, en Saint Mary Redcliffe, Bristol, el señor don Charles Kinraid, teniente de la Marina Real, contrajo matrimonio con la señorita Clarinda Jackson, poseedora de una fortuna de diez mil libras». ¡Hay que ver! —exclamó triunfante—. Como dice Brunton, no está mal ser prima de alguien así.

—¿Me lo dejas ver? —dijo Sylvia con timidez.

La señora Brunton consintió cortésmente; y Sylvia ejercitó su recientemente adquirida capacidad de lectura, practicada hasta ese momento principalmente en la Biblia, para hacerse con el sentido de aquellas palabras.

No había nada asombroso en ellas, nada que no se hubiera esperado; y sin embargo, la sorpresa la aturdió durante unos instantes. No había pensado volver a verle nunca. ¡Pero pensar que amaba a otra mujer tanto como la había amado a ella, o quizá más!

Le asaltó la irresistible idea de que Philip jamás habría actuado así; habrían pasado años antes de poner a otra en el trono que ella había ocupado. Por primera vez en su vida creyó reconocer la verdadera naturaleza del amor de Philip.

Pero lo único que dijo fue «Gracias» al devolverle el trozo de papel a Molly Brunton. Y esta última siguió hablándole de la boda Kinraid.

—Él estaba en el oeste, en Plymouth o por ahí, cuando la conoció. El padre de ella, que ya ha muerto, tenía una refinería de azúcar; pero por lo que Kinraid le escribió al viejo Turner, el tío que le crio en Cullercoats, la chica tiene una educación exquisita: sabe bailar y tocar en instrumento la danza del chal; y Kinraid le ha permitido quedarse con todo su dinero^[46], aunque ella dijo que preferiría entregárselo a él, lo cual, he de decir, siendo su prima, que fue muy amable por su parte. Ahora ella está sola, pues él se ha embarcado en el *Tigre*, su navío, rumbo al Mediterráneo; y ella le ha escrito una carta al viejo Turner para ir a conocerlo, y hacer amistad con sus parientes, y Brunton me va a regalar un satín carmesí en cuanto sepamos seguro que viene, pues sin duda nos invitarán a Cullercoats.

—Me pregunto si será guapa —dijo Sylvia, en un hilo de voz, cuando Molly interrumpió por primera vez su torrente de palabras.

—¡Oh, tengo entendido que es muy guapa! A nuestra tienda llegó un viajante que había estado en York, y conocía a algunos de los primos de ella

que estaban en el negocio de los comestibles (su madre era una dama de York), y estos decían que era un sueño de mujer, y que muchos caballeros habían querido casarse con ella, pero que la muchacha había esperado a Charley Kinraid, ya ves.

—Bueno, espero que sean felices, de verdad —dijo Sylvia.

—Eso sí es suerte. Hay quien es feliz en su matrimonio, y hay quien no lo es. Es solo suerte, no hay manera de preverlo. Los hombres son unos animales incomprensibles, y no hay manera de predecir lo que harán. ¿Quién habría dicho de tu marido, una persona tan lenta y previsora... Philip el constante, le llamábamos las chicas... que se escaparía con nocturnidad y te dejaría para ser una viuda hechizada?

—No se fue de noche —dijo Sylvia, tomando las palabras «con nocturnidad» en su sentido literal.

—¡No! Bueno, dije «con nocturnidad» porque fue lo primero que se me ocurrió. Dime una cosa, Sylvie, pues por lo que cuenta Bessy no hay manera de saberlo. ¿Tuvisteis tú y él unas palabras? Por supuesto, ya lo creo.

En aquel momento Hester entró en la salita, y Sylvia se alegró de poder servirse de ese pretexto para interrumpir una conversación que había llegado a un punto incómodo y doloroso. Retuvo a Hester en la sala por temor a que la señora Brunton repitiera la pregunta de por qué se había marchado Philip, pero la presencia de una tercera persona pareció importarle bien poco a la inquisitiva Molly, que le repitió los mismos interrogantes hasta que casi dejó a Sylvia desconcertada, entre su asombro ante las noticias referentes a Kinraid, su deseo de estar a solas y en silencio para comprender cabalmente esa nueva, su deseo de mantener a Hester en la conversación, sus esfuerzos por evitar que Molly siguiera refiriéndose a las circunstancias de la desaparición de Philip, y el deseo —más vehemente a cada momento— de que su visitante se marchara y la dejara en paz. Tanto la confundieron esos pensamientos y sentimientos que apenas sabía lo que estaba diciendo, y asentía o disentía de las palabras de Molly sin ninguna razón o verdad en sus palabras.

La señora Brunton había planeado quedarse con Sylvia mientras el caballo descansaba, y tanto le daba que la visita se alargara más o menos. Esperaba que la invitaran a tomar el té, tal como Sylvia averiguó por fin, y pensó que eso iba a ser lo peor de todo, pues Alice Rose no era de las que toleraban una cháchara grosera e irreflexiva como la de la señora Brunton sin levantar la voz en contra de ella. Sylvia se sentó agarrando el vestido de Hester para evitar que se marchara de la sala, y haciendo planes para que no saliera a la

superficie el desacuerdo que reinaba entre ellas. Justo entonces se abrió la puerta y entró la pequeña Bella procedente de la cocina, con la hermosa y recia dignidad de sus dos años; Alice la seguía con pasos prudentes, con los brazos extendidos y protectores, mientras una inusual sonrisa suavizaba la severidad de su cara; pues la niña era la preferida de la casa, y todos los ojos se rendían al amor al contemplarla. Bella se dirigió directamente hacia su madre llevando algo en su manita con hoyuelos; pero a mitad de camino pareció darse cuenta de la presencia de una desconocida y se paró en seco, fijando su seria mirada en la señora Brunton, como si quisiera captar su aspecto, o mejor dicho, penetrar en la misma esencia de su ser, y a continuación, extendiendo la mano que tenía libre, la niña pronunció las palabras que habían revoloteado en los labios de su madre durante la última hora.

—¡Váyase! —dijo Bella, terminante.

—¡Qué encanto! —dijo la señora Brunton, en parte con verdadera admiración y en parte con condescendencia.

Mientras hablaba, se puso en pie y se acercó a la niña, como si fuera a cogerla.

—¡Váyase! ¡Váyase! —gritó Bella, aterrorizada ante ese movimiento.

—Basta —dijo Sylvia—. Es tímida, y no le gustan los desconocidos.

Pero la señora Brunton había agarrado a la niña, que ahora forcejeaba y pataleaba, y su recompensa por ello fue un vehemente e inofensivo sopapo en la cara.

—¡Niña traviesa y malcriada! —dijo la señora Brunton, dejando a Bella en el suelo de inmediato—. Mereces una buena zurra, ya lo creo, y si fueras hija mía te la daría.

Sylvia no tuvo que ponerse de parte de la niña, que había acudido corriendo a sus brazos, y se aliviaba sollozando en el pecho de su madre, pues Alice asumió la defensa.

—La niña ha dicho, con toda la sencillez que ha podido, «Váyase», y si sigue usted su propia voluntad en lugar de atender a la de ella, tendrá que soportar la tozudez del viejo Adán, aunque me parece que la suya, a sus treinta años, se corresponde con la de Bella a sus dos.

—¡Treinta años! —dijo la señora Brunton, ahora muy ofendida—. ¡Treinta años! Bueno, Sylvia, ya sabes que solo tengo dos años más que tú; díselo a esta mujer, dile que solo tengo veinticuatro. ¡Treinta... desde luego!

—Molly solo tiene veinticuatro años —dijo Sylvia en tono apaciguador.

—Tenga veinte, treinta o cuarenta, me da igual —dijo Alice—. No he querido ofenderla. Lo único que he querido decir es que las airadas palabras que le ha dirigido a la niña indican que es una necia. No sé quién es, ni la edad que pueda tener.

—Es una antigua amiga mía —dijo Sylvia—. Ahora es la señora Brunton, pero cuando la conocí era Molly Corney.

—¡Sí! Y tú eras Sylvia Robson, la chica más guapa y alegre del condado, y ahora eres una pobre viuda hechizada, que vive con una niña acerca de la que no debo decir nada, y que vive con una familia que habla del viejo Adán como si este no hubiera estirado la pata hace mucho tiempo. Ha sido un gran cambio, Sylvia, y mi corazón se apena por ti cuando pienso en aquella época en que la gente se fijaba tanto en ti que podías haberte casado con quien hubieras querido, como Brunton dice a menudo; fue un tremendo error que eligieras a ese que ha desaparecido. Pero pronto habrán transcurrido siete años desde que se marchó, y entonces solo tendrás veintiséis; y después de todo se te presentará la oportunidad de conseguir un marido mejor, de modo que no te desanimes, Sylvia.

Molly Brunton había puesto todo el veneno que había podido en sus últimas palabras, con la intención de vengarse porque hubieran supuesto que tenía treinta años, más que porque le hubieran reprochado sus airadas palabras acerca de la niña. Creía que Alice Rose era la madre o la tía de Philip, debido a que ambos siempre tenían una expresión muy grave; y la llenaba de alegría haberse referido a un feliz segundo matrimonio de Sylvia, con lo que había concluido su intervención. Enfureció a Alice, sin embargo, tanto como si efectivamente hubiera tenido algún parentesco con Philip, pero por una razón distinta. De inmediato había detectado en aquellas palabras la intención de ofenderla; estaba indignada con Sylvia por permitir que aquellas palabras quedaran sin respuesta; pero lo cierto es que, para quien conociera el carácter de Molly Brunton, era lo menos que se podía esperar de ella, por lo que en Sylvia no podían causar tanta impresión como en alguien que no la conociera; y además, le parecía que cuanto menos se replicara a Molly, menos probable era que siguiera en aquel tono. De modo que acarició y charló con su hija y se comportó con cierta cobardía al intentar salirse de la conversación mientras al mismo tiempo escuchaba atentamente.

—En cuanto a Sylvia Hepburn cuando era Sylvia Robson, ella ya conoce mi opinión —dijo Alice con furiosa indignación—. Ahora es una persona más humilde, confío y rezo por ello, pero cuando Philip se casó con ella era una muchacha frívola y llena de vanidad, y el casarse con él pudo haber sido, en

cierto modo, un paso hacia su salvación; pero quiso Dios obrar de otra manera, y ahora debe soportar su penitencia con resignación. Por tanto, nada más diré de ella. Pero en cuanto a Philip, que está ausente, y de quien ha hablado con tanta ligereza y tantos reproches, quiero que sepa que era un muchacho distinto a todos los que he conocido. Si se descarrió por culpa de una cara bonita, despreciando a otra mujer que le convenía mucho más, y que le había amado como a la niña de sus ojos, en el pecado ha encontrado la mortificación, pues se halla lejos de su casa, de su mujer y su hija.

Para sorpresa de todos, las palabras de réplica de Molly fueron cortadas en seco, antes de que pudiera decir las, por Sylvia. Pálida, los ojos encendidos, y excitada, con la hija de Philip en un brazo, y el otro extendido, dijo:

—Nadie puede decirlo... nadie lo sabe. Nadie puede juzgar lo que pasó entre Philip y yo. Se portó conmigo de manera cruel e injusta. Pero ya le dije a él lo que pensaba, y no pienso lamentarme ante los demás; solo los que están al corriente de todo pueden juzgar. Y no está bien, no lo está —casi sollozaba—, seguir hablando así delante de mí.

Las dos —pues Hester, que sabía que Sylvia solo deseaba su presencia para impedir un desagradable *tête-à-tête*, había vuelto al trabajo en cuanto su madre entró— miraron a Sylvia sorprendidas; sus palabras, su actitud, pertenecían a una fase de su carácter que rara vez salía a la superficie, y que ninguna de las dos había percibido antes.

Alice Rose, aunque atónita, aprobó en gran parte las palabras de Sylvia; pues demostraban que tenía unos pensamientos y unos sentimientos acerca de la cuestión más serios de lo que la anciana había creído; su habitual silencio en referencia a la desaparición de su marido había llevado a Alice a pensar que era demasiado cría para haber recibido una profunda impresión del suceso. Molly Brunton expresó lo que pensaba de las palabras de Sylvia de la siguiente manera:

—¡Vaya, vaya! Eso lo explica todo, muchacha. Si le hablabas a Philip el constante como nos has hablado a nosotras, no es difícil imaginar por qué se marchó. En fin, Sylvia, jamás te vi así cuando eras una cría; te has transformado en una arpía, ¡y eso es lo que eres ahora!

Y cierto es que Sylvia tenía un aspecto desafiante: un color carmesí le había vuelto a las mejillas, y el fuego de sus ojos no se había extinguido. Pero ante las palabras burlonas de Molly, regresó a su expresión y actitud habituales, y dijo sin alterarse:

—Nadie puede decir si soy o no una arpía, pues no conocen todas las cosas que hay enterradas en mi corazón. Pero no puedo contenerlas si mis

amigas siguen hablando en mi cara de mí o de mi marido. Lo que él era, yo lo sé; y lo que yo soy, imagino que él lo sabe. Y ahora voy a traer el té, pues creo que lo necesitas, Molly.

Pronunció la última frase para poner paz; pero Molly no sabía muy bien si aceptar o no la rama de olivo. Tenía un temperamento obtuso, sin embargo, de esos difíciles de alterar; su mente, vacía en sí misma, disfrutaba de la excitación que venía de fuera; y su apetito era invariablemente bueno, de modo que se quedó a pesar del inevitable *tête-à-tête* con Alice. Esta última, no obstante, se negó a volver a participar en la conversación; y replicó a las frases de la señora Brunton con lacónicos síes y noes, y eso las veces que se dignó replicar.

Cuando todas estuvieron sentadas en torno al té, Sylvia se encontraba bastante calmada; más pálida de lo normal, se mostraba muy atenta y sumisa con Alice; era evidente que habría preferido permanecer en silencio, pero como Molly era su invitada, ello no era posible, de modo que procuró apartar la conversación de los temas más espinosos. Pero las cuatro, por no hablar de la pequeña Bella, dieron gracias cuando la carreta que usaban los Dawson para ir al mercado se detuvo ante la puerta de la tienda, pues era el vehículo que debía tomar la señora Brunton para ir a casa de su hermana.

Cuando ya estaba bastante lejos, Alice Rose abrió la boca para expresar unas contundentes palabras de condena, que remató diciendo:

—Y si mis palabras te han ofendido, Sylvia, ha sido porque mi corazón se ha rebelado ante lo que tú y ella decíais de Philip, y su pérfido y frívolo consejo de esperar siete años y luego casarse con otro.

Por duras que pudieran parecer esas palabras al repetirlas, eran lo más cercano a una disculpa que Sylvia había visto en la señora Rose. Sylvia permaneció unos momentos callada, y luego dijo:

—Muchas veces había pensado en decirle a usted y a Hester, de manera especial, por lo buenas que han sido con mi pequeña Bella, que Philip y yo jamás podríamos volver a estar juntos; no, ni si regresara esta misma noche...

Habría seguido hablando, pero Hester la interrumpió con un suave grito de consternación.

Alice dijo:

—Calla, Hester. No es asunto tuyo. Sylvia Hepburn, hablas como una niña tonta.

—No. Hablo como una mujer; como una mujer que averigua que ha sido engañada por el hombre en quien confiaba, y ya no hay remedio. No voy a decir nada más. Es a mí a quien perjudicó, y yo quien ha de soportarlo: me

dije que no os contaría más que esto, para que supierais por qué se fue y por qué dije mi última palabra sobre el asunto.

Y así pareció. A todas las preguntas y protestas de Alice, Sylvia hizo oídos sordos. Procuró no ver la expresión triste y de añoranza de Hester; y solo cuando se separaron para ir a acostarse, en lo alto de la estrecha escalera, se volvió, y rodeando con los brazos el cuello de Hester, apoyó la cabeza de esta en su propio cuello y susurró:

—¡Pobre Hester! ¡Pobre, pobre Hester! Si tú y él os hubierais casado, cuánto sufrimiento nos hubiéramos ahorrado todos.

Hester la apartó cuando Sylvia acabó de decir esas palabras; lanzó una mirada escrutadora a su cara, a sus ojos, y a continuación siguió a Sylvia a su dormitorio, donde Bella dormía, cerró la puerta y casi quedó de rodillas ante los pies de Sylvia, agarrada a ella, ocultando la cara en los pliegues de su vestido.

—Sylvia, Sylvia —murmuró—. Alguien te lo ha contado... Pensaba que nadie lo sabía... No es un pecado... Pero ya acabó... De verdad... Fue hace mucho... Antes de que os casarais. Pero no puedo olvidar. Quizá debería avergonzarme de haberlo pensado, pues él jamás pensó en mí como su mujer. Creí que nadie lo descubriría. Ahora solo quiero que me trague la tierra, con mi dolor y mi vergüenza.

Hester se puso a sollozar y calló, y de inmediato estaba en los brazos de Sylvia, que, sentada en el suelo, la abrazaba y la consolaba con caricias y palabras entrecortadas.

—Siempre digo lo que no debo. Me parece que hoy estoy muy alterada; sí, ya lo creo que lo estoy —añadió, aludiendo a las noticias de la boda de Kinraid, sobre las que aún tenía que reflexionar—. Pero no fuiste tú, Hester: no lo supe por tus palabras, ni por tus hechos, ni por tus miradas. Fue tu madre quien me lo reveló.

—¡Oh, madre, madre! —gimió Hester—. Pensé que solo Dios sabía que consideraba a Philip algo más que un hermano.

Sylvia no contestó; siguió acariciando el pelo de Hester, liso y castaño, pues se le había caído el gorro. Sylvia pensaba ahora en lo extraña que era la vida, y que el amor lo enreda todo; y tan abstraída estaba en su perplejidad ante el misterio del mundo que casi se sobresaltó cuando Hester se puso en pie, tomó las manos de Sylvia entre las suyas y, mirándola solemnemente, dijo:

—Sylvia, ya conoces mis penas y mi vergüenza, y estoy segura de que me compadesces, pues ahora me humillo ante ti, y te confieso que durante muchos

meses, antes de que te casaras, sentí la pesada carga de la decepción en mí día y noche; pero ahora te pido una cosa: si sientes alguna compasión por mí por lo que pasé, o si me quieres, aunque solo sea por el amor que tu difunta madre sentía por mí, o por el hecho de que seamos como hermanas, o por el pan de cada día que compartimos: por favor, deja de pensar mal de Philip; es posible que te haya perjudicado, o en cualquier caso, tú crees que sí lo hizo; para mí fue siempre una persona buena y considerada; pero si vuelve del lugar del mundo donde se halle ahora (y no pasa una noche sin que rece para que Dios le proteja y lo envíe de vuelta sano y salvo), olvida lo que pueda haberte hecho, perdónalo todo, y sé lo que tú eres capaz de ser, Sylvia, si te lo propones, esa esposa buena y amable que él debería tener.

—No puedo. Tú no sabes lo que pasó, Hester.

—Entonces cuéntamelo —le suplicó Hester.

—¡No! —dijo Sylvia tras un momento de vacilación—. Haré cualquier cosa por ti, ya lo sabes, pero no me atrevería a perdonar a Philip aunque pudiera. Hice un solemne juramento contra él. Sí, me miras escandalizada, pero sería él quien te escandalizaría si lo supieras todo. Dije que jamás le perdonaría, y mantendré mi palabra.

—Entonces creo que a partir de ahora rezaré por su muerte —dijo Hester, sin esperanza alguna, y casi con amargura, soltando las manos de Sylvia.

—Si no fuera por mi hija, yo también preferiría morir. Aquellos en quienes más piensas son los primeros que te olvidan.

Ahora era a Kinraid a quien aludía; pero Hester no la comprendió y, tras permanecer un momento en silencio, la besó y se fue a acostar.

UN MENSAJERO INESPERADO

Tras toda esa agitación y esas confidencias parciales, no se volvió a hablar de Philip durante muchas semanas. Incluso evitaron la menor alusión; y ninguna de ellas sabía lo mucho o poco que Philip estaba presente en la mente de las demás.

Un día, la pequeña Bella estaba inusualmente rebelde a causa de alguna indisposición infantil, y Sylvia se vio obligada a recurrir a un infalible método para distraerla; a saber, llevarla a la tienda, donde la cantidad de artículos nuevos y de colores vivos haría que la niña olvidara sus quejas. Caminaba por la elevada terraza del mostrador, manteniendo el equilibrio agarrada a la mano de su madre, cuando la carreta de los Dawson se detuvo ante su puerta. Pero quien se apeó ahora no fue la señora Brunton, sino una hermosísima joven elegantemente vestida, cuyos delicados pies pisaban con mucho cuidado, como si el descender de un vehículo primitivo supusiera una novedad en su vida. A continuación miró los nombres que había sobre la puerta de la tienda, y tras asegurarse de que ese era el lugar que buscaba, entró sonrojándose.

—¿Está la señora Hepburn en casa? —le preguntó a Hester, que era la que estaba situada más cerca de la puerta, mientras que Sylvia ocultaba a Bella tras unos grandes fardos de franela roja—. ¿Puedo verla? —añadió aquella voz melodiosa con acento del sur de Inglaterra, aún dirigiéndose a Hester. Sylvia oyó la pregunta y se le acercó, con cierta torpeza rústica, tímida y curiosa a la vez.

—¿Quiere venir por aquí, señora? —dijo Sylvia, guiando a su visitante hacia los dominios de la sala de estar, y dejando a Bella al cuidado de Hester.

—Usted no me conoce —dijo la hermosa joven, feliz—. Pero creo que usted conoció a mi marido. ¡Soy la señora Kinraid!

Un sollozo de sorpresa llegó a los labios de Sylvia, pero lo ahogó e intentó ocultar cualquier emoción que pudiera sentir mientras colocaba una silla para su visitante y procuraba que se sintiera cómoda, aunque, a decir verdad,

Sylvia no dejaba de preguntarse por qué había venido aquella mujer y cuánto tardaría en marcharse.

—Usted conoció al capitán Kinraid, ¿verdad? —preguntó con toda inocencia la joven, ante lo cual los labios de Sylvia formaron un «Sí» sin emitir, no obstante, ningún sonido claro—. Pero sé que su marido conocía al capitán; ¿está aún en casa? ¿Puedo hablar con él? Me gustaría tanto verle.

Sylvia estaba totalmente perpleja; la señora Kinraid, esa joven hermosa, alegre y adinerada, y Philip, ¿qué podían tener en común? ¿De qué podían conocerse? Todo lo que fue capaz de responder a las impacientes preguntas de la señora Kinraid, y a sus más impacientes miradas, fue que su marido estaba ausente, que llevaba mucho tiempo fuera: no sabía dónde estaba ni cuándo volvería.

La cara de la señora Kinraid se ensombreció un poco, en parte por su propia decepción, en parte porque no le agradó el tono desesperanzado e indiferente de las respuestas de Sylvia.

—La señora Dawson me dijo que se había ido de manera bastante repentina hace un año, pero pensaba que ya habría vuelto. Espero la llegada del capitán para primeros del mes que viene. ¡Bueno, me habría gustado ver al señor Hepburn y darle las gracias por haber salvado la vida del capitán!

—¿A qué se refiere? —preguntó Sylvia, dejando a un lado toda su fingida indiferencia—. ¡El capitán! ¿Es ese —no podía decir «Charley» delante de la bella esposa que tenía ante ella— su marido?

—Sí, usted le conocía, ¿verdad? En la época en que estaba con el señor Corney, su tío.

—Sí, le conocía, pero no entiendo. ¿Podría usted contármelo todo, señora? —dijo Sylvia en un hilo de voz.

—Pensaba que su marido se lo habría contado todo; la verdad es que no sé por dónde empezar. Usted sabe que mi marido era marinero, ¿verdad?

Sylvia asintió, escuchando con avidez, con el corazón latiéndole con fuerza todo el tiempo.

—¡Pues ahora es capitán de fragata de la Armada Real, y todo gracias a su valentía! ¡Oh, estoy tan orgullosa de él!

También podía haberlo estado Sylvia de haber sido su mujer; de hecho, pensaba en las muchas veces que había tenido la certeza de que Kinraid llegaría a ser un gran hombre algún día.

—Y ha estado en el sitio de Acre.

Sylvia se quedó perpleja ante tan extrañas palabras, y la señora Kinraid se dio cuenta.

—Saint Jean d’Acre, ya sabe... aunque menuda tontería decir «ya sabe», cuando yo no tenía ni idea hasta que ordenaron ir allí al barco del capitán, y eso que yo era la primera en la clase de geografía de la señorita Dobbin. Acre es una ciudad portuaria, no lejos de Jaffa, que es el nombre moderno de Jope, adonde se dirigió San Pablo hace mucho tiempo; seguro que lo habrá leído alguna vez, y también lo del Monte Carmelo, donde estuvo el profeta Elías una vez; todo eso se encuentra en Palestina, solo que ahora está en poder de los turcos.

—Pero no lo entiendo —dijo Sylvia, quejumbrosa—. Me parece que lo de San Pablo es cierto, pero por favor, señora, ¿podría contarme lo de su marido y el mío? ¿Es que se han vuelto a encontrar?

—Sí, en Acre, ya se lo he dicho —afirmó la señora Kinraid con deliciosa insolencia—. La ciudad estaba en poder de los turcos, y los franceses querían tomarla; y nosotros, es decir, la Flota Británica, no se lo queríamos permitir. De modo que *sir* Sidney Smith, comodoro y gran amigo del capitán, desembarcó para combatir a los franceses, y el capitán y un buen número de marineros desembarcaron con él; y hacía un calor sofocante; y el pobre capitán fue herido, y agonizaba de dolor y sed a tiro del enemigo (es decir, de los franceses), por lo que estos no dudarían en dispararle a cualquiera que se acercara a ayudarlo. Pensaban que el capitán estaba muerto, ya ve, pues estaba muy cerca de ellos; y habría muerto si su marido no hubiera salido a la descubierta y se lo hubiera llevado en brazos o echándoselo a la espalda (no averigüé muy bien cómo fue), dejándolo a salvo tras los muros.

—No pudo ser Philip —dijo Sylvia, indecisa.

—Pues lo fue. Eso dice el capitán; y no es de los que se equivocan. Me dije que traería su carta y le leería un fragmento, pero me la olvidé en mi escritorio, en casa de la señora Dawson; y no puedo enviársela —dijo, sonrojándose al recordar los pasajes en los que «el capitán» le dedicaba palabras de amor—, pues de lo contrario lo haría. Pero puede estar segura de que fue su marido el que se aventuró en medio del peligro para salvar la vida de su viejo amigo, pues si no, el capitán no lo habría dicho.

—Pero ellos no eran... no eran... yo no los llamaría grandes amigos.

—Ojalá tuviera aquí la carta; no sé cómo he podido ser tan estúpida; de todos modos, creo que recuerdo las palabras, pues la he leído muchas veces. Dice: «Justo cuando ya abandonaba toda esperanza, vi a un tal Philip Hepburn, un hombre al que había conocido en Monkshaven, y al que tenía razones para recordar perfectamente» (estoy segura de que eso es lo que dice: «recordar perfectamente»). «Él también me vio, y arriesgando su vida se

acercó a donde yo estaba. No dejaba de pensar que lo abatirían de un tiro, y cerré los ojos para no ver cómo se me escapaba mi última oportunidad. Le llovieron los disparos, y creo que fue alcanzado; pero me levantó y me llevó a cubierto». Estoy segura de que eso es lo que dice, pues he leído la carta muchas veces; y luego cuenta cómo, en cuanto pudo, buscó al señor Hepburn por todos los barcos; pero no lo encontró, y no supo si estaba vivo o muerto. ¡No se ponga tan pálida, por amor de Dios! —dijo, sobresaltada de pronto por la pérdida de color de la cara de Sylvia—. El hecho de que no lo encontrara vivo no es razón para darle por muerto; pues su nombre no fue encontrado en las listas de efectivos, por lo que el capitán cree que se alistó con un nombre falso. Solo que dice que le habría gustado verlo para darle las gracias, y que habría dado lo que fuera para saber lo que había sido de él; y como me he quedado a pasar dos días en casa de los Dawson, le dije que me acercaría a Monkshaven, aunque solo fuera cinco minutos, para averiguar si su marido había vuelto a casa y estrecharle las manos que ayudaron a salvar a mi marido.

—No creo que fuera Philip —reiteró Sylvia.

—¿Por qué no? —preguntó su visitante—. Dice usted que no sabe dónde está. ¿Por qué no pudo haber estado donde el capitán dice que estaba?

—Pero él no era marinero, ni tampoco soldado.

—¡Oh, sí lo era! Creo que en alguna parte el capitán se refiere a él como infante de marina, que no es ni una cosa ni otra, sino un poco de las dos. Volverá a casa un día de estos, y lo comprobará.

Alice Rose entró en ese momento, y la señora Kinraid sacó la conclusión de que era la madre de Sylvia, y tanta era la gratitud y amistad que profesaba a la familia del hombre que había «salvado al capitán» que se dirigió hacia ella y estrechó la mano de la anciana con ese aire simpático y confiado con que se ganan los corazones.

—¡Aquí está su hija, señora! —le dijo a Alice, que se mostraba medio atónita medio complacida—. Soy la señora Kinraid, la esposa de aquel capitán que antes vivía por aquí, y he venido a traerle noticias de su marido, y ella no acaba de creerse todo lo que le digo, aunque estoy segura de que todo es mérito de él.

Alice estaba tan perpleja que Sylvia pensó que debería explicárselo todo.

—Dice que o bien es soldado o marinero, y que está muy lejos, en un lugar que aparece en la Biblia.

—¡Que Philip Hepburn se marchó para ser soldado! —dijo ella—. ¡Él, que había sido cuáquero!

—Sí, y un soldado muy valiente, alguien a quien me alegraría mucho ver —exclamó la señora Kinraid—. Ha salvado la vida de mi marido en Tierra Santa, donde está Jerusalén, ya sabe.

—¡Pero qué dice! —exclamó Alice, con cierto desdén—. Creo que perdono a Sylvia por no haber dado crédito a sus noticias. Que su marido, un hombre de paz, se convirtiera en guerrero, y sufriera para entrar en Jerusalén, que es una ciudad celestial y emblemática, y que yo, siendo una elegida, me vea obligada a seguir morando en Monkshaven, como cualquier otra persona.

—No me ha entendido —dijo la señora Kinraid, al ver que pisaba un terreno delicado—. Yo no he dicho que hubiera ido a Jerusalén, sino que mi marido lo vio por aquella región, y que él cumplía con su deber como un hombre bueno y valeroso; y no solo con su deber; y, puede crearme, volverá a casa un día de estos, y todo lo que le pido es que nos lo haga saber a mí y al capitán, pues estoy segura de que, si podemos, los dos vendremos a presentarles nuestros respetos. Y me alegra mucho haberla visto —dijo, poniéndose en pie para marcharse y tendiéndole la mano a Sylvia—, pues, aparte de ser la esposa de Hepburn, estoy segura de que he oído al capitán hablar de usted. Y si alguna vez va a Bristol, espero que se acerque por Clifton Downs a visitarnos.

Se marchó y dejó a Sylvia estupefacta por todo lo relatado. ¡Philip de soldado! Philip en una batalla, arriesgando su vida. Y lo más raro de todo, Philip y Charley encontrándose una vez más, no como rivales ni enemigos, sino como salvador y salvado. A todo lo cual hay que añadir la convicción, reforzada por cada palabra dicha por aquella cariñosa y feliz esposa, de que el antiguo y apasionado amor que Kinraid sintiera por Sylvia se había desvanecido por completo, y su misma existencia, al parecer, había sido borrada de la memoria. Ella había arrancado su amor por él de raíz, pero pensaba que jamás podría olvidar que había existido.

Hester le trajo a Bella. No había querido interrumpir la conversación con aquella desconocida; y ahora se encontró con que su madre estaba muy alterada, y Sylvia más callada de lo normal.

—¡Esa era la mujer de Kinraid, Hester! Ese que era primer arponero y que tanto alboroto armó cuando la muerte de Darley. Y ahora es capitán... capitán de la armada, por lo que ha dicho esa mujer. Y quería hacernos creer que Philip mora en los lugares que aparecen en las Sagradas Escrituras; lugares ya destruidos, pero que se hallan en los cielos a imagen y semejanza, y que los elegidos algún día veremos. Y dice que Philip está allí, de soldado, y que salvó la vida de su marido, y que pronto volverá a casa. Me pregunto qué

pensarán John y Jeremiah de que sirva como soldado. Me parece que no les hará mucha gracia.

Eso era totalmente ininteligible para Hester, y le hubiera gustado interrogar a Sylvia; pero esta estaba sentada un poco aparte, con Bella sobre las rodillas, la mejilla apoyada sobre los rizos dorados de la niña, y la mirada fija, casi en trance, como si viera cosas que no estuvieran presentes.

De modo que Hester tuvo que contentarse con preguntarle a su madre para aclararlo, y cuando acabó de preguntar no se había hecho una idea muy clara de lo que realmente había dicho la señora Kinraid, pues su madre parecía más obsesionada con la aparente injusticia de que a Philip se le otorgara el privilegio de pisar tierra santa —si es que, por supuesto, existía esa tierra santa a este lado del cielo, cosa que se sentía inclinada a disputar— que interesada en repetir las palabras o narrar los hechos que acababa de oír.

De pronto Sylvia se dio cuenta del profundo interés de Hester, y de que sus preguntas no encontraban respuesta, y rápidamente abordó el asunto.

—Tu madre tiene razón: esa mujer es su esposa. Y Kinraid está muy lejos, luchando, y se acercó demasiado a los franceses, que le disparaban sin parar; y justo entonces, según lo que ha contado la esposa de Kinraid, Philip le vio, y fue hacia él desafiando los disparos y le puso a salvo. Eso es lo que ella dice, y lo mantiene.

—¿Y por qué no iba a ser cierto? —preguntó Hester, sonrojándose.

Pero Sylvia negó con la cabeza y dijo:

—No lo sé. Puede que sea verdad. Pero tenían pocos motivos para ser amigos, y todo parece tan raro... ¡Philip de soldado, y que los dos se encontraran allí!

Hester atesoró la narración del valeroso acto de Philip en su corazón: ella no la ponía en duda. Sylvia siguió dándole vueltas; las causas de su incredulidad, o en cualquier caso, de su asombro, eran desconocidas para Hester, quien muchas veces se quedaba dormida con la imagen del suceso narrado por la señora Kinraid tan presente en su intelecto como podían representarla su imaginación o su experiencia: primero una figura prominente, luego otra. Y a menudo, por la mañana, se despertaba con el corazón latiéndole con fuerza, sin saber por qué, hasta que se estremecía al recordar las escenas acontecidas en sus sueños: escenas que podían hacerse realidad ese mismo día, pues Philip podía regresar, ¿y entonces?

¿Y dónde estaba Philip todo este tiempo, todas esas semanas, esos meses que pasaban lentamente?

EL ASILADO DEL SAINT SEPULCHRE

Philip pasó mucho tiempo enfermo en el barco hospital. De no haber habido tristeza en su corazón, se habría recuperado antes; pero estaba tan deprimido que tanto le daba morir. Su mandíbula hecha trizas, su cara quemada y ennegrecida, las muchas heridas de su cuerpo, torturaban su envoltura física y su corazón dolido y agotado. Ya no existía la menor oportunidad, si es que había existido alguna vez, de regresar alegre y gallardo y recobrar así el amor de su esposa. Esa había sido su triste y necia idea durante la primera hora de su alistamiento; y el vano sueño se le había repetido más de una vez en el febril estado de excitación provocado por las nuevas escenas que había vivido como recluta. Pero todo aquello había acabado. Sabía que nada había tan improbable como que eso ocurriera, y sin embargo, cuando lo veía posible, eran días felices. Todo lo que podía esperar ahora era verse desfigurado, débil, y recibir la mísera paga que separa a los mutilados de la absoluta indigencia.

Quienes le rodeaban se mostraban muy amables con él a su manera, y atendían a sus necesidades corporales, pero no se sentían muy inclinados a escuchar las desdichas de Philip, de haber sido este de los que hacen confidencias de ese tipo. De hecho, permanecía totalmente inmóvil en su litera, casi nunca pedía nada, y cada vez que el médico del barco hacía la ronda y le preguntaba, él contestaba que se encontraba mejor. Pero poco le importaba recobrase, y lamentaba mucho descubrir que su caso se considerara tan interesante desde el punto de vista médico, por lo que recibía mucha más atención de la normal. Quizá fue por esa causa que se acabó recuperando. Los médicos decían que era el calor lo que le debilitaba, pues sus heridas y quemaduras por fin estaban sanando; y al poco le dijeron que se le ordenaba «volver a casa». Se le detuvo el pulso bajo el dedo del médico al oír esa palabra, pero no dijo nada. Sentía demasiada indiferencia hacia la vida y el mundo para tener voluntad; de lo contrario habrían seguido conservando aquel paciente mascota durante un tiempo más.

Pasando lentamente de barco en barco cuando se presentaba la ocasión; descansado aquí y allá en hospitales de guarnición, Philip llegó por fin a Portsmouth la tarde de un día de septiembre de 1799. El barco de transporte en el que viajaba iba cargado de heridos y soldados y marineros inválidos; todo el que podía moverse subió a cubierta para ver aparecer las blancas costas de Inglaterra. Un hombre levantó el brazo, se quitó la gorra y débilmente la ondeó sobre su cabeza mientras gritaba «¡Viva por siempre Inglaterra!» con una débil voz chillona, y a continuación se puso a llorar y sollozar a moco tendido. Otros intentaron entonar «Rule Britannia», mientras la mayoría permanecían sentados, débiles e inmóviles, mirando hacia las costas que no hace mucho tiempo habían imaginado no volver a ver jamás. Philip estaba en este último grupo; un poco apartado de los demás. Iba embozado en una enorme capa militar que le había regalado uno de sus oficiales; procedente de un clima templado, y en su lamentable estado de salud, encontraba helada la brisa de septiembre.

Mientras el barco aparecía en el muelle de Portsmouth, las banderolas de señales eran izadas por las cuerdas; la amada bandera de la Union Jack flotaba triunfante sobre todas. Desde el muelle respondieron a sus señales; a bordo todo fue trajín y preparativos para el ataque; mientras en tierra había un evidente movimiento de expectación, y se veía a hombres uniformados abriéndose paso hacia las primeras filas, como si poseyeran el derecho de recepción. Perteneían al hospital del cuartel, al que le habían hecho señas, y acudían con camillas y otras señales de atención para los heridos y enfermos que regresaban al país por el que habían luchado y sufrido.

Con un embate y un fuerte balanceo, la embarcación alcanzó su lugar de destino, y quedó seguramente amarrada. Philip seguía sentado, inmóvil, casi como si nada tuviera que ver con los gritos de bienvenida, las bulliciosas atenciones, las instrucciones voceadas que llenaban el aire que le rodeaba y le perforaban los nervios. Pero alguien que estaba al mando dio la orden, y Philip, disciplinado para obedecer, se levantó para recoger su mochila y abandonar el barco. Aunque parecía pasivo, tenía preferencias en cuanto a sus camaradas; había sobre todo uno, un hombre que no podía ser más distinto de Philip, al que este siempre le había tenido apego; era un tipo alegre, de Somersetshire, que siempre estaba de buen humor, aunque Philip había oído decir a los médicos que ya no volvería a ser el que era antes de recibir un tiro en un costado. Este infante a menudo hacía reír a sus camaradas, y él también se carcajeaba de sus joviales bromas, hasta que le acometía tan terrible ataque de tos que aquellos que le rodeaban temían que se muriera en el paroxismo.

Tras uno de esos ataques consiguió decir jadeando algunas palabras que impulsaron a Philip a hacerle algunas preguntas; resultó que en el pequeño y tranquilo pueblo de Potterne, tierra adentro, enclavado bajo las elevadas extensiones de la llanura de Salisbury, tenía mujer y una hija pequeña, justo de la misma edad, las mismas semanas incluso, que la pequeña Bella. Fue eso lo que a Philip le atrajo del hombre; y fue eso lo que hizo que Philip esperara para desembarcar con el pobre marino tísico.

Los camillas habían avanzado hacia el hospital, el sargento que estaba al mando había dado algunas órdenes a los discapacitados que quedaban, quienes procuraban obedecer lo mejor que podían, remedando una especie de orden militar a la hora de marchar; pero pronto, muy pronto, los más débiles rompieron el paso y se fueron quedando atrás; y fue como si las toscas expresiones de bienvenida y solidaridad que les dedicaba la multitud fueran algo excesivo para ellos. Philip y su camarada estaban más o menos a medio camino cuando una joven con un niño en brazos salió de entre la gente, contenida por los soldados a ambos lados, y se arrojó a los brazos del compañero de Philip.

—¡Oh, Jem! —sollozó—. He venido andando desde Potterne. Solo me he parado para comer y para que Nelly descansara un poco, y ahora te tengo otra vez conmigo, te tengo otra vez conmigo, ¡bendigo a Dios por ello!

No parecía ver el fatal cambio que le había sobrevenido a su marido desde que se separaran, siendo él un rubicundo y joven trabajador; ella le tenía otra vez a su lado, tal como lo había expresado, y eso era bastante para la mujer; le besó la cara, las manos, el capote, y nadie le impidió caminar junto a él y darle la mano, mientras su hijita corría junto a ellos asustada por aquella voces y extrañas caras mientras se agarraba al vestido de su madre.

Jem tosió, ¡pobre hombre!, y fue la tos que le había de llevar a la tumba; Philip le envidió amargamente, envidió su inminente muerte; pues a él no le arropaba el tierno amor de una mujer, ¿y no es el amor más fuerte que la muerte? Philip sentía como si su corazón se hubiera vuelto insensible, como si no fuera más que una piedra fría y pesada. Pero al ver cuán diferente de la suya era la suerte de aquel hombre, comprendió que aún le quedaba capacidad de sufrimiento.

La calle por la que tenían que ir estaba llena de gente, a la que los soldados procuraban contener como podían. Todo tipo de amables palabras, y muchas preguntas curiosas, se dirigían a aquellos pobres discapacitados mientras avanzaban. La mandíbula de Philip, así como la parte inferior de su

cara, estaban vendadas; llevaba la gorra calada; no se había quitado el capote, y temblaba dentro de sus pliegues.

Tuvieron que detenerse a causa de algún leve obstáculo en la esquina de una calle, sobre la cual había un paso elevado por el que bajaba un oficial de la armada con una dama del brazo, cuyo vivo andar delataba su salud y despreocupación. No obstante, al ver aquella hilera de hombres heridos y mutilados, se detuvo; le dijo algo —de lo que Philip solo entendió las palabras, «el mismo uniforme», «gracias a él»— a la joven dama cuya mejilla palideció ligeramente, pero cuyos ojos se inflamaron. A continuación se separó de ella y avanzó hacia Philip; estaba cerca de él; y el pobre Philip estaba tan absorto en sus pensamientos que no se dio cuenta de nada hasta que no oyó la voz en su oído, una voz que pronunciaba las sonoras *erres* de Northumbrian, las inflexiones de Newcastle que tan bien conocía, y que eran para él como el atormentado recuerdo de una enfermedad mortal; y entonces volvió su cara embozada hacia quien le hablaba, aunque sabía perfectamente quién era, y desvió los ojos tras haber visto a aquel hombre apuesto y feliz, el hombre cuya vida había salvado una vez, y que volvería a salvar, al riesgo de la suya propia, pero con quien, a pesar de todo, había rezado para no volver a encontrarse.

—Toma, mi buen amigo, acepta esto —dijo el hombre poniendo una moneda de una corona en la mano de Philip—. Ojalá tuviera más; te daría una libra si la llevase encima.

Philip murmuró algo, y le tendió la moneda al capitán Kinraid, aunque fue en vano; tampoco había tiempo para devolvérsela por la fuerza, pues habían eliminado el obstáculo que les impedía avanzar, la multitud empujaba al capitán y a su esposa, y el cortejo siguió avanzando, y Philip con ellos, con la moneda en la mano, deseando tirarla. De hecho estaba a punto de hacerlo, esperando que nadie lo notara, cuando se le ocurrió dársela a la esposa de Jem, a quien le dolían los pies, y que cojeaba felizmente al lado de su marido. Los dos le dieron las gracias y le elogiaron más de lo que pudo soportar. No tenía ningún mérito para él regalar algo que le quemaba las manos.

Philip sabía que las heridas recibidas durante la explosión a bordo del *Teseo* le obligarían a dejar el servicio. También creía que eso le daría derecho a una pensión. Pero poco le interesaba su vida futura; no tenía esperanza alguna, tampoco salud. Pasó un tiempo en aquel lugar, y luego fue licenciado a causa de las heridas recibidas en acto de servicio, y devuelto al mundo, sin saber adónde ir, indiferente a cuanto le ocurriera.

Era un tibio y hermoso día de octubre cuando le dio la espalda a la costa y se puso a caminar rumbo al norte. Aún había hojas verdes en los árboles; los setos estaban poblados de follaje y de flores silvestres y aromáticas; los campos se veían pardos, aún cubiertos de rastrojo, o verde esmeralda si ya había brotado la cosecha del período siguiente. Los jardines de las casitas que había a la vera del camino tenían la alegría de la malvarrosa y el áster y las caléndulas, y los relucientes cristales de las ventanas brillaban a través de un velo de hibisco.

Aquella era una guerra popular, y, como consecuencia, los soldados y marineros eran vistos como héroes en todas partes. La forma alargada y encorvada de Philip, su brazo en cabestrillo, su cara negra y llena de cicatrices, su mandíbula vendada con un pañuelo negro de seda: esas señales de haber estado en el servicio activo eran veneradas por los habitantes de aquella moradas rústicas como si fueran coronas y cetros. Muchos jornaleros de manos callosas dejaban su asiento junto a la chimenea y se acercaban a su puerta para echarle un vistazo a quien había luchado contra los franceses, y se acercaban para estrecharle la mano al desconocido mientras este le devolvía el vaso vacío a la buena mujer del campesino, pues estas siempre le ofrecían leche o cerveza hecha en casa para aliviar la sed del febril viajero cuando se detenía a su puerta y pedía un vaso de agua.

En las tabernas de los pueblos se le daba una bienvenida de carácter más interesado, pues el patrón sabía que aquella noche tendría más clientela si se sabía que había entrado por su puerta un marinero o soldado que había estado en el servicio. Los políticos de la zona se reunían alrededor de Philip, fumaban y bebían, y a continuación preguntaban y discutían hasta que volvían a estar secos; y sus mentes obtusas y toscas le atribuían al patriotismo ese vaso extra o la pipa de más.

Por lo general, la naturaleza humana le mostraba ahora a Philip su lado más afable, pero hacía ya mucho tiempo que necesitaba el calor de un afecto fraternal que reconfortara su alma destrozada. Días tras día avanzaba hacia el norte, con el lento paso de un hombre débil, y, no obstante, su corta caminata diaria le agotaba tanto que anhelaba descansar, que llegara la mañana en que no tuviera que pensar que en el curso de un par de horas debería levantarse y ponerse en camino.

Avanzaba penosamente con ese anhelo en el corazón cuando vio que se acercaba a una majestuosa ciudad, en cuyo centro había una enorme y vieja catedral haciendo una solemne guardia. El lugar se hallaba quizá a dos o tres millas; Philip estaba en terreno elevado, y observaba el lugar a sus pies. Pasó

junto a él un jornalero, observó su aspecto pálido y su actitud lánguida, y le dijo, para su consuelo, que si tomaba una calleja a la izquierda que había a pocos pasos de distancia, llegaría al Hospital de Saint Sepulchre, donde se daba pan y cerveza a todos los que allí paraban, y donde podría sentarse a descansar un rato sobre los viejos bancos de piedra a la sombra del portalón. Siguiendo esas instrucciones, Philip llegó a un edificio que databa de la época de Enrique V. Algunos caballeros que habían combatido en las guerras contra Francia de esa época, y que habían sobrevivido a las batallas y habían vuelto a sus antiguas mansiones, habían sido incitados por su conciencia, o por su equivalente en aquellos días, su confesor, a construir y dotar de fondos a un hospital para doce soldados malheridos en campaña, y una capilla en la que estos asistirían a las misas diarias que el caballero ordenaría decir hasta el fin de los tiempos (cuya eternidad duró bastante más de un siglo, lo que no está mal para una eternidad decidida por el hombre), para su alma y las almas de aquellos a quienes había matado. Ese edificio cuadrangular reservaba una importante porción para el sacerdote que había de decir esas misas y procurar el bienestar de los asilados. Con los años, el origen y propósito principal del hospital había sido olvidado por todo el mundo excepto por los estudiosos de las antigüedades del lugar; y el lugar se consideraba un muy agradable y pintoresco grupo de casas de beneficencia; y el puesto de custodio (el sacerdote que debería haber cantado o dicho las misas diarias recibía ahora el nombre de custodio, y leía unas oraciones diarias y predicaba un sermón los domingos), una apacible sinecura.

El otro legado del anciano *sir* Simon Bray fue una pequeña parcela de tierra, cuyas rentas o beneficios debían encaminarse a proporcionarle a todo el que lo pidiera una hogaza de pan y un vaso de buena cerveza. Dicha cerveza, así lo ordenaba *sir* Simon, debía hacerse según una determinada receta que él había dejado, en la que la hiedra ocupaba el lugar del lúpulo. Pero la receta, al igual que las raciones, se fue modernizando con el transcurrir del tiempo.

Philip permanecía de pie bajo un amplio arco de piedra; la puerta trasera que daba acceso a la casa del custodio quedaba a la derecha; junto a la puerta del portero, al otro lado, había una media puerta por donde se servían las provisiones. Tras pensárselo unos momentos, Philip llamó al postigo cerrado, y la señal pareció ser bien comprendida. Oyó un movimiento al otro lado; se abrió la media puerta, y el pan y la cerveza le fueron entregados por un anciano de aspecto agradable que resultó no hacerle ascos a la conversación.

—Puede sentarse en aquel banco —le dijo a Philip—. ¡No, hombre! Siéntese al sol, pues este sitio es gélido, y luego podrá mirar a través de la

verja y ver a los ancianos paseando por el patio.

Philip se sentó en la zona del banco que recibía un sesgado sol de octubre, y contempló aquella pacífica visión a través de la rejilla de hierro.

Un gran cuadrado de césped aterciopelado, intersectado en diagonal por amplias sendas de losas, que también recorrían el perímetro de la superficie; unas casas bajas de ladrillo de dos plantas, que los años habían teñido de amarillo y gris, y que en muchos lugares estaban casi cubiertas de parras, de parras vírgenes y de ásteres; delante de cada casa había un pequeño jardín, con flores de vivos colores, y que se veía atendido con mucho cariño; al otro lado estaba la enorme capilla; aquí y allá se veía a un anciano o enfermo tomando el sol, o haciendo alguna labor en el jardín, o charlando con uno de sus camaradas: parecía como si las preocupaciones y las necesidades, incluso el dolor, estuvieran excluidos de ese lugar, impedido su paso por la pesada verja a través de la cual Philip estaba mirando.

—Es un bonito lugar, ¿verdad? —dijo el portero, interpretando acertadamente la expresión de Philip—. Al menos, a ellos les gusta. Aunque yo estoy un poco harto de él; está demasiado lejos del mundanal ruido, como suele decirse; no hay ni una taberna decente en milla y media a la redonda, donde uno puede enterarse de lo que pasa por ahí.

—Creo que aquí podría ser muy feliz —contestó Philip—. Es decir, si tuviera sosiego de espíritu.

—Ya lo creo, buen hombre. Es lo mismo en todas partes. Bueno, creo que yo tampoco me lo pasaría muy bien (ni siquiera en el White Hart, el único lugar de todo el reino de su Majestad donde te dan un segundo vaso de cerveza por dos peniques), no podría, digo, saborear mi cerveza ni siquiera allí, si mi anciana esposa se estuviera muriendo; lo que indica que la alegría ha de estar en el corazón, y no en la cerveza.

Justo en ese momento se abrió la puerta trasera del custodio, y este salió vestido con todo su atavío de clérigo.

Se dirigía a la ciudad, pero se detuvo a hablar con Philip, el soldado herido; y más aún por cuanto el viejo y descolorido uniforme de Philip le indicaba al experto ojo del custodio que había pertenecido a la infantería de marina.

—Espero que haya disfrutado de las vituallas que le ha proporcionado el fundador de Saint Sepulchre —dijo amablemente—. No tiene usted buen aspecto, buen hombre, y creo que una buena loncha de carne fría le ayudará a bajar el pan.

—Gracias, señor —dijo Philip—, pero no tengo hambre. Solo estoy cansado, y me alegra tomar un trago de cerveza.

—Ha estado usted en la infantería de marina. ¿Dónde ha servido?

—Estuve en el sitio de Acre el pasado mayo, señor.

—¡En Acre! ¡No me diga! Entonces quizá conozca a mi hijo Harry. Estaba en la tercera.

—Esa era mi compañía —dijo Philip, animándose un poco.

Al recordar su vida de soldado, le pareció que tenía muchos atractivos, porque estaba llena de pequeñas novedades diarias.

—Entonces, ¿conoció a mi hijo, el teniente Pennington?

—Fue él quien me dio este capote, señor, cuando me enviaron de vuelta a Inglaterra. Fui su ordenanza durante un tiempo, antes de que resultara herido en una explosión a bordo del *Teseo*. Me dijo que seguramente tendría frío durante el viaje. Es muy amable, y he oído decir que promete ser un oficial de primera categoría.

—Pues se tomará usted una loncha de rosbif lo quiera o no —dijo el custodio, haciendo sonar la campana en su puerta trasera—. Ahora reconozco el capote. ¡El muy bribón! Qué pronto lo ha dejado hecho un pingajo —añadió, agarrando una esquina, donde había un inmenso desgarrón no muy bien remendado—. ¿Así que estaba usted a bordo del *Teseo* cuando ocurrió aquella terrible explosión? Trae un poco de carne fría para este buen hombre... ¡o quédese! Entre conmigo, y así podrá contarles a la señora Pennington y a las jóvenes señoras todo lo que sepa de Harry, y el asedio, y la explosión.

De modo que Philip fue conducido al interior de la casa del custodio, que le hizo comerse el rosbif casi contra su voluntad; y fue interrogado una y otra vez por tres señoras impacientes, todas hablando al mismo tiempo, o eso le pareció a él. Les dio todos los detalles que sabía sobre los asuntos que tanto les interesaban; y comenzaba ya a pensar en cómo podría retirarse cuando la joven señorita Pennington se acercó a su padre, que todo este tiempo había permanecido con el sombrero puesto, sujetando los faldones de su hábito sobre los brazos, con la espalda al fuego. Inclina la cabeza un poco para oír alguna sugerencia susurrada por sus hijas, asentía con la cabeza y a continuación seguía interrogando a Philip, con impertinente curiosidad y afable condescendencia, tal como el rico interroga al pobre.

—¿Y adónde se dirige ahora?

Philip no respondió directamente. Él también se preguntó adónde se dirigía. Al final dijo:

—Hacia el norte, creo. Pero es posible que nunca llegue.

—¿No tiene amigos? ¿No va a donde ellos viven?

Hubo otro silencio; el semblante de Philip se ensombreció. Dijo:

—No. No voy a reunirme con mis amigos. No me queda ninguno, que yo sepa.

Sus interlocutores interpretaron, por su expresión y sus palabras, que o bien habían muerto o los había ofendido al alistarse.

El custodio dijo:

—Se lo pregunto porque tenemos una casita vacante en el prado. El viejo Dobson, que estuvo con el general Wolfe en la toma de Quebec, murió hace quince días. Con sus heridas, no creo que pueda usted volver a trabajar. Pero necesitamos testimonios fidedignos que respondan de su carácter —añadió, lanzándole a Philip una mirada lo más penetrante que pudo.

Philip no se inmutó, ni ante la oferta de la casita, ni ante la posible alusión a que su carácter pudiera no ser satisfactorio. En realidad estaba agradecido, pero en su corazón había demasiada tristeza como para que le importara lo que era de él.

El custodio y su familia, acostumbrados a considerar que el instalarse en Saint Sepulchre era el máximo bien que podía acontecerle a un soldado al final de sus fuerzas, se enojaron un poco ante la frialdad con que Philip recibió la proposición. El custodio enumeró las ventajas añadidas.

—Además de la casita, recibiría usted una carga de leña para Todos los Santos, en Navidad y por la Candelaria; una toga azul y ropas a juego cada San Miguel, y un chelín al día para sus demás gastos. Cenará con los demás asilados, en el comedor.

—El custodio en persona aparece cada día por el comedor para procurar que todo esté cómodo, y bendice la mesa —añadió la mujer del custodio.

—Sé que parece estúpido —dijo Philip, casi con humildad— no mostrarme más agradecido, pues es mucho más de lo que podía haber esperado, y es una gran tentación, ya que la fatiga me vence. Varias veces he pensado en echarme debajo de un seto y morirme de puro agotamiento. Pero tiempo atrás tuve esposa e hijo en el norte.

Aquí hizo una pausa.

—¿Han muerto? —preguntó una de las jóvenes señoritas en voz baja y comprensiva.

Sus ojos se encontraron con los de Philip, llenos estos de muda aflicción. Intentó hablar; quiso explicarlo un poco más, aunque sin revelar toda la verdad.

—¡En fin! —dijo el custodio, creyendo discernir cómo estaban las cosas en realidad—. Le propongo lo siguiente. Vaya enseguida a la casa del viejo Dobson, y considérese un asilado a prueba. Yo le escribiré a Harry y le preguntaré por su carácter. Ha dicho que su nombre era Stephen Freeman, ¿verdad? Antes de que reciba su respuesta me dirá usted qué le parece este tipo de vida; y en todo caso, mientras tanto, tendrá ese descanso que tanto necesita. Ya ve, considero que el hecho de que Harry le regalara su capote habla a favor de su carácter —añadió con una amable sonrisa—. Naturalmente, tendrá usted que adaptarse a las reglas, como los demás: en la capilla a las ocho, almuerzo a las doce, luces apagadas a las nueve; pero le explicaré las demás normas mientras cruzamos el patio hacia su nueva residencia.

Y así fue como Philip se instaló como asilado en Saint Sepulchre.

UNA FÁBULA DESAFORTUNADA

Philip tomó posesión de las dos habitaciones que habían pertenecido al sargento Dobson. Los fideicomisarios del hospital la tenían lo bastante amueblada para ser cómoda. Solo algunos adornos, algunos artículos recogidos en países lejanos, libros rotos, permanecían en las habitaciones como legados de su anterior ocupante.

Al principio, lo descansado del lugar y de aquella vida le resultó enormemente grato a Philip. Durante todo el camino había evitado encontrarse con desconocidos, así como mostrarles su cara negra y llena de cicatrices, ni siquiera allí donde su desfiguración se considerara una señal de honor. En Saint Sepulchre se encontraba a los mismos hombres día tras día, y una vez hubo relatado la historia de cómo le ocurrió el accidente y todos hubieron visto su deformidad, ya no había por qué repetirlo, si así lo deseaba. La ligera ocupación de cuidar su jardín —había un huerto en la parte de atrás de cada casa, aparte de la zona de jardín delante—, y el tener en orden su sala de estar y su dormitorio eran, durante las primeras semanas que pasó allí, toda la actividad física que podía tolerar. Había algo solemne y completamente distinto de todo lo que había sido la existencia anterior de Philip en las formas que se observaban cada día a la hora de comer, cuando los doce asilados se congregaban en el enorme y pintoresco comedor, y el custodio aparecía con su toga y su birrete para pronunciar la larga bendición en latín que concluía con algo muy parecido a una oración por el alma de *sir* Simon Bray. En aquella época se tardaba un tiempo en recibir respuesta a las cartas enviadas a los barcos, sobre todo si no se sabía dónde se encontraba la flota.

Y antes de que el doctor Pennington hubiera recibido referencias del excelente carácter de Stephen Freeman, que su hijo le mandó de muy buena gana al custodio, Philip había comenzado a sentirse incómodo e inquieto en medio de toda aquella paz y comodidad.

Sentado a solas delante de su chimenea en las largas noches de invierno, las escenas de su vida anterior aparecían ante él; cómo le había cuidado su tía Bell; la primera vez que fue a la tienda de los Foster en Monkshaven;

Haytersbank Farm, y las lecciones de ortografía que daba en aquella alegre y cálida cocina; la aparición de Kinraid; la desdichada noche de la fiesta de los Corney; la despedida que presencié en las arenas de Monkshaven; la patrulla de leva y la larga serie de consecuencias que trajo el haber ocultado el hecho; el juicio y la ejecución del pobre Daniel Robson; su boda con Sylvia; el nacimiento de su hija; y entonces llegaba a su último día en Monkshaven, y daba vueltas y vueltas a los torturantes detalles, las miradas de desprecio y cólera, las palabras de odio e indignación, hasta que casi llegaba a creer, fruto de lo mucho que comprendía a Sylvia, que era tan infame como ella le consideraba.

Olvidaba las disculpas que él tenía por haber actuado como lo había hecho; aunque en una época esas disculpas adquirieron la categoría de razones. Después de las largas reflexiones y los amargos recuerdos comenzaba a hacerse preguntas. ¿Qué estaría haciendo Sylvia ahora? ¿Dónde estaría? ¿Cómo era su hija: la de él, y también de ella? Y a continuación se acordaba de aquella pobre mujer con los pies doloridos y la niña pequeña que llevaba en brazos, que era justo de la edad de Bella; se dijo que ojalá se hubiese fijado más en la niña, de modo que surgiera una imagen clara cuando quisiera figurarse a Bella.

Una noche estuvo dando vueltas en aquella rueda de ideas hasta que quedó agotado hasta la médula. Para desembarazarse de aquellas monótonas impresiones se levantó para buscar un libro entre los volúmenes rotos y viejos que allí había, esperando encontrar algo que le absorbiera lo bastante como para cambiar la corriente de sus pensamientos. Había un viejo volumen de *Las aventuras del peregrino Pickle*, un libro de sermones, la mitad de una lista de oficiales del ejército de 1774, y *Los siete Paladines de la Cristiandad*^[47]. Philip cogió este último, que nunca había visto. En él leyó que *sir* Guy, duque de Warwick, se fue a combatir a los paganos al país de estos y estuvo ausente siete largos años; y que cuando volvió, su propia esposa, Phillis, la condesa del castillo, no reconoció al pobre y agotado ermitaño que acudía diariamente a recoger su porción de pan de sus manos junto con otros muchos pobres y mendigos. Pero al final, mientras agonizaba en la cueva donde vivía, la mandó a buscar mediante una señal secreta que solo ellos dos conocían. Y ella fue de inmediato, pues sabía que era su señor y había mandado llamarla; y se dijeron muchas dulces y santas palabras antes de que él entregara el alma con la cabeza apoyada en el pecho de ella.

Esta antigua historia, que mucha gente conocía desde la infancia, le era totalmente nueva a Philip. No creía que fuera cierta, pues la naturaleza ficticia

de las historias de algunos paladines de la cristiandad era demasiado patente. Pero no pudo evitar pensar que quizá fuera cierta; y que Guy y Phillis pudieran ser tan de carne y hueso mucho, mucho tiempo atrás, como habían sido él y Sylvia. Aquella antigua habitación, el silencioso patio iluminado por la luna al cual daba la ventana con barrotes, el extraño aspecto de todo lo que había visto durante las últimas semanas; todo ello predisponía a Philip a darle vueltas a la historia que acababa de leer como una leyenda fidedigna de dos amantes cuyos huesos eran polvo desde hacía mucho tiempo. Se dijo que si pudiera ver a Sylvia, sin darse a conocer, sin que le vieran, si pudiera vivir a su puerta, por así decir, y contemplarla a ella y a la niña, también algún día, en su agonía, podría mandar a buscarla, y con musitadas palabras de mutuo perdón expirar en brazos de ella. O quizá... y entonces se extravió, y de pensar pasó a soñar. Toda la noche Guy y Phillis, Sylvia y la niña, entraron y salieron de sus visiones; los fragmentos de sus sueños fueron incoherentes, pero no por ello fue menos intensa la impresión que le dejaron. Le pareció que lo llamaban a Monkshaven, que era requerido en Monkshaven, y allí decidió ir; aunque cuando su razón se impuso a sus sentimientos tuvo clara conciencia de lo insensato que era dejar un hogar de paz, tranquilidad y cordialidad para dirigirse a un lugar donde solo le esperaban penurias y desdichas a no ser que se diera a conocer; pero si lo hacía, con toda probabilidad, mayor sería su penuria, más triste su desdicha.

En el pequeño espejo oblongo que colgaba de la pared, Philip vio el reflejo de su cara, y rió desdeñoso ante esa imagen. Un pelo ralo brotaba de sus sienes, entre unas escamas que denotaban mala salud; sus ojos eran los mismos de siempre, y siempre se habían considerado el rasgo más hermoso de su cara; pero se veían lúgubres y hundidos en las órbitas. En cuanto a la parte inferior de la cara, ennegrecida, contraída, separada de los dientes, todo el perfil transformado por la rotura de la mandíbula: era desde luego un necio si pensaba que así podía ir a recuperar el amor que Sylvia había repudiado. Debía regresar a Monkshaven de mendigo y ermitaño, e imitar a Guy de Warwick. No obstante, debía ver a su Phillis, y celebrar de vez en cuando su triste desesperanza con la visión de su hija. Su exigua pensión de seis peniques al día le evitaría caer en la indigencia absoluta.

De modo que ese mismo día se dirigió al custodio y le anunció que renunciaba a su parte del legado de *sir* Simon Bray. Eso era algo que jamás había ocurrido en toda la experiencia del custodio; y este se sentía ofendido más que otra cosa.

—Debo decirle que si un hombre no está satisfecho con ser asilado de Saint Sepulchre delata cierto extravío mental, y un corazón muy desagradecido.

—Le aseguro, señor, que no es por ingratitud, pues no tengo palabras para darles las gracias a usted y a *sir* Simon, y a su señora, y a sus hijas, y a todos mis camaradas del hospital, y jamás esperé encontrarme tan cómodo ni tan en paz, pero...

—Pero ¿qué? ¿Qué puede tener que decir en contra de este lugar? Aunque siempre hay muchos aspirantes cuando sale una vacante, creía estar haciéndole un favor a un hombre de la compañía de Harry. ¡Y tampoco verá a Harry, que viene de vacaciones en marzo!

—Lo siento mucho. Me gustaría volver a ver al teniente. Pero no puedo seguir teniendo sosiego tan lejos de... la gente que conocí antaño.

—Le apuesto diez a uno a que a estas alturas han muerto, o se han mudado; y se lo tendrá bien empleado. ¡Y recuerde, nadie puede ser elegido dos veces como asilado de Saint Sepulchre!

El custodio se dio media vuelta, y Philip, desasosegado si se quedaba, desalentado si se marchaba, comenzó a hacer sus preparativos para ponerse una vez más rumbo al norte. Le había advertido de su cambio de residencia al encargado de pagar las pensiones de la zona; y hubo que despedirse de varios camaradas, con más tristeza de la habitual ante la necesidad; pues Philip, bajo el nombre de Stephen Freeman, se había granjeado el cariño de algunos de los asilados de más edad, por su generosidad, por estar siempre dispuesto a leerles y prestarles muchos pequeños servicios, y quizá, en igual medida, por su habitual silencio, que le convertía en el receptor más idóneo de la garrulidad de aquellos hombres. De modo que, antes de que llegara la hora de su marcha, tuvo oportunidad de charlar una vez más con el custodio, esta vez en un tono más cordial que cuando renunciara a su condición de asilado. De algo le había servido aquella estancia, pues Philip le daba la espalda a Saint Sepulchre con su dolido corazón en parte curado por los cuatro meses de residencia allí.

Su cuerpo también se había fortalecido, y era capaz de llevar a cabo las caminatas diarias necesarias para llegar. Había ahorrado parte del dinero de su asignación como asilado y de su pensión, y podría haber ocupado el asiento exterior en alguna diligencia de no haber sido porque no quería que los desconocidos vieran su cara desfigurada. Sin embargo, sus ojos amables y profundos, y sus dientes blancos y perfectos siempre disipaban la primera impresión, en cuando la gente se acostumbraba un poco a su aspecto.

Era febrero cuando Philip se marchó de Saint Sepulchre. No fue hasta la primera semana de abril cuando empezó a reconocer algunos lugares familiares entre York y Monkshaven. Y ahora comenzaba a aflojar el paso, y se cuestionaba la sensatez de lo que había hecho, tal como el custodio le había profetizado que ocurriría. La última noche de su trayecto de doscientas millas durmió en la pequeña posada en la que se había alistado hacía dos años. No se quedó en ese lugar de manera intencionada. Se acercaba la noche, y al tomar lo que él creía un atajo, se perdió, y decidió buscar refugio en el primer sitio que encontrara. Pero se encontró cara a cara con su vida en aquella época, y con lo que le había ocurrido desde entonces. Sus locas y desquiciadas esperanzas —en parte resultado de la ebriedad, como sabía ahora—, todas desaparecidas; el espléndido futuro que se abría entonces ante él, completamente frustrado; su vigor y su salud juveniles transformados en una prematura enfermedad; y el hogar y el amor que deberían haberle abierto las puertas de par en par para consolarle por todo ello, bueno, a lo mejor en dos años la Muerte habría hecho de las suyas, y le habría arrebatado esa última y nimia probabilidad de ver a su amada sin que ella le viera o supiera de él. A lo largo de aquella noche y del día siguiente, el temor a que Sylvia hubiera muerto ensombreció su corazón. Qué raro que jamás se le hubiera ocurrido pensarlo; tan raro que ahora, cuando llegó ese temor, se apoderó hasta tal punto de él que ya la veía enterrada en el camposanto de Monkshaven. ¿O quizá era a Bella, esa niña radiante y encantadora, a quien nunca volvería a ver? A su trastornada fantasía llegaba el toque de difuntos procedente de muy lejos, y el canto de los felices pájaros y el quejoso balido de los corderos recién paridos eran, para él, presagios de mal agüero.

Consiguió, como pudo, encontrar el camino hasta Monkshaven por las agrestes alturas y páramos que había cruzado aquel negro día de desdicha; por qué había elegido aquel camino no podía decirlo: era como si alguien lo guiara, como si no tuviera voluntad.

Iba cayendo la noche, suave y clara, y el corazón le latía con fuerza, y a continuación se detenía, solo para empezar de nuevo con renovada violencia. Ahí estaba ahora, en lo alto del largo y empinado sendero que en algunas zonas era literalmente una escalera que bajaba de lo alto de la colina hasta la calle Mayor, y que había subido cuando huyó de su vida anterior, ahora de nuevo presente. Ahí estaba ahora, contemplando una vez más los numerosos tejados irregulares, las muchas chimeneas, buscando la que había sido antes su morada: ¿quién habitaba allí ahora?

Las zonas iluminadas por el sol, más amarillas, se iban estrechando; las sombras de la tarde se ensanchaban, y Philip comenzó a descender lentamente el sendero: un hombre afligido, agotado. Por cada hueco dejado por las casas de aquella tupida ciudad le llegaba la alegre música de una banda, el alegre sonido de voces alborozadas. Pero él seguía descendiendo lentamente, preguntándose qué podía ser, pues su mente no lo relacionaba con Sylvia, su único pensamiento.

Cuando llegó al cruce del sendero con la calle Mayor, pareció sumergirse de pronto en el mismísimo centro del jolgorio, y se retiró a una esquina sumida en sombras, desde donde podía contemplar la calle.

Un circo hacía su imponente entrada en Monkshaven, con toda la pompa de color y ruido de que era capaz. Delante iban los trompetistas, con sus ropas multicolores, con un estruendo de triunfante disonancia. A continuación venía un carruaje oro y escarlata tirado por seis caballos picazos, y los giros de ese cortejo por la tortuosa y estrecha calle eran dignos de ver. En el carruaje había reyes y reinas, héroes y heroínas, o gente que se hacía pasar por tales; y los niños y niñas que corrían junto al carruaje les envidiaban; pero los protagonistas del desfile estaban muy cansados, y temblaban de frío vestidos con la pompa heroica de aquellos atavíos clásicos. Todo esto podría haberlo visto Philip; y lo veía, de hecho; pero no prestaba atención. Casi delante de él, a menos de diez metros de distancia, de pie sobre el peldaño que daba acceso a aquella tienda que tan bien conocía, estaba Sylvia, con una niña en brazos, una niña alegre, para que pudiera ver el espectáculo. Sylvia también reía, porque lo pasaba bien y porque la contagiaba la alegría de la niña. Sostenía bien en alto a Bella para que esta pudiera ver mejor aquella pintoresca procesión; y ella misma la contemplaba con los labios rojos un poco separados y los dientes blancos asomando; a continuación se volvió para hablar con alguien que estaba a su espalda: Coulson, tal como vio Philip un momento después; la respuesta de él la hizo reír otra vez. Philip lo vio todo: el aspecto hermoso y despreocupado de ella, su bella figura de matrona, su evidente paz de espíritu y sus prósperas circunstancias exteriores. Los años que él había pasado en medio de la tristeza y el sufrimiento, entre violencia, en tierra o en el mar, arriesgando la vida muchas veces, habían sido para ella de dicha, tanto más porque él no estaba presente. Esos eran los amargos pensamientos del pobre marinero discapacitado mientras, exhausto y desesperado, permanecía de pie en aquella fría sombra y contemplaba aquel hogar que debería haber sido su refugio, a la esposa que debería haberle dado la bienvenida, a la niña que debería haber sido su consuelo. Él mismo se había

exiliado de su hogar; su esposa le había repudiado; su hija iba teniendo conciencia de las cosas sin saber que tenía padre. Esposa, hija, hogar: todo iba bien sin él; ¿qué locura le había tentado a ir allí? Hacía una hora, como un necio lleno de fantasías, había pensado que podía estar muerta, que había muerto arrepentida de las tristes palabras que le había dirigido, llena de aflicción por la inexplicada ausencia del padre de su hija, que le corroía el espíritu, y que en cierta medida le había causado la muerte que él había temido. Pero al observarla, allí y entonces, no le pareció que hubiera tenido ni una hora de dolor desde que él se marchara.

¡Sí, id, madre e hija, al calor del hogar ahora que la alegre cabalgata ha desaparecido y el frío de la noche sucede a la puesta de sol! Y tú, marido y padre, recorre furtivo la calle fría y oscura y busca algún barato alojamiento donde puedas reposar tus agotados huesos y engañar a tu más agotado corazón en el olvido del sueño. La hermosa historia de la condesa Phillis, que lloró la ausencia de su marido durante tanto tiempo, es una fábula de otras épocas; o mejor dicho, el conde Guy jamás se casó con su mujer, pues sabía que el hombre al que ella amaba más que a él estuvo vivo todo el tiempo que ella le creyó muerto.

EL DESCONOCIDO

Pocos días antes de que Philip llegara a Monkshaven, Kester visitó a Sylvia. Al ser su más viejo amigo, y también el único que conocía los verdaderos secretos de su vida, Sylvia siempre le dispensaba una afectuosa bienvenida, palabras cordiales y dulces miradas que tanto complacían al anciano. Kester tenía un sentido del decoro que le impedía ir a visitarla demasiado a menudo, incluso las temporadas que pasaba en Monkshaven; pero siempre aguardaba con ilusión esos momentos en los que se permitía ese placer, igual que un niño que va a la escuela espera con impaciencia sus vacaciones. El tiempo que pasó Kester trabajando en Haytersbank fue, por lo general, la época más feliz de sus largos y monótonos días de trabajo diario. El padre de Sylvia siempre le había tratado con esa tosca amabilidad que da la camaradería; la madre de Sylvia jamás le había escatimado la carne ni se había mostrado reacia a la hora de darle lo mejor que tenían; y una vez que estuvo enfermo varios días, postrado en el altillo que tenía sobre el establo, le llevó vasos de leche con aguardiente y le cuidó con el mismo cariño que, recordaba él, le dispensaba su madre cuando era niño, pero que nunca había vuelto a experimentar desde entonces. Había conocido a Sylvia cuando no era más que una yema incipiente, una dulce promesa de hermosura; y justo cuando estaba floreciendo, y cuando, de haber sido ella feliz y próspera, habría desaparecido seguramente para siempre de la vida de Kester, una desdicha tras otra se abatió sobre su hermosa e inocente cabeza, y Kester, trágicamente, dejó de servir a Daniel Robson de la noche a la mañana. Todo esto hizo que Sylvia se convirtiera en el centro del afecto del fiel pastor; y Bella, que tanto le recordaba a Sylvia cuando este la conoció, ocupaba solo el segundo lugar en su corazón, aunque se mostrara mucho más efusivo con la niña que con la madre.

Kester se había puesto su mejor traje de domingo, y aunque solo era jueves, había adelantado su afeitado del sábado; se había provisto de un cucurucho de dulces para la niña —unos dulces típicos del norte, blandos y con sabor a menta—, y ahora estaba sentado en su silla habitual, lo más cerca

posible de la puerta, engatusando a la pequeña para que se le acercara —pues esta no estaba muy segura de quién era—, de modo que abrió el cucurucho de papel y dejó a la vista su contenido.

—Es como tú —dijo Kester—, y sin embargo se parece a su padre.

Y, nada más decir esas palabras, levantó la mirada para ver cómo se había tomado Sylvia esa tan poco premeditada como inhabitual referencia a su marido. La mirada furtiva de Kester no encontró los ojos de Sylvia, pero aunque le pareció que se había sonrojado un poco, no pareció ofendida, tal como él temía. Cierto era que Bella tenía los ojos oscuros, de mirada grave y reflexiva, de su padre, y no los grises de su madre, de los que nunca desaparecería su infantil expresión de asombro. Y mientras Bella avanzaba lentamente, y aún con cierta desconfianza, hacia la tentación que él le ofrecía, miraba a Kester con la misma mirada de su padre.

Sylvia no contestó directamente; Kester casi se dijo que no le había oído. Pero al poco ella exclamó:

—Te habrás enterado de que Kinraid, que ahora es capitán, y un oficial importante, se ha casado.

—¡No! —dijo Kester, realmente sorprendido—. ¡No me lo puedo creer!

—Pues lo ha hecho —dijo Sylvia—. Y no veo por qué no iba a hacerlo.

—¡Bueno, bueno! —dijo Kester, sin mirarla, pues captaba las inflexiones de su voz—. Era un hombre que siempre estaba en movimiento, no sabía quedarse quieto; y supongo que cuando vio que no podía conseguir lo que quería, se tuvo que conformar con otra cosa.

—No se tuvo que «conformar» con nada —dijo Sylvia—. Su mujer estuvo alojada en casa de Bessy Dawson, y vino a verme. Era una mujer muy guapa, y una auténtica dama, con dinero. No decía ni dos palabras sin mencionar el nombre de su marido... «el capitán», le llamaba.

—¿Y vino a verte a ti? —dijo Kester, guiñándole un ojo a Sylvia con su astuta expresión de siempre—. Un poco raro, ¿no?

Sylvia se sonrojó bastante.

—Él es demasiado falso para haberle hablado a ella de mí... al menos de lo nuestro. Para esa mujer yo no era otra cosa que la esposa de Philip.

—¿Y qué diantres tiene ella que ver con Philip? —preguntó Kester, enormemente sorprendido, y con tanta curiosidad que dejó caer al suelo el cucurucho de golosinas, por lo que la pequeña Bella se sentó en el suelo, en medio de aquellos grandes tesoros como los que se cuenta que había en la Casita de Chocolate.

Sylvia se quedó de nuevo callada; pero Kester, que la conocía muy bien, estaba seguro de que se esforzaba por hablar, y esperó su momento sin repetir la pregunta.

—Dijo... y creo que lo que me contó era cierto, aunque me parezca inverosímil, por muchas vueltas que le dé... que Philip había salvado la vida de su marido en algún lugar cerca de Jerusalén. Le habían contado que el capitán (pues creo que jamás volveré a llamarle Kinraid) estaba en medio de una gran batalla, y a punto de ser acribillado por los franceses, cuando Philip (nuestro Philip) apareció en medio de las balas y salvó la vida del capitán. Y me lo contó como si ella y el capitán estuvieran agradecidísimos a Philip. Por eso vino a verme, para ver si había noticias de Philip.

—Es una historia muy rara —dijo Kester, meditativo—. Me habría parecido más propio de Philip que lo abandonara en medio del tiroteo que no que fuera a rescatarlo.

—¡Te equivocas! —exclamó Sylvia, mirando fijamente a Kester—. Philip tenía muchas cosas buenas. Y no creo que se hubiera casado con otra tan pronto de haber estado en el lugar de Kinraid.

—¿Y no has tenido noticias de Philip desde que se marchó? —preguntó Kester al cabo de un rato.

—No, solo lo que ella me contó. Y dijo que el capitán había preguntado por él en todas partes, después de lo que ocurrió, y no obtuvo ninguna información. Nadie le había visto ni conocía su nombre.

—¿Jamás te mencionó que iba a marcharse de soldado? —insistió Kester.

—Nunca. Ya te lo he dicho. Era impensable que a Philip se le ocurriera algo así.

—Pero a lo largo de todos estos años alguna vez habrás pensado en él. Por muy mal que se portara, era el padre de tu pequeña. ¿Adónde crees que se dirigió cuando se fue de aquí?

—No lo sé. Al principio procuraba no pensar en él. Intenté apartarlo completamente de mis pensamientos, pues me enfurecía pensar en cómo se había interpuesto entre mí y... el otro. Pero comencé a preguntarme qué habría sido de él, y a decirme que me gustaría saber que le iba bien. Supongo que me imaginé que estaba en Londres, donde ya había estado antes, ya sabes, y siempre hablaba como si allí no lo hubiera pasado mal; y entonces Molly Brunton me contó que se había casado con otra; y, de alguna manera, mi corazón sufrió un vuelco, y comencé a desear no haber dicho todas aquellas palabras llenas de furia; y luego apareció esa guapa señora con su relato... y he pensado mucho desde entonces... y lo veo todo con más claridad. Philip

está muerto, y fue su espíritu quien socorrió al otro cuando estaba en peligro. Le había oído contar a padre que los espíritus no pueden descansar en sus tumbas hasta que no han reparado todo el mal que hicieron sus cuerpos.

—Esta es también mi conclusión —dijo Kester, solemnemente—. Primero quería oír lo que tú pensabas; pero esa es la conclusión a la que llegué nada más oír esa historia.

—Y hay que decir otra cosa —añadió Sylvia—: era un hombre bueno y considerado.

—Pues menuda cosa —dijo Kester—. Arruinó tu vida, mi pobre muchacha; y estuvo a punto de arruinar la de Charley Kinraid.

—Los hombres necesitan mucho más que las mujeres para ver arruinadas sus vidas —dijo Sylvia amargamente.

—No tanto. Estoy seguro, chica, de que a Philip le fueron bastante bien las cosas a pesar de que su vida quedara arruinada al irse de aquí; y a lo mejor fue una buena cosa que la abandonara tan pronto.

—Ojalá hubiera podido hablar con él, aunque solo fueran unas palabras —dijo Sylvia, casi a punto de llorar.

—Vamos, muchacha, de tan poco sirve llorar por lo que ha pasado como llorar por todas las golosinas que esta pequeña glotona se ha tragado mientras nosotros hablábamos. ¡Vaya, es que no queda ni una!

—¡Es una niña malcriada! —dijo Sylvia, extendiendo los brazos hacia la niña, que corrió hacia ellos y comenzó a dar palmaditas a la cara de su madre, y a tirar de los suaves rizos castaños que asomaban del gorro de matrona—. Mami la malcría, Hester la malcría...

—La abuelita Rose no me malcría —dijo la niña, con rápido e inteligente discernimiento, interrumpiendo la lista de su madre.

—No, pero Jeremiah Foster sí. Viene del banco casi cada día a preguntar por ella, Kester. Y le trae cosas en el bolsillo; y ella es tan falsa; se deja ver como por casualidad, y entonces él se cambia la manzana o el juguete al otro bolsillo. ¡Si es falsa mi niña! —exclamó casi devorando a besos las mejillas de la niña—. Y Jeremiah a veces se la lleva a pasear, y va tan despacio como si fuera un anciano para que Bella le siga el paso. A veces subo corriendo las escaleras y les miro por la ventana; casi prefiere que no vaya con ellos, pues así tiene a la niña para él solo.

—La niña es muy guapa, desde luego —dijo Kester—, pero no tanto como lo eras tú. Todavía no te he dicho por qué he venido, y ya va siendo hora. Mañana me voy a las colinas de Cheviot a recoger unas ovejas que

Jonas Blundell ha comprado. Creo que será un trabajo que me llevará unos dos meses.

—Será una hermosa época del año —dijo Sylvia, un poco sorprendida ante el poco entusiasmo que mostraba Kester con la perspectiva de ese viaje o de estar ausente; muchas veces se había ido de Monkshaven por mucho más tiempo sin que pareciera darle tanta importancia.

—Bueno, ya ves que se me hace un poco cuesta arriba dejar a mi hermana... la viuda que me aloja cuando estoy en la ciudad. Las cosas se están poniendo muy caras; los panes de kilo están a dieciséis peniques; y se habla de que hay escasez de comida en el campo. Y yo le pagaba algo a la mujer por la comida y la cama, para ayudarla un poco. Ahora está un poco alicaída, y no tiene a ningún otro inquilino que ocupe mi lugar, y eso que se ha mudado al otro lado del puente para estar más cerca de los nuevos edificios, y de ese imponente paseo nuevo que están construyendo alrededor de los acantilados, pensando que así habría más posibilidades de que alguno de los trabajadores se alojara en su casa, teniendo cerca el trabajo. Y me habría gustado proporcionarle algún inquilino responsable antes de marcharme, pues tiene tan buen corazón que cualquier desalmado puede aprovecharse de ella si alguien no la vigila.

—¿Puedo ayudarla? —dijo Sylvia con su vehemencia habitual—. Me encantaría; y tengo mucho dinero que...

—No, muchacha —dijo Kester—, no vayas tan deprisa; era justo lo que me temía que pasaría si te lo contaba. Ya le he dejado un poco de dinero, y procuraré enviarle más; solo quiero que le digas alguna palabra amable, que le des ánimos cuando yo me marche. Que vayas a verla de vez en cuando y hables con ella de mí, para que no se me decaiga. No sabes cómo te lo agradecería, y me iría mucho más tranquilo.

—No te quepa duda de que lo haré, Kester. Siempre me entristezco un poco cuando te vas, y a veces me siento sola. A las dos nos irá mejor hablar de ti que afligirnos por tu ausencia.

Y Kester se fue muy aliviado ante la promesa de Sylvia de ir a visitar a su hermana mientras él estaba en el norte.

Pero los hábitos de Sylvia habían cambiado desde que, siendo una niña en Haytersbank, se pasaba media vida al aire libre, siempre corriendo sin llevar puesto casi nada, echándoles migas a las gallinas, o llevándole un trozo de pan al caballo del carro, yendo al jardín a buscar un manojo de hierbas, o subiendo al lugar más elevado para soplar el cuerno que indicaba a su padre y a Hester que era hora de cenar. Ahora que vivía en una ciudad donde era

necesario ponerse el sombrero y la capa antes de salir a la calle, y donde había que caminar de manera lenta y decorosa, solo se había escapado a la libertad de la orilla del mar hasta que Philip se marchó; a partir de entonces, siendo como era una esposa abandonada, aprendió a temer que la observaran, y solo la salud de Bella habría sido motivo para sacarla de casa. Y, como le había dicho a Kester, la necesidad que tenía la niña de dar un paseo diario se veía aliviada por el enorme cariño que le profesaba Jeremiah Foster a la pequeña. Desde el día en que el bebé se le puso en las rodillas, seducido por la tentación de su reloj, consideró que, de alguna manera, le pertenecía; y ahora casi había llegado a pensar que tenía derecho a reclamarla como su compañera de paseo cuando volvía del banco para almorzar temprano, y a su mesa había una silla alta siempre colocada para la eventualidad de que la niña compartiera su comida. En dichas ocasiones generalmente la acompañaba hasta la puerta de la tienda cuando regresaba al banco por la tarde. A veces, sin embargo, dejaba dicho que habían de ir a buscarla a su casa en la parte nueva de la ciudad, pues ya no debía volver al banco, y entonces Sylvia tenía que vestirse e ir a buscar a la pequeña; exceptuando esta eventualidad, casi nunca salía en días laborables.

Unas dos semanas después de la visita de despedida de Kester, surgió la necesidad de ir a casa de Jeremiah Foster por ese motivo; y Sylvia pensó que se trataba de una inmejorable oportunidad de cumplir su promesa e ir a visitar a la viuda Dobson, cuya casita estaba al otro lado del río, situada sobre la ladera de un acantilado, justo donde la corriente del río giraba y cobraba velocidad para desembocar en el mar abierto. Salió bastante pronto para hacer la visita. Encontró la casa de la viuda adecentada tras la comida de mediodía, y a ella haciendo punto junto a la puerta abierta, sin mirar a las agujas, que entrechocaban veloces, sino a las olas que delante de ella avanzaban y retrocedían, pero sin ver estas tampoco, sus pensamientos extraviados en días muy, muy lejanos.

En cuanto reconoció a Sylvia la saludó cordialmente, pues para ella era una gran dama, al no haber conocida a Sylvia Robson de niña. La viuda Dobson siempre se escandalizaba de que su hermano Christopher tratara con tanta familiaridad a la señorita Hepburn.

La viuda Dobson le quitó el polvo a una silla que no tenía polvo y se la acercó a Sylvia, y ella se sentó en un taburete de tres patas para marcar las diferencias sociales, pues en aquella humilde morada había aún otra silla; y a continuación las dos se pusieron a charlar, primero de Kester, al que su hermana insistía en llamar Christopher, como si su dignidad de hermano

mayor quedara comprometida por cualquier abreviatura familiar; y poco a poco le fue abriendo su corazón.

—Ojalá hubiera aprendido yo a escribir —dijo la mujer—, pues así podría enviarle unas letras a Christopher y tranquilizarlo. Pero ya ve, si le escribiera una carta, él no sabría leerla; de manera que me consuelo pensando que nadie necesita saber escribir si no tiene amigos que sepan leer. Pero imagino que le habría alegrado saber que ya tengo un inquilino. —Al decirlo, movió la cabeza en dirección a la puerta que comunicaba la sala de estar con el cobertizo, que Sylvia había observado al acercarse a la casita, y al recordar que Kester lo había mencionado le había permitido identificar la vivienda de la viuda Dobson—. Está en la cama —añadió esta, bajando la voz—. Es un vagabundo, pero no parece mala persona.

—¿Cuándo llegó? —preguntó Sylvia, recordando lo que Kester le había dicho del carácter de su hermana, y pensando que le correspondía a ella, en su papel de confidente de Kester, aconsejarla con cautela y prudencia.

—Hará cosa de una semana. Nunca sé muy bien en qué día me encuentro; me ha pagado dos veces el alquiler, pero es que cuando llegó insistió en pagar por anticipado. Llegó de noche, y se estuvo un rato sentado antes de poder hablar, tan agotado estaba; creo que llevaba muchos días caminando. «¿Puede darme una cama?», me preguntó jadeando, al poco. «Me he encontrado un tipo por aquí cerca que me ha dicho que alquila usted una habitación». «Sí», dije, «es cierto, y pido un chelín por semana». Entonces me entró cierto recelo, pues me dije que aquel hombre no tendría un chelín ni por asomo, pero aunque no lo hubiera tenido, le habría dejado la cama igual: no soy de las que echan a un perro si viene exhausto. Pero entonces saca un chelín y lo pone encima de la mesa, sin decir palabra. «No la molestaré mucho tiempo», me dijo al poco. «Soy una persona que estará mejor fuera de este mundo», dice. Entonces pensé que había sido un poco dura con él. Y le digo «Soy viuda, y no tengo muchos amigos», pues ya ve que estaba un poco triste porque Christopher se había ido al norte, «por lo que me veo obligada a hablarles así a los demás, pero me he preparado unas gachas para cenar, y si no le importa compartirlas conmigo, lo único que he de hacer es añadirles un poco más de agua, y Dios nos las bendecirá como si fuera avena». De modo que levanta una mano ante sus ojos y no dice una palabra. Y al final dice «Señora, ¿puede compartir la bendición de Dios un pecador... un hijo del diablo?», eso dice. «Pues las Escrituras dicen que es el padre de las mentiras». De modo que yo me quedo de una pieza, y al final digo: «Eso debe preguntárselo al párroco, yo no soy más que una pobre viuda que tiene el

corazón débil; pero ahora que lo pienso, siempre he gozado de la bendición de Dios, y la compartiré con usted, pues esa es mi voluntad». De modo que extiende la mano por encima de la mesa, murmura algo y agarra la mía. Pensé que era algo de las Escrituras, pero necesitaba todas mis fuerzas para levantar la olla del fuego: era lo primero que comía desde la mañana, pues la hambruna ha caído como el pedrisco sobre la cabeza de nosotros los pobres; de modo que solo dije: «Vamos, muchacho, empecemos; y Dios bendiga al que coma más». Y desde ese día hemos sido inseparables, aunque no me ha dicho ni quién es ni de dónde viene. Yo creo que es minero, y que se quemó en alguna mina de carbón, pues no hay duda de que esas manchas negras de la cara son marcas de fuego, y los últimos días los ha pasado en la cama, donde lo único que hace es estarse echado y suspirar, pues le oigo perfectamente a través del tabique.

Como para probar sus palabras, un suspiro —casi un gruñido— sobresaltó a las dos mujeres en ese mismo momento.

—¡Pobrecillo! —dijo Sylvia en un susurro—. ¡En el mundo hay más corazones afligidos de lo que pensamos! —Pero al cabo de un rato, volvió a pensar en la mención de Kester a lo «blanda» que era su hermana; y se dijo que era su obligación darle un buen consejo. De modo que añadió, en tono más duro y severo—: No obstante, dice que no sabe nada de él; y un vagabundo es un vagabundo aquí y en cualquier otra parte; y usted es viuda, y ha de andarse con ojo. Creo que le echaré en cuanto se haya recuperado un poco. ¿Y dice que tiene mucho dinero?

—¡No! No he dicho eso. Y tampoco lo sé. Él me paga por adelantado; y me ha pagado por todo lo que le he dado; pero ha sido muy poco; no come casi nada, aunque le he hecho un poco de caldo, todo lo sustancioso que he podido.

—Si fuera usted, no lo echaría hasta que no esté otra vez bien; pero creo que lo mejor es que le diga que se vaya —dijo Sylvia—. Otra cosa sería si su hermano estuviera en Monkshaven. —Se puso en pie al decir estas últimas palabras.

La viuda Dobson le cogió la mano y se la retuvo unos momentos; a continuación, la humilde mujer dijo:

—¿Verdad que no se enfadará conmigo, señora, si soy incapaz de echarlo hasta que él quiera irse por su propia voluntad? Porque no me gustaría que usted se disgustara, en consideración a Christopher; pero sé lo que es estar sin amigos, y a pesar de lo que pueda ocurrir, no me veo con ánimos de echarlo.

—¡No! —dijo Sylvia—. ¿Por qué iba a disgustarme? No es asunto mío. Lo único que digo es que si yo fuera usted, le diría que se marchara. Podría ir a alojarse con otros hombres, más familiarizados con los vagabundos, y que saben cómo tratarlos.

Cuando Sylvia salió de la casa brillaba el sol. En la fría sombra, el desdichado vagabundo seguía suspirando. Sylvia no sabía que había estado cerca del hombre por quien su corazón se enternecía más cada día.

PRIMERAS PALABRAS

Llegó la primavera de 1800. Los más viejos del lugar aún recuerdan la terrible hambruna de aquel año. La cosecha del otoño anterior se había perdido; la guerra y las leyes que restringían la importación del grano habían subido el precio de este a niveles de hambre; y gran parte del que llegaba al mercado estaba en mal estado, por lo que no se podía comer, aunque la hambrienta humanidad lo compraba desesperada e intentaba hacerlo comestible mezclando la harina húmeda, dulce y grumosa con arroz o patata. Las familias ricas se privaban de las pastas y de todos los usos innecesarios y lujosos del trigo en cualquiera de sus formas; aumentó el impuesto sobre los polvos para el pelo; y todos estos paliativos no eran más que nimias gotas en el océano de indigencia del pueblo.

Philip, a su pesar, se recuperó y recobró las fuerzas; y a medida que las iba recuperando, el hambre ocupó el lugar de la aversión por la comida. Pero se había gastado todo el dinero, ¿y qué suponía su mísera pensión de seis peniques en un terrible año de hambruna? Muchas noches de verano caminaba durante horas y horas alrededor de la casa que antaño fuera suya, y que podría volver a serlo ahora, con todas sus bienaventuradas comodidades domésticas, solo con que fuera capaz de hacer valer su derecho. Pero para obrar con autoridad, y en su pobre y mutilada guisa hacer valer ese derecho, se necesitaba a alguien que no fuera Philip Hepburn. De modo que se quedaba en el viejo refugio de la empinada y tortuosa calleja que salía de la plaza del mercado hacia la colina, y contemplaba el tenue desvanecerse del crepúsculo de verano hasta ser de noche; cómo cerraban la tienda que antaño tan bien conociera; la salida del feliz y adinerado William Coulson, rumbo a su casa, su esposa, su cómoda y abundante cena. Y a continuación Philip —no había policía en aquellos días, y apenas algún vigilante en aquella primitiva y pequeña ciudad— daba en rondar por las zonas más en sombra de las calles, y mirando rápidamente alrededor, cruzaba el puente, contemplaba las aguas serenas y rizadas, el brillo grisáceo que auguraba la aparición de la aurora sobre el mar, los negros mástiles y aparejos de los barcos contra el cielo;

podía ver con sus ojos fijos y ávidos la forma de las ventanas, la ventana de la mismísima habitación en la que dormían su esposa y su hija, ignorantes de su existencia ahora que era un marginado hambriento y con el corazón roto. Volvía a su alojamiento, y con sigilo levantaba el pasador de la puerta; y aún con más sigilo, pero nunca sin una silenciosa y agradecida oración, pasaba junto a la pobre mujer dormida que le había dado refugio y compartido con él la bendición de Dios; ella, que, igual que él, no sabía lo que era satisfacer el apetito, y luego se echaba en el estrecho camastro del cobertizo, y de nuevo le impartía a Sylvia felices lecciones en la cocina de Haytersbank, y los muertos cobraban vida; y Charley Kinraid, el arponero, jamás había perturbado aquella paz deliciosa, llena de esperanzas.

Pues la viuda Dobson nunca siguió el consejo de Sylvia. El vagabundo que conocía con el nombre de Freeman —con el que recibía su pensión— seguía alojándose con ella, y pagaba semanalmente su exiguo chelín por adelantado. Un chelín era exiguo en aquellos días de escasez. Un hombre hambriento podía fácilmente comerse el producto de un chelín en un día.

La viuda Dobson alegó eso como excusa para mantener a su inquilino; a una mente más calculadora le habría parecido una razón para echarlo.

—Verá, señora —le dijo la viuda a Sylvia en tono de disculpa, una tarde en la que esta fue a visitarla antes de ir a recoger a la pequeña Bella (ahora hacía demasiado calor para que la niña cruzara el puente a pleno sol, y Jeremiah se la llevaba a cenar en lugar de a comer)—, verá, señora, muy pocos son los que le alojarían por un chelín, tal como están las cosas, o si lo hicieran, se lo harían pagar de alguna otra manera, y me parece que este hombre no tiene gran cosa. Me llama abuela, pero o mucho me equivoco o no tiene ni diez años menos que yo; pero tiene buen apetito, sea cual sea su edad; y me doy cuenta de que comería mucho más de lo que puede comprar con su dinero, que es tan poco como lo que puedo comprar yo. Pero, señora, confíe en mí, le echaré cuando las cosas mejoren; pero en estos momentos sería como enviarlo a la muerte; pero ahora tengo mucho que me sobra, gracias a Dios y la hermosa cara de usted.

Así que Sylvia tuvo que contentarse con saber que el dinero que de buena gana le había dado a la hermana de Kester servía en parte para alimentar al inquilino, que ni era un jornalero ni un vecino, sino un simple vagabundo, el cual, temía, estaba abusando de la pobre mujer. Y es que la cruel hambruna conseguía penetrar en todos los corazones, y Sylvia, una hora después de la conversación que acabamos de relatar, quedó muy emocionada, a su regreso de casa de Jeremiah Foster en compañía de la alegre y parlanchina Bella, al

ver los débiles pasos de alguien que, por la descripción de la viuda Dobson, supuso que debía de ser su inquilino, y que aparecía por el camino recién construido que había de rodear el Acantilado del Norte, y cuyo único destino era la casita de la viuda Dobson. Aunque fuera un vagabundo sin hogar, debía de estar dentro de la ley; pero fuera cual fuera su carácter, Sylvia pudo verle ante ella en el suave crepúsculo, caminando lentamente sobre el puente, deteniéndose a descansar, apoyándose, y luego avanzando de nuevo hacia la ciudad, hacia la que se encaminaban ella y la feliz Bella.

La asaltó un pensamiento: hasta ahora había imaginado que ese hombre desconocido era algún vagabundo peligroso, y había temido que, en el solitario trayecto que había entre la casa de la viuda Dobson y la concurrida carretera, la atacara y le robara si se enteraba que llevaba dinero; y varias veces se había marchado sin dejar el presente en dinero que pensaba hacerle a la viuda, pues imaginaba haber visto la puerta de la pequeña habitación del cobertizo abrirse sigilosamente mientras ella estaba allí, como si el ocupante (del que la viuda Dobson decía que jamás salía de casa antes del crepúsculo, excepto una vez por semana) estuviera atento para oír el tintineo de las monedas que llevaba en su bolsa de piel. Pero ahora, al verle caminar delante de ella con pasos lánguidos y pesados, ese miedo se transformó en compasión; recordó la inofensiva superstición de su madre, que le impedía echar de su casa a los hambrientos por temor a que algún día ella pudiera necesitar también pan.

—Hija —le dijo a Bella, que llevaba en la mano un pastel que el ama de llaves de Jeremiah le había dado—, aquel pobre hombre de allí tiene hambre; ¿quieres darle tu pastel, y mañana mamá te hará otro el doble de grande?

Con esa promesa, y con el sentimiento de satisfacción que le da incluso a una niña de tres años el haber tomado una buena cena apenas una hora antes, Bella, tras pensárselo un poco, consintió amablemente en hacer el sacrificio.

Sylvia se detuvo, ya con el pastel en la mano, y le dio la espalda a la ciudad y al caminante que tenía delante. Oculta por el chal, deslizó una moneda de media corona dentro de la miga del pastel, y a continuación se lo devolvió a Bella, indicándole lo que debía hacer.

—Mami cogerá en brazos a Bella, y cuando pasemos junto a ese hombre le darás el pastel. El pobre señor tiene hambre, y Bella y mami tienen comida de sobra.

El corazón de la niña se conmovió al pensar en el hambre, y extendió su bracito a punto para el momento en que el paso apresurado de su madre la llevara junto al sorprendido y tembloroso Philip.

—Señor, cómase esto; Bella no tiene hambre.

Esas eran las primeras palabras que Philip le oía decir a su hija, y su eco seguía resonando en sus oídos mientras se esforzaba por ocultar su cara desfigurada dirigiendo la mirada por encima del parapeto del puente, bajo el cual las aguas corrían hacia el océano, en el que desembocaron sus lágrimas, sin que Philip se diera cuenta de que las derramaba. A continuación decidió no dar su paseo nocturno y regresó a su alojamiento.

Con Sylvia la cosa fue muy distinta: habría olvidado rápidamente el incidente de no ser porque la pequeña Bella se refería a menudo a la historia del hombre hambriento, que había despertado sus simpatías al pensar en su evidente desdicha. Le había gustado dejarle el pastel en la mano al hombre mientras pasaban, y cogía cualquier cosa que tuviera cerca para ilustrar el gesto que había hecho. Un día agarró el reloj de Hester para ese menester, pues era igual de redondo que el pastel; y aunque Hester, para quien la niña repetía la historia en su imperfecto lenguaje por tercera o cuarta vez, intentó coger el reloj como le correspondía (pues en aquel momento interpretaba el papel del «hombre hambriento»), se fue al suelo con un golpe que asustó a la niña, que comenzó a llorar por el desastre que había hecho.

—No llores, Bella —dijo Hester—. Pero no vuelvas a jugar con el reloj. No me he dado cuenta de que llevabas el mío, o te lo habría impedido a tiempo. Pero lo llevaremos al viejo Darley, el del muelle, y quizá nos lo arregle. Pero Bella no debe volver a jugar con ningún reloj.

—¡Nunca más! —le prometió la niña, sollozando.

Y esa misma tarde Hester le llevó el reloj al viejo Darley.

Este William Darley era hermano del jardinero de la rectoría; el tío del marinero muerto por la patrulla de leva años antes, y de su hermana postrada en la cama. Era un buen mecánico, y su habilidad como reparador de relojes y cronómetros era conocida entre los marineros, con los que mantenía un comercio un tanto irregular, en el que no se utilizaba tanto el dinero como el trueque: ellos le traían monedas extranjeras y raras curiosidades que recogían en sus viajes a cambio de que aplicara su destreza a sus instrumentos náuticos o sus relojes. De haber tenido alguna vez capital para ampliar su negocio, se habría hecho rico, aunque no es probable que fuera tan feliz como ahora, en su curiosa vivienda de dos habitaciones, la parte delantera de la cual era tienda y taller, mientras que la otra le servía de dormitorio y museo.

Algunas veces, incluso el joyero que tenía una tienda más ostentosa en la calle Mayor precisaba de la habilidad de este anciano desastrado y excéntrico; pero antes de que Darley aceptara del otro algún encargo «delicado»,

despreciaba su ignorancia y se mofaba de él. Sin embargo, también tenía su corazoncito, y una de las personas a quienes se lo mostraba era Hester Rose, gracias a lo bien que esta se había portado con su sobrina postrada en cama. A ella jamás le contestaba mal, como hacía con muchos otros; y en las pocas ocasiones en que Hester le pidió algún favor, pareció que era ella quien se lo hacía a él, y solo le cobró lo imprescindible.

Hester lo encontró sentado en el lugar de más luz del taller, los lentes en la nariz y el microscopio en la mano.

Darley cogió el reloj de Hester y lo examinó atentamente sin decir palabra. A continuación lo abrió y sacó las piezas para averiguar la naturaleza de la avería.

De pronto oyó que Hester contenía el aliento, reprimiendo una expresión de sorpresa. Darley la miró por encima de sus lentes; Hester tenía en la mano un reloj que acababa de coger del mostrador.

—¿Qué te ocurre ahora? —dijo Darley—. ¿Es que nunca habías visto un reloj de estos? ¿O es la inscripción que hay detrás lo que tanto te asombra?

Sí, eran aquellas letras: la grafía anticuada, entrelazada. Esa Z y esa H que sabía que correspondían a Zachary Hepburn, el padre de Philip. Sabía lo mucho que Philip apreciaba ese reloj. Recordaba habérselo visto en las manos el mismo día de su desaparición, mientras miraba la hora, enfadado por el retraso de Sylvia. Hester no tenía duda alguna de que se había llevado el reloj con él. Estaba seguro de que no se separaría de esa reliquia de su difunto padre de no ser por una perentoria necesidad. ¿Dónde, pues, estaba Philip? ¿Y por qué azar de vida o muerte había llegado esa preciada propiedad de vuelta a Monkshaven?

—¿Dónde consiguió esto? —preguntó ella, con toda la calma de que fue capaz, a pesar de su impaciencia.

Esa era una pregunta que Darley solo le habría respondido a Hester. Casi todas sus transacciones estaban envueltas en el misterio; y no es que tuviera nada que ocultar, solo que le gustaba hacerse el misterioso. Cogió el reloj de manos de Hester, miró el número que tenía marcado dentro y el nombre del fabricante —«Natteau Gent, York»—, y a continuación contestó:

—Ayer por la noche me lo trajo un hombre para venderlo. Debe de tener unos cuarenta años. Casi el mismo número de años que Natteau Gent lleva enterrado. Pero trabajaba bien, y le pagué a ese hombre lo que valía su reloj, en dinero contante y sonante. Primero intenté cambiárselo por algo, pero no picó; lo que quería era comida... como mucha gente hoy día.

—¿Quién era? —dijo Hester de manera entrecortada.

—¡Bendita seas! ¿Cómo voy a saberlo?

—¿Cómo era? ¿Qué edad tenía? Dímelo.

—Muchacha, tengo cosas más importantes que hacer con los ojos que dedicarme a mirar las caras de los hombres en el crepúsculo.

—Pero debiste necesitar luz para estudiar el reloj.

—¡Vaya, eres muy perspicaz! Sí, tenía una vela pegada a la nariz. Pero no me fijé en su cara. A mi entender, eso no es de buena educación.

Hester se quedó en silencio. Pero a Darley se le ablandó el corazón.

—Si tanto te interesa saber quién era ese individuo, quizá pueda darte alguna pista.

—¿Cómo? —dijo Hester, impaciente—. Quiero saberlo. Ya lo creo que quiero saberlo, y tengo una buena razón.

—Bueno, pues te lo diré. Es un vagabundo, y raro. Me apuesto lo que quieras a que iba muy necesitado de fondos; y sin embargo me saca una moneda de media corona, envuelta en un papel, y me pide que le haga un agujero. Y yo le digo: «Son ganas de estropear una moneda del rey, y después de que le haya hecho el agujero, ya no podrá circular más». Pero él me farfulla que hay que hacerlo y ya está; y aquí me la dejó, y vendrá mañana a recogerla.

—¡Oh, William Darley! —dijo Hester, juntando las manos con fuerza—. Averigua quién es, dónde vive... lo que sea... todo lo que puedas... y tendrás mi bendición.

Darley se la quedó mirando fijamente, pero en su cara aparecieron signos de simpatía.

—Mujer —dijo—, ojalá nunca hubieras visto el reloj. Es una labor triste e ingrata pensar demasiado en una sola de las criaturas de Dios. Pero haré lo que me pides —añadió, en un tono menos severo—. Soy un buen sabueso cuando hace falta. Ven a por tu reloj dentro de un par de días y te diré lo que he averiguado.

Y Hester se marchó con el corazón latiéndole con fuerza ante la perspectiva de saber algo de Philip: si sería mucho o poco, era algo que en aquellos primeros momentos ni se atrevía a aventurar. Era posible que algún marinero recién desembarcado y procedente de lejanos mares se hubiera hecho con el reloj de Philip en remotas latitudes; en ese caso, Philip estaría muerto. Podía ser. Se repetía que esa era la explicación más plausible a la presencia del reloj, y estaba segura de que era el reloj de Philip. Pero también era posible que Philip no anduviera muy lejos, que estuviera en la ciudad, incluso, pasando hambre, como tantos otros, por falta de medios para comprar

comida. Y el corazón le ardió en el pecho al pensar en las suculentas y opíparas comidas que Sylvia ponía cada día —o, mejor dicho, tres veces al día— en la mesa, a la cabecera de la cual debería haber estado Philip; pero su lugar estaba vacío. Y es que Sylvia había heredado el talento de su madre para llevar la casa, y en ella, ahora que Alice entraba en la decrepitud y que Hester tenía otras ocupaciones en la tienda, recaía la responsabilidad de dar de comer a aquella heterogénea familia.

¡Y Sylvia! Hester se rebeló en su fuero interno al recordar aquellas palabras de Sylvia: «Nunca le perdonaré por el mal que me hizo» aquella noche que Hester, agarrada a Sylvia, le hizo la triste y vergonzosa confesión de su amor no correspondido.

¿Qué podría volver a unirles? ¿Podía hacerlo Hester, ignorante del extraño misterio del corazón de Sylvia, al igual que aquellos que se guían solo por la obediencia ignoran qué rige las acciones de los impulsivos? ¿Podía hacerlo Hester? ¿Qué decir, cómo actuar en caso de que Philip estuviera cerca, y se hallara en un estado de tristeza y desdicha? Su propia aflicción al considerar la situación era muy difícil de soportar; y buscó su habitual refugio en algún texto, en alguna promesa de las Escrituras que reforzara su fe.

—Para Dios todo es posible^[48] —dijo, repitiendo las palabras como para arrullar su ansiedad.

Sí; para Dios todo es posible. Pero a veces realiza Sus designios con terribles instrumentos. Hay un pacificador cuyo nombre es Muerte.

SALVADO Y PERDIDO

La tarde del día posterior al que el desconocido propietario de la media corona había señalado para pasarse por casa de William Darley, Hester salió de su casa. Se había repetido una y otra vez que el tiempo y la paciencia eran sus mejores aliados. Su plan era, en primer lugar, averiguar todo lo que pudiera de Philip; y a continuación, si las circunstancias lo permitían, como así sería con toda probabilidad, dejar caer lentamente palabras y pensamientos apaciguadores, curativos sobre el terco e implacable corazón de Sylvia. De modo que Hester se vistió y bajó al muelle, aquella tarde, tras cerrar la tienda.

¡Pobre Sylvia! Era implacable, pero no todo lo terca que Hester creía. Muchas veces, desde la marcha de Philip, había echado de menos de manera inconsciente su amor protector; cuando la gente le hablaba bruscamente, cuando Alice la reprendía por ser una de las no elegidas, cuando en la afable seriedad de Hester asomaba cierta severidad; cuando en el fondo de su corazón ignoraba cómo habría juzgado su madre su comportamiento de haberlo sabido todo, como posiblemente lo sabía ahora. Philip siempre le había hablado con cariño durante los dieciocho meses de su vida de casados, excepto en las dos ocasiones ya mencionadas: cuando ella le contó que había soñado que Kinraid regresaba, y la noche antes de que ella descubriera que él le había ocultado el secreto de la involuntaria desaparición de Kinraid.

Tras descubrir que Kinraid se había casado, su corazón se volvió aún con más fuerza hacia Philip; ahora creía que este había juzgado acertadamente al justificar su doble juego; estaba más indignada con la volubilidad de Kinraid de lo que tenía derecho a estarlo; y comenzaba a apreciar al valor de un amor constante como había sido el de Philip, que se había iniciado cuando ella comenzó a intuir lo que debía de ser el amor de un hombre por una mujer y se arredró ante el tono cariñoso que puso en la palabra que usaba para ella, una chica de doce años: «Pequeña», como acostumbraba a llamarla.

Pero en medio de todo ese desenconamiento aparecía la sombra de su juramento: como el frío que trae una gran nube sobre una planicie soleada. ¿Cuál había de ser su decisión? ¿Cuál sería su deber si él volvía y una vez

más la llamaba «esposa»? Débil y supersticioso como era su carácter, no quería ni imaginar esa posibilidad; y eso reforzaba su decisión de no volver a pronunciar palabras tan implacables; y evitaba el tema en las raras ocasiones en que Hester intentaba sacarlo con la esperanza de ablandar el corazón de Sylvia, que ella veía tan endurecido en ese punto.

Aquella luminosa tarde de verano, mientras Hester se iba rumbo al muelle, Sylvia permanecía en la sala de estar con la ropa de salir, observando el cielo impaciente, lleno de nubes pasajeras, y teñido de los cálidos tonos del inminente atardecer. No podía dejar a Alice: la anciana estaba tan enferma que siempre la acompañaban o Sylvia o su hija; no obstante, Sylvia tenía que ir a buscar a Bella a la parte nueva, donde había ido a cenar con Jeremiah Foster. Hester le había dicho que no estaría fuera más de un cuarto de hora; y Hester solía ser tan puntual que cada vez que Sylvia se despistaba en ese punto parecía como si ofendiera a aquellos que habían aprendido a confiar en ella. Sylvia quería ir a ver a la viuda Dobson, y averiguar cuándo volvía Kester. Habían pasado más de dos meses, y Sylvia, por medio de los Foster, se había enterado de un empleo que podía irle muy bien y serle provechoso a Kester, y pensaba que este se alegraría de saberlo lo antes posible. Hacía ya tiempo que no cruzaba el puente, y, por lo que sabía, era posible que Kester ya hubiera vuelto de su estancia en las colinas de Cheviot. Kester había vuelto. No habían pasado ni cinco minutos de esos pensamientos cuando la apresurada mano de Kester levantó el picaporte de la puerta de la cocina, y sus veloces pasos lo llevaron cara a cara con Sylvia. La sonrisa de saludo que apareció en los labios de Sylvia se heló al ver la mirada de él: tenía los ojos en blanco, la expresión desencajada, y sin embargo lastimera.

—Estupendo —dijo al ver que Sylvia llevaba puesta la ropa de salir—. Has de venir enseguida. Vamos.

—¡Oh, Dios mío, mi hija! —gritó Sylvia, agarrándose a la silla que tenía cerca, pero recuperándose al comprender que debía enfrentarse a lo ocurrido, fuera lo que fuera.

—¡Sí, la niña! —dijo Kester, cogiéndole del brazo casi con violencia y sacándola por la puerta abierta hacia la parte del muelle.

—Dime —articuló Sylvia en un hilo de voz—, ¿está muerta?

—Ahora está a salvo —dijo Kester—. Pero no es ella... es el que la ha salvado quien te necesita, como nunca un marido necesitó a una esposa.

—¿Él? ¿Quién? ¡Philip! ¿Es Philip, por fin?

Sin preocuparse de quién pudiera verla, abrió los brazos y se tambaleó apoyándose el parapeto del puente mientras lo cruzaban.

—¡Él! ¡Philip! ¿Y dices que ha salvado a Bella? Bella, nuestra pequeña Bella, la que ha comido a mi lado y se ha ido con Jeremiah. No lo entiendo, Kester, explícamelo.

La voz le temblaba tanto como el cuerpo, y Kester vio que Sylvia no podía seguir andando sin peligro de caerse hasta que se calmara; de hecho, de vez en cuando se le nublaba la vista, y respiraba a grandes jadeos, sin dejar de apoyarse contra el parapeto del puente.

—No ha pasado nada malo —comenzó Kester—. La pequeña se había ido a pasear con Jeremiah, y subieron por el borde de la colina, donde están construyendo la nueva carretera que bordea el mar. Pero ahora no es más que un sendero; y Jeremiah es demasiado viejo y la niña demasiado pequeña para ver el agua que venía con grandes embates; siempre llega hasta la altura del acantilado, y esta primavera la marea provoca unas olas enormes. Alguien ha dicho que han pasado junto a un hombre que estaba sentado sobre una roca, un poco más arriba... no sé, solo sé que de pronto he oído un grito desgarrador. Estaba descansado, pues no hacía ni media hora que había llegado. Hoy habré andado más de doce millas, pero aún así he salido corriendo, y justo cuando he llegado a la carretera a medio construir, en un recodo, he oído el silbido de una ola regresando hacia el océano, veloz como el mal, y al viejo Jeremiah allí de pie, como loco, mirando hacia el agua; y como un relámpago aparece un hombre y se lanza en medio de las grandes olas veloz como una flecha; y entonces he distinguido algo dentro del agua que estaba más cerca de la muerte que de la vida; y me ha parecido que podía ser nuestra Bella; y entonces he oído gritos de auxilio, y me he acercado al borde del acantilado y le he pedido al viejo Jeremiah, que estaba a mi lado, que me sujetara con fuerza, pues no servía para otra cosa; y espero un momento y de pronto veo dos brazos que sostienen en alto a una niña que chorreaba agua, y yo agarro al bebé por la cintura y lo pongo en tierra. Pero ella está bien a pesar del baño, estoy seguro.

—Debo ir... suéltame —dijo Sylvia, forcejeando con la mano de Kester, que la sujetaba por miedo a que se desmayara, tan cenicienta tenía la cara—. Suéltame... Bella, debo ir a verla.

Kester la soltó, y ella se quedó inmóvil, sintiéndose de pronto demasiado débil para moverse.

—Y ahora —dijo Kester—, si te tranquilizas yo te llevaré; pero has de ser una chica fuerte y valiente.

—Lo seré si me dejas ver a Bella —dijo Sylvia, humilde.

—Y no debes preguntar por el hombre que la ha salvado —dijo Kester en tono de reproche.

—Sé que es Philip —susurró ella—, y has dicho que me quería a su lado; por lo que sé, está a salvo; y, Kester, creo que me da un poco de miedo, y me gustaría hacer acopio de valor antes de verle, y Bella me dará coraje. La última vez que le vi fueron momentos terribles, y le dije...

—No pienses más en lo que le dijiste; piensa en lo que le dirás ahora, pues se está muriendo. Las olas lo lanzaron contra las rocas y quedó malherido por dentro antes de que unos hombres que pasaban en una lancha lo recogieran.

Sylvia no dijo nada; ahora ni siquiera temblaba; apretó los dientes, y, agarrándose a Kester, le instó a que avanzaran; pero cuando llegaron al final del puente, pareció que Sylvia no sabía qué camino tomar.

—Por aquí —dijo Kester—. Lleva nueve semanas alojado en casa de Sally, y nadie le ha reconocido hasta ahora; estuvo en la guerra y se le quemó la cara.

—Y no tenía comida —gimió Sylvia—, y a nosotros nos sobraba, e intenté convencer a tu hermana de que lo echara. ¿Crees que Dios podrá perdonarme?

Calló, y ya solo volvió a exclamar agudos gritos de dolor. Al poco llegaron a la casa de la viuda Dobson, que ya no era aquella morada tranquila y solitaria. Había varios marineros junto a la puerta, esperando en angustioso silencio el dictamen del médico, que ahora examinaba las heridas de Philip. Dos o tres mujeres hablaban en voz baja junto a la entrada.

Pero cuando Sylvia se acercó, los hombres retrocedieron, y las mujeres se apartaron como para dejarle paso, todos mirándola con cierta simpatía, y quizá preguntándose cómo se lo estaba tomando, pues todo este tiempo ella había estado viviendo en la opulencia y la comodidad mientras su marido se cobijaba en un chamizo y tenía que luchar diariamente para no morir de hambre; pues todos conocían bien al inquilino de la señora Dobson, aunque ahora habían apartado de sí cualquier desconfianza, pues ya sabían que no era un vagabundo ni un desconocido.

Sylvia sintió la dureza de sus miradas, la dureza de su silencio; pero eso no significaba nada para ella. Si esas cosas le hubiesen afectado en ese momento, no habría permanecido inmóvil justo en medio de sus corazones desafectos, ni murmurado algo a Kester. Pero este no oyó las palabras que dijo aquella voz ronca y ahogada hasta que no se encorvó y llevó su oído a la altura de la boca de Sylvia.

—Será mejor que esperemos a que salgan los médicos —volvió a decir ella.

Y se quedó junto a la puerta, temblando de pies a cabeza, casi de cara a la gente que había en la calle, aunque un poco vuelta hacia la derecha, para que pensaran que estaba mirando el sendero que había del lado del acantilado, a unos cien metros de distancia, bajo el cual las voraces olas seguían azotando y convirtiéndose en un rocío que ascendía hasta lo alto; mientras que más cerca de la casa, donde su fuerza quedaba sesgada por la barra que había a la entrada del río, llegaban lamiendo la suave pendiente de la orilla.

Sylvia no vio nada de todo eso, aunque estaba justo ante sus ojos. Solo vio una neblina confusa; no oyó el sonido de las aguas, aunque llenaba los oídos de quienes la rodeaban. Lo que oyó, por el contrario, fueron los leves susurros que dictaminaban el fin terrenal de Philip.

Todos los médicos estaban de acuerdo; sus heridas internas eran mortales, aunque, como la columna vertebral estaba seriamente dañada por encima de donde se había dado el golpe fatal, no sentía dolor alguno en la mitad inferior del cuerpo.

Habían hablado en voz tan queda que John Foster, que estaba solo a un paso de ellos, no había podido oír sus palabras. Pero desde donde estaba, Sylvia oía cada palabra, y temblaba todo su cuerpo aun en aquella sofocante tarde de verano. Se volvió hacia Kester.

—Debo ir con él, Kester; cuando salgan los médicos, procura que nadie nos interrumpa.

Habló en voz baja, serena; y él, que ignoraba qué había oído Sylvia, le hizo una fácil promesa con condiciones. Entonces, los que estaban delante de la puerta de la casa retrocedieron, pues vieron que los médicos salían, y que John Foster, más serio, más triste aún, les seguía. Sin decirles ni una palabra, sin ni siquiera una pregunta —cosa que a muchos de los que estaban fuera les pareció rara—, Sylvia, pálida, sin lágrimas en los ojos, entró en la casa y no la vieron más.

Y las olas seguían lamiendo la suave pendiente de la orilla.

La habitación donde estaba Philip era oscura, y solo se veía el halo o círculo de luz que producía una vela de sebo. La viuda Dobson estaba de espaldas a la cama —su cama— sobre la que habían depositado a Philip con las prisas y la incertidumbre de si estaba vivo o muerto. La viuda lloraba; lloraba en silencio, pero las lágrimas no dejaban de caerle mientras, de espaldas a su modesta cama, recogía la ropa mojada que había cortado del pobre cuerpo herido de Philip por orden de los médicos. La viuda

simplemente negó con la cabeza al ver a Sylvia entrar sigilosamente, como un espíritu: blanca, sin hacer ruido, surgida de la tierra.

Pero aunque no hiciera ruido al andar, él la oyó, la reconoció, y con un suspiro volvió su pobre cara desfigurada hacia la pared, oculta en la sombra.

Philip supo que ella estaba con él; que se había arrodillado junto a su cama; que le besaba la mano, sobre la que reptaba furtiva la lasitud de la muerte inminente. Pero ninguno dijo nada.

Al final fue él, aún sin mirarla, quien habló con esfuerzo:

—¡Pequeña, perdóname! ¡Ya no veré la mañana!

No hubo respuesta, solo un prolongado y triste suspiro, y él sintió la suave mejilla de Sylvia sobre su mano, y el temblor que le recorrió todo el cuerpo.

—Cometí una crueldad contigo —dijo él por fin—. Ahora me doy cuenta. Pero me muero. Creo que Dios me perdonará... y he pecado contra Él; inténtalo, pequeña... inténtalo, mi Sylvie... ¿podrás perdonarme?

Él escuchó atentamente un momento. A través de la ventana abierta oyó las olas que lamían la suave pendiente de la orilla. Pero ningún sonido salió de ella; solo el mismo prolongado, triste y estremecido suspiro se escapó al final de sus labios.

—Niña —dijo él, una vez más—. Te convertí en mi ídolo; y si viviera otra vez, amaría más a mi Dios, y a ti menos; entonces no habría cometido este pecado contra ti. Pero dime solo una palabra de amor... una sola palabra para que sepa que me perdonas.

—¡Oh, Philip! ¡Philip! —gimió ella, al oír que él le imploraba. En ese momento, Sylvia levantó la cabeza y dijo—: Te dije palabras despreciables, despreciables; y el juramento que pronuncié fue despreciable; y Dios Todopoderoso se lo tomó al pie de la letra. He recibido un duro castigo, Philip, te lo aseguro.

Él le apretó la mano, le acarició la mejilla. Pero también le pidió otra palabra.

—Te hice mal. En mi corazón mentiroso se me olvidó obrar contigo como me hubiera gustado que obraras conmigo. Y juzgué a Kinraid en mi corazón.

—Pensaste que era infiel e inconstante —respondió ella enseguida—, y lo fue. Se casó con otra mujer pocas semanas después de que te marcharas. ¡Oh, Philip, Philip! Y ahora te tengo de vuelta y...

«Agonizando», fue la palabra que iba a decir, pero la acalló el temor de que él aún no lo supiera, además de unos desconsolados sollozos.

—Lo sé —dijo él, acariciándole otra vez la mejilla, y tranquilizándola con su mano cariñosa—. ¡Pequeña! —dijo al cabo de unos momentos, cuando ella

calló de puro agotamiento—. Jamás pensé que volvería a ser tan feliz. ¡Dios es muy misericordioso!

Ella levantó la cabeza y preguntó fuera de sí:

—¿Crees que Dios me perdonará? Te eché de tu hogar, hice que te fueras a la guerra, donde podrían haberte matado; y cuando vuelves, pobre y solitario, le digo a esa mujer que te eche, a pesar de que sé que debes de estar muriéndote de hambre en estos tiempos de escasez. Creo que yo me iré con los que rechinan los dientes eternamente, mientras tú vas allí donde se enjuagará toda lágrima de los ojos^[49].

—¡No! —dijo Philip, volviendo la cara, olvidándose de sí en su deseo de consolarla—. Dios tiene piedad de nosotros igual que un padre tiene piedad de sus hijos descarriados; cuanto más cerca estoy de la muerte más claro Le veo. Pero tú y yo nos hemos hecho mal el uno al otro; sin embargo podemos ver por qué ocurrió, y podemos compadecernos y perdonarnos. Estoy débil y mareado, pequeña; pero has de recordar una cosa: Dios sabe más y tiene más capacidad de perdonar que tú y que yo. Pienso y creo que volveremos a encontrarnos en Su presencia; pero entonces habré aprendido a amarte menos que a él; no más, como he hecho en la tierra.

Entonces quedó en silencio, inmóvil. Sylvia sabía —la viuda Dobson la había traído— que había una medicina, recetada por los médicos, que estaba sobre la mesa de al lado, y suavemente se puso en pie, la vertió en un vaso y la dejó caer sobre la boca medio abierta de Philip. A continuación se arrodilló otra vez, cogiendo la mano que él le tendió débilmente y observando la tenue luz que había en los ojos anhelantes y amorosos de él. Y en la quietud oyó las incesantes olas que lamían la suave pendiente de la orilla.

Más o menos una hora antes de que todo eso ocurriera, que fue en plena medianoche de aquella noche de verano, Hester Rose había subido corriendo la carretera hasta donde Kester y su hermana estaban sentados delante de la puerta abierta, de vigilia bajo aquella noche poblada de estrellas, mientras que los demás ya se habían marchado, uno por uno; incluso John y Jeremiah Foster habían regresado a su casa, donde la pequeña Bella estaba sumida en un sueño pesado y saludable después de su peligrosa aventura.

William Darley no había tenido gran cosa que contarle a Hester acerca del propietario del reloj y la media corona; pero como aquel estaba disgustado por el nulo éxito de sus averiguaciones, le había prometido recabar más información en los próximos días, con más vehemencia por cuanto no estaba acostumbrado a verse frustrado de ese modo. Y Hester había seguido susurrándose «Paciencia, paciencia» y regresado lentamente a su casa para

descubrir que Sylvia se había marchado, y sin saber el motivo en un primer momento. Pero, desasosegada porque a medida que pasaban las horas ni Sylvia ni Bella volvían, se había dirigido a casa de Jeremiah Foster nada más acostar a su madre; y entonces, poco a poco, había ido averiguando toda la historia, pues cada persona con quien se encontraba le relataba un nuevo detalle de lo ocurrido. Pero nadie le supo decir si Sylvia estaba o no con su marido; de modo que cogió aquella carretera y se llegó, sin aliento, hasta donde Kester estaba sentado, despierto en un triste silencio, mientras su hermana dormía apoyando la cabeza en su hombro; la puerta de la casa estaba abierta, tanto para que entrara el aire como para poder oír a Sylvia si esta pedía ayuda; y el tenue óvalo sesgado de la luz de dentro se proyectaba sobre la calle.

Hester llegó jadeando, demasiado agitada como para preguntar hasta qué punto era cierta la terrible historia que había oído. Kester la miró sin decir palabra. En medio de su solemne silencio se oyeron las incesantes olas que iban lamiendo la suave pendiente de la orilla.

—¿Él? ¿Philip? —dijo ella. Kester negó tristemente con la cabeza—. ¿Y su esposa... Sylvia?

—Está ahí dentro, con él —susurró Kester.

Hester se dio media vuelta y se retorció las manos.

—¡Oh, Señor Dios Todopoderoso! —dijo—. ¿Es que ni siquiera he sido digna de unirlos de nuevo?

Y se alejó con paso lento y cansino, volviendo al lado de su madre, que dormía. Pero el «Hágase Tu voluntad» volvía a estar en sus labios trémulos antes de echarse a descansar.

El tenue gris del alba ilumina la oscuridad de una noche de verano poco después de las dos. Philip observó cómo surgía, sabiendo que era lo último que vería del día... al menos tal como consideramos los días sobre la tierra.

Siendo soldado, muchas veces había estado cerca de la muerte; en un par de ocasiones, como cuando corrió entre el fuego enemigo para salvar a Kinraid, las oportunidades de vivir habían sido de una entre cien; pero seguía teniendo esa oportunidad. Pero la sensación que experimentaba ahora era nueva, la última sensación que cualquiera de nosotros experimentará en este mundo, que la muerte no está solo cerca, sino que es inevitable.

Sentía cómo su cuerpo se iba quedando insensible, lenta, lentamente. Pero tenía la mente clara, y el cerebro, más activo de lo normal, le producía vívidas impresiones.

Le pareció que no había pasado más que un día desde que fuera un chaval sentado en las rodillas de su madre, deseando con todas las fuerzas de su corazón infantil ser como Abraham, que era llamado amigo de Dios, o como David, del que se decía que era el preferido en el corazón de Dios, o San Juan, a quien llamaban «el Amado». Qué presente se le hacía el día en que decidió intentar ser como ellos; era primavera, y alguien había traído primulas; y ahora, en la agonía, sentía de nuevo el aroma de las flores: la vida acabada, las batallas libradas, su tiempo de «ser bueno» ya consumido... la oportunidad, que solo se presenta una vez en la eternidad, pasada.

Todas las tentaciones que le habían acechado surgían claramente ante él; las escenas surgían en su insensible materialismo: casi podía tocar los lugares, la gente; los pensamientos, los argumentos presentados por Satanás en nombre del pecado se reproducían con toda viveza en ese momento. Y sabía que los pensamientos eran ilusiones; los argumentos, falsos y huecos; pues en aquella hora tuvo una visión perfecta de la verdad perfecta: vio que «la tentación os dará modo de poder resistirla con éxito^[50]»; antes había contado con la fuerte resolución de una ardiente juventud, con toda la vida por delante para mostrar lo que debería ser un cristiano; pero ahora solo veía su alma desnuda y culpable hundida en la sombra de la morada de Dios, lejos del fuego de su cólera contra aquellos que vivían una mentira.

Su mente estaba desvariando, y controló sus pensamientos. ¿Era realmente esto la muerte? Intentó aferrarse al presente, al presente terrenal, que tan deprisa se desvanecía. Estaba echado en la cama, en la cama de la sala de estar de Sally Dobson, no en su camastro del cobertizo. Eso lo sabía. Y la puerta se abría a la noche callada, ya en crepúsculo; y a través de la ventana abierta oía las olas lamiendo la suave pendiente de la orilla, veía el gris claro del alba sobre el mar, sabía que estaba sobre el mar, veía lo que quedaba oculto tras los pobres muros de la casa. Y era Sylvia quien sostenía su mano entre las suyas, cálidas y vivas; el brazo que lo rodeaba era el de su esposa, cuyos suspiros y sollozos sacudían de vez en cuando su cuerpo casi insensible.

«Dios bendiga y consuele a mi pequeña —se dijo—. Ahora ella me conoce. Todo irá bien cuando estemos en el cielo, a la luz de la misericordia de Dios».

E intentó recordar todo lo que había leído de Dios, y todo lo que el Cristo bienaventurado, que anunció una gran alegría para todo el pueblo^[51], había dicho del Padre, de quien procedía. Esas palabras fueron como un bálsamo para sus agitados corazón e intelecto. Se acordó de su madre, y de lo mucho

que le amaba; y supo que se dirigía hacia un amor más sabio, más cariñoso, más profundo que el de ella.

Y mientras pensaba todo esto, movió las manos como para rezar; pero Sylvia se las apretaba, y él se quedó quieto, rezando también por ella, por su hija, por él mismo. Y a continuación vio cómo el alba pintaba el cielo del primer rojo del día; oyó el largo suspiro de agotamiento de Kester junto a la puerta abierta.

Hacía ya un rato había visto pasar a la viuda Dobson rumbo a la cama del cobertizo, que había sido la suya durante muchas noches insomnes y de llanto. Aquellas noches habían acabado: jamás volvería a ver aquella pobre estancia, aunque no estuviera a más de dos pasos. Comenzó a perder la noción del tiempo: le pareció que había transcurrido una eternidad desde que la amable Sally Dobson se inclinara sobre él con su mirada dulce y atenta antes de retirarse a su humilde cama, la misma eternidad que había transcurrido desde su infancia, cuando se quedaba junto a su madre soñando en la vida que tendría, con el aroma de las primulas tentándole a salir al bosque, donde crecían. Y a continuación sintió en su mente un torbellino, un tumulto: su alma probaba las alas para el largo vuelo. Pero volvía a estar en el presente: oía las olas lamiendo una vez más la suave pendiente de la orilla.

Volvió a pensar en Sylvia. De nuevo habló en voz alta, con una voz extraña y terrible que no era la suya. Cada palabra le suponía un esfuerzo que le era totalmente nuevo.

—¡Esposa mía! ¡Sylvia! Una vez más... perdóname.

Ella se puso en pie de un salto, le besó los labios febriles; le abrazó, gimió y dijo:

—¡Oh, he sido despreciable! ¡Perdóname, perdóname, Philip!

Cuando él habló, dijo:

—¡Señor, perdónanos nuestras deudas así como nosotros perdonamos a nuestros deudores!

Y después de eso, su capacidad de hablar se rindió a la inminencia de la muerte. Se quedó muy quieto, la conciencia desvaneciéndose lentamente, aunque volviéndole a golpes, por lo que supo que era Sylvia quien le refrescaba los labios con cordial, y que era Sylvia quien le murmuraba palabras de amor en los oídos. Por fin pareció dormirse, y así fue, una especie de sueño; pero la luz roja de la mañana cayó sobre sus ojos, y con un tremendo esfuerzo se incorporó, y se volvió una vez más para ver la cara pálida y triste de su esposa.

—En el cielo —exclamó, y una radiante sonrisa apareció en su cara al desplomarse de nuevo sobre el almohadón.

No mucho después llegó Hester con Bella medio dormida en sus brazos, a fin de que la pequeña viera a su padre antes de que este falleciera. Hester había pasado la larga noche en vela, rezando. Y ahora le encontraba muerto, y a Sylvia, casi inconsciente, sin lágrimas, echada a su lado, una de sus manos cogía las de él, la otra se la había echado por encima.

El pobre Kester sollozaba amargamente; pero ella no.

A continuación Hester le acercó la niña, y Sylvia abrió desmesuradamente sus ojos abatidos, y se quedó mirando fijamente, como si hubiera perdido la razón. Pero Bella despertó de pronto al ver aquella pobre cara, serena y llena de cicatrices, y gritó:

—Es el pobre señor que tenía hambre. ¿Ahora tiene hambre?

—No —dijo Hester en voz baja—. Se ha ido donde no hay aflicción ni dolor, «porque todo eso es ya pasado^[52]».

Y en ese momento rompió a llorar. Sylvia se puso en pie y la miró.

—¿Por qué lloras, Hester? —dijo Sylvia—. Tú jamás dijiste que no le perdonarías mientras vivieras. Tú nunca rompiste el corazón de la persona que amabas, ni le dejaste morir de hambre a tu puerta. ¡Oh, Philip! Mi fiel y cariñoso Philip.

Hester dejó de llorar y entrecerró los ojos con tristeza; a continuación depositó en la serena frente de Philip un prolongado beso de despedida. Al hacerlo, su mirada distinguió una cinta negra que llevaba al cuello. La levantó: de ella colgaba una moneda de media corona.

—Es la moneda que dejó en el taller de William Darley para que este le hiciera un agujero —dijo—, no hace muchos días.

Bella se había refugiado en los brazos de su madre, el lugar más seguro en aquella casa desconocida; y cuando Sylvia sintió el tacto de su hija, sus lágrimas se desencadenaron. Extendió la mano para coger la cinta negra y se la puso en torno al cuello; al cabo de unos momentos, dijo:

—Si vivo mucho tiempo, y me esfuerzo mucho por ser buena siempre, ¿crees, Hester, que Dios me permitirá reunirme con él, allí donde esté?

Ahora Monkshaven se ha convertido en un lugar de veraneo. Sin embargo, cerca de donde estaba situada la casita de la viuda Dobson, en las noches de verano, cuando baja la marea viva, se pueden oír las olas lamiendo la suave

pendiente de la orilla con el mismo sonido incesante, recurrente, que escuchó Philip en las pausas entre la vida y la muerte.

Y así será hasta que «el mar no exista ya^[53]».

Pero la memoria del hombre se pierde. Pocas personas recuerdan ya la historia del hombre que murió en una casita, cerca de allí, ese hombre que murió de hambre mientras su despiadada esposa vivía en la opulencia a tiro de piedra del lugar. Así es como el sentimiento popular, y la ignorancia de los hechos auténticos, han moldeado el relato. No hace mucho una dama fue al balneario, un hermoso edificio erigido justo donde estaba la casita de la viuda Dobson, y al encontrarse con que todas las habitaciones estaban ocupadas, se sentó a hablar con la encargada del establecimiento; y ocurrió que dieron en charlar de Philip Hepburn y de la leyenda de su destino.

—Cuando era niña conocí a un anciano —dijo la encargada— que no soportaba que se culpaba a la esposa. No decía nada en contra del marido; acostumbraba a comentar que no les corresponde a los hombres juzgar; que ella también pasó una dura prueba, igual que Hepburn.

La dama preguntó:

—¿Y qué fue de la mujer?

—Se convirtió en una persona pálida, triste, siempre vestida de negro. La recuerdo de cuando yo era niña, pero murió antes de que su hija llegara a adulta; y la señorita Rose se hizo cargo de la muchacha, que siempre había sido como su propia hija.

—¿La señorita Rose?

—¡Hester Rose! ¿No ha oído hablar de Hester Rose, la que fundó el asilo para marineros y soldados discapacitados en la carretera de Horncastle? Hay una lápida en la fachada que dice «Este edificio ha sido erigido en memoria de P. H.», y hay quien cree que esas iniciales están ahí por el hombre que murió de hambre.

—¿Y la hija?

—Uno de los Foster, los que fundaron el banco, le dejó muchísimo dinero; y se casó con un primo lejano de ella, y los dos se instalaron en Estados Unidos hacen muchos, muchos años.



ELIZABETH GASKELL. Chelsea (Inglaterra), 1810 - Holybourne, Hampshire (Inglaterra), 1865. Biógrafa y novelista inglesa conocida por el rigor de su investigación, la observación compasiva de sus personajes y la fluidez de su estilo narrativo.

Nació en el número 93 de Cheyne Walk, Chelsea, en lo que por aquel entonces eran las afueras de Londres. Su madre, Eliza Holland, provenía de una familia prominente de las Midlands que poseía buenas conexiones con otras importantes familias unitarias, como los Wedgood y los Darwin. Falleció en 1812 cuando Elizabeth era una todavía un bebé (la muerte de la madre está representada en *Mary Barton*). Su padre, William Stevenson, un pastor y escritor unitario, volvió a contraer entonces matrimonio.

La mayor parte de su infancia transcurrió en la comarca de Cheshire, donde vivía con su tía, Hannah Lumb, en Knutsford (este pueblo lo inmortalizaría más tarde en *Cranford*, una de sus novelas más aclamadas). Allí residían en una casa grande de ladrillos rojos, Heathwaite, en Heathside (ahora Gaskell Avenue), frente a una gran zona abierta conocida como Knutsford Heath.

En 1832 Elizabeth se casó con William Gaskell, un pastor unitario proveniente de Manchester, ciudad en la que se establecieron. Las cercanías industriales de este núcleo de población le brindarían inspiración para sus

novelas, la primera de las cuales fue *Mary Barton*: un relato de la vida de Manchester (publicado anónimamente en 1848) en el que narra la explotación de los obreros de las fábricas en la década de 1840, una época de depresión y dureza para la clase trabajadora inglesa en la que surgió el movimiento cartista. Gracias al libro hizo amistad con Charles Dickens, que le solicitó su colaboración en su nueva revista, *Household Words*. Entre 1851 y 1853, Gaskell colaboró con artículos que más tarde se publicaron con el título de *Cranford* (1853). Este libro, que trata sobre la refinada elegancia de las mujeres de una población rural, se ha convertido en un clásico de la literatura inglesa. Gaskell escribió también una afamada biografía de su amiga la novelista Charlotte Brontë (1857), y las novelas y relatos *La casa de Moorland* (1850), *Ruth* (1853), *Norte y Sur* (otro compasivo estudio sobre las condiciones de vida en Manchester aparecido en 1855) y *Esposas e hijas*, publicada póstumamente (1866).

Notas

[1] No se sabe muy bien quién fue esa reina. La única relacionada con Whitby es Eanfleda, esposa del rey Oswy de Northumbria, en el siglo IX. (*N. del T.*)
<<

[2] Del Salmo 2, 1: «¿Por qué se agitan los paganos, / y los pueblos mascullan planes vanos?». (N. del T.) <<

[3] William Pitt (el Viejo, 1708-1778), fue primer ministro del Reino Unido entre 1757 y 1761, llevando a su país a la victoria contra los franceses en la guerra de los Siete Años. (*N. del T.*) <<

[4] Françoise d'Aubigné, marquesa de Maintenon (1635-1719) fue amante y luego esposa de Luis XIV e institutriz de sus hijos. En las *Memorias* de Saint-Simon se nos cuenta lo difícil que era entretener a un hombre tan egocéntrico y autoritario. (*N. del T.*) <<

[5] Una ley de 1721 había prohibido los botones cubiertos de tela a fin de estimular la fabricación de botones de metal, aunque posteriormente se intentó revocar esa ley. (*N. del T.*) <<

[6] La unión de Júpiter y Juno provocó constantes batallas entre ellos para ver quién tenía más poder. (*N. del T.*) <<

[7] W. Shakespeare, *Cimbelino*, IV, 2. (N. del T.) <<

[8] De la letanía del libro de la liturgia anglicana. (*N. del T.*) <<

[9] John Wesley (1703-1791) fundó en 1738 la Sociedad Metodista, una escisión de la Iglesia oficial, y pasó el resto de su vida fundando y alentando sociedades locales. (*N. del T.*) <<

[10] La de 1868, en la que Guillermo de Orange reemplazó a Jaime II como rey de Inglaterra. (*N. del T.*) <<

[11] Dos de las obras espirituales más populares e influyentes de la época: *El conocimiento de uno mismo; que muestra la naturaleza y ventajas de esa importante ciencia y cómo llegar a ella*, publicado por John Mason en 1745, y *Una seria llamada a una vida santa y devota*, publicado en 1728 por William Law. (N. del T.) <<

[12] De un himno religioso del obispo Thomas Ken (1637-1711). (*N. del T.*)
<<

[13] El domingo, pues a los cuáqueros estrictos el «domingo», *sunday*, en inglés, es decir, «día del sol», le parecía una denominación pagana. (*N. del T.*)
<<

[14] Abednego, junto con Sidraj y Misaj, se niega a adorar la estatua pagana que erige Nabucodonosor, tal como se cuenta en Daniel 1, 3. (*N. del T.*) <<

[15] De una canción de Robert Archibald Smith publicada en el volumen *El trovador escocés*. (N. del T.) <<

[16] Eclesiastés 1, 2: «Vanidad de vanidades —dice el predicador—, ¡vanidad de vanidades, todo vanidad!». (*N. del T.*) <<

[17] Porque el atizador, *poker*, es también una variedad de pato. (*N. del T.*) <<

[18] Referencia a Deuteronomio 32, 32: «Porque su viña es viña de Sodoma y de las plantaciones de Gomorra: uvas venenosas son sus uvas, racimos amargos sus racimos». (*N. del T.*) <<

[19] En 1830, el partido *tory* (conservador) fue derrotado tras sesenta años en el poder, iniciándose una profunda reforma del Parlamento. (*N. del T.*) <<

[20] Napoleón, que en 1796 volvía a gozar del favor de los franceses. (*N. del T.*) <<

[21] John Churchill (1650-1722) fue comandante en jefe de los ejércitos de Inglaterra y de los Países Bajos, siendo nombrado duque de Marlborough por sus victorias ante los franceses. (*N. del T.*) <<

[22] La Sociedad Corresponsal de Londres se fundó en enero de 1792 con el fin de promover el sufragio para todos los varones y los Parlamentos anuales. Como era de inspiración francesa, fue vista como algo peligroso y suprimida en julio de 1799. (*N. del T.*) <<

[23] En el Eclesiastés 7, 26, el predicador (Salomón) concluye: «He hallado que la mujer es más amarga que la muerte, porque ella es como una red, su corazón es como un lazo, y sus brazos como cadenas: el que agrada a Dios se libra de ella, mas el pecador cae en su trampa». (*N. del T.*) <<

[24] El estrecho que hay entre Groenlandia y las islas Baffin, descubierto por John Davis en 1585, y una conocida zona de pesca de ballenas. (*N. del T.*) <<

[25] En el segundo libro de los Reyes, Ben Hadad, el rey de Siria, enfermo, envía a Jazael al profeta Eliseo para que le pregunte si morirá. Eliseo predice la muerte del rey e insinúa la complicidad de Jazael en esa muerte, y este replica con las indignadas palabras que cita Gaskell. (*N. del T.*) <<

[26] Alusión a las cuerdas con que intentan sujetar a Sansón, tal como se narra en *Jueces* 16,7. (*N. del T.*) <<

[27] Referencia a la balada del «Valiente William Taylor», que cuenta la historia de una joven que se hace pasar por hombre para enrolarse en el ejército y estar con su enamorado, William. Cuando descubre que él se ha casado con otra, los mata a él y a su mujer. (*N. del T.*) <<

[28] En aquella época existía la costumbre de que el destinatario pagara el franqueo. (*N. del T.*) <<

[29] En el capítulo cinco del Libro de Ester se cuenta que esta invita al rey Asuero y a Amán a un gran banquete, pero al llegar al palacio, encuentran a Mardoqueo, el judío exiliado, sentado a la puerta, sin hacer caso de su avance: «pero al ver a Mardoqueo en la Puerta Real, que no se levantaba, ni siquiera se movía ante él, se llenó Amán de ira contra Mardoqueo». (*N. del T.*) <<

[30] Es la famosa cita de Tennyson de *In Memoriam*: «Más vale haber amado y perdido / que nunca haber amado». (N. del T.) <<

[31] Jesús replica a la engañosa pregunta de los saduceos acerca del matrimonio en la otra vida: «Estáis en un error, por no entender las Escrituras ni el poder de Dios. Pues en la resurrección, ni ellos tomarán mujer ni ellas marido, sino que serán como ángeles en el cielo». (*N. del T.*) <<

[32] Se trata de un largo poema en tres partes, publicado entre 1749 y 1773 por Gottlieb Friedrich Klopstock (1724-1803). (*N. del T.*) <<

[33] Se ha sugerido que podría tratarse de *The Experienced Farrier*, publicado en 1678. (N. del T.) <<

[34] En Génesis 29, 16-28 se cuenta que Jacob consiente en servir a Labán siete años para conseguir a Raquel, pero pasado el período Labán le engaña y le da por esposa a Lía, la hermana de Raquel, y Jacob ha de servir otros siete años para conseguir a la que ama. (*N. del T.*) <<

[35] «En la adversidad de nuestros mejores amigos siempre hallamos algo que no nos desagrada», de las *Reflexiones o sentencias y máximas morales* de François, duque de La Rochefoucault. (N. del T.) <<

[36] La ley antidisturbios (Riot Act), de 1714, afirmaba que la reunión de doce personas o más en lugar público y en actitud alborotadora constituía perturbación del orden público. Las clases trabajadoras la vieron como un atentado contra el derecho a protestar contra la injusticia. (*N. del T.*) <<

[37] Del inicio del ensayo de Francis Bacon «De la venganza» (1597): «La venganza es una especie de justicia salvaje». (*N. del T.*) <<

[38] Salmo 103, 14. (*N. del T.*) <<

[39] Mateo, 5, 42: «A quien te pida, da, y al que desee que le prestes algo no le vuelvas la espalda». (*N. del T.*) <<

[40] De la canción que aparece en *Cimbelino* II, 3, de Shakespeare: «Escucha, escucha, canta la alondra a las puertas del cielo, que Febo abre de par en par». (N. del T.) <<

[41] A los hombres a veces se les manipulaba para que se alistaran ofreciéndoles un «chelín del rey», que, una vez aceptado, les obligaba a servir en el ejército. (*N. del T.*) <<

[42] Esta bendición aparece en Números 6, 24-25. (*N. del T.*) <<

[43] Referencia al Génesis 32, 23-30, donde Jacob lucha contra Dios sin saberlo. (*N. del T.*) <<

[44] De la parábola del sembrador en Mateo 13, 8. (*N. del T.*) <<

[45] Apelativo familiar que los ingleses daban a Napoleón. (*N. del T.*) <<

[46] Hasta las Leyes de las Propiedades de la Mujeres Casadas, de 1870 y 1882, el marido se hacía con todas las propiedades de una mujer al casarse con ella a menos que se hubiera firmado un acuerdo prenupcial de separación de bienes. Elizabeth Gaskell firmó una petición, redactada en 1855 por un grupo de feministas, en la que se pedía al Parlamento que se reformara la ley. El gesto de Kinraid muestra su generosidad hacia su esposa. (*N. del T.*) <<

[47] *Las aventuras del peregrino Pickle*, de Tobias Smollet (1721-1771), fue publicado en 1751 y es una novela picaresca acerca de un bribón aventurero. En cuanto a *Los siete paladines de la cristiandad*, relata las vidas de *los siete santos patronos* de Europa occidental (Jorge, Dionisio, Jaime, Antonio, Andrés, Patricio y David). (N. del T.) <<

[48] Mateo 19, 26. (*N. del T.*) <<

[49] Apocalipsis 21, 4. (*N. del T.*) <<

[50] Primera epístola a los Corintios 10, 13. (*N. del T.*) <<

[51] Paráfrasis de Lucas 2, 10. (*N. del T.*) <<

[52] Apocalipsis 21, 4. (*N. del T.*) <<

[53] Apocalipsis 21, 1. (*N. del T.*) <<